

Humo humano

Los orígenes
de la Segunda Guerra Mundial
y el fin de la civilización

Nicholson Baker



DEBATE

Humo humano

Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial y el fin de la civilización

NICHOLSON BAKER

Traducción de
Jordi Beltrán y Gabriel Gallardo

DEBATE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@debatelibros



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ALFRED NOBEL, el fabricante de explosivos, estaba hablando con su amiga la baronesa Bertha von Suttner, autora de *¡Abajo las armas!* Von Suttner, uno de los fundadores del movimiento europeo contra la guerra, acababa de asistir a la cuarta Conferencia Mundial de la Paz en Berna. Era agosto de 1892.

«Quizá mis fábricas pondrán fin a la guerra antes incluso que vuestros congresos —dijo Alfred Nobel—. El día en que dos cuerpos de ejército puedan aniquilarse mutuamente en un segundo, es probable que todas las naciones civilizadas se echen atrás, horrorizadas, y licencien a sus tropas.»

STEFAN ZWEIG, joven escritor vienés, se encontraba sentado entre el público en un cine de la ciudad francesa de Tours, viendo un noticiario. Era la primavera de 1914.

Una imagen de Guillermo II, el emperador de Alemania, apareció fugazmente en la pantalla. En el acto se produjo un alboroto. «Todos chillaban y silbaban, hombres, mujeres y niños, como si les hubieran insultado personalmente —escribió Zweig—. La buena gente de Tours, que del mundo y la política no sabía más que lo que había leído en los periódicos, se había vuelto loca durante un momento.»

Zweig se asustó. «Había durado solo un segundo, pero bastó para mostrarme con qué facilidad en todas partes era posible soliviantar a la gente en tiempos de crisis, a pesar de todos los intentos de entendimiento.»

WINSTON CHURCHILL, primer lord del Almirantazgo inglés, instituyó un bloqueo naval de Alemania. «El bloqueo británico —escribió más adelante Churchill—

trató a toda Alemania como si fuera una fortaleza asediada y fue un intento declarado de someter a toda la población: hombres, mujeres y niños, viejos y jóvenes, heridos y sanos, por medio del hambre.» Era 1914.

STEFAN ZWEIG se hallaba en el frente oriental, recogiendo proclamaciones de guerra rusas para los archivos austríacos. Era la primavera de 1915.

Zweig subió a un vagón de carga de un tren hospital. «Había camillas toscas, unas al lado de otras —escribió— y todas estaban ocupadas por hombres pálidos como la muerte que gemían, sudaban y trataban de respirar en la atmósfera densa que olía a excrementos y yodoformo.» Había varios muertos entre los vivos. El médico, desesperado, pidió a Zweig que fuese a por agua. No tenía morfina ni vendas limpias y faltaban aún veinte horas para llegar a Budapest.

Cuando Zweig regresó a Viena, empezó a escribir una obra de teatro pacifista, *Jeremías*. «Había reconocido —escribió Zweig— al enemigo contra el que debía luchar: el heroísmo falso que prefiere enviar a otros al sufrimiento y la muerte, el optimismo barato de los profetas sin conciencia, tanto políticos como militares, que, prometiendo descaradamente la victoria, prolongan la guerra, y detrás de ellos el coro a sueldo, los “creadores de palabras de guerra”, como los ha ridiculizado Werfel en su hermoso poema.»

JEANNETTE RANKIN, DE MONTANA, la primera mujer elegida para la Cámara de Representantes, votó en contra de declarar la guerra a Alemania. Era el 6 de abril de 1917.

«Me incliné sobre la barandilla de la galería y la observé —dijo su amiga Harriet Laidlaw, del Partido del Sufragio Femenino—. Estaba soportando una tensión de lo más terrible.» Casi todas las demás líderes sufragistas, incluida Laidlaw, querían que votara sí.

Se hizo un silencio cuando alguien leyó en voz alta su nombre. «Quiero apoyar a mi país —dijo Rankin—. Pero no puedo votar a favor de la guerra. Voto no.» Otros cincuenta miembros de la Cámara votaron no con ella; 374 votaron sí. «Pensé —dijo más tarde— que la primera vez que la primera mujer tenía la oportunidad de decir no a la guerra debía decirlo.»

Uno de los periódicos de su estado natal, el *Independent* de Helena, la llamó «marioneta del káiser, miembro del Ejército huno en Estados Unidos y colegiala llorona».

UN JOVEN PREDICADOR PARTIDARIO DE LA GUERRA, Harry Emerson Fosdick, escribió un libro breve que fue publicado por la Asociación Cristiana de Jóvenes.

La guerra ya no era gallardía y desfiles, dijo el reverendo Fosdick. «La guerra es ahora arrojar bombas desde aeroplanos y matar a mujeres y niños que están en la cama; es disparar obedeciendo órdenes dadas por teléfono contra lugares que no se ven a muchos kilómetros de distancia y matar a hombres invisibles.» La guerra, dijo, es «hombres que se han quedado sin mandíbula, sin ojos, sin extremidades, sin cerebro». Fosdick concluyó su libro con un llamamiento a alistarse: «Tu país te necesita», escribió. Era noviembre de 1917.

MEYER LONDON, socialista en la Cámara de Representantes, votó no a la segunda declaración de guerra del presidente Wilson contra Austria-Hungría. Era el 7 de diciembre de 1917.

«En cuestiones de guerra soy abstemio —dijo London, en un discurso de quince minutos—. Me niego a tomar la primera copa embriagadora.»

El congresista Walter Chandler anduvo hasta donde se hallaba sentado London y se situó frente a él mientras pronunciaba su negativa.

«Se ha dicho que si analizas la sangre de un judío bajo el microscopio,

encontrarás el Talmud y la Biblia antigua flotando en algunas partículas —dijo el congresista Chandler—. Si analizas la sangre de un alemán o teutón representativo, encontrarás ametralladoras y fragmentos de balas de cañón y bombas flotando en ella.»

Solo había una cosa que hacer con los teutones, según Chandler: «Combatirlos hasta destruir a toda la pandilla».

ELEANOR ROOSEVELT y su marido, Franklin D. Roosevelt, el subsecretario de la Armada, fueron invitados a una recepción en honor de Bernard Baruch, el financiero. «Tengo que ir a la recepción de los Harris, aunque preferiría que me colgaran a que me viesan en ella —escribió Eleanor a su suegra—. Judíos la mayoría.» Era el 14 de enero de 1918.

UN OFICIAL ALEMÁN CAPTURADO estaba hablando con un periodista de *The New York Times*. Era el 3 de noviembre de 1918 y el gobierno alemán había pedido un armisticio.

El oficial alemán afirmó que su ejército no estaba vencido y debería haber continuado la guerra. «El emperador está rodeado de gente que piensa y habla de derrota», dijo el oficial. Mencionó a hombres como Philipp Scheidemann, el líder de los socialistas.

Iban a llegar nuevos tanques, señaló el oficial capturado, y se daba por segura una guerra entre Estados Unidos y Japón. «Japón y Estados Unidos sin duda chocarán algún día —dijo— y entonces nosotros suministraremos cantidades enormes de material y municiones a ambos bandos.» La cesión de Polonia y Alsacia-Lorena, creía el oficial, significaría desórdenes sociales, la ruina de la industria alemana y el empobrecimiento de la clase obrera. «Nuestros enemigos

tendrán lo que han deseado: el aniquilamiento total de Alemania. Esa será una paz debida a Scheidemann.»

WINSTON CHURCHILL, ahora secretario de Estado para la Guerra y el Aire de Inglaterra, se levantó en el Parlamento para hablar del éxito del bloqueo naval. Era el 3 de marzo de 1919, cuatro meses después de la firma del armisticio que puso fin a la Gran Guerra.

«Hacemos cumplir el bloqueo con rigor —dijo Churchill—. A la nación británica le repugna usar esta arma de hambre, que afecta principalmente a las mujeres y los niños, a los ancianos y los débiles y los pobres, después del cese de todas las hostilidades, por más tiempo de lo que es necesario para lograr las condiciones justas por las cuales hemos luchado.» El hambre y la desnutrición, señaló el secretario para la Guerra y el Aire, habían llevado la vida de la nación alemana a un estado próximo al colapso. «Ahora, por tanto, es el momento de llegar a un acuerdo.»

WINSTON CHURCHILL publicó un artículo de prensa. Era el 8 de febrero de 1920. Churchill tenía un enemigo diferente ahora. Ahora su enemigo no era Alemania, era la «siniestra confederación» del judaísmo internacional.

«Este movimiento entre los judíos no es nuevo», dijo Churchill. Era una «conspiración mundial para el derrocamiento de la civilización y para la reconstitución de la sociedad basándose en la atrofia, en la malevolencia envidiosa y en la igualdad imposible». Citó a Marx, Trotski, Béla Kun, Rosa Luxemburg y Emma Goldman como algunos de los malhechores. La conspiración había sido, dijo, el «origen de todos los movimientos subversivos durante el siglo XIX». Había desempeñado un papel reconocible en la Revolución

francesa. Todos los judíos leales, aconsejó, debían «vindicar el honor del nombre de judío» rechazando el bolchevismo internacional.

AYLMER HALDANE, el comandante de las fuerzas británicas en Irak, telegrafió a Winston Churchill para pedirle más tropas y aviones. Era el 26 de agosto de 1920.

«Numerosos emisarios procedentes de las ciudades santas de Nayaf y Kerbala están predicando la yihad con fervor frenético», escribió Haldane. Churchill, secretario de Estado para la Guerra y el Aire, le envió una nota alentadora: «El gabinete ha decidido que la rebelión debe sofocarse eficazmente y me esforzaré en satisfacer todas las peticiones que me hace usted».

Varios días más tarde Churchill escribió un memorándum a Hugh «Boom» Trenchard, jefe de la Royal Air Force. Churchill y Trenchard se hallaban trabajando en la idea de vigilar el Imperio británico desde arriba, lo cual ahorraría el coste de las tropas de tierra; esta política se conocería por el nombre de «control aéreo».

«Pienso que ciertamente debería usted continuar los experimentos con bombas de gas, en especial gas mostaza, que infligirían castigos a los nativos recalcitrantes sin producirles heridas graves», escribió Churchill a Trenchard. Churchill era experto en los efectos del gas mostaza: sabía que podía dejar ciego y matar, especialmente a niños y recién nacidos. El gas propaga un «terror vivo», señaló en un memorándum anterior; no comprendía los escrúpulos generales que provocaba su utilización: «Estoy decididamente a favor de emplear gas tóxico contra tribus incivilizadas». La mayoría de los gaseados no sufrirían «efectos permanentes de gravedad», dijo.

LOS HOMBRES DE HALDANE BOMBARDEARON y ametrallaron a las tribus rebeldes,

lanzaron contra ellas bombas llenas de gas, incendiaron poblados y repararon el ferrocarril. El número oficial de víctimas en el bando británico fue de 47 oficiales y soldados ingleses y 250 gurkas indios. «Es imposible dar el número de bajas árabes siquiera aproximadamente —escribió Haldane—, pero se han calculado en 8.450 entre muertos y heridos.» Haldane ofreció sus opiniones sobre cómo castigar a un poblado. «Deberían formarse destacamentos que se encargaran de incendiar casas, desenterrar y quemar el grano y la paja, saquear, etcétera —aconsejó—. Para quemar un poblado como es debido se requiere mucho tiempo, una hora o más según su tamaño desde el momento en que entran los destacamentos incendiarios.»

Churchill mandó a Haldane un telegrama de felicitación: «Durante estos meses difíciles su paciencia y su tenacidad han sido muy valiosas y le felicito por la clara mejora de la situación que usted ha efectuado». Era el 8 de octubre de 1920.

UN TENIENTE CORONEL de la Royal Air Force, J. A. Chamier, dio a conocer sus puntos de vista sobre la mejor manera de hacer frente a las rebeliones tribales.

El oficial que ostente el mando debe escoger el poblado más inaccesible de la tribu más prominente, dijo Chamier, y atacarlo con todos los aviones disponibles. «El ataque con bombas y ametralladoras debe ser implacable y sin tregua y debe llevarse a cabo continuamente día y noche, contra las casas, los habitantes, los cultivos y el ganado —escribió—. Esto parece brutal, lo sé, pero hay que hacer que sea brutal, para empezar. En el futuro la sola amenaza resultará eficaz si la lección se aprende como es debido una vez.» Era 1921.

FRANKLIN ROOSEVELT, que ahora ejercía de abogado en Nueva York, se fijó en que los judíos representaban una tercera parte de la clase de estudiantes de

primer año en Harvard. Habló del problema con Henry Morgenthau padre y se dirigió a la Junta de Supervisores de Harvard, de la cual era miembro. «Se decidió —explicó más adelante Roosevelt— que durante un período de años el número de judíos se reduciría en un 1 o un 2 por ciento anual hasta que hubiera disminuido en un 15 por ciento.» Era alrededor de 1922.

MOHANDAS K. GANDHI fue detenido por sedición. Había escrito un artículo que empezaba así: «¿Cómo puede haber un acuerdo mientras el León Británico continúe agitando sus garras ensangrentadas ante nuestros rostros?». Era el 10 de marzo de 1922.

Aquel domingo, John Haynes Holmes, predicador pacifista, pronunció un sermón en el Lyric Theater de Nueva York. «Gandhi está disciplinando a trescientos millones de indios para que luchen por la libertad —dijo Holmes—, para que se sacudan el yugo británico por medio de la no violencia, y lo hace con un grado de éxito que está sacudiendo el imperio hasta sus cimientos. Con el tiempo salvará a la India y con ello quizá salvará al mundo.»

Gandhi hizo una declaración en su proceso. «Me estoy esforzando por demostrar a mis compatriotas que la no cooperación violenta no hace más que multiplicar el mal y que, como el mal solo puede ser sostenido por la violencia, la retirada del apoyo al mal requiere la abstención total de la violencia», afirmó. Se sometería alegremente a la pena más elevada por su delito, dijo al tribunal.

Fue condenado a seis años de cárcel.

LORD HUGH CECIL, diputado por Oxford, se puso en pie en el Parlamento para decir que la Royal Air Force era innecesariamente grande y debería ser más pequeña. Era el 21 de marzo de 1922.

Winston Churchill, secretario de Estado para la Guerra, secretario de Estado

para el Aire, y secretario de Estado para las Colonias, se levantó para responder que la Royal Air Force debía seguir siendo grande. Churchill recordó el final de la Gran Guerra, cuando los aviones británicos habían estado al borde de protagonizar audaces hazañas. «De haber durado la guerra varios meses más, o posiblemente tan solo unas cuantas semanas más —dijo—, hubiera habido operaciones dirigidas desde estas costas contra Berlín y en el corazón de Alemania, y esas operaciones hubieran aumentado en magnitud y consecuencias de haberse prolongado la campaña durante todo el año 1919.» Pero aquellas operaciones no se llevarían a cabo. Intervino la paz, «debido a que nos quedamos sin alemanes y enemigos antes de que los experimentos hubieran terminado».

Seguidamente, Churchill hizo una predicción: «En una guerra aérea —dijo—, la mejor forma de defensa será indudablemente el ataque».

STEFAN ZWEIG se hallaba de vacaciones en Westerland, en la isla de Sylt, en el mar del Norte. Leyó en el periódico que su amigo Walter Rathenau, el ministro de Exteriores de Alemania, que era judío, había sido asesinado. Era el 24 de junio de 1922.

El valor del marco alemán descendió bruscamente. «Ahora empezó el verdadero aquelarre de la inflación», escribió Zweig. Reparar el cristal de una ventana costaba ahora más de lo que hubiese costado toda la casa antes de la inflación; un solo libro costaba ahora más de lo que antes costaba una imprenta con cien prensas. «Los parados formaban grupos y amenazaban con los puños a los especuladores y los extranjeros que iban en coches de lujo y compraban hileras enteras de calles como si fueran cajas de cerillas —dijo—. Sobre todos ellos descollaba el superespeculador, Stinnes.»

Con el desplome de los valores, dijo Zweig, Berlín se transformó en una Babilonia: «Todo alumno de instituto quería ganar un poco de dinero, y en los

bares escasamente iluminados uno podía ver a funcionarios del gobierno y hombres del mundo de las finanzas cortejando sin asomo de vergüenza a marineros borrachos».

En medio del caos crecieron contramovimientos autoritarios, añadió Zweig. Los hombres «hacían cola en espera de cualquier consigna que prometiera orden».

BOOM TRENCHARD, jefe de la Royal Air Force, se hallaba charlando con su Estado Mayor. Se estaban preguntando si era mejor tener muchos aviones de caza con el fin de rechazar al enemigo, o muchos bombarderos para bombardear al enemigo en su propio terreno. Trenchard dijo que era realmente como jugar al fútbol. No puedes limitarte a defender tu propia portería, tienes que pasar a la otra mitad del terreno de juego. La nación que pudiera aguantar los bombardeos durante más tiempo, según él, acabaría ganando. Y, en su opinión, «En un duelo de bombardeos, probablemente los franceses se rajarían antes que nosotros». Era el 9 de julio de 1923.

EL *DAILY MAIL*, periódico conservador de Londres, publicó una carta falsificada. Era el 25 de octubre de 1924.

La carta iba firmada supuestamente por Grigori Zinóviev, líder comunista ruso, y dirigida al Partido Comunista de Inglaterra. Apareció cuatro días antes de las elecciones generales de 1924, que eran importantes para Winston Churchill, pues había perdido las dos campañas anteriores.

La carta, con la indicación de «muy secreta», hablaba de un «levantamiento victorioso en cualquiera de los distritos obreros de Inglaterra». Su prosa mostraba cadencias bastante churchillianas en algunos fragmentos —había expresiones como «hacer un esfuerzo sobrehumano» y «pronunció su palabra de

peso»—, pero con añadidos de pastiche bolchevique. «Sería deseable tener células (¿núcleos?) en todas las unidades del Ejército, en particular entre las acuarteladas en los grandes centros del país, y entre las fábricas de municiones y los almacenes de pertrechos militares», decía la carta. El titular del *Daily Mail* era «Complot de Guerra Civil por parte de los Amos de los Socialistas».

Esmond Harmsworth, devoto partidario de Churchill, era hijo de lord Rothermere, editor del *Daily Mail*. Desmond Morton, íntimo aliado de Churchill en el Servicio de Inteligencia, primero mandó la carta de oscura procedencia letona al Ministerio de Asuntos Exteriores británico y avaló su autenticidad.

Moscú calificó la carta de «burda falsificación» y «cruda mentira» y exigió disculpas. Algunos diputados dijeron que era una «falsificación» y una «trampa aviesa». «¿Cómo llegó la carta al poder de la sede central de los conservadores?», preguntó el primer ministro, el laborista Ramsay MacDonald. «Es una circunstancia sumamente sospechosa que un periódico y la sede central de la Asociación Conservadora parezcan haber recibido copias al mismo tiempo que el Ministerio de Asuntos Exteriores, y si eso es verdad, ¿cómo puedo yo, una persona sencilla y honrada que ata cabos, evitar la sospecha —no diré conclusión— de que todo el asunto es un complot político?»

CHURCHILL Y OTROS CONSERVADORES utilizaron la carta de Zinóviev para derribar al primer ministro, Ramsay MacDonald. Churchill comparó a MacDonald con Alexander Kerenski, el débil líder socialista ruso que permitió que triunfasen los bolcheviques.

«Todos conocéis la historia de Kerenski —dijo Churchill en un discurso de la campaña electoral—, cómo estaba allí, igual que el señor MacDonald, fingiendo que pensaba hacer todo lo posible por su país al tiempo que pedía perdón entre bastidores a las fuerzas desenfrenadas, tenebrosas, mortíferas que le tenían dominado.»

Churchill ganó sus elecciones. A pesar de ello, no pudo dejar de hablar de la carta de Zinóviev. Conspiradores y revolucionarios «de todas las razas bajo el sol» se habían juntado en Rusia para planear la revolución mundial, proclamó en el *Weekly Dispatch*. «En todas partes se han esforzado por crear las “células embrionarias” de las cuales debería nacer el cáncer del comunismo —escribió—. No había, por tanto, nada nuevo y nada especialmente violento en la carta de Zinóviev, alias Apfelbaum, a los comunistas británicos.» Era el 2 de noviembre de 1924.

Ramsay MacDonald vio cómo su gabinete laborista hacía las maletas. Se sentía, dijo, como un hombre metido en un saco cosido y arrojado al mar. Churchill volvió al poder: se convirtió en ministro de Hacienda del nuevo gobierno conservador.

Reinstauró el patrón oro y con ello provocó una depresión de enorme magnitud.

JOSEPH GOEBBELS estaba trabajando en su diario-novela *Michael*. «Paso mucho tiempo sin poder dormir y pienso en el hombre pálido y tranquilo de Nazaret», escribió. Entonces Adolf Hitler entró en su vida.

Hitler acababa de salir de la prisión de Landsberg, donde había dictado *Mi lucha* a su amigo Rudolf Hess. Goebbels terminó de leer *Mi lucha*. «¿Quién es este hombre? —se preguntó—. ¿El verdadero Cristo o solo san Juan?» Hitler ofreció a Goebbels el empleo de director del periódico nacionalsocialista *Völkischer Beobachter*. Hablaron juntos en mítines. «Se levanta de un salto, ahí está él —escribió Goebbels en su diario en noviembre de 1925—. Me estrecha la mano. Como un viejo amigo. Y aquellos ojazos azules. Igual que estrellas. Se alegra de verme. Estoy en el cielo.»

Unas cuantas semanas más tarde, Goebbels volvió a verle. «Hitler está allí. Gran alegría. Me saluda como un viejo amigo. Y me atiende. ¡Cómo le quiero!

¡Qué tipo! Luego habla. ¡Qué pequeño soy! Me da su fotografía. Con un saludo a Renania. Heil Hitler! Quiero que Hitler sea mi amigo. Su fotografía está sobre mi mesa de trabajo.»

Unos cuantos meses después, los dos dieron otro mitin. Goebbels pronunció un discurso de dos horas y media. «Doy lo mejor de mí. Deliran, gritan. Al final Hitler me abraza. Hay lágrimas en sus ojos. Siento algo parecido a la felicidad auténtica.»

Cenaron juntos aquella noche; Hitler dejó que Goebbels pagase. «E incluso en eso, ¡qué grandeza!»

Goebbels había encontrado a su hombre de Nazaret. «Adolf Hitler; te quiero.»

EL REVERENDO HARRY FOSDICK pronunció un sermón en Ginebra, en la catedral de Saint Pierre. Era el 13 de septiembre de 1925, el comienzo de las sesiones de la Asamblea de la Sociedad de Naciones. El reverendo Fosdick había renunciado a su anterior militarismo ferviente: ahora era un predicador antibélico muy conocido.

Fosdick había visto hombres gaseados que acababan de regresar de las trincheras, explicó. Había oído los gemidos de los que querían morir y no podían.

«Odio la guerra —dijo—, por lo que nos obliga a hacerles a nuestros enemigos, porque mientras nos tomamos el café del desayuno nos alegramos de todos los males condenables y diabólicos que hemos podido infligirles. Odio la guerra por sus resultados, las mentiras de las que vive y que propaga, los odios eternos que despierta, las dictaduras que pone en el lugar de la democracia y la hambruna que acecha tras ella.» La prensa citó el sermón de Fosdick. Se imprimieron y distribuyeron veinticinco mil copias. La mayor parte de la gente estuvo de acuerdo con él. La mayor parte del mundo era pacifista.

LA ROYAL AIR FORCE lanzó más de 150 toneladas de bombas sobre la India. Era 1925.

WINSTON CHURCHILL visitó Roma. «No pude por menos de sentirme encantado por el porte amable y sencillo del Signor Mussolini, y por su actitud serena e imparcial a pesar de tantas responsabilidades y tantos peligros», declaró Churchill a la prensa. El fascismo italiano, agregó, había demostrado que existía una manera de combatir a las fuerzas subversivas; había proporcionado el «antídoto necesario contra el virus ruso».

«Si yo hubiera sido italiano, estoy seguro de que hubiese estado con ustedes desde el principio hasta el fin en su lucha victoriosa contra los apetitos y pasiones bestiales del leninismo», dijo Churchill a los romanos. Era el 20 de enero de 1927.

LA ROYAL AIR FORCE anunció que llevaría a cabo un simulacro de bombardeo en su festival aéreo anual en Hendon, al norte de Londres. Era el 11 de junio de 1927.

The New York Times describió el acontecimiento de Hendon por adelantado: «La “ciudad”, que se construirá en gran parte con alas de avión, será bombardeada hasta arrasarla. Los aviones lanzarán alimentos y municiones para los “refugiados” europeos, que estarán huyendo tras escapar de la ciudadela en la cual habrán estado “sitiados” por los habitantes nativos de la ciudad». La ciudad se hallaba situada en el país imaginario de Irquestine.

Doscientos aviones volarían al son de una canción titulada «Chick, Chick, Chick, Chick, Chicken». Cuando el cantante pronunciara las palabras «Pon un huevecillo para mí», los aviones soltarían sus bombas.

UN ESCUADRÓN de aviones británicos bombardeó la pirámide sagrada de los nuer en Dengkur, en el Sudán africano. Hicieron saltar por los aires rebaños de ganado —«pedazos de carne y astillas de hueso volaron muy alto», informó la revista *Time*— y ametrallaron a miembros de la tribu nuer. Uno de ellos devolvió el fuego e hirió a un piloto en el muslo. «No más de 200 nuer resultaron muertos», según cálculos oficiales. Era febrero de 1928.

WINSTON CHURCHILL publicó una extraordinaria obra histórica titulada *The Aftermath*, el último volumen de su historia de la Gran Guerra. Era marzo de 1929.

La Gran Guerra presentó rasgos novedosos, dijo Churchill. Por ejemplo: «Naciones enteras fueron sometidas metódicamente, o se esforzaron por ser sometidas, al proceso de reducción por hambre». Pero lo que había sucedido no era nada en comparación con lo que hubiese sucedido si los alemanes hubieran continuado luchando en 1919, dijo. Gases tóxicos de «increíble malignidad» hubiesen puesto fin a toda resistencia. «Miles de aeroplanos hubieran destruido sus ciudades.»

En vez de ello, de pronto, la lucha cesó: «En cien laboratorios, en mil arsenales, fábricas y oficinas, los hombres se pararon en seco y abandonaron la tarea en la que habían estado absortos».

Pero aquellos cuyos trabajos como no combatientes se habían visto interrumpidos tendrían otra oportunidad, tarde o temprano, de seguir adelante con sus planes a partir de 1919, predijo Churchill. «La muerte se encuentra en posición de firmes —escribió—, obediente, expectante, preparada para servir, preparada para segar a los pueblos en masa; preparada, si es requerida a ello,

para pulverizar, sin esperanza de reparación, lo que queda de la civilización. Espera solo la orden.»

EL BARÓN DE PONSONBY, autor de *Falsehood in Wartime*, recordó algo que Winston Churchill le había dicho años antes. «Me gusta que pasen cosas —había dicho—, y si no pasan, me gusta hacer que pasen.» Era el 11 de marzo de 1929.

WINSTON CHURCHILL, durante una gira de conferencias por Estados Unidos, dio una charla en el Bond Club de Nueva York. Era el 9 de octubre de 1929.

Los honorarios de Churchill como conferenciante ascendían a 12.500 dólares y los pagó sir Harry McGowan, presidente de African Explosives y presidente adjunto de Imperial Chemical Industries (ICI), conglomerado británico que fabricaba fertilizante, rayón, pólvora, TNT, bombas, municiones y gas tóxico. Imperial Chemical era heredera de la compañía de explosivos de Alfred Nobel, en la que McGowan había empezado a trabajar a los quince años de edad; tenía acuerdos con los fabricantes de municiones Dupont y, en Alemania, I. G. Farben.

McGowan y Churchill habían creado un vínculo financiero: McGowan se encargaba de invertir parte de la riqueza de Churchill en el mercado de valores norteamericano. Sir Harry, confió Churchill a su esposa, Clementine, tenía «fuentes profundas de información».

Durante su gira por múltiples ciudades, Churchill alabó las grandes armadas, los grandes programas de armamentos y la cooperación anglonorteamericana. «No queremos que toda la gente buena del mundo se desarme mientras los malos siguen estando fuertemente pertrechados para la guerra», dijo en el Instituto del Hierro y el Acero, más avanzado el mes. «Ustedes son los amigos a los que nos gustaría ver más fuertemente armados.»

MOHANDAS ANDHI anduvo hasta el océano con sus seguidores. Había decidido oponer resistencia al monopolio imperial británico de la sal. «Observad, estoy a punto de enviar una señal a la nación», dijo, cogiendo unos cuantos granos de sal marina. Era el 6 de abril de 1930.

Lord Irwin, el alto y huesudo virrey de la India, ya había detenido a muchos de los discípulos de Gandhi. Esperaba, sin embargo, no verse obligado a detener a Gandhi, ya que ello causaría disturbios:

Siempre me han dicho que su presión arterial es peligrosa y que su corazón no estaba demasiado bien, y hace unos días también me dijeron que su horóscopo predice que morirá este año, y esa es la explicación de este intento desesperado. Sería una solución muy feliz.

Pero Mohandas Gandhi no murió. Él y sesenta mil seguidores suyos fueron encarcelados. En Peshawar, cerca de la frontera noroccidental de la India, tropas británicas dipararon contra una multitud de musulmanes que se manifestaban por el asunto de la sal y mataron a algunos de ellos. Ataques aéreos «limpiaron» después la región de Peshawar, según *The New York Times*.

MUSSOLINI PRONUNCIÓ UN DISCURSO ante una multitud de camisas negras fascistas en Florencia. «Las palabras son bellas —afirmó—, pero los fusiles, las ametralladoras, los barcos y los aviones son más bellos todavía.»

Era el 17 de mayo de 1930.

EL MAYOR FRANK PEASE, presidente de la Asociación de Directores Técnicos de Hollywood, grupo dedicado a perseguir a los rojos, vio la película de la Universal Pictures *Sin novedad en el frente*. La cinta, sobre la inutilidad y el horror de la Gran Guerra, se basó en una novela de Erich Maria Remarque.

Al mayor Pease no le gustó la película; mandó telegramas al presidente Hoover y otras personalidades pidiéndoles que la prohibieran. «Su continua exhibición sin censura, especialmente ante menores, contribuirá en gran medida a crear una raza de cobardes, vagos y traidores —dijo—. Ni el mismo Moscú hubiera podido producir una película más subversiva.»

En vista de que no prohibían la cinta, Pease envió un boletín informativo. «Los mestizos mesopotámicos culpables de una película tan criminal como SIN NOVEDAD forzosamente tenían que pasarse alguna vez, y parece que es lo que han hecho ahora —escribió—. HA LLEGADO EL MOMENTO DE DECIR BASTA.»

Era el 24 de mayo de 1930.

LA ASSOCIATED PRESS envió un artículo desde Peshawar. Era el 17 de agosto de 1930. «Escarmentadas por la lluvia diaria de bombas que lanzan aviones británicos, las tribus de asaltantes afridis, según se ha informado hoy, se hallan en plena retirada a las colinas de la frontera del noroeste —decía el artículo—. El castigo infligido a los habitantes de los poblados por los aviones atacantes ha surtido un efecto saludable, señalan las autoridades. Se da por seguro que las facciones desafectas pedirán la paz en breve.»

El *Times* de Londres, en un editorial, echó la culpa de las muertes de afridis a los propagandistas de Gandhi.

EN BERLÍN, Albert Einstein estaba hablando con unos periodistas. Era el 18 de septiembre de 1930. Los hitlerianos habían triunfado en unas elecciones. «No hay motivo para desesperar —dijo Einstein—, porque el voto a Hitler es solo un síntoma, no necesariamente de odio a los judíos, sino de resentimiento temporal causado por la penuria económica y el paro entre las filas de la mal aconsejada

juventud alemana.» Einstein comentó que durante el caso Dreyfus la mayor parte de la población de Francia se había vuelto antisemita. Y luego las cosas habían cambiado. «Tengo la esperanza de que tan pronto como mejore la situación el pueblo alemán también encontrará su camino a la claridad», dijo.

JOSEPH GOEBBELS, miembro del Reichstag y jefe del partido en Berlín, llevó a doscientos camisas pardas a un cine. Era el 8 de diciembre de 1930. Goebbels les había conseguido entradas para *Sin novedad en el frente*, que acababa de estrenarse en Alemania. Goebbels calificó a Erich Maria Remarque de «mona vestida de seda». Dijo que la película era una «porquería». Sus reclutas llevaban armas: carteras llenas de ratones blancos, bombas fétidas y polvos que provocaban estornudos. Defenderían el honor de los dos millones de muertos en la Gran Guerra contra negativistas y derrotistas como Remarque.

Mientras se proyectaba la cinta y Goebbels observaba desde el anfiteatro, los camisas pardas se levantaron de repente y empezaron a gritar «¡Fuera judíos! ¡Fuera judíos!». Soltaron los ratones y lanzaron las bombas fétidas y el polvo de los estornudos. La confusión se adueñó de la sala y se interrumpió la proyección. La policía llegó y desalojó el local.

La noche siguiente volvieron los miembros de las secciones de asalto, y esta vez eran más. Policías a caballo trataron de mantener el orden. Goebbels denunció la película por «judía», y luego los manifestantes marcharon hacia un barrio comercial de lujo de Berlín, el Kurfürstendamm, donde había negocios propiedad de judíos. «Muchos propietarios de cafés elegantes se echaron a temblar y temieron por los cristales de sus establecimientos al ver acercarse a los jóvenes antipacifistas —informó *The New York Times*—, pero, al parecer, no se rompió ningún cristal.» Veintisiete personas fueron detenidas.

La noche siguiente se produjo otro disturbio; y la noche después; y la otra. El cine estaba vacío. El gobierno alemán, intimidado, ordenó retirar la película. «La

película de la vergüenza ha sido prohibida —escribió Goebbels en su diario—. Con esta acción el movimiento nacionalsocialista ha ganado su batalla contra las sucias maquinaciones de los judíos.» Era, escribió, «una victoria que no hubiese podido ser más espléndida».

Erich Maria Remarque había presenciado la primera manifestación. «No había nadie mayor de veinte años —escribió más tarde—. Ninguno de ellos podía haber estado en la guerra... y ninguno de ellos sabía que diez años más tarde estarían en otra guerra y que la mayoría de ellos morirían antes de cumplir los treinta.»

GANDHI OCUPABA AHORA EL LUGAR DE LENIN como archinémesis de Churchill. «La verdad es —escribió Churchill—, que tarde o temprano habrá que luchar contra el gandhismo y todo lo que representa y aplastarlo definitivamente. De nada sirve tratar de satisfacer a un tigre alimentándolo con carne de gato.» Era el 11 de diciembre de 1930.

Al cabo de un mes, Gandhi fue puesto en libertad. Escribió una carta al virrey, lord Irwin. «Querido amigo —decía en ella—: Amigos cuyos consejos valoro mucho me han indicado que debería pedir una entrevista con usted.»

Irwin le invitó al palacio. Los dos hombres se reunieron y hablaron. Se reunieron otra vez y hablaron... y otra vez. Winston Churchill se indignó. El gobierno británico, dijo en un discurso, debe desvincularse de este «acercamiento débil, desatinado»: «Es alarmante y también repugnante ver al señor Gandhi, abogado sedicioso del Middle Temple, haciéndose pasar ahora por un faquir de un tipo muy conocido en Oriente, subiendo semidesnudo la escalinata del palacio virreinal, mientras sigue organizando y dirigiendo una campaña desafiante de desobediencia civil, para parlamentar en pie de igualdad con el representante del rey-emperador. Semejante espectáculo no puede hacer mas que incrementar la agitación en la India». Era el 23 de febrero de 1931.

ALBERT EINSTEIN pronunció un discurso en el Ritz-Carlton de Nueva York. Había dos maneras de resistirse a la guerra, dijo Einstein. En los países donde el servicio militar era obligatorio el pacifista podía negarse a cumplirlo. En los países donde a la sazón el servicio militar no era obligatorio, como Estados Unidos e Inglaterra, el pacifista podía declarar públicamente que en ninguna circunstancia empuñaría las armas.

«Si solo el 2 por ciento de los hombres que deberían hacer el servicio militar se negaran a cumplirlo —afirmó Einstein—, no habría en el mundo suficientes cárceles para ellos.» Einstein y su esposa fueron ovacionados. Era el 14 de diciembre de 1930.

DOS DIRECTORES de un periódico conservador se presentaron en una casa de una calle elegante de Munich. Era el 4 de mayo de 1931. La casa era la llamada Casa Parda y en ella se encontraba la sede central del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, esto es, el Partido Nazi. Un magnate del acero, Fritz Thyssen, había ayudado al líder del partido, Adolf Hitler, a comprarla. En el tejado ondeaba una bandera con la esvástica. Los vigilantes comprobaron los papeles de los dos editores y luego Rudolf Hess, secretario privado de Hitler durante mucho tiempo, les recibió. Hess tenía una expresión rara, pensó una de las visitas: en su cara había señales de fanatismo y «confusión mental». Hess era el hombre al que, unos años antes, Hitler había dictado los largos monólogos que se convirtieron en *Mi lucha*.

Hitler estaba ocupado en aquel momento, así que Hess se encargó de enseñar la casa a las dos visitas. Bajaron al sótano y vieron los archivadores a prueba de fuego que contenían las fichas de medio millón de afiliados al partido. Volvieron arriba y vieron esvásticas en el estuco del techo y esvásticas en los cristales de

las ventanas. Vieron una habitación llamada la Sala de los Senadores, en la que había sesenta y una sillas tapizadas con cuero de color rojo. El techo era de mármol y estaba adornado con una imagen del emblema del partido hecha con mosaicos; en el suelo había «inmensas alfombras de valor incalculable en las que aparecían tejidas innumerables esvásticas». Hess les llevó a la sala del tribunal del Partido Nacionalsocialista, en la que había una mesa con una esvástica de oro y una figura de Cristo.

Al cabo de una hora, Hess acompañó a los invitados al despacho de Hitler e hizo las presentaciones. Hitler se mostró amistoso. Les estrechó la mano y dijo, cordialmente: «Conozco el papel que ustedes y su periódico desempeñan entre la intelectualidad y la burguesía alemanas». Había dos retratos visibles: uno pequeño de Mussolini sobre la mesa de trabajo y, en la pared, uno mayor, pintado al óleo, de Federico el Grande. Hitler empezó a hablar —a veces golpeando la mesa con el puño, a veces gritando— de los comunistas, el Vaticano, los judíos, la francmasonería, la prensa, Karl Marx, Trotski y la ciudad de Berlín, a la que llamó «estercolero internacional». Uno de los directores, Richard Breiting, había sido taquígrafo en el Reichstag, el Parlamento alemán, de modo que pudo seguir sin dificultad aquel torrente de vehemencia verbal.

«Solo podemos conseguir algo por medio del fanatismo —dijo Hitler—. No nos proponemos clavar a todos los judíos ricos en los postes de telégrafo de la carretera de Munich a Berlín —añadió—. Eso es una tontería.» Pero habrá casos de sufrimiento. «Si usas un cepillo de carpintero, habrá virutas.»

Breiting preguntó quién aportaría la capacidad administrativa para dirigir el gobierno, suponiendo que el Partido Nacionalsocialista subiera al poder. Hitler le miró fijamente. «Yo soy el cerebro y mi Estado Mayor secreto aportará la capacidad que necesitamos», fue su respuesta. Enrojeció y se puso furioso. «Toda resistencia será aplastada sin piedad. No toleraré la menor oposición.» La entrevista terminó.

Después, Breiting escribió un resumen. «Hitler ejerce una influencia semihipnótica sobre sus colaboradores —comentó—. Me dijeron que a veces

monta en cólera y va de un lado a otro de la Casa Parda como un loco.» Era, pensó Breiting, un neurasténico, un hombre de enorme egoísmo con tendencia a la megalomanía. A veces, decían, prorrumplía en llanto. Dejó una fuerte impresión en todo caso: su mentón, bajo el bigote, el elemento central, mostraba gran energía. «Cuando habla suele hacer muecas, como si tuviera ganas de despedazar a su adversario con los dientes.»

RICHARD BREITING volvió a la Casa Parda para una segunda entrevista. Era junio de 1931. Hitler empezó a hablar rápidamente. Habló de la necesidad de arquitectura monumental y de ciudades hermosas y nuevos sistemas de carreteras, y de la decadencia del arte. También de los judíos en las finanzas parisienses y de los resultados electorales, de los judíos vieneses que le habían impedido hacer realidad sus ambiciones de ser arquitecto, del ingreso en prisión del doctor Goebbels por difamar a los judíos, de lo útil que era la brutalidad en política y de la fealdad del edificio del Reichstag. El Reichstag, según Hitler, parecía una sinagoga. Cuanto antes fuera el Reichstag destruido por el fuego, «antes se verá el pueblo alemán libre de la influencia extranjera».

Las mayores amenazas para Alemania, dijo Hitler, eran la Unión Soviética y Estados Unidos. La nación alemana debía terminar su reconstrucción pronto, «antes de que la Unión Soviética se convierta en una potencia mundial, antes de que los más de nueve millones de kilómetros cuadrados que posee Estados Unidos se conviertan en un arsenal para el judaísmo mundial». Ese era el peligro. «Estos dos colosos todavía están dormidos —dijo—. Cuando se despierten, será el fin de Alemania.»

Breiting se atrevió a decir, con bastante audacia: «Pero, Herr Hitler, uno no debería ver conspiraciones judías detrás de cada árbol». Las personas tienen que encontrar soluciones, dijo; nada se logrará «meramente fomentando el antisemitismo».

Hitler se indignó. Los judíos querían dividir al pueblo. Henry Cabot Lodge era un instrumento de los judíos. Ay de Alemania si los judíos que «movían los hilos» se salían con la suya. Había «fuerzas» en Nueva York detrás del gobernador Franklin D. Roosevelt.

«Los judíos deberían temblar ante nosotros —dijo—, y no nosotros ante ellos.»

UN INGENIERO DE INCENDIOS ALEMÁN, Hans Rumpf, escribió sobre el futuro del uso de bombas incendiarias. Cien aviones, dijo, cada uno transportando unos cuantos miles de bombas incendiarias, podrían volar hasta la capital de un país enemigo: por ejemplo, París o Londres. Podrían soltar las bombas y provocar cien mil incendios simultáneos. «El aire caliente que saldría de los innumerables puntos de conflagración —escribió Rumpf—, produciría el llamado viento de fuego, que llevaría las llamas a puntos aún no afectados. Y al final, todos los incendios se juntarían en una tremenda conflagración contra la cual nada podría hacer ninguna organización o maquinaria contra incendios. La ciudad, toda la ciudad, quedaría reducida a cenizas, con un solo ataque bien planificado y bien ejecutado.»

Rumpf terminó su hipotético ataque aéreo con: «Der rote Hahn hat fliegen gelernt». Lo cual quiere decir: «El gallo rojo ha aprendido a volar». Era 1931.

LA AGENCIA TELEGRÁFICA JUDÍA dio a conocer una noticia que fue publicada en *The New York Times*. En la Grenadierstrasse de Berlín, donde existía una sinagoga, se había congregado un grupo de nazis. Habían gritado «¡Abajo Judea!» y agredido a algunos transeúntes. «Sin embargo, pronto se formó una multitud de judíos que opuso resistencia a los agresores y les obligó a retirarse.»

La noticia también contenía citas de un plan cuyo objetivo era «librar a

Alemania de los judíos sin soliviantar la opinión extranjera». Según dicho plan —publicado en una revista jurídica—, cuando los nazis subieran al poder confeccionarían listas de ciudadanos judíos. Una vez terminadas las listas sería posible retirarles la ciudadanía a los judíos. «Cuando el gobierno sea suficientemente fuerte introducirá las medidas más completas contra los judíos con la acostumbrada severidad “nazi”». Era el 2 de diciembre de 1931.

MOHANDAS GANDHI llegó a Inglaterra. Era el 12 de septiembre de 1931. Decidió alojarse en Kingsley House, un asilo de pobres en el East End de Londres. Hizo un programa de radio transmitido en directo a Estados Unidos por la CBS. «Personalmente preferiría esperar, siglos si hiciera falta, a emplear medios cruentos para obtener la libertad de mi país —dijo—. El mundo esta más que harto de tanto derramamiento de sangre. El mundo busca una salida y me halaga creer que tal vez este viejo país que es la India tendrá el privilegio de mostrar la salida al mundo anhelante.»

Gandhi habló con el rey y la reina, el arzobispo de Canterbury, el director de Balliol, George Bernard Shaw, lord Lothian, obreros textiles de Lancashire y cuáqueros destacados. Quería hablar con Winston Churchill, pero Churchill rehusó entrevistarse con él.

LILIAN MOWRER y su marido, Edgar Mowrer, el periodista, asistieron a una ceremonia nazi en el Palacio de Deportes. Era alrededor de 1931. El Palacio de Deportes, escribió Lilian, era «un magnífico edificio moderno con paredes pintadas de brillantes colores futuristas». En aquel momento se abrían paso hacia el estrado Joseph Goebbels, «paliducho, delgado, cojeando levemente», Rudolf Hess, «una especie de Clark Gable», y el propio Hitler, con trinchera y cinturón

de cuero, «un lacio mechón de pelo cubriéndole ya parte de la frente, una sonrisa nerviosa y feliz en los labios largos y sin forma».

Goebbels tomó el micrófono. «¿Por qué confiamos en nuestro Führer? — preguntó—. Somos fieles a nuestro Führer porque... él es fiel a nosotros.» Un rugido salió de veinte mil gargantas.

Hitler empezó a hablar, con su voz ronca y extraña. Enumeró las fechorías y corrupciones del régimen de Weimar. Lloró por las aflicciones del pueblo; «dos puños en el aire y lágrimas deslizándose por ambos lados de su flácida nariz», escribió Lilian Mowrer. Luego criticó ferozmente a los judíos y los socialistas y prometió impuestos más bajos, salarios más altos, más puestos de trabajo, viviendas mejores y fertilizantes más baratos. Mowrer no se dejó llevar. «Hitler estaba diciendo tonterías, mintiendo descaradamente, tergiversando la historia con una voz que era estridente y hacía pensar en la plaza de armas, hacía gestos zafios y nada convincentes», pensó. Pese a ello, cuando miró a la gente que tenía a su alrededor vio no solo aprobación, sino también éxtasis: una muchacha con los labios entreabiertos, los ojos clavados en su líder; un anciano asintiendo con la cabeza; la mujer de sesenta años que estaba a su lado diciendo «Richtig! Richtig!» cada vez que Hitler hacía una promesa.

EL CORRESPONSAL EN CHINA de *The New York Times*, Hallett Abend, se encontraba tomando caviar y cócteles a bordo de un buque en el puerto de Shanghai. Abend estaba hablando con Shiozawa Koichi, contraalmirante de la Armada japonesa. Era el 28 de enero de 1932.

«A las once de esta noche enviaré a mis infantes de marina a Chapei —dijo el almirante Shiozawa—, para proteger a nuestros ciudadanos y preservar el orden.»

Chapei era una parte de Shanghai donde vivían más de medio millón de personas. Cinco monjes budistas japoneses habían sido apaleados en ella, uno

mortalmente; una asociación patriótica japonesa se había vengado pegando fuego a una fábrica de toallas. El almirante Shiozawa ya había advertido a los chinos que tomaría medidas drásticas si no cesaba la actividad antijaponesa. Otros países vigilaban atentamente también. El presidente Hoover y Henry Stimson, su secretario de Guerra, habían anunciado que estaban preparados para proteger los intereses norteamericanos; dos destructores norteamericanos se hallaban cerca de allí, y un contingente de infantes de marina estadounidenses había desfilado, con las bayonetas en alto, por la zona internacional de Shanghai.

Poco después de la medianoche, el taxi que llevaba a Hallett Abend dobló una esquina en una calle lateral de Chapei; sus faros iluminaron a un grupo de infantes de marina japoneses y policías británicos que avanzaban a gatas con una ametralladora a remolque. Un oficial se incorporó. «¡Fuera luces, imbéciles!», gritó al taxi de Abend. Se oyó un disparo. «El oficial agitó ambos brazos en el aire, gorjeó de una manera extraña y se desplomó en silencio», escribió Abend en sus memorias.

Llegaron más fuerzas japonesas, montadas en motos, y empezaron a dar vueltas disparando. En las azoteas había francotiradores chinos del Ejército revolucionario de la 19.^a Ruta. Curiosos norteamericanos y europeos se congregaron en la North Szechuen Road para contemplar la escaramuza mientras bebían, reían, fumaban y comían emparedados. Abend y su colega, Douglas Robertson, se quedaron levantados toda la noche escribiendo despachos para el *Times*, tomando alguna que otra absenta con hielo para conservar las fuerzas.

A primera hora de la mañana siguiente los dos volvieron al lugar de los hechos y se apostaron en la North Szechuen Road. Oyeron el zumbido de aviones en el cielo.

«Esos cabroncetes amarillos van a bombardear Chapei», dijo Robertson con voz entrecortada.

«¡Jamás!», exclamé. «¿Bombardear a seiscientos mil civiles en una ciudad sin fortificar? Ni siquiera los japoneses.»

«Ya lo verás; te apuesto una cena por todo lo alto», dijo Robbie, aquel joven escocés listo y astuto.

«Los aviones siembran el terror», decían los titulares. «Más de dos kilómetros cuadrados incendiados.» Y también: «Niños heridos yacen en las calles toda la noche».

Cuatro días más tarde Abend volvía a encontrarse a bordo del buque insignia del almirante Shiozawa, tomándose otro cóctel. «Veo que los periódicos de su país me han apodado Matabebés —dijo el almirante. Parecía sentirse violento—. Deberían reconocerme un poco de mérito. Utilicé solo bombas de trece kilos, y, de haberlo deseado, hubiera podido utilizar las de doscientos veintisiete.»

GEORGE WESTERVELT, que había servido en la Armada y ahora era vendedor de la compañía aeronáutica Curtiss-Wright, contempló el bombardeo de Shanghai desde su ventana en el hotel. Luego escribió una carta al rico ministro de Hacienda chino, T. V. Soong. Era el 10 de marzo de 1932.

Westervelt describió las cosas que China podría hacer con su propia flota de aviones de bombardeo. «Estos aviones podrían transportar con facilidad suficientes bombas incendiarias de poco peso para arrasar la mayor parte de la mayoría de las ciudades japonesas», escribió Westervelt. Recomendó que China contratara a un oficial experimentado de la aviación norteamericana para que crease un programa de formación para pilotos chinos.

La idea de un programa de formación de pilotos gustó a T. V. Soong y también al nuevo agregado aéreo norteamericano, el coronel Drysdale, que escribió un memorándum al Departamento de Estado. «La presencia de una misión de esta clase en China —escribió Drysdale—, será inestimable para incrementar la utilización de aviones y material norteamericano aquí.»

EDGAR MOWRER, que se hallaba en Berlín, se enteró de algo inquietante relativo al Papa. El ayudante alemán de Mowrer, Otto Brock, entró corriendo en la

oficina y dijo que acababa de asistir a un mitin del Partido del Centro alemán o Zentrum. Durante el mitin alguien había leído en voz alta una carta enviada por el cardenal Pacelli desde Roma.

«El cardenal escribió que el Papa estaba preocupado a causa de la ascensión del comunismo en Alemania y aconsejaba a nuestro partido que ayudara a hacer a Hitler canciller. Los líderes del Zentrum se mostraron de acuerdo.» Brock estaba llorando.

Mowrer preguntó si podía escribir sobre el mensaje del cardenal.

«No —respondió Brock—, el mitin era secreto. Pero ya lo verás.» Tal como predijo Brock, a partir de entonces el Partido del Centro apoyó a Hitler. Era el verano de 1932.

BENITO MUSSOLINI estaba escribiendo un artículo sobre el fascismo para el volumen catorce de la *Enciclopedia Italiana*. El pacifismo era cobardía, dijo Mussolini: «Solo la guerra lleva a la mayor tensión las energías del hombre e imprime el signo de la nobleza en los que poseen la virtud de afrontarla». Era 1932.

EL CORONEL JACK JOUETT, piloto veterano, empezó a enseñar a ochenta y ocho cadetes chinos en una nueva escuela de vuelo militar al sur de Shanghai. Los cadetes se presentaron en clase con ejemplares de *We*, de Charles Lindbergh. Ansiaban aprender a pilotar la nueva flota de aviones Curtiss-Wright de la escuela. Era septiembre de 1932.

EDGAR Y LILIAN MOWRER asistían a una cena en casa de un banquero alemán. Era

a finales de 1932.

«Después de cenar —escribió Edgar más tarde—, mientras los hombres, todos judíos menos yo, tomábamos café, varios de ellos alardearon de dar dinero al Partido Nazi a petición de arios como Schacht y Thyssen.»

Mowrer no dijo nada. El banquero, a quien Mowrer identificó como «Arnhold» —posiblemente Hans o Heinrich Arnhold— le preguntó qué pensaba.

«Solo me estaba preguntando —contestó Mowrer—, cómo el Pueblo de Israel ha logrado sobrevivir tantos miles de años cuando es obvio que tiene un fuerte impulso suicida.»

El banquero se burló de la retórica de Hitler. «No son más que palabras», dijo.

LION FEUCHTWANGER, el popular novelista alemán, dictó una conferencia en el hotel Commodore de Nueva York. Era el 8 de febrero de 1933. Había 450.000 judíos en Alemania, dijo Feuchtwanger, en un país de sesenta y cinco millones de habitantes. Y, a pesar de ello, cada día se publicaban dieciocho millones de ejemplares de periódicos antisemitas: «Una media de cuarenta ejemplares diarios por judío», dijo.

En marzo, mientras Feuchtwanger se encontraba en Suiza, los camisas pardas allanaron su domicilio de Berlín. Se llevaron el coche de su esposa y el manuscrito de una novela a medio terminar. Rompieron un retrato de Eleanor Roosevelt. «Creo que su intención era matarme a tiros, pero no pudieron porque no estaba en casa —dijo Feuchtwanger—. El problema es que esta gente se ha tomado demasiado literalmente los antiguos discursos disparatados de Hitler.»

EL REICHSTAG se incendió. Era el 27 de febrero de 1933. Un joven albañil de origen holandés, Marinus van der Lubbe, comunista declarado, fue encontrado sin camisa en el lugar del siniestro y detenido. Hitler se presentó en plena noche

en la redacción del *Völkischer Beobachter*, donde un ayudante le dijo que volviera en horas de oficina. «¿Está usted loco? —preguntó Hitler—. ¿No se da cuenta de que ahora mismo tiene lugar un acontecimiento de importancia incalculable?» Hitler y Goebbels se pasaron el resto de la noche preparando la siguiente edición.

Los derechos civiles fueron suspendidos en Alemania. «Göring soltó a sus hordas y de un solo golpe la justicia fue destruida por completo en Alemania», escribió Stefan Zweig.

THE NEW YORK TIMES publicó, en primera plana, que la Unión Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía, grupo que contaba con sesenta mil miembros, había declarado que las noticias de atrocidades cometidas por los nazis contra los judíos eran «pura invención». Era el 25 de marzo de 1933.

El antisemitismo existía, y era, según la sociedad, motivo de grave preocupación, pero se trataba de un asunto interno. «Adoptemos una actitud enérgica contra todo aquel que trate de influir criminalmente en la formación del porvenir de Alemania por medio de la prensa extranjera.»

JAMES G. McDONALD, presidente de la Asociación de Política Exterior de Estados Unidos, cenó en Berlín con Ernst Hanfstaengel, amigo de Hitler. Era el 1 de abril de 1933. McDonald dijo a Hanfstaengel que acababa de tener una entrevista con Hitler en la cual le había dicho que su política antisemita perjudicaba a Alemania. Hitler había contestado que «el mundo todavía nos agradecerá que le hayamos enseñado a tratar a los judíos».

Hanfstaengel bebió un poco de vino. Era partidario fervoroso del arianismo, pero tenía el pelo negro y su aspecto no era especialmente nórdico, aunque se le había oído decir que el vello de sus axilas era totalmente rubio. «¿Sabe usted —

preguntó a McDonald—, que hemos planeado exterminar a toda la población judía del Reich? A cada judío se le ha asignado un miembro de las secciones de asalto. Todo está preparado y puede hacerse en un sola noche.»

MacDonald volvió a su hotel atravesando el Tiergarten. Vio parejas de enamorados sentadas en los bancos del parque. «Sentí como si acabara de tener una pesadilla», escribió.

LILIAN MOWRER oyó al canciller Hitler decir en un discurso: «Nuestros enemigos serán exterminados brutalmente y sin piedad». Mowrer pensó que había oído mal. El líder de una gran nación no diría algo así. Consultó el texto oficial. Sí: *Brutal und rücksichtslos ausgerottet*. Y entonces empezaron las desapariciones durante la noche y las palizas, los asesinatos, escribió, «de centenares y centenares cometidos a sangre fría por sádicos sexuales y adolescentes, por orden de sus “superiores del partido”». Luego pusieron los letreros amarillos en los comercios que eran propiedad de judíos. En los grandes almacenes Kaufhaus des Westens, Mowrer enseñó su pasaporte norteamericano y cruzó la barrera que formaban miembros de las secciones de asalto cogidos del brazo. El establecimiento estaba casi vacío. Los únicos clientes eran extranjeros que protestaban contra el boicot. «Los dependientes estaban de pie sin nada que hacer, silenciosos y cariacontecidos. Me dieron ganas de comprar todo lo que tenía a la vista —dijo—. Me pasé toda la mañana de compras en comercios judíos.» Era abril de 1933.

¿Cómo podía suceder aquello?, se preguntó. El país estaba tranquilo. Las calles estaban limpias. El tráfico era fluido.

«Los alemanes están entre los pueblos más agradables de Europa y sin duda la media de matones y sádicos no es mayor que en cualquier otra nación —escribió—. La diferencia era que el régimen de Hitler se había edificado sobre sádicos y matones, de arriba abajo.»

SAMUEL FULLER, ejecutivo de la industria del rayón, escribió un memorándum a su viejo amigo Franklin Roosevelt, ahora presidente de Estados Unidos. Era el 8 de mayo de 1933.

Roosevelt había pedido a Fuller, que se disponía a visitar Berlín, que averiguase las respuestas a algunas preguntas sobre Hitler. Una de ellas era: «¿Va a marginar a los judíos definitivamente? ¿O solo los está castigando temporalmente para que se porten bien?».

«Con respecto a los judíos —escribió Fuller a Roosevelt—, el doctor Schacht afirmó que la prensa norteamericana había exagerado mucho su situación.» Schacht, presidente del Banco Central alemán, dijo a Fuller que no se había matado a nadie: ningún judío había sufrido violencia en su persona. Schacht describió la situación de esta manera:

Gran número de judíos entró en Alemania después de la guerra. Muchos de ellos se habían afiliado al partido de los comunistas. Los gobiernos de los últimos diez años habían estado llenos de judíos, especialmente en los puestos burocráticos. La mayoría de los puestos los ocupaban judíos. Alemania no es una nación judía. En los tribunales, los jueces por designación eran en gran parte judíos. El Ministerio de Educación estaba lleno de judíos. El jefe de Policía de Berlín era judío. 2.600 de los 3.200 abogados de Berlín eran judíos. En la Universidad de Berlín entre el 3 y el 4 por ciento del alumnado era judío, y el 40 por ciento del profesorado era judío. Alemania opinaba que esto estaba mal; y los echaron y pusieron en su lugar, o en puestos donde era necesario, a gentiles.

Fuller sostuvo otra conversación con Schacht más adelante. «Si yo fuese judío, estaría preocupado —le dijo Schacht esta vez—. No soy judío y lo estoy.»

Roosevelt pasó la «interesantísima» carta a Cordell Hull, su secretario de Estado. «Por favor, devuélvemela cuando tú y el jefe de la División de Europa Occidental la hayáis leído», escribió.

GOEBBELS SE ENCONTRABA en una tribuna adornada con esvásticas en la Unter

den Linden, amplia y arbolada calle de Berlín que pasa por delante de la universidad y el Palacio de la Ópera. Dijo: «La era del intelectualismo judío extremo ya ha pasado». Arrojó un libro a la hoguera.

«Era como quemar algo vivo —dijo Lilian Mowrer—. Le siguieron estudiantes con brazadas de libros, mientras los escolares expresaban a gritos ante los micrófonos su condena de tal o cual autor y la multitud abucheaba y silbaba los nombres que iban pronunciándose.» Los libros de Lion Feuchtwanger, que ya habían sido prohibidos en las librerías, fueron pasto de las llamas, al igual que los de Albert Einstein, Thomas Mann, Brecht, Lenin, Marx, Engels, Zinóviev, Heine, Emil Ludwig, Helen Keller, Upton Sinclair y Jack London. La novela pacifista de Bertha von Suttner *¡Abajo las armas!* fue condenada por «antialemana» y quemada. *Sin novedad en el frente* fue la obra que recibió más abucheos. Los libros de Stefan Zweig fueron clavados a una picota además de quemados. El pacifismo enmascaraba un «veneno que iba calando poco a poco», dijo un orador. Era el 10 de mayo de 1933.

Goebbels dijo: «Iluminado por estas llamas, nuestro voto será el Reich y la Nación y nuestro Führer: Adolf Hitler. Heil! Heil!».

HARRY EMERSON FOSDICK, que ahora era el pastor de la iglesia Riverside de Nueva York, organizó una petición de protesta. Era mayo de 1933. «Reconocemos las graves provocaciones que han conducido a la revolución alemana —dijeron los firmantes de Fosdick—, especialmente que las condiciones de paz hayan condenado a generaciones aún no nacidas de niños alemanes a la servidumbre económica.» No obstante, había llegado la hora de hablar. «Herr Hitler lleva años predicando el odio implacable a los judíos —dijeron—. Una de las doctrinas fundamentales de los nazis, que ellos reconocen explícitamente, es que los judíos son bacilos ponzoñosos en la sangre de

Alemania y deben eliminarse como la peste.» Ahora estaban poniendo en práctica esa creencia:

Están llevando a cabo sistemáticamente un «frío pogromo» de crueldad inconcebible contra nuestros hermanos judíos, expulsándolos de puestos de confianza y liderazgo, privándolos de derechos civiles y económicos, condenándolos deliberadamente, suponiendo que sobrevivan, a sobrevivir como pueblo proscrito y excomulgado, y amenazando a los judíos con una matanza si protestan.

Mil doscientos clérigos norteamericanos firmaron la protesta; sus nombres llenaron la mayor parte de una página de *The New York Times*.

Durante una cena del Consejo Federal de las Iglesias varios meses después, el reverendo Fosdick dijo: «Desde hace mil años no se ha visto en la civilización occidental nada tan bárbaro como la persecución deliberada de toda una raza por los poderes oficiales de una nación».

Asistía a la cena un profesor de teología alemán, un tal Julius Richter, hombre apaciguador. Dijo que la oleada de antisemitismo alemán pasaría. «El canciller Hitler es un hombre muy responsable, muy inteligente —dijo Richter—. No bebe; no fuma; lleva una vida rigurosamente moral. Podemos estar seguros de que Hitler no permitirá que semejantes cosas duren mucho tiempo.»

EDGAR MOWRER —que acababa de ganar el premio Pulitzer con un libro antinazi, *Germany Puts the Clock Back*— recibió una amenaza formulada con palabras corteses. Al gobierno alemán no le gustaban sus opiniones y quería que dimitiese de su puesto de presidente de la Asociación de la Prensa Extranjera. Mowrer se fue a ver a Goebbels, que estaba sentado en una habitación espaciosa decorada con jarrones chinos con orquídeas. «No permitiremos que engañe al público», dijo Goebbels.

Un periodista muy conocido, el doctor Goldmann —enfermo, viejo y jorobado — fue detenido. Mowrer pensó que Goldmann no duraría mucho tiempo en un

campo de prisioneros. Se brindó a renunciar a la presidencia si Goldmann era puesto en libertad. Los nazis accedieron.

Cuatro policías de paisano empezaron a seguir los movimientos de los Mowrer. Una noche, la pareja observó que delante de su casa había un grupo de hombres de las secciones de asalto con un reflector; era obvio que había llegado el momento de irse de Berlín. Edgar y Lilian aún salían a pasear, sin embargo, y admiraban los árboles del Tiergarten, los cinco olmos donde jugaban los conejos, la isla donde todos los años los polluelos de cisne salían de los huevos. Procuraban no hablar de política alemana. «Piensa en su amor a las flores —decía Edgar Mowrer—. Si alguna vez se juzga a esta gente, espero que alguien se levante y diga “Pero recordad las jardineras de sus ventanas”.»

Edgar fue informado de que el gobierno alemán ya no podía garantizar su seguridad. Se marchó a Francia. Lilian hizo las maletas y se reunió con él allí. «En ninguna parte he tenido amigos tan estupendos como en Alemania —escribió Lilian después—. Al recordar ahora aquellos tiempos, es como ver que alguien a quien amas se vuelve loco y hace cosas horribles.»

JAMES G. McDONALD, de la Asociación de Política Exterior, pronunció un discurso en el festival de Chautauqua. Un periodista de *The New York Times* se hallaba presente para informar del acto. Era el 10 de julio de 1933. McDonald no dijo que Hitler y Hanfstaengel le habían hablado de su plan relativo a los judíos. Pero sí dijo que los intentos de los apologistas de los nazis de negar que los judíos eran tratados cruelmente representaban un «insulto a la inteligencia». «Los nazis creen en el mito de la supremacía de la raza aria y están decididos a hundir la vida económica judía», explicó. Hitler había sacado partido de los prejuicios y las humillaciones de la posguerra: «La guerra, el Tratado de Versalles y el trato que Alemania ha recibido desde la guerra han empujado a los

alemanes a buscar líderes nuevos —dijo—. El hitlerismo es, en un sentido muy real, un regalo de los aliados y Estados Unidos».

HITLER NOMBRÓ A JULIUS STREICHER jefe del partido en Franconia. Streicher, un paranoico de cabeza afeitada, publicaba dos periódicos, uno de los cuales era el tabloide truculentamente antisemita *Der Stürmer* o «El Asaltante».

Streicher ordenó detener a varios centenares de judíos, la mayoría de ellos tenderos de Nuremberg, la capital de Franconia. «Fueron obligados a marchar en procesión por las calles, flanqueados a ambos lados por miembros de las secciones de asalto y tratados con escarnio y brutalidad», informó *The Times* de Londres. Algunos fueron encarcelados en espera de un rescate; a otros se les hizo «arrancar la hierba de un campo con los dientes». *The Times* publicó: «Como, según se cree, la necesidad de un pretexto para “confiscar” fondos ha desempeñado un papel muy importante en la última ocasión, mucha gente teme una repetición de estos incidentes en un futuro próximo». Era julio de 1933.

El periódico de Streicher publicó un artículo titulado «El Judío Muerto». Trataba de un hombre que se suicidó después de ser perseguido. «No pondríamos absolutamente ninguna objeción si todos sus hermanos de raza se despidiesen de la misma manera», decía el artículo.

EL MAYOR JAMES DOOLITTLE, as de la aviación norteamericana, estaba en China haciendo demostraciones de aviones por cuenta de Curtiss-Wright. Era el verano de 1933. Doolittle, a bordo de su Curtiss Hawk, llevó a cabo sus proezas ante el alcalde de Shanghai y una multitud de setenta y cinco mil personas, y después el gobierno de Nankín encargó treinta y seis Hawks, el mayor pedido que la compañía recibió aquel año. «Vendimos 24 Hawks al gobierno turco el pasado

otoño —dijo T. P. Wright, presidente de Curtiss-Wright—, y hay varios en servicio en América del Sur.»

El mayor Doolittle también había hablado de los aviones Hawk con Ernst Udet, el as de ojos azules de la aviación alemana; los dos volaron juntos en festivales aéreos norteamericanos. A Udet le gustó el nuevo Hawk II; lo había visto en las carreras aéreas de Cleveland. Era un buen avión para hacer proezas y un buen bombardero en picado. Pero resultaba caro.

EN NUREMBERG, miembros de las secciones de asalto llevaron a una chica de diecinueve años a un cabaret. Le cortaron el pelo, le afeitaron la cabeza y le colgaron un letrero del cuello. «Me he ofrecido a un judío», rezaba el letrero. Era el 13 de agosto de 1933.

Un grupo de turistas que presenció la escena escribió una carta a las autoridades en la cual decían que, si bien no albergaban ningún deseo de inmiscuirse en los asuntos municipales de la ciudad, incidentes de aquel tipo no podían por menos de resultar muy desagradables a todos los visitantes extranjeros. Al cabo de unas semanas la chica fue declarada enferma mental e ingresada en un manicomio.

IÓSIV STALIN, el líder de Rusia, ordenó a sus agentes que retirasen todas las existencias de alimentos de las poblaciones agrícolas de Ucrania. Millones de personas no tenían pan: comían ratones de campo, insectos, cáscaras y niños muertos. Era 1933.

Un matrimonio norteamericano de origen ruso visitó un poblado ucraniano. «Nos estamos muriendo todos de hambre —les dijo uno de los habitantes—. Quieren que nos muramos. Es una hambruna organizada. Nunca hemos tenido una cosecha mejor, pero si nos pillaran cortando unas cuantas espigas, nos

fusilarían o nos meterían en la cárcel y nos matarían de hambre.» Era agosto de 1933.

DAVID LLOYD GEORGE, que había sido primer ministro de Inglaterra durante la Gran Guerra, pronunció un discurso. El gobierno inglés no debía intimidar a Alemania, dijo Lloyd George. «Sé que se han cometido atrocidades horribles en Alemania y todos las deploramos y condenamos —dijo—. Pero un país que está pasando por una revolución siempre es propenso a episodios espantosos debido a que aquí y allá algún rebelde enfurecido se ha apoderado de la administración de justicia.» Si las potencias aliadas consiguieran derrocar el nazismo, ¿qué ocuparía su lugar? «El comunismo radical —dijo Lloyd George—. Está claro que este no puede ser nuestro objetivo.»

Era el 22 de septiembre de 1933.

ERNST UDET, el piloto alemán, se encontraba en Buffalo, Nueva York, con la intención de comprar bombarderos en picado. Udet dijo al jefe de ventas de Curtiss-Wright que no estaba seguro de poder permitirse un Hawk II. «Pero, señor Udet —contestó el jefe de ventas—, el dinero ya ha sido depositado en nuestro banco.»

Hermann Göring, ministro de Aviación de Alemania y presidente del Reichstag, había comprado dos Curtiss-Wright Hawk II para Udet. Udet se reincorporó a la Luftwaffe —las Fuerzas Aéreas alemanas— y con su ayuda la Junkers Aviation empezó a proyectar un avión, el llamado Ju 87, el Stuka. Para bombardear en picado era todavía mejor que el Curtiss Hawk II.

FREDERICK BIRCHALL, corresponsal de *The New York Times* en Berlín, publicó un artículo sobre los preparativos de Alemania para la guerra. Era el 8 de octubre de 1933.

Birchall citó un libro reciente de Ewald Banse, profesor del Instituto Técnico de Brunswick, Alemania. El libro se titulaba *Wehrwissenschaft*, esto es, «Ciencia militar». La guerra ya no era cuestión de marchas y medallas, señaló Banse: «Es gas y peste. Es horror de tanques y aviones. Es bajeza y falsedad. Es hambre y pobreza». Y por ser la guerra tan horrible, decía Banse, debía incorporarse al plan de estudios de las escuelas y enseñarse como ciencia nueva y exhaustiva: «Los métodos y los objetivos de la nueva ciencia son crear una firme creencia en el elevado valor ético de la guerra y producir en el individuo la disposición psicológica al sacrificio por la causa de la nación y el Estado».

Los ojos de Birchall se posaron en un pasaje en particular del libro de Banse. En él se afirmaba que durante la Gran Guerra los franceses habían intentado hacer la guerra bacteriológica contra los cultivos y el ganado alemanes. El plan había fracasado, decía Banse, pero la técnica merecía ser investigada. Para una nación débil que había sido desarmada y reducida a la indefensión, como era el caso de Alemania en la posguerra, la guerra bacteriológica —contaminar el agua potable con gérmenes de tifus y propagar la peste por medio de ratas infectadas— «es indudablemente el arma apropiada». La Sociedad de Naciones había prohibido semejantes técnicas, pero cuando se trataba de la supervivencia nacional, «todo método es permisible para rechazar al enemigo superior y vencerle».

EN UN FESTIVAL AÉREO celebrado en Long Island, Ernst Udet hizo proezas asombrosas con su Flamingo rojo y plateado, y una escuadrilla de aviones del Ejército estadounidense bombardeó y ametralló un poblado de cartón piedra. El

poblado demolido fue bautizado con el nombre de Depressionville. Era el 8 de octubre de 1933.

EL GOBIERNO ALEMÁN ordenó confiscar todos los ejemplares del libro de Ewald Banse. Era el 20 de octubre de 1933.

«Se han citado en el extranjero frases y pasajes sueltos del libro que han hecho recelar del talante pacífico de Alemania —dijo una declaración oficial—. Las ideas del profesor Banse no se corresponden con las del gobierno y deberían considerarse meramente opiniones personales.»

El gobierno también prohibió dos canciones: «Debemos luchar y conquistar Francia» y «¡Alemanes, a las armas!».

UN VERDUGO con guantes blancos y sombrero de copa ató a Marinus van der Lubbe, condenado por el incendio intencionado del Reichstag, a la guillotina. Su cabeza cayó en un cesto lleno de serrín. Era el 10 de enero de 1934.

ELEANOR ROOSEVELT dirigió la palabra al noveno Congreso sobre la Causa y el Remedio de la Guerra, que se celebraba anualmente. Asistían al congreso quinientos delegados que representaban a once organizaciones que sumaban un total de once millones de afiliados. «Quienquiera que piense debe opinar que la próxima guerra será un suicidio —dijo Eleanor Roosevelt—. ¡Qué terriblemente necios somos! ¡Somos capaces de estudiar historia y vivir lo que vivimos y permitimos tranquilamente que las mismas causas nos hagan pasar otra vez por lo mismo!» Era el 17 de enero de 1934.

Una semana después, Clark H. Woodward, contraalmirante de la Armada

estadounidense, pronunció un discurso virulento ante los delegados reunidos en el noveno encuentro anual de la Conferencia Patriótica de Mujeres sobre Defensa Nacional, organización pro militar y contra los inmigrantes que aglutinaba a varios grupos. El contraalmirante Woodward había ganado numerosas medallas y combatido en muchas guerras: había contribuido a sofocar insurrecciones en Nicaragua y Haití.

«Extranjeros radicales, foráneos y antinorteamericanos nacidos en Estados Unidos están difundiendo malintencionadamente propaganda subversiva a favor del desarme —dijo el contraalmirante Woodward a las mujeres patrióticas—. Rojillos de salón, proselitistas y traicioneros grupos a sueldo han renovado sus esfuerzos siniestros, intensivos y destructivos para convencer a nuestros estadistas, mediante llamamientos insidiosos y razonamientos académicos, de la futilidad de seguir preparándonos.»

UN ESPÍA BRITÁNICO, Frederick Winterbotham, visitó a Hitler en sus nuevos aposentos de la Cancillería del Reich en Berlín. Era febrero de 1934.

Winterbotham, que era un inglés alto, de cabello rubio rojizo, subió las suntuosas escaleras con su anfitrión, el teórico racial Alfred Rosenberg. A su paso, hombres de uniforme negro se cuadraban y tocaban con sus guantes blancos sus armas enfundadas. Los visitantes entraron en un espacioso despacho decorado con tapices y cortinas de brocado azul. Hitler se hallaba sentado detrás de su mesa de trabajo, vestido con camisa parda y corbata negra.

«Quizá Hitler no estaba habituado a que le sonriesen jovialmente, pero pareció dar resultado porque se puso en pie, y alargó una mano, no para hacer el saludo ahora ya conocido, sino para que se la estrecháramos de manera civilizada, como se acostumbra a hacer», escribió Winterbotham. Los ojos de Hitler le llamaron la atención. «Muchas personas han comentado su aparente capacidad hipnótica,

pero a mí me dieron la impresión de que sobresalían demasiado de las cuencas. No obstante, eran amistosos.»

Hitler dijo a Winterbotham que la Luftwaffe contaría con quinientos aviones a principios de 1935. «Debería haber solo tres grandes potencias en el mundo —dijo Hitler—, el Imperio británico, las Américas y el Imperio alemán del futuro.» El Imperio británico se encargaría de África y la India, a la vez que Alemania controlaría Rusia. La suerte de China se determinaría en su momento. Versalles era papel mojado. «Lo único que pedimos —dijo Hitler—, es que Gran Bretaña se dé por satisfecha con ocuparse de su imperio y no obstaculice los planes de expansión de Alemania».

Winterbotham dijo entonces que tenía entendido que a Hitler no le gustaban los comunistas. El cuello de Hitler enrojeció. «Sus ojos empezaron salirse todavía más de las órbitas; se levantó y, como si su personalidad hubiera cambiado totalmente, se puso a chillar con su voz aguda y entrecortada, que rebotaba en las paredes de la espaciosa estancia; no se dirigía a tres, sino a tres mil personas imaginarias», escribió Winterbotham. Luego Hitler terminó, sonrió y se sentó. «Eso es lo que pienso de los comunistas», dijo.

ALGUNOS MIEMBROS DE LA TRIBU QUTAIBI atacaron una caravana en el sur de Yemen, país que formaba parte del Imperio británico. Era marzo de 1934. El capitán de grupo Charles Portal, de la Royal Air Force, opinaba que había que disciplinar a los miembros de la tribu. Ordenó a sus aviadores que lanzaran octavillas en las que pedían a los miembros de la tribu que pagasen una multa y entregaran a los malhechores. «Hasta que hayáis cumplido las condiciones puede que vuestros poblados y campos sean bombardeados o incendiados en cualquier momento del día o de la noche, y se os advierte en particular de que no toquéis ninguna bomba que no haya hecho explosión, puesto que, si lo hacéis, probablemente moriréis», advertían las octavillas.

Los qutaibi no cumplieron. Portal ordenó a sus pilotos que arrojaran «unas cuantas bombas pequeñas sobre los principales poblados» y también que bombardeasen intensamente las casas del jeque y su tío. Utilizaron bombas de efecto retardado con el fin de impedir que los habitantes se acercaran a sus casas, técnica conocida por el nombre de «bloqueo invertido». Tras dos meses de bombardeos, los qutaibi aceptaron las condiciones. Tres miembros de la tribu murieron, escribió Portal, al tratar de desmontar una bomba de efecto retardado; ninguno de sus propios hombres resultó herido. «Lo más notable, y lo más satisfactorio —añadió—, es la manera en que la tribu volvió al redil prácticamente sin rencor alguno.»

H. C. ENGELBRECHT, autor de *Mercaderes de la muerte*, best seller sobre los traficantes de armas, habló en una conferencia de la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales. «La industria de armamento no sabe de política, de amigos, del bien ni del mal, sino solo de clientes —dijo Engelbrecht—. Si puedes pagar, puedes comprar.»

La empresa de armas francesa Schneider acababa de vender cuatrocientos tanques a la Alemania de Hitler, señaló Engelbrecht; la compañía ocultó la operación enviando los tanques a través de los Países Bajos. Los alemanes también habían encargado sesenta aviones a la empresa británica Vickers, fabricante de bombarderos.

«En todas las guerras —dijo Engelbrecht— el fabricante de armamento que vende en el extranjero está armando a un enemigo potencial de su propio país, y en la práctica, aunque no según la ley, eso es traición.»

Era el 14 de abril de 1934.

CLARENCE PICKETT, secretario ejecutivo del Comité de Servicio de los Amigos

Norteamericanos, se entrevistó con el rabino Leo Baeck en Berlín. El Comité de Servicio de los Amigos Norteamericanos era una organización de socorro cuáquera fundada por un profesor del Haverford College llamado Rufus Jones; había alimentado a millones de personas en Alemania, Austria, Polonia y Rusia durante las hambrunas de finales de la década de 1910 y comienzos de la de 1920. Pickett, que era un hombre poco expresivo de sonrisa forzada, estaba en Europa para «ver si podemos hacer algo para impedir el trato bárbaro que sufren los judíos y ayudar a inmigrar a los que tengan la suerte de poder irse a Estados Unidos u otra parte». Era mayo de 1934.

El rabino Baeck dijo que no quería visitar a Pickett en el Centro de los Amigos en Berlín porque no quería que las autoridades pensaran que el centro era un escondrijo judío; en su lugar, se reunieron en una habitación con cortinas negras del Club de Mujeres Norteamericanas.

Desde antes de los tiempos de Cristo, dijo Baeck, los judíos habían formado parte de lo que ahora era Alemania. La sinagoga de Worms había celebrado recientemente su noningentésimo aniversario de existencia continua. Los judíos amaban Alemania y querían quedarse en ella.

Baeck dijo a Pickett que se había producido un aumento de la religiosidad a consecuencia del racismo y la persecución. Los fieles del rabino eran antes cincuenta o sesenta personas; ahora celebraba cuatro oficios distintos cada domingo. Asistían a ellos numerosas personas, aunque cuando salían de la sinagoga a veces eran apedreadas. Era un buen momento para ser rabino, dijo.

Baeck añadió que su lema era siempre: «Que ninguna gota de amargura entre en vuestros corazones y los envilezca».

REINHARD HEYDRICH, jefe de la sección de inteligencia de la policía secreta alemana, leyó un informe detallado que le habían preparado sobre política judía. Era el 24 de mayo de 1934.

«El objetivo de la política judía debe ser la emigración de todos los judíos», decía el informe. Los «asimilacionistas» judíos —los que querían vivir como alemanes en Alemania— debían ser disuadidos, mientras que los sionistas —los que querían emigrar a Palestina— debían ser alentados, según el memorándum. «El objetivo de la policía del Estado es apoyar al sionismo en su política de emigración tanto como sea posible»:

Todas las autoridades a quienes concierna deben, en particular, concentrar sus esfuerzos en reconocer las organizaciones sionistas y apoyarlas en sus actividades de formación y emigración; al mismo tiempo, las actividades de los grupos de judíos alemanes deben restringirse con el fin de obligarles a desistir de la idea de permanecer en Alemania.

De esta manera, con el tiempo Alemania se convertiría en un país «sin porvenir para los judíos».

Heydrich, hombre rubio de frente amplia y dedos largos y delgados, empezó a ayudar a las organizaciones sionistas a crear centros de formación agrícola con el objeto de que los judíos supieran cultivar la tierra cuando llegasen a Palestina.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT estaba utilizando dinero de la Ley de Recuperación Nacional —parte del New Deal— para construir treinta y dos buques de guerra. Visitó Pearl Harbor, puesto naval avanzado cerca de Honolulu: cantantes hawaianos interpretaron canciones tradicionales para él y trescientas muchachas japonesas bailaron a la luz de los faroles en un espectáculo histórico en el Iolani Palace. El presidente alabó en un discurso la riqueza del pasado de Hawai, la limpieza de las casas de Hawai y la eficiencia y el espíritu de las fuerzas militares norteamericanas destacadas allí, de las cuales era comandante en jefe. «Estas fuerzas deben ser consideradas siempre un instrumento de la paz continua», dijo. Dio las gracias a todos y expresó el deseo de volver algún día. «Os digo “aloha” de todo corazón.» Era el 28 de julio de 1934.

En el *Japan Advertiser*, el general Kunishiga Tanaka, ex agregado militar en

Washington, escribió una respuesta a la visita de Roosevelt: «El presidente Roosevelt ha viajado a Hawai e inspeccionado la base de Pearl Harbor, considerada el centro de las operaciones ofensivas norteamericanas en el Pacífico, y ha dicho al mundo en voz muy alta que sus instalaciones son perfectas». Este acontecimiento fue acompañado, señaló el general, de noticias de que la Liga de la Armada estaba presionando a favor de la creación de flotas inmensas y bases aéreas norteamericanas en Alaska y las islas Aleutianas. «Semejante comportamiento insolente nos parece sumamente sospechoso. Nos hace pensar que se está fomentando a propósito un conflicto de gran magnitud en el tranquilo Pacífico. Esto es muy de lamentar.»

GEORGE SELDES, periodista especializado en escándalos, publicó un artículo en *Harper's Magazine*. «Es un axioma que las naciones no se arman para la guerra, sino para *una* guerra», escribió Seldes. Acababa de entrevistar a un funcionario de la Liga de la Armada, grupo de presión partidario de estar preparados.

«¿Acepta usted el axioma naval de que uno se prepara para luchar contra una armada específica?», había preguntado Seldes al hombre de la Liga de la Armada.

«Sí», respondió el hombre.

«¿Prevé usted un enfrentamiento con la armada británica?», preguntó Seldes.

«No, por supuesto», contestó el hombre.

«¿Prevé un guerra con Japón?»

«Sí.»

Era octubre de 1934.

LOS ALUMNOS DE LA NUEVA Escuela Táctica del Cuerpo Aéreo de Estados Unidos

en Maxwell Field, Alabama, estaban aprendiendo a hacer la guerra moderna con aviones. Era el curso escolar 1934-1935.

«La buena estrategia requiere asestar el golpe principal donde el enemigo sea más débil», aprendieron los alumnos. «Las grandes poblaciones urbanas y los elevados niveles de vida amplían las posibilidades de causar dislocación e incrementan la fuerza que la aviación puede aplicar contra la moral.»

El abastecimiento de agua era especialmente vulnerable: «Es posible lanzar gases contra los embalses, cortar los acueductos y destruir las presas y las instalaciones de bombeo. Los efectos en la población civil serán inmediatos y de gran alcance: los sistemas de salubridad fallarán y la posibilidad de que se produzcan epidemias se agudizará».

LA BOEING CORPORATION, de Seattle, vendió tres bimotores a Alemania. Estos aviones «podían ser considerados admirables bombarderos en potencia por un experto militar», según *The New York Times*; los ingenieros alemanes los estaban estudiando detenidamente. Pratt and Whitney tenía una oficina en Berlín; BWM había adquirido los derechos para construir uno de los motores Pratt and Whitney. La Sperry Corporation, fabricante de miras de bombarderos y estabilizadores giroscópicos, tenía un acuerdo para compartir patentes con una compañía alemana, Askania.

Un agregado comercial estadounidense en Berlín escribió que fabricantes norteamericanos estaban vendiendo a Alemania cigüeñales, culatas, sistemas de control para cañones antiaéreos y componentes suficientes para producir unos cien aviones al mes. Había pedidos pendientes para equipar dos mil aviones, informó el agregado.

Era mayo de 1934.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT dispuso que la Armada de Estados Unidos se encargara de la administración de la isla de Wake, atolón del océano Pacífico. Asimismo, dio a la Pan Am Airways permiso para construir pistas en la isla de Wake, la isla de Midway y Guam. Era el 14 de marzo de 1935.

Estas medidas no gustaron a las autoridades militares japonesas porque, según dijeron, los aeropuertos podían convertirse en bases militares. «Las islas son “portaaviones naturales” que ofrecen a los escuadrones enemigos lugares ideales para operar desde ellos —escribió un comandante en jefe retirado de la Armada japonesa—. Si fueran ocupadas por un enemigo, pondrían inmediatamente en peligro nuestra defensa.»

CLARENCE PICKETT, el cuáquero, y Harry Emerson Fosdick, el predicador antibelicista, tomaron el té en el Despacho Oval con el presidente Roosevelt. Era abril de 1935. La Armada se proponía llevar a cabo simulacros de combate y maniobras cerca de las islas Aleutianas y de la isla de Midway. Las islas quedaban muy lejos de Estados Unidos y cerca de Japón. A Pickett le pareció «un intento deliberado de mostrar los músculos donde Japón pudiera vernos, de advertirle de lo que podía esperar si no respetaba nuestro poderío».

Roosevelt era muy hablador y contó historias y recordó los viejos tiempos. «Empezamos a preguntarnos si lograríamos expresar nuestra preocupación», escribió Pickett. Finalmente el reverendo Fosdick metió baza y advirtió del peligro que suponía hacer grandes maniobras navales tan cerca de Japón. Roosevelt dijo que en Harvard había tenido un compañero de clase que era japonés y que este compañero de clase japonés hablaba de conquista. «No conseguimos persuadirle de que trasladara el patio de recreo de la Armada a otra parte», dijo Pickett.

CIENTO SESENTA buques y 450 aviones norteamericanos empezaron los simulacros de combate en el Pacífico: los mayores de la historia de Estados Unidos. Era abril de 1935. La Hermandad de la Reconciliación, grupo pacifista, envió una carta abierta al pueblo japonés, con copia al presidente Roosevelt: «Deseamos transmitir —decía la carta—, la noticia de que muchos miles de nuestros ciudadanos, en especial los que son miembros de nuestras iglesias y nuestras sinagogas, han protestado contra la celebración de estas maniobras».

Japón y Estados Unidos habían mantenido relaciones amistosas durante ochenta y un años, continuaba la carta. «Multitudes de nuestros ciudadanos, relacionados o no con instituciones religiosas, se oponen a estas maniobras y se unen a nosotros en espíritu al expresar nuestras promesas de amistad continuada y no disminuida.» Firmaron la carta Rufus Jones, John Haynes Holmes y otras quince personas.

El almirante Kanji Kato, ex jefe del Estado Mayor japonés, declaró que la demostración naval norteamericana era como «desenvainar una espada ante la casa de un vecino».

«Pues qué pena», comentó el almirante Standley, jefe de operaciones navales de Estados Unidos.

ALGUIEN ARROJÓ una piedra por la ventana del estudio de un pintor inmigrante llamado Michael Califano. Al día siguiente, tres hombres llamaron a la puerta. Era el 16 de mayo de 1935, en Nueva York. Los hombres pidieron a Califano que les enseñase algunas postales de su cuadro antinazi *La ignominia del siglo xx*. Las postales se vendían en beneficio de los refugiados judíos. En el cuadro, que se había expuesto en la Muestra de Independientes del Grand Central Palace, aparecía Hitler expulsando a Einstein de Alemania; cerca de Hitler se veía un puño de hierro que sostenía un cuchillo ensangrentado. Califano se volvió para coger las postales y los tres hombres le sujetaron, le golpearon y lo ataron a una

tubería de salida de humos. Uno de ellos le metió el cañón de una pistola en la boca y le ordenó callar. Los tres hombres se pusieron a acuchillar los cuadros. Acuchillaron a Einstein, Rodolfo Valentino y Adolph Ochs, editor de *The New York Times*. Respetaron la imagen de Hitler. Califano perdió el conocimiento. Un vecino le encontró inconsciente pero vivo, colgado de la tubería. Le llevaron a un hospital. Tenía la intención de exponer sus cuadros en el Congreso Mundial Judío.

DIEZ MIL PERSONAS subieron por la Quinta Avenida desde Washington Square Park. Portaban pancartas que rezaban: NINGUNA NACIÓN PUEDE PERMITIRSE LA GUERRA Y LA CIVILIZACIÓN AL MISMO TIEMPO y FOMENTAD LA AMISTAD JAPONESA. La Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad formó un «cementerio de guerra itinerante» y había una especie de carro alegórico: un cementerio con césped y cruces blancas, con dos personas de luto, una madre y su hijo, y un letrero que rezaba: ¿QUÉ PRECIO TIENE LA GLORIA?

Entre los que encabezaban la marcha había dos famosos líderes religiosos — John Haynes Holmes de la Iglesia de la Comunidad (el admirador de Gandhi) y el rabino Stephen Wise de la Sinagoga Libre—, así como líderes de otras denominaciones, un grupo de cuáqueros y algunos socialistas con banderas rojas. Un perro llevaba un letrero con la inscripción NO VOY A SER PERRO DE GUERRA.

La multitud enfiló la calle Veintiséis y luego bajó por Madison Avenue hasta Union Square, donde un cordón de trescientos policías velaba por el orden. El socialista Charles Solomon dijo a la multitud que el capitalismo engendra imperialismo, «que es el padre de los roces internacionales que causan la guerra». John Haynes Holmes prometió que las cárceles estarían llenas a rebosar si había guerra e hizo otra promesa junto con la multitud:

Si hay guerra, no lucharé.
Si hay guerra, no me alistaré.
Si hay guerra, no dejaré que me recluten.
Si hay guerra, no haré nada por apoyarla.
Si hay guerra, haré cuanto pueda para oponerme a ella.
Por mi honor.

Era el 18 de mayo de 1935.

BENITO MUSSOLINI quería un imperio como el que tenían los británicos. Antes de la prevista anexión de Etiopía, hizo una demostración de los recursos militares de Italia. Era el 18 de mayo de 1935. Bombas, gases tóxicos, cortinas de humo y lanzallamas se exhibieron en Roma ante una multitud admirada. «El Signor Mussolini participó personalmente y mostró considerable habilidad en el lanzamiento de granadas de mano, con lo cual demostró que no había olvidado las lecciones que había aprendido en la guerra», publicó *The New York Times*.

LEO ROSTEN, joven escritor y maestro, publicó un artículo en *Harper's Magazine*. Nunca había sido el movimiento pacifista tan visible y perspicuo, señaló Rosten, y, pese a ello, el militarismo iba en aumento. ¿Por qué? Porque los instintos asesinos estaban «hondamente enquistados» en la personalidad humana. «El primitivismo del hombre vibra ante la llamada del militarismo porque reconoce, sin mediación de ningún mecanismo “consciente”, las oportunidades de asesinar, de sadismo y de violencia», escribió Rosten. Piensen, agregó, en aquellos veteranos de la Gran Guerra que recordaban alegremente «la vez en que despanzurré a aquel huno».

La inmensa mayoría de los hombres disfrutaban viendo cómo dos boxeadores se aporrean hasta quedar reducidos a una deliciosa papilla, o sienten un placer perverso «linchando a un negro», o se excitan

cuando se les presenta la oportunidad de romperle la cabeza a un «radical», a un objetor de conciencia o, más recientemente, a un judío.

Para evitar la guerra necesitábamos hacer varias cosas, creía Rosten. Necesitábamos reducir la pobreza y necesitábamos producir más peticiones de paz y más artículos que revelaran los trapos sucios de los corruptos fabricantes de municiones. También necesitábamos ofrecer sucedáneos convincentes de la guerra —el fútbol, el boxeo, las Olimpiadas, el Tribunal Internacional, la Administración para la Recuperación Nacional—, escenarios de conflicto en los cuales la gente pudiera participar en las glorias colectivas sin que muriesen millones de personas.

El artículo de Rosten se tituló «Men Like War» («A los hombres les gusta la guerra»). Era julio de 1935.

EL ESTRENO MUNDIAL de la obra antibélica de John Haynes Holmes *If This Be Treason* tuvo lugar en Westport, Connecticut. Era el 29 de julio de 1935.

En el primer acto de la obra, buques japoneses lanzan un ataque por sorpresa contra la flota norteamericana en Manila. El recién investido presidente de Estados Unidos es pacifista y decide no contraatacar. En medio de gritos que piden sangre y venganza, y arriesgándose a ser acusado y desposeído de su cargo, el presidente Gordon viaja sin armas a Japón en un avión privado. El pueblo japonés, conmovido por este gesto audaz, se rebela pacíficamente contra su líder militarista, instala en el poder a un populista llamado Koyé y todo sale bien.

Holmes escribió la obra con la ayuda de un autor teatral de segunda fila llamado Reginald Lawrence. Basó su argumento, dijo, en la visita de Gandhi a Inglaterra en 1931.

«Han logrado crear momentos de tanta intensidad dramática —escribió el crítico de *The New York Times*—, que el público de esta noche se ha sentido

impulsado con frecuencia a aplaudir.» Luigi Pirandello se encontraba entre los espectadores, al igual que George M. Cohan.

Más adelante, el *Asahi Shimbun*, importante periódico de Tokio, publicó un artículo sobre la obra. También fue objeto de una larga reseña en *The Nation* y de alabanzas en *The Times* de Londres. La obra estuvo en cartel durante seis semanas en el Music Box Theater de Nueva York y luego cayó en el olvido.

«Para mí ha sido motivo inocente de orgullo que mi obra previese, punto por punto, el ataque japonés a Pearl Harbor», escribió Holmes más tarde.

UN PROPAGANDISTA del Partido Nazi en Baviera presentó un informe que decía que la campaña antisemita en el distrito no hacía progresos. «Todos los niños saben de la amenaza judía; en todas partes se dictan conferencias de propaganda antisemita», escribió. Carteles antijudíos y ejemplares del periódico *Der Stürmer* podían verse en lugares prominentes. «Y, a pesar de todo esto, las campañas no han tenido el menor éxito —dijo—. Los campesinos no desean cortar sus lazos con judíos.»

Era octubre de 1935.

EL GOBERNADOR DE NUEVA YORK, Herbert Lehman, pidió al presidente Roosevelt que incrementara el cupo de inmigrantes judíos. Era el 1 de noviembre de 1935.

«El tipo de inmigración procedente de Alemania es de lo más elevado —escribió Lehman a Roosevelt—. He conocido a muchos de los que han llegado aquí en meses recientes y me han impresionado mucho porque son un tipo de hombres como mi padre, Carl Schurz, y otros alemanes que llegaron aquí en 1848 y que más adelante se contaron entre nuestros mejores ciudadanos.» Lehman mencionó el cupo de inmigración alemana vigente a la sazón, que era de veinticinco mil. En años recientes, sin embargo, solo se habían llenado 2.500 de

estos puestos del cupo, dijo Lehman, y transmitió al presidente una petición del banquero Felix Warburg y otros: «Piden que el cupo de inmigración de judíos alemanes a este país se incremente de 2.500 a 5.000. Es, por supuesto, un número casi insignificante».

La inflexible respuesta de Roosevelt —redactada por el Departamento de Estado— fue que no había ningún cupo de inmigración para «personas de la clase que se describe». El Departamento de Estado, sin embargo, había expedido 5.117 visados de inmigración a nativos de Alemania en 1935: así pues, la petición de Felix Warburg ya había sido concedida. Cualquier persona que quisiera escapar de las condiciones del país donde tenía su residencia habitual recibiría, según Roosevelt, «la atención más considerada y el trato más generoso y favorable posible de acuerdo con las leyes de este país».

EL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS dio a conocer su resumen estadístico mensual sobre las ventas autorizadas de armas a gobiernos extranjeros. Según lo dispuesto por la Ley de Neutralidad, todas las ventas de armas debían ser aprobadas por la Junta de Control de Municiones del Departamento de Estado.

China volvía a ser, en febrero de 1936, el mayor comprador de armas, seguido de Chile y Alemania. China había comprado aviones, tanques y munición. Alemania compró aviones «no militares», revólveres y munición.

EN UN TRIBUNAL DE LONDRES, sir Harry McGowan, presidente de Imperial Chemical Industries —amigo y asesor de inversiones de Winston Churchill— comparecía ante una comisión real que estaba investigando el comercio de armas. Era el 6 de febrero de 1936.

McGowan fue interrogado sobre las ventas de armas a naciones enfrentadas como, por ejemplo, China y Japón. «No tengo ningún reparo en vender armas a

ambos bandos —respondió McGowan—. No soy purista en estas cosas.» Según McGowan, en aquel momento Imperial Chemical Industries no estaba produciendo gases para fines bélicos, pero podía empezar a producirlos en cualquier momento, a petición del gobierno.

La compañía abrió los cimientos de una nueva fábrica de gas mostaza en Lancashire al cabo de unos meses.

ALDOUS HUXLEY, novelista y miembro destacado de la Peace Pledge Union británica, escribió un artículo para *Time and Tide* sobre «seguridad colectiva», esto es, la idea de que grupos de países debían unirse para amenazar a las dictaduras belicosas con consecuencias violentas.

¿Servía de algo, se preguntó Huxley, tener a mano una nutrida fuerza de bombarderos para impedir que un dictador hiciese cosas censurables? No, no servía, porque es muy posible que un dictador valore el riesgo de forma muy diferente de como nosotros pensamos que lo valorará. «Si está loco, no percibe el riesgo. Si es fríamente maquiavélico, ve que en circunstancias desesperadas puede que personalmente arriesgue menos recurriendo a la guerra que sometién dose a las amenazas de gobiernos extranjeros.»

Puede ser muy difícil, reconoció Huxley, impedir que algunas naciones ataquen a otras. «Lo que es del todo seguro es que amenazándolas con la guerra o declarándoles la guerra, incluso con una fuerza colectiva de bombardeo, si atacan a otras, no dará el resultado apetecido —escribió—. Una mala acción siempre produce otras malas acciones.»

Era el 7 de marzo de 1936.

POR ORDEN DE MUSSOLINI, aviones italianos arrojaron bombas de gas sobre Etiopía. «A partir de las siete y media de la mañana, un escuadrón de siete

bombarderos arrojó botes de acero, algunos de los cuales contenían fosgeno y otros, gas mostaza», informó *The New York Times*. «Varios de ellos cayeron entre chozas de campesinos.» Era el 16 de marzo de 1936.

Un mes después Walter Holmes, reportero de *The Times* de Londres, escribió sobre un procedimiento nuevo que empleaban los italianos para atacar a las tropas y los civiles etíopes: la pulverización aérea. «Parece que hay pocas posibilidades de protegerse de una fina lluvia de líquido corrosivo que desciende desde los aviones, a menos que se invente algo semejante al traje de buzo — escribió—. Por consiguiente, muchas de las personas sometidas a esta forma de ataque sufrieron heridas espantosas en la cabeza, el rostro y la parte superior del cuerpo.»

WINSTON CHURCHILL publicó un artículo en el *Evening Standard* con el título de «How to Stop War» («Cómo evitar la guerra»). Era el 12 de junio de 1936.

Los discursos elevados no servían para nada, según Churchill, y las perogrulladas eran un crimen. Había una sola forma de evitar la guerra, y esa forma era el poderío militar. «Solo habrá seguridad — escribió— por medio de una combinación de naciones pacíficas que posean una potencia abrumadora y sea capaces de la misma infinidad de sacrificio y, de hecho, de la falta de piedad que hasta ahora han sido los atributos de la mente guerrera.»

EL EMPERADOR DE ETIOPIA, Hailé Selassié, subió al podio de la Sociedad de Naciones en Ginebra, Suiza. Era el 30 de junio de 1936.

Selassié empezó a preparar sus papeles para hablar. De pronto la tribuna de la prensa se llenó de ruido y confusión. «Dirigidos por un hombre de cara encendida y voz atronadora, los fascistas lanzaron imprecaciones e insultos —

informó *The New York Times*—. Alguien puso en marcha varios silbatos mecánicos.» La policía desalojó a los alborotadores y el emperador pudo hablar.

Describió el bombardeo con gases contra su pueblo. Los italianos usaron gases lacrimógenos y gas mostaza. Ninguno de estos métodos fue muy eficaz. Luego tuvo lugar la batalla de Makale en el norte de Etiopía. «Se instalaron pulverizadores especiales a bordo de aviones para que pudieran arrojar una lluvia fina y mortífera sobre extensiones inmensas de territorio», explicó el emperador, y añadió:

Grupos de nueve, quince o dieciocho aviones volaban uno tras otro para que la niebla que surgía de ellos formase una cortina continua. Así fue como, a partir de finales de enero de 1936, soldados, mujeres, niños, ganado, ríos, lagos y pastos fueron empapados continuamente con esta lluvia mortífera.

Los aviones hacían una pasada tras otra con el fin de asegurarse de envenenar el agua. «La lluvia mortífera que caía de los aviones hacía que todos los que eran alcanzados por ella huyesen chillando de dolor —dijo Selassié—. Todos los que bebían agua envenenada o comían alimentos infectados también sucumbían en medio de atroces sufrimientos. Las víctimas del gas mostaza italiano se contaban por decenas de miles.»

TODOS LOS PERIÓDICOS DE TOKIO publicaron el mismo artículo de fondo: el gobierno estadounidense prestaría cien millones de yuanes a China para que esta pudiese comprar armamento norteamericano. Era el 21 de julio de 1936.

Según un documento, Arthur Campbell, representante del Departamento del Tesoro, había viajado recientemente a China con el borrador de un acuerdo comercial. Estados Unidos se comprometía en él a adquirir plata china por valor de veintiséis millones de dólares y China se comprometía a comprar aviones, barcos, petróleo, tractores y material ferroviario a Estados Unidos. Campbell se quedaría en China en calidad de asesor.

Si los informes sobre el acuerdo para la adquisición de armas eran ciertos, el gobierno japonés no podría permanecer indiferente declaró un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de Japón.

HENRY «CHIPS» CHANNON, diputado conservador del Parlamento británico, asistió a la fiesta de Hermann Göring en el Ministerium de Berlín. Era el 13 de agosto de 1936, durante los Juegos Olímpicos. Göring, «todo sonrisas y órdenes y condecoraciones», sentó a Channon y su esposa a una mesa con la futura reina de Grecia. Había más de setecientos invitados. Después de la cena, un grupo de danza ejecutó un ballet a la luz de la luna —«el espectáculo más precioso que quepa imaginar», opinó Channon— y luego, en el otro extremo del jardín, apareció súbitamente una procesión de caballos blancos, asnos y campesinos. Los invitados entraron detrás de ellos en un parque de atracciones particular. «No ha habido nada parecido desde los tiempos de Luis XIV», comentó alguien. «Goebbels —anotó Channon en su diario— estaba muerto de celos.»

Refiriéndose al propio Göring, Channon comentó: «Dicen que a veces es muy duro y despiadado, como lo son todos los nazis cuando la ocasión lo exige, pero por fuera parece todo vanidad y amor infantil a la ostentación».

UNA SUBCOMISIÓN de planificadores ingleses pensó en una futura guerra aérea con Alemania. «Si nuestros ataques pudieran desmoralizar al pueblo alemán, empleando métodos parecidos a los que prevemos que los alemanes utilizarían contra nosotros, su gobierno podría verse obligado a desistir de este tipo de ataque», escribieron los planificadores. La dificultad, sin embargo, estribaba en que Londres era más fácil de localizar y atacar que una ciudad sin salida al mar como Berlín. «Además, es probable que una dictadura militar sea menos susceptible a las protestas populares que un gobierno democrático.» Por tanto,

bombardear al pueblo alemán esperando que protestase y derribara a su gobierno probablemente no daría resultado. Era el 26 de octubre de 1936.

ALBERT WEDEMEYER, apuesto capitán del Ejército de Estados Unidos, se trasladó a Berlín para cursar estudios avanzados de estrategia y tácticas en el Colegio Alemán de la Guerra. Wedemeyer y su esposa habían viajado desde Fort Leavenworth, Kansas, donde el capitán, graduado en West Point, había estudiado ciencia militar en la Escuela de Mando y Estado Mayor. Las clases empezaron en octubre de 1936.

Wedemeyer alquiló un piso a un hombre llamado Rossbach, que había sido amigo íntimo de Ernst Röhm, el jefe pederasta de las secciones de asalto, a quien Hitler había hecho ejecutar en 1934. Rossbach dio una fiesta e invitó a Wedemeyer. Göring, Hess, Bormann, Ley y otros altos dirigentes nazis estaban presentes, al igual que Goebbels, del que Wedemeyer dijo que era «una dinamo con cerebro».

En el Colegio Alemán de la Guerra, Wedemeyer estudió las campañas de Federico el Grande, Napoleón, César, Alejandro y Filipo de Macedonia. El plan de estudios no se diferenciaba demasiado del que acababa de seguir en Fort Leavenworth, donde habían estudiado a Federico el Grande, Napoleón, César, Alejandro y Filipo de Macedonia. Pero los alemanes eran mejores maestros y su ciencia militar tenía un propósito más claro. «Uno de los problemas con mapas que me dieron cuando estudiaba en Berlín llevaba aparejado un ataque hipotético contra Checoslovaquia —escribió Wedemeyer—. Más adelante, resultó que el problema no era tan hipotético.»

Cuando llegaba a la escuela por la mañana, había mujeres de rodillas que limpiaban los pasillos. Alzaban el brazo derecho y decían «Heil Hitler». Wedemeyer correspondía al saludo con un «Heil Roosevelt». Las mujeres de la

limpieza lo encontraban gracioso y con el tiempo empezaron a saludar a Wedemeyer diciendo «Heil Roosevelt».

«A lo cual yo respondía “Heil Hitler”.»

EL CAPITÁN PHILIP S. MUMFORD, ex oficial del Ejército británico en Irak, se afilió a la Peace Pledge Union. Pronunció un discurso sobre el porqué. «¿Qué diferencia hay entre arrojar a quinientos bebés a una hoguera y arrojar fuego desde un avión sobre quinientos bebés?», preguntó. «No hay ninguna.»

Era el 5 de enero de 1937.

EN POLONIA, los nacionalistas de derechas provocaron disturbios durante los cuales agredieron a judíos. La comisión presupuestaria del Parlamento polaco en Varsovia celebró una sesión. El futuro económico de los judíos de la Europa oriental era sombrío, advirtió un tal coronel Meidzinski, porque no había suficientes puestos de trabajo para todos ellos. «El gobierno polaco, en sus intentos de encontrar una salida para su población sobrante, piensa ante todo en los judíos. Apremiaríamos a los judíos si tuviéramos 50.000 de ellos —dijo—. Nuestra actitud negativa se debe al hecho de que hay 3.000.000. Un cambio de esta situación anormal es la única manera de encontrar la solución del espinoso problema judío.»

El coronel Józef Beck, ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, dijo que la emigración a Palestina no bastaba. «Sin renunciar a Palestina como salida de nuestro excedente de judíos —dijo el coronel—, debemos tratar nuestro problema con una perspectiva más amplia.»

Otro miembro del Parlamento, el diputado Minzberg, criticó la idea de tratar a los judíos como si fueran mercancías sobrantes que podían exportarse.

Era el 13 de enero de 1937.

UNA DELEGACIÓN DE VARSOVIA viajó a Madagascar, isla situada ante la costa de África que en otro tiempo había sido uno de los centros de la trata de esclavos. El gobierno polaco estaba manteniendo conversaciones con el de Francia para ver si era posible enviar a los judíos a Madagascar, que a la sazón era una colonia francesa. Según *The New York Times*, la delegación —de la que formaban parte un experto en colonización de Tel-Aviv y el director de la Sociedad Judía de Ayuda a los Emigrantes— afirmó en su informe que «la meseta central era muy apropiada para que en ella se instalaran hombres blancos del tipo campesino». Era 1937.

Otros señalaron más adelante, sin embargo, que en la meseta no quedaba mucho territorio y que las tierras bajas eran «inhabitables para blancos».

UN DENTISTA DE NUEVA YORK, el doctor Howard Blake, habló con Rafael Trujillo, presidente de la República Dominicana. Blake representaba al Congreso Judío Norteamericano. Los dos hombres intentaban determinar si un millón de judíos de Europa oriental podían trasladarse al país de Trujillo. Era enero de 1937.

Blake visitó la zona de reasentamiento propuesta con el ayudante de ingeniería del presidente y el secretario de Agricultura. La isla, dijo Blake, era un «verdadero paraíso».

El presidente Trujillo escribió una carta al rabino Stephen Wise, presidente del Congreso Judío Norteamericano. «El pueblo y el gobierno dominicanos, a los que me cabe el honor de presidir, recibieron la propuesta con la mayor simpatía —escribió Trujillo—, y esperan poder ofrecer un recibimiento hospitalario a esa inmigración de peritos agrónomos judíos que usted se propone traer a mi país para que se dediquen a la tierra y a la creación de empresas industriales.»

Trujillo quería inmigrantes judíos porque eran blancos: meses después, sus

tropas mataron a doce mil campesinos haitianos porque eran negros.

VEINTE MIL PERSONAS ENTUSIASMADAS se encontraban en el Madison Square Garden. Era el 15 de marzo de 1937, una noche en la que tenía lugar una concentración antinazi y se pedía el boicot de Alemania. Una gran pancarta colocada en el escenario mostraba a un trabajador utilizando unos alicates para aplastar una esvástica. El rabino Stephen Wise habló sobre la amenaza del hitlerismo. El alcalde Fiorello LaGuardia pronunció unas cuantas frases y lo mismo hizo el secretario general de la Federación de Sindicatos Industriales. Joseph Tenenbaum, presidente de una coalición que abogaba por el boicot de los productos alemanes, dijo que los cuatro años transcurridos desde que Hitler y su camarilla subieran al poder habían sido una «pesadilla de terror espantoso y salvajismo». Y la pesadilla llegaba ahora a Estados Unidos.

Cada barco alemán que ancla en nuestras costas descarga un nuevo cargamento de ratas nazis que propagan la peste bubónica del antisemitismo y el odio racial y roen los fundamentos de nuestra gran república.

«Nadie está a salvo del holocausto nazi», afirmó Tenenbaum.

STANLEY BALDWIN, primer ministro de Inglaterra, dijo a una delegación de trabajadores por la paz: «Sé que algunos de ustedes piensan que debería emplear menos miramientos cuando hablo con Hitler, pero ¿han reflexionado que la respuesta a una carta severa podría ser una bomba en sus mesas de desayuno?». No había, continuó Baldwin, ninguna opinión pública cristiana en Europa a la que Inglaterra pudiese apelar. «La paz del mundo está en manos de estos dictadores. Que yo sepa, puede que estén locos, y el poder ilimitado enloquece a los hombres.» Era el 21 de marzo de 1937.

EL CONSEJO NACIONAL de Mujeres Judías celebró una asamblea en Utica, Nueva York. Baruch Braunstein, un rabino de Allentown, Pensilvania, que dirigía la división judía de la Emergency Peace Campaign, pidió a las delegadas que pensarán en lo que la Gran Guerra había hecho. La Gran Guerra «provocó que tres quintas partes de Europa volvieran a la Edad Media —dijo Braunstein—. Entramos en guerra para salvar la democracia y lo que vemos es que la democracia ha quedado en nada mil veces». La siguiente guerra, agregó, sería aún más destructiva y sería «coeducacional».

El Consejo de Mujeres Judías resolvió oponerse al reclutamiento forzoso y recomendar la limitación de armamentos, la neutralidad y la eliminación de la instrucción militar en las escuelas. Era el 13 de abril de 1937.

LAS CAMPANAS DE LAS IGLESIAS de Guernica empezaron a repicar. Eran las cuatro y media de la tarde del lunes 28 de abril de 1937, día de mercado. Pilotos alemanes estaban en el aire. Llevaban la insignia de la Legión Cóndor: un cóndor volando en picado hacia tierra sujetando una bomba con las garras.

Sobrevolaron la población durante tres horas. El cura de la iglesia de Santa María de Guernica escribió: «Ante Dios y mi país doy testimonio de que los aviones arrojaron bombas incendiarias». *The Times* de Londres escribió: «Toda la población de 7.000 habitantes, más 3.000 refugiados, fue machacada lenta y sistemáticamente». Un reportero del *Daily Mail* escribió: «Un espectáculo que me persiguió durante semanas fue el de los cuerpos carbonizados de varias mujeres y niños acurrucados en lo que había sido el sótano de una casa. Había sido un refugio».

Más adelante Hermann Göring dijo que Guernica había sido un terreno de

pruebas para la Luftwaffe: «Fue una pena —afirmó—. Pero no podíamos hacer otra cosa, ya que no teníamos ningún otro lugar para probar nuestras máquinas».

RICHARD BREITING, el editor que había entrevistado a Hitler en la Casa Parda, recibió, en 1937, la orden de ir de Leipzig a Berlín y presentarse en el Ministerio de Propaganda de Goebbels. Ya le habían interrogado varias veces y le habían acusado de ser un «lacayo de los judíos». Dos agentes le llevaron a un restaurante para hablar con él. Cuando volvió a casa, tenía fiebre. Empezó a sufrir convulsiones. Dijo a su familia que sospechaba que le habían envenenado. Cuando murió, el médico de cabecera se negó a hacerle la autopsia. El cadáver de Breiting fue incinerado.

WINSTON CHURCHILL estaba preparando su libro *Grandes contemporáneos* para mandarlo a la imprenta. Era agosto de 1937. El libro contenía el artículo que había escrito sobre Hitler unos cuantos años antes. «Los que se han visto personalmente con Herr Hitler por asuntos públicos o en actos sociales —escribió—, se han encontrado a un funcionario harto competente, sereno y bien informado de porte agradable y sonrisa encantadora, y pocos se habrán librado de experimentar su sutil magnetismo personal.» Pese a armar a Alemania y perseguir a los judíos, «puede que aún vivamos para ver a Hitler como una figura más amable en una época más feliz», añadió Churchill. Tenía sus dudas, sin embargo.

Churchill también incluyó un breve trabajo sobre Liev Trotski, rey exiliado del bolchevismo internacional. Trotski era un usurpador y un tirano, según Churchill. Era un bacilo de cáncer, un «pellejo de maldad», arrojado por el mar a las costas de México. Al decir de Churchill, Trotski poseía

las dotes de organizador de un Carnot, la inteligencia fría y objetiva de un Maquiavelo, la oratoria demagógica de un Cleón, la ferocidad de Jack el Destripador, la resistencia de Titus Oates.

Y, en definitiva, ¿qué era Trotsky? ¿Quién era? «Era un judío —escribió Churchill de modo tajante—. Seguía siendo un judío. Era imposible no tener en cuenta este detalle.» Churchill tituló su artículo «León Trotsky, alias Bronstein».

EL GOBIERNO JAPONÉS hizo saber que estaba preocupado por un informe según el cual 182 aviadores norteamericanos, cada uno de ellos acompañado de dos mecánicos, iban a pilotar aviones de combate en China. El alistamiento de norteamericanos no concordaba con las esperanzas de paz en el norte de China que Estados Unidos había expresado poco antes, decía la declaración japonesa, y contravenía la Ley de Neutralidad norteamericana. Era el 5 de agosto de 1937.

HALLETT ABEND, el corresponsal de *The New York Times*, se encontraba sentado en un coche delante de Wing On's, los grandes almacenes más importantes de Shanghai. Era el 23 de agosto de 1937.

El ayudante de Abend, Anthony Billingham, había entrado en los almacenes a comprar unos prismáticos. Abend, que estaba fumando un cigarrillo, se fijó en que algunos peatones chinos miraban al cielo. Al cabo de un momento una bomba de grueso calibre cayó sobre los almacenes. «La peor parte de un bombardeo —escribió Abend en sus memorias de China—, son los instantes de parálisis total que siguen a las sacudidas.»

Por espacio de hasta cuatro minutos, si la bomba es de las grandes, nada se mueve salvo espirales de humo y una densa polvareda, y nada se oye salvo el sonido continuo de cristales rotos y paredes y techos que se vienen abajo. Al cabo de unos cuatro minutos los heridos empiezan a gemir y chillar y tratan de alejarse a rastras.

Abend, cojeando, entró apresuradamente en la penumbra de los almacenes en busca de su ayudante. En la sección de prismáticos del segundo piso se tropezó con dos cadáveres de chinos. Al volver al coche, se encontró a Billingham desplomado en el asiento de atrás, con el brazo izquierdo despellejado y la sangre manando a chorros de la axila. «Puse el coche en primera marcha — escribió Abend— y subí cuidadosamente por la calle, sorteando los heridos que yacían impotentes, pero sin poder evitar a veces aplastar a los muertos desparramados por la calzada.»

Resultó que la bomba que alcanzó los grandes almacenes Wing On's —una sola bomba de fragmentación de 750 libras, fabricada en Italia— no la había arrojado un avión japonés. Un piloto de las Fuerzas Aéreas chinas, alarmado al ver que le perseguían tres cazas japoneses, soltó su carga para poder ponerse a salvo a veinte mil pies.

Billingham se recuperó.

JAPÓN INSTITUYÓ un bloqueo naval contra los barcos chinos. «El comercio pacífico por parte de terceras potencias será plenamente respetado», dijo el gobierno japonés. Era el 28 de agosto de 1937.

Un barco mercante, el *Wichita*, propiedad del gobierno de Estados Unidos, iba camino de China transportando aviones de bombardeo y alambre de espinos, según la Associated Press. Hubo quienes se preguntaron si los japoneses considerarían que este cargamento era «comercio pacífico», escribió el reportero.

AVIONES CHINOS intentaron destruir un grupo de barcos japoneses con bombas de media tonelada. Era el 30 de agosto de 1937.

Un barco norteamericano de gran calado, el *President Hoover*, lleno de norteamericanos que se iban de China, se encontraba anclado en la

desembocadura del río Yangtsé. Uno de los pilotos chinos creyó que el *Hoover* era un transporte de tropas japonés y se lanzó en picado para bombardearlo. Otros aviones chinos hicieron lo mismo. Un tripulante del *President Hoover* murió al ser alcanzado por la metralla y varios pasajeros y otros tripulantes resultaron heridos. Una sobrina del generalísimo Chiang Kai-shek y su esposa se hallaban a bordo.

Madame Chiang Kai-shek, secretaria general de Aviación, se horrorizó. Mandó llamar al piloto de su esposo, un norteamericano llamado Royal Leonard. «Quiero que se haga cargo de los bombardeos chinos», dijo Madame Chiang.

Royal Leonard contestó que lo haría con mucho gusto. En Hankou, Leonard y otro norteamericano, Julius Barr, fundaron una nueva y mejor escuela de bombarderos con un centenar de alumnos. Mil peones ayudaron a mejorar el campo de aviación. «Trabajando noche y día, transportando cada uno de ellos material en cestas suspendidas de los extremos de pértigas yoyó, construyeron una pista pavimentada de casi cien metros de longitud en unos cuantos días», recordó Leonard.

CHURCHILL COMPROBÓ que seguía admirando a Mussolini. «Sería una locura peligrosa que el pueblo británico subestimara la posición perdurable que Mussolini ocupará en la historia del mundo —escribió en el *News of the World*— olas asombrosas cualidades de coraje, comprensión, dominio de sí mismo y perseverancia que ejemplifica.»

Era el 10 de octubre de 1937.

BOOM TRENCHARD invitó a Churchill a una fiesta en honor de una delegación de oficiales de las Fuerzas Aéreas alemanas. Era el 12 de octubre de 1937.

«Les he invitado privadamente a cenar en el Brooks's Club el 20 de octubre a

las ocho y cuarto de la tarde para que conozcan solo a personas no oficiales», dijo Trenchard. Camrose, Kindersley, Weir, Amery y otros estarían presentes, añadió; ¿podría él, Churchill, asistir? «*Espero que sí*, porque pienso que podría encontrarlo divertido e interesarles enormemente.»

Churchill fue a la fiesta privada para las Fuerzas Aéreas alemanas.

JOSEPH C. HYMAN, de la organización judía de socorro Comité Conjunto de Distribución, pronunció un discurso en Pittsburgh. «Es sumamente necesario enviar fondos de inmediato para sacar a nuestro pueblo de Alemania tan pronto como sea posible», dijo. Pero Alemania no era su único problema.

En Polonia, aunque protegida en teoría por la Constitución y el derecho público, con demasiada frecuencia, la población judía, que suma más de 3.000.000 de almas, es víctima de pogromos, disturbios, agresiones, boicots; muy a menudo es objeto de una propaganda dirigida eficazmente que tiene un solo motivo principal: ¡fuera judíos!

Y en Rumanía, el antisemitismo «adquiere una brutalidad en sus acciones y frecuentemente una virulencia en su expresión que permiten compararlo con el de la Alemania nazi», añadió Hyman.

Era el 17 de octubre de 1937.

ALDOUS HUXLEY se encontraba en Hollywood escribiendo *El fin y los medios*, una investigación de la filosofía de la no violencia. Era 1937.

El cuerpo de policía internacional que la gente pedía a gritos era un error y un nombre impropio, creía Huxley. «La policía actúa con la máxima precisión; sale y detiene a la persona culpable», escribió. «Las naciones y los grupos de naciones actúan por medio de sus Fuerzas Armadas, que solo pueden actuar con

la máxima imprecisión y matan, mutilan, hacen pasar hambre y arruinan a millones de seres humanos, la abrumadora mayoría de los cuales no han cometido ningún crimen de ninguna clase.» Un cuerpo de policía internacional era en realidad un cuerpo para la matanza internacional. «Si aprueban ustedes las matanzas indiscriminadas, entonces deben decirlo —escribió—. No tienen ningún derecho a engañar a los incautos dando a ese cuerpo para la matanza el mismo nombre que al cuerpo que dirige el tráfico y detiene a los ladrones.»

Todos hemos visto cómo la ira se alimenta de la respuesta airada, pero queda desarmada ante la dulzura y la paciencia. Todos hemos conocido lo que significa que la magnanimidad de otra persona nos haga avergonzarnos de nuestra mezquindad y esta dé paso a una magnanimidad igual; lo que significa que nuestras aversiones se desvanecen a causa de un acto de consideración; lo que significa que nuestra frialdad y nuestra aspereza se transforman en solicitud como consecuencia del ejemplo del altruismo ajeno.

La violencia hacía a los hombres peores, dijo Huxley; la no violencia los hacía mejores.

EL CORONEL CLAIRE CHENNAULT, aviador retirado del Ejército que ahora trabajaba para los chinos, se hallaba en su piso con Royal Leonard, el instructor de bombardeo. Era una fecha indeterminada de 1937.

«La habitación estaba abarrotada de pilotos norteamericanos —recordó Leonard—. El tema del que estábamos hablando era el bombardeo inmediato de Tokio.»

Teníamos a los hombres en aquella habitación, todos ellos expertos en pilotaje y navegación. China tenía dinero en abundancia con el que podíamos comprar los rápidos y ligeros bombarderos Martin.

Pero los chinos rechazaron el plan, dijo Leonard, porque no querían arriesgarse a emplear norteamericanos en un ataque a Tokio.

«Bueno —dijo Chennault—. ¡Algún día los bombardearemos! ¡Los

acribillaremos!»

Los pilotos chinos llamaban a Chennault Leatherface (Rostro de Cuero).

EN LONDRES, LORD HALIFAX, líder de la Cámara de los Lores, informó a su amigo Chips Channon de un viaje que había hecho para hablar de la situación con los nazis. Lord Halifax era antes lord Irwin, virrey de la India. Ahora era lord Halifax.

Channon ansiaba oírlo todo. Lord Halifax le dijo que le habían gustado todos los líderes nazis, hasta Goebbels. «Considera el régimen absolutamente fantástico, quizá incluso demasiado fantástico para tomarlo en serio», escribió Channon en su diario.

Halifax habló a Channon de los pantalones cortos de color negro que usaba Hitler, sus zapatos de etiqueta de charol, y su camisa caqui. «Me fascinó todo lo que dijo —escribió Channon—, y no quería que se fuera.» Era el 5 de diciembre de 1937.

AVIONES JAPONESES arrojaron hojas impresas sobre la ciudad de Nankín. Era el 7 de diciembre de 1937.

«Hemos rodeado la ciudad de Nankín —decían las hojas—. Si vuestras tropas continúan luchando, será inevitable que la guerra llegue a Nankín. La cultura que ha durado un milenio será reducida a cenizas, y el gobierno que ha durado un decenio desaparecerá por completo.»

Los japoneses esperaron. No llegó ninguna respuesta del interior de la ciudad. Bombardearon desde el aire y desde tierra, y entraron. Siguió una oleada de violaciones y matanzas.

Royal Leonard, el norteamericano encargado del mando de bombardeo chino, escribió: «Recuerdo personas corriendo por las calles de Nankín, con la tapa de

los sesos volada, la boca abierta y chillando, expulsando chorritos de sangre, muriendo mientras corrían».

ALBERT SPEER, el arquitecto de Hitler, enseñó a su padre la habitación de las maquetas. La habitación de las maquetas era un gran espacio instalado en la antigua Academia de las Artes de Berlín que un pasillo comunicaba con la Cancillería del Reich, donde vivía Hitler. A veces, después de cenar, Hitler llevaba a sus invitados allí, para enseñarles su ciudad privada, la ciudad de Berlín tal como sería, quizá solo después de su muerte. Se encendían luces direccionales en diagonal, como la luz de sol, que iluminaban las calles representadas con gran detalle, las fachadas, las azoteas, los paseos arbolados, todo ello construido bajo la atenta supervisión de Speer. Al final del magnífico bulevar en miniatura —lleno de cines en miniatura, un nuevo teatro de la ópera en miniatura, hoteles y teatros— habría una gran sala de actos con cúpula, inspirada por uno de los bocetos de Hitler. Tenía que ser la mayor estructura con cúpula de la historia de la humanidad, seis veces más voluminosa que la de San Pedro, sostenida en lo alto por columnas de piedra roja de cerca de treinta metros de altura, y coronaría un espacio con cabida para ciento cincuenta mil adoradores del Reich puestos en pie.

Hitler, absorto en feliz y megalomaniaca contemplación, se inclinaba sobre el magnífico bulevar, los ojos a pocos centímetros de la maqueta, y comentaba tal o cual detalle. «En ninguna otra situación le vi tan animado, tan espontáneo, tan relajado», recordó Speer.

Speer y su padre entraron en la habitación de las maquetas. Las luces se encendieron. El padre de Speer miró las maquetas, luego se volvió hacia su hijo. «Os habéis vuelto todos locos de remate», dijo.

Aquella misma noche durante una función de teatro, Hitler invitó a Speer y su padre a su palco privado. Cuando le presentaron a Hitler, el padre de Speer se

puso pálido. No pudo decir ni una sola palabra. «Le entraron unos temblores violentos como nunca había visto en él», escribió Speer. Speer y su padre jamás hablaron del incidente después de aquella noche.

LOUIS LUDLOW, miembro de la Cámara de Representantes, presentó un proyecto de ley para enmendar la Constitución estadounidense. Era enero de 1938.

La enmienda decía que toda declaración de guerra por parte de Estados Unidos requeriría un referéndum —una votación a escala nacional— excepto en el caso de una invasión o ataque directos. La forma de la pregunta sería: «¿Debe Estados Unidos declarar la guerra a —————?».

Roosevelt afirmó que la enmienda debilitaría la capacidad del presidente de dirigir las relaciones exteriores: «Comprendo muy bien —dijo Roosevelt— que los impulsores de esta propuesta creen sinceramente que sería útil para evitar que Estados Unidos entrase en guerra. Estoy convencido de que surtiría el efecto contrario».

UN REPORTERO de *The New York Times* entrevistó a Alexander Cuza, anciano ministro del gobierno rumano. Los judíos eran la prole del diablo, dijo Cuza; todos los judíos debían abandonar Rumanía; habría pogromos terribles si no se iban. «Al mundo le corresponde encontrar un lugar de residencia para los judíos del mundo —agregó Cuza—. Madagascar parece un sitio apropiado.» Era el 21 de enero de 1938.

Al cabo de poco más de una semana, el mismo reportero entrevistó a varios estudiantes judíos que habían sido atacados en una facultad de medicina. «Mientras trabajaba en la sala de disección, unos estudiantes me rodearon y me llevaron al sótano. Después de esperar unos momentos seis grandullones me dijeron: “Te enseñaremos a estudiar en la universidad”. Luego se abalanzaron

sobre mí con los puños cerrados y me golpearon en la cara y el cuerpo.» Se despertó tendido en un charco de sangre. «Tenía la cara irreconocible», dijo.

A MILTON MAYER, escritor que trabajaba para el rector de la Universidad de Chicago, le contaron una anécdota.

Un judío viaja en un tranvía y lee el *Völkischer Beobachter*, el principal periódico nazi. Un hombre que no es judío se sienta a su lado y le pregunta: «¿Por qué lee usted el *Beobachter*?». El judío responde: «Mire usted, trabajo en una fábrica todo el día, mi esposa me hace la vida imposible, mis hijos están enfermos y no tengo dinero para comprar alimentos. ¿Qué debería hacer durante el viaje de vuelta a casa, leer el periódico judío? “Pogromo en Rumanía”, “Asesinato de judíos en Polonia”, “Nuevas leyes contra los judíos”. No, señor, durante media hora diaria, en el tranvía, leo el *Beobachter*. “Los judíos son los capitalistas del mundo.” “Los judíos controlan Rusia.” “Los judíos gobiernan en Inglaterra.” Es de *mí* de quien están hablando. Durante media hora al día soy alguien. Déjeme en paz, amigo».

HERMANN GÖRING, el número dos del Partido Nazi, hizo acto de presencia en una recepción ofrecida al cuerpo diplomático. Calzaba botas de color verde y empuñaba una lanza de metro ochenta.

Göring era adicto a la morfina. Hombre rico y corpulento, se cambiaba de ropa varias veces al día. Por la mañana llevaba, tal vez, alguna prenda de mangas cortas, abombadas; para la cena, «un quimono violeta y zapatillas con ribetes de piel». En cierta ocasión se tumbó en una otomana con las perneras de los pantalones subidas y dejó ver medias de color rojo púrpura. En las cacerías le acompañaban batidores y perreros que portaban lanzas para cazar osos, «con sus centelleantes puntas protegidas por vainas de cuero adornadas con borlas».

JEANNETTE RANKIN hizo una declaración a la CBS Radio: «Quiero instar a las madres y los padres de todo el país a trabajar contra la guerra mientras estemos a tiempo —dijo—. Voté en contra en 1917 y hoy sigo votando en contra, porque creo que la guerra no sirve para tratar de resolver disputas».

En la iglesia de Broadway Tabernacle, Allan Knight Chalmers dirigió la palabra a los numerosos asistentes a un oficio para la «consagración de la paz». Varios centenares de líderes religiosos de Nueva York habían firmado una nueva promesa. «De pronto no parece tan lejana la guerra que nadie quiere y todos temen», decía la promesa. «Con espíritu de verdadero patriotismo y con honda convicción personal, por tanto, renuncio a la guerra y nunca apoyaré otra.» John Haynes Holmes, el rabino Sidney Goldstein y el reverendo Fosdick estaban entre los firmantes.

Era el 1 de marzo de 1938.

EL GENERAL ARCHIBALD WAVELL, comandante de las fuerzas británicas en Palestina, pidió apoyo aéreo. Los ingleses tenían sitiada una zona llamada el Triángulo Sangriento. «Nueve aviones de la Royal Air Force bombardearon y ametrallaron a un grupo de árabes y en el encuentro murieron entre cincuenta y sesenta de ellos», informó la Associated Press. Siguieron «operaciones de limpieza». Era el 6 de marzo de 1938.

EN VIENA, un locutor de radio dijo con voz embelesada: «Der Führer ist hier!». Chicos y chicas de las Juventudes Hitlerianas llenaban las calles y rugían al unísono.

Era el 12 de marzo de 1938.

Kurt von Schuschnigg, el canciller de Austria, había dimitido, anunció un periodista radiofónico de la Cadena Mutua de Radiodifusión. «Se le hizo saber que era libre de ir a donde quisiera, pero que su hijo de once años, Kurt, debía quedarse como rehén, como garantía de la discreción de su padre», dijo el locutor. Schuschnigg replicó que no quería abandonar a su hijo.

Las SS le encerraron en una celda incomunicada. Cada viernes se le permitía hablar con su esposa durante ocho minutos.

MURIEL LESTER, cooperante y seguidora cristiana de Gandhi, se encontraba en Shanghai. Era 1938. Lester pensó que la vida nunca había sido tan dolorosa. «Nos rodeaban la tortura, el hambre y los horrores sexuales —escribió—. Miles de personas dormían en las calzadas y las aceras de las calles de la ciudad sin ni siquiera un pedazo de tela de saco para protegerse de la piedra y el cemento.» Los empleados municipales recogían cadáveres congelados todas las mañanas; nacían bebés en las aceras. «Por los campos de batalla corrían perros en manadas, como los lobos, que engordaban gracias a la dieta humana.»

Lester visitó seguidamente Japón, donde detenían a personas por albergar pensamientos peligrosos. Sin embargo, había algunos japoneses que mandaban mensajes fraternales a China, dijo Lester. «Queridos hermanos y hermanas en China —escribió el pacifista cristiano Toyohiko Kagawa—. Aunque pidiera perdón un millón de veces, no sería suficiente para abarcar los pecados de Japón, que me causan una vergüenza intolerable. Os pido que perdonéis a mi nación.»

EN EL TEMPLO CUÁQUERO de la calle Quince Este de Nueva York se reunieron algunas personas para expresar su oposición a uno de los nuevos proyectos de ley de Roosevelt, cuyo fin era prepararse para la guerra. Era el 2 de abril de 1938.

Una armada fuerte no era un elemento de disuasión, dijo Mary McDowell, profesora de instituto. «Los propios buques de guerra —añadió—, son los portadores de la enfermedad e incrementan el odio, el miedo, las suspicacias y la amenaza de destrucción y dominación que crean el ambiente de guerra.» El grupo envió cartas a Roosevelt y a Cordell Hull, el secretario de Estado.

EL SUPLEMENTO DOMINICAL de *The New York Times* publicó un extenso artículo sobre la fascinación del presidente Roosevelt por la Armada. «Los asuntos de la Armada se llevan desde la Casa Blanca hoy en día», escribió Hanson Baldwin, el comentarista de asuntos militares del periódico. Roosevelt, dijo Baldwin, era «el impulsor de la extensión gradual de nuestro poderío naval en todo el Pacífico». Se interesaba personalmente por el trazado de buques, el armamento y los ascensos de la oficialidad y, en lo referente a tener una «gran Armada», mostraba más entusiasmo y estaba mejor informado que los propios almirantes.

En el despacho del presidente, según Baldwin, había un cenicero con un buque, un encendedor en forma de rueda de timón, un barómetro, un reloj de buque, cuadros con escenas y batallas navales y un modelo del destructor de cuatro chimeneas y cubierta corrida que se había producido bajo la supervisión de Roosevelt durante la Gran Guerra. En casi todas las habitaciones de la Casa Blanca había cuadros y litografías en las que se veían barcos y combates navales y también estaban expuestos numerosos modelos de buque, tantos que el jefe de los ujieres de la Casa Blanca, comentó Baldwin, «casi no sabía qué hacer con una flota tan grande».

El artículo iba acompañado de un retrato al carboncillo de Roosevelt contemplando pensativamente una goleta de tres palos, con cuatro enormes cañones de acorazado asomando detrás de él. «El mar y las cosas del mar, la Armada y sus buques y sus hombres y sus cañones son probablemente las

pasiones más destacadas de la vida del presidente», rezaba el pie de la ilustración.

Era el 3 de abril de 1938.

BERNARD BARUCH escribió un memorándum al presidente. Era abril de 1938.

Millones de refugiados europeos fuertes y valerosos, propuso Baruch, podrían establecerse en un lugar que se denominaría Estados Unidos de África y sería una extensa república no confesional formada con partes de Kenia, Tanganyika y Rodesia del Norte, todas ellas bajo el «control soberano de Inglaterra». Baruch era contrario a cambiar la política de inmigración norteamericana, ya que, después de todo, Estados Unidos se encontraba sumido en una depresión.

«A los señores Baruch y Morgenthau les preocupa salvar su propio pellejo y sus propias “posiciones” en Estados Unidos y la suerte de las víctimas de Hitler les trae prácticamente sin cuidado», escribió el profesor de derecho y futuro juez del Tribunal Supremo Felix Frankfurter en una carta a un amigo. «Estos hombres se comportan exactamente igual que los judíos ricos y poderosos que contribuyeron a fomentar el hitlerismo como medio de evitar el bolchevismo.»

ARTHUR «BOMBER» HARRIS, de la Royal Air Force, desembarcó del *Queen Mary* en Nueva York. Era el 25 de abril de 1938.

Harris había estado al mando de expediciones de bombardeo en la India, Irak, Palestina, Kenia y Uganda. Ahora acababa de llegar a Estados Unidos para comprar aviones. Fue a Washington, D. C. y luego visitó la fábrica Lockheed en Burbank, California. En ella Harris y sus acompañantes examinaron el avión de pasajeros Modelo 14 Super Electra, que les pareció que respondería bien a las necesidades británicas con algunos ajustes: un compartimiento grande para bombas y unas cuantas ametralladoras. «Con gran asombro mío —escribió

Harris—, al cabo de solo veinticuatro horas vino un coche para llevarme a la fábrica Lockheed y allí vi una maqueta de todos nuestros requisitos, de madera contrachapada, sin que faltara ni un solo detalle, con dos morros opcionales instalados en un avión de verdad por medio de bisagras, dispuesto para que los inspeccionáramos».

El Ministerio del Aire británico encargó doscientos aviones. Fue, según *The New York Times*, «el mayor pedido extranjero jamás recibido por una compañía aeronáutica norteamericana.»

ALGUIEN PREGUNTÓ A MOHANDAS GANDHI por los pacifistas británicos. Era mayo de 1938.

Lo malo de los pacifistas ingleses, contestó Gandhi, era que hacían cálculos morales: «Cuando hablan de pacifismo es con una reserva mental, en el sentido de que cuando al pacifismo fracasa, podrían utilizarse las armas». Un pacifista de verdad nunca calculaba. «Alguien tiene que alzarse en Inglaterra con la fe viva para decir que Inglaterra, pase lo que pase, no usará las armas —dijo Gandhi—. Es una nación totalmente armada y si tiene el poder de negarse deliberadamente a usar las armas, el suyo será el primer ejemplo de cristianismo en práctica activa a gran escala. Será un verdadero milagro.»

GEOFFREY TUTTLE, comandante en la base de la Royal Air Force en Rawalpindi, bombardeó una tribu revoltosa en la frontera noroccidental de la India. «Nos habían formado a todos como asesinos profesionales y queríamos ver si podíamos matar gente», dijo Tuttle más adelante. Debían bombardear grupos de diez o más personas, después de dar aviso. «En mi caso, recuerdo que, de hecho, encontré a nueve personas y me dije “Eso entra dentro del 10 por ciento y es suficiente”, de modo que las hice saltar por los aires.» Era a mediados de 1938.

EL GOBIERNO JAPONÉS hizo un pedido de aviones. Quería veintinueve transportes-bombarderos Lockheed Modelo 14. Un folleto de ventas de Lockheed decía que el modelo 14 era un «arma muy formidable para fines tácticos ofensivos o defensivos». Era mayo de 1938.

A la Tachikawa Aircraft Company y la Kawasaki Aircraft Company les gustó tanto el diseño de los aviones Lockheed que empezaron a construirlos con licencia. Tachikawa y Kawasaki construyeron más de doscientos aviones Lockheed del Modelo 14.

LOS RESIDENTES DE FARMINGDALE, Long Island, recibieron un folleto que anunciaba un simulacro de ataque aéreo. «Por favor, cooperen con los funcionarios del Departamento de Guerra de su ciudad, estado y condado, así como con los funcionarios de los parques del estado de Nueva York, para que este, el primer oscurecimiento norteamericano, salga bien en un ciento por ciento», decía el folleto. Unos niños cavaron un refugio antiaéreo en el patio de su casa y fueron fotografiados oteando el cielo. Un camión con altavoces recorrió la población exhortando a los residentes a apagar las luces cuando oyeran sonar tres veces las sirenas de los bomberos. Era el 16 de mayo de 1938.

Sonaron las sirenas y la compañía eléctrica de Long Island apagó las farolas a las diez y media de la noche. La policía pidió a los automovilistas que apagasen los faros. Un grupo de reflectores de ochocientos millones de bujías perforó la oscuridad mientras los bombarderos Douglas del «enemigo», camuflados con pintura negra para atacar de noche, lanzaban un centenar de bengalas con paracaídas sobre la cercana fábrica de aviones Seversky y un escuadrón de aviones trataba inútilmente de interceptarlos. Miles de personas contemplaron el simulacro en el aeropuerto de Seversky y desde coches aparcados; hombres de

las Fuerzas Aéreas y algunos periodistas se encontraban sentados en una plataforma pequeña cerca de la fábrica. «¿Es suficientemente realista, Sascha?», preguntó un general a Alexander Seversky, piloto con una sola pierna y profeta del bombardeo de ciudades. Seversky contestó que sí, que le recordaba a 1915.

Henry «Hap» Arnold, jefe del Cuerpo Aéreo del Ejército, dio una charla en la NBC Radio después. «Estos ejercicios de defensa nacional demuestran de manera muy realista lo que podríamos esperar si unos invasores llegaran a una distancia desde la que pudiesen bombardear nuestras costas —explicó Arnold—. Afortunadamente, nos hemos librado el horrible silbido de las bombas cuando caen con el estruendo mortífero de las explosiones.»

DOS BOMBARDEROS MARTIN B-10, pilotados por aviadores adiestrados por los norteamericanos, volaron de Hankou, China, a Nagasaki, Japón. Volaron alrededor de Nagasaki durante media hora y arrojaron folletos que denunciaban el militarismo japonés. La visita aérea, afirmaba uno de los folletos, era un gesto de buena voluntad. Los bombarderos también sobrevolaron Kyushu y la base naval de Sasebo.

El primer ministro H. H. Kong, cuñado del generalísimo Chiang Kai-shek y su esposa, aguardaba con un grupo de reporteros en la base aérea de Hankou el regreso de la misión a Nagasaki. Kong, licenciado por el Oberlin College, dijo a los aviadores salpicados de petróleo: «No habéis lanzado bombas, como las Fuerzas Aéreas japonesas están haciendo en China, sino folletos, porque China aboga por el humanitarismo».

Era el 20 de mayo de 1938.

EL COMITÉ PACIFISTA UNIDO patrocinó una marcha de protesta. Ochenta personas portaron carteles escritos con pintura verde. GUERRA SIGNIFICA FASCISMO,

decía uno. NO MATARÁS, rezaba otro. En otro se leía: 2 MÁS 2 IGUAL A 4, CAÑÓN MÁS CAÑÓN IGUAL A GUERRA: DESARMAOS. Los manifestantes bajaron por la Quinta Avenida. Un espectador dio unas palmaditas en la espalda de uno de ellos. «Muy bien hecho —dijo—, pero no te preocupes... no vamos a tener más guerras.»

Era el 21 de mayo de 1938.

UN MINISTRO DE DEFENSA BRITÁNICO anunció que el gobierno pensaba formar un gran ejército por medio del servicio militar obligatorio. Un gran ejército británico era «uno de los baluartes más seguros de la paz», escribió Winston Churchill en una de sus columnas periodísticas quincenales. En la próxima guerra, señaló Churchill, las ciudades y poblaciones británicas serían bombardeadas con frecuencia. «Nuestros hombres experimentarán un incentivo irresistible para luchar cuando vean cómo este método cobarde mata a mujeres y niños a su alrededor —agregó—. Ningún hombre digno de llamarse así se negará a tomar parte en la lucha.»

Era el 9 de junio de 1938.

LA LOCKHEED CORPORATION tenía un nombre nuevo para los aviones Super Electra que vendía al gobierno británico. Los llamaba bombarderos Hudson. El río Hudson pasaba por las propiedades de los dos líderes norteamericanos más interesados en la venta: Franklin Roosevelt y Henry Morgenthau hijo. Era junio de 1938.

«La industria aeronáutica eclipsó a todas las demás industrias del país en el primer trimestre de 1938», informó *The New York Times*. Los beneficios habían aumentado en un 82 por ciento.

«Estos pedidos extranjeros significan prosperidad en este país y no podemos

elegir al Partido Demócrata a menos que tengamos prosperidad —dijo Roosevelt más adelante—. Vamos a ser francos.»

OSWALD GARRISON VILLARD, uno de los redactores de *The Nation*, escribió que los grandes armamentos eran el camino que llevaba al fascismo. «Traen consigo un incremento del culto al Estado, un incremento del nacionalismo, un incremento del servicio del Estado y, por tanto, favorecen los designios de quienes, como Hitler y Mussolini, declaran que el ciudadano está hecho para el Estado y no el Estado para el ciudadano», dijo. Era el 2 de julio de 1938.

EMMA CADBURY, que dirigía una casa de socorro de los cuáqueros en Viena, escribió una carta a Clarence Pickett, que dirigía el Comité de Servicio de los Amigos Norteamericanos. Cadbury decía en su carta que el cónsul norteamericano en Viena solicitaba guías de teléfonos. «Se presenta gente que las lee con atención en busca de posibles parientes, y su guía de Brooklyn ya está gastada», escribió Cadbury; la única forma práctica de entrar en Estados Unidos era encontrar a algún pariente que ya estuviera allí y pudiese responder por ti.

«Las guías viejas sirven muy bien para estos fines —escribió Cadbury—. Servirán las de cualquier ciudad.» Era el verano de 1938.

LA CONFERENCIA DE EVIAN, convocada en el balneario francés a orillas del lago Léman con el fin de encontrar un hogar para los refugiados judíos, fue un fracaso. Myron Taylor, ejecutivo jubilado de U. S. Steel, afirmó ante los treinta delegados nacionales que los cupos de inmigración vigentes en Estados Unidos eran generosos. Lord Winterton, miembro del gabinete británico, dijo que

Inglaterra no era un «país de inmigración» y que las colonias y los territorios británicos tampoco lo eran. «Las potencias cierran las puertas a los judíos alemanes», decía el titular del *Herald Tribune* de Nueva York, y el subtítulo señalaba que «La conferencia se sume en el pesimismo porque incluso estados sudamericanos poco poblados se niegan a ofrecer asilo». Un periódico alemán publicó: «Judíos en venta: ¿quién los quiere? Nadie». Era julio de 1938.

«A pesar de las cálidas palabras de sabiduría que se pronunciaron en Evian — señaló la revista *Time* poco después—, sigue siendo cierto que ninguna nación está dispuesta a acoger a judíos sin dinero.» Ninguna nación excepto la República Dominicana: el generalísimo Trujillo se brindó a recibir a cien mil refugiados; el resultado fue un minúsculo asentamiento llamado Sosua.

ALBERT WEDEMEYER, el capitán del Ejército estadounidense, asistía a una cena de despedida en casa de su profesor en Berlín. Wedemeyer había terminado con éxito sus estudios en el Colegio Alemán de la Guerra y no tardaría en regresar a Estados Unidos con su esposa y sus hijos. Era el verano de 1938.

El profesor de Wedemeyer, el coronel Lohmann, oficial de la Luftwaffe, parecía nervioso y disgustado después de la cena y su esposa, Maria, también. Mientras tomaban licor en la biblioteca, Lohmann reveló el motivo de su inquietud. «Maria es judía —dijo—. Espero que esto no afecte nuestra amistad.»

Wedemeyer contestó que no tenía prejuicios religiosos ni raciales. «Dejé claro —escribió Wedemeyer— que tenía varios buenos amigos que eran judíos y que aceptaba como ciudadanos leales de mi país a quienes profesaban el judaísmo o cualquier otra religión.»

El coronel Lohmann hizo entonces una petición. ¿Estaría dispuesto Wedemeyer a cuidar de los dos hijos de los Lohmann si sucedía algo? Wedemeyer contestó que haría todo lo que pudiera por los niños.

Lohmann pareció muy aliviado y estrechó efusivamente la mano de

Wedemeyer cuando se despidieron.

GEORGE BELL, el obispo de Chichester, pronunció su primer discurso en la Cámara de los Lores. Era el 27 de julio de 1938. «No entiendo (y conozco a muchos alemanes) cómo nuestros parientes de la raza alemana pueden rebajarse a semejante nivel de deshonor y cobardía y atacar a personas indefensas de la forma en que los nacionalsocialistas han atacado a los que no son arios», dijo. El obispo Bell pidió que se siguiera una política de inmigración más generosa en Inglaterra y en las colonias. Los refugiados deberían verse como un activo en lugar de un pasivo, insistió.

Resultaba, escribió Bell unas cuantas semanas después, «difícil comprender la aparente apatía con la que la gente del Imperio británico contempla la suerte de los judíos y los cristianos no arios». En realidad, a los refugiados no se les podía llamar refugiados, dijo, «porque todavía no tienen ningún país donde puedan refugiarse».

EL RABINO LEO BAECK hizo una llamada de socorro. Era el 28 de julio de 1938.

«En una situación apenas igualada en la a menudo difícil historia de nuestro pueblo nos hemos esforzado no sin éxito en ahuyentar el espectro del caos — escribió Baeck en un periódico judío de Berlín—. Pero no cabe ninguna duda de que esta presión continua y extraordinaria sobre nuestras energías tiene su límite. La esfera de nuestra existencia se vuelve más estrecha cada día.»

Dijo: «Nuestra fuerza amenaza con agotarse».

Y añadió: «Podemos, por tanto, pedir ayuda».

EL CÓNSUL ALEMÁN en Cleveland asistió a la fiesta de cumpleaños de Henry Ford en Detroit. Ford cumplía setenta y cinco años y el cónsul alemán tenía para él un regalo de Adolf Hitler. Era una medalla grande, dorada y blanca, con cuatro águilas doradas y cuatro esvásticas pequeñas, y la acompañaba una banda de seda roja que ofrecía un contraste espectacular sobre el traje blanco de Henry Ford. Era el 30 de julio de 1938.

ADOLF HITLER empezó a hablar de la conquista de Checoslovaquia. Pensaba en una entrada triunfal en Praga: multitudes, cámaras de noticieros cinematográficos, esvásticas. Era agosto de 1938. El jefe del Estado Mayor de Hitler, el general Ludwig Beck, se oponía. Su Ejército no mostraba ningún entusiasmo por la guerra y el pueblo alemán tampoco. Solo los jóvenes seleccionados cuidadosamente y adoctrinados que formaban la milicia privada de Hitler, las SS, ansiaban la guerra.

Beck escribió un memorándum en el que recomendaba que sus generales se negaran a obedecer las órdenes de Hitler de invadir Checoslovaquia, si llegaban tales órdenes. «Los tiempos anormales requieren acciones que también se salgan de lo corriente», escribió Beck. Una oposición unida salvaría a todos de «culpas de sangre». Hitler se enteró de la oposición de Beck y exigió su dimisión. Beck obedeció discretamente y dejó a su segundo, Franz Halder, al frente del Estado Mayor. «Ahora todo depende de usted», dijo Beck.

El general Halder, hombre cuyo pábilo de la conciencia parpadeaba de manera irregular, llevaba cierto tiempo observando a Hitler. Creía que Hitler era a la vez un enfermo mental y un malvado. Halder se entrevistó con algunos coconspiradores bien situados que querían organizar un golpe enseguida. Halder, lleno de dudas y pensando en el sentir público, prefería esperar hasta el momento adecuado. Pidió un plan detallado del golpe; antes de dar luz verde, deseaba pruebas irrefutables de que Hitler pensaba llevar el país a otra guerra mundial. Y

había una discrepancia más. Halder y Beck querían que Hitler fuese detenido y juzgado; otra facción quería que fuera examinado por un psiquiatra y declarado loco; los radicales querían asesinarle en el acto.

Entonces, de repente, Neville Chamberlain, el primer ministro británico, se trasladó en avión a Munich y evitó la guerra cediendo Checoslovaquia sin violencia. El general Halder, agotado y creyendo que la mejor oportunidad de derrocar a Hitler acababa de perderse, apoyó la cabeza en su escritorio y lloró.

BERNARD BARUCH desembarcó del *Queen Mary*. Era el 12 de septiembre de 1938. Baruch había estado cazando urogallos en los marjales escoceses y hablando de aviones con Winston Churchill y Pierre Laval. No quiso revelar a la prensa si Roosevelt le había pedido que reorganizase la industria norteamericana para la guerra, como hiciera la última vez para el presidente Wilson. Quería eliminar el afán de lucro bélico en la industria, dijo. «Todo el mundo sabe hoy que ningún país gana nada en una guerra.»

El mes siguiente, Baruch se hospedó en la Casa Blanca. Los bombarderos eran la respuesta, explicó al presidente: Estados Unidos debía producir cincuenta mil bombarderos dotados de gran autonomía de vuelo. No mencionó los bombarderos dotados de gran autonomía de vuelo a los periodistas, sin embargo. A los periodistas les dijo: «Creo que Estados Unidos no está preparado». Francia e Inglaterra habían estado trágicamente desprevenidas, dijo, y esa era la razón de lo sucedido en Munich. Baruch no quería que Estados Unidos se encontrara en la misma «posición humillante».

Al cabo de unos días, Roosevelt dijo en una rueda de prensa que no se había prestado la debida atención a la producción en serie de aviones y que había llegado el momento de examinar de nuevo los gastos militares. «Roosevelt toma medidas para acelerar la expansión del Ejército y la Armada», decía el titular de *The New York Times* del 15 de octubre de 1938. Esto dio lugar a un titular

previsible por parte de la gente de Goebbels en Alemania: «El judío Baruch olfatea beneficios empresariales». Hubo otros titulares alemanes: «¿Baila Washington al son de la música de Baruch?». Y «Mentiras incendiarias como base de un formidable rearme en Estados Unidos de América», con el subtítulo «Las telarañas mentales del judío Baruch».

MURIEL LESTER estaba en Alemania hablando con una mujer a la que las leyes raciales habían obligado a divorciarse de su marido, que era judío. La mujer acababa de almorzar con él ilegalmente. «De haber sido descubierta, habría ido a parar a un campo de concentración —escribió Lester—. En un cafetín de una calle de poco tránsito habían pasado una hora juntos antes de separarse.»

Lester se fue a Viena, donde visitó la exposición *El judío eterno*, que fue muy concurrida. «Demostraba por medio de fotografías muy ampliadas, carteles y películas, todas las cosas malas que han hecho los judíos a lo largo de la historia, todos los empleos muy bien pagados que tenían, todos los honores que habían conquistado en la música, la literatura, el arte, el teatro, la filosofía y todas las ramas de la ciencia. La reunión de tantas pruebas de genialidad parecía desacreditarnos a nosotros, los gentiles, más que a ellos, pero surtió el efecto deseado en los nazis jóvenes, que llevaban a cabo pogromos cada vez más feroces.» Era el otoño de 1938.

EMPEZARON LAS EXPULSIONES en Checoslovaquia. Grupos pequeños de judíos subsistían en campamentos en las afueras de poblaciones donde habían vivido generaciones de sus familias. Las autoridades checas y alemanas prohibieron las donaciones de alimentos o agua. Era a mediados de octubre de 1938.

EL PERIÓDICO DE LOS CAMISAS NEGRAS DE HEINRICH HIMMLER, *Das Schwarze Korps*, publicó un artículo en primera plana: «Los judíos que viven en Alemania e Italia son rehenes que el destino ha puesto en nuestras manos para que podamos defendernos más eficazmente de los ataques de los judíos del mundo». Era a finales de octubre de 1938.

EN HANNOVER, ALEMANIA, un policía llamó a la puerta y dijo a Sendel Grynszpan, sastre polaco empobrecido, que él y su familia tenían que presentarse en comisaría con sus pasaportes. Era el 27 de octubre de 1938.

Grynszpan y otros seiscientos ciudadanos polacos pasaron la noche en una sala de conciertos; luego fueron llevados en camión, en grupos de veinte, a la estación de ferrocarril. En la calle la gente gritaba «Enviad los judíos a Palestina». Llegaron a una estación de la frontera cerca de Polonia. «Había trenes procedentes de toda Alemania: Leipzig, Berlín, Colonia, Düsseldorf, Bielefeld, Essen, Bremen —escribió Grynszpan a su hija—. Éramos unos 12.000 en total.» Los hombres de las SS ordenaron a la multitud que anduviese hasta la frontera. «Los que no podían andar fueron golpeados hasta que su sangre mojó la carretera.»

The New York Times dijo de la expulsión de los polacos de Alemania que era «tal vez la mayor deportación en masa de tiempos recientes».

CLARENCE PICKETT y su esposa regresaban de Europa en el *Ile de France*. Era el 28 de octubre de 1938.

Pickett acababa de estar en Alemania, Checoslovaquia y Austria y tenía una sensación de catástrofe inminente. «¿Qué se puede hacer? —preguntó en un memorándum—. Podemos arrepentirnos de nuestro papel en el rencoroso Tratado de Versalles y la resolución de la guerra. Pero la carga de esa resolución

de la guerra cae con la mayor fuerza sobre los judíos. Lo mínimo que podemos hacer es prestar toda la ayuda posible a los que acuden a nosotros para que empiecen de nuevo y de manera fructífera. Esa es y será nuestra principal labor de socorro durante un tiempo.»

CHARLES LINDBERGH y su esposa, Anne, buscaban una casa de alquiler en Berlín. Era el 28 de octubre de 1938. Lindbergh era un piloto norteamericano y supremacista nórdico; en Alemania, Göring le había hecho entrega de una medalla con un águila y una esvástica en un estuche rojo —«por orden del Führer»— y Lindbergh estaba aprendiendo muchas cosas sobre los bombarderos Junkers y los cazas Messerschmitt y la organización de las Fuerzas Aéreas alemanas.

En Wannsee, agradable barrio residencial, los Lindbergh vieron una casa que les gustó: «bien amueblada, aunque con muebles pesados —escribió en su diario —, con espacio suficiente para nuestras necesidades. Lo más atractivo es el jardín... grande, con muchos árboles y arbustos, y una pendiente que desciende hasta un río con cisnes». Era el 28 de octubre de 1938.

Un hombre del Ministerio del Aire alemán hizo algunas llamadas en relación con la casa. El propietario era judío y quería divisas extranjeras: «El coronel Wendland nos aconsejó que no siguiéramos adelante», escribió Lindbergh. Albert Speer, sin embargo, les ofreció su poderosa ayuda. Si los Lindbergh estaban interesados en construir una casa nueva, él podía proporcionarles terrenos casi en cualquier parte de Berlín.

Los Lindbergh estaban indecisos; tomaron el tren de la noche y regresaron a París.

HITLER LLAMÓ A WINSTON CHURCHILL belicista en un discurso ante cien mil nazis

llenos de entusiasmo. «El señor Churchill dijo que opinaba que el gobierno alemán tenía que ser eliminado con la ayuda de fuerzas del interior de Alemania que se pondrían a su disposición», dijo Hitler. Tales fuerzas no existían, añadió Hitler. «Hay un solo poder y ese poder es el movimiento nacionalsocialista, sus líderes y sus seguidores en armas.» Era el 6 de noviembre de 1938.

Churchill respondió con una declaración moderada a la prensa en la que expresó sorpresa al verse señalado. Él y los demás partidarios de una defensa fuerte no tenían ninguna intención de agredir a Alemania, explicó; querían que Inglaterra, Francia y Alemania conviviesen en paz. Y añadió algunas palabras elogiosas: «Siempre he dicho que si Gran Bretaña fuera derrotada en una guerra, esperaba que encontrásemos un Hitler que nos llevara de nuevo a nuestra posición legítima entre las naciones». Ahora el mundo se alegraría, prosiguió Churchill, al ver a un Hitler suavizado, un Hitler de paz y tolerancia. «Que este gran hombre busque en su corazón y su conciencia antes de acusar a alguien de ser belicista.»

EL HIJO DE SENDEL GRYNSZPAN, Herschel Grynszpan, que vivía en París, recibió una postal de su hermana. La hermana de Grynszpan describía brevemente en ella la deportación forzosa de su familia. Herschel compró una pistola en una tienda de París llamada La Hoja Afilada y tomó el metro hasta la embajada alemana. Disparó dos veces contra un hombre —Ernst vom Rath— que trabajaba en la embajada. Era el 7 de noviembre de 1938.

Hitler envió a su médico personal, Brandt, para que atendiese a Vom Rath, que sufría hemorragias internas a causa de la perforación del bazo y el estómago.

CLARENCE PICKETT almorzó en la casa de campo del presidente Roosevelt en Hyde Park, Nueva York. Pickett contó al presidente algo de lo que había visto en

Europa. «Estábamos seguros de que las cosas empeorarían para los judíos y otros disidentes en Alemania y no pudimos ver nada que detuviera la marcha hacia la guerra», escribió Pickett. Dijo que deseaba que Roosevelt pudiera hablar cara a cara con Hitler. Era el 9 de noviembre de 1938: el día en que Ernst vom Rath murió a causa de las heridas.

Roosevelt contestó que había pensado en la posibilidad de entrevistarse con Hitler en las Azores. Pero de momento, dijo, le interesaba más potenciar las Fuerzas Aéreas.

«Me pregunté en lo más íntimo de mi mente y mi corazón si era posible preparar con una mano los instrumentos de la guerra y con la otra los instrumentos de la paz —escribió Pickett—. El resultado es una escisión de la personalidad en nuestra vida nacional.»

HERSCHEL GRYNZSPAN dijo: «Ser judío no es ningún crimen». Dijo: «Esperaba que el presidente Roosevelt se apiadara de nosotros, los refugiados». Dijo: «No soy un perro. No quería matar a nadie. Perdí la cabeza».

GOEBBELS Y HITLER celebraron una conferencia sobre el revuelo causado por Grynzspan. «[Hitler] decide que continúen las manifestaciones —escribió Goebbels—. Retirad a la policía. Los judíos deberían sentir por una vez las iras del pueblo.»

Los líderes del partido llamaron a sus subordinados y la Gestapo envió por teletipo las reglas que debían guiar los disturbios que en toda Alemania provocaría el asesinato de Ernst vom Rath. Tenían que ser salvajes pero ordenados. Incendiar sinagogas estaba permitido «solo si no hay ningún peligro de que el fuego se propague al barrio». Los domicilios y los negocios de los

judíos «pueden ser destruidos pero no saqueados». Y a los extranjeros «no se les puede molestar aunque sean judíos».

Empezó a la una de la madrugada del 10 de noviembre de 1938. Otto Tolischus informó de ello para *The New York Times*. «Apenas hubo comercio, café, oficina o sinagoga de los judíos que no fuera arrasado, incendiado o destruido —escribió—. Los manifestantes se plantaban delante de las sinagogas con libros de oración y les arrancaban las hojas.» La rica sinagoga de la Fasanenstrasse «era un horno». Veinticinco mil personas fueron enviadas en calidad de rehenes a campos de concentración.

Se dio a los sucesos el nombre de Kristallnacht, Noche de los Cristales Rotos, porque sucedieron de noche y se rompieron muchos cristales, porque la palabra «cristal» distraía de la ferocidad de los disturbios a la vez que brindaba por ella, y, finalmente, quizá también porque la palabra hacía pensar en el título de uno de los libros sobre técnica propagandística favoritos de Goebbels, *Cristalizando la opinión pública*, de Edward Bernays. Goebbels había utilizado con éxito el asesinato de Vom Rath para cristalizar el antisemitismo alemán.

EN LEIPZIG el cónsul estadounidense, David Buffum, redactó un informe sobre los disturbios. «En uno de los barrios judíos, un chico de dieciocho años fue arrojado desde la ventana de un tercer piso y se rompió ambas piernas al aterrizar en una calle en la que ardían camas y otros muebles —escribió Buffum—. Tres sinagogas de Leipzig comenzaron a arder simultáneamente por efecto de bombas incendiarias y todos los objetos y documentos sagrados fueron profanados o destruidos, en la mayoría de los casos echados por las ventanas y quemados en las calles.» Fue, dijo, «un aluvión de ferocidad nazi que no había tenido igual hasta entonces en Alemania, ni muy probablemente en cualquier otra parte del mundo desde los tiempos del salvajismo, o nunca».

THOMAS E. DEWEY, que acababa de ver derrotada su candidatura a gobernador de Nueva York, dijo: «El mundo civilizado siente repugnancia ante un pogromo sangriento contra un pueblo indefenso». Herbert Hoover dijo: «Estos individuos están haciendo que la civilización alemana retroceda 450 años hasta la expulsión de los judíos de España por Torquemada». Pero como señaló la revista *Time*, el presidente Roosevelt y otros jefes de Estado no denunciaron inmediatamente actos que «perturbaron un mundo casi imperturbable con una demostración de crueldad deliberada y no provocada».

EL CÓNSUL GENERAL BRITÁNICO en Colonia recibió una carta anónima que citaba las órdenes que tenía la policía de incendiar sinagogas y saquear comercios. «Los habitantes de Colonia no tuvieron absolutamente nada que ver con estos criminales incendios provocados y los condenan, al igual que toda la nación alemana —escribió el autor de la carta—. Estas acciones fueron ordenadas por el gobierno de Berlín.» Era el 12 de noviembre de 1938.

CHARLES LINDBERGH se sintió desconcertado ante los disturbios en Alemania. «No cabe duda de que han tenido un problema difícil con los judíos —escribió—, pero ¿por qué es necesario tratarlo de forma tan irrazonable? Mi admiración por los alemanes se estrella constantemente contra rocas como esta.» Era el 13 de noviembre de 1938.

ROOSEVELT CONVOCÓ su quingentésima rueda de prensa. Era el 15 de noviembre de 1938, cinco días después de la Noche de los Cristales Rotos. Preguntaron a Roosevelt sobre el nuevo aeropuerto de Washington y sobre cerezos. Luego el

presidente leyó una breve declaración que anunciaba que iba a retirar al embajador en Alemania y que la opinión pública estaba «hondamente perturbada». No utilizó la palabra «judíos».

«Yo mismo apenas pude creer que cosas así pudieran ocurrir en una civilización del siglo xx», dijo Roosevelt.

Un periodista le preguntó si pensaba que había algún lugar en el mundo capaz de recibir una inmigración en masa de judíos de Alemania.

«He pensado mucho en ello», contestó el presidente.

«¿Puede decirnos algún lugar especialmente deseable?», preguntó el periodista.

«No», repuso el presidente, «no es el momento propicio».

Otro reportero preguntó al presidente si recomendaría que se relajaran las restricciones a la inmigración para que los refugiados judíos pudieran entrar en Estados Unidos.

«Eso no está previsto», replicó Roosevelt, «tenemos el sistema de cupos».

UN CORRESPONSAL de *The Manchester Guardian* escribió sobre la escena que podía verse en los consulados británico y estadounidense en Berlín. Judíos desesperados «suplicaban visados», dijo. «Tengo entendido que ni Gran Bretaña ni Estados Unidos están haciendo concesiones y que para la gran mayoría de los solicitantes hay poca esperanza de obtener lo que para ellos sería la única manera posible de volver a una vida normal.» Era el 15 de noviembre de 1938.

RUFUS JONES invitó a Clarence Pickett y otros veinte cuáqueros a su casa de Haverford, Pensilvania, con el fin de trazar planes para ayudar a los judíos alemanes. Era el 16 de noviembre de 1938.

El Comité Conjunto Judío de Distribución había llamado para preguntar si el

Comité de Servicio de los Amigos Norteamericanos podía abrir centros de alimentación en Alemania, algo que Jones sabía hacer. Jones y Pickett fundaron el Comité de Servicio a los Refugiados y al día siguiente enviaron una carta a todas las asambleas cuáqueras de Estados Unidos. «Cables procedentes de Alemania indican que los periódicos norteamericanos no han exagerado la tragedia», decía la carta. Los refugiados necesitaban alojamiento, dinero y las declaraciones juradas de apoyo prometido que exigía el Departamento de Estado.

UN REPORTERO hizo una pregunta: «El martes, señor presidente, dio usted a entender que no se proponía, ni consideraría, rebajar las barreras a la inmigración en beneficio de los refugiados alemanes. Desde entonces es mucho lo que se ha dicho en letra de imprenta en el sentido de que, después de todo, puede que lo haga. ¿Ha cambiado usted de parecer?».

«No», respondió el presidente Roosevelt. Dijo, sin embargo, que los visitantes alemanes que ya se encontraban en Estados Unidos con visados temporales podrían quedarse. No estaría bien, «desde el punto de vista humanitario», meterlos en un barco y enviarlos de vuelta a su país.

Otro periodista preguntó si habría algún cambio en las leyes relativas a los cupos.

«Me parece que no», contestó el presidente. Era el 18 de noviembre de 1938.

EL PRIMER MINISTRO NEVILLE CHAMBERLAIN hizo una declaración en la Cámara de los Comunes sobre los refugiados judíos alemanes. Había hablado con Joseph P. Kennedy y lord Halifax y tenía nuevas posibilidades que ofrecer. Era el 21 de noviembre de 1938.

«El gobierno de Su Majestad ha quedado muy impresionado por la urgencia

del problema», dijo Chamberlain. A la luz de acontecimientos recientes, «había vuelto a revisar la situación». El Imperio británico, aunque extenso y en algunas partes poco poblado, no podía absorber gran número de refugiados, insistió Chamberlain. Aun así, había preguntado a los gobernadores de dos colonias —Tanganyika y la Guayana Británica— si podían arrendar tierras a organizaciones de refugiados para su colonización a gran escala.

El gobernador de la Guayana Británica había contestado que su país tal vez dispondría de cuatro mil hectáreas para que las colonizasen judíos alemanes. Y el gobernador de Tanganyika —en otro tiempo colonia alemana pero desde la Gran Guerra posesión británica— había ofrecido más de veinte mil hectáreas en la Provincia Occidental y las Tierras Altas del Sur. «Recibiría con agrado una misión de organizaciones de refugiados —dijo Chamberlain a la Cámara de los Comunes— y gustosamente les daría todas las facilidades para inspeccionar las zonas y formarse una opinión sobre las posibilidades.»

AQUEL MISMO DÍA en el Parlamento, sir Samuel Hoare, secretario de Interior, se ocupó de la cuestión de aceptar más refugiados judíos en la propia Inglaterra. Hoare dijo que se oponía a un cupo porque algunos lo considerarían demasiado bajo y otros, demasiado alto. Sería mejor, a su juicio, colaborar con las organizaciones de socorro judías, cuáqueras y demás y tratar cada caso por separado. «Somos una comunidad industrial densamente poblada con, en estos momentos, gran número de parados», dijo Hoare. Había, señaló, corrientes subterráneas de suspicacia e inquietud ante la inmigración a gran escala. «Es un hecho (y es mejor afrontar con franqueza estos hechos) que debajo de la superficie se está gestando un movimiento antijudío definido. Como secretario de Interior, hago cuanto puedo por aplastar este tipo de maldad.»

A *THE NEW YORK TIMES* le gustó el plan de Chamberlain sobre Tanganyika, suponiendo que la colonia nunca fuera devuelta a los alemanes. «Tanganyika ofrece más posibilidades esperanzadoras para la colonización que muchos de los territorios que se han mencionado para asentar en ellos a los refugiados alemanes», dijo un artículo de fondo de *The New York Times*. El clima en las Tierras Altas del Sur era favorable a los europeos, señalaba el periódico y, según decían, había valles que podían cultivarse. Era el 24 de noviembre de 1938.

La revista *Time* afirmó que la propuesta de Chamberlain era «una notable indicación de que bajo el efecto del horror de la civilización ante los pogromos nazis, por fin la diplomacia había empezado a hacer algo útil».

El juez William Harman Black, del Tribunal Supremo del estado de Nueva York, se mostró menos entusiasmado. Tanganyika era demasiado calurosa y demasiado alemana, dijo por la radio, y podía haber en ella epidemias y moscas tse-tse.

El rabino Stephen Wise, sionista, tuvo la reacción más extrema a Tanganyika. «Prefiero que mis hermanos los judíos mueran en Alemania —escribió en una carta privada a Myron Taylor—, a que vivan de alguna forma, de cualquier forma, en las tierras que llevan la impronta de su ocupación por Alemania ayer.»

GANDHI ESCRIBIÓ un artículo para *Harijan*, el semanario en inglés que dirigía en Delhi. Era el 26 de noviembre de 1938.

Había recibido, escribió, preguntas sobre los judíos y los árabes en Palestina y sobre la persecución de los judíos en Alemania y —no sin reservas— había decidido ofrecer sus opiniones.

«Todas mis simpatías están con los judíos —escribió Gandhi—. Si alguna vez pudiera haber una guerra justificable en nombre de la humanidad y para la humanidad, una guerra contra Alemania para impedir la brutal persecución de toda una raza estaría totalmente justificada.» Pero ninguna guerra era

justificable, creía Gandhi: solo la *satyagraha*, la resistencia no violenta, e incluso la *satyagraha* solo era justificable después de fracasar los intentos de negociación.

«Si yo fuese judío y hubiera nacido en Alemania y me ganase la vida allí, sostendría que Alemania era mi patria tanto como la del gentil más alto, y le desafiaría a disparar contra mí o a arrojarme a la mazmorra —escribió Gandhi—. Me negaría a ser expulsado o a someterme a un trato discriminatorio.»

Aunque los Aliados declarasen la guerra a Alemania, dijo Gandhi, su acción no podría proporcionar felicidad interior ni fuerza a los judíos. La felicidad interior nacía de los sufrimientos soportados voluntariamente.

«La violencia calculada de Hitler puede incluso provocar una matanza general de judíos como primera respuesta a la declaración de hostilidades», escribió Gandhi.

En cuanto a Palestina: «La petición del hogar nacional para los judíos no me atrae mucho —señaló—. Es injusto e inhumano imponer los judíos a los árabes». Palestina pertenecía a los árabes del mismo modo que Inglaterra pertenecía a los ingleses y Francia a los franceses, añadió. «Hay centenares de maneras de razonar con los árabes si ellos (los judíos) prescinden de la ayuda de la bayoneta británica. Tal como están las cosas, son copartícipes con los británicos en el expolio de un pueblo que nada malo les ha hecho.»

CIENTO NOVENTA Y SEIS niños refugiados alemanes hacían cola en el muelle de Harwich, Inglaterra. Muchos de ellos eran huérfanos, sin pasaporte ni visado y se les permitía entrar en el país al amparo de una ley especial del Parlamento. Algunos sostenían juguetes en las manos, unos cuantos sostenían violines. Era el 2 de diciembre de 1938.

RUFUS JONES, el profesor de Haverford, fue a Alemania con otros dos hombres: Robert Yarnall, hombre de negocios cuáquero, y George Walton, director de un internado cuáquero. Albergaban la esperanza de hablar con alguna autoridad, quizá Hitler, de los sufrimientos de los judíos. Antes de partir, Jones apuntó algunos nombres y direcciones en su bloc de notas y escribió: «Necesitamos el toque de la aventura, de lo heroico y costoso, y no gorjeos de pájaros sobre un volcán». Tenía setenta y cinco años de edad.

Los tres hombres embarcaron en el *Queen Mary* y empezaron la travesía del Atlántico. Un periodista del *Record* de Filadelfia llamó por teléfono al barco y preguntó a Jones qué pensaba hacer en Alemania. Jones replicó que trataría de hacer todo lo posible y que estaba haciendo cuanto podía para evitar toda publicidad. El periodista escribió un artículo de primera plana en el que decía que los tres líderes de la Sociedad de los Amigos se proponían «interceder personalmente con el canciller Adolf Hitler por los judíos perseguidos y por otros grupos minoritarios de Alemania». «La visita estaba envuelta en el mayor secreto», añadió el periodista, deseoso de ayudar. Aparecieron varios artículos más en Nueva York y en Londres.

El doctor Goebbels, el ministro de Propaganda, leyó los artículos y escribió en su periódico que los «tres reyes magos» se hallaban en camino. «Vienen a investigarnos porque en Pensilvania se habla mal de los alemanes que quitan a los pobres millonarios judíos un poco del dinero que han estafado —dijo—. No esperéis que nos los tomemos en serio.»

RUFUS JONES y sus dos acompañantes visitaron la oficina que el Centro Cuáquero de Berlín había abierto para asesorar a los refugiados judíos y no arios. Les contaron historias sobre Dachau, Buchenwald y Sachsenhausen. Hablaron con Wilfrid Israel, dueño de una destacada empresa de decoración de interiores; Israel dijo que probablemente iban a matarle a tiros antes de que transcurrieran

diez días. Hablaron con Hjalmar Schacht, que propuso que Estados Unidos y otros países se hicieran cargo de cincuenta mil refugiados inmediatamente. Negociaron con el Comité Intergubernamental de Londres para asegurarse de no obstaculizar sus planes de salvamento. En la organización judía central de Berlín, Cora Berliner, ex profesora de economía, rogó que en Estados Unidos se crearan grandes campamentos temporales para alojar a los judíos hasta que pudieran acogerse al cupo anual.

Los tres hombres tomaron un taxi hasta las oficinas de la Gestapo. Seis camisas negras con casco les acompañaron al interior del edificio. Tras recorrer algunos pasillos y subir varias escaleras, llegaron a una habitación donde había una mesa redonda con superficie de cristal y sillas grandes de estilo moderno. Oyeron a Reinhard Heydrich hablando en la habitación contigua. Entraron dos hombres, «hombres de expresión dura y carácter férreo». Jones les entregó una declaración que habían hecho traducir al alemán.

La declaración decía que habían venido a ver si los cuáqueros norteamericanos podían ayudar en algo; que no tenían ningún interés propagandístico y que siempre se habían opuesto a las duras condiciones del tratado de paz. La declaración también decía que los cuáqueros habían alimentado a niños alemanes durante el bloqueo, después de la guerra; que el programa de socorro había dado de comer, en su apogeo, a más de un millón de niños al día. Y que después de la guerra habían traído carbón para calentar los hospitales. Y que habían repartido alimentos entre todas las familias necesitadas, incluidas familias nazis. «No preguntamos quién tiene la culpa de los problemas que puedan existir ni qué ha provocado esta lamentable situación —decía la declaración—. Nuestra tarea es apoyar y salvar vidas y sufrir con quienes estén sufriendo.»

LOS DOS FUNCIONARIOS DE LA GESTAPO —el doctor Erlinger y el doctor Lischka—

leyeron la declaración de los cuáqueros. «Observamos que se suavizaban sus rostros —escribió más adelante Rufus Jones—, que necesitaban suavizarse.» Luego hicieron muchas preguntas. Los cuáqueros y los funcionarios de la Gestapo hablaron de campamentos temporales, de la posibilidad de acelerar la emigración con la ayuda del Comité Intergubernamental de Londres y Estados Unidos, así como del socorro que podían prestar organizaciones judías. Los funcionarios salieron para hablar con Heydrich. Jones, Yarnall y Walton permanecieron sentados en silencio, con la cabeza baja, durante veinticinco minutos. Los dos hombres volvieron a aparecer.

«Esta noche telegrafiaré a todas las comisarias de policía de Alemania para que den a los cuáqueros permiso ilimitado para investigar los sufrimientos de los judíos y prestar el socorro que juzguen necesario», anunció Lischka.

Jones cablegrafió un informe a Pickett, que estaba en Filadelfia. «El gobierno alemán tiene el firme propósito de expulsar a los judíos —escribió Jones—. Los acontecimientos del 10 de noviembre tuvieron por objeto acelerar ese propósito. Hasta la puesta en marcha de un plan de emigración rápida, especialmente para personas jóvenes y capacitadas, las autoridades considerarán que el problema no está resuelto, y es probable que se produzcan nuevas atrocidades que traigan consigo más sufrimientos e injusticia.»

A su regreso a Estados Unidos, Jones dijo a los periodistas que habían hecho algunos progresos. Pero añadió que en todas partes los judíos les habían dicho que necesitaban salir del país: «Decían: “No pongáis los alimentos y el hambre en primer lugar. Podemos soportar el hambre. Podemos soportarlo todo, pero sacadnos de aquí antes de que ocurra algo más espantoso”».

El personal del Centro de los Amigos en Berlín descubrió que, durante un breve tiempo, los trámites legales y económicos para la emigración de familias judías les resultaban más fáciles. «Este breve respiro significó la diferencia entre la vida y la muerte para algunas familias, por lo menos», escribió Clarence Pickett.

CHARLES LINDBERGH se encontraba de nuevo en el Tercer Reich, practicando el tiro al blanco con Ernst Udet y tratando de convencer a Erhard Milch, el ministro de Aviación, de que vendiera motores de avión alemanes a Francia. Era el 20 de diciembre de 1938.

Lindbergh creía que si Francia compraba motores alemanes, los sentimientos entre los dos países serían más amistosos. Milch pareció interesado, pero dijo que necesitaría la aprobación de Hitler. En cuanto a la reciente violencia contra los judíos, Milch dijo a Lindbergh que Göring y Hitler no habían tenido nada que ver con ella. «Supongo que eso quiere decir que los responsables son Himmler y Goebbels», escribió Lindbergh en su diario.

En el tren que le llevaba de vuelta a París, Lindbergh pensó más en el «problema judío». «No hablé con ninguna persona que no me causara la impresión de estar avergonzada de la ilegalidad y el desorden de las recientes manifestaciones —escribió—. Pero tampoco hablé con nadie que no quisiera que los judíos se fueran de Alemania, aunque no estuviera de acuerdo con los métodos que se emplean ahora.»

Los judíos, según le habían dicho a Lindbergh, eran responsables del derrumbamiento de Alemania después de la guerra. «Dicen que en el período de la inflación los judíos se hicieron dueños de un elevado porcentaje de las propiedades en Berlín y otras ciudades... vivían en las mejores casas, conducían los mejores automóviles y alternaban con las muchachas alemanas más bonitas.»

RUFUS JONES Y CLARENCE PICKETT fueron al Departamento de Estado para hablar con George Messersmith, subsecretario de Estado. Era diciembre de 1938.

Jones y Pickett tenían una propuesta. Habían visto las largas colas ante los consulados norteamericanos en Europa; los miles de solicitudes de visados presentadas por refugiados y pendientes de tramitarse. El Departamento de

Estado decía que no podía permitirse el coste de destinar más personal a hacer frente al aumento de trabajo.

«En vista de ello, me brindé a reclutar a cierto número de jóvenes dignos de confianza que hablaban el alemán con soltura —escribió Pickett—, y encargarme de que se les pagaran sus salarios y otros gastos mientras trabajasen en oficinas consulares norteamericanas en Europa para ayudar a despejar la congestión.» Por medio de llamamientos en las reuniones de los cuáqueros, Pickett ya había reunido un grupo de voluntarios estudiantes.

Messersmith, irritado, contestó que el Departamento de Estado podía encargarse de sus propios asuntos. Si el departamento quería añadir personal, pediría fondos al Congreso.

«Fue una entrevista sumamente desagradable e insatisfactoria», escribió Pickett.

EN DACHAU, Walter Loeb, uno de los treinta mil hombres detenidos después de la Kristallnacht, recibió la orden de someterse a un reconocimiento médico. «No superé el reconocimiento —escribió más tarde—, porque tenía síntomas visibles de congelación en las manos y ellos no querían que el mundo exterior viera cicatrices o señales de maltratos (palizas, etcétera).» Un prisionero alemán le prestó unos guantes y una semana después, cuando el médico le hizo un nuevo reconocimiento, lo superó.

La mayoría de los «judíos de noviembre» fueron puestos en libertad aquel invierno, muchos de ellos después de firmar la renuncia a sus bienes y prometer que emigrarían. «Debido a la ola de frío que empezó el domingo —informó *The New York Times*— hubo decenas de casos de hombres a los que les habían amputado alguna extremidad congelada.»

Era diciembre de 1938.

GANDHI ESCRIBIÓ de nuevo sobre Hitler en *Harijan*. Era el 7 de enero de 1939.

Hasta el más duro de los metales se funde bajo suficiente calor, comentó Gandhi; el corazón más duro debe ablandarse ante el calor de la no violencia. «Herr Hitler es solo un hombre que disfruta de una vida de duración normal», prosiguió. Sin el pueblo alemán, no era nada, y el pueblo alemán acabaría tocado por la no violencia.

«Debo negarme a creer que los alemanes como nación no tienen corazón o tienen notablemente mucho menos que las demás naciones de la tierra. Algún día se rebelarán contra su propio y adorado héroe, aunque él no despierte a tiempo», dijo.

LINDBERGH LEYÓ EL TITULAR en la edición parisina del *Herald Tribune*: «Se dice que Lindbergh proporciona a Estados Unidos datos sobre las Fuerzas Aéreas del Reich». Lindbergh se sintió preocupado: ¿se disgustarían los alemanes a causa de esta noticia? Había estado pasando los niveles alarmantemente elevados de aviones que le daban los alemanes: cifras exageradas, como se vería más tarde.

«Si debemos armarnos, deberíamos hacerlo con nuestra propia fuerza como propósito, del mismo modo que un hombre entrena su cuerpo para mantenerse en forma y con la salud como propósito —escribió Lindbergh—. Lo que más me preocupa de todo es que nuestros propios pueblos del norte ahora se están enredando y armando unos contra otros.»

Era el 7 de enero de 1939.

FASCISTAS BRITÁNICOS provocaron disturbios y lanzaron bombas fétidas en señal de protesta por el Fondo de lord Baldwin para refugiados. El *Sunday Pictorial*

publicó: «Los refugiados europeos están robando centenares de puestos de trabajo a los británicos cada semana». Era el 15 de enero de 1939.

Un grupo británico denominado Movimiento Nacional de Trabajadores Parados tocó una nota distinta: «Los parados no son enemigos de los refugiados. Ayudadnos a ambos».

REINHARD HEYDRICH creó un departamento nuevo, la llamada Oficina del Reich para la Emigración Judía, que se encargaría de racionalizar y acelerar el ritmo de la expulsión extorsiva. Era el 24 de enero de 1939.

Aquella misma semana el periódico judío que controlaba el Estado, el *Jüdisches Nachrichtenblatt*, publicó una esperanza: «Si Estados Unidos pudiera decidirse a aceptar condicionalmente 100.000 judíos de Alemania, podrían quedarse en las regiones poco pobladas del oeste de ese país y harían una aportación muy valiosa a la solución del problema de la emigración». Alaska era otra posibilidad para el asentamiento de judíos, dijo el *Nachrichtenblatt*. *The New York Times* reprodujo la esperanza.

STEFAN ZWEIG estaba en una agencia de viajes de Londres. Había en ella cincuenta refugiados, en su mayoría judíos. Un hombre agotado, de pelo canoso, dijo que le parecía que Haití y Santo Domingo aún aceptaban solicitudes; otro hombre había oído decir que Shanghai era una posibilidad. «Como su visado de tránsito había expirado, debían irse —escribió Zweig—, irse con esposa e hijo a comenzar de nuevo, a hablar una lengua nueva, a una gente a la que no conocían y que no quería recibirles.»

HITLER AGITÓ un dedo en el estrado del Reichstag. Detrás de él se encontraban Hermann Göring, presidente del Reichstag, y varios notables. Detrás de Göring había una enorme águila iluminada desde el fondo, con las alas extendidas, y cortinas en abanico, estilo boudoir, detrás de ella. Dos emblemas con la esvástica colgaban a derecha e izquierda del estrado. Hitler vestía chaqueta cruzada y corbata. «Hoy seré profeta una vez más —dijo Hitler—. Si los financieros judíos

internacionales, dentro y fuera de Europa, consiguen que las naciones se precipiten una vez más a una guerra mundial, entonces el resultado no será la bolchevización de la tierra y, por ende, la victoria de los judíos, ¡sino el aniquilamiento de la raza judía de Europa!» Los delegados reunidos respondieron con clamores y aplausos frenéticos. Era el 30 de enero de 1939.

La revista *Time*, al analizar el discurso poco tiempo después, afirmó que no entendía por qué los periodistas lo calificaban de moderado. Era, a juicio de *Time*, «una de las alocuciones más sensacionales y amenazadoras nunca pronunciados por un jefe de Estado».

FRANKLIN ROOSEVELT convocó una reunión secreta del Comité del Senado para Asuntos Militares. El Senado iba a votar un proyecto de ley que autorizaría la adquisición de miles de aviones para el Cuerpo Aéreo del Ejército. Era el 31 de enero de 1939.

Roosevelt dijo a los senadores que el objetivo de Alemania era dominar el mundo y cercar gradualmente a Estados Unidos. Francia e Inglaterra eran la primera línea defensiva contra esta amenaza. Hitler era un loco, dijo Roosevelt, que, al parecer, creía ser la reencarnación de Julio César y Jesucristo. «¿Qué podemos hacer con un personaje así? —preguntó el presidente—. Le llamaríamos chiflado. Pero no sirve de nada llamarle chiflado porque es poderoso y eso tenemos que reconocerlo.»

Eso explicaba la necesidad de miles de aviones.

EDITH NOURSE ROGERS, representante de Massachusetts, y Robert Wagner, senador de Nueva York, presentaron un proyecto de ley que autorizaría la entrada en Estados Unidos de veinte mil refugiados menores de catorce años, aparte de los cupos de refugiados alemanes. Inglaterra iba a permitir la entrada

de diez mil niños al amparo de permisos especiales, los cuales serían atendidos por grupos de socorro judíos, católicos y cuáqueros, y colocados con familias de acogida; el Comité de Servicio de los Amigos Norteamericanos de Clarence Pickett se propuso supervisar un Kindertransport parecido en Estados Unidos.

«Miles de familias norteamericanas ya han expresado su disposición a acoger a niños refugiados en sus hogares —dijo el senador Wagner—. Tengo plena confianza en que en todo el país habrá una respuesta rápida y sincera a esta noble causa, con la cual el pueblo norteamericano dará expresión a sus más íntimos anhelos de libertad, justicia y paz internacional.» Era el 9 de febrero de 1939.

ELEANOR ROOSEVELT, que había dejado de lado su antisemitismo, declaró que aprobar el proyecto de ley de Wagner y Rogers sobre niños refugiados era «humanitario». Una semana más tarde preguntó a su esposo, que hacía un crucero por el Caribe, si podía dar todo su apoyo al proyecto de ley. El presidente Roosevelt contestó: «Puedes apoyar el proyecto de ley sobre niños refugiados, pero lo mejor es que yo no diga nada hasta mi vuelta». Cuando volvió, no dijo nada sobre el proyecto de ley. Era febrero de 1939.

Decenas de periódicos escribieron artículos de fondo que respaldaban la medida. Era un gesto pequeño, dijo el *Herald Tribune* de Nueva York, pero valía la pena hacerlo, «tanto por la parte de sufrimiento a la que pondría fin como para demostrar al mundo, de manera bien clara, dónde están las simpatías de los norteamericanos».

El artículo de fondo de *The New York Times* decía: «Si tuviéramos una frontera con alambre de espinos, como la tienen algunos países menos afortunados, y pudiéramos ver a estos niños, cuyos padres han muerto o están en campos de concentración, no titubearíamos. Lo único que necesitamos es imaginación. Nos llaman desde las tinieblas».

El *Times Herald* de Newport News, Virginia, publicó: «La llamada de la humanidad en peligro es universal y poca duda cabe de que los proyectos de ley de Wagner y Rogers serán aprobados».

HABÍA MÁS de 120.000 solicitudes de visado en espera de tramitarse en el consulado norteamericano de Viena. Era marzo de 1939.

LOS PLANIFICADORES de la Armada estadounidense distribuyeron una nueva modificación del más importante de sus planes de guerra, el llamado Plan Básico de Guerra Naranja. Era el 8 de marzo de 1939.

La Armada llevaba años trabajando en variaciones del Plan de Guerra Naranja, que ocupaba muchas páginas. «La guerra con Naranja se precipitará sin mediar aviso», decía el plan secreto; sería «una guerra ofensiva de larga duración». La Misión Nacional del Plan de Guerra Naranja era:

Imponer la voluntad de Estados Unidos a Naranja destruyendo las Fuerzas Armadas de Naranja y perturbando la vida económica de Naranja, al mismo tiempo que se protegen los intereses norteamericanos en el país y en el extranjero.

Naranja representaba Japón.

EL COMITÉ PACIFISTA UNIDO celebró una conferencia en el Labor Temple de la calle Catorce Este de Nueva York. Era el 11 de marzo de 1939.

El reverendo Abraham J. Muste, líder de la Hermandad de la Reconciliación, dijo: «Cuando aceptas la idea de la guerra refuerzas inmediatamente a los reaccionarios del país». Dorothy Detzer, secretaria ejecutiva de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, instó al pueblo a apoyar a

enmienda constitucional propuesta por Ludlow, la que requeriría un referéndum nacional antes de toda declaración de guerra.

Pero el secretario de Estado, Cordell Hull, ya había dejado clara la oposición permanente de la administración a todo proyecto de ley de referéndum sobre la guerra. Semejante medida infringiría la forma de gobierno representativo, dijo Hull, «que se nos ha transmitido durante un período de 150 años».

ERA EL DÍA DEL EJÉRCITO, 8 de abril de 1939. Veintidós mil personas presenciaron un desfile de tanques y tropas armadas con los nuevos fusiles M-1 por la Quinta Avenida de Nueva York. El gobernador, Herbert Lehman, dijo: «Estoy convencido de que la preparación adecuada, en lugar de ser un incentivo para la guerra, es nuestra mayor salvaguardia para la paz».

El Comité Pacifista Unido, dirigido por el reverendo Muste, organizó una minúscula contramanifestación. Cincuenta y dos personas anduvieron por la acera portando pancartas y repartiendo octavillas. EL ASESINATO EN MASA NO ES NINGUNA DEFENSA DE LA LIBERTAD, rezaba una de las pancartas.

CHRISTOPHER ISHERWOOD, el escritor inglés, quería vivir cerca de gente pacífica. Planeó un viaje en un autobús de la empresa Greyhound a California para ver a Gerald Heard y Aldous Huxley, los dos miembros más conocidos de la Peace Pledge Union. Antes de partir, él y un amigo enviaron por correo algunas preguntas a otros pacifistas británicos. Era abril de 1939.

Una de las preguntas de Isherwood era: ¿Qué debía hacer un pacifista en tiempo de guerra, aparte de simplemente negarse a luchar? Otra decía: ¿Abre uno todas las puertas al agresor y le permite que se lleve todo lo que quiera?

Runham Brown contestó a Isherwood que un pacifista debía hacer trabajos de ayuda, pero no para el gobierno. Ante un agresor, debía practicar la

desobediencia civil sin pensar en las consecuencias. Rudolf Messel opinó que los pacifistas debían manifestarse y dijo que esperaba que la guerra se convirtiera en una revolución. George Lansbury, líder del Partido Laborista y diputado en el Parlamento, se mostró de acuerdo con Runham Brown. «Nuestra forma de resistencia pasiva nunca se ha probado —escribió Lansbury—, pero la guerra se ha probado durante siglos y ha fracasado absolutamente.»

Isherwood pensaba igual que George Lansbury.

HELEN HAYES, la actriz, testificó a favor del proyecto de ley sobre los refugiados de Wagner y Rogers. «Vengo aquí con una sola credencial: como madre norteamericana —dijo Hayes—. Hoy día, cada vez que abres un periódico encuentras referencias a barcos cargados de refugiados, niños incluidos, que son enviados de un puerto a otro porque nadie los quiere. ¿A quién pueden acudir estos niños si las naciones como la nuestra no abren sus puertas?» Era el 20 de abril de 1939.

Clarence Pickett testificó. «Un niño judío no puede ir a la escuela y no puede jugar en los parques —dijo Pickett—. Se oye el ruido de cristales rotos a cualquier hora del día o de la noche cuando a los alborotadores del barrio les da por lanzar piedras contra la ventana.» Pickett siguió hablando:

Y además de todo este terror y estos insultos, sus padres han perdido sus medios de vida, su familia ha sido expulsada de su hogar y tal vez metida en un cuartucho sin calefacción, y se pregunta qué hará para comer cuando haya vendido el último mueble. Esta es la vida cotidiana de esos niños de Alemania a los que el régimen actual ha decidido desheredar.

Un miembro de la asociación Hijas de la Revolución Norteamericana, Carrie Sifton, testificó. «Mi padre se llamaba Solomon Ginsberg y era judío polaco —dijo—. Pienso que para ser justa con un gran número de miembros de mi asociación debo hablar a favor de este proyecto de ley.»

Al día siguiente, Robert Yarnall habló al Comité de Inmigración de su reciente

visita a Alemania con Rufus Jones. Todo el mundo tenía la sensación de que había algo «corrosivo y espantoso», dijo Yarnall. «Los sufrimientos de los judíos eran indescriptibles.»

El problema no iba a desaparecer, dijo al comité. «Hitler prometió una Alemania sin judíos y el Partido Nazi ha asumido esa obligación.» Citó lo que le había dicho un funcionario alemán: «Si ustedes no nos quitan a esa gente de las manos, continuaremos presionando hasta que lo hagan».

HERBERT HOOVER envió un telegrama de apoyo al proyecto de ley sobre refugiados: «Una medida humanitaria como esta no puede ser mala para una nación, sino buena». Pickett lo leyó durante las sesiones preliminares. Dorothy Thompson, la famosa columnista radiofónica, testificó a favor del proyecto de ley. Se oyeron sollozos cuando el rabino Stephen Wise leyó el salmo 46. Pickett dijo que las sesiones habían planteado un asunto de mayor alcance: «El asunto es si el pueblo norteamericano ha perdido la capacidad de responder a situaciones tan trágicas como esta. Si resulta que hemos perdido esa capacidad, significará que Estados Unidos ha perdido gran parte de su alma».

Entonces empezó la oposición. Alguien de la Alianza de Sociedades Patrióticas dijo: «Eso es solo parte de una campaña para destruir todo el sistema de cupos, para volver a cuando recibíamos una avalancha de extranjeros que trataban de dirigir el país siguiendo criterios distintos de los que establecieron nuestros antepasados».

El coronel John Thomas Taylor, de la Legión Americana, dijo: «Si se aprueba este proyecto de ley, no hay ninguna razón para que no traigamos también 20.000 niños chinos».

Alguien de las Viudas de Veteranos de Guerra dijo que ya había siete millones de comunistas «horadando desde dentro».

Presintiendo que el proyecto de ley sobre refugiados corría peligro, Clarence

Pickett intentó aumentar el apoyo a la misma entre los conservadores. Pidió ayuda a Louis Taber, aislacionista y portavoz de Agricultura.

Taber, republicano de Ohio, era miembro del Comité Nacional de los Boy Scouts. El llamamiento de Pickett no conmovió a Taber. Temía que los sufrimientos que habían soportado los niños refugiados hubiesen producido «muchas mentes deformadas y opiniones desviadas en materia de economía que pueden ser graves en la evolución futura de nuestra democracia». Dicho de otro modo, los jóvenes refugiados judíos podían convertirse en bolcheviques al hacerse mayores.

«Preferiría dar 10 dólares para buscar lugares para esos niños en algún otro país —escribió Taber a Pickett—, a dar 10 centavos para traerlos aquí.» Era el 25 de abril de 1939.

MURIEL LESTER, la cooperante, llegó a Palestina. «Espacios pelados y áridos que había visto en 1910 florecían ahora como las rosas», escribió. Había naranjos. Vio el puerto nuevo de Tel-Aviv. Era 1939.

Cerca de los asentamientos judíos vivían árabes. «Tiendas de beduinos protegían a las mujeres en casa, con velos cuando salían al exterior. Los hombres miraban con repugnancia a las judías elegantes que llevaban pantalones cortos y faldas muy ceñidas», escribió Lester.

Las fuerzas británicas vivían detrás de alambradas de espinos. «Este tipo de guerra te agota —dijo un soldado a Lester—. Piensas en ir a ver una película —prosiguió el soldado—, y entonces te enteras de que tu amigo ha desaparecido; liquidado por algún árabe en uno de los poblados. Por error, tal vez. Se lo cargó en lugar de cargarse a un judío. Pero nos pone furiosos.» Una vez salió con algunos compañeros «y nos pusimos un poco violentos —dijo a Lester—. Me sentí estupendamente en aquel momento, pero no duró».

MURIEL LESTER estaba tomando una taza de té en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde acababa de dar una charla que no había sido bien recibida. Era a principios de 1939.

«Su aversión al imperialismo británico no nos atrae», dijo uno de sus oyentes.

No era solo el imperialismo británico, contestó Lester. «Detesto igualmente el japonés y el norteamericano, la crueldad económica y el orgullo racial.»

«Sí —dijo su interpelante—, pero el británico es el que conocemos. Es infinitamente preferible a cualquier otro. Queremos su protección.»

«¿Protege a la larga?», preguntó Lester.

EL GOBIERNO BRITÁNICO promulgó nuevas medidas en Palestina. Era el 17 de mayo de 1939. Los judíos no debían constituir más de un tercio de la población total, según un documento al que se daría el nombre de Libro Blanco. Se permitiría la entrada de diez mil judíos al año durante los cinco años siguientes. «Después del período de cinco años, no se permitirá más inmigración de judíos a menos que los árabes de Palestina estén dispuestos a consentirlo», decía el libro.

Los judíos odiaban el Libro Blanco y los árabes también. «Cualquier persona que esté al corriente de la situación actual de los judíos en el este y el centro de Europa no creará ni por un momento que dejen de venir a su patria porque una ley lo considere ilegal —dijo David Ben Gurión, director de la Agencia Judía para Palestina—. Naturalmente, los judíos que deban escoger entre la extinción total y la emigración a Palestina en condiciones calificadas de ilegales no titubearán ni un instante en su elección.»

Los árabes de Palestina odiaban el Libro Blanco porque querían que los británicos y los judíos abandonaran su país.

GANDHI RESPONDIÓ a una carta de Hayim Greenberg, director del *Jewish Frontier*, periódico sionista liberal de Nueva York. Greenberg había señalado que en Alemania un Gandhi judío duraría unos cinco minutos antes de ser ejecutado.

«Eso no refuta mis argumentos —contestó Gandhi—. Puedo comprender la necesidad de inmolar a centenares, por no decir miles, para calmar el hambre de los dictadores.» La disciplina de la no violencia —*ahimsa*— actuaba con la mayor eficacia ante la violencia extrema, dijo Gandhi: «Los que sufren no tienen por qué ver el resultado en vida».

Era el 22 de mayo de 1939.

EL PRIMER MINISTRO CHAMBERLAIN habló muy quedamente en la Cámara de los Comunes. Era el 31 de marzo de 1939.

El gobierno de Su Majestad era de la opinión de que las negociaciones libres eran la forma más acertada de zanjar diferencias, dijo Chamberlain, y el gobierno de Su Majestad creía que no había ninguna cuestión que no pudiera resolverse pacíficamente. La fuerza, o la amenaza de utilizarla, no estaba justificada. Pero si el gobierno polaco se veía obligado a defenderse de un ataque, prosiguió el primer ministro, el gobierno de Su Majestad ofrecería al gobierno polaco «todo el apoyo que estuviera en su mano».

Ferdinand Kuhn, corresponsal de *The New York Times*, quedó estupefacto. «La promesa del señor Chamberlain parecía tan amplia que dejaba sin habla», comentó. Kuhn citó a Arthur Greenwood, líder del Partido Laborista, que afirmó que la garantía de la independencia de Polonia ofrecida por Chamberlain «puede resultar la declaración más trascendental hecha en esta Cámara durante el último cuarto de siglo».

El ministro de Asuntos Exteriores polaco, Józef Beck —el líder que había

querido enviar a los judíos polacos a Madagascar— no tardó en corresponder con una promesa de ayuda militar a Inglaterra.

HABÍA LLEGADO EL DÍA, opinaba Hitler, de reclamar Polonia. El secreto era la condición previa del éxito, afirmó en una habitación llena de generales. Si Inglaterra acude en defensa de Polonia, entonces Alemania debe apoderarse de Holanda con la rapidez de un rayo. Y de Bélgica. Alemania necesitaba los campos de aviación de ambos países. Un conflicto con Inglaterra sería, dijo, una lucha a vida o muerte.

Era el 23 de mayo de 1939. Los generales de Hitler todavía eran contrarios a entrar en guerra.

«¡Alemania debe quemar sus naves!», afirmó Hitler. Se trataba de las vidas de ochenta millones de personas. La guerra podía durar diez o quince años. Los ingleses eran «orgullosos, valientes, tenaces, firmes en la resistencia y dotados para la organización». Tenían el amor a la aventura y el valor de la raza nórdica, agregó. Habían sido una potencia mundial durante trescientos años. Pero un ataque por sorpresa podía conducir a una decisión rápida. La sorpresa era el plan. Y el secreto.

LOCKHEED DEJÓ DE VENDER aviones a Japón, a petición del secretario de Estado, Cordell Hull. Sin embargo, empleados de Lockheed permanecieron en Japón para montar y probar los aviones que llegaban en cumplimiento de pedidos anteriores. Era mayo de 1939.

UN PERIODISTA REFUGIADO que se llamaba Manfred George dirigió la palabra al

Congreso de Escritores Norteamericanos en Nueva York. Era el 4 de junio de 1939.

«Nunca antes en la historia ha perdido un país prácticamente todos sus poetas, novelistas y ensayistas al mismo tiempo —dijo George—. En el plazo de un año Alemania perdió la abrumadora influencia espiritual que sus famosos pensadores y escritores habían ejercido sobre el mundo entero. Fue una especie de muerte... el cuerpo siguió donde estaba, pero el alma se extendió por todo el mundo.»

FREDERICK WINTERBOTHAM, el espía inglés, compró un avión Lockheed 14 Super Electra con cabina dotada de calefacción e instaló tres cámaras Leica debajo del suelo. Contrató a un piloto civil australiano para que sobrevolase Alemania y tomara fotografías de fábricas y aeródromos, con el fin de que la Royal Air Force pudiera hacer listas de blancos y mapas. El calor de la cabina impedía que las lentes de las cámaras se empañaran y permitía al piloto volar a gran altura. Era el verano de 1939.

UN MIEMBRO DE LA CÁMARA DE REPRESENTANTES, Caroline O'Day, intentó ponerse en comunicación con el presidente Roosevelt para preguntarle qué opinaba del proyecto de ley sobre niños refugiados, que seguía debatiéndose en el correspondiente comité. Era el 2 de junio de 1939.

La secretaria de Roosevelt pasó a este el mensaje de O'Day. El presidente escribió «Archívese FDR». Sin su apoyo, el proyecto de ley —y los niños— no tenían ninguna posibilidad.

Clarence Pickett escribió: «Me parecía que los hechos y la lógica, la elocuencia y el fervor, todo ello estaba a favor del proyecto de ley, pero los que lo apoyábamos insistimos en vano. El proyecto de ley nunca fue más allá del comité».

HITLER PIDIÓ a dos de sus ayudantes —su médico personal, Karl Brandt, y al jefe de su cancillería personal, Philipp Bouhler— que creasen un mecanismo para registrar a los niños que naciesen con espina bífida, retraso mental, malformaciones de la cabeza y otros defectos congénitos. Se enviaron formularios de registro a los hospitales. Una vez rellenos, los formularios se enviaron al número 4 de la calle Tiergarten de Berlín, que era la oficina de Bouhler. La casa, que pronto sería conocida como oficina central del programa T-4, había sido confiscada por el gobierno a su propietario, que era judío. Era el verano de 1939.

NUEVE DIRECTORES Y EDITORES DE PERIÓDICOS desembarcaron del *Yankee Clipper* en Nueva York después de un viaje a Inglaterra. Un reportero de la revista *Life* se encontraba allí para hablar con ellos. Los editores se habían entrevistado con gente poderosa —incluidos lord Beaverbrook, editor del *Daily Express*, y Neville Chamberlain, el primer ministro— y volvían tranquilizados. «Su predicción es prácticamente unánime —según *Life*—: No habrá guerra este año.» Era el 13 de julio de 1939.

CIEN BOMBARDEROS BRITÁNICOS despegaron de campos de aviación ingleses, volaron hasta Burdeos, Francia, y regresaron a sus puntos de partida. Era el 19 de julio de 1939. Al cabo de unos días otros cien aviones volaron hasta Marsella, Francia, y volvieron; luego 240 aviones volaron hasta Marsella y Burdeos y volvieron. Nunca tantos bombarderos habían volado al mismo tiempo. Inglaterra y Polonia empezaron a hablar de la posibilidad de llevar a cabo «bombardeos lanzadera»: despegar de Inglaterra, bombardear Alemania y aterrizar en Polonia,

o despegar de Polonia, bombardear Alemania y aterrizar en Inglaterra. Un portavoz del Ministerio del Aire británico anunció que Berlín estaba «a poca distancia para atacarla desde Londres».

El primer ministro, Neville Chamberlain, no quería que la Royal Air Force bombardease Alemania y no quería que la Luftwaffe bombardeara Inglaterra. Quería mantener la paz mostrando una determinación severa y combativa. Los periódicos dijeron que debía dar entrada en su gabinete a Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo. Churchill era un guerrero que sabía de bombardeos aéreos: que entre. Chamberlain no quería que Churchill entrase.

EL GENERAL EDMUND «TINY» IRONSIDE, inspector general de las Fuerzas Británicas en Ultramar, estuvo hablando con Winston Churchill hasta las cinco de la madrugada. Era el 25 de julio de 1939. Ironside acababa de regresar de Polonia, donde había visitado centros de instrucción militar y comprobado si las fuerzas polacas estaban preparadas para la guerra; un periódico alemán llamó a la visita de Ironside «consejo secreto para deliberar sobre la guerra».

Ironside escribió en su diario algunos pensamientos sobre Neville Chamberlain. «En el fondo es un pacifista —escribió Ironside—. No está contra Winston, pero considera que todavía pueden presentarse oportunidades de evitar la guerra y piensa que Winston podría tener tanta fuerza en un gabinete que le impediría actuar.»

NEVILLE CHAMBERLAIN escribió una carta a su hermana, como solía hacer para aclarar sus pensamientos. El pueblo alemán tenía celos de los judíos, dijo, porque estos eran inteligentes. «Sin duda los judíos no son gente que se haga querer —escribió—. A mí mismo no me interesan; pero eso no basta para explicar el pogromo.» Era el 30 de julio de 1939.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT quería que el mundo se enterase de cuánto poderío aéreo tenía Estados Unidos. Una flamante Fortaleza Volante B-17 voló sin escalas de Burbank, California, a Floyd Bennett Field en Brooklyn. *The New York Times* publicó una foto del avión con un gran titular que rezaba: «Enorme bombardero estadounidense tras cruzar el continente en menos de 10 horas». Era el 1 de agosto de 1939.

Al mediodía siguiente, Roosevelt dio una señal y 1.500 aviones militares despegaron de bases aéreas en todo el país. Volaron durante un rato y luego aterrizaron.

ADOLF HITLER invitó a sus comandantes militares a su casa de las montañas. Era el 22 de agosto de 1939. Göring, el maestro de ceremonias, llevaba pantalones cortos, botas con cordones, una daga en una vaina roja al cinto y una chaqueta verde con botones de cuero amarillo. Hitler vestía de pardo nazi, como de costumbre, y se encontraba de pie junto al piano de cola, sobre el que había un busto de Richard Wagner.

«Les he llamado para darles una idea de la situación política —dijo Hitler—, con el fin de que tengan una visión clara de los distintos elementos en los que he basado mi decisión y con el fin de reforzar su confianza.» Había llegado el momento de atacar Polonia, dijo. La guerra era inevitable y él era el hombre que llevaría al país a la guerra. Nunca volvería a haber un hombre dotado de más autoridad. Él no viviría eternamente. Podía ser eliminado en cualquier momento «por un criminal o un idiota». Alemania debía atacar o sería destruida. «Solo podemos resistir unos cuantos años más», dijo. Atacar era arriesgado, sí; pero Inglaterra no estaba preparada para la guerra aún. Tenía solo 150 cañones antiaéreos. En realidad no quería defender Polonia, o siquiera prestarle dinero. Y

ahora que Alemania estaba negociando un pacto con Stalin, un bloqueo inglés preocupaba menos. «Nuestros enemigos son *kleine Wurmchen* —dijo Hitler—. Les vi en Munich.» *Kleine Wurmchen* significa «gusanitos».

Göring dio las gracias a Hitler y dijo que las Fuerzas Armadas cumplirían con su deber. Se hizo una pausa para comer algo en la terraza.

Con todo, los comandantes no estaban convencidos. Hitler volvió a hablarles. Nada de echarse atrás, dijo. La paz no nos hará ningún bien. «Un porte varonil», señaló. El objetivo era la destrucción, el aniquilamiento total de Polonia. Primero Polonia, luego las potencias occidentales. «Cierren sus corazones a la piedad —dijo—. Actúen brutalmente.»

Nadie dijo no. Regresaron a sus puestos y se guardaron sus dudas. Un general opinó que la fanfarronería en el discurso de Hitler era repulsiva: «He aquí que habló un hombre que había perdido todo sentido de la responsabilidad y todo concepto claro de lo que significaba una guerra victoriosa», escribió. Hitler estaba decidido, pensó, «a dar un salto al vacío».

HITLER NO SE ENCONTRABA BIEN y sus generales se preguntaron si estaría en medio de alguna crisis mental. Era el mismísimo final de agosto de 1939. El presidente Roosevelt había hecho un llamamiento por escrito a Hitler: «Todavía pueden salvarse incontables vidas humanas», dijo Roosevelt, si Alemania y Polonia simplemente aceptaban «alguna solución pacífica». Un sueco rico, Birger Dahlerus —director gerente de la subsidiaria británica de Electrolux— transmitió a su amigo Göring un mensaje de última hora de Londres que decía que Gran Bretaña deseaba encontrar algún camino que llevase a la paz. Göring despertó a Hitler y Hitler se entrevistó con Dahlerus. Hitler se puso a andar de arriba abajo de una manera que a Dahlerus se le antojó «anormal». A veces miraba fijamente, a veces parecía estar dirigiendo la palabra a una concentración política. «Construiré submarinos, construiré submarinos, construiré submarinos

—dijo Hitler—. Construiré aviones, construiré aviones, construiré aviones, y destruiré a mis enemigos.» Luego se calmó. Hitler y Dahlerus elaboraron una propuesta en la cual Alemania recibía algo, Polonia recibía algo y Alemania «prometía defender el Imperio británico».

A Inglaterra no le interesó. Dahlerus era «una avispa en una merienda campestre», escribió Alexander Cadogan, el subsecretario permanente, en su diario. «Pasó la mayor parte del martes con Göring y Hitler, pero sus “condiciones” eran las que cabía esperar: darnos carta blanca en el centro y el este de Europa y garantizaremos el Imperio británico.»

Mientras tanto, otro intermediario, Neville Henderson, también estaba negociando para evitar una guerra. Hitler gritó a Henderson, Henderson gritó a Hitler. El 29 de agosto, uno de los ayudantes de Hitler dijo que el Führer estaba «inimaginablemente nervioso, tenso y cortante».

VICTOR KLEMPERER, maestro jubilado de Dresde, trataba de hacer progresos en la autobiografía que estaba escribiendo. Era el 29 de agosto de 1939.

Klemperer quería escribir sobre su época de estudiante en la Sorbona de París en 1904, pero no podía. «Estos últimos días han afectado demasiado mis nervios, y siguen afectándolos», escribió. ¿Habría un pogromo sangriento en cuanto empezase la guerra? «El peligro que corren todos los judíos de aquí es incalculable», presintió. Su amigo Morál, que vivía en Berlín, acababa de visitarle. «Cree que la guerra va a estallar de un momento a otro y que entonces le matarán a tiros, tal vez no en algún pogromo desenfrenado sino de la forma apropiada, después de detenerle y ponerle contra la pared de un cuartel.»

NADIE SABÍA qué haría Hitler a continuación. Siguió meditando en solitario después de que se marchara Neville Henderson, según un informante del *Herald*

Tribune de Nueva York. «Durante casi dos horas permaneció absolutamente solo, tratando de decidir su futura actuación —escribió el reportero—. Sus colaboradores casi han llegado al límite de sus fuerzas. Noche tras noche desde que llegó a la Cancillería esta noche hace una semana, Hitler ha estado trabajando hasta las cuatro de la madrugada.»

ULRICH VON HASSELL, el ex embajador alemán en Italia, escribió: «En lo que a mí respecta, lo más importante es evitar una guerra mundial». Era el 31 de agosto de 1939.

Hitler y Ribbentrop, el ministro de Asuntos Exteriores, habían alcanzado un estado de «temeridad criminal», opinaba Von Hassell. Estaban obsesionados con la devolución de Danzig, la ciudad portuaria alemana que Polonia se había anexionado a resultas del Tratado de Versalles. «¿Debemos realmente precipitarnos en el abismo por culpa de dos locos?», preguntó.

Von Hassell hizo una última serie de llamadas y visitas —a la hermana de Göring, a Göring mismo, a Neville Henderson, al secretario de Estado, Ernest von Veizsäcker, luego nuevamente a Henderson y después a Bernardo Attolico, el embajador italiano— en su intento de aclarar malentendidos y de evitar la ruptura entre las partes. En un momento dado pareció que todo dependía de lograr que el embajador polaco, Josef Lipski, hablara con Ribbentrop. Pero cuando el embajador polaco finalmente hizo acto de presencia, a primera hora de la tarde, la parte alemana no quiso recibirle.

Attolico llamó al conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini, para decirle que la situación era desesperada; si no se hacía alguna nueva gestión diplomática la guerra era inevitable. Ciano llamó a lord Halifax y le preguntó si los alemanes podían recuperar Danzig. Halifax consultó con el gabinete y llamó a Ciano para decirle que no. «El cielo está cada vez más oscuro», escribió Ciano.

William Shirer, el corresponsal de la CBS en Berlín, se sentía desconcertado.

«Todos están contra la guerra —escribió en su diario—. ¿Cómo puede un país embarcarse en una guerra importante cuando su población se opone tanto a ella?»

ALGUNOS HOMBRES DE LAS SS DE HIMMLER, haciéndose pasar por partisanos polacos, entraron en una emisora de radio alemana en la población fronteriza de Gleiwitz. Metieron a los empleados en el sótano e interrumpieron la emisión para decir cosas subversivas en polaco al tiempo que disparaban sus armas. Para aumentar la impresión de autenticidad, dejaron algunos cadáveres al irse. Alemania, pues, había sido atacada.

«Para poner fin a estas incitaciones insensatas no me queda nada que hacer salvo responder a la fuerza con la fuerza a partir de ahora», dijo Hitler al Ejército.

Göring dijo: «Las Fuerzas Aéreas alemanas están hoy preparadas para cumplir las órdenes del Führer». Ordenó que mil aviones se dirigiesen a Polonia. Había cazabombarderos sobre Danzig. Era el 1 de septiembre de 1939.

William Bullit, el embajador norteamericano en Francia, llamó al presidente Roosevelt y le dijo que varias ciudades polacas estaban siendo atacadas. Roosevelt, al mirar el reloj y observar que era poco más de las tres de la madrugada, tuvo la extraña sensación de haber pasado por todo aquello antes. Recordó los días en que era el subsecretario de la Armada bajo el presidente Wilson: las llamadas telefónicas urgentes que recibía cuando ya se había acostado. «*Realmente* había pasado por todo ello —se dio cuenta Roosevelt—. No era nada extraño para mí, era más como reanudar una tarea interrumpida.»

STEFAN ZWEIG, el escritor que tenía gran éxito de ventas, se encontraba en la oficina del Registro Civil de Bath, Inglaterra, rellenando unos formularios para

poder casarse con la que iba a ser su segunda esposa. Un funcionario entró corriendo. «Los alemanes han invadido Polonia —dijo el hombre—. ¡Es la guerra!»

Zweig respondió: «Eso no significa forzosamente la guerra».

El hombre discrepó. «¡Ya estamos hartos! ¡No podemos permitir que empiecen cosas así cada seis meses! ¡Tenemos que acabar con esto!»

EL PRESIDENTE ROOSEVELT envió una carta de dos párrafos a los gobiernos de Alemania, Polonia, Italia, Francia e Inglaterra. Era el 1 de septiembre de 1939.

El despiadado bombardeo desde el aire a civiles en centros de población no fortificados en el transcurso de las hostilidades que han asolado diversas partes de la Tierra durante los últimos años, y que ha causado la mutilación y la muerte de miles de hombres, mujeres y niños indefensos, ha llenado de asco los corazones de todos los hombres y mujeres civilizados y ha sacudido profundamente la conciencia de la humanidad.

Si se recurre a esta forma de barbarie inhumana durante el período de trágica conflagración que el mundo afronta ahora, centenares de miles de seres humanos inocentes que no son responsables de las hostilidades que ahora han estallado, y que ni siquiera remotamente participan en ellas, perderán la vida. Por tanto, dirijo este llamamiento urgente a todos los gobiernos que puedan tomar parte en las hostilidades para que afirmen públicamente su determinación de que sus Fuerzas Armadas en ningún caso y en ninguna circunstancia bombardearán desde el aire poblaciones civiles o ciudades no fortificadas, en el bien entendido de que estas mismas reglas de guerra serán respetadas escrupulosamente por todos sus adversarios.

Roosevelt solicitó respuesta inmediata.

LOS NIÑOS TENÍAN QUE IRSE, por su seguridad. «En el superpoblado East End de Londres, en el corazón del barrio judío, el corresponsal vio cómo 180 niños con cara de sueño, de entre tres y trece años de edad, se reunían en la escuela de Myrdle Street para ser evacuados», publicó el *Herald Tribune*. Cada niño tenía una careta antigás, algunas prendas de vestir y alimentos, y llevaba al cuello una

etiqueta con una dirección. Padres y abuelos estaban presentes para despedirse con lágrimas en los ojos. «Entre los niños había una niña de seis años que no hablaba ni una palabra de inglés. Era una refugiada alemana que había llegado ayer y doce horas después volvía a ponerse en marcha», decía el periódico.

Herbert Morrison, jefe del Comité de Precauciones Contra los Ataques Aéreos, dijo: «Meted vuestros problemas en vuestro viejo petate y sonreíd, sonreíd, sonreíd». Era el 1 de septiembre de 1939.

EN EL TEATRO DE LA ÓPERA KROLL, donde se reunía el Reichstag, a las diez de la mañana, Hitler pronunció un discurso de guerra o, mejor dicho, un discurso sobre la guerra como suicidio. Empezó denunciando el Tratado de Versalles, que ahora resultaba «absolutamente intolerable». «¡Danzig era y es una ciudad alemana!», dijo. Alemania era víctima de un ataque polaco: «¡Desde las 5.45 de la mañana hemos estado devolviendo el fuego! —afirmó—. Quienquiera que no haga caso de las reglas de la guerra humanitaria no puede más que esperar que nosotros hagamos lo mismo».

Hitler estaba dispuesto a hacer el sacrificio supremo por Alemania, dijo a sus diputados. Su voz tenía un sonido extraño. Si a él le ocurría algo, Göring le sucedería y si a Göring le ocurría algo, entonces Rudolf Hess asumiría el mando. Si Hess moría... en tal caso el Senado escogería a alguien respetable. Él, el Führer, nunca se daría por vencido. Federico el Grande se había enfrentado a una poderosa alianza de naciones. Había triunfado sobre ellas porque tenía fe.

Fue un discurso flojo, escribió Ulrich von Hassell. Joe Barnes, el corresponsal del *Herald Tribune*, señaló que la multitud que esperó para ver a Hitler cuando volvió a la Cancillería después del acto era «sorprendentemente pequeña». «Los alemanes jóvenes gritaron “Sieg heil!” —escribió Barnes—. Otros permanecieron callados e inexpresivos.»

Después del discurso, Hitler sostuvo otra conversación con Dahlerus. Iba a

exterminar a los polacos, dijo, pero seguía estando dispuesto a negociar con los británicos si estos querían. El aliento de Hitler hizo retroceder a Dahlerus.

«Al ponerse el sol —escribió Joe Barnes en Berlín— sonaron las sirenas de alarma antiaérea... un sonido prolongado y plañidero, inventado especialmente para el fin del mundo. Todo el mundo echó a correr para ponerse a cubierto como hormigas cuyo hormiguero se viene abajo.» Pero no apareció ningún avión.

Los aviones vendrían algún día, pensó William Shirer, y entonces, dijo, él se «encontraría en la situación en modo alguno agradable de esperar que bombardeasen de lo lindo esta ciudad sin alcanzarme a mí».

Era el 1 de septiembre de 1939.

CHRISTOPHER ISHERWOOD se hallaba en la sala de estar con su amigo Vernon, escuchando la radio. «Era como si ninguno de nosotros estuviese presente. La sala de estar parecía absolutamente vacía, sin nada en ella excepto la voz del locutor. No había miedo, ni desesperanza, ninguna sensación en absoluto. Solo la nada.»

INGLATERRA Y FRANCIA dieron a conocer su respuesta al llamamiento de Roosevelt sobre los bombardeos. Era el 2 de septiembre de 1939. Prometieron «conducir las hostilidades con el firme deseo de no causar daño a la población civil y hacer todo lo posible para preservar los monumentos del esfuerzo humano que se guardan como tesoros en todos los países civilizados», afirmaba la declaración conjunta.

Había un pero, sin embargo. Si Alemania bombardeaba a civiles o destruía tesoros de la cultura, el pacto quedaría anulado. Entonces Inglaterra y Francia «tomarían las medidas que considerasen apropiadas».

Hitler escribió a Roosevelt: «Estoy de acuerdo con su propuesta, con la condición, por supuesto, de que el enemigo acate las mismas reglas».

AQUEL DÍA, cerca de la playa de Tel-Aviv, más de mil refugiados judíos trataban de alcanzar la costa. Habían llegado en un barco viejo, el *Tiger Hill*. Con el objeto de hacer que se respetaran las prohibiciones del Libro Blanco, una patrullera británica dispuesta disparó contra los refugiados para obligarles a retroceder. Dos de ellos resultaron muertos. Del resto, algunos lograron llegar a tierra y se mezclaron con la población judía, y otros fueron internados en un campo de detención británico.

NEVILLE CHAMBERLAIN dijo a la Cámara de los Comunes que Inglaterra estaba oficialmente en guerra con Alemania. «Es un día triste para todos nosotros, pero para nadie es más triste que para mí —afirmó Chamberlain—. Todo aquello por lo que he trabajado, todas mis esperanzas, todo aquello en lo que he creído durante mi vida pública ha quedado reducido a ruinas.» Era el 3 de septiembre de 1939.

Churchill, mientras le escuchaba, no estaba triste ni mucho menos. Experimentó, escribiría más tarde, una sensación de serenidad elevada y un distanciamiento de los asuntos humanos. «La gloria de la Vieja Inglaterra, pese a ser amante de la paz y estar mal preparada, pero dispuesta a responder enseguida y sin temor a la llamada del honor, conmovió mi ser y pareció elevar nuestro destino a aquellas esferas muy alejadas de los hechos terrenales y las sensaciones físicas», escribió.

En Berlín, varias personas agrupadas cerca de los altavoces instalados en la Wilhelmplatz recibieron la noticia en silencio. «No se oía ni un murmullo —escribió William Shirer—. Se limitaron a seguir donde estaban antes.

Aturdidas.» Era un día templado y soleado, el comienzo de la Segunda Guerra Mundial.

La revista *Life* dijo: «El segundo Armagedón ha empezado».

DUNCAN SANDYS, diputado conservador británico, escribió una larga carta de felicitación a su suegro, Winston Churchill, que acababa de ser nombrado primer lord del Almirantazgo otra vez. Gente de miras estrechas y mediocre había mantenido a Churchill alejado del poder, escribió Sandys, y Europa se había visto arrastrada a una catástrofe. «Usted hubiera salvado al mundo de todo esto, pero no se lo permitieron.»

Era el 3 de septiembre de 1939.

En el despacho del Almirantazgo aquella noche, Churchill se sentó en su vieja silla. En un estuche de madera para mapas que había detrás de un sofá encontró la carta del mar del Norte que había usado para planear batallas y bloqueos durante la última guerra. La flota británica recibió una señal: WINSTON HA VUELTO.

LOS BRITÁNICOS, tras acordar que no bombardearían a civiles y monumentos culturales, instituyeron inmediatamente un bloqueo por hambre y lanzaron octavillas propagandísticas de tono amenazador. Los alemanes hundieron un barco de gran calado que transportaba pasajeros, el *Athenia*.

Horas después de la declaración de guerra de Chamberlain, un buque de guerra británico, el *Ajax*, que patrullaba por las aguas cercanas a Uruguay, dio alcance al *Olinda*, un carguero alemán que acababa de zarpar de Montevideo por cuenta de la Hamburg-American Line. Oficiales británicos subieron a bordo del *Olinda* y pidieron al capitán y la tripulación que liaran el petate y embarcasen en las lanchas salvavidas. Luego los británicos dispararon contra el barco alemán,

que llevaba un cargamento de cereales y carne enlatada, y lo hundieron. No hubo ningún muerto.

En el Atlántico Norte, el comandante de un submarino, Fritz Julius Lemp, recibió una orden: «No esperen a ser atacados. Hagan la guerra contra los barcos mercantes de acuerdo con las órdenes operacionales». Al ponerse el sol, vio un barco a lo lejos y quiso destruirlo. Era muy grande, no llevaba ninguna luz encendida, navegaba en zigzag y parecía enemigo. El submarino disparó algunos torpedos contra él.

En el *Athenia*, que navegaba de Liverpool a Montreal con mil cuatrocientas personas hacinadas a bordo —canadienses, norteamericanos y refugiados judíos alemanes— se produjo una enorme explosión. Más de cien pasajeros y tripulantes volaron por los aires, murieron aplastados o se ahogaron.

AQUELLA NOCHE, seis millones de octavillas cayeron sobre el norte y el oeste de Alemania:

ADVERTENCIA DE GRAN BRETAÑA AL PUEBLO ALEMÁN

«Con fría premeditación el gobierno del Reich ha obligado a Gran Bretaña a entrar en guerra —decían las octavillas—. El presidente Roosevelt os ofreció paz con honor. En vez de ello, vuestro gobierno os ha condenado al asesinato en masa, el sufrimiento y las privaciones de una guerra que ni siquiera podéis albergar la esperanza de ganar.» La censura tenía el espíritu del pueblo alemán encerrado en un campo de concentración, decían las octavillas. Alemania estaba al borde de la bancarrota. «Vosotros, el pueblo alemán, tenéis derecho a insistir en la paz, en cualquier y todo momento. Nosotros también deseamos la paz y estamos dispuestos a hacerla con cualquier gobierno alemán sinceramente

pacífico.» Algunos aviones se equivocaron y en vez de arrojar las octavillas sobre Alemania las arrojaron sobre Holanda.

John Gunther, corresponsal de guerra norteamericano, preguntó al Ministerio de Información británico qué decían las octavillas. «No estamos autorizados a revelar información que podría ser valiosa para el enemigo», contestó el ministro de Información. Gunther comentó que millones de octavillas habían caído sobre Holanda. El ministro parpadeó. «Sí, algo debe de haber salido mal», dijo.

AL DÍA SIGUIENTE, los británicos enviaron veintinueve aviones en una misión de bombardeo diurno, pese a que hacía mal tiempo. Su blanco eran buques de guerra alemanes cerca de la ciudad de Wilhelmshaven, en la costa del mar del Norte. «Nuestros aviadores *dicen* que bombardearon buques en Wilhelmshaven anoche —escribió el subsecretario Cadogan—. Pero ¿cómo sabían que estaban allí?»

En realidad, algunas de las bombas destinadas a Alemania cayeron sobre la población danesa de Esbjerg. Una bomba cayó en el puerto, una estalló en un patio, una destruyó una casa de pisos y una cayó en un campo cerca del aeropuerto. En la casa de pisos murió una mujer que estaba preparando la cena. Quince personas resultaron heridas. Los alemanes derribaron siete aviones.

Durante la noche siguiente, la Royal Air Force arrojó otros tres millones de octavillas; más cayeron la noche siguiente. Estas decían:

No olvidéis que Inglaterra, cuando la obligan a luchar, termina venciendo. Los nervios de Inglaterra son buenos y sus recursos son muchos.

El nombre en clave del bombardeo con octavillas era Nickel. Arthur Harris, el comandante de la Royal Air Force, comentó que Nickel dio a los alemanes papel higiénico gratis para el resto de la guerra.

Centenares de miles de octavillas cayeron sobre Dinamarca por error. Los

daneses estaban pensando en pintar su bandera en los tejados e iluminar la frontera.

EL GOBIERNO FRANCÉS empezó a llevar a cabo redadas de ciudadanos alemanes. «Los alemanes no pueden salir de sus domicilios excepto para ir a campos de concentración —informó la Associated Press desde París—; llevando consigo víveres para dos días, cuchillos, tenedores y ropa interior.» Era el 6 de septiembre de 1939.

Alrededor de quince mil alemanes fueron enviados a campos de concentración franceses durante las primeras semanas de la guerra, calculó más tarde un cooperante. Unos nueve mil de ellos eran refugiados judíos; la mayor parte del resto eran enemigos liberales del régimen de Hitler. Debido a que entre ellos podía haber espías, sabotadores o propagandistas, todos fueron internados.

OTTO TOLISCHUS, reportero de *The New York Times*, dijo que los alemanes estaban «aplastando a Polonia como un huevo pasado por agua». Varsovia resistía, sin embargo. Los alemanes arrojaron octavillas que instaban a la ciudad a rendirse y prometían que a los oficiales que se entregaran se les permitiría conservar la espada. Los diplomáticos aprovecharon un tregua para abandonar apresuradamente la ciudad. Al no aparecer ninguna bandera blanca, la Luftwaffe redobló sus ataques. Las bombas arrancaron un costado de una casa de pisos. Las calles estaban cubiertas por una capa de casi tres centímetros de cristales rotos. Sonia Tomara, que escribía para el *Herald Tribune*, habló con un anciano en una colonia obrera: «He perdido a mi esposa y mis dos hijos», dijo el anciano, llorando. El bombardeo parecía indiscriminado, escribió Tomara. En un campo contó veintiún cráteres de bomba.

En Varsovia, la plaza de la ciudad vieja, el castillo real y la estación de

ferrocarril fueron alcanzados: «El gran techo se abrió como la piel de un melón maduro —escribió un periodista italiano—, y de él, lanzados al aire por la explosión, salieron fragmentos de hierro y acero, trozos de locomotoras y vagones».

EL GENERAL HALDER dijo a uno de sus subordinados, el general Helmuth Groscurth, que Hitler y Göring se proponían «destruir y exterminar al pueblo polaco». Groscurth tomó nota de ello en su diario el 9 de septiembre de 1939.

HERMANN GÖRING se encontraba en una fábrica de municiones, vestido con una chaqueta blanca y subido a un podio de estilo clásico. El podio estaba rodeado de plantas y a un lado había varios cañones enormes. Ante Göring había una multitud de obreros con los brazos alzados como cañones antiaéreos para hacer el saludo hitleriano. Era el 9 de septiembre de 1939.

«Usted nos declaró la guerra, señor Chamberlain, y no nosotros a usted», dijo Göring. Alemania tenía una «profunda voluntad de paz», afirmó, pero no podía renunciar al Führer, tal como exigían los británicos. «Nuestro amor y veneración por el Führer es algo que usted no puede entender porque no existe en su país.»

Göring también habló de las octavillas de propaganda británicas, a las que calificó de «hojas risibles». «Puede que Chamberlain sepa algo de paraguas —dijo—, pero no sabe nada de propaganda alemana.» Era cierto que las octavillas estaban escritas en correcto alemán. Echó la culpa de ello a expatriados, judíos y «otros canallas».

EDWARD R. MURROW, el periodista radiofónico norteamericano, almorzó en el

Savoy Grill de Londres. Era el 9 de septiembre de 1939.

Murrow habló con el director general del Ministerio de Economía de Guerra, sir Frederick Leith Ross. «Su trabajo consiste en hacer pasar hambre a los alemanes, empleando para ello cualquier medio conocido; a todos ellos, hombres, mujeres y niños —dijo Murrow a sus oyentes aquella noche—. La suya es una misión importante. Se espera de él que la cumpla bien.»

El Ministerio de Economía de Guerra era el encargado de formular la política de bloqueo, pero Winston Churchill, en su condición de lord del Almirantazgo, era el encargado de llevarla a cabo. «El bloqueo se impuso con todo rigor —escribió más adelante—. El Almirantazgo controló su ejecución.»

LA GUERRA empezaba a decepcionar a algunas personas. Tanto Berlín como Londres seguían intactas, sin haber sido gaseadas. Mollie Panter-Downs, la corresponsal de *The New Yorker* en Inglaterra, escribió: «En estos momentos el público se siente como el niño que se mete los dedos en los oídos el Cuatro de Julio y se encuentra con que, después de todo, el petardo no ha hecho explosión». Era el 10 de septiembre de 1939.

EL CONDE CIANO hizo otro intento de mediación en busca de la paz. Habló con Percy Loraine, el embajador británico en Italia. Loraine envió un telegrama a lord Halifax y este lo mencionó en una reunión del Gabinete de Guerra. Churchill, que ahora formaba parte de dicho gabinete, puso fin a estos intentos de negociación. «Loraine no parece comprender nuestra determinación», escribió a Halifax; había que alentar al embajador en Italia a mostrar una «actitud más enérgica». Pasara lo que pasase en Polonia, Inglaterra seguiría luchando hasta alcanzar la victoria. «Si Ciano se da cuenta de que nuestro

propósito es inflexible, será menos probable que juegue con la idea de una mediación italiana», dijo. Era el 10 de septiembre de 1939.

MARY TAYLOR, una mujer de Liverpool, anduvo hasta Londres portando una pancarta que rezaba: «POR EL BIEN DE LOS NIÑOS DE TODO EL MUNDO, PIDO A LOS HOMBRES QUE DETENGAN ESTA GUERRA». Era septiembre de 1939.

HITLER TENÍA UNO de sus ataques de furia. Era el 19 de septiembre de 1939. Los ingleses habían rechazado lo que llamaban su «ofensiva de paz» —ninguna paz sería posible hasta que él se fuera, habían dicho— y los polacos oponían tenaz resistencia a su ejército. Hitler había planeado pronunciar un discurso triunfal en Varsovia, pero Varsovia aún no había caído, de modo que tuvo que contentarse con hablar en el ayuntamiento de Danzig, mientras los cañones seguían tronando en Gdynia. «No tengo nada contra Inglaterra ni contra Francia, ni lo ha tenido la nación alemana desde que asumí el poder —dijo Hitler—. Lo único que me he propuesto es ganarme la amistad sincera del pueblo británico.» Inglaterra estaba sacrificando las bendiciones de la paz por culpa de un «puñado de belicistas fanáticos», dijo.

Al salir del ayuntamiento, Hitler se rozó con William Shirer; Himmler y los demás salieron tras él. No habían tenido tiempo de afeitarse, observó Shirer, y parecían, dijo, «una banda de gánsteres de Chicago».

VICTOR KLEMPERER escuchó el discurso de Hitler transmitido por un altavoz.

«Parte de él era muy eficaz desde el punto de vista retórico», pensó. Pero anunciaba una guerra larga. En su biblioteca retiraron todos los libros ingleses.

El corazón de Klemperer estaba inquieto. «Sucederá una de dos cosas — predijo—: O bien Hitler firmará una paz victoriosa dentro de una semana, y entonces pereceremos todos, o en realidad la guerra no ha hecho más que empezar y durará mucho tiempo, y en ese caso también pereceremos.»

HAROLD NICOLSON, el subsecretario de Información, estaba escuchando a Lloyd George, ex primer ministro de Inglaterra, que hablaba de las probabilidades que tenía Gran Bretaña de ganar la guerra. Lloyd George estaba «francamente aterrado», escribió Nicolson en su diario.

Horas después, en el Parlamento, Chamberlain hizo su declaración semanal. Nicolson contó diez diputados que estaban dormidos. «Hubiera podido ser el secretario de una empresa de pompas fúnebres leyendo las actas de la última reunión», escribió Nicolson. Aquella noche, Nicolson y Guy Burgess cenaron en el Savoy Grill con un diputado conservador, Ronald Cartland. Cartland se mostró muy pesimista. «Dice —escribió Nicolson—, que andamos cortísimos de municiones en todas las ramas de las Fuerzas Armadas, que, de hecho, no tenemos Ejército, Armada ni Fuerzas Aéreas y que deberíamos firmar la paz enseguida.» Era el 20 de septiembre de 1939.

EN DANZIG, Hitler dijo: «Todas las partes del Reich están ahora completas». Volvió a hacer un ofrecimiento de paz. William Shirer lo explicó por CBS Radio: «La paz que Hitler ofrece a Gran Bretaña y Francia viene a ser algo así como: “Dejad de combatir, conservad vuestros imperios, nosotros no os molestaremos. En cuanto al este de Europa, todos los países pequeños que hay en lo que en otro tiempo fue Polonia, pues eso es asunto de Alemania y Rusia. No os metáis en

ello. La paz basada en eso es posible. Nosotros la queremos, esperamos que vosotros también. Pero si no es así, si queréis continuar la guerra, no penséis que los alemanes vamos a quedarnos sentados y a pasar hambre y a arruinarnos por culpa del bloqueo. Pasaremos a la ofensiva y tendremos el respaldo de Rusia”». Era el 29 de septiembre de 1939.

«No puede haber paz alguna con Hitler porque no puede haber paz alguna con Hitler», publicó en un artículo de fondo el *Times* de Londres.

Dos días después, el *Völkischer Beobachter* publicó en primera plana un artículo de fondo que decía: «El pueblo quiere la paz».

CHRISTOPHER ISHERWOOD escribió en su diario que había transcurrido un mes desde que empezara la guerra. «Uno mira hacia el futuro e imagina una guerra como acontecimiento único, definitivo, absoluto —escribió—. No es nada de eso. La guerra es una circunstancia, igual que la paz, con días buenos y días malos, momentos de optimismo y de desesperanza.»

La radio de Isherwood estaba encendida todo el día; le estaba volviendo loco. Odiaba especialmente a los corresponsales en Europa, que transmitían color local: «El cielo de París es azul. Las hojas del Bois se están amarilleando. Una alondra canta en Montmartre». Dijo: «Me hacen sentir lo que deben de sentir algunos vagabundos cuando un miembro del Ejército de Salvación te obliga a tomar himnos con la sopa».

EN EL CARLTON GRILL, Harold Nicolson estaba hablando con un atildado aristócrata suizo que había conocido superficialmente a Hitler. Era el 3 de octubre de 1939. El aristócrata, Burckhardt, imitó la forma en que Hitler agitaba las manos. «Dice que Hitler es el hombre más profundamente femenino que jamás ha conocido y que hay momentos en que se vuelve casi afeminado —

escribió Nicolson—. Dice que Hitler tiene una doble personalidad; que la primera es la de un artista bastante amable y la segunda, la de un maniaco homicida.»

Burckhardt comentó que una vez había oído decir a Hitler: «Lamento mucho no haber conocido nunca a un inglés que hablara alemán lo suficientemente bien para que me sintiera a gusto con él».

VARSOVIA DEJÓ DE LUCHAR. Una iglesia había resultado alcanzada durante la misa; muchos fieles murieron cuando estaban rezando, dijo un locutor de radio. Un hospital bombardeado «se convirtió en la sepultura de centenares de heridos, entre soldados, mujeres y niños».

Hitler se reunió con un grupo de reporteros en el aeropuerto: «Señores, han visto ustedes las ruinas de Varsovia —dijo—. Que sirvan de advertencia a los estadistas de Londres y París que todavía piensan en continuar esta guerra».

Millones de judíos vivían en Polonia, muchos de ascendencia rusa que habían sido enviados más allá del Distrito de Colonización durante las persecuciones zaristas. «Más allá del Distrito de Colonización» significaba Polonia, Lituania y Ucrania. El Tercer Reich, fundado en el odio a los judíos, acababa de quintuplicar su población judía.

Empezaron las detenciones. Adam Zamenhof, director de un hospital judío, desapareció. Su padre era el hombre que había inventado el esperanto. Él, Adam, había creado un método para detectar puntos ciegos en el campo visual humano.

LLOYD GEORGE se puso en pie en la Cámara de los Comunes. Era el 3 de octubre de 1939.

«Está muy claro, a juzgar por lo que ha aparecido en la prensa —dijo el ex primer ministro— que se ha hablado entre las partes interesadas, Rusia,

Alemania e Italia, de condiciones de paz más detalladas.» Se preguntó si el Parlamento no podría celebrar sesiones secretas para hablar de las posibles propuestas; era, añadió, muy importante no apresurarse a rechazarlas. «Pongamos atención en lo que hacemos porque estamos entrando en algo que afecta a toda la vida de este imperio y a todo el futuro de nuestro pueblo.»

VERA BRITAIN, novelista británica, envió el anuncio de un boletín informativo semanal que iba a escribir y se titularía *Letter to Peace Lovers*. «Quiero examinar repetidamente las consignas populares y las imágenes de odio por medio de las cuales excitamos mutuamente nuestras emociones», dijo. Citó una frase que un novelista noruego, Johan Bojer, escribió durante la Primera Guerra Mundial: «Fui y sembré trigo en el campo de mi enemigo para que Dios pudiese existir».

Mil personas se subscribieron a los boletines de Britain. Era el 4 de octubre de 1939.

HITLER HABLÓ por radio al mediodía desde el Teatro de la Ópera Kroll y expuso su ofrecimiento de paz más detalladamente. Quería que las cuatro potencias celebrasen una conferencia. Estaba dispuesto a devolver parte de Polonia, pero no las partes alemana y rusa. Se brindó a tratar de encontrar, por medio de conversaciones con las otras potencias, «una solución del problema judío». Pero, advirtió, si la facción churchilliana prevalecía en Inglaterra, Alemania lucharía. «En el transcurso de la historia —dijo—, nunca ha habido dos vencedores, sino muy a menudo solo perdedores.»

John Colville, secretario de Chamberlain, escribió en su diario sobre la propuesta de Hitler: «De forma bastante sorprendente no nos amenazó con la destrucción del modo más horrible; pero las condiciones que ofreció son, como

era de esperar, inaceptables para todos salvo para algunos intelectuales aquejados de senilidad como Bernard Shaw».

Shaw había escrito en el *New Statesman*: «¿Qué demonios pasa ahora que hemos dejado que se nos fuera Polonia?». Abolir el hitlerismo, en su opinión, era un objetivo de guerra tan absurdo como abolir el churchillismo. «Aunque podemos matar con facilidad a cien mil alemanes del todo inocentes, hombres, mujeres y niños, en nuestro empeño en atacar a Herr Hitler, finalmente no lograríamos lincharle.»

MILTON MAYER, ayudante del rector de la Universidad de Chicago, publicó un artículo en *The Saturday Evening Post*. Era el 7 de octubre de 1939. El artículo se titulaba «I Think I'll Sit This One Out» («Me parece que dejaré pasar esta»).

Todos los amigos de Mayer que antes eran pacifistas se habían convertido en intervencionistas entusiastas, dijo; pero no era este el caso de Mayer. «Tomo la decisión de oponerme a esta guerra, oponerme a ella ahora y cuando Estados Unidos entre en ella —dijo—, y tomo esa decisión a pesar del horror que me inspira “el maníaco de Berchtesgaden” y de la nula inclinación que siento a erigirme en mártir de mis ideales.»

¿Quién era este Hitler, en todo caso?, preguntó Mayer.

Un hombre que, como todos los demás, es capaz de actuar como un hombre; pero un hombre insensibilizado, como puede que lleguemos a estarlo todos los demás, por la guerra y la pobreza que la guerra causa y la degradación animal de la guerra; un hombre, en resumen, que se comporta como un animal.

No era a Hitler a quien teníamos que combatir, sino al fascismo, y no podíamos combatir al fascismo actuando como animales: la única manera en que podíamos combatirlo era tratando de seguir siendo humanos. «La guerra es a la vez la esencia y el apoteosis, el principio y el triunfo del fascismo —escribió Mayer—. Me considero un hombre corriente y me pregunto qué le sucederá a mi

humanidad cuando me contraten, como dice Swift, para matar a sangre fría a tantos seres como sea posible de mi propia especie, seres que nunca me han ofendido.»

Mayer recordaba lo que había dicho el presidente Wilson: «No tenemos nada contra el pueblo alemán». «Pero fue el pueblo alemán contra el que disparamos —prosiguió Mayer—, y las fuerzas contra las que realmente teníamos algo crecieron y se enconaron, y se enconaron y crecieron, hasta que dieron por resultado el hitlerismo. Y ahora nos piden que volvamos a disparar contra el pueblo alemán.»

Mayer dijo: «No puedo quitarme de la cabeza que si Hitler amenaza a Estados Unidos hoy no es porque ganara la última guerra, sino porque la perdió».

JOSEPH GOEBBELS habló con Hitler, que estaba esperando una respuesta de Chamberlain. «El Führer todavía no tiene una idea clara de lo que piensa hacer Inglaterra —escribió Goebbels en su diario—. En todo caso, son los ingleses quienes deben decidir si la guerra ha de continuar.» Era el 11 de octubre de 1939.

Al día siguiente, Goebbels leyó a Hitler una traducción del reciente artículo de Bernard Shaw. «Hitler ríe hasta que se le saltan las lágrimas», escribió Goebbels.

LA RESPUESTA DE CHAMBERLAIN llegó finalmente aquel mismo día. El canciller de Alemania, dijo Chamberlain —de pie en postura rígida en la Cámara de los Comunes—, exigía que Inglaterra reconociese sus conquistas y ratificase sus métodos: «Sería imposible que Gran Bretaña aceptara una base semejante sin perder su honor y abandonar su afirmación de que las disputas internacionales debían resolverse hablando y no recurriendo a la fuerza». La insólita nota de desafío de Chamberlain arrancó, según el *Times*, «vítores intensos y prolongados». Era el 12 de octubre de 1939.

George Lansbury, anciano líder laborista de los pacifistas británicos, se levantó para impugnar el rechazo de Chamberlain al ofrecimiento de Hitler. Lansbury dijo que estaba tan horrorizado como cualquiera ante las agresiones y matanzas perpetradas por los alemanes, pero que no veía cómo más matanzas repararían los horrores que ya se habían cometido. Esperaba que el presidente Roosevelt convocase una reunión en la cumbre, lo cual era algo que Roosevelt no tenía ningún interés en hacer.

Hitler estudió el discurso de Chamberlain durante tres horas y luego dijo a Goebbels que preparase a la prensa para un ataque fuerte. «Ya iba siendo hora —dijo Goebbels—. No podemos seguir tolerando su insolencia.»

VICTOR KLEMPERER ESTABA HACIENDO LA COMPRA. «En la pescadería, la pastelería, etc. a menudo sustituyen el género por un retrato del Führer con tela de bandera y victoria verde», escribió en su diario. Pero aún no había verdaderas escaseces, como en 1917 y 1918. «Por otro lado, parece que Inglaterra y Francia creen en las perspectivas de una guerra larga, ya que, al parecer, el ofrecimiento de paz ha sido rechazado.» Era el 12 de octubre de 1939.

VERA BRITTAIN envió su primera *Letter to Peace Lovers*. En ella escribió sobre una carta abierta que ella y otras escritoras habían enviado recientemente al primer ministro para pedirle que no bombardease ciudades alemanas. «La intención declarada del propio gobierno de ganarse las simpatías del pueblo alemán fracasaría por culpa de este método terrible», escribió en su boletín. Aunque Alemania bombardease ciudades inglesas, Inglaterra debía negarse a tomar represalias: «No nos serviría de nada que mujeres y niños alemanes participaran en nuestro sufrimiento». Mandó copias de la carta a todos los periódicos; *The Times*, el *Telegraph* y otros periódicos destacados no hicieron

caso; *The Manchester Guardian* la publicó. Chamberlain, el primer ministro, escribió a Brittain para decirle que simpatizaba con sus objetivos. La carta de Brittain enfureció a una lectora: «No hay absolutamente ninguna razón para que se ahorre a las mujeres alemanas cualquier cosa que nuestro propio pueblo haya experimentado anteriormente a manos de sus hombres». Si Alemania bombardeaba Inglaterra, Inglaterra debía responder BOMBARDEÁNDOLES A ELLOS, contestó con mayúsculas.

Era el 18 de octubre de 1939.

SE ENVIÓ UNA CARTA con el membrete personal de Hitler en la que se aprobaba la expansión del programa de *gnadentod*, «muerte por clemencia». Estaba antedatada el 1 de septiembre de 1939, el primer día de la guerra. En septiembre y octubre, soldados de una de las unidades de la Calavera de las SS sacaron a los pacientes del psiquiátrico de Owinska, en Polonia, los llevaron a un bosque y los mataron a tiros. El edificio pasó a ser un cuartel para tropas de las SS. Otras instituciones mentales fueron desalojadas de forma parecida.

Al mismo tiempo, gran parte de la intelectualidad de Polonia fue exterminada gradualmente. «A la gente pequeña queremos respetarla —dijo Reinhard Heydrich—, pero a los nobles, los sacerdotes y los judíos hay que matarlos.»

ULRICH VON HASSELL, adversario derechista de Hitler, escribió en su diario sobre la guerra en Polonia. Era el 19 de octubre de 1939.

«Entre personas bien informadas en Berlín observé mucha desesperanza», apuntó Von Hassell. El buen nombre de Alemania había sido deshonorado por el bombardeo de Varsovia y las bestialidades antisemitas de las SS. «Cuando la gente usa sus revólveres para matar a un grupo de judíos metidos en una

sinagoga como si fueran ganado —añadió Von Hassell— uno se llena de vergüenza.»

Von Hassell creía, sin embargo, que el gobierno en el poder no podría durar eternamente: «Debe convertirse gradualmente en un Estado orgánico que se base en el imperio de la ley y que actúe bajo controles populares». Un golpe de Estado era la única esperanza, pensaban él y sus compañeros de conspiración. «Pero ¿cómo?»

CYRIL JOAD, filósofo que estaba escribiendo un libro titulado *Journey Through the War Mind*, sostuvo una conversación con su amigo pacifista «D». Joad preguntó a D. si pensaba que Chamberlain debería haber negociado con Hitler después de que este hiciera su ofrecimiento de paz. «Sí, por supuesto», contestó D. Las guerras nunca deberían empezar y en cuanto empiezan, debería ponerse fin a ellas. D. enumeró los múltiples males de la guerra: la mutilación física y moral, la intolerancia, las mentiras públicas, la entronización de la chusma. Citó el texto de la negativa de Chamberlain: que si hablaba de paz con Hitler, Gran Bretaña perdería su honor y abandonaría su afirmación de que las disputas internacionales debían resolverse hablando y no recurriendo a la fuerza. «Verás, nuestra afirmación es —dijo D. a Joad— que las disputas internacionales no deben resolverse por medio de la fuerza y ahora nos proponemos demostrar este razonamiento utilizando la fuerza para resolver una disputa internacional. Estamos luchando para demostrar que no puedes, o al menos no debes, imponer tu voluntad a otras personas por medio de la violencia.» Lo cual no tenía ningún sentido.

«Una vez una guerra ha empezado —dijo D.—, lo único que hay que hacer es ponerle fin tan pronto como sea posible. Por consiguiente, yo negociaría con Hitler.»

Joad replicó: «Ah, pero no podrías negociar con Hitler porque no podrías

fiarte de él; Hitler incumpliría cualquier acuerdo tan pronto como ello le beneficiase».

«Supongamos que tienes razón —dijo D.—; supongamos que Hitler incumpliera el acuerdo de paz e Inglaterra tuviese que reanudar la lucha. ¿Qué habrían perdido? En el peor de los casos, siempre podemos empezar la matanza otra vez.» Incluso un día de paz era un día de paz. Joad no supo qué contestarle.

CYRIL JOAD habló de la guerra con otra conocida, la «señora C.», partidaria acérrima de los conservadores. La guerra era natural e inevitable, dijo la señora C. Los alemanes no era humanos, eran «imbéciles pervertidos», rubios y brutos.

Joad preguntó a C. qué haría con Alemania y los ojos de la mujer se iluminaron.

«Haría una verdadera paz cartaginesa —contestó—. Arrasaría sus ciudades, destrozaría la tierra y después sembraría sal en ella; y mataría a una de cada cinco mujeres alemanas, para que dejasen de criar tantos hunos pequeños.»

Las ideas de la señora C. eran compartidas por otros, había observado Joad; poco antes había leído una carta sobre Alemania dirigida al director del *News-Chronicle* de Londres. «Con toda franqueza —decía la carta—, aniquilaría a todo bicho viviente, hombre, mujer, y niño, mamífero, pájaro e insecto; de hecho, no dejaría viva ni tan solo una brizna de hierba; si me dejaran hacer a mí, Alemania quedaría más desolada que el desierto del Sahara.»

Cuanto más durase la guerra, creía Joad, más se multiplicaría este tipo de saña: «El señor Churchill —escribió Joad— ya está resucitando el apelativo de “hunos”».

DOS MIL JUDÍOS VIENESES iban camino de una «reserva» cerca de Lublin, en Polonia, decía un breve artículo en *The New York Times*: «Salieron de aquí a

bordo de trenes especiales anoche con destino a sus nuevos y permanentes hogares en una región que, según dicen, es parecida a las reservas de los indios norteamericanos. Se tenía entendido que esta era la primera de una serie de migraciones en masa que con el tiempo quizá incluya a todos los judíos austríacos o quizá alemanes». Era el 21 de octubre de 1939.

Una semana después, según la Associated Press, otros dos mil judíos fueron enviados a Lublin desde Viena. El segundo grupo incluía mujeres y niños mayores de dieciséis años. El objetivo, decía el informe, era una Viena «libre de judíos» antes del 1 de marzo de 1940.

EL GENERAL JOHANNES BLASKOWITZ, comandante en jefe del Ejército de ocupación alemán en Polonia, empezó a preparar un informe de atrocidades. Era noviembre de 1939.

Había en realidad dos ejércitos de ocupación alemanes en Polonia, uno superpuesto al otro. Estaba el Ejército-Ejército, la Wehrmacht, que había hecho una guerra de tipo tradicional con el Ejército polaco. Y estaba el creciente Ejército de las SS, el imperio en la sombra de Himmler y Heydrich, dedicado a la purificación de la raza, para lo cual empleaba máquinas estadísticas de tarjetas perforadas IBM.

El general Blaskowitz, del Ejército-Ejército, no era un hombre simpático ni amable —había sometido a Polonia y pensaba que los judíos y los polacos eran «nuestros archienemigos en la esfera oriental»—, pero no era partidario de torturar, azotar, saquear, violar y matar a familias, y las historias que le contaban sus hombres le llenaban de indignación. Era obvio que las unidades de operaciones especiales de las SS se estaban desmandando.

Blaskowitz envió su informe de fechorías a sus superiores de Berlín. Habló del asunto con el general Groscurth, que se encargó de que el informe llegara a manos de muchos, y con el teniente coronel Helmuth Stieff, que más adelante

conspiró contra Hitler. En una carta a su esposa, Stieff dijo que no había ninguna propaganda sobre atrocidades que pudiera compararse con los asesinatos y los saqueos que se estaban perpetrando en Polonia. Y se estaban perpetrando «con la supuesta tolerancia de las más altas instancias». Familias enteras eran exterminadas por «seres inhumanos que no merecían llamarse alemanes», escribió Stieff. «Me da vergüenza ser alemán.»

Hitler leyó uno de los informes de Blaskowitz, que hablaba de «sed de sangre» y de que no se mantenía el orden, y dijo: «No se puede hacer una guerra con el Ejército de Salvación».

A pesar de la fría acogida en Berlín, Blaskowitz se puso a trabajar en otro informe sobre los sufrimientos de los polacos y los judíos. Lo llevó consigo durante un tiempo, preguntándose si debía enviarlo directamente a Hitler. Al final lo presentó a su oficial superior, el general Walther von Brauchitsch. El general Brauchitsch se había opuesto a Hitler durante un tiempo, pero su oposición se estaba debilitando; aconsejado y ayudado por Hitler, se había divorciado de su esposa para casarse con una nazi furibunda. Brauchitsch archivó el informe.

«Todo soldado siente asco y repulsión ante estos crímenes», escribió Blaskowitz. La tolerancia declarada de la brutalidad tenía consecuencias temibles: la depravación «se extendería como una epidemia».

Con sorprendente rapidez, las personalidades afines y anormales se juntan, como ocurre en Polonia, con el fin de dar rienda suelta a sus instintos animales y patológicos.

Andando el tiempo, dijo Blaskowitz, «solo los brutales gobernarán».

EL PRIMER MINISTRO NEVILLE CHAMBERLAIN escribió otra carta a su hermana. Era sencillamente imprescindible que Hitler se fuese para que hubiese alguna posibilidad de paz. «O debe morir o ir a Santa Elena o convertirse en un

verdadero arquitecto de obras públicas, preferiblemente en una “residencia” — escribió Chamberlain—. Sus colaboradores también deben irse, con la posible excepción de Göring, que podría ocupar algún puesto decorativo en un gobierno de transición.» Era el 5 de noviembre de 1939.

UN HOMBRE LLAMADO ELSER empezó a construir una bomba de relojería. Robó dinamita de la cantera donde trabajaba. Hizo un hueco para la bomba en una columna de la cervecería Burgerbrau de Munich y ajustó el temporizador para el 8 de noviembre de 1939, día en que Hitler pronunciaría un discurso allí. Acercó una oreja a la columna. Sí, se oía el tictac. Tomó un tren con destino a Suiza.

La bomba estalló y mató a ocho personas e hirió a muchas más. Hitler se había ido diez minutos antes de lo previsto. El *Völkischer Beobachter* llamó a lo sucedido «la salvación milagrosa del Führer».

GÖRING CONVOCÓ una rueda de prensa. Era noviembre de 1939. Un periodista preguntó por qué la Luftwaffe atacaba barcos británicos en vez de puertos británicos. «Los buques de guerra son importantes también —contestó Göring—. Además, es una buena forma de practicar.»

Alguien más preguntó si Göring llevaría la guerra relámpago a Gran Bretaña.

«Somos humanitarios», repuso Göring. Los periodistas rieron. Göring dijo: «Hablo en serio. De veras lo soy».

¿Seguiría siendo humanitario?

«Eso depende de los demás —contestó Göring—. Y tampoco eso es una broma.»

VERA BRITAIN envió un boletín de paz en el que se describían los ataques de rabia fanática de Hitler. Los psiquiatras tenían cierta experiencia de esta variedad de enfermedad mental, comentó Brittain. «De los muchos métodos que se han creado para tratarla —dijo— la violencia recíproca suele considerarse el menos provechoso.»

Era el 23 de noviembre de 1939.

VICTOR KLEMPERER ESCRIBIÓ: «Las dificultades en constante aumento relacionadas con los alimentos me crispan los nervios». Pero no veía cómo el bloqueo británico podía ser decisivo: «Este estado de cosas —leve hostigamiento en el oeste, generalmente tranquilo— es casi seguro que puede durar años, y resulta igualmente difícil ver cómo puede Inglaterra habérselas con Hitler que cómo puede Hitler habérselas con Inglaterra». Era el 29 de noviembre de 1939.

GÖRING HABÍA perdido la paciencia con el bloqueo británico y quería atacar Londres. Sus aviones estaban preparados, dijo a los periodistas; habían estado fotografiando los preparativos bélicos de Inglaterra. «Lo único que hace falta es la orden del Führer —dijo— para que lleven su carga de bombas en vez de una insignificante carga de cámaras.» Sería un ataque «como el mundo nunca ha visto». Era el 30 de diciembre de 1939.

LLEGÓ UN INFORME de la Agencia Telegráfica Judía sobre los judíos polacos de Lublin y el *Herald Tribune* de Nueva York lo reprodujo. «Durante más de tres meses, los judíos de la ciudad fueron blanco de pogromos, pillajes sistemáticos, torturas y expulsiones», decía el informe. La Yeshiva Chachmei, la escuela

religiosa judía de Lublin, era ahora un «cuartel para las secciones de asalto nazis y una cámara de tortura».

Sin embargo, se habían suspendido las deportaciones de judíos a Lublin, «debido a una marcada división de opiniones al respecto entre la Gestapo (policía secreta) alemana y las autoridades militares», publicó el *Herald Tribune*. Cabía la posibilidad de que las deportaciones se reanudaran pronto: «Se sabe de fuentes fidedignas que la Gestapo ha logrado imponerse en la polémica».

Otro cable, que el *Herald Tribune* también reprodujo, hablaba de vagones de mercancías llenos de judíos deportados. «Se trata de vagones cerrados, sin calefacción, sin ventanas y sin alimentos. Cuando abrieron un vagón en una estación de Varsovia, se encontraron ocho niños de corta edad muertos de frío y hambre», decía el cable. «Tan grande es el miedo que los judíos de Łódź tienen a estos vagones cerrados que miles de ellos han huido de la ciudad a pie.»

El Llamamiento Judío Unido por los Refugiados y las Necesidades de Ultramar hizo un anuncio: además de sus esfuerzos en beneficio de los judíos, iba a donar 250.000 dólares para ayudar a refugiados de otras religiones. La mitad del dinero se entregaría al Papa, para ayudar a católicos, y la otra mitad, a organismos protestantes.

Era el 2 de enero de 1940.

HENRY MORGENTHAU HIJO, secretario del Tesoro, recibió el beneplácito del presidente Roosevelt para desviar veinticinco aviones de caza P-40 nuevos a Francia. Los franceses necesitaban urgentemente aviones de caza. Era enero de 1940. «He hecho un truco de prestidigitación para ustedes —dijo Morgenthau a uno de los franceses—. Me he sacado veinticinco aviones del sombrero.»

CHRISTOPHER ISHERWOOD, que estaba escribiendo una película para la MGM,

asistió a un mitin de la Liga de Hollywood contra la Guerra. No le gustaron la falsedad y el carácter interesado de los argumentos que empleaban los pacifistas. Uno de los oradores, un guionista llamado Dudley Nichols, anunció que era pacifista militante y dijo que estaba dispuesto a liarse a puñetazos con cualquiera que quisiese que Estados Unidos entrara en guerra.

Poco lograría la agitación contra la guerra, pensó Isherwood, a menos que se basara en una condena auténtica de la violencia. «¡Cómo teme toda esta gente la sencilla postura moral contra matar!», escribió en su diario.

Era el 16 de enero de 1940.

UNA NUEVA «EDICIÓN DE GUERRA DE 1940» de *El drama de Europa*, el superventas de John Gunther publicado por Harper and Row, se encontraba en las librerías. Era enero de 1940.

El estado físico de Hitler no era óptimo, informó Gunther; a menudo meditaba tristemente sobre la muerte. En años recientes, dijo Gunther, Hitler había aumentado de peso —«se le nota en el cuello y el estómago»— y saludaba de forma visiblemente descuidada. En cuanto a su actitud ante las mujeres: «No siente ningún interés personal de tipo sexual por las mujeres —explicó Gunther—. Tampoco, como creen tantos, es homosexual». Tras indagaciones discretas, los periodistas habían sacado la conclusión de que Hitler era virgen.

El drama de Europa también contenía una sección sobre Winston Churchill. Churchill tenía los ojos muy claros, muy azules, escribió Gunther; aparentaba diez años menos de los que tenía. «Durante años —ahora no— había parecido estar siempre en el bando de los malos en los grandes asuntos sociales.» Se había opuesto al sufragio femenino; se había opuesto al moderado socialismo del Partido Laborista; se había opuesto a un gobierno democrático en la India; y —desastrosamente— había invadido Rusia en 1919 para salvarla del bolchevismo. De niño, había tenido mil quinientos soldaditos de plomo; una vez saltó desde un

puede y tardó meses en recuperarse. «A veces, cuando uno examina sus principales ideas políticas —escribió Gunther— tiene la sensación de que son las ideas de un niño mal educado, increíblemente talentoso y terco.»

No obstante, era un hombre dotado de imaginación y previsión, creía Gunther: había contribuido a la creación del tanque y había instado con éxito a la remilitarización de Gran Bretaña.

Había otra cosa en Churchill: «Es el único miembro de gabinete o líder de alto nivel, en uno u otro bando de la última guerra, que sigue vivo para desempeñar un cargo importante hoy».

HAROLD NICOLSON cenó en el Carlton Club con algunos diputados y un hombre del Ministerio del Aire. Era el 17 de enero de 1940.

El hombre del Ministerio del Aire dijo a los demás comensales que el gabinete Chamberlain había prohibido arrojar bombas sobre Alemania. «El grupo está de acuerdo en que esta es una situación muy seria», escribió Nicolson en su diario.

Nicolson se enteró de que había en el Gabinete de Guerra una facción que estaba negociando con el ex canciller alemán Heinrich Brüning. El objetivo era alcanzar un acuerdo de paz con el alto mando alemán con la condición de que «eliminase» a Hitler. «Hablamos de los medios que permitan contrarrestar esta intriga», escribió Nicolson.

CIRCULABA POR LONDRES un versito burlón sobre cómo Auden e Isherwood habían abandonado la ciudad durante la guerra:

El antiguo bienintencionado literario de izquierdas
en vano buscaría ahora a Auden o a Isherwood.

Isherwood se sintió herido. «¿Temo que me bombardeen? Por supuesto. Como

todo el mundo», escribió en su diario. Pero no era por eso por lo que se había ido a Estados Unidos. «Si algo me da miedo —dijo— es el clima de guerra, el poder que da a todas las cosas que odio: los periódicos, los políticos, los puritanos, los jefes de sección de los Boy Scouts, las solteronas despiadadas de mediana edad.» Isherwood rehuyó, dijo, el deber de oponerse: «Me temo que quedaría reducido a la condición de mono enfurecido y charlatán que responde al odio con gritos de odio». Por eso se había ido. Era el 20 de enero de 1940.

EL DOCTOR NAHUM GOLDMANN, del Congreso Mundial Judío, pronunció un discurso en Chicago. «Si la guerra en Europa continúa un año más —dijo Goldmann—, 1.000.000 de los 2.000.000 judíos de Polonia morirán de hambre o los matarán los perseguidores nazis.» Era el 21 de enero de 1940.

WINSTON CHURCHILL pronunció un discurso en el Free Trade Hall de Manchester. Era el 27 de enero de 1940. Dijo que había una pregunta que no lograba quitarse de la cabeza: ¿Por qué Inglaterra aún no había sido atacada desde el aire? «¿Es que están reservando alguna orgía de horror que pronto caerá sobre nosotros?», se preguntó. «¿Es porque temen el contraataque masivo que recibirían inmediatamente de nuestra poderosa fuerza de bombardeo?» Ciertamente, no era, dijo Churchill, ningún «falso sentido de delicadeza» lo que les había frenado.

Sabemos por lo que hicieron en Polonia que no hay ninguna brutalidad ni matanza bestial de civiles mediante bombardeo desde el aire que no estarían dispuestos a perpetrar si lo considerasen ventajoso para ellos.

Churchill preguntó luego: «¿Deberíamos, en vez de demostrar el poderío de nuestras Fuerzas Aéreas arrojando octavillas sobre toda Alemania, haber

arrojado bombas?». No, en general no, creía: «Nos hemos esforzado mucho —dijo— por sacar el máximo partido del tiempo de preparación que se ha ganado, y no cabe ninguna duda de que se ha hecho un avance enorme tanto en la protección de la población civil como en el castigo que se infligiría a los atacantes».

Churchill no dijo que Gran Bretaña no había arrojado bombas sobre toda Alemania porque el gobierno británico había prometido no hacerlo, ni porque bombardear ciudades estuviera mal. Dijo que Gran Bretaña no había bombardeado porque el país había necesitado varios meses más para acumular bombarderos, preparar tripulaciones y crear defensas antiaéreas.

AL GENERAL ALAN BROOKE, de la Fuerza Expedicionaria Británica, le preocupaba que en el Ministerio de la Guerra se hablara de bombardear la cuenca del Ruhr, donde había más fábricas —y más gente— que en cualquier otra parte de Alemania. Brooke quería que los aviones ingleses se utilizaran contra el Ejército alemán dentro de la zona de guerra y no contra la industria alemana fuera de la zona de guerra. Un día después de que Churchill pronunciara su discurso en Manchester, Brooke escribió en su diario:

Pensar en bombardear el Ruhr en un momento en que los alemanes están utilizando de forma combinada su Ejército y sus Fuerzas Aéreas en un intento poderoso y uniforme de aplastar a las fuerzas francesas y británicas para despejar el camino y penetrar en Francia es, a mi modo de ver, pura insensatez.

«Con un error no se subsana otro en este caso», escribió Brooke. Era el 28 de enero de 1940.

EL OBSERVATORIO DE LA MASA, el servicio del gobierno británico encargado de

comprobar la moral de la población, sacó la conclusión de que los ingleses encontraban la guerra demasiado aburrida. «Está apareciendo un desasosiego insólito —según un informe del Observatorio de la Masa—, un deseo de que suceda algo, por desagradable que sea.» Era febrero de 1940.

ALGUNOS JUDÍOS huyeron del gueto de Łódź, en Polonia, ocultándose en ataúdes. Mary Berg, una niña de quince años que vivía en el gueto de Varsovia, había oído hablar de ellos. «El cementerio judío está fuera del gueto y es posible llevar a personas muertas allí —escribió—. De modo que algunas personas se hacían encerrar en ataúdes, que luego se llevaban con las habituales ceremonias fúnebres; antes de llegar al cementerio, salían de los ataúdes y huían a Varsovia.» Una persona murió de un fallo cardíaco, dijo, mientras estaba dentro del ataúd. Era el 2 de marzo de 1940.

BOMBARDEROS ALEMANES atravesaron el mar del Norte hasta Scapa Flow, puerto de las islas Orcadas donde había buques de guerra ingleses. Era marzo de 1940. Los aviones arrojaron sus bombas y alguien resultó muerto, el primer civil que moría en suelo británico a causa de bombas alemanas desde la Primera Guerra Mundial.

«¿Fue premeditado?», preguntó lord Strabolgi en la Cámara de los Lores.

«No, me parece que no», contestó lord Halifax.

Pero había que responder. Lord Boom Trenchard, el creador de la Royal Air Force, se levantó y dijo: «Ruego a sus señorías que recuerden que las Fuerzas Aéreas son un arma ofensiva y no defensiva».

Cincuenta aviones ingleses volaron hasta la isla alemana de Sylt, en el mar del Norte, con la esperanza de destruir una base aérea. Algunos aviones fueron más

allá del blanco y arrojaron bombas incendiarias y explosivos de gran potencia sobre Dinamarca, lo que causó rotura de cristales.

«Muere la esperanza de paz —publicó *The New York Times*—. La guerra entra en una nueva fase de violencia.» «Uno de los objetivos principales —informó un día después Raymond Daniell, corresponsal de *The New York Times* en Londres — era arrojar dos bombas británicas por cada bomba alemana que había caído en las Orcadas.» Recaderos, conductores de autobús y diputados aplaudieron el ataque de represalia contra Sylt, escribió Daniell: «Aplaudían unánimemente, gritaban pidiendo más, aunque ninguno era tan ciego como para no ver que semejantes represalias provocarían contrarrepresalias y que así empieza el holocausto que el mundo entero ha estado rezando para que no ocurriese».

WINSTON CHURCHILL, primer lord del Almirantazgo, escribió un memorándum sobre la colocación de minas en aguas noruegas. Mineral de hierro para fabricar acero que a su vez se empleaba para hacer los instrumentos de la guerra llegaba a Alemania desde puntos de entrada en Noruega. Impedir la llegada de mineral de hierro a través del remoto puerto de Narvik, por encima del Círculo Polar Ártico, paralizaría la industria enemiga, según Churchill, y tal vez también «lograría incitar a Alemania a cometer alguna imprudencia que nos abriría la puerta». El plan, que llevaba el nombre en clave de Wilfrid, era «secundario e inocente», dijo a sus almirantes.

Aparecieron en la prensa alusiones al plan de Churchill y alertaron al alto mando alemán, que trazó planes para contrarrestarlo. La idea relativa a Narvik no gustó al primer ministro, Chamberlain, en parte porque era ilegal. Noruega era un país neutral y sembrar minas en puertos neutrales era contrario al derecho internacional. Era también una provocación que podía ampliar la guerra.

Los almirantes alemanes reflexionaron sobre las consecuencias de perder puertos noruegos. Sería como perder la guerra, dijeron. Vidkun Quisling, el ex

ministro de la Guerra noruego, inició conversaciones con Hitler para instaurar un gobierno títere. En Berlín no se habían hecho planes para invadir Noruega; ahora se hicieron. Era marzo de 1940.

HAROLD NICOLSON anotó en su diario que la Armada británica estaba sembrando minas en aguas noruegas. «Esto provocará indignación», comentó. Era el 8 de abril de 1940.

Un diplomático sueco visitó al subsecretario Cadogan en su despacho. «Dice que hemos hecho la mayor tontería de la historia, para nuestros propios intereses —escribió Cadogan—. Y pienso que tiene razón, pero tuve que discutir con él.»

«El gobierno noruego protesta seria y enérgicamente por esta clara violación del derecho internacional», dijo el ministro de Asuntos Exteriores noruego. Fuerzas alemanas desembarcaron en gran número en Noruega. El 9 de abril de 1940 ya se habían hecho con el control de Oslo, que no había sido bombardeada. Y de Narvik. «¡Parece que los alemanes han conseguido llegar a Narvik! —escribió el subsecretario Cadogan—. ¡¿Cómo?!»

DE PRONTO era una guerra de verdad, en tierra. Hubo desembarcos a medianoche en suelo noruego de pequeños contingentes ingleses y franceses que fueron atacados por aviones alemanes. Los franceses habían olvidado sus mulas. Los ingleses no tenían raquetas para andar sobre la nieve. Un grupo requisó algunos trineos tirados por caballos de campesinos locales y avanzó a través de los ventisqueros. Un escuadrón de la RAF se hundió cuando estaba aparcado en un lago helado y la Luftwaffe bombardeó el hielo. La Royal Air Force empezó a atacar aeropuertos noruegos controlados por los alemanes, a veces con bombas de efecto retardado.

Luego la retirada británica, el desastre, vilipendio y gran indignación en la

prensa y el Parlamento. La indignación no iba dirigida contra Churchill, que había concebido la campaña de Noruega, sino contra Chamberlain.

«La primera de nuestras gloriosas evacuaciones», dijo H.G. Wells: un desastre. O no, si lo que querías era nobleza en medio del caos, luchar pese a estar herido, un reflector iluminando la indecisión de Chamberlain y la imagen, sobre todo, de una Inglaterra estoica, asediada pero firme, resistiendo valerosamente en un mundo totalmente esclavizado y postrado.

«Noruega fue la aventura de Winston y la culpa se la echaron al pobre Neville», escribió Chips Cannon en su diario.

CHARLES «PETER» PORTAL, valor en alza de la Royal Air Force, fue nombrado jefe del Mando de Bombardeo. Portal era un hombre frío que disfrutaba matando pájaros y conejos. De niño, en Winchester, había criado halcones y llevaba una cuenta detallada de cuántas alondras, estorninos y palomas mataban.

El halcón se prepara para el decisivo descenso en picado y corta hábilmente el paso a la presa que trata de huir rápidamente. Al forzar la vista bajo la escasa luz del anochecer, vemos saltar un puñado de plumas del cuerpo de la paloma, que cae a tierra y nunca volverá a levantarse.

Durante sus años de estudiante en Oxford dedicó mucho tiempo a cazar con halcones y sabuesos. Se saltaba las clases y participaba en carreras de motos, y luego aprendió a volar. En 1917 empezó a bombardear soldados alemanes por la noche. Después de la guerra, volvió a llevar sus diarios de cetrería. En la temporada 1920-1921 sus halcones mataron ciento cinco alondras, cuarenta y seis perdices, una paloma y una tórtola.

En la década de 1920, Portal empezó a trabajar para la Royal Air Force de Boom Trenchard. Se le confió el mando del escuadrón número 7 en Worthy Down, donde durante varios años consecutivos ganó la competición anual de puntería en el lanzamiento de bombas. Finalmente, en 1934, en el sur de Yemen,

Portal tuvo su oportunidad de combatir y aplastó la voluntad de la tribu qutaibi bombardeándola durante semanas. Dictó una conferencia sobre la operación, que fue considerada como un ejemplo clásico de la aplicación fructífera de los principios del dominio del aire.

Cuando Portal se hizo cargo del Mando de Bombardeo, en abril de 1940, *The Times* de Londres escribió: «Hay algo más que un rasgo de crueldad en su naturaleza, aunque hasta ahora lo ha reprimido en esta guerra».

UN CAPITÁN del Ejército francés llevó a Clare Boothe, la periodista norteamericana, en coche a ver un fortín en Lorena. El fortín formaba parte de la línea Maginot, «aquella inmensidad de fila tras fila —escribió Boothe— de catacumbas de cemento, de acorazados hundidos en tierra» que se extendía a lo largo de la frontera de Francia con Alemania. El comandante del fortín enseñó a la periodista los enormes cañones, los proyectiles de artillería, las existencias de provisiones y medicinas, las puertas correderas a prueba de fuego, los pozos de más de quince metros, los «desconcertantes laberintos de maquinaria».

Era obviamente inexpugnable, fue la conclusión que sacó Clare Boothe.

«¿Por qué tratarían los alemanes de venir por aquí?»

«Porque para eso están hechos dos grandes ejércitos, para lanzarse el uno contra el otro», respondió el comandante.

«¿No podrían los alemanes entrar en Francia por otra parte?», preguntó Boothe.

El comandante y sus subordinados rieron. «¿Qué otra parte?»

«¿Holanda? ¿Bélgica?»

Rieron un poco más. «Los alemanes son tontos, pero no *tanto*.»

UN ALTO FUNCIONARIO ALEMÁN, Hans Frank, estaba hablando con algunos de sus

subordinados en su palacio gubernamental de Cracovia. Era el 12 de abril de 1940.

Cracovia, Varsovia y Lublin formaban ahora parte de un extenso territorio del este de Polonia que los alemanes denominaban Gobierno General. Hans Frank —adorador de Hitler desde hacía mucho tiempo— era el gobernador general de dicho territorio. Millones de judíos vivían en el Gobierno General y, si bien Frank estaba dispuesto a tolerarlo de momento, pensaba que Cracovia, su capital, debía quedar tan libre de judíos como fuera posible. En Cracovia, dijo Frank, había escasez de viviendas y «miles y más miles de judíos se mueven furtivamente y ocupan pisos». Ordenó que todos los judíos menos los que fueran útiles para la economía abandonasen la ciudad. Si se iban antes del 15 de agosto, podrían llevarse sus pertenencias. Algunos se trasladaron a poblaciones más pequeñas; miles se quedaron.

ALEMANIA HIZO una advertencia a Gran Bretaña relacionada con algunas bombas que habían caído sobre una línea de ferrocarril en la estación de Heiligenhafen en Schleswig-Holstein, lejos de cualquier zona de guerra. Era el 12 de abril de 1940. El Ministerio del Aire británico negó que tal ataque hubiera tenido lugar. La noche del 22 de abril, los británicos bombardearon la ocupada Oslo durante dos horas y media, algo que los alemanes no habían hecho. Los alemanes dijeron que los británicos habían bombardeado una zona civil.

Luego, el 25 de abril, el alto mando alemán hizo su tercera y «última» advertencia. Esta vez el motivo era un ataque contra la población de Heide, en el norte de Alemania. «El enemigo ha iniciado la guerra aérea contra lugares indefensos», dijo el alto mando alemán. Aunque la Luftwaffe seguía teniendo órdenes de evitar los ataques a civiles, Alemania, si los británicos persistían en esta clase de ataques, tomaría represalias. «A una bomba se responderá con una

bomba si los británicos continúan bombardeando objetivos no militares», decía la advertencia. La siguiente respuesta sería «un triste despertar» para Inglaterra.

CHURCHILL ESTABA OBSESIONADO por la idea de reconquistar Narvik. «Aquí es donde debemos luchar y perseverar en la mayor escala posible», escribió a uno de sus comandantes navales. Era el 28 de abril de 1940.

«Quería desviar tropas de todas partes para mandarlas allí —anotó el general Ironside en su diario—. Es muy infantil en muchas cosas. Se cansa de una cosa y entonces no quiere que le vuelvan a hablar de ella.» Primero quería Namsos, luego se hartó de Namsos, ahora quería Narvik otra vez. «Es extraordinariamente mercurial.»

EL MINISTERIO DEL AIRE BRITÁNICO dio a conocer un desmentido: «No se llevó a cabo ningún ataque contra la población de Heide». Lo cual no quería decir que bombas británicas no hubieran caído en Heide. A los aviadores ingleses, que volaban a estima y veían ríos y costas iluminados solo por la luna, les costaba saber adónde iban. Arrojaban sus bombas en la oscuridad con la esperanza de estar donde creían estar. Más avanzada la guerra, cuando los británicos tenían sistemas de navegación por radio, los llamados «Gee» y «Oboe», sería más fácil. Pero de momento, no era raro que se extraviaran. «Normalmente no resultaba difícil encontrar la zona que había que bombardear, pero era casi imposible acercarse a un blanco —recordó un aviador del período anterior—, así que sencillamente arrojábamos las bombas en una posición estimada y esperábamos que hubiera suerte. Dudo mucho que alguna vez alcanzáramos un blanco concreto.»

UN FOTÓGRAFO empezó a tomar fotografías de personas antes de que las matasen. Era mayo de 1940, en un castillo medieval de Austria. Las personas del castillo de Hartheim a las que estaban matando eran enfermos mentales o padecían algún impedimento físico; sus cadáveres se incineraban en un horno. «Hitler opinaba que el exterminio de estos llamados “inútiles que comen” —testificó más adelante uno de los encargados del programa eutanásico T-4— haría posible poner más médicos, enfermeros y enfermeras, y otro personal, así como más camas de hospital y otras instalaciones, al servicio de las Fuerzas Armadas.»

El olor a carne quemada molestaba al fotógrafo. El supervisor de Hartheim, un ex agente de policía, dijo: «Bebe, te sentirás mejor». Así que el fotógrafo bebía y tomaba las fotografías. La matanza en cadena embruteció al personal, escribe un historiador: «Abundaban los informes de orgías de alcohol, numerosos enredos sexuales, peleas y maltratos». Un testigo presencial dijo que en el castillo «casi todos los empleados tenían relaciones íntimas entre ellos». Más de nueve mil personas murieron en Hartheim en 1940.

ALGUNOS DE LOS GENERALES alemanes empezaron a sentirse más entusiasmados con el Plan Amarillo, la invasión de los Países Bajos y Francia. Hitler les pagaba mensualmente cheques extras —a los que eran dóciles— con cargo a una cuenta especial de la Cancillería. El Ejército era corrompido, dijo más tarde el general Halder, mediante el reparto de «sobres cerrados con remuneración extraordinaria». De hecho, el propio Halder recibía dinero de la Cancillería. Hitler se valió del soborno para avanzar hacia el oeste.

CLARE BOOTHE, la periodista norteamericana, estaba durmiendo en el último piso del edificio de la embajada de Estados Unidos en Bruselas, Bélgica. Una doncella la zarandeó. «¡Que vuelven los alemanes!» Era el 10 de mayo de 1940.

Boothe se acercó a la ventana y miró hacia los árboles negros del otro lado del parque. Vio unos veinte aviones volando en formación, la parte inferior del fuselaje brillando por efecto del amanecer dorado. «Oí un silbido tenue y largo, muy largo, y un terrible ¡bam!», escribió. Una casa del otro lado de la plaza resultó alcanzada. «El *bam* era el ruido de los cristales, los fragmentos de madera y las piedras que la explosión arrojó al pequeño parque que había ante mí.» Los cañones antiaéreos empezaron a disparar y Boothe se vistió. «Puse especial cuidado en meter en el bolso una provisión extra de polvos, lápiz de labios y crema limpiadora, y de escoger los únicos zapatos sin tacón que tenía en la maleta.»

EL SUBSECRETARIO PERMANENTE CADOGAN despertó a las 5.40 de la mañana con la noticia de que Holanda y Bélgica eran atacadas. «Los alemanes nos han librado de varias cuestiones comprometidas al invadir *ambos* países», escribió. Era el 10 de mayo de 1940. El Gabinete de Guerra se reunió, habló de bombardear Alemania en nombre de los países invadidos y aplazó la decisión. La Luftwaffe de Hermann Göring empezó a volar aeródromos.

Neville Chamberlain habló por radio. «Pedí una audiencia con el rey esta noche —dijo— y le presenté mi dimisión, que Su Majestad ha tenido a bien aceptar.» Winston Churchill sería el nuevo primer ministro, anunció. «Vosotros y yo debemos apoyar a nuestro nuevo líder, y con nuestra fuerza unida, y con valor inquebrantable, luchar y trabajar hasta que esta bestia salvaje que desde su guarida ha saltado sobre nosotros haya sido desarmada y derribada definitivamente.»

A Harold Nicolson le gustó mucho el discurso. «Todo el odio que he sentido por Chamberlain se hunde como un pedazo de pan que se dejara caer en una copa de champán», escribió.

WINSTON CHURCHILL, al tomar posesión de sus cargos de primer ministro y ministro de Defensa, ofreció sangre, esfuerzo, lágrimas y sudor. ¿Cuál iba a ser su política? Muy sencilla: guerra, guerra contra «una tiranía monstruosa, nunca superada en el sombrío y lamentable catálogo de la criminalidad humana». ¿Cuál era la finalidad de hacer la guerra? Vencer. La Cámara le tributó una ovación. Al cruzarse su mirada con la de un ayudante en el momento de salir, Churchill dijo: «Eso ha convencido a esos cabrones, ¿verdad?».

PARACAIDISTAS ALEMANES aterrizaron en Rotterdam y en el tejado del fortín de Eben Emael en Bélgica. La gente pensó que eran miles, pero no era así: algunos eran muñecos lanzados para crear la ilusión de una invasión masiva. La Luftwaffe atacó el aeropuerto de Nancy, pero no dio en el blanco. Murieron quince civiles, entre ellos una familia que corría hacia un refugio subterráneo. Cuatro personas de edad avanzada quedaron atrapadas bajo los cascotes. A unos treinta y dos kilómetros de París, bombarderos alemanes, acosados por el fuego antiaéreo, arrojaron bombas incendiarias sobre un pueblo aterrorizado. Era el 10 de mayo de 1940.

LORD HALIFAX aceptó la petición de Churchill de que siguiera en el Ministerio de Asuntos Exteriores. «Raras veces he conocido a alguien con lagunas de conocimiento más extrañas, o cuya mente funcionase dando mayores saltos — escribió Halifax de su nuevo líder—. ¿Será posible hacerla funcionar más ordenadamente? Es mucho lo que depende de esto.»

Con el cambio de poder, el secretario privado de Neville Chamberlain, John Colville, pasó a ser el secretario privado de Churchill. Más adelante Colville escribió: «Pensar en Churchill como primer ministro bastaba para producir

escalofríos al personal del número 10 de Downing Street». Añadió que «la verbosidad y el desasosiego de Churchill obligaban a hacer trabajos innecesarios, impedían trazar planes como era debido y causaban roces». Chamberlain había sido débil, en opinión de Colville, al permitir que Churchill «asumiera responsabilidades que iban mucho más allá de los intereses de su departamento». Y: «La impetuosidad de Churchill había contribuido, a nuestro modo de ver, al fracaso de Noruega». Estas opiniones, dijo Colville, eran comunes en todo Whitehall.

Pero en el espacio de unas semanas, la energía y la confianza de Churchill en sí mismo le habían granjeado la lealtad de todos. Azuzaba a sus colaboradores, les regañaba, gruñía. Era ministro de Defensa y primer ministro, todo a la vez. Trabajaba hasta muy tarde, atendido por asesores y generales —hasta las dos, las tres, las tres y media de la madrugada—, bebiendo y mordisqueando puros. Vestía de forma despreocupada: monos de una sola pieza, con cremallera, azules, sobre los cuales a veces llevaba una bata de color rojo con dragones dorados patas arriba. No era alcohólico, dijo alguien más tarde: ningún alcohólico podía beber tanto. Se sabía de memoria *Lays of Ancient Rome*, de Macaulay.

Escribía incontables notas a sus colaboradores, todas redactadas con su estilo brillante y anacrónico, hechas para ser citadas en alguna futura historia que tal vez escribiría. Todo el mundo coincidía en que era un administrador torpe y un estratega militar caprichoso. No tenía sentido de la proporción. Pero creó, dijo Colville, una oportuna sensación de apremio; tras solo unos cuantos días, «se vio a funcionarios muy respetables literalmente corriendo por los pasillos».

DIECIOCHO DE los bombarderos Whitley de la Royal Air Force despegaron con la intención de causar daños a lugares del interior de Alemania. Era la segunda noche de Churchill en el puesto de primer ministro. «El Mando de Bombardeo entró en guerra el 11 de mayo de 1940. Hasta entonces solo había estado jugando

con la guerra —escribió James Spaight, teórico del poderío aéreo, varios años más tarde—. Empezamos a bombardear objetivos en tierra alemana antes de que los alemanes empezaran a bombardear objetivos en tierra británica.»

En la población de Mönchen-Gladbach, en Westfalia, poco después de la medianoche, las bombas inglesas mataron a cuatro civiles, entre los que había casualmente una mujer inglesa. Los alemanes derribaron tres de treinta y seis aviones. La noche siguiente hubo más bombardeos al azar por parte de la RAF. Aviones ingleses sobrevolaban Alemania sin rumbo fijo en la oscuridad, como antes habían hecho con los compartimientos para bombas llenos de octavillas. Ahora llevaban bombas.

Los primeros bombardeos nocturnos no se anunciaron oficialmente, si bien la Associated Press informó de ellos citando fuentes alemanas: «Una emisión radiofónica alemana recibida aquí a primera hora de hoy dijo que Essen, donde están situadas las grandes fábricas de armas Krupp, y otras dos poblaciones alemanas han sido bombardeadas por aviones aliados», decía un artículo. El Ministerio del Aire británico negó los bombardeos: «Essen no se encontraba entre los objetivos bombardeados por la RAF anoche ni anteanoche».

Los aviones estaban ahí, en alguna parte, de todos modos.

SE ENVIARON TELEGRAMAS a los jefes de policía de los condados ingleses donde podían desembarcar paracaidistas alemanes. Era el 11 de mayo de 1940. Churchill quería encerrar a los alemanes y los austríacos que estaban en Gran Bretaña. Centenares de personas, luego miles, en su mayor parte refugiados judíos, fueron escoltados a la cárcel por soldados con la bayoneta calada.

EL COMANDANTE de la flota estadounidense, el almirante James O. Richardson, se sentía intrigado e irritado. ¿Por qué le había ordenado el presidente Roosevelt

que mantuviera su flota tan al oeste, concentrada en Pearl Harbor, después de las maniobras de primavera? ¿Por qué no podían sus barcos regresar sin más a sus bases en la costa californiana, en San Diego, San Pedro y Long Beach?

El almirante Richardson escribió una carta a su oficial superior, el almirante Stark. «Pienso que cualquier movimiento hacia el oeste significa hostilidades —escribió—. Creo que en este momento sería un error grave comprometernos en el oeste, donde nuestros intereses, aunque importantes no son vitales.» Era el 13 de mayo de 1940.

Una semana más tarde, todavía en Pearl Harbor, Richardson escribió otra carta a Stark. «¿Estamos aquí principalmente para influir con nuestra presencia en las acciones de otras naciones? —preguntó—. ¿Estamos aquí como lugar de inicio de actividades bélicas?» El almirante Stark envió una respuesta. «Están ahí por el efecto disuasor que, según se cree, su presencia puede surtir en los japoneses que penetraran en las Indias Orientales —respondió Stark—. Como es natural, usted preguntará: ¿y si los japoneses realmente penetran en las Indias Orientales? Mi respuesta a esa pregunta es que no lo sé y pienso que no hay nadie en este mundo de Dios que pueda decírselo.»

LOS ALEMANES enviaron un ultimátum a los holandeses: a menos que cesara toda resistencia, Rotterdam sufriría «destrucción total». Era el 14 de mayo de 1940.

Los holandeses demoraron la respuesta y pidieron la graduación y la firma del oficial que había enviado el ultimátum. Uno de los generales alemanes, el general Schmidt, creyendo que la capitulación era inminente, pidió por radio al alto mando que cancelase el ataque aéreo. Otros que estaban por encima de él —probablemente Göring y probablemente Hitler— lo autorizaron de todos modos.

A la 1.30 de la tarde llegó la Luftwaffe con mas de cincuenta bombarderos Heinkel. No vieron o fingieron no ver las bengalas rojas que lanzó el general Schmidt pidiendo que no bombardeasen e incendiaron y arrasaron el centro de la

ciudad. El aceite de una fábrica de margarina alimentó los terribles incendios. Murieron novecientas personas.

EL SERVICIO DE SONDEOS DE OPINIÓN del gobierno alemán, dirigido por un aplicado hombre de las SS llamado Otto Ohlendorf —que sería ahorcado en Nuremberg por su participación en atrocidades perpetradas en Ucrania— examinó los resultados de los sondeos efectuados por sus oficinas regionales en Aquisgrán, Coblenza, Darmstadt y Neustadt. Era el 14 de mayo de 1940.

Los sondeos indicaban que los ataques de los bombarderos británicos «llevados a cabo contra ciudades abiertas y pueblos causaban gran indignación, pero ninguna inquietud grave entre la población».

ETTY HILLESUM, una mujer judía que vivía en Amsterdam, salió corriendo del Club de Patinaje. Era el 15 de mayo de 1940.

Hillesum alcanzó a su antiguo profesor Willem Bonger. Gente a la que conocía llevaba tiempo sin hablar más que de tratar de huir a Inglaterra. «¿Cree usted que huir tiene sentido?», preguntó Hillesum.

«Los jóvenes tienen que quedarse», fue la respuesta del profesor Bonger.

Hillesum le preguntó si realmente pensaba que la democracia podía vencer.

«Por fuerza tiene que vencer —contestó Bonger—, pero nos va a costar varias generaciones.»

A Hillesum le pareció que de pronto Bonger parecía derrotado e indefenso. Le rodeó con un brazo y anduvo con él un trecho. Luego tomó una de sus manos entre las suyas. «Inclinó dulcemente su voluminosa cabeza y me miró a través de los cristales azules de sus gafas.» Se despidieron.

El profesor se pegó un tiro aquella noche.

EL NUEVO GABINETE DE GUERRA BRITÁNICO —dieciséis hombres sentados alrededor de una mesa grande, con Churchill en el centro— se reunió a las once de la mañana. Era el 15 de mayo de 1940. Churchill pidió una «redada muy grande de extranjeros enemigos y personas sospechosas». Sería mejor, dijo, si esa gente estuviera entre alambre de espinos: correría menos peligro si los alemanes empezasen a bombardear Inglaterra y la gente se pusiera furiosa. Las actas del Gabinete de Guerra no hacen constar ninguna mención de que la mayoría de los extranjeros eran refugiados judíos que habían llegado poco antes.

Había otro asunto importante que tratar: ¿Era el momento, preguntó Churchill, de bombardear el corazón industrial de Alemania, la cuenca del Ruhr? Él opinaba que sí. Dijo que los bombardeos «cortarían Alemania por su raíz principal». Era el «momento psicológico de atacar a Alemania en su propio territorio y convencer al pueblo alemán de que Inglaterra tenía la voluntad y el poderío necesarios para golpearle con fuerza». Los bombardeos debían empezar inmediatamente. No había necesidad de informar a Francia.

El mariscal del Aire Richard Peirse dijo que su Estado Mayor había elegido blancos apropiados entre los patios de maniobras de los ferrocarriles alemanes. (Estas instalaciones ferroviarias, que a menudo se encuentran en el centro de las ciudades, ofrecen un blanco más fácil desde el aire que edificios o barrios industriales en concreto en los que se hayan apagado todas las luces.) Hugh Dowding, jefe del Mando de Caza, dijo que Inglaterra no debía desistir de su propósito por temor a sufrir ataques de represalia. Estos ataques «forzosamente se producirían tarde o temprano». Churchill se mostró de acuerdo. «Debemos contar con que este país será atacado como respuesta», dijo.

Había otra consideración importante, dijo Churchill: «Últimamente, las simpatías de los norteamericanos se han decantado mucho a nuestro favor». ¿El bombardeo de objetivos situados en ciudades alemanas produciría una

«revulsión del sentimiento» en Estados Unidos? ¿O sería aceptado allí como una represalia justificable?

Para reforzar los argumentos a favor de los bombardeos de represalia ingleses contra Alemania —a pesar de que ninguna ciudad inglesa había sido bombardeada aún—, Churchill pidió al nuevo ministro de Información, Duff Cooper, que «se encargara de que la prensa aludiera discretamente a las muertes que entre la población civil habían causado los ataques aéreos alemanes en Francia y los Países Bajos». Sin embargo, Churchill opinaba que la prensa no debía hablar explícitamente de represalias.

El subsecretario permanente Cadogan escribió en su diario: «Esta mañana el gabinete decidió empezar a bombardear el Ruhr. ¡Ahora empieza la “Guerra Total”!».».

AQUELLA TARDE —era todavía el 15 de mayo de 1940— Churchill escribió su primera carta como jefe de gobierno al presidente Roosevelt. Lo que necesitaba Inglaterra, según Churchill, eran cuarenta o cincuenta destructores, varios centenares de aviones, cañones y munición antiaéreos, así como ayuda en Extremo Oriente. «Cuento con que mantenga usted al perro japonés tranquilo en el Pacífico, utilizando Singapur como juzgue conveniente», escribió Churchill.

AQUELLA NOCHE —era todavía el 15 de mayo de 1940— cien bombarderos británicos despegaron e hicieron todo lo posible por bombardear los blancos que pudieron encontrar en la oscuridad. El personal de Otto Ohlendorf informó de que Aquisgrán, Düsseldorf, Colonia, Duisburgo, Coblenza y Münster habían sido atacadas.

El alto mando alemán dijo que los aviones ingleses bombardeaban al azar, mataban civiles pero no alcanzaban nada que tuviese importancia militar.

Bombas incendiarias habían causado daños en un internado de chicas, según el alto mando. Sin embargo, las alumnas estaban ausentes cuando tuvo lugar el ataque.

UN GRUPO DE CIENTÍFICOS FRANCESES fue a hablar con lord Hankey, presidente del Comité de Guerra Microbiológica. Era mayo de 1940. Los científicos trabajaban en la Commission de Prophylaxie de Francia, es decir, la Comisión de Control de Enfermedades, centro de estudio de la guerra biológica situado en Vert-le-Petit, cerca de París. Desde mayo de 1939 los franceses venían investigando la posibilidad de arrojar desde el aire escarabajos de la patata sobre los cultivos alemanes de este tubérculo. También habían investigado la posibilidad de infectar las patatas con *phytophthora infestans* o enfermedad de la patata, causante de la hambruna que padeciera Irlanda a mediados del siglo XIX. Otro campo que también se había estudiado era el lanzamiento desde el aire de portadores de peste bovina.

La idea relativa al escarabajo de la patata no era nueva: en las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, un tal mayor Tiverton (futuro conde de Halsbury), había propuesto que se bombardeara Alemania con escarabajos de la patata. Aunque su plan fue calificado de «muy digno de tenerse en cuenta», no se puso en práctica debido al riesgo de que los escarabajos destruyeran las patatas francesas.

No obstante, ahora que parecía que Francia estaba a punto de caer en poder de los alemanes, las patatas francesas serían patatas alemanas.

GÖRING DIJO A SUS PILOTOS que procurasen no atacar catedrales francesas. «Hice mucho hincapié ante mis aviadores en que las magníficas catedrales góticas de las ciudades francesas debían, en todas las circunstancias, ser protegidas y no ser

atacadas, aunque en ellas hubiera concentraciones de tropas —dijo más adelante—, y en que si había que llevar a cabo ataques, debían utilizarse principalmente Stukas capaces de bombardear con precisión.» Amiens, Ruán, Chartres y otros monumentos fueron salvados deliberadamente, dijo. «Por supuesto, las detonaciones de las bombas rompieron algunos cristales en las catedrales, pero los vitrales más preciosos se habían retirado previamente, gracias a Dios.»

DIVISIONES DE TANQUES ALEMANAS cruzaron Francia. El general Halder escribió: «Un día bastante desagradable. El Führer está terriblemente nervioso». Al día siguiente: «Se enfurece y dice gritando que vamos a echar a perder toda la campaña». Era el 18 de mayo de 1940.

Pronto, no obstante, cuando las fuerzas británicas se replegaron en dirección a las poblaciones de Dunkerque y Calais, en la costa francesa, Hitler volvió a mostrarse expansivo. Lord Gort, el comandante de las fuerzas británicas, había dado orden de retirarse. Un ayudante militar alemán llamado Blumentritt escribió que Hitler había dicho que creía que la guerra terminaría en el plazo de seis semanas. «Después, deseaba firmar una paz razonable con Francia y entonces tendría vía libre para llegar a un acuerdo con Gran Bretaña.» Seguidamente, según Blumentritt, Hitler se embarcó en un monólogo admirativo sobre la grandeza del Imperio británico. Era verdad que los británicos habían empleado con frecuencia medios brutales, pero si usas un cepillo de carpintero, producirás virutas. «Lo único que quería de Gran Bretaña —escribió Blumentritt— era que reconociese la posición de Alemania en el continente.» El objetivo de Hitler era «firmar una paz con Gran Bretaña que esta considerase honrosa».

LA TRIPULACIÓN DE UN BOMBARDERO BRITÁNICO recibió la orden de bombardear una estación de ferrocarril en Düsseldorf. No pudieron encontrarla porque la

ciudad estaba a oscuras, así que hicieron algo denominado «búsqueda cuadrangular». Volaron en una dirección, viraron, volaron en otra dirección y dieron vueltas y más vueltas buscando el lugar que tenían que destruir. Mientras tanto, no hubo ni rastro de fuego antiaéreo ni cazas alemanes. Finalmente, arrojaron las bombas y se fueron. Uno de los tripulantes dijo que señalar blancos como, por ejemplo, estaciones de ferrocarril, no tenía sentido. Al fin y al cabo, a muchos aviones «les costaba localizar siquiera las ciudades en las que estaban situadas».

El 24 de mayo de 1940 Hitler dio a conocer una directriz. La Luftwaffe estaba ahora «autorizada para atacar Inglaterra de la forma más total, tan pronto como se dispusiera de fuerzas suficientes». El cambio de política, cuando llegase el momento, empezaría con «una represalia aniquiladora por los ataques ingleses contra el Ruhr».

Y a pesar de ello, el ataque no tuvo lugar.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT, al ver que las cosas iban mal en Francia, dijo: «Me gustaría que esta nación se preparase para producir como mínimo cincuenta mil aviones al año». Era el 24 de mayo de 1940.

Henry Morgenthau salió en *The New York Times* una semana más tarde: «Planea la producción en masa de motores de aviación». Los diseños de los motores se estandarizarían en diversas clases de caballos de vapor, explicó Morgenthau, y se encargarían a subcontratistas, grandes y pequeños, con el fin de alcanzar la meta de cincuenta mil al año. Morgenthau se había entrevistado con Alfred Sloan, el director de la General Motors, y durante una hora los dos hombres habían hablado del motor refrigerado con líquido. Se estaban construyendo fábricas en todo el país.

CHURCHILL, que había volado varias veces de Londres a París y viceversa, ordenó al reducido contingente británico que quedaba en Calais —brigadas de fusileros y tanques— que luchara hasta morir. Ningún barco acudiría a rescatarlos. Su última batalla distraería a los alemanes y daría a las masas de Dunkerque tiempo para escapar. «Siento la mayor admiración posible por su espléndida resistencia —escribió Churchill al comandante de Calais—. No habrá (*repito*: no habrá) evacuación y las embarcaciones que se requieren para ello deben regresar a Dover.»

Churchill era, como dicen de los generales, un matador de hombres: «Fue doloroso sacrificar así estas espléndidas tropas regulares entrenadas, de las que tan pocas teníamos».

Era el 26 de mayo de 1940.

PHILIPPE PÉTAİN, del Gabinete de Guerra francés, estaba hablando con un ayudante, Paul Baudouin, en París. La capitulación era inminente. «Es fácil, pero también estúpido, hablar de combatir hasta el último hombre —dijo Pétain con lágrimas en los ojos—. También es un crimen en vista de nuestras pérdidas en la última guerra.»

Baudouin se fue a conferenciar con Maxime Weygand, comandante de las fuerzas francesas que se encontraba en el cuartel general, instalado en un castillo de Vincennes. Weygand pensaba igual que Pétain: no servía de nada luchar hasta el último cartucho. Si el Ejército francés era destruido, muy posiblemente surgirían problemas. A veces lo mejor era dejar de combatir con el fin de «evitar una matanza inútil», dijo Weygand. Era el 26 de mayo de 1940.

GÖRING PROMETIÓ aniquilar a la Fuerza Expedicionaria Británica en la playa. Soldados ingleses sedientos formaban largas colas que llegaban hasta el agua,

esperando las embarcaciones que les recogerían para llevarles a casa. Los aviones alemanes se lanzaban en picado y tiraban las bombas, pero la arena amortiguaba las explosiones y no había mucho que las bombas incendiarias pudieran quemar.

Además, hacía mal tiempo y la niebla ocultó lo que Churchill llamó el milagro de Dunkerque.

«Quizá sea una suerte que la Fuerza Expedicionaria Británica sea tan experta en retirarse —escribió Harold Nicolson en su diario—, dado que esa es su principal obligación.»

LOS JEFES DEL ESTADO MAYOR BRITÁNICO, a petición de Churchill, ya habían calculado cómo ganarían la guerra si se producía «cierta eventualidad, es decir, si Francia caía y accedía a firmar la paz por separado con Alemania». Era a finales de mayo de 1940.

Tres cosas podían llevar a la victoria: 1) hambre general y escasez de materias primas en toda Alemania y los países ocupados; 2) debilitamiento de la moral con bombarderos dotados de gran autonomía de vuelo y 3) incitación a la subversión dondequiera que pudiese incitarse.

Con la ayuda de Estados Unidos, teorizaron los jefes del Estado Mayor, un bloqueo riguroso de Europa daría por resultado la escasez de pan, grasas esenciales y fruta. «La vida se sustentará durante un período por medio de la matanza de gran número de animales jóvenes», predijeron, recordando anteriores hambrunas. Antes del invierno de 1940 habría «hambre generalizada en muchas de las zonas industriales». Mientras tanto, disminuirían las existencias de algodón, lana, caucho y gasolina. Y si los norteamericanos estaban dispuestos a proporcionar más aviones, Inglaterra se convertiría en «una base avanzada para las operaciones de grandes bombarderos dotados de mucha autonomía de vuelo que llegarían desde los centros de producción de la otra orilla del Atlántico».

Finalmente, un grupo especial de subversión plantaría en todas partes «semillas de revuelta» en los territorios conquistados.

Imponer estas medidas a todo un continente —dicho de otro modo, hacer que millones de personas pasaran hambre— podía plantear problemas morales, reconocía el informe. Por otra parte, «solo por medio de esta presión podemos asegurarnos de la derrota de Alemania» y, en su día, de reconstruir la civilización europea.

MIL HOMBRES del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard salieron a llamar a las puertas donde vivían «extranjeros enemigos». Reunieron a varios miles de mujeres alemanas y austríacas, muchas de las cuales habían estado trabajando de sirvientas, y las enviaron a la isla de Man, en el mar de Irlanda. «Unas cuantas, principalmente las que tenían hijos de corta edad, lloraron», informó *The New York Times*. Era el 27 de mayo de 1940.

El gobierno británico tenía ahora a once mil personas en sus instalaciones de detención, la mayoría de ellas judías. Al cabo de un tiempo, algunos refugiados fueron enviados a Canadá, donde estuvieron encarcelados durante toda la guerra. Uno de ellos era Max Perutz, refugiado alemán que había estado investigando la hemoglobina en Cambridge. Perutz organizó una escuela en un campo de prisioneros de Quebec y enseñó cristalografía de rayos X a sus compañeros. «Ser detenido, internado y deportado como enemigo por los ingleses, a los que había considerado amigos míos, me amargó más que el hecho mismo de perder la libertad», escribió Perutz.

En el campo de detención de Mooragh, en la isla de Man, los reclusos publicaron un periódico. «Que el *Mooragh Times* dé testimonio de cómo una gran nación consideró justo —por primera vez en los largos siglos de su heroica historia— empezar una guerra por la liberación de la civilización occidental

encarcelando a los enemigos más acérrimos de sus propios enemigos», escribió su director, Robert Neumann, en alemán.

El periódico fue prohibido rápidamente.

LORD HALIFAX y Neville Chamberlain —que ya no era el primer ministro pero aún formaba parte del Gabinete de Guerra— opinaban que Inglaterra debía seguir intentando llegar a un acuerdo de paz con los alemanes, quizá utilizando a Mussolini como intermediario. Era el 27 de mayo de 1940.

Churchill dijo que no, que nada de negociar. Inglaterra había perdido prestigio y la única manera de recuperarlo era seguir luchando. «Evitemos, por tanto, ser arrastrados cuesta abajo con Francia», dijo al gabinete.

Hablaron durante horas alrededor de la mesa grande. Churchill arengó; Halifax perdió los estribos y amenazó con dimitir. «Lo que dijo Winston me pareció una sarta de tonterías monumentales, y también Greenwood —Arthur Greenwood, ministro sin cartera del Gabinete de Guerra—, y después de aguantar un rato, les dije exactamente lo que pensaba de ellos», escribió Halifax en su diario. Churchill dio luego un paseo con Halifax por el jardín del número 10 de Downing Street y se mostró lleno de afecto conciliador y deseos de pedir disculpas. Pero Halifax no quedó convencido del todo. «Me saca de quicio cuando se exalta y se apasiona cuando debería utilizar el cerebro para pensar y razonar», escribió Halifax.

Churchill recordó más tarde el deseo de Inglaterra —esto es, su propio deseo— de seguir combatiendo: «Había un resplandor blanco, arrollador, sublime, que atravesaba nuestra isla de un extremo a otro».

HEINRICH HIMMLER, hijo de un maestro de escuela y hombre de ojos pequeños e inquietos, escribió un memorándum en el que describía sus planes para las

poblaciones extranjeras. De la «masa» genética de más de veinte millones de personas que vivían en los territorios recién conquistados, Himmler se proponía cribar los elementos valiosos desde el punto de vista racial. Los judíos irían a una colonia en África u otra parte, escribió:

Por cruel y trágico que pueda ser cada caso, este método sigue siendo el más compasivo y el mejor si uno rechaza el método bolchevique de exterminio físico de un pueblo porque su convicción interior le dice que no es un método alemán y es imposible.

Hitler leyó el memorándum de Himmler y, según este, lo encontró «bueno y correcto». Era el 28 de mayo de 1940.

CHURCHILL VOLÓ a París para hablar con los generales franceses. Era el 31 de mayo de 1940. Narvik fue el primer asunto que abordaron (los Aliados habían vuelto a tomarla y seguía en su poder, con cierto esfuerzo). Ahora debían abandonarla inmediatamente, dijo Churchill. También hablaron de lo que había que hacer si Italia cometía la idiotez de entrar en guerra. «Propuse que la atacáramos bombardeando desde el aire el triángulo industrial del nordeste, cuyos tres vértices eran las ciudades de Milán, Turín y Génova —dijo Churchill—. Muchos italianos eran contrarios a la guerra y había que hacer que todos se dieran cuenta de su gravedad.»

Para Churchill los bombardeos aéreos eran una forma de pedagogía, una manera de mostrar a los habitantes de las ciudades el horror de los remotos campos de batalla matándolos. La idea no gustó demasiado a los franceses, sin embargo; querían evitar represalias.

Churchill también aseguró a los franceses que Estados Unidos había «despertado a causa de acontecimientos recientes». Una invasión alemana de Inglaterra surtiría un efecto profundo en Estados Unidos, dijo. Lo importante era continuar la lucha. «Sería mucho mejor que la civilización de la Europa

occidental, con todos sus logros, acabara de manera trágica pero espléndida que el hecho de que las dos grandes democracias sobrevivieran despojadas de todo lo que hacía que la vida mereciera vivirse», dijo.

DOROTHY DAY, directora del *Catholic Worker*, escribió un artículo de fondo titulado «Our Stand» («Nuestra actitud»). «Como en la guerra de Etiopía, la guerra de España, la guerra entre los japoneses y los chinos, la guerra entre los rusos y los finlandeses, también en la guerra actual nos oponemos rotundamente al uso de esta como medio de salvar “el cristianismo”, “la civilización”, “la democracia”.» Instó a oponerse de forma no violenta a la injusticia y la servidumbre: lo llamó la Locura de la Cruz.

«Tenemos orden de amar a Dios y amarnos los unos a los otros —escribió—. Es toda la ley, es toda la vida. Nada más importa.» Era junio de 1940.

NORMAN THOMAS, el líder del Partido Socialista, tomó la palabra en un mitin contra la guerra en Washington.

«Estados Unidos debe responsabilizarse de los refugiados europeos —dijo Thomas— y debe proteger las libertades civiles en casa, que ya han sufrido a causa de la histeria bélica.»

También habló el senador Burton Wheeler. «Una histeria insensata se ha apoderado de nuestro pueblo —dijo Wheeler—. Quiero hacer todo lo posible por ayudar a los Aliados a aplastar las fuerzas brutales que pretenden dominar Europa y quizá el mundo. Pero prendiendo fuego a Estados Unidos no ayudaremos a apagar el fuego en Europa.» Era el 7 de junio de 1940.

UN CIENTÍFICO REFUGIADO, Rudolf Peierls, se entrevistó con el profesor Lindemann, asesor científico de Churchill. Lindemann, adusto, quisquilloso, con sombrero hongo, era partidario decidido de bombardear ciudades. Peierls y su colega Otto Frisch estaban convencidos de que era posible fabricar una superbomba a partir de un isótopo concentrado de uranio.

Peierls describió el funcionamiento de la bomba y Lindemann le escuchó. «No le conozco lo suficientemente bien —escribió Peierls— para traducir correctamente sus gruñidos.» Pero Peierls tuvo la impresión de que había convencido a Lindemann de que el concepto de una reacción en cadena tenía por lo menos que tomarse en serio. Era primeros de junio de 1940.

RONALD HEALISS, de la Royal Navy, se encontraba en un portaaviones que volvía a casa tras zarpar del puerto de Narvik, que había sido abandonado. Churchill había dicho ir a Narvik, y la Armada había ido. Ahora Churchill decía volved a casa, y la Armada volvía a casa. Era el 9 de junio de 1940.

Dos acorazados alemanes de gran calado, el *Scharnhorst* y el *Gneisenau*, abrieron agujeros en el barco de Ronald Healiss. Cuando escoró y empezó a hundirse, Healiss saltó por encima de la hélice, que seguía moviéndose, a las gélidas aguas del mar del Norte. Encontró una embarcación maltrecha y escorada y subió a ella. Había veinte hombres en la embarcación, todos ellos atados para evitar que las olas se los llevaran. «Durante las cuatro horas siguientes vi morir a todos aquellos hombres —escribió Healiss—. Vi cómo se iban, de uno en uno, deslizándose silenciosamente hacia la muerte, los ojos vidriosos y el cuerpo inmóvil, excepto cuando las olas los alzaban y después los dejaban caer de nuevo en la embarcación.»

Healiss abandonó la barcaza y nadó hasta una balsa, donde había más moribundos. Subió a ella. De pronto, un hombre profirió un alarido y se arrojó a

las negras aguas. Finalmente un barco noruego recogió a Healiss y le dejó, congelado pero a salvo, en las islas Feroe; había vuelto a casa desde Narvik.

EN INGLATERRA, el Ministerio del Interior, presa de la histeria a causa de la guerra, envió una nueva y más amplia orden de detención. Todos los extranjeros enemigos de entre sesenta y setenta años de edad, hombres y mujeres —una vez más, judíos en su mayoría— debían ser encerrados, además de los que contaban entre dieciséis y sesenta años. No debían ser torturados ni golpeados, como en Dachau, donde algunos habían estado internados, sino solo privados de libertad durante varios años.

Era el 10 de junio de 1940.

Churchill había preparado el terreno en la Cámara de los Comunes. Sabía, dijo, que muchos de los alemanes a los que se estaba encerrando eran enemigos de los nazis. «Lo lamento mucho por ellos —dijo—, pero no podemos, en estos momentos y bajo estas presiones, hacer todas las distinciones que nos gustaría hacer.»

EN ITALIA se ordenó que todo el mundo se congregase en la plaza mayor de su pueblo o ciudad para oír hablar a Mussolini. Era el 10 de junio de 1940.

A las seis, Mussolini salió al balcón del Palazzo Venezia de Roma vestido con una camisa negra. El conde Ciano, su yerno, que lucía uniforme de aviador, se colocó cerca de él. «¡Venceremos!», exclamó Mussolini, tras declarar la guerra a Inglaterra.

«La noticia de la guerra no sorprende a nadie y no despierta mucho entusiasmo —escribió Ciano en su diario—. Estoy triste, muy triste. Empieza la aventura.»

EL GOBIERNO INGLÉS empezó a llevar a cabo redadas de italianos, que ahora también eran extranjeros enemigos. Utilizando listas que proporcionó el MI-5, el departamento de contraespionaje, el gobierno detuvo al director del Piccadilly Hotel, al jefe de cocina del Café Royal y a dos payasos del circo Bertram Mills. «Que les echen el guante a todos», se dice que ordenó Churchill. *Hotel Review*, una publicación del ramo de hostelería inglés, se mostró complacida: la «italianización a gran escala de nuestros hoteles se verá ahora frenada».

La Policía Montada de Canadá también detuvo a varios centenares de italianos. Durante las redadas en Toronto, manifestantes antiitalianos rompieron los escaparates de fruterías cuyos propietarios eran italianos. Los italo-canadienses fueron concentrados en el Exhibition Park de Toronto y trasladados luego a campos de detención.

VICTOR KLEMPERER, en Dresde, oyó contar una anécdota. Una mujer se presentó en uno de los hospitales de la ciudad para ver a su marido, que acababa de regresar herido del frente. El hombre estaba muy mal. Había perdido la mitad de la cara y un brazo. La mujer se puso a chillar: «¡Los judíos tienen la culpa! ¡Los judíos tienen la culpa!».

Klemperer escribió lo que dijo otra persona: «Nos mandarán a todos a Lublin». Era el 11 de junio de 1940.

HAROLD NICOLSON escribió una carta a su esposa, Vita Sackville-West. «Lo que hace que me rechinen los dientes es que Hitler dijo que el 15 de junio estaría en París —decía la carta—, y pienso que así será, con lo cual aumentará su leyenda mística.» Pero, a pesar de todo, Nicolson estaba disfrutando. Se sentía *asediado*,

dijo. «No sabía que poseía semejantes instintos combativos. Cariño, ¿a qué se debe que me sienta tan *alegre*?» Era el 12 de junio de 1940.

CINCO BOMBAS BRITÁNICAS cayeron en una estación de ferrocarril y un hotel en Renens, al norte de Lausana, en la neutral Suiza. «Una mujer que iba en silla de ruedas murió, su esposo perdió un pie y un hombre que dormía en el hotel resultó mortalmente herido», informó la Associated Press. Era todavía el 12 de junio de 1940.

El gobierno británico expresó su pesar y explicó que los bombarderos se habían extraviado.

SEIS MIEMBROS de la Peace Pledge Union fueron detenidos y juzgados por publicar un cartel en Londres. El cartel rezaba: «La guerra cesará cuando los hombres se nieguen a luchar. ¿Qué va a hacer USTED al respecto?». El Ministerio de Información atacó la «perniciosa propaganda» de la Peace Pledge Union. Al cabo de un tiempo los cinco hombres fueron puestos en libertad, pero la gente captó el mensaje: pacifismo equivalía a subversión. Era junio de 1940.

En Alemania, el doctor Hermann Stöhr, secretario de la Hermandad de la Reconciliación Alemana, se negó a incorporarse al Ejército. Fue fusilado.

EL GENERAL JOHN DILL, jefe del Estado Mayor y miembro del Gabinete de Guerra, sopesó las ventajas de utilizar gas tóxico en la defensa de las islas Británicas. Era el 15 de junio de 1940.

Había dos objeciones graves a la idea, pensó Dill. En primer lugar: «Nos hemos comprometido a no usar gas excepto como represalia. Faltar a nuestra

palabra puede tender a que perdamos las simpatías de los norteamericanos». Y en segundo lugar, el empleo de gas provocaría inmediatamente represalias de Alemania contra la población inglesa.

Con todo, la idea era atractiva. «Las fuerzas enemigas aglomeradas en las playas, con la confusión inevitable del primer desembarco, ofrecerían un blanco magnífico», escribió Dill. Los aviones podrían rociarlas cuando desembarcaran —como los aviones de Mussolini habían rociado a los etíopes— y la línea de la playa podría quedar cubierta por una espesa capa de mostaza. En conjunto, las ventajas eran mayores que los riesgos.

Otros miembros del gabinete rechazaron la propuesta de Dill y no se habló más de la idea. Luego Winston Churchill volvió a ella: «Quiero un informe sobre la cantidad de mostaza u otras variantes que tenemos en reserva —escribió—. A mi modo de ver, no habría necesidad de esperar hasta que el enemigo adoptara semejantes métodos».

Los británicos empezaron a hacer acopio de gas mostaza, fabricado por Imperial Chemical Industries.

PARÍS SE RINDIÓ. «Es extraño lo tibia que ha sido la reacción aquí —escribió Marie Vassiltchikov, joven refugiada política rusa en Berlín—. No hay absolutamente ninguna sensación de euforia.» Churchill redactó una carta dirigida a los líderes de Canadá, Australia y los otros países de la Commonwealth en la que les aseguraba que Inglaterra llegaría hasta el final de su «lucha a vida o muerte». No habría ningún acuerdo de paz. Era muy posible que Alemania atacara desde el aire o intentase una invasión desde el mar, dijo Churchill, pero Inglaterra agotaría a los alemanes atacando la «congestionada y centralizada industria de guerra —las ciudades— del Ruhr».

«Personalmente creo que el espectáculo de la lucha feroz y la carnicería en nuestra isla empujará a Estados Unidos a entrar en la guerra —dijo Churchill—.

Confío en que conjuntamente con Estados Unidos seguiremos luchando hasta que el régimen de Hitler se derrumbe bajo la presión.»

Enseñó la carta al mariscal del Aire Newall, que se conmovió mucho. «Experimenté una sensación de serena confianza», dijo Churchill más tarde.

Era el 16 de junio de 1940.

TRAS UNA LARGA sesión del Gabinete de Guerra, lord Halifax volvió a tratar de comprender un poco a Churchill. «Después de verlo funcionar, pienso que el cerebro de Winston es el más extraordinario que he visto en mi vida, una curiosísima mezcla de emoción infantil y razón de hombre», dijo. Era el 19 de junio de 1940.

Al día siguiente, Churchill dirigió la palabra a la Cámara de los Comunes reunida en sesión secreta. Las angustias de Inglaterra arrastrarían a Estados Unidos a la guerra, dijo Churchill —cuya madre era norteamericana— a la Cámara. «Nada los conmoverá como ver que se combate en Inglaterra», dicen sus notas para el discurso. «La lucha heroica de Gran Bretaña es la mejor oportunidad de hacer que [Estados Unidos] entre en la guerra.» Una vez Roosevelt haya sido reelegido, Estados Unidos hará más, prometió: «Todo depende de nuestra resolución y de que resistamos hasta que las cuestiones electorales se aclaren allí».

LA ROYAL AIR FORCE bombardeó Génova y Milán. Era junio de 1940. Arrojaron bombas sobre Düsseldorf, se fueron y al cabo de un rato volvieron y arrojaron más bombas cuando la gente salía de los refugios para sofocar los incendios. En Münster y Wertheim la RAF iluminó partes de la ciudad y luego voló bajo y ametralló a los bomberos. «Un odio intenso a Inglaterra se está concentrando —

informó el servicio de sondeos de opinión de Ohlendorf— y pide venganza una y otra vez.»

FRANKLIN ROOSEVELT echó a su secretario de Guerra, Harry Woodring. Era junio de 1940. A Woodring le gustaba tener muchos aviones en Estados Unidos; no quería que fueran a Inglaterra. Morgenthau y Roosevelt habían ideado un plan que consistía en que algunos B-17 bastante nuevos, cada uno de los cuales había costado un cuarto de millón de dólares, serían calificados de sobrantes y devueltos a Boeing para que pudiese revenderlos a Inglaterra. De esta manera la neutralidad norteamericana permanecería intacta.

Woodring se negó a apoyar el plan. Roosevelt le echó y le ofreció el cargo de gobernador de Puerto Rico, cuya administración era «de la máxima importancia para este país». Woodring dijo que no, gracias, y escribió una carta en la que expresaba su opinión de que ceder los bombarderos «no era lo que más convenía a la defensa de nuestro país».

Roosevelt respondió con una carta mordaz en la que decía que Woodring «se equivocaba levemente en las fechas y los hechos». Él, Roosevelt, no había formulado ninguna «petición» en el sentido de que se cedieran los bombarderos. «El hecho escueto —explicó— es que el 17 de junio, al repasar una lista del material del Ejército y la Armada con el secretario del Tesoro, había aparecido cierto número de “bombarderos de los llamados Fortalezas Volantes” que llevaban mucho tiempo al servicio del Ejército, en algunos casos entre dos y tres años. Se había sugerido que si tales bombarderos, debido a su antigüedad, eran inservibles, sería conveniente para la defensa nacional entregarlos a los constructores a cambio de nuevos bombarderos del último modelo.» Roosevelt dijo que estaba seguro de que Woodring no había querido crear la impresión de que era contrario a los hechos reales. Esperaba que no fuera necesaria ninguna

comparecencia ante comités del Congreso ni provocar «falsos problemas». Concluyó la carta con saludos sinceros.

EN BERLÍN Marie Vassiltchikov, la refugiada rusa, asistió a una fiesta en el piso de su nuevo amigo C. C. von Pfuel. Era el 21 de junio de 1940. Von Pfuel, que había llevado a Vassiltchikov al teatro y otros lugares varias veces, veía la guerra con pesimismo: opinaba que sería larga. Vassiltchikov volvió a casa y se disponía a acostarse cuando sonaron las sirenas de alarma antiaérea. «Nos sentamos en los escalones de abajo y charlamos con el portero, que era vigilante contra ataques aéreos además de portero —escribió en su diario—. Más adelante nos enteramos de que habían arrojado bombas cerca de Potsdam, pero ninguna en Berlín.»

LOS ITALIANOS invitaron a algunos corresponsales extranjeros a recorrer en autobús los lugares donde las bombas habían causado daños en Turín y Milán. Cuatro bombas británicas habían caído en una plaza de un barrio pobre de Turín, cerca de un depósito de petróleo. «Causaron la muerte de diez civiles, la mayoría en sus casas», escribió Allen Raymond en el *Herald Tribune* de Nueva York. En Milán los periodistas vieron la fábrica de aviones Breda, la fábrica de neumáticos Pirelli y una acería. Ninguna de ellas había sufrido daños. Sin embargo, cinco bombas habían alcanzado un asilo católico para niños. Los periodistas se enteraron de que un hombre que padecía del corazón había sido trasladado urgentemente a un hospital después del ataque, donde descubrieron que se había curado debido a la impresión causada por el bombardeo. «El párroco y los vecinos del asilo están convencidos de que se trata de un milagro», escribió Raymond.

La gente del barrio señaló un segundo milagro: «Una imagen de terracota de

la Virgen, situada justo entre dos puntos alcanzados por sendas bombas, seguía intacta, mientras que las explosiones habían destruido todo lo que había a su alrededor».

Era el 21 de junio de 1940.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT nombró a Henry Stimson para sustituir a Harry Woodring en el cargo de secretario de Guerra. El nombramiento complació a los chinos, pero no a los japoneses. «Posiblemente no hay ningún estadista norteamericano que caiga peor a los japoneses que el señor Stimson», dijo el *Herald Tribune* de Nueva York. Era el 21 de junio de 1940.

CLEMENTINE CHURCHILL, que se encontraba en Chequers, la residencia de los primeros ministros británicos en el campo, escribió una carta a su esposo. Era el 23 de junio de 1940. Decidió que no podía enviarla y la rompió. Varios días después, en Downing Street, se sintió impulsada a volver a escribirla.

Uno de los hombres que te rodean (un amigo muy leal) me ha dicho que existe el peligro de que despiertes aversión general entre tus colegas y subordinados a causa de tu carácter brusco, sarcástico y autoritario.

La queja la había dejado atónita, dijo, pero añadió: «Mi querido Winston: Debo confesar que he notado un empeoramiento de tu carácter y que no eres tan amable como antes». La señora Churchill recomendó cortesía, amabilidad y serenidad olímpica. Trazó el dibujo de un gato y terminó diciendo: «Te ruego que perdones a tu amante, devota y vigilante Clemmie».

HITLER Y ALBERT SPEER visitaron la Ópera de París, que estaba vacía pero

totalmente iluminada. Era el 25 de junio de 1940. Hitler nunca había estado allí —de hecho, nunca había estado en París—, pero había estudiado atentamente los planos del edificio. Fue lo primero que quiso ver. Con Hitler al frente, inspeccionaron todos los componentes ornamentales del edificio. Hitler «se extasió varias veces ante su belleza —recordó Speer— y sus ojos brillaban de entusiasmo, de una manera que me pareció sobrenatural». Hitler se fijó en que faltaba una habitación cerca de uno de los palcos del proscenio: los planos indicaban que allí debía haber un salón, pero no lo había. «Ah, sí», dijo el guarda, hacía unos años se habían efectuado renovaciones. «Ya ve usted que sé por dónde voy», dijo Hitler.

Más avanzado el día, Speer se reunió con Hitler en un cuartel general provisional situado en un pueblo de la frontera belga, Brûly-de-Pesche. «¿Verdad que París es hermosa?», preguntó Hitler. Dijo que había llegado el momento de reanudar el trabajo en Berlín y que cuando hubieran terminado el gran bulevar, Berlín haría sombra incluso a París.

Más tarde, recordando su visita, Hitler comentó: «Para mí fue un gran alivio que no nos viéramos obligados a destruir París».

CHURCHILL DIO INSTRUCCIONES al ministro de Información. Era el 26 de junio de 1940.

«Debería pedirse a la prensa y la radio que se ocupen de los ataques aéreos con serenidad y rebajando el tono de interés público», dijo Churchill. Sin destacarlos excesivamente, sin titulares. «Todo el mundo debería aprender a tomarse los ataques aéreos y las alarmas antiaéreas como si no fueran más que tempestades de truenos. Le ruego que procure recalcar esto cuando hable con los responsables de la prensa y los persuada para que cooperen.»

THE NEW YORK TIMES dio a conocer el número de bombarderos Hudson que Estados Unidos había vendido a Inglaterra y Francia. El total, en junio de 1940, ascendía a 1.860. Se habían utilizado para arrojar octavillas y se habían «encargado de gran parte del patrullaje en el mar del Norte y de los bombardeos de objetivos lejanos en días recientes».

Mientras tanto, existía la otra arma: el bloqueo de hambre. «Una declaración oficial británica examinó las posibilidades de causar hambrunas y juzgó que eran buenas si se podía hacer que la guerra y el bloqueo durasen hasta el invierno», publicó la revista *Time*. Era el 1 de julio de 1940.

EL GENERAL RAYMOND E. LEE, agregado aéreo norteamericano en Londres, asistió a una representación de *El mikado* en el D'Oyly Carte. «Lo hacen bien y hay tantas coletillas y citas reconocibles que es como escuchar a Shakespeare — escribió en su diario—. El público, que vestía de tweed y llevaba caretas antigás, respondió muy bien.» Era el 1 de julio de 1940.

UN HOMBRE DE LA GESTAPO en Varsovia dijo a Adam Czerniakow, director del Consejo Judío, que la guerra terminaría muy pronto, en el plazo de un mes. Después, todos los judíos irían a Madagascar. «De esta manera el sueño sionista se hace realidad», escribió Czerniakow. Era el 1 de julio de 1940.

Las obras de construcción de un nuevo gueto en Varsovia cesaron inmediatamente. Las SS y el Ministerio de Asuntos Exteriores bullían de propuestas antagónicas. Todos los judíos irían a un inmenso campo de concentración insular, un «supergueto», como lo llamaba un memorándum, administrado por un gobernador de las SS, con un alcalde, policía y estafetas de correos judíos. Ciento veinte barcos, cada uno de los cuales llevaría mil quinientos judíos, podrían transportar cuatro millones de judíos a Madagascar en

cuatro años, opinaba Adolf Eichmann, experto en emigración judía de la Oficina Central de Seguridad. Madagascar pertenecía a Francia, pero ahora Francia era de Alemania. Tan pronto como los barcos pudieran viajar libremente otra vez —dicho de otro modo, tan pronto como Inglaterra firmara la paz con Alemania y levantase el bloqueo del tráfico oceánico—, los judíos europeos se irían, tras ser despojados de la riqueza que todavía les quedara.

Todo dependía, no obstante, de que se llegara a un acuerdo de paz con Churchill.

EL CONDE CIANO, yerno de Mussolini, estaba hablando con William Phillips, el embajador de Estados Unidos en Italia. Era el 3 de julio de 1940.

Ciano preguntó a Phillips si Estados Unidos estaba dispuesto a entrar en la guerra. Phillips respondió que no, que de momento Estados Unidos no pensaba participar en la contienda. «Nos estamos armando a gran escala y estamos ayudando a los británicos de muchas maneras —dijo a Ciano—. Sin embargo, algún acontecimiento nuevo podría decidarnos a intervenir, por ejemplo, un bombardeo en Londres que causara muchas víctimas entre la población civil.»

Ciano escribió: «Por eso Hitler es prudente y se lo piensa antes de empezar la aventura final».

UN ALMIRANTE BRITÁNICO, lord Somerville, presentó un ultimátum a una escuadra de buques de guerra franceses anclados en Mers el-Kebir, en la costa de Argelia: Únanse a la Armada británica o hundan sus barcos. «Pensamos que Somerville encontró esto muy desagradable», recordó Vernon Coles, miembro de la tripulación del *Faulknor*. El almirante Gensoul, comandante de la escuadra francesa, se tomó el ultimátum como una afrenta y se negó a obedecer; los británicos, siguiendo órdenes de Churchill, abrieron fuego. «Fue una triste ironía

—dijo Coles—. No estábamos atacando a los alemanes o a los italianos, sino al enemigo más viejo de la Royal Navy y aliado nuestro en el siglo xx.» El *Dunkerque* resultó alcanzado, al igual que el *Bretagne*, el *Mogador* y el *Provence*. El almirante Gensoul dijo entonces: «Por el amor de Dios, dejen de disparar. ¡Nos están asesinando!». Murieron más de mil marineros franceses. Era el 3 de julio de 1940.

En la Cámara de los Comunes, Churchill pronunció un discurso enardecedor sobre la destrucción de la flota francesa. «Cuando terminó, el decoro del Parlamento se esfumó», escribió el general Raymond Lee, que contemplaba la escena desde la galería de invitados distinguidos. «Se levantaron todos y empezaron a gritar, vitorear y agitar órdenes del día y pañuelos como locos.»

MOHANDAS GANDHI escribió una carta abierta al pueblo de Inglaterra. Era el 3 de julio de 1940. «Vuestros soldados están haciendo la misma labor de destrucción que los alemanes —decía la carta—. Quiero que luchéis contra el nazismo sin armas.»

Si Hitler y Mussolini decidían invadir Inglaterra, dijo Gandhi, que la invadieran. «Dejadles que se apoderen de vuestra hermosa isla y de los numerosos edificios bellos que hay en ella. Entregaréis todo esto, pero no vuestras almas ni vuestras mentes.»

Si estos caballeros optan por ocupar vuestros hogares, los desocuparéis. Si no os permiten salir libremente, dejaréis que os maten a todos, hombres, mujeres y niños, pero os negaréis a jurarles lealtad.

Este método, según Gandhi, había tenido un éxito considerable en la India.

EL SERVICIO DE SONDEOS DE OPINIÓN de Otto Ohlendorf escribió que las noticias que daban la prensa y la radio sobre los bombardeos llevados a cabo por la

Royal Air Force habían causado «rabia general contra Inglaterra y el deseo de tomar represalias “de verdad” mediante el bombardeo de ciudades inglesas». Era el 4 de julio de 1940.

Hitler seguía sin decidirse a dar la orden a Göring. Sus ejércitos había conquistado media docena de países. Las campañas militares habían ido bien — los ingleses se habían visto obligados a abandonar el continente—, pero aun así habían muerto miles de soldados. Se habían perdido aviones de caza, así como tanques. Había que curar las heridas. Había que otorgar medallas; había que conferir ascensos. Había que reponer municiones.

Hitler tenía cien millones de nuevos súbditos, incluidos varios millones de judíos. La eugenesia exigía más análisis rigurosos en los estados eslavos. Hitler necesitaba tiempo para asimilar su condición de Führer de Francia.

Pero Churchill no le dio tiempo: interpretó el papel de picador y envió escuadrones noche tras noche. Comparados con los ataques en masa que empezaron dos años más tarde, los daños que causaron los bombardeos británicos fueron minúsculos e intermitentes, pero no fue esa la sensación que produjeron a los civiles alemanes y, además, la prensa británica y la norteamericana los exageraron. En el comunicado que hizo público el Ministerio del Aire, una pequeña incursión contra los muelles de Hamburgo se convirtió en un ataque a gran escala contra depósitos de petróleo, acompañado de una «violenta explosión que iluminó el cielo en un radio de muchos kilómetros».

VICTOR KLEMPERER apuntó en su diario una nueva prohibición: no se permitiría la presencia de judíos en los parques de Dresde. Era el 6 de julio de 1940.

Mientras tanto, las noticias hablaban de ataques aéreos. «Día tras día los aviones ingleses “causan daños insignificantes a objetivos no militares” y solo matan a civiles, la mayoría de ellos mujeres y niños; Alemania se cobrará una venganza terrible por estos crímenes», escribió, parafraseando la línea oficial.

«¿Qué nos pasará en el caso de una victoria alemana? —se preguntó Klemperer—. ¿Y qué en el caso de una derrota alemana?»

Katz, un anciano de la Casa de los Judíos, dijo a Klemperer: «En Berlín los judíos están rezando por la victoria de Hitler».

Al día siguiente Klemperer oyó un rumor: el gobierno británico había dimitido. «Ahora firmarán la paz —le dijo su informante— y nos mandarán a Madagascar.»

CHURCHILL ESCRIBIÓ un memorándum a Max Beaverbrook, ministro de Producción Aeronáutica y propietario del *Daily Express*. Era el 8 de julio de 1940. Según Churchill, lo que necesitaban en ese momento eran aviones de caza, pero en el futuro necesitarían más bombarderos. «Se ha roto el bloqueo», escribió. Hitler tenía Asia y tal vez África; tal vez sería repelido en Inglaterra o tal vez decidiría no invadirla, especuló Churchill. Tal vez se dirigiría al este e Inglaterra «no podría impedirselo». Y entonces, ¿qué? Si Hitler se dirigía al este, Inglaterra no tendría ninguna guerra que hacer.

«Pero hay una cosa que le hará volver y provocará su caída —escribió Churchill—, y esa cosa es un ataque absolutamente devastador y exterminador contra la patria nazi a cargo de bombarderos muy pesados procedentes de este país.» El dominio del aire era el objetivo, dijo a Beaverbrook. «¿Cuándo puede obtenerse?»

EL PRESIDENTE ROOSEVELT quería llamar gente a filas pese a que Estados Unidos no estaba en guerra, lo cual era algo que nunca había sucedido. Un grupo formado por varios centenares de escritores y profesores —entre ellos Rufus Jones, Dorothy Detzer, el reverendo Harry Fosdick y Milton Mayer— firmó una declaración contra el servicio militar obligatorio.

El servicio militar universal, decía la declaración, siempre había sido un instrumento que empleaban los dictadores para reprimir la conciencia de un pueblo y adoctrinarlo en la idea de que la fuerza bruta era superior a los ideales. «La idea esencial que subyace en el reclutamiento forzoso es la premisa principal de toda dictadura y todo totalitarismo —decían los firmantes—. Es el supuesto de que el ciudadano individual no es más que un peón en manos de un poder estatal sin límite.» Era el 8 de julio de 1940.

CHRISTOPHER ISHERWOOD almorzó con Thomas y Katia Mann y su hijo Klaus, que, al igual que su padre, era novelista. Isherwood y Klaus Mann discreparon sobre la guerra. Mann dijo que Isherwood debería hacer una declaración pública de apoyo a la causa aliada, ya que su silencio se estaba interpretando mal. Mann afirmó que, por supuesto, él también era pacifista, incapaz de matar personalmente a nadie. Pero, a pesar de ello, el pacifismo no era bueno ahora: «Si dejas que los nazis maten a todo el mundo, permitirás que la civilización sea destruida».

Isherwood contestó con un argumento que había oído formular a Aldous Huxley: «De todos modos, la civilización muere de envenenamiento de la sangre cuando empieza a usar las armas de sus enemigos y responde al crimen con el crimen».

Mann dijo que las profesiones de pacifismo no hacían más que ayudar a los nazis y los quintacolumnistas.

«Por eso —respondió Isherwood— tengo la boca cerrada.» Era el 8 de julio de 1940.

«NUESTRA ACCIÓN contra la flota francesa ha causado un efecto tremendo en todo

el mundo —escribió Harold Nicolson a su esposa—. Estoy que no me llega la camisa al cuerpo.»

Era el 10 de julio de 1940.

EL VIRREY DE LA INDIA, lord Linlithgow, rechazó cortésmente la sugerencia de Gandhi al pueblo británico de que emplease métodos no violentos para oponerse a Hitler. El gobierno británico, dijo Linlithgow, estaba «firmemente decidido a proseguir la guerra hasta su conclusión victoriosa».

Era el 10 de julio de 1940.

«Estoy agradecido a S. E. el virrey por hacer llegar mi ofrecimiento al gobierno de Su Majestad —contestó Gandhi en *Harijan*—. Sin duda la determinación es natural y digna de la mejor tradición británica. No obstante, la espantosa matanza que la determinación lleva aparejada debería inducir a buscar una forma mejor y más valerosa de alcanzar el fin.»

EL COMITÉ DEL SENADO PARA ASUNTOS MILITARES estaba celebrando una serie de sesiones muy movidas sobre el Proyecto de Ley de Instrucción y Servicio Militar Obligatorio, el Proyecto de Ley de Reclutamiento Forzoso. Era julio de 1940. James Conant, rector de Harvard, dijo: «El país se ve gravemente amenazado. A mí me parece que debería promulgarse cuanto antes una ley que provea la potenciación inmediata de nuestras Fuerzas Armadas». William J. «Wild Bill» Donovan —abogado que espiaba para Roosevelt— dijo: «Si quieres luchar, tienes que ser fuerte; pero si quieres tener paz, tienes que ser aún más fuerte, porque creo en la paz estoy a favor de este proyecto de ley».

Norman Thomas, el líder socialista, era contrario al proyecto de ley. Era, dijo, una falsedad afirmar que la creación de un ejército de reclutas ayudaría a la causa de la libertad. «El servicio militar obligatorio no es libertad, sino

servidumbre; su igualdad es la igualdad de los esclavos —dijo Thomas—. El reclutamiento forzoso, sean cuales sean las esperanzas e intenciones de algunos de sus partidarios actuales, en una nación tan potencialmente poderosa y agresiva como la nuestra, es un camino que conduce directamente al militarismo, el imperialismo y finalmente al fascismo norteamericano y la guerra.» Thomas añadió que era quizá natural que el proyecto de ley lo patrocinase el senador Edward R. Burke, que, a su regreso de una visita a Alemania en 1938, había declarado que Hitler «estaba proporcionando bienestar a todo el pueblo alemán».

CATHERINE FITZGIBBON, de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, también se opuso rotundamente al proyecto de ley. «Me gustaría simplemente enumerar unas cuantas cosas que nos tienen un tanto asustadas —dijo FitzGibbon—. Cuando los judíos de Alemania buscaron refugio, este gobierno no hizo ningún esfuerzo especial por ayudarles; los cupos de inmigración continuaron siendo exactamente los mismos.» Ese fallo, dijo, «complació a Hitler. Asimismo, la excesivamente entusiasta caza de espías, agentes extranjeros y quintacolumnistas que llevó a cabo este país imitó el totalitarismo». Y ahora, por primera vez en la historia de Estados Unidos, el gobierno de Washington se proponía convertir a los hombres en vasallos del Estado cuando el Estado no se hallaba embarcado en ninguna guerra. Los grandes ejércitos de reclutas eran lo que permitía que Hitler, Mussolini y Stalin tuvieran poder. «La pauta totalitaria es prácticamente total», declaró FitzGibbon.

Un juez de Filadelfia, William F. Clark, testificó después de Catherine FitzGibbon a favor del proyecto de ley. Su indumentaria suscitó comentarios: llevaba una camisa caqui y un brazalete rojo, blanco y azul. No había, dijo el juez Clark, «ninguna analogía entre el servicio militar obligatorio selectivo y el totalitarismo».

LA VOZ RESONANTE DE CHURCHILL se escuchó en la radio. «Esperamos sin desfallecer el asalto inminente —dijo—. No pediremos condiciones de paz, no toleraremos negociaciones. Puede que mostremos clemencia, pero no la pediremos para nosotros.» Era el 14 de julio de 1940.

Hitler dio a conocer la Directriz Número 16: «Como Inglaterra, a pesar de su desesperada situación militar, no da señales de estar dispuesta a llegar a un acuerdo, he decidido preparar una operación de desembarco contra Inglaterra, y, si es necesario, llevarla a cabo».

Pero no lo hizo. Empezó a escribir un discurso.

EL GENERAL RAYMOND LEE examinó el cráter de una bomba cerca de una alquería en la campiña inglesa. El cráter medía casi once metros de ancho por unos nueve de hondo. «En el borde había un establo en el que había un caballo, una vaca y un toro, todos ellos ilesos —escribió—. Un cerdo fue traspasado por una astilla de madera y un gallo resultó muerto. Eso es todo.» Era el 16 de julio de 1940.

HITLER PRONUNCIÓ UN DISCURSO en el Reichstag. Controló mejor la voz, opinó William Shirer, y su oratoria era insólitamente buena. No profirió gritos ni exclamaciones, como había hecho en ocasiones anteriores. Era el 19 de julio de 1940.

«El señor Churchill acaba de declarar otra vez que quiere la guerra», dijo Hitler.

Un gran imperio mundial será destruido, un imperio mundial que nunca tuvo la intención de destruir o dañar. Pero soy plenamente consciente de que la continuación de esta guerra solo terminará con la destrucción total de una de las dos partes beligerantes. El señor Churchill puede creer que esta parte será Alemania. Yo sé que será Inglaterra.

Su conciencia, prosiguió, le obligaba a hacer un último llamamiento a Inglaterra: «No veo ninguna razón que nos fuerce a continuar esta guerra».

El conde Ciano, que se encontraba presente y aplaudía, escribió que había notado «un tono inusualmente humanitario» en el discurso de Hitler. «Creo que su deseo de paz es sincero —dijo—. Esperan y ruegan que este llamamiento no sea rechazado.»

En la misma ceremonia, Hitler concedió ascensos a sus generales de pecho centelleante. Göring recibió el privilegio de lucir una nueva y espléndida guerrera con insignias bordadas en plata en el cuello. También recibió un aumento de sueldo y un estuche que contenía una medalla acuñada especialmente; se apresuró a mirar a hurtadillas el estuche en el estrado. «Su orgullo y su satisfacción de chiquillo casi resultaron conmovedores, el muy asesino», dijo Shirer.

UNA HORA DESPUÉS de que la radio transmitiera el último llamamiento de Hitler a la razón, uno de los locutores en lengua alemana de la BBC, Sefton Delmer, transmitió una respuesta extraoficial a los radioyentes alemanes: «Me permitirán que les diga lo que aquí en Inglaterra pensamos de su llamamiento a lo que les complace denominar nuestra razón y nuestro sentido común —dijo Delmer en alemán—. Herr Führer y Reichskanzler, lo rechazamos sin más, se lo tiramos a sus apestosos dientes».

El conde Ciano escribió: «A última hora de la tarde, cuando llegan las primeras y frías reacciones inglesas al discurso, una sensación de decepción mal disimulada cunde entre los alemanes».

Churchill guardó silencio. «No voy a decir nada en respuesta al discurso de Herr Hitler —dijo—, toda vez que no me hablo con él.»

HAROLD NICOLSON ESCRIBIÓ: «La reacción al discurso de ayer de Hitler es una buena reacción. Sin embargo, sé muy bien que nos exponremos a un castigo terrible». Era extraño, pensó Nicolson, que se odiara tan poco a Hitler o los alemanes. «Hoy nos resistimos a una animadversión fundamental —escribió—. Si somos invadidos, puede que nos enfademos.» Era el 20 de julio de 1940.

Charles Portal, jefe del Mando de Bombardeo, pasó aquella noche en Chequers, la residencia de los Churchill. «El primer ministro preguntó qué se podía hacer en relación con bombardear Berlín, y le di la fecha del 1 de septiembre», escribió Portal más tarde. Dijo al primer ministro que, con doce horas de antelación, sería posible enviar en cualquier momento bombarderos pesados a Berlín a partir del 1 de agosto.

FRANCES PARTRIDGE —que vivía en Wiltshire con su marido, Ralph, que era objetor de conciencia— se enteró de que Hitler había iniciado otra ofensiva de paz. Le entraron ganas de hacer conjeturas sobre lo que sucedería si el gobierno británico se tomaba en serio a Hitler. «Pero no vale la pena atormentarse, toda vez que no cabe la menor duda de que rechazaremos cualquier sugerencia —escribió en su diario—. Supongo que ahora Churchill volverá a decir al mundo que vamos a morir en las colinas y en el mar y que procedamos a ello.» Era el 20 de julio de 1940.

LORD LOTHIAN, el embajador británico en Estados Unidos, había obtenido un resumen de la condiciones de paz que ahora ofrecían los alemanes a través de un intermediario cuáquero. Pensó que eran dignas de debatirse. «Deberíamos averiguar qué se propone hacer Hitler antes de condenar al mundo a sufrir un millón de bajas», dijo Lothian a lord Halifax.

«Philip Lothian telefona muy excitado desde Washington a última hora de la

tarde y suplica a Halifax que cuando hable por radio esta noche no diga nada que pueda cerrar la puerta a la paz —escribió Harold Nicolson en su diario—. Me alegra decir que Halifax no le hace el menor caso y su intervención radiofónica es pésima, pero perfectamente firme dentro de lo que cabe.» Era el 22 de julio de 1940.

«HALIFAX, FIRME», publicó *The New York Times*. Un reportero de la United Press presentó un apéndice minúsculo, sin embargo. Minutos antes de que Halifax se sentara ante el micrófono, alguien había hecho cortes en el texto. «Varias frases que en ciertos ámbitos hubieran podido interpretarse como un intento de inducir al canciller Hitler a hacer una propuesta más generosa habían sido suprimidas», según la United Press. «Durante su alocución lord Halifax pareció titubear un poco al llegar a las partes del manuscrito que habían sido modificadas.»

LA OFICINA DE PRENSA ALEMANA hizo saber que durante el período transcurrido desde que Hitler pronunciara el discurso del «último llamamiento», los británicos habían bombardeado objetivos civiles en Wismar, Bremen, Hamburgo, Pinneberg, Paderborn, Hagen, Bochum, Schwerin, Wilhelmshaven y Kassel. Era el 23 de julio de 1940.

La respuesta de Churchill al ofrecimiento de paz de Hitler —más bombardeos aéreos— y la respuesta de la prensa británica no eran representativas del verdadero estado de la opinión pública británica, afirmó el *Frankfurter Zeitung*. «La prensa británica es un telón de acero que oculta las opiniones y sentimientos reales del pueblo británico», decía el periódico, utilizando una frase que Churchill inmortalizaría más tarde. «No han encontrado ninguna manera de hacer oír su voz ni pueden expresar sus opiniones públicamente.»

Los alemanes imprimieron el ofrecimiento de paz de Hitler y sus aviones los

arrojaron sobre toda Inglaterra. Algunas de las octavillas cayeron en una planta de tratamiento de aguas residuales. «Atracción magnética», dijo el Ministerio de Información.

LORD HANKEY decidió que era el momento de poner en marcha un programa completo de armas biológicas. Se albergaría en Porton Down, un lugar aislado que no quedaba muy lejos de Stonehenge, donde se estaban probando armas químicas. «Recientemente saqué la conclusión —escribió Hankey en un memorándum— de que deberíamos dar un paso más en el asunto de la guerra bacteriológica con el fin de alcanzar una posición que nos permitiera tomar represalias si métodos tan abominables se usaran contra nosotros.» Era el 26 julio de 1940. Hankey empezó a reclutar científicos.

CHRISTOPHER ISHERWOOD tomó el té en Palos Verdes, California, con su amigo Wystan Auden, el poeta. Auden ya había abandonado su postura contraria a la guerra. Dijo a Isherwood que no le gustaban las palabras sánscritas, el tipo de palabras que utilizaba Gandhi. «La verdad —dijo Auden— es que quiero matar gente.» Era el 3 de agosto de 1940.

LA ROYAL AIR FORCE bombardeó Hamburgo. Otra noche, Hannover. «Gran Bretaña pierde su honor», decía el titular del *Zeitung* de Bremen. La RAF atacó Munich, la ciudad de los triunfos de Hitler. Arrojó bombas de efecto retardado sobre Lippspringe. Era agosto de 1940.

La descripción que los periódicos en lengua inglesa hicieron de la supuesta pulverización de Hamburgo irritó a Joseph Goebbels: un grupo de periodistas,

entre ellos William Shirer, fue invitado a visitar la ciudad para mostrarles que los daños, en sentido militar, eran casi inexistentes. «Había contado con que, tras dos meses de bombardearla casi todas las noches, los ingleses hubieran logrado mucho más», escribió Shirer. El titular del *Völkischer Beobachter* dio al momento un giro típico:

DESCABELLADAS MENTIRAS BRITÁNICAS NACIDAS DE LA
DESESPERACIÓN. LOS JUDÍOS NORTEAMERICANOS APOYAN LA
BURDA Y FRAUDULENTA MANIOBRA INGLESA

UN CORRESPONSAL HOLANDÉS escribió a Gandhi para decirle que los jóvenes nazis se habían convertido en máquinas. Los métodos no violentos eran inútiles contra los robots.

Gandhi discrepó. «Ningún hombre puede ser transformado en una máquina permanente —escribió en *Harijan*—. En cuanto se quita de su cabeza el peso muerto de la autoridad, empieza a funcionar normalmente.» Era el 6 de agosto de 1940.

WINSTON CHURCHILL fue a un campo de tiro acompañado de su hijo, Randolph, y su secretario, John Colville. Disparó con un fusil Mannlicher y un revólver mientras fumaba un puro. Su puntería fue bastante buena.

«Se pasó todo el rato hablando del mejor método de matar hunos —escribió Colville—. Había que usar balas explosivas y tenía que conseguir algunas.» Randolph señaló que la utilización de balas explosivas —que estallan al dar en el blanco y causan heridas más grandes— en la guerra estaba prohibida. Churchill contestó que no veía por qué debía tener clemencia para con los alemanes cuando ellos no la tendrían para con él.

Era el 11 de agosto de 1940.

MURIEL LESTER, la cooperante cristiana, trataba de encontrar la manera de ayudar a los refugiados en Francia. Era 1940. «Una siente una especie de náusea al ver niños que pasan hambre —escribió más tarde—. Son muy poco exigentes, no piden comprensión ni disculpas. No muestran ni asomo de resentimiento. Te miran a los ojos y algo muy alejado de ti, muy “ajeno” al niño, te declara culpable de pecado y vergüenza.»

Los líderes de las naciones, dijo Lester, no tienen esta experiencia directa de los hambrientos; sí la tienen las mujeres, los asistentes parroquiales, los maestros y los médicos. «Si tu misión de diplomático es pronunciar un discurso que haga mofa de Italia, Alemania o Japón, asumes emociones de desprecio y tus amenazas cuidadosamente equilibradas te protegen de afrontar los resultados insoportables de tu política.»

La Hermandad de la Reconciliación, los cuáqueros y Herbert Hoover querían enviar barcos cargados de alimentos a Europa. Ellos y otros habían constituido el denominado Comité para Alimentar a las Democracias Pequeñas. «Pero el gobierno británico se declaró en contra del plan», escribió Lester.

EN COLORADO SPRINGS, Herbert Hoover facilitó a la prensa un comunicado sobre la situación alimentaria en Bélgica, Holanda, Polonia y Noruega. «La verdad obvia es que habrá hambre, muerte y enfermedad generales en estos países pequeños a menos que se haga algo al respecto», dijo Hoover. Era el 11 de agosto de 1940.

Churchill era el obstáculo principal, escribió Hoover más adelante. «Era un militarista de la extrema escuela que sostenía que hacer que mujeres y niños

pasaran hambre estaba justificado si ello contribuía a adelantar el final victorioso de la guerra.»

Sucedía que Polonia era especialmente vulnerable. La Comisión de Socorro a Polonia de Hoover había abierto cantinas en los guetos y los distritos pobres del país, donde alimentaban a doscientas mil personas al día, ya que el gobierno Chamberlain había permitido que los alimentos atravesaran el bloqueo. «Cuando Churchill sucedió a Chamberlain como primer ministro en mayo de 1940 —escribió Hoover— no tardó en cancelar todos los permisos de ayuda alimentaria a Polonia.»

MURIEL LESTER ESCRIBIÓ un panfleto, «Speed the Food Ships» («Acelerad los barcos de alimentos»), para distribuirlo en Estados Unidos. Era 1940. «Una especie de guerra llena de sentido común espera a todas las mujeres —escribió—. Este trabajo consiste nada menos que en alimentar a Europa.» El excedente norteamericano de alimentos debía cruzar el Atlántico. «Será un nuevo tipo de invasión, una cuña de entrada en la anticuada y poco científica cirugía de Europa.»

Por supuesto, el Ministerio de la Guerra británico podía amenazar con hundir todos los barcos que desafiaran el bloqueo, reconoció Lester. «En tal caso, Estados Unidos enviaría barcos igualmente, porque los tripularían norteamericanos, millones de los cuales se arriesgarían gustosamente a morir en el intento de salvar vidas.»

Ninguna situación política o militar tiene probabilidades de detener durante mucho tiempo la gran corriente de generosidad una vez esta se haya abierto paso entre las obstrucciones que durante tanto tiempo han impedido su movimiento vivificador.

Un contrapanfleto, «Spiritual Issues of the War» («Aspectos espirituales de la guerra»), intentó una refutación.

«Recibí una advertencia de amigos en Inglaterra en el sentido de que tuviera cuidado —dijo Lester—. La oposición entre bastidores estaba cobrando ímpetu.»

CHARLES DE GAULLE se encontraba en Chequers. Era agosto de 1940. Churchill estaba esperando el ataque aéreo de los alemanes y, según recordó De Gaulle más tarde, le resultaba difícil soportar la espera. Alzó los puños hacia el cielo. «¡No vienen!», exclamó.

«¿Tanta prisa tiene por ver sus ciudades reducidas a escombros?», preguntó De Gaulle.

«Verá usted, el bombardeo de Oxford, Coventry, Canterbury, provocará una oleada de indignación tan grande en Estados Unidos ¡que entrará en la guerra!», repuso Churchill.

De Gaulle tenía sus dudas. La desgracia de Francia no había empujado a los norteamericanos a intervenir en la guerra. «Ah —dijo Churchill—, eso es porque Francia ya estaba a punto de derrumbarse. Tarde o temprano los norteamericanos vendrán, pero con la condición de que nosotros no nos echemos atrás.»

Faltaban tres meses para el ataque a Coventry.

EDWARD R. MURROW de CBS Radio recorrió en coche las afueras de Londres, donde habían caído bombas. «A juzgar por lo que he visto, estoy convencido de que los alemanes iban tras objetivos militares», dijo. No le autorizaron a visitar las zonas militares. Lo que sí vio fue una esponja roja en una jabonera en un cuarto de baño destruido, las vidrieras rotas de una iglesia y una casa en una hilera de viviendas que «parecía que la hubiesen pinchado con un palo enorme y romo». Era el 18 de agosto de 1940.

EN MILÁN tres bombas británicas alcanzaron un edificio privado. Más bombas, así como octavillas, cayeron en Cuneo y Turín. No hubo muertos.

Era el 19 de agosto de 1940.

«¡Italianos! —decían las octavillas inglesas—. Ahora los bombarderos británicos han traído la guerra a vuestros propios hogares. Es Hitler y no Inglaterra quien apunta con la espada a vuestro corazón. La responsabilidad de las víctimas de los ataques aéreos recae en Hitler y no en sus satélites italianos.»

El *Giornale d'Italia* respondió con un artículo de fondo. Las octavillas existían, decía el artículo, para que «los italianos tengan la prueba de la estupidez de los que gobiernan Inglaterra y están llevando al Imperio británico a un rápido derrumbamiento».

VARIOS ACTIVISTAS CONTRA LA GUERRA acudieron a la radio para presentar argumentos contra el reclutamiento forzoso en tiempos de paz en Estados Unidos. Era el 19 de agosto de 1940.

«El servicio de combate caerá con la máxima fuerza sobre los parados, los trabajadores no especializados y los grupos de ingresos bajos», dijo John Nevin Sayre, de la Hermandad de la Reconciliación. Burton Rascoe, editor y crítico literario, dijo: «La verdad es que la agitación a favor del reclutamiento forzoso en tiempos de paz no es en absoluto lo que la juventud piensa que es. Es una artimaña de los belicistas y los políticos para llevar a este país a la guerra tan pronto como puedan».

CHURCHILL, EN UN DISCURSO en la Cámara de los Comunes, mencionó la cuestión del hambre. Había oído propuestas «fundamentadas en los motivos más elevados» de que se permitiera que los alimentos atravesaran el bloqueo naval británico, dijo. «Lamento que debamos rechazar estas peticiones. Las grasas

sirven para hacer bombas y las patatas, para hacer carburante sintético.» Luego explicó: «Los materiales plásticos que ahora se usan tanto en la construcción de aviones se hacen con leche». Era el 20 de agosto de 1940.

Los que gemían bajo el yugo hitleriano, dijo Churchill, recibirían alimentos si se liberaban del yugo.

«La idea —escribió Herbert Hoover más tarde— de que el tipo especial de alimentos que necesitábamos para los niños (leche, chocolate, grasas y carne) se utilizaría para fabricar municiones era un verdadero disparate.»

Hoover recordó el viejo dicho: la verdad era la primera víctima mortal de la guerra.

LORD LYTTON, el nuevo presidente del Consejo Asesor sobre el Bienestar de los Refugiados, dijo a los periodistas que las condiciones en los campos de internamiento de extranjeros en Gran Bretaña eran «vergonzosas y deplorables». Echó la culpa de los problemas a los comandantes de los campos y al caos causado por la decisión del gobierno —la decisión de Churchill— de encerrar a todos los extranjeros enemigos que tuviesen entre dieciséis y setenta años de edad. Lytton añadió que esperaba que las condiciones mejorasen rápidamente. Era el 22 de agosto de 1940.

EL PORTERO golpeó una cacerola para despertar a Marie Vassiltchikov en Berlín: ataque aéreo, al sótano. Era el 26 de agosto de 1940.

Unas noches más tarde, dos bombas de más de cuarenta y cinco kilos cayeron en una calle de Berlín y arrancaron una pierna a un hombre que estaba en la puerta de su casa. Al cabo de varias noches, la RAF dio a la ciudad un «buen vapuleo», escribió William Shirer. La noche siguiente, bombas de efecto

retardado cayeron en el Tiergarten: prisioneros de campos de concentración las retiraron.

Vassiltchikov describió el sótano que servía de refugio antiaéreo. «Niños pequeños acostados en cunas, chupándose el pulgar. Normalmente Tatiana y yo jugamos al ajedrez.» En una ocasión en que su hermana tenía unas décimas de fiebre decidieron no bajar al sótano durante un bombardeo. Los aviones volaban muy bajo y destellos repentinos de luz llenaban el dormitorio. «Tatiana teme que si la casa es alcanzada, yo me vea proyectada al espacio mientras ella queda suspendida en el aire, de modo que me metí en su cama, nos abrazamos y así permanecemos durante dos horas largas. El ruido era espantoso.»

HARRY «BART» BARTHOLOMEW, director del *Daily Mirror* de Londres, cenó con un hombre llamado Heanley, fotógrafo de prensa que ahora servía en calidad de artillero de cola en un escuadrón de bombarderos de la Royal Air Force. Bart Bartholomew contó a Cecil King, propietario del *Mirror* y del *Sunday Pictorial*, lo que había hablado con Heanley.

«Heanley reveló —escribió King en su diario— que su escuadrón recibió depósitos que debían instalarse debajo de las alas de sus aviones para arrojar gas mostaza. También habían hecho algunas pruebas consistentes en arrojar desde el aire sobre los soldados un polvo de color de rosa que representaba gas mostaza.» Heanley había dicho que tenía la impresión de que los ingleses no utilizarían el gas a menos que lo hicieran los alemanes. Era el 31 de agosto de 1940.

Mientras tanto, Winston Churchill seguía atentamente los preparativos. «Me alegro mucho de saber que las existencias para la guerra química van aumentando en este país —escribió a Herbert Morrison, ministro de Seguridad Interior—. Sigamos adelante.»

CHURCHILL PIDIÓ A PORTAL que viera si podía intentar algo un poco diferente utilizando algunas armas especiales. Lo habían intentado antes, durante el verano, justo después de la caída de Francia, pero no había salido demasiado bien. Quizá debían intentarlo otra vez.

Las armas que debían usarse no eran exactamente bombas; eran octavillas sin palabras. Los británicos las llamaban «tarjetas de visita». Eran más o menos del tamaño de un naipe —tal vez un poco más pequeñas— y consistían en una oblea de fósforo colocada entre dos capas de tela húmeda. Cuando la tela se secaba al sol, el fósforo se encendía. Había otras formas y configuraciones; a veces se cubrían con una sustancia plástica que se agrietaba al secarse. Cuando se agrietaba, la oblea ardía.

¿Qué podían incendiar estos emparedados de fuego? ¿Los cereales? Ya lo habían intentado. Churchill empezó a pensar en la Selva Negra. Hitler tenía almacenes y puestos de mando escondidos allí. De hecho, ¿por qué no se encargaban de incendiar todos los bosques de Alemania?

Comenzaron el lunes 2 de septiembre de 1940 por la noche, pero el Ministerio del Aire no informó de ello hasta dos días después: «Bombardeo de bosques», decía el titular de *The New York Times*. «Bombarderos de la RAF han desencadenado un ataque devastador con bombas incendiarias sobre la famosa Selva Negra, al este de Baden, los espesos bosques de las montañas Oberharz, el distrito boscoso de Grunewald, en las afueras de Berlín, y bosques de Turingia», contaba el periódico.

Los incendios siguieron ardiendo en la Selva Negra un día después. Los pinos del macizo de Harz «ardían como la yesca». Al volver a la base, un piloto reconoció uno de los picos del macizo de Harz; una vez había pasado las vacaciones cerca de allí. En esta montaña, recordó, vivía un gigante legendario. «Se lo conté a los demás muchachos del avión mientras la sobrevolábamos», dijo. Cerca de la línea del ferrocarril que subía por la montaña del gigante, las bombas provocaron «un incendio bonito y pequeñito que afectó una extensión de alrededor de dos kilómetros cuadrados», agregó el piloto.

HITLER ESTABA ENTRE esvásticas y hombres de las secciones de asalto en el Palacio de los Deportes, el Madison Square Garden berlinés. Ante él tenía una nutrida multitud de miembros del partido y trabajadores de la Campaña de Socorro de Invierno que proferían vítores y daban patadas en el suelo. Goebbels se hallaba en el estrado con él. Era el 4 de septiembre de 1940. «Los ingleses vienen de noche y arrojan sus bombas, sin haber elegido objetivos y sin ningún plan —dijo Hitler—, sobre barrios donde residen civiles, granjas, alquerías y pueblos.» Volaban de noche, añadió, porque no podían venir de día. «Dondequiera que vean una luz, arrojan una bomba.»

Durante los últimos tres meses no he autorizado que se diera respuesta porque era de la opinión de que dejarían de hacer esta tontería. Churchill lo interpretó como una señal de debilidad por nuestra parte. Comprenderéis que ahora estemos dando la respuesta todas las noches; y en creciente medida.

Amenazó con «aniquilar» (*ausradieren*: «borrar», «destruir») ciudades británicas si los ataques no cesaban. «El pueblo de Inglaterra es muy curioso y pregunta: ¿Por qué diablos no venís? —dijo—. Ahora venimos.» Esperó hasta que se apagaron los aplausos. «La gente no debería ser siempre tan curiosa», dijo.

DOS PRISIONEROS ALEMANES, derribados del cielo, se encontraban en la estación de ferrocarril de Tonbridge, Inglaterra. «Muchachitos de dieciséis años es lo que son», escribió Harold Nicolson en su diario. Iban esposados el uno al otro y vigilados por tres soldados con bayoneta calada. Uno de los prisioneros arrastraba los pies y no llevaba botas, solo unos gruesos calcetines grises. Era el 7 de septiembre de 1940.

A las cinco sonaron las sirenas. Una escritora llamada Virginia Cowles estaba

pasando unos días en una casa de campo a casi cincuenta kilómetros de Londres. Se tumbó en el césped y miró al cielo. «Los aviones volaban tan alto que resultaba difícil divisarlos, pero de vez en cuando el sol se reflejaba en las alas —escribió—. El ruido era tremendo. Recordaba el de las cataratas de Niágara.» Contó más de doscientos aviones. «Sabíamos que era el peor ataque de la guerra.» En total, habría unos mil aviones. Göring estaba en Francia ahora, dirigiendo el ataque desde su suntuoso tren privado.

«Pareció que varios blancos militares eran los objetivos principales de los atacantes», publicó *The New York Times*, entre ellos los muelles y tinglados del Támesis. Hubo centenares de muertos a causa de las bombas «aulladoras», el derrumbamiento de edificios y los incendios. El Blitz había empezado. En un callejón se oyó decir a un hombre: «Al fin y al cabo, nuestros chicos hacen esto a los alemanes todas las noches».

Un reportero visitó un refugio antiaéreo. «Había un olor muy fuerte dentro, una mezcla de humo y polvo, ropa y cuerpos sin lavar. Un bebé lloriqueaba.»

«Todavía no hemos alcanzado la nota más alta de este crescendo de ataques aéreos», predijo un funcionario del Ministerio del Aire.

AVIONES BRITÁNICOS volvieron a la Selva Negra, donde observaron que había muchas zonas ennegrecidas, quemadas. «Bordeando estas zonas arrasadas —dijo el reportero de *The New York Times*—, descargaron centenares de bombas incendiarias sobre partes verdes del bosque, provocando gran número de nuevos incendios que, según el Ministerio del Aire, se propagaron rápidamente y fueron acompañados de explosiones, algunas de naturaleza violentísima, lo cual indicaba que se había hecho estallar depósitos de municiones.»

Goebbels convocó a los reporteros en el Ministerio de Propaganda para enseñarles muestras de las obleas incendiarias inglesas. Los británicos habían albergado la esperanza de quemar gran cantidad de cereales, teorizó Shirer. «Por

desgracia —dijo—, hemos tenido un agosto muy lluvioso y pocas de ellas se secaron lo suficiente para encenderse.»

CECIL KING, propietario de periódicos, salió de la estación de Baker Street y miró a su alrededor. Era el 10 de septiembre de 1940. «Una bomba grande había dado en el museo de cera de Madame Tussaud y lo había vaciado», observó. Las bombas más recientes no aullaban ni silbaban, escribió en su diario; emitían una especie de sonido susurrante cuyo volumen aumentaba. «Era más bien como el sonido del viento al pasar entre árboles frondosos.»

UN PILOTO BRITÁNICO vio la luna reflejada en los lagos del Berlín oscurecido y supo que habían encontrado su blanco: la estación de ferrocarril de Potsdam. Era la noche del 10 de septiembre de 1940. «Como es típico de las actuales operaciones de bombardeo de la RAF, el ataque de anoche lo llevó a cabo un grupo de bombarderos que actuó con gran precisión —dijo un comunicado inglés—. Hubo un incendio especialmente grande y se vieron varios más pequeños.» El equipo de propaganda de la BBC recogió la noticia y la transmitió a Alemania.

Pero las bombas no habían dado en el blanco y la estación de ferrocarril de Potsdam seguía intacta. Lo que sí había sufrido daños era el edificio del Reichstag, la Puerta de Brandeburgo, el hospital católico de Santa Eduvigis, un hospital judío, el hospital de la Caridad y la Academia de las Artes de Berlín, aunque la sala donde se encontraban las maquetas de Hitler salió indemne. Un fragmento de bomba atravesó la ventana doble de la embajada de Estados Unidos y se empotró en la pared del despacho de uno de los secretarios de Asuntos Exteriores; varias bombas incendiarias ardieron en el jardín. Murieron cinco civiles, según el comunicado oficial alemán. Los titulares de la prensa de la tarde en Berlín decían: «¡El Reichstag, bombardeado! Hospitales, hoteles, barrios residenciales y monumentos de Berlín, atacados deliberadamente; bombardeada también la Puerta de Brandeburgo». Asimismo: «Ataques furiosos a símbolos nacionales».

«Ahora que el edificio de nuestro Reichstag ha sido bombardeado, no hay ninguna razón que nos impida bombardear el Parlamento británico hasta hacerlo desaparecer —reveló una fuente anónima próxima a Hermann Göring a un reportero de la Associated Press—. Yo no daría ni un céntimo por los edificios del Parlamento.»

CHURCHILL ARREMETIÓ contra Hitler por radio. «Este hombre malvado, depositario y encarnación de muchas formas de odios desmoralizadores, este fruto monstruoso de viejas injusticias y vergüenzas, ha decidido ahora tratar de acabar con la famosa raza de nuestra isla mediante un proceso de matanza y destrucción indiscriminadas», dijo. Era el 11 de septiembre de 1940.

VICTOR KLEMPERER oyó rumores sobre cosas que se avecinaban: brazaletes amarillos, confiscación de máquinas de coser y máquinas de escribir. «Por ahora no sufro ninguna privación a pesar de todos los impuestos», escribió. Era cierto que su necesidad de ropa se había vuelto «grotesca». Sus zapatillas de felpa se acercaban a su fin y «la situación es muy mala en lo que se refiere a calcetines». Pero podría ser peor y, dijo, no pensaba en el mañana.

El mañana, de hecho, le dejaba frío: «La Casa de los Judíos piensa continuamente en una matanza en el caso de una derrota alemana», escribió. Era el 12 de septiembre de 1940.

LOS ALEMANES afirmaron que los aviadores británicos habían arrojado sacos de escarabajos de la patata desde sus aparatos. Según se decía, los escarabajos caían en campos de Alemania, Luxemburgo, Bélgica y Holanda.

Los británicos negaron esa acusación. Era el 12 de septiembre de 1940.

UN BOMBARDERO CANADIENSE escribió una carta a su familia sobre los tripulantes de los aviones alemanes. Era el 12 de septiembre de 1940.

«Cerca de nuestro puesto caen aviones tripulados por chicos de quince o

dieciséis años —escribió el artillero—. Algunos aviones alemanes cuya tripulación debería ser de cinco hombres los tripulan solamente dos chicos.»

ALGUNOS REFUGIADOS procedentes de una parte de Londres llamada Wandsworth estaban alojados en casa de Frances Partridge en Wiltshire. «Nuestra familia de Wandsworth pensaba que *debía* llegar la paz porque los londinenses no podrían soportar esta terrible tensión y la falta de sueño —escribió Partridge en su diario—. Eran en cierto sentido las personas más pacíficas que hemos visto últimamente. No sienten ningún resentimiento contra el pueblo alemán, solo compasión por la gente a la que estamos bombardeando en Berlín.» Era el 13 de septiembre de 1940.

GANDHI PRONUNCIÓ UN DISCURSO ante el Comité del Congreso Panindio. «Pensar que la catedral de San Pablo sea dañada me duele tanto como me dolería ver daños en el templo de Kashi Vishwanath o la Jama Masjid —dijo Gandhi—. No busco la derrota de los británicos. Quiero que venzan. Son una nación valiente. Pero no puedo soportar que su dominio sobre nuestro país se perpetúe y permanezcamos para siempre bajo su protección. Así que no embarcaré en su nave.»

Era el 15 de septiembre de 1940.

EL NUEVO SECRETARIO de la Armada de Estados Unidos, Frank Knox, visitó la flota, que seguía en Pearl Harbor, lejos de su base. Knox jugó al golf con el almirante Richardson y este le entregó un memorándum en el que pedía que la flota regresara a la Costa Oeste. Era el 15 de septiembre de 1940.

«La política actual parece encaminada a imponer nuestra voluntad a otra nación del Pacífico», escribió Richardson en el memorándum. Y preguntó: «¿Se han formulado los objetivos de tal guerra, se han considerado sus costes y comparado con el valor de la victoria?».

El almirante Richardson también dijo al secretario Knox algo que sabía por experiencia personal: «Le dije que el presidente tenía dos aficiones: coleccionar sellos y jugar con la Armada».

CLARENCE PICKETT pidió a Eleanor Roosevelt que le ayudara a conseguir una cita con el presidente para hablar del Proyecto de Ley del Servicio Militar Obligatorio, llamado ahora Ley de Instrucción y Servicio Selectivos. El proyecto estaba a punto de someterse a la aprobación del Congreso. El presidente contestó que no disponía de tiempo libre para hablar con Pickett. La ley fue aprobada por 47 votos a favor frente a 25 en contra en el Senado, y 232 frente a 124 en la Cámara de Representantes.

Henry Stimson, el nuevo secretario de Guerra, y George Marshall, el jefe del Estado Mayor del Ejército, se encontraban de pie detrás del presidente Roosevelt cuando con su firma convirtió en ley el proyecto. Eran las 3.08 de la tarde del 16 de septiembre de 1940.

El presidente hizo una proclamación: en el plazo de un mes, todo ciudadano varón y todo extranjero varón que vivieran en Estados Unidos y contasen entre veintiuno y treinta y seis años de edad debían presentarse para su inscripción. «No podemos permanecer indiferentes ante la filosofía de la fuerza que en estos momentos prevalece en el mundo —dijo—. De sobra conocemos todos la terrible suerte de las naciones cuya debilidad incitaba a atacarlas.»

La ley, aseveró el presidente, era de los dos partidos y justa, y expresaba la voluntad del pueblo. Era un primer paso: «Nuestros jóvenes vendrán de las

fábricas y los campos, las ciudades y las poblaciones, para dar sus nombres en el día de la inscripción».

Quien no se inscribiera y quien «a sabiendas aconseje, ayude o induzca a otro a evitar la inscripción o el servicio en las fuerzas terrestres o navales» sería, de acuerdo con la ley, castigado con la cárcel o una multa de diez mil dólares o ambas cosas.

CHAMBERLAIN HABÍA VUELTO a la Cámara de los Comunes después de ser operado de cáncer. Había envejecido, pensó Harold Nicolson: su nariz parecía más grande y su cabeza más pequeña. Churchill advirtió a la Cámara que los bombardeos iban a empeorar. Era el 17 de septiembre de 1940.

«Todo el mundo está preocupado a causa del ambiente en el East End, donde hay mucho resentimiento —escribió Nicolson—. Se dice que hasta el rey y la reina fueron abucheados el otro día cuando visitaron las zonas destruidas.»

En los refugios antiaéreos los comunistas hacían circular una petición de paz paran enviarla a Churchill.

HITLER DESISTIÓ de llevar a cabo la Operación León Marino, es decir, la invasión de las islas Británicas. La Royal Air Force no había sido destruida y, por tanto, las lanchas de desembarco llenas de soldados alemanes no podían cruzar el Canal. Y, en consecuencia, el Plan Madagascar, en sus diversas versiones, se abandonó: los barcos llenos de judíos deportados no lograrían atravesar el bloqueo. La hostilidad de Hitler se volvió hacia el este. Era a mediados de septiembre de 1940.

DESPUÉS DE UN ATAQUE AÉREO, Edward R. Murrow salió a ver los edificios que estaban ardiendo en un distrito obrero de Londres. Le acompañaba un piloto de bombardero que tenía en su haber veinticinco misiones sobre Alemania. Vieron una mujer que llevaba una olla y otra con un bebé en brazos. Las dos mujeres miraban por encima del hombro los incendios que ardían en un bloque de viviendas.

«Ya he visto suficiente —dijo el piloto de bombardero—. Espero que no hayamos estado haciendo lo mismo en el Ruhr y Renania durante los últimos tres meses.» Era el 25 de septiembre de 1940.

EL CONDE CIANO iba en tren a Berlín para firmar el Pacto Tripartito entre Japón, Alemania e Italia. Hitler llamó y ordenó detener el convoy. «Los ataques de la Royal Air Force hacen que la zona sea peligrosa y el Führer no desea exponerme al riesgo de una larga parada en campo abierto», escribió Ciano en su diario. Era el 26 de septiembre de 1940.

Ciano fue en avión de Munich a Berlín, donde observó que los ánimos eran más fríos que cuando había firmado el Pacto de Acero —el acuerdo entre Italia y Alemania— en 1939. Los alimentos escaseaban en Berlín ahora y la gente tenía los nervios de punta por culpa de las sirenas. «Todas las noches los ciudadanos pasan de cuatro a cinco horas en el sótano. Se duerme poco, hay promiscuidad sexual entre hombres y mujeres, hace frío, y estas cosas no contribuyen a que la gente esté de buen humor.» A las diez de la noche todo el mundo miraba el reloj y pensaba en estar en casa con sus seres queridos. «Los daños que causan las bombas son leves —pensó Ciano—, el nerviosismo es muy grave.»

LAS FAMILIAS DE BERLÍN y Hamburgo inscribían a sus hijos en el nuevo programa de evacuación rural, llamado Kinderlandverschickung o KLV. El programa fue

organizado, a petición de Hitler, por Baldur von Schirach, el líder del partido en Viena. Von Schirach era uno de los viejos camaradas, había escrito poesía en la que alababa el genio de Hitler y había comprado sus obras de arte en Munich. Su madre era norteamericana; Von Schirach decía que había descubierto el antisemitismo cuando contaba diecisiete años, al leer *The Eternal Jew*, de Henry Ford.

Los niños acogidos al KLV estaban a salvo de las bombas británicas, pero pasaban largos períodos lejos de sus padres y se alojaban en campamentos donde eran sometidos a un régimen de incesante adoctrinamiento nacionalista, arengas antisemitas, instrucción militar, maltratos sádicos e interpretación de canciones. El programa estaba a cargo de las Juventudes Hitlerianas, que Baldur von Schirach dirigía desde 1933.

CHURCHILL ENVIÓ UNA NOTA al general Hastings Ismay, su jefe de gabinete, en la que se mostraba preocupado por el gas tóxico. «La posibilidad de que tengamos que tomar represalias contra la población civil alemana debe estudiarse, y en la mayor escala posible —escribió—. Nunca debemos ser nosotros los primeros en emplearlo, pero debemos estar en condiciones de responder.» Era el 28 de septiembre de 1940.

Aquella noche hubo un ataque contra Berlín. Marie Vassiltchikov volvió a quedarse en la cama en vez de bajar al sótano. La gente empezaba a no fiarse de los sótanos, dijo. «Hace algunas noches una bomba cayó sobre una casa cerca de aquí, dio en un lado de la casa. Aunque el edificio no se vino abajo, las cañerías del sótano reventaron y todos los que se habían refugiado en él se ahogaron.»

EL CORONEL HENRI SMITH-HUTTON, agregado naval norteamericano en Tokio,

presentó en Washington un informe sobre las ciudades japonesas. Era el 30 de septiembre de 1940.

«Las mangueras son viejas, gastadas y pierden agua —escribió Smith-Hutton—. La llave principal del agua se cierra de noche y el agua tiene escasa presión. Hay muy pocas bocas de incendios.» No había muchos refugios antiaéreos, prosiguió el agregado, y, como el transporte iba muy lleno, la evacuación presentaría dificultades tremendas. «Arrojar bombas incendiarias sobre una zona extensa de las ciudades japonesas daría por resultado la destrucción de la mayor parte de estas ciudades.»

Smith-Hutton prometió que enviaría una lista de objetivos de bombardeo importantes.

ALEXANDER S. LIPSETT, economista que trabajaba para la organización de socorro de Herbert Hoover, escribió una carta a *The New York Times*. Quería que los británicos levantaran el bloqueo alimentario. «Nos encontramos ante el atroz problema del hambre generalizada —decía Lipsett en la carta—. Quienes piensan que los alemanes, que también padecen graves estrecheces, no permitirán que esta gente pase hambre y que, si se amotina, no la fusilarán en masa, comete un trágico error. Quizá no conocen a los alemanes. Yo, sí.»

«Si el plan fracasa —si los alemanes desvían los envíos de alimentos—, por lo menos lo habremos intentado», señaló Lipsett. «Quienes condenan este o cualquier otro plan de socorro alimentario deberían tener en cuenta que nada es más destructivo, más desmoralizador y, a fin de cuentas, más ventajoso para los Hitleres incipientes y los predicadores del totalitarismo que la conformidad de palabra y obra con la sentencia de muerte que se cierne en estos momentos sobre las cabezas de millones de personas inocentes», escribió. Lipsett estaba trabajando en un libro: *Famine Stalks Europe*.

Era el 2 de octubre de 1940.

EL SERVICIO DE PRENSA BRITÁNICO organizó lo que esperaba que fuera una réplica demoledora a los partidarios de levantar el bloqueo firmada por quince destacados líderes norteamericanos. «El pueblo norteamericano se compadece hondamente de las poblaciones civiles de Europa en sus sufrimientos y amenazas de sufrimientos», decía la nota; pero esta era una guerra total. «Entre el dolor de los estómagos vacíos durante un tiempo en una parte del mundo y el dolor de las almas heridas en todas las partes del mundo no puede haber más que una elección.» James Conant de Harvard, Harold Dodds de Princeton, Henry Sloane Coffin del Union Theological Seminary y otras doce personas firmaron la nota. Era el 6 de octubre de 1940.

UN AVIÓN JAPONÉS arrojó trigo, arroz y pulgas sobre Chuhsien, población situada en una isla de la costa de China. Era el 4 de octubre de 1940. La gente empezó a morir de peste bubónica en Chuhsien. Aviones japoneses también arrojaron una nube de cereales sobre la ciudad de Ningpo. Cien personas murieron de peste en Ningpo.

LA ROYAL AIR FORCE facilitó a la prensa una lista de algunos de los lugares que sus aviones habían bombardeado durante el primer año de guerra. Era octubre de 1940. Hamburgo había sido bombardeada treinta y seis veces, según la lista. Bremen había sido bombardeada treinta y una veces. Los otros lugares que habían sido bombardeados diez o más veces eran: Berlín (15 veces), Dortmund (14 veces), el canal Dortmund-Ems (11 veces), Duisberg (12 veces), Ehrang (10 veces), Emden (19 veces), Essen (16 veces), Frankfurt (12 veces), Hannover (19 veces), Homburg (12 veces), Kiel (12 veces), Krefeld (13 veces), Magdeburgo

(10 veces), Mannheim (16 veces), Nordeney (14 veces), Osnabrück (22 veces), Soest (29 veces) y Wilhelmshaven (20 veces).

La Selva Negra solo había sido bombardeada cinco veces; Dresde, una.

Churchill informó de la guerra a la Cámara de los Comunes: «La muerte y el dolor serán nuestros compañeros de viaje —dijo—; la estrechez, nuestro vestido; la constancia y el valor, nuestro único escudo.»

PETER STAHL pilotaba un bombardero Ju-88 en uno de los primeros ataques nocturnos contra Londres. «La Luftwaffe ha cambiado de táctica —escribió en su diario—. El objetivo de agotar al enemigo debe alcanzarse ahora mediante ataques nocturnos a cargo de formaciones más numerosas, exactamente de la misma manera que los británicos han probado experimentalmente en Alemania.» Su avión había sido pintado de negro. «Al parecer, con este camuflaje los reflectores no pueden vernos.»

Viraron bruscamente para evitar el fuego antiaéreo y soltaron sus bombas, y entonces llegó el momento de emprender el regreso. Uno de los otros tripulantes, Hein, pidió un poco de música. Sintonizaron Radio Hilversum, la emisora holandesa. «Acompañados de sonidos agradables y alegres cruzamos el mar del Norte.» Era el 7 de octubre de 1940.

EL ALMIRANTE RICHARDSON, comandante de la flota estadounidense, tuvo una desavenencia con el presidente Roosevelt. Era el 8 de octubre de 1940. Richardson dijo lo que había dicho en su carta al almirante Stark y su memorándum al secretario Knox: que Pearl Harbor no era el lugar apropiado para sus buques. Roosevelt contestó que pensaba que tener la flota en Hawai ejercía una «influencia disuasoria» en Japón.

«¿Iba Estados Unidos a entrar en la guerra?», preguntó Richardson al

presidente. «Contestó que, si los japoneses atacaban Tailandia o la península de Kra o las Indias Orientales Holandesas, no entraríamos en la guerra, que incluso si atacaban las Filipinas dudaba de que entráramos en la guerra.» Pero los japoneses no siempre podían evitar cometer errores, añadió el presidente. «Tarde o temprano cometerán un error y nosotros entraremos en la guerra.»

LOS PERIÓDICOS DE CECIL KING estaban en apuros. Hugh Cudlipp, el director del *Pictorial*, había escrito que la «influencia paralizante» de Chamberlain seguía presente en el gabinete. El *Daily Mirror* habló del «cambio o traslado de mediocridades». Cudlipp había citado el libro de Churchill sobre la Primera Guerra Mundial. En tiempos de paz, decía Churchill en el libro, los líderes pueden actuar con prudencia y titubear, pero en tiempos de guerra tienes que tomar decisiones firmes y claras. Cudlipp concluía diciendo: «Señor Churchill, se ha hecho una advertencia a usted mismo».

Churchill, indignado, se llevó uno de los artículos a una reunión del gabinete y en la Cámara de los Comunes denunció los ataques «feroces y malévolos». Era el 8 de octubre de 1940. Clement Attlee, lord del Sello Privado, llamó al presidente de la Asociación de Propietarios de Periódicos y amenazó con la censura general de los artículos de fondo así como de las noticias.

Cecil King fue a ver Attlee, que se había retirado a un refugio antiaéreo a prueba de gas que no llegaba a un metro cuadrado; estaba sentado en una cama leyendo el *New Statesman*. Dijo que los periódicos de King mostraban «influencias subversivas» y que podían poner en peligro el esfuerzo bélico. King contestó que le parecía que a Churchill no le importaba que sus periódicos atacasen a Chamberlain; sencillamente «no le gustaba que se opusieran a él». Attlee insistió en que el gobierno no ponía reparos a las diferencias de opinión, solo a las críticas «irresponsables».

«Obviamente, callaremos durante unas semanas —escribió King—, hasta que

el curso de la guerra altere toda la situación.»

HABÍA CASI LUNA LLENA. Los británicos atacaron la central eléctrica de Berlín y el distrito obrero de Moabit que la rodeaba. La noche del día siguiente los alemanes bombardearon Stoke Newington, barrio obrero judío de Londres. Era el 14 de octubre de 1940.

Una mecanógrafa llamada Vera se encontraba en el refugio de Stoke Newington con su familia cuando el estallido de una bomba reventó una cañería. Las luces se apagaron y el agua empezó a llenar el refugio. La puerta estaba bloqueada. En medio de la oscuridad alguien dijo: «¡No se asusten! ¡Recuerden que son británicos!». Vera y sus familiares se cogieron de la mano y se abrieron paso hasta una segunda salida. «Éramos la última familia —dijo más tarde—. Cuando alcanzamos la salida, el agua ya me llegaba hasta las axilas.»

Ciento sesenta y cuatro personas murieron en el bombardeo de Stoke Newington, cincuenta de ellas ahogadas.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT anunció por radio la apertura de la inscripción para el servicio militar obligatorio. «Serenamente, sin temor y sin histeria, pero con clara determinación, estamos construyendo armas y aviones y tanques y barcos y todos los demás instrumentos que la defensa moderna requiere —dijo—. La inscripción de hoy para la instrucción y el servicio es la clave del arco de la defensa nacional.» Era el 16 de octubre de 1940.

John Haynes Holmes, presidente nacional de la Liga de Resistencia a la Guerra, habló ante una pequeña multitud en la Iglesia de la Comunidad de Nueva York. «No deben odiar ni tener animadversión a quienes se lo harán pasar mal», dijo. Sesenta personas que portaban pancartas bajaron por la Quinta

Avenida y los transeúntes se rieron de ellas. Una de las pancartas rezaba: ¿ALGUIEN GANA EN UNA GUERRA?

Cuatro miembros de la Hermandad de la Reconciliación, dos de la Liga Socialista de la Juventud y ocho estudiantes del Union Theological Seminary — estudiantes de teología entre los que estaban los futuros activistas pro derechos civiles David Dellinger y George Houser— se negaron a inscribirse.

A los estudiantes de teología les llamarían los Ocho del Union.

CHURCHILL SE ENCONTRABA BEBIENDO una copa de oporto en el salón para fumadores de la Cámara de los Comunes y Harold Nicolson estaba escuchando lo que decía. Un diputado conservador dijo al primer ministro que la sociedad británica exigía el bombardeo sin restricción de Alemania.

«Puede que usted y otros deseen matar a mujeres y niños», replicó Churchill, pero lo que deseaba el gobierno británico era destruir objetivos militares. «Mi lema —añadió el primer ministro— es “Primero es la obligación y luego la devoción”.» Era el 17 de octubre de 1940.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT pronunció un discurso en Filadelfia durante la campaña electoral. Previno contra una «guerra relámpago de bombas incendiarias verbales» por parte de sus detractores. Una acusación especial y escandalosamente falsa, dijo el presidente, era que su administración deseaba conducir al país a la guerra.

«A los republicanos y los demócratas, a todos los hombres, mujeres y niños de la nación les digo esto: vuestro presidente y vuestro secretario de Estado siguen el camino de la paz. No nos estamos armando para ninguna guerra en el exterior.»

Luego hizo una promesa: que Estados Unidos no enviaría tropas a tierras

extranjerías excepto en el caso de sufrir un ataque.

«He trabajado por la paz —agregó— y por la paz trabajaré todos los días de mi vida.»

Era el 23 de octubre de 1940.

EN DRESDE sonaron las sirenas de alarma antiaérea a las tres de la madrugada. Era la cuarta vez que Victor Klemperer oía las sirenas, pero nunca habían ido seguidas de bombas porque los aviones se dirigían a otra parte. Anotó en su diario que no había habido café para los judíos durante un año. Los arios como su esposa, Eva, recibían unos cuarenta gramos al mes, excepto en Colonia y Berlín, donde la ración mensual era de unos setenta gramos porque ambas ciudades sufrían más bombardeos. La esposa del carnicero dijo a Klemperer que los ingleses bombardeaban edificios en cuyas azoteas se había pintado una cruz roja porque en ellos había fábricas de armas. Era el 25 de octubre de 1940.

LOS NAZIS PROMULGARON UN NUEVO DECRETO: los judíos y los arios debían estar físicamente separados en los refugios antiaéreos. Era octubre de 1940.

EL GOBIERNO BRITÁNICO DE LA INDIA declaró ilegal publicar cualquier cosa que «directa o indirectamente fomente la oposición a la continuación de la guerra hasta su conclusión victoriosa». Gandhi respondió con una campaña de desobediencia civil. Era el 26 de octubre de 1940.

Un seguidor de Gandhi, Vinoba Bhave, fue encarcelado por pacifismo público. Luego Jawaharlal Nehru, presidente del Congreso de la India,

pronunció un segundo discurso pacifista a petición de Gandhi. Nehru fue detenido y condenado a cuatro años de cárcel con trabajos forzados.

LORD HALIFAX redactó un borrador de condiciones de paz para presentarlo a Hitler. Alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores mostró el borrador a Harold Nicolson, que lo encontró patético: todo giraba alrededor de Dios. «Temo mucho que recibamos ahora un ofrecimiento de paz de Hitler que sea difícil de explicar de manera convincente a nuestro pueblo», escribió en su diario. Era el 26 de octubre de 1940.

Las condiciones de paz de Halifax, en virtud de las cuales Austria y partes de Polonia y Checoslovaquia serían para Alemania, llegaron a manos de los generales Halder, Beck y Brauchitsch. Una de las estipulaciones de Halifax, sin embargo —según recordó más tarde Halder—, era que Hitler debía ser asesinado. Para los generales eso representaba ir demasiado lejos y el ofrecimiento no prosperó.

UNA INTERNA del campo de concentración de Gurs, en el sur de Francia, envió una carta a un miembro de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. «Ayer nos ordenaron que nos reuniéramos y nos dijeron que los barracones alojarían a miles de personas que estaban llegando en aquel momento —decía la carta—. Cuando llegué a la puerta, vi incontables viejecitas arrugadas que se apeaban de los camiones bajo una lluvia torrencial.» Era de noche y había mucho barro. Algunas mujeres eran ciegas, otras eran sordas y algunas no podían andar. Procedían de asilos de ancianos de Mannheim y dijeron que era un alivio ver que no las mandaban a Lublin. Habían llevado un poco de equipaje. Varias de su grupo habían muerto durante el viaje.

«Estar allí de pie presenciando estas desgracias fue lo más terrible que

habíamos visto en nuestra vida —escribió la mujer—. Nos afectó tanto a todas que lloramos.» Ella y otras internas buscaron sacos de paja para dormir y mantas, y acompañaron a las recién llegadas a las letrinas exteriores.

«Les ruego que nos ayuden —decía la carta—. Ya han traído cuatro mil mujeres.» Los soldados y oficiales franceses hacían todo lo posible por ayudar, dada la situación. Pero: «Tengo ochocientas personas solo en mi bloque».

VICTOR KLEMPERER escribió en su diario: «Muy perturbado por la brutal evacuación de judíos de Württemberg». Era el 7 de noviembre de 1940. *The New York Times* informó de que diez mil judíos, «de entre seis meses y noventa y ocho años de edad», habían sido enviados fuera de Alemania. Los habían expulsado de dos regiones: el Palatinado, cerca del Rin, y Baden-Württemberg, donde estaba la Selva Negra. Mannheim estaba en Baden. Los judíos habían ido a parar a campos de concentración del sur de Francia. No estaban sin un céntimo, toda vez que les habían permitido llevarse el equivalente de dos dólares y cincuenta centavos.

Un informe interno alemán decía que la operación formaba parte del Plan Madagascar: «Dado que hay escasez de alimentos y alojamiento apropiado para los deportados, que en su mayoría son viejos y viejas, se cree que el gobierno francés piensa mandarlos a Madagascar tan pronto como vuelvan a abrirse las rutas marítimas».

Hitler no los quería, el gobierno francés no los quería y Roosevelt no los quería. Churchill quería hacerles pasar hambre hasta que se sublevaran contra sus opresores.

«La labor de socorro se ha administrado bajo la supervisión de los cuáqueros», decía el *Times*.

HENRY STIMSON, EL SECRETARIO DE GUERRA, se encontraba de pie en un auditorio del Departamento de Guerra. Tenía los ojos vendados con un paño amarillo cortado de una silla en la que alguien se había sentado durante la firma de la Declaración de Independencia. Bajo la mirada del presidente Roosevelt, que acababa de pronunciar un discurso, Stimson metió una mano en una pecera de cristal de casi treinta y ocho litros y extrajo una cápsula azul en la que figuraba un número. Se la entregó al presidente, que la abrió, examinó el papelito que había dentro y dijo: «El primer número es uno, cinco, ocho». Una mujer chilló: estaban reclutando a su hijo. Era el 29 de octubre de 1940.

LA CRUZ ROJA REDUJO SU PERSONAL EN FRANCIA. Como Inglaterra no permitía que llegaran alimentos al país, los cooperantes de la Cruz Roja no tenían nada que hacer. Las existencias de alimentos se habían agotado y los cincuenta camiones no tenían nada que transportar. Un grupo reducido permanecería en París. Era el 8 de noviembre de 1940.

«Estaba sucediendo algo hondamente perjudicial para la raza humana», escribió Muriel Lester.

En Nueva York, John Haynes Holmes pronunció un sermón en la Iglesia de la Comunidad. «Una de las razones para hacer esta guerra es liberar a estas personas —dijo—, y lo que cabe preguntarse ahora es si con ello vamos a hacerles pasar hambre.»

«Si la hambruna y las epidemias se extienden por Europa —escribió *Commonweal* en un artículo de fondo— nos resultará intolerable reflexionar que hubiéramos podido impedirlo y nos encontraremos con una posguerra llena de una amargura terriblemente negativa.»

EN MUNICH, Hitler pronunció otro gran discurso. Era el 8 de noviembre de 1940,

aniversario del día en que los nazis habían intentado derribar el gobierno en 1923. Hitler habló en la suntuosa cervecería Löwenbräu, que tenía una torre con la palabra LÖWENBRÄU a su alrededor y una araña de luces en el interior. (La cervecería Bürgerbrau, bombardeada un año antes, aún no había sido restaurada.) Hitler llevaba el uniforme gris, según los reportajes, del «supremo señor de campo».

El discurso fue dirigido en parte a Estados Unidos, donde Roosevelt acababa de ser reelegido. Hitler dijo ser «uno de los hombres más duros que Alemania ha tenido desde hace decenios, tal vez desde hace siglos». No había hecho la guerra contra civiles en este conflicto, afirmó. Había permitido solo bombardeos diurnos —generalmente— porque era imposible apuntar con precisión de noche. «Entonces, de repente, al señor Churchill se le ocurrió atacar a la población civil alemana de noche.»

Esperé ocho días. Arrojaron bombas sobre la gente del Rin. Arrojaron bombas sobre la gente de Westfalia. Esperé otros catorce días. Pensé que ese hombre estaba loco. Estaba haciendo una guerra que solo podía destruir a Inglaterra. Esperé más de tres meses, pero luego di la orden. Presentaré batalla.

En cuanto a Estados Unidos, Hitler había oído hablar de la producción de gran número de aviones, pero las cifras le parecían dudosas. Y aunque fueran ciertas, Alemania triunfaría. Alemania produciría más que sus enemigos. El titular de *The New York Times* era «Adolf dice al mundo que es un tipo duro».

El discurso de Hitler tenía que retransmitirse por radio, pero entonces la Royal Air Force bombardeó Munich.

CHRISTOPHER ISHERWOOD estaba pensando en cuánta infelicidad había en el mundo. «No hace falta buscarla en el Londres bombardeado, o en China o en Grecia —escribió en su diario—. La otra noche, ante mi ventana, un niño pequeño le espetó a su madre: “¡No quieres que *nadie* juegue conmigo!”. Hasta

la más trivial falta de amabilidad es dolorosa, si uno no es tan sordo y ciego.» Recordó que su coche había aplastado una lata en el aparcamiento. «Me sentí casi tan mal como si hubiera matado un gato —escribió—. “Dios mío”, me dije a mí mismo, “¿es que *siempre* tenemos que andar destruyendo cosas?”.»

LA PRENSA ITALIANA dijo que los pilotos británicos eran unos cobardes. Les daba miedo acercarse a lugares que estaban protegidos por defensas antiaéreas, dijeron los artículos de fondo, y, en vez de ello, bombardeaban al azar. Según un comunicado, en un ataque reciente las bombas arrojadas en Turín habían alcanzado un hospital de maternidad, un hospital militar, un cuartel y un sanatorio. Los pilotos de Churchill habían insultado a la humanidad con sus ataques a los débiles y los indefensos, dijo *Il Lavoro Fascista*, y lo pagarían con sangre cien veces.

FRANK LLOYD WRIGHT, el arquitecto, se encontraba en el Museo de Arte Moderno mostrando maquetas arquitectónicas de las casas y edificios públicos que formaban parte de su metrópoli utópica, llamada Broadacre, que sería vasta, limpia, descentralizada y a prueba de bombas. «Será tan extensa que apenas se le podrá hacer daño de verdad», dijo Wright a un periodista de *The New York Times*. «Yo no diría que los bombardeos de Europa no son una bendición, porque al menos darán a los arquitectos de allí la oportunidad de empezar de nuevo.» Era el 10 de noviembre de 1940.

¿Cuál era la mejor ciudad europea desde el punto de vista arquitectónico?, preguntó el periodista. Todas eran malas, repuso Wright. Viena era tal vez la más bella. «Moscú, con todo, es la que ha hecho mayores progresos en lo que se refiere a dispersar a la población.»

El *News-Chronicle* de Londres pidió más tarde a Wright que describiera en

mil quinientas palabras cómo reconstruiría la devastada capital de Inglaterra. La nueva Londres podría ser un lugar vasto, limpio, descentralizado, con carreteras que comunicarían unos nudos con otros; sería, de hecho, muy parecida a su Broadacre. «Los bombardeos no son un mal absoluto —insistió el arquitecto—. Se hubieran tardado siglos en hacer desaparecer suburbios y fealdad que han sido destruidos en cosa de unos días.»

EL GENERAL RAYMOND LEE, el agregado aéreo norteamericano, ofreció en Claridge's un almuerzo de despedida en honor del mariscal del Aire Newall, al que Churchill había destituido. Lee preguntó a Portal, el nuevo jefe de la Royal Air Force, si no estaría tratando de llegar demasiado lejos al enviar sus bombarderos a Checoslovaquia. «En absoluto», fue la respuesta. Portal se proponía seguir bombardeando el este de Europa, «aunque solo sea por el efecto que surtiría en los pueblos vencidos, a los que alentaría en gran medida». Era el 11 de noviembre de 1940.

ALEXANDER CADOGAN asistió al entierro de Neville Chamberlain en la abadía de Westminster. Era el mediodía del 14 de noviembre de 1940.

Las bombas habían destruido todas las ventanas de la capilla. «Nunca había pasado tanto frío —escribió Cadogan—. El oficio más bien demasiado largo.»

EL INSTITUTO BRITÁNICO DE LA OPINIÓN PÚBLICA hizo la siguiente pregunta a una muestra de ciudadanos:

En vista del bombardeo indiscriminado de este país, ¿aprobaría o desaprobaría usted que la RAF adoptase una política parecida y bombardease a la población civil de Alemania?

Los resultados fueron que el 46 por ciento aprobaría el bombardeo de la población civil alemana, el 46 por ciento lo desaprobaba y el 8 por ciento no estaba seguro. Era noviembre de 1940.

El 88 por ciento de la muestra opinaba que Winston Churchill lo estaba haciendo bien.

UN PRISIONERO DE GUERRA ALEMÁN recién capturado sostuvo una conversación con su compañero de celda. Este, que era un confidente del servicio de inteligencia británico, escribió un informe: «Cree que se han producido disturbios en Londres, que el Palacio de Buckingham ha sido asaltado y que “Hermann” [Hermann Göring] opina que ha llegado el momento psicológico para lanzar un ataque colosal entre el 15 y el 20 de este mes con luna llena, y que Coventry y Birmingham serán las poblaciones atacadas». Era el 12 de noviembre de 1940.

Aquel mismo día llegó otra racha de información de los criptoanalistas de Bletchley Park. Una operación de «dimensiones muy considerables» tendría lugar pronto, informaron los descifradores, y en ella se emplearían «todos los aviones disponibles». El oficial que mandaba una unidad especial de la Luftwaffe, la Kg 100, que había sido entrenada en el uso de sistemas de navegación por radio, dirigiría personalmente el ataque. El nombre en clave de la operación era Sonata al Claro de Luna.

EL ESTADO MAYOR DEL AIRE BRITÁNICO cotejó la información recibida y envió al primer ministro un memorándum sobre Sonata al Claro de Luna. «Probablemente es una represalia por nuestro ataque a Munich —decía el memorándum—. Creemos que los blancos serán los que se señalan arriba en el

párrafo 1, probablemente en los alrededores de Londres, pero si nueva información indica Coventry, Birmingham u otro lugar, esperamos poder mandar instrucciones a tiempo.»

La respuesta del Mando de Bombardeo fue proponer una «política de golpe por golpe»: el comandante en jefe, Richard Peirse, elegiría una ciudad alemana —Berlín, Essen o Munich, según el tiempo— y la bombardearía.

Era el 12 de noviembre de 1940.

LOS OCHO DEL UNION comparecieron ante un juez por negarse a inscribirse para el servicio militar obligatorio. Los estudiantes se autoinculparon e hicieron una declaración: «La guerra consiste en asesinatos en masa, hambre provocado deliberadamente, brutalidad y males parecidos —dijeron los estudiantes—. La destrucción física y la desintegración moral son el resultado inevitable. El método de la guerra perpetúa y agrava los males que pretende vencer».

La necesidad urgente, dijeron los estudiantes de teología, era formar un grupo de personas entrenadas en las técnicas de oposición no violenta al militarismo y el fascismo. «No esperamos poner freno a las fuerzas de la guerra hoy —dijeron para terminar—, pero estamos ayudando a crear el movimiento que vencerá en el futuro.»

El juez Mandelbaum condenó a cada uno de ellos a un año y un día de cárcel. «Esto es una emergencia nacional en la que están en juego la vida, la libertad y la defensa mismas de nuestro país —dijo Mandelbaum—, y no tengo otra opción que aplicar la ley.»

«Algunas de las muchachas y mujeres de más edad que estaban presentes en la sala lloraron», escribió el reportero de *The New York Times*. Un anciano dijo: «Otro triunfo para Hitler».

Era el 14 de noviembre de 1940.

LOS ESCUADRONES ALEMANES recibieron la señal de ataque —«Mond», es decir, «luna»— y orientaron sus sistemas de navegación por radio de modo que se cruzaran sobre Coventry. Era el 14 de noviembre de 1940.

A la una de aquella tarde los observadores de señales británicos ya sabían que la Operación Sonata al Claro de Luna tendría lugar aquella noche. Dos horas después sabían dónde: «A las tres de la tarde del ataque, el Ala n.º 80 pudo informar de que los rayos X-Gereat se cruzaban sobre Coventry», escribió una oficial de inteligencia, Aileen Clayton, después de la guerra. «Todos los mandos de la RAF fueron informados, al igual que la Seguridad Interior y las Fuerzas del Interior.»

El plan de represalias británico, llamado Operación Agua Fría, entró en vigor. Treinta aviones despegaron con destino a Berlín.

Churchill estaba en el coche con uno de sus secretarios, camino de Ditchly, la casa de campo prestada en la que pasaba las noches de luna, cuando Chequers era demasiado visible desde el aire. Sostenía una caja cerrada con llave que mostraba una indicación: «Para ser abierta solamente por el primer ministro en persona». La abrió. Dentro había mensajes descifrados que Frederick Winterbotham, el espía que había ayudado a fotografiar Alemania, había clasificado para Churchill. El primer ministro leyó los mensajes e inmediatamente ordenó al chófer que volviera a Londres. «Salida en falso para Ditchly —escribió el secretario, John Martin, en su diario—. “La Sonata al Claro de Luna”.»

NADIE LLAMÓ A COVENTRY para avisar a sus habitantes de que en cuestión de unas horas sufrirían un ataque a gran escala a cargo de centenares de aviones. No se dio parte al Cuerpo de Bomberos de Coventry; no se dio parte al alcalde; no se dio parte al servicio de ambulancias. Veinte minutos antes de que cayeran las

bombas, un equipo antiaéreo de la ciudad recibió un mensaje: «Se espera un gran ataque a Coventry esta noche».

A LAS 7.10 DE LA TARDE aviones exploradores alemanes sobrevolaron el blanco. Arrojaron diez mil bombas incendiarias durante la primera media hora. El bombardeo continuó hasta el amanecer.

Varios centenares de miles de personas vivían y trabajaban en Coventry. Rolls-Royce fabricaba motores para bombarderos allí, y Armstrong Siddeley fabricaba el bombardero Whitley. La ciudad tenía asimismo una catedral del siglo XIV —«uno de los mejores ejemplos de arquitectura gótica tardía de Inglaterra», según la *Encyclopaedia Britannica* en su edición de 1911—. El centro de la ciudad fue destruido; cincuenta mil casas sufrieron daños. La torre y algunos de los muros de la catedral quedaron en pie en medio de la devastación. «Todos los comercios, Boots, la joyería Flinns, Marks, Woolworths, de un extremo al otro de Smithford Street, desaparecieron, ni uno solo quedó en pie», recordó un habitante.

Un reportero del Ministerio de Propaganda alemán iba en uno de los bombarderos. Escribió que fue el mayor ataque de la historia de la guerra aérea y que había paralizado la industria aeronáutica británica. «Parecía como si la tierra se hubiera abierto y vomitado masas de fuego por todas partes —escribió—. Las vigas de hierro de los grandes edificios industriales se habían derrumbado y las rodeaban gigantescas columnas de llamas.» El mando alemán explicó que el ataque fue en represalia por el que había sufrido Munich mientras Hitler pronunciaba su discurso de aniversario.

«Coventry como centro de producción de municiones ha desaparecido por el momento», escribió Cecil King, el editor de prensa, en su diario. A King le preocupaba que, al parecer, no se había hecho ningún plan de evacuación, aun

cuando Coventry «debe de ser la mayor concentración de objetivos militares de naturaleza industrial de todo el país».

El Ministerio de Propaganda alemán preparó más tarde un folleto para niños sobre el bombardeo. «Como venganza por el ataque a Munich han caído bombas sobre una zona importante de la región central de Inglaterra y han tenido sus consecuencias —decía—. Al despuntar esta mañana de otoño en Coventry, este centro de armamentos está gravemente dañado.»

MARGARET COULING volvió a Coventry el día después del bombardeo y se encontró con que su edificio de oficinas seguía en pie. Subió hasta el último piso y desde allí vio las ruinas de la catedral, que continuaban echando humo. «De la parte de atrás de la catedral salió una pequeña procesión que bajó por Hay Lane», dijo. Eran el rey y otros notables. «Habían traído su propia cesta con alimentos —explicó— para poder almorzar antes de ir a otra parte.»

El rey escribió en su diario: «Me parece que les gustó que fuera a verles en su adversidad».

Winston Churchill pidió que se diera mucha publicidad al ataque a Coventry. No visitó la ciudad.

LA ROYAL AIR FORCE voló hasta Hamburgo y bombardeó la ciudad durante toda la noche, con —escribió Raymond Daniell en *The New York Times*— una pausa en la mitad «lo suficientemente larga para que los ciudadanos del puerto del Reich creyeran que el ataque había terminado». El ataque tuvo lugar veinticuatro horas después de Coventry: «Hamburgo machacado en “respuesta” por la RAF», decía el titular del *Times* en primera plana. Era el 17 de noviembre de 1940.

Había algunos observadores en Londres, escribió Daniell, que opinaban que ambos bandos iban por mal camino. ¿Era esta guerra de exterminio recíproco

realmente la única manera de obrar? Algunos «exigían un replanteamiento de la política de este bando». Daniell escribió:

Cada ataque al género humano, ya sea por parte de los británicos, que insisten en que no se están desviando de su política de concentrar los bombardeos en objetivos militares, o por parte de los nazis, que presumen de estar cobrándose ojo por ojo y diente por diente, acelera el ritmo de la matanza e intensifica la sed de sangre.

La ciudad de Coventry seguía ardiendo lentamente aquel día. «A veces pequeñas explosiones hacen surgir pequeños géiseres de las ruinas calientes cuando los alimentos enlatados generan suficiente vapor para provocar la explosión de los envases», escribió un reportero de la United Press. El reportero preguntó a un encargado de la lucha antiincendios cuántas personas habían muerto en el bombardeo. El hombre le miró con expresión compasiva y le llevó a un refugio antiaéreo que se había derrumbado y cuyo techo acababan de levantar con gran esfuerzo. «Mire ahí debajo», dijo. El reportero vio muchos cuerpos bajo el cemento. «Algunos de ellos no estaban enteros.»

El observatorio de la Masa, el servicio de sondeos de opinión del gobierno británico, redactó un informe sobre la moral. Había señales de histeria, terror y neurosis, decía el informe. «Se ve a mujeres llorando, chillando, temblando de pies a cabeza, desmayándose en la calle.»

En el depósito de cadáveres colocaron un aviso:

SENTIMOS INFORMARLES DE QUE LA PRESIÓN A LA QUE SE VE
SOMETIDO EL DEPÓSITO ES TAN GRANDE QUE NO ES POSIBLE QUE
LOS PARIENTES DE LOS DIFUNTOS VEAN LOS CUERPOS.

En una sepultura común se enterraron rápidamente 172 cadáveres, muchos de ellos quemados o mutilados hasta resultar irreconocibles.

RAYMOND DANIELL asistió a una ceremonia fúnebre colectiva en Coventry, la primera de dos. Era el 20 de noviembre de 1940.

Doscientos ataúdes sin nombre y cubiertos con banderas estaban colocados en fila, dijo Daniell: «un corte largo, estrecho y hondo abierto en la tierra roja por una excavadora de vapor y apuntalado con tablones toscos, de tal modo que parecía la excavación de una cañería de agua». Había un montón de tierra del que surgían palas, y hombres con botas de goma que esperaban el momento de usarlas. El obispo, de pie en un montículo pelado con la excavadora de vapor detrás de él, pidió a la gente que recordase que Hitler había matado a sus seres queridos pero que no podía matar el espíritu humano. Los ayudantes echaron polvo y ceniza sobre los ataúdes y mil personas vestidas de luto desfilaron ante ellos. No hubo música. El rey y la reina no estuvieron presentes. Winston Churchill se encontraba en Londres hablando de Grecia con su Gabinete de Guerra y haciéndose fotografiar por Cecil Beaton.

El artículo de Daniell fue «muy censurado sin explicación» por las autoridades británicas, decía una nota en cursiva publicada al final del mismo.

CHURCHILL VISITÓ BIRMINGHAM, donde un ataque aéreo había matado a ochocientas personas unos días antes. Era a finales de noviembre de 1940. «Una joven muy bonita corrió hasta el coche y tiró una caja de puros dentro de él — escribió Churchill más adelante—. Con mucho gusto le di un beso (en mi capacidad oficial). Luego fui a ver la larga sepultura común en la cual acababan de enterrar a tantos ciudadanos y sus hijos.»

EN AMBERES los judíos fueron obligados a llevar un brazalete con la Estrella de David. Como muestra de solidaridad, los gentiles de la ciudad llevaban brazaletes también. Era noviembre de 1940.

ULRICH VON HASSELL, que formaba parte de la difusa coalición contra Hitler, habló con dos de los otros conspiradores sobre la situación alimentaria. «En Alemania podríamos arreglarnos hasta el 1 de agosto si hiciéramos uso de todas las reservas —escribió—. En algunas de las zonas ocupadas habrá aguda escasez de alimentos muy pronto.» Era el 23 de noviembre de 1940.

UN GRUPO de refugiados judíos de Alemania y Austria fue embarcado en un buque en el puerto de Haifa, Palestina. Con la aprobación de Churchill, las fuerzas británicas estaban deportando a los judíos de Palestina, adonde habían llegado ilegalmente tras muchas penalidades. Los ingleses planeaban llevarlos a Mauricio, una isla pequeña del océano Índico no muy lejos de Madagascar. Era el 25 de noviembre de 1940.

Dos saboteadores de la Haganah, grupo paramilitar judío, abrieron un agujero en el buque con una mina para impedir que zarpase. El buque, que se hundió, se llamaba el *Patria*, yal suceso se le dio el nombre del Desastre del Patria. Murieron más de 250 personas. Los supervivientes fueron llevados a una prisión británica.

EL EMBAJADOR FRANCÉS hizo una petición oficial de ayuda al secretario de Estado norteamericano, Cordell Hull. Era el 25 de noviembre de 1940.

El embajador, Gaston Henry-Haye, describió la reciente llegada de varios miles de «israelíes» expulsados de Württemberg y Baden. No eran más que una parte de un problema mayor, dijo Henry-Haye, que consistía en que en la zona libre de Francia había ahora tres millones y medio de extranjeros: armenios, asirios-caldeos, austríacos, checos, alemanes, judíos, polacos, sarrenses y

españoles. «El problema de abastecerles de alimentos —señaló el embajador— se ha vuelto especialmente difícil de resolver.» Esperaba que Francia, Estados Unidos y otros países pudieran encontrar la manera de que algunos de los refugiados —principalmente los judíos alemanes— emigrasen a América. El embajador terminó expresando su alta consideración.

El Departamento de Estado pasó varias semanas sopesando una respuesta oficial a la carta.

JAPÓN ELIGIÓ un nuevo embajador ante Estados Unidos. «Hay pocos japoneses, si es que hay alguno, que quieran una guerra con Estados Unidos —dijo el almirante Kichisaburo Nomura antes de partir de Tokio—. El destino del mundo depende de lo que hagan ahora los norteamericanos. Si Estados Unidos se ve envuelto en un conflicto en Europa o en el Pacífico, la civilización será pasto de las llamas.» Era el 26 de noviembre de 1940.

ROOSEVELT PIDIÓ A HENRY MORGENTHAU que prestase a China cien millones de dólares para ayudar al gobierno nacionalista a seguir luchando contra los japoneses. El dinero se destinaría a la compra de aviones.

Claire «Leatherface» Chennault escribió un memorándum de cuatro páginas en el que Chiang Kai-shek proponía a Roosevelt que se formara una Unidad Aérea Especial que actuaría en China y cuyos pilotos y demás personal serían estadounidenses. El acaudalado emisario y cuñado de Chiang Kai-shek, T. V. Soong, entregó el memorándum a Morgenthau, que lo leyó. Era el 30 de noviembre de 1940.

«Hay 136 campos de aviación disponibles en China —decía el memorándum de Chiang Kai-shek—, más de la mitad de los cuales se encuentran en excelente estado y pueden usarse para bombarderos y cazas. Varios de estos campos de

aviación están a 1.045 kilómetros de Japón.» La nueva Unidad Aérea Especial podría, según Chiang, actuar concertadamente con el Ejército chino o bien operar de forma independiente atacando a «Japón propiamente dicho». Podían proporcionarse mapas que mostraban la ubicación de los campos de aviación.

Morgenthau pensó en los campos de aviación y su proximidad a Japón. Tanteó a lord Lothian, el embajador británico. Morgenthau dijo a Lothian que iba a tratar de obtener bombarderos cuatrimotores y tripulantes para los chinos, «con la condición de que estos bombarderos se utilicen para bombardear Tokio y otras grandes ciudades». Lothian pareció estar de acuerdo.

«Podría cambiarlo todo», dijo Lothian.

MILO PERKINS dijo a los lectores de *Harper's Magazine* lo que Estados Unidos debería hacer con su excedente de alimentos. Perkins, que supervisaba el nuevo programa de vales canjeables por alimentos instituido por el gobierno estadounidense, dijo: «La invasión de Noruega, la caída de los Países Bajos y el cierre del Mediterráneo aislaron mercados importantes». Había centenares de millones de litros de trigo sin vender, explicó, que provocaban la caída de los precios.

¿Qué se podía hacer? Algunos, escribió Perkins, creían que Estados Unidos debería poder vender sus cereales en Europa, pero Perkins no pensaba igual. Después de la Gran Guerra, señaló, miles de chicos alemanes medio muertos de hambre recuperaron la salud en hogares holandeses y escandinavos y luego, veinte años más tarde, atacaron precisamente a los países que les habían salvado la vida. «Este es un mundo nuevo y totalmente distinto y partes del mismo son increíblemente brutales —opinaba Perkins—. Por horrible que resulte, un poco de hambre en Europa ahora, bajo el bloqueo británico, puede ser necesaria para romper la dominación de Hitler sobre los hombres libres.»

La respuesta al problema del excedente norteamericano eran los vales

canjeables por alimentos para los consumidores del país y no la venta de alimentos a Europa. Era diciembre de 1940.

CHARLES PORTAL escribió un memorándum secreto a Winston Churchill: «Hace dos días me ordenó usted que preparase un plan para el bombardeo más destructivo posible contra una ciudad alemana seleccionada», escribió Portal. Había cumplido la orden. Participarían alrededor de cien aviones.

Los primeros ataques serán con bombas incendiarias y, si el tiempo lo permite, la intención es continuar el bombardeo con HE e incendiarias durante toda la noche.

Se utilizarán bombas de 454 kilos y 227 kilos con preferencia a bombas de 113 kilos, y también se arrojará cierto número de minas si las condiciones son propicias. Todas las bombas HE irán dotadas de espoletas que causen el mayor efecto destructivo contra edificios, redes de suministro de agua y gas y el tendido eléctrico.

(«HE» son las siglas de «bombas de gran potencia explosiva».) Las posibles ciudades eran Hannover, Mannheim, Colonia y Düsseldorf. «Tan pronto como reciba su autorización daré órdenes de llevar a cabo la operación la primera noche apropiada», escribió Portal. El nombre en clave de la operación era «Abigail». Cada ciudad tenía un nombre en clave: Bremen era «Jezabel», Düsseldorf era «Dalila», y Mannheim era «Raquel». Era el 7 de diciembre de 1940.

Las órdenes del Ministerio del Aire a Portal empezaban diciendo: «Con objeto de causar incendios incontrolables y generales sugerimos que las diez primeras misiones lleven bombas incendiarias solamente».

«Los escrúpulos morales del gabinete sobre este asunto han sido vencidos», escribió el secretario John Colville en su diario.

HENRY MORGENTHAU, el secretario del Tesoro, almorzó con el presidente

Roosevelt. Luego sostuvo una conversación con T. V. Soong. Era el 18 de diciembre de 1940.

Morgenthau hizo jurar a Soong que guardaría el secreto y luego sacó a colación el asunto de dotar a China de lo necesario para bombardear Tokio y otras ciudades.

«Decir que se mostró entusiasmado sería quedarme corto», escribió Morgenthau en su diario.

Le dije que no había hablado de esto con el presidente, pero le di a entender que la idea era del presidente, y en parte lo es, porque me ha comentado que sería bueno que los chinos bombardeasen Japón.

Morgenthau mencionó los campos de aviación: los que quedaban a 1.045 kilómetros de Tokio. ¿Podía Soong proporcionar un poco de información sobre ellos?

Al día siguiente Soong envió una nota escrita a mano: «En relación con el memorándum secreto del general Chiang Kai-shek al presidente sobre las necesidades aéreas de China, me es grato adjuntar un mapa de China en el que se indica la ubicación de los campos de aviación que ahora están en poder de nuestras Fuerzas Aéreas y que espero que encuentre usted interesante». Había una posdata: «Este mapa es, por supuesto, muy secreto y es para su información personal».

EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES, Richard Stokes, socialista y miembro de la Peace Pledge Union, hizo una pregunta al ministro de Seguridad Interior. ¿Por qué, preguntó, sir Oswald Mosley, su esposa, y varios centenares más de fascistas británicos estaban en la cárcel sin juicio previo y sin representación legal? No era que él simpatizara con los fascistas de Mosley, dijo Stokes, pero

¿no deberían ser juzgados en un tribunal por traición o puestos en libertad? Era el 10 de diciembre de 1940.

«La seguridad del Estado se antepone a todo lo demás en tiempo de guerra», contestó Herbert Morrison, el ministro de Seguridad Interior. Morrison añadió que empezaba a estar harto de esta clase de objeciones.

Stokes señaló que Morrison podía mandar a la cárcel a todos los diputados si quería.

Alguien se preguntó por qué, si los fascistas estaban en la cárcel, aún se permitía que el periódico comunista *Daily Worker* estuviera en los quioscos.

EL COMITÉ DE SERVICIO DE LOS AMIGOS NORTEAMERICANOS anunció que iba a intentar seguir alimentando a personas en Europa al margen de si los británicos hacían cumplir su bloqueo o no. «En este momento, los cuáqueros norteamericanos en la Francia no ocupada alimentan diariamente a más de 30.000 niños —dijo Clarence Pickett—. Niños que han quedado huérfanos o han sido abandonados, muchos de los cuales están en campos de concentración, ven atendidas todas sus necesidades por los representantes del comité.» Era el 11 de diciembre de 1940.

«No podemos edificar una paz viable sobre los esqueletos de madres y bebés», dijo Pickett.

UN NUMEROSO GRUPO DE BOMBARDEROS WELLINGTON, llenos de bombas incendiarias y con las tripulaciones más experimentadas de la RAF, llegó a Mannheim, Alemania. Era el 16 de diciembre de 1940. La misión de los Wellington era provocar incendios que luego orientarían a los bombarderos que los seguían en el momento de arrojar sus bombas. El objetivo del ataque era

«concentrar la máxima cantidad de daños en el centro de la población», según el comandante en jefe, Richard Peirse. Era el Plan Abigail en marcha.

El centro de la población estaba trazado como pocos en Europa, en forma de cuadrícula, como Manhattan. Parecía un tablero de ajedrez, dijo un piloto, un tablero de ajedrez muy iluminado por la luna. El fuego antiaéreo «se alzó en el aire como una fuente de oro». Entonces empezaron a caer las bombas incendiarias. El alto mando alemán informó de que las bombas habían alcanzado un castillo y un hospital.

Churchill utilizó una de sus metáforas favoritas, la metáfora del púgil, Tor y su martillo: «Hemos asestado golpes muy fuertes; parece que los golpes a Mannheim han sido de naturaleza muy fuerte, y el enemigo no ha encontrado ningún medio de impedirlo».

De hecho, el ataque decepcionó al Ministerio del Aire. Se había planeado como represalia por Coventry, pero no había alcanzado la misma escala. Los Wellington no habían provocado incendios en los puntos señalados para ello y los bombarderos que los seguían se habían desorientado. Peirse, el comandante en jefe, explicó que las órdenes se habían redactado con excesiva rigidez: deberían haber dicho que se apuntara al blanco y no a los incendios. El fuego debía iluminar el blanco, pero lo importante era el blanco propiamente dicho. En lo sucesivo, dijo severamente Peirse, «cuento con que la gran mayoría de las bombas caigan dentro de un radio de ochocientos metros del blanco».

EL PRESIDENTE ROOSEVELT regresó de unas vacaciones en el Caribe y convocó una rueda de prensa. Estaba un poco bronceado y la boquilla de su cigarrillo apuntaba hacia arriba mientras hablaba. Era el 17 de diciembre de 1940.

La palabra de Roosevelt para el día era «prestar». Lord Lothian había anunciado que Inglaterra se estaba arruinando con las compras de armas y necesitaba ayuda militar. Pero Estados Unidos era aún oficialmente neutral.

«Ahora bien, supongamos que en la casa de mi vecino se declara un incendio —dijo Roosevelt—, y yo le presto una manguera para ayudarlo a apagarlo. Después, él me la devuelve. Si, como puede suceder, la manguera se rompe o resulta destruida en la lucha contra el incendio, mi vecino debe proporcionarme una manguera nueva de la misma longitud. El incendio ha sido sofocado, la manguera ha sido devuelta y todo el mundo está contento. Y eso es lo que haremos. Prestaremos a Inglaterra los aviones y los barcos que necesita. Si los aviones y los barcos son destruidos, Inglaterra puede reemplazarlos después de la guerra.»

Los periodistas parpadearon, pensaron, escribieron rápidamente: «manguera, prestar».

Roosevelt no se proponía prestar nada parecido a una manguera de jardinero a Inglaterra; en diciembre de 1940, los ingleses, tras sobrevivir a muchos bombardeos con bombas incendiarias, eran expertos en materia de mangueras y no necesitaban más. Lo que los ingleses querían, como ya habían dicho varias veces, eran bombarderos pesados. Querían provocar incendios y no sofocarlos.

AVIONES EXTRANJEROS sobrevolaron Basilea, Suiza, y arrojaron bombas cerca de la estación del ferrocarril. Era el 18 de diciembre de 1940. Setenta vagones sufrieron daños y cuatro mujeres resultaron muertas. Los fragmentos de bombas indicaron que estas eran británicas. La ciudad pidió permiso para rescindir las reglas de oscurecimiento; la estaban bombardeando porque se hallaba a oscuras.

Mannheim fue «volada» de nuevo, según *The New York Times*, oficialmente por trigésima cuarta vez. «Otras noches Mannheim también ha oído las explosiones de bombas británicas como fases incidentales de los ataques de la RAF contra otras partes de Alemania —dijo el *Times*—, cuando los pilotos escogían la ciudad como blanco opcional o arrojaban sobre ella las bombas sobrantes al volver a sus bases después de atacar otros blancos.»

MORGENTHAU LLAMÓ al presidente y le dijo que necesitaba entrevistarse con él; acababa de recibir un mensaje muy secreto en el que Chiang Kai-shek afirmaba que quería atacar a Japón. Era el 18 de diciembre de 1940.

«¿Sigue dispuesto a luchar?», preguntó el presidente Roosevelt.

«De eso trata el mensaje», respondió Morgenthau.

«Estupendo —dijo Roosevelt—. De eso he estado hablando durante cuatro años.»

EL GOBIERNO CHINO acusó a los japoneses de haber lanzado recientemente gérmenes de peste sobre tres ciudades. Era el 19 de diciembre de 1940.

Un portavoz del cuartel general imperial en Tokio negó rotundamente las acusaciones. Japón no necesitaba recurrir a semejantes métodos, dijo el portavoz. Y acusó a los chinos de haber puesto gérmenes del cólera en los pozos para infectar a las fuerzas de ocupación.

HAROLD NICOLSON dictó una conferencia a algunos miembros de las Fuerzas Aéreas en Nether Wallop. El tema de Nicolson fue el carácter alemán. Se dio cuenta, sin embargo, de que sus oyentes no estaban con él. «Son todos fascistas en el fondo y bastante parecidos a los alemanes», escribió en su diario. Era el 20 de diciembre de 1940.

EL DOCTOR SOONG se hallaba en el comedor de la casa de Henry Morgenthau con Claire Chennault planeando el bombardeo de Japón con bombas incendiarias. Era el 21 de diciembre de 1940.

Chennault dijo que cada avión necesitaría un tripulante encargado de lanzar las bombas y un piloto norteamericano, así como cinco mecánicos norteamericanos. Morgenthau dijo que se encargaría de que hombres del Cuerpo Aéreo del Ejército de Estados Unidos fueran relevados del servicio activo, dando por sentado que a dichos hombres se les pagaría un buen salario ¿Pongamos mil dólares al mes? Soong y su ayudante se mostraron conformes.

Chennault habló largamente de la autonomía de vuelo de los diferentes bombarderos. El bombardero Hudson podía volar más de mil seiscientos kilómetros con una buena carga. Como el vuelo de ida y vuelta a Tokio suponía mil novecientos treinta kilómetros, el Hudson no podía bombardear esta ciudad. «Sin embargo, Nagasaki, Kobe y Osaka estaban al alcance del Hudson», señaló. Las Fortalezas Volantes podían llegar a Tokio, y había dos campos de aviación chinos que tenían las pistas de aterrizaje largas que necesitaban los aparatos de este tipo.

«¿Podrían los aviones volar de noche?», preguntó Morgenthau.

«Sí —contestó Chennault—, tendrían que volar de noche porque los cazas de escolta que se necesitaban para las misiones diurnas no tenían la autonomía de vuelo suficiente para llegar a Japón.»

«¿Y las bombas incendiarias? —preguntó Morgenthau—. Todas las ciudades japonesas están hechas de madera y papel solamente.»

Era mucho el daño que podía hacerse de esta manera, coincidieron todos. Luego se despidieron y se fueron a dormir.

EL SUBSECRETARIO DE ESTADO Summer Welles preparó el borrador de una respuesta a la petición de ayuda con la emigración de judíos que había hecho el embajador francés. Luego lo envió a Roosevelt para que le diese el visto bueno. Era el 21 de diciembre de 1940.

La respuesta enviaba saludos del secretario de Estado Cordell Hull al

embajador francés y acusaba recibo de su nota en solicitud de ayuda para resolver el problema de los refugiados, en particular los de «nacionalidad alemana y religión judía». Era cierto que Francia estaba alimentando y cuidando a estos miles de refugiados judíos alemanes. Era cierto que los franceses querían que el gobierno estadounidense ayudara a encontrar hogares para estos refugiados en el hemisferio americano.

Cortésmente, con gran ceremonia, el secretario de Estado se vio obligado a desestimar la petición francesa. «Las leyes de inmigración de Estados Unidos son muy explícitas —dijo—, y no permiten más liberalización.» Llegaría el momento en que prevalecerían condiciones de orden y paz, pero, por ahora, Estados Unidos «no cree que sea de utilidad hablar de problemas de migración bilateralmente con el gobierno francés ni multilateralmente con los diversos gobiernos de este momento».

EN UNA CARTA ADJUNTA el subsecretario Welles ofrecía al presidente sus puntos de vista sobre la petición del embajador Henry-Haye. Era «chantaje totalitario», sostenía: los alemanes estaban presionando a los franceses para que presionaran a Estados Unidos. «Si cediéramos ante esta presión —escribió—, los alemanes endilgarían a los franceses los judíos que quedan en Alemania y los territorios ocupados, centenares de miles de personas, esperando que los franceses, a su vez, persuadieran a este país y a los otros países americanos a acogerlos.»

En toda Europa, argüía Welles, los alemanes «instaurarían algo parecido a un “reinado del terror” contra el pueblo judío». Por tanto, los judíos refugiados en Francia debían quedarse donde estaban. «Debemos pensar, sobre todo, en las víctimas de la tragedia», dijo.

Roosevelt escribió «OK» en el borrador de la carta; el secretario de Estado Cordell Hull la firmó; y al cabo de unos días fue enviada al embajador francés.

FRANCES PARTRIDGE estaba escribiendo en su diario sobre uno de sus amigos. «Colin piensa que todos los alemanes deberían ser esterilizados, que no son como el resto de la gente, y estas palabras no despertaron ningún sentimiento de ira en mí, solo sorpresa e indiferencia —escribió—. Sin embargo, es un hombre muy inteligente. ¿Qué impresión causará esto después de la guerra, si salimos vivos de ella?»

Era el 21 de diciembre de 1940.

CHURCHILL ESTABA PENSANDO en los miles de personas, tales como Jawaharlal Nehru y Oswald Mosley, a las que había ordenado encerrar como presos políticos. Empleaba una palabra suave para referirse a estos hombres y mujeres: *détenus*. Los *détenus* eran personas que, decía Churchill, no habían cometido ningún delito concreto pero que, a pesar de ello, había que tener en la cárcel. «Naturalmente, me duele tener que ser responsable de una medida tan absolutamente contraria a todos los principios fundamentales de la libertad británica, el derecho de *habeas corpus* y demás —dijo—. El peligro público justifica la medida que se ha tomado, pero ahora el peligro se está alejando.»

Solicitó que se mitigara el «carácter riguroso» de la pena de Nehru. Pero no permitió que Nehru saliera de la cárcel. Era el 22 de diciembre de 1940.

LA ROYAL AIR FORCE bombardeó la catedral situada en el centro de Berlín. El suelo estaba cubierto de nieve; faltaban unos días para la Navidad de 1940.

«Aviones que volaban bajo ametrallaron las baterías de reflectores», contó *The New York Times*. El Lustgarten —uno de los primeros lugares de reunión de los nazis— resultó alcanzado, al igual que la Zeughaus, museo de historia militar donde Hitler había pronunciado un discurso un año antes.

Al día siguiente, el *Völkischer Beobachter* dijo: «El ataque a la mayor iglesia de la capital del Reich demuestra la total carencia de planes de las Fuerzas Aéreas británicas». Alemania podía «aplicar un castigo de un tipo que los londinenses, a pesar de repetidas experiencias, aún no pueden imaginar —amenazaba el artículo—. No han faltado las advertencias».

GANDHI ESCRIBIÓ una carta abierta a Adolf Hitler. Empleó las palabras «Querido amigo» como fórmula de encabezamiento. Era el 24 de diciembre de 1940.

«No nos cabe ninguna duda —decía Gandhi a Hitler— de su valor ni de su devoción a su patria, y tampoco creemos que sea usted el monstruo que describen sus enemigos.» Pero sus actos, decía Gandhi, eran monstruosos. Checoslovaquia, Dinamarca, «la violación de Polonia»: estas conquistas degradaban a la humanidad.

Gandhi explicaba a Hitler la técnica de la no violencia. «La nuestra es una posición única», decía Gandhi:

Nos oponemos al imperialismo británico no menos que al nazismo. Si hay una diferencia, es de grado. Una quinta parte de la raza humana ha sido puesta bajo los talones británicos empleando medios que no resisten un examen riguroso.

«Durante el último medio siglo —proseguía Gandhi—, la India ha estado tratando de librarse de la dominación británica. Hemos hallado en la no violencia una fuerza que, si se organiza, puede sin duda hacer frente a todas las fuerzas más violentas del mundo.»

«Someta su disputa a un tribunal internacional —aconsejaba a Hitler—. Los buenos resultados del uso de la ciencia de la destrucción no prueban que quien recurra a ella tenga razón. Si no son los británicos, indudablemente alguna otra potencia mejorará los métodos que emplea usted y le derrotará con sus propias armas.»

No va a dejar a su pueblo ningún legado del que pueda enorgullecerse. Le ruego, por tanto, en nombre de la humanidad, que detenga la guerra.

Gandhi envió un telegrama a sir Gilbert Laithwaite, secretario del gobernador general de la India: CARTA ABIERTA A HERR HITLER ENVIADA A LA PRENSA. ESPERO SU EXCELENCIA PUEDA AUTORIZAR RÁPIDA REMISIÓN A OCCIDENTE.

LA LUFTWAFFE provocó mil quinientos incendios en Londres. Era el 29 de diciembre de 1940. El edificio del ayuntamiento medieval resultó destruido. Las campanas se fundieron en el campanario de la iglesia de Santa Brígida, obra de sir Christopher Wren, construida después del incendio de Londres en 1666. El ataque fue llamado el segundo gran incendio de Londres. Charles Portal, jefe del Estado Mayor del Aire, y Bomber Harris, su segundo, contemplaron desde la azotea del Ministerio del Aire cómo la cúpula de San Pablo se alzaba por encima de las llamas. «Están sembrando vientos», dijo Bomber Harris.

El Gabinete de Guerra se reunió al mediodía siguiente para hablar de lo que había que hacer. «Decido dar publicidad al ataque a la City, muy acertadamente —escribió el subsecretario Cogan en su diario—. Eso puede ayudarnos enormemente en Estados Unidos en un momento de lo más crítico. Gracias a Dios que los alemanes, pese a su astucia, su laboriosidad y su eficiencia, son imbéciles. Almorcé en casa.»

De pronto se levantó la censura para los reporteros norteamericanos: eran libres de contar toda la historia, nombrando edificios y barrios específicos. «Se han destruido edificios —escribió Robert Post en *The New York Times*—, en los cuales los hombres podían sentir el roce de las alas de siglos.»

Portal consultó con Churchill. Luego hizo saber a su jefe del Mando de Bombardeo que «tenía plena libertad para llevar a cabo otra Abigail contra cualquiera de las poblaciones aprobadas previamente».

LOUIS MACNEICE, poeta, vio arder un edificio en Londres y quedó impresionado por la belleza del espectáculo, «un gran edificio comercial que parecía ser meramente una fachada de ventanas y estas estaban llenas hasta rebosar de llamas amarillas continuas, uniformes como un líquido pero burbujeando un poco en la parte superior igual que los depósitos aireados de un acuario». Los alemanes estaban iluminando Londres como un escenario, dijo MacNeice.

Sylvia Townswend Warner, escritora de relatos, pidió a MacNeice que apoyase una Convención del Pueblo organizada por los socialistas y los comunistas. Se había puesto en circulación un plan de seis puntos:

1. Defensa de los niveles de vida del pueblo.
2. Defensa de los derechos democráticos y sindicales del pueblo.
3. Precauciones apropiadas contra los ataques aéreos, refugios hondos a prueba de bomba, realojamiento y socorro a las víctimas.
4. Amistad con la Unión Soviética.
5. Un gobierno popular verdaderamente representativo de todo el pueblo y capaz de inspirar confianza en el pueblo trabajador del mundo.
6. Una paz del pueblo que elimine las causas de la guerra.

La convención iba a tener lugar en enero.

MacNeice preguntó a Warner por qué debía apoyar semejante reunión. «Porque la revolución se necesita inmediatamente», contestó Warner. MacNeice dijo que no le parecía que los comunistas británicos pudieran hacer una revolución y que, si la hacían, que fuese del tipo apropiado. «Aparte de eso —añadió—, si hiciéramos una revolución hoy, por bien que nos fuera, Hitler invadiría Inglaterra mañana, y probablemente con éxito.»

EL SENADOR BURTON WHEELER, aislacionista, pronunció un discurso a través de NBC Radio: «Creo firmemente que el pueblo alemán quiere la paz, del mismo modo que todo pueblo prefiere la paz a la guerra —dijo—, y que el ofrecimiento

de una paz justa, razonable y generosa será una forma más rápida y eficaz de provocar la caída del hitlerismo y quebrar la moral del pueblo alemán que todos los bombarderos que pudieran enviarse a Berlín». Era el 30 de diciembre de 1940.

ROOSEVELT ESCRIBIÓ A CHURCHILL un cable sobre la leche en Francia. Era la víspera de Año Nuevo de 1940.

Clarence Pickett había pedido a Roosevelt que rogara a Churchill que permitiese que un barco de la Cruz Roja atravesara el bloqueo. «De lo contrario —escribió Pickett—, no sabíamos cómo íbamos a tener leche después del 5 de enero.»

Las autoridades británicas encargadas del bloqueo, escribió Roosevelt a Churchill, se negaban a permitir a la Cruz Roja enviar siquiera pequeñas cantidades de leche a los niños de Francia, «alegando que sería difícil hacer una distinción entre los territorios ocupados y los no ocupados». Roosevelt opinaba que tal distinción podía hacerse y que la leche debía atravesar el bloqueo.

No tenía ninguna intención, agregó, de seguir una política que debilitara la eficacia del bloqueo británico: Alemania debía alimentar a los territorios bajo ocupación alemana. Pero los niños de la parte *no ocupada* de Francia necesitaban leche, canastillas y vitaminas. Y España necesitaba harina. Si España recibía harina, tal vez no entraría en la guerra, dijo.

CINCO PACIFISTAS, disfrazados de refugiados, encabezaron una marcha hasta el Tabernáculo de Broadway en la calle Cincuenta y seis de Nueva York. Era el 1 de enero de 1941. Habían llegado andando desde Lancaster, Pensilvania, empujando una carretilla, para protestar por el bloqueo de hambre británico. LA BONDAD EDIFICA PAZ VERDADERA, rezaba la pancarta de uno de los

participantes en la marcha. En otra se leía: EL HAMBRE ENGENDRA ANARQUÍA Y NO PAZ Y DEMOCRACIA. Los participantes cantaban una canción sobre el poder del amor.

Lee Stern, alumno de la Escuela Case de Ciencias Aplicadas, era uno de los cinco desde el principio. Vivía en un lugar llamado Ahimsa Farm, que era una comuna situada en Aurora, Ohio; explicó que la Peregrinación hasta el Mar-Alimentos para Europa se inspiraba en la marcha de Gandhi hasta el mar en busca de sal. Muriel Lester, la autora de «Speed the Food Ships», también participaba en la marcha; era la fundadora de Kingsley House, en el East End, donde Gandhi se había alojado al visitar Inglaterra en 1931.

Una mujer empujaba un cochecito de niño y llevaba una pancarta con estas palabras: ROMPED LAS CADENAS DE LA ESCLAVITUD DEL HAMBRE. Su marido, Angelo Mongiore, estaba en la cárcel porque se había negado a inscribirse para el servicio militar obligatorio.

ELVIRA NIGGEMAN, secretaria privada de Harold Nicolson, salió a dar una vuelta tras un bombardeo en el West End. «En todas partes vi grupitos de personas que sin alzar la voz pero con mucha determinación hablaban de venganza —escribió a Nicolson—. No cabe duda de que va en aumento la opinión de que dar a los alemanes un trato parecido es lo único que comprenderán.» Era el 2 de enero de 1941.

WINSTON CHURCHILL envió una repuesta a la carta de Roosevelt sobre alimentos para Europa. Era el 3 de enero de 1941.

Churchill accedía a permitir el paso de un barco de la Cruz Roja, siempre y cuando se hicieran todos los esfuerzos necesarios por evitar que los artículos de socorro fuesen a parar a la Francia ocupada. «Estoy seguro de que puedo contar

con su ayuda en el mantenimiento de esta distinción —decía—, porque, en caso contrario, todo el edificio de nuestro bloqueo se vería fatalmente socavado y no hace falta que le recalque lo que esto significaría en lo tocante a la victoria final.»

Los artículos que Churchill autorizaba eran: leche enlatada o en polvo, vitaminas y medicinas «en sentido riguroso». Se negó a autorizar el aceite de hígado de bacalao y fletán.

Al conceder esta minúscula apertura temporal del bloqueo, Churchill formuló una petición más: «Nos gustaría que se declarara que los artículos de socorro están disponibles solo en virtud de la buena voluntad del gobierno de Su Majestad —escribió Churchill—. La impresión que nos gustaría crear es la de cooperación anglonorteamericana con fines humanitarios».

AQUEL MISMO DÍA Churchill también escribió una nota a uno de sus ayudantes acerca de los extranjeros enemigos. Más de cincuenta mil judíos alemanes habían sido puestos finalmente en libertad con el consentimiento de Churchill — con lo que había aún más de doscientos mil encarcelados— y algunos de ellos servirían en el Cuerpo de Zapadores, rama de las Fuerzas Armadas parecida al Cuerpo de Ingenieros del Ejército de Estados Unidos. Churchill quería asegurarse de que el Cuerpo fuera «fregado y refregado» para limpiarlo de células nazis. «Estoy muy a favor de reclutar alemanes amigos y tenerlos bajo una disciplina rigurosa —escribió Churchill—, en vez de permanecer sin hacer nada útil en campos de concentración, pero tenemos que poner doble cuidado en evitar que se nos cuelen elementos indeseables.»

ROOSEVELT PRONUNCIÓ su discurso anual ante el Congreso. La seguridad norteamericana se veía amenazada, dijo. Gran número de agentes secretos

estaban ya en Latinoamérica. Estados Unidos llevaba retraso en la construcción de aviones. «Debemos hacer sacrificios para responder a la actual emergencia. Debemos suministrar a nuestros amigos barcos, aviones, tanques, cañones.»

Pero, a pesar de todo, había algo que esperar con ilusión: cuatro libertades humanas esenciales.

La libertad de expresión era una de ellas; la libertad de culto era otra; la libertad de vivir sin padecer pobreza era la tercera. Y la cuarta: «La cuarta es la libertad de vivir sin padecer temor, que, traducida a términos mundiales, significa una reducción mundial del armamento, hasta tal punto y de forma tan total que ninguna nación esté en condiciones de cometer un acto de agresión física contra sus vecinas en ninguna parte del mundo».

Este encomiable objetivo —la reducción mundial del armamento— explicaba por qué Estados Unidos necesitaba fabricar, tan rápidamente como pudiese, más barcos, más aviones, más tanques y más cañones.

Era el 6 de enero de 1941.

WINSTON CHURCHILL fue nombrado Hombre del Año por la revista *Time*. Era enero de 1941.

OTRO OPOSITOR AL RECLUTAMIENTO FORZOSO fue enviado a la cárcel. Era el 6 de enero de 1941.

«Inscribiéndome no hubiera hecho más que arrojar incienso en el fuego que ahora arde en el altar del odio», afirmó Ernest J. Kirkjian, ex estudiante de teología en la Temple University. El juez Welsh dijo que Kirkjian era «totalmente sincero» y le condenó a un año y un día en una prisión federal.

CHURCHILL FUE INFORMADO por la Casa Blanca de que a Harry Hopkins le gustaría visitar Inglaterra. «¿Quién?», preguntó Churchill. Sus ayudantes le explicaron que Hopkins era el confidente y agente personal de Roosevelt.

Se organizó una visita oficial para Hopkins que incluía una audiencia con el rey y la reina, visitas a los lugares dañados por los bombardeos, encuentros con el Mando de Bombardeo y un viaje en tren privado para ver los buques de guerra fondeados en Scapa Flow. Era enero de 1941.

Hopkins se entrevistó con lord Beaverbrook, magnate de la prensa y director de producción aeronáutica, y cenó con directores y editores de periódicos. Se quedaba levantado hasta tarde mientras Churchill bebía y aspiraba rapé de una cajita de plata. Al principio Churchill le había parecido sencillamente una rotundidad sonriente, rubicunda, de manos gruesas y voz sensiblera, pero el primer ministro pronto se ganó los afectos de Hopkins. Todo resultaba nuevo: la brillante pugnacidad, la verborrea, la memoria que le permitía recordar emocionantes fragmentos de poesía.

Hopkins escribió a Roosevelt que Churchill era el único hombre con el que tenía que tratar, que no tenía que preocuparse por nadie más. Churchill era el gobierno, explicó Hopkins: «Los políticos y las élites fingen que les cae bien». Y estaba haciendo una labor espléndida. «He quedado más convencido que nunca de que Churchill lidera este país de forma magnífica en todos los sentidos y de que la nación entera le respalda», dijo Hopkins.

Churchill creía, según Hopkins, que «esta guerra no consistiría en el enfrentamiento de fuerzas en masa». Sería una guerra de bombarderos, de bombarderos y bloqueos. Pero por el momento, decía Churchill, la proporción entre bombarderos alemanes e ingleses era de dos y medio a uno, aunque estaba disminuyendo. «Espera que, con nuestra ayuda, se hará con el dominio del aire y entonces Alemania, con todos sus ejércitos, estará acabada.» En cuanto al bloqueo: «Expresó la esperanza de que no iríamos demasiado lejos en lo que se

refiere a alimentar a ninguno de los países dominados». Controlar a pueblos abatidos y desesperados le resultaba más difícil a Hitler.

EL *DAILY WORKER* puso un anuncio de la Convención del Pueblo en *The New York Times*. «¡El pueblo británico habla claro!», decía el titular, escrito sobre el fondo de un Londres bombardeado y en llamas. Era el 11 de enero de 1941.

Al día siguiente dos mil delegados se reunieron en Londres y oyeron discursos. Estaban presentes soldados de uniforme, así como clérigos, estudiantes y organizadores sindicales. D. N. Pritt, diputado socialista, era el tesorero de la convención. Una pancarta grande decía: AMISTAD CON LA PODEROSA UNIÓN SOVIÉTICA. Theodore Dreiser y Paul Robeson enviaron mensajes de saludo, y lo mismo hizo Earl Browder, secretario general del Partido Comunista Norteamericano.

La convención pidió mejoras salariales, mejores refugios antiaéreos, viviendas y compensación para las víctimas de los bombardeos y la restauración de los derechos sindicales y las libertades civiles. También pidió una «paz del pueblo conquistada por los trabajadores de todos los países y basada en el derecho de todos los pueblos a decidir su propio destino».

Se dijo que la policía militar acechaba fuera. Herbert Morrison, ministro de Seguridad Interior, había amenazado con prohibir el mitin, pero al final autorizó su celebración.

AQUEL MISMO DÍA Winston Churchill envió a Herbert Morrison una nota breve que hacía referencia a D. N. Pritt y los comunistas y llevaba adjunto uno de sus folletos recientes.

El folleto no debería haberse autorizado, decía Churchill. Era contrario a la voluntad del Parlamento y obstaculizaba la capacidad del gobierno de oponer

resistencia al enemigo. ¿Por qué, preguntaba Churchill, si el fascista Oswald Mosley estaba en la cárcel, no se encerraba también a comunistas como Pritt? «Deberían hacerse cumplir la ley y las regulaciones contra quienes obstaculizan nuestro esfuerzo bélico, ya sean de extrema derecha o de extrema izquierda», decía. «¡La ley es ley para todos!»

LOS FRANCESES llamaban a Winston Churchill «el que hace pasar hambre». «En muchos sentidos —escribió Lucien Romero en *Le Figaro*— las doctrinas totalitarias eran los resultados del bloqueo de 1918.» También el nuevo bloqueo, dijo Romero, «mata el liberalismo». Era el 13 de enero de 1941.

SACERDOTES CATÓLICOS recogieron fotografías de algunas iglesias y un monasterio llenos de reliquias históricas que habían sido bombardeados en Düsseldorf y las enviaron al Vaticano.

EL *JAPAN ADVERTISER* publicó un artículo de fondo sobre Pearl Harbor. «Las enormes concentraciones navales en ultramar equivalen a la extensión de las fronteras nacionales —decía el periódico—. En el caso de Estados Unidos, hacen pensar en una dictadura sobre los paralelos de latitud por debajo de Pearl Harbor, una invitación a otros a no acercarse y, por tanto, un desafío y una amenaza preliminares de hostilidades y, por ende, una contradicción de la política anunciada por Estados Unidos de no enviar a sus hijos armados allende sus fronteras.» Era el 17 de enero de 1941.

La decimosexta Conferencia Anual sobre la Causa y el Remedio de la Guerra no se celebró en enero de aquel año. Fue cancelada por falta de fondos.

CHURCHILL Y SU GABINETE estaban cansados del *Daily Worker*. La amplitud de la información que publicó sobre la Convención del Pueblo, con su exigencia de una paz negociada de las masas, fue la gota que colmó el vaso. Era el 18 de enero de 1941.

Una fuente del gobierno dijo a un reportero de *The New York Times* que el gabinete se disponía a prohibir el *Daily Worker*, del mismo modo que había prohibido el Partido Fascista de Oswald Mosley y su periódico *Action*. La legislación necesaria para ello ya estaba lista. «Si bien la diversión es la diversión, la cosa ya pasa de castaño oscuro», dijo la fuente.

Tres días después, agentes de Scotland Yard irrumpieron en la redacción del *Daily Worker*. Ahora era ilegal imprimir, distribuir o ayudar de alguna forma a publicar el *Daily Worker* o una insignificante publicación mimeografiada que se titulaba *The Week*.

Herbert Morrison, ministro de Seguridad Interior, dijo en el Parlamento que el gobierno no podía autorizar que se publicaran periódicos que «debilitasen la voluntad de nuestro pueblo». El *Daily Worker*, añadió Morrison, había dicho que «nuestro pueblo no tiene nada que ganar con la victoria y que las estrecheces y los sufrimientos de la guerra son innecesarios e impuestos por un gobierno insensible y embarcado en un conflicto egoísta en beneficio de las clases privilegiadas».

Ninguna fuerza que consciente o inconscientemente obstaculizara el esfuerzo bélico o ayudase al enemigo podía ser tolerada, dijo Morrison. Fue vitoreado.

El Partido Comunista no fue prohibido, solo su periódico. Cecil King, editor del *Daily Mail*, acogió la medida con preocupación. «No beneficia a ningún periódico que otro periódico sea prohibido —declaró—. Da a los comunistas una publicidad maravillosa y es de valor incalculable para ellos.»

EN DRESDE, Victor Klemperer puso por escrito su deseo imposible: pasarse un año recorriendo Estados Unidos en su propio coche, hablando en inglés, leyendo periódicos y revistas y yendo al cine. «Luego estudiar y escribir sobre literatura norteamericana en mi propia casa en la Costa Este —escribió—. Pero voy a cumplir sesenta años y mi corazón se rebela cada día.»

Su esposa, Eva, también era propensa a la melancolía. Y, huelga decirlo, debido al cupo de inmigración resultaba muy difícil entrar en Estados Unidos. Pero aunque pudiera, ¿qué haría allí? Su inglés era defectuoso. ¿Quién le acogería? Era el 21 de enero de 1941.

EN TOKIO, el embajador norteamericano en Japón oyó algo acerca de un posible ataque por sorpresa. «Corren por la ciudad muchos rumores en el sentido de que los japoneses, en caso de una ruptura con Estados Unidos, planean emplearse a fondo en un ataque a gran escala por sorpresa a Pearl Harbor —escribió el embajador, Joseph Grew, en su diario—. Por supuesto, he informado a mi gobierno.» Era el 24 de enero de 1941.

HOPKINS PREGUNTÓ A ROOSEVELT si podía quedarse en Inglaterra un poco más. El presidente contestó que sí, pero le dijo que continuase mandando informes. El Proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo se sometería a votación a finales de febrero, probablemente, le dijo Roosevelt, y las señales parecían alentadoras. «Duerma usted un poco, por favor.»

Era el 29 de enero de 1941.

HITLER EMPEZÓ A PRESTAR más atención a la idea de Roosevelt de prestar armas a

Inglaterra. Advirtió a 13.000 entusiastas en el Palacio de Deportes de que Estados Unidos debería permanecer al margen de la guerra. Alemania iba a disponer de armas nuevas, «maravillas azules». No tenía nada contra el pueblo norteamericano; no tenía ningún pleito con Estados Unidos, en absoluto, dijo.

Hitler repitió luego su amenaza de antes de la guerra: si los judíos internacionales empujaban a Alemania a una guerra mundial, sería el fin de los judíos de Europa.

Era el 30 de enero de 1941.

EL ALMIRANTE RICHARDSON saludó al almirante Kichisaburo Nomura, que hizo escala en Honolulu en su viaje hacia San Francisco y desde allí a Washington, donde asumiría sus obligaciones de embajador. Era el 31 de enero de 1941.

A Richardson le gustó Nomura —«persona inteligente y amistosa»—y le agasajó con un almuerzo. «Almirante Nomura, hablo en nombre de los oficiales de la Armada de Estados Unidos cuando expreso la gratitud profesional que sentimos al ver a un oficial de la armada japonesa nombrado para desempeñar tan alto cargo diplomático», dijo Richardson en el almuerzo—. Esperamos que su misión en Estados Unidos se vea plenamente coronada por el éxito.»

Era el último día de Richardson en el puesto; Roosevelt le había relevado del mando unas semanas antes.

EL MINISTERIO DE INFORMACIÓN BRITÁNICO produjo folletos que describían la visita de Harry Hopkins y los lanzó sobre Alemania. Asimismo, la Royal Air Force efectuó algunos ataques audaces mientras Hopkins se encontraba en Inglaterra. Era enero de 1941.

Un ataque tuvo lugar a las 3.00 de la madrugada y sus objetivos fueron Padua y Mestre, el puerto industrial próximo a Venecia. «Sobrevolamos Venecia

describiendo círculos para atraer el fuego enemigo», dijo un teniente coronel. Él y su tripulación se lanzaron en picado, pasaron junto a las chimeneas de Mestre, mataron a dos centinelas que se hallaban apostados en un fortín y volvieron a elevarse para arrojar su carga de bombas. «Llevábamos una de nuestras bombas más pesadas y cuando estalló por poco nos derriba», dijo el teniente coronel. Cayó sobre o cerca de un edificio «con muchas tuberías alrededor de él». Luego descendieron otra vez y volaron en torno a los capiteles de Padua. Ametrallaron el aeropuerto al tiempo que arrojaban octavillas. Por fin llegó la hora de dar la vuelta, poner proa a los Alpes y regresar a la base.

En Alemania, la RAF creó lo que se describió como un «lago de fuego» en Wilhelmshaven.

JUNTOS, WINSTON CHURCHILL y Harry Hopkins hicieron una lista de las «mangueras» que Inglaterra necesitaba de Estados Unidos. Hacían falta tantos barcos, tantos motores de aviación, tantos fusiles y tantas municiones: veinte millones de balas de calibre 50, «y tantos cañones de fusil extras de calibre 50 como fuera posible suministrar». Hacían falta aviones grandes, aviones medianos y aviones pequeños, pero especialmente aviones grandes:

El máximo número de aviones B-17, B-24 C o D, además de los 20 que ya se han acordado enviar inmediatamente a Inglaterra. Los aviones deben enviarse completamente preparados para entrar en acción de inmediato, incluidas piezas de recambio, bombas y municiones. Se necesitan urgentemente tripulaciones.

Hopkins y Churchill querían que los dos países trazaran un plan para llevar los bombarderos a Inglaterra empleando tripulaciones norteamericanas. «Esto dejaría libres a casi 800 miembros del personal de la RAF.»Y querían que ochenta observadores competentes, la mitad de los fabricantes de los aviones y la mitad del Ejército y la Armada, fueran a Inglaterra para enseñar a las tripulaciones británicas a utilizar los aviones.

Churchill habló por radio con Roosevelt y le dijo: «Denos las herramientas y terminaremos el trabajo». Era el 9 de febrero de 1941.

HARRY HOPKINS regresó en avión a Estados Unidos. Había algo grande esperándole en el aeropuerto: un Consolidated B-24 nuevo, el primero de veintiséis que iban de San Diego a Inglaterra. «El gigantesco bombardero llevaba la insignia de la Royal Air Force y estaba camuflado con motas de colores gris y verde —publicó *The New York Times*—. Se mantuvo el máximo secreto cuando el avión aterrizó. Ya fuera por casualidad o a propósito, apareció sobre el campo cuando el Yankee Clipper que llevaba a Harry L. Hopkins, asesor del presidente Roosevelt, llegaba a la terminal marítima.» El avión podía transportar más de cuatro toneladas de bombas a cualquier parte de Europa, decía el artículo. Era el 17 de febrero de 1941.

Las fábricas norteamericanas producirían finalmente 18.482 B-24 Liberators.

JAMES CONANT, rector de la Universidad de Harvard, asistió a una conferencia patrocinada por el Servicio de Guerra Química de Washington. El objeto de la conferencia era «estudiar la posibilidad de destinar más espacio y más instalaciones al Servicio de Guerra Química con el fin de que cualquier idea, artefacto o proceso nuevo que surja de los laboratorios del Comité de Investigación de la Defensa Nacional pueda probarse a gran escala para determinar su probable aplicación con fines militares». El comité recomendó que se creara un gran laboratorio en el MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts). Era febrero de 1941.

Durante la Primera Guerra Mundial, James Conant había sido el encargado de la fabricación de lewisita, gas con fines bélicos que olía a geranios. Había montado una gran fábrica de lewisita cerca de Cleveland y por este servicio le

habían dado una medalla. Un barco cargado de lewisita navegaba rumbo a Europa cuando Alemania capituló en 1918. Las bombas de gas se arrojaron al mar.

En tiempos de paz James Conant fue rector de una universidad, un buen rector, por cierto, aunque impuso límites a la contratación y admisión de judíos. Durante la guerra fue rector de una universidad y a la vez jefe de la División B del Comité de Investigación de la Defensa Nacional. La División B se encargaba de bombas, carburantes, gases y problemas químicos. El grupo de Conant estaba interesado en perfeccionar nuevas maneras de aturdir, aterrorizar, cegar, enfermar o matar personas, es decir, en las armas químicas, armas bacteriológicas y nuevos tipos de bombas incendiarias: maravillas azules de Estados Unidos.

Al testificar ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado a favor del Proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo, Conant dijo: «Debemos hacer valerosamente las cosas que sabemos que deberían hacerse. Y debemos poner los cimientos morales, intelectuales y espirituales del tipo de mundo que queremos que hereden nuestros hijos».

EN AUSCHWITZ, gran campo de prisioneros en Polonia, dos reclusos polacos en calzoncillos y con caretas antigás llenaron una habitación de ropa sucia. «Había muchos piojos en la ropa», declaró más tarde uno de los reclusos, Andrzej Rablin; los piojos cayeron al suelo. Los dos hombres arrojaron cristales del tamaño de guisantes de una sustancia llamada Zyklon Blausaure —«ácido azul ciclón», potente fumigante insecticida y matarratas— sobre los piojos. «Después de arrojar los cristales, salimos, cerramos la puerta y pegamos tiras de papel sobre las rendijas.» Los piojos murieron.

Era a principios de 1941.

UN OPOSITOR AL RECLUTAMIENTO FORZOSO, Albert Herling, dijo a un juez: «No tengo ningún derecho a tomar parte en una legislación cuyo resultado sería sacrificar vidas. Una de las cosas que no quiero ver es Estados Unidos de América convertido en un país totalitario». El juez condenó a Herling a dos años de cárcel.

EL SENADOR BURTON WHEELER, demócrata de Montana, pronunció un largo discurso contra el Proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo de Roosevelt. El proyecto de ley era apoyado, dijo, por «banqueros internacionales» —los Rothschild, los Warburg, los Sassoon— que estaban empleando su influencia para empujar a Estados Unidos a la guerra. Era el 14 de febrero de 1941.

George Gordon Battle, líder del Consejo Contra la Intolerancia en Estados Unidos, dijo que Burton les estaba haciendo el juego a los nazis. Con su alusión a los banqueros internacionales había «inyectado una deplorable nota de fanatismo» en su argumento.

DIEZ MIL JUDÍOS fueron deportados de Viena a Polonia, a instancias del líder del partido Baldur von Schirach, patrocinador de las Juventudes Hitlerianas. Había aún alrededor de cincuenta mil judíos ortodoxos allí, publicó *The New York Times*. «La mayoría de ellos son muy viejos o muy jóvenes.» Era el 19 de febrero de 1941.

JOSEPH GOEBBELS estaba trabajando en un artículo largo sobre Winston Churchill para *Das Reich*. Citó algunos extractos de lo que Churchill había escrito sobre la guerra de los Bóers para el *Morning Post*. Parece que entonces hizo una pausa

para mirar inquisitivamente una fotografía del primer ministro. «No hay ni un solo rasgo bondadoso en su rostro —escribió Goebbels—. Este hombre anda sobre cadáveres para satisfacer su ciega y presuntuosa ambición personal. La punta de un puro metido entre sus labios es el último vestigio de una vida voluptuosa que se acerca a su fin.»

ROBERT MENZIES, el primer ministro de Australia, fue a visitar a los Churchill en Chequers. Era el 22 de febrero de 1941.

Mary Churchill, la hija de diecisiete años de Winston era, dijo Menzies «la muchacha más lozana y bien parecida que he visto desde hace años». Churchill mismo, sin embargo, era el mismísimo demonio y no sabía escuchar. «Emplea la oratoria incluso en las conversaciones. Maestro de la frase mordaz y, pese a ello, diría yo que no tiene verdadero sentido del humor. Disfruta del odio.»

VICTOR KLEMPERER tuvo que vender su coche a un chatarrero. Estaba en vigor una ordenanza de venta obligatoria. Dos niños contemplaron cómo el chatarrero ataba el coche de Klemperer al suyo. «¡El coche del judío! ¡El coche del judío!», gritaron. Pero el chatarrero, Meincke, era un hombre decente, pensaba Klemperer, antinazi aunque miembro del partido desde hacía muchos años. Era el 25 de febrero de 1941.

Aquella noche Victor y Vera salieron a cenar: «Llegamos al Monopol justo cuando la radio retransmitía la voz estridente, de paranoico, de Hitler gritando las últimas frases de un discurso». Se quedaron fuera hasta que terminó el discurso y cesaron los cánticos. Entonces entraron.

MARY BERG, que vivía en el gueto de Varsovia, trazó el retrato de una chica en su clase de dibujo. Era el 27 de febrero de 1941; el gueto se estaba muriendo poco a poco de hambre. «Muchos de nuestros alumnos vienen a clase sin haber comido nada, y todos los días organizamos una recogida de pan para ellos», escribió en su diario. Pero la situación de los modelos era peor. Hacían cola para ganar dinero posando.

Ayer nuestra modelo fue una niña de once años y bellos ojos negros. Mientras trabajábamos, la niña estuvo temblando de fiebre y nos costó dibujarla.

Le dieron de comer. «La pequeña, sin dejar de temblar, se comió solo parte del pan que recogimos para ella y envolvió cuidadosamente el resto en un trozo de periódico. “Esto es para mi hermanito”, dijo. Luego permaneció sentada sin moverse mientras la dibujábamos.»

CHURCHILL ESCRIBIÓ un breve memorándum secreto a su ministro del Aire. Se refería a bombardear Roma. «Si más adelante decidimos hacerlo —decía Churchill—, espero que no nos limitemos a los blancos que se indican en (b) sin que les demos buena dosis donde más les duela.» Era el 28 de febrero de 1941.

MENZIES, EL PRIMER MINISTRO DE AUSTRALIA, se fijó en que había un saquito de arena en todas las puertas de Londres, listo para utilizarlo contra las bombas incendiarias. Almorzó con unos jueces en Gray’s Inn. «Estos ancianos lo están pasando mal —escribió Menzies en su diario—. Aparte de la atroz pérdida de vidas, es duro ver dañadas o destruidas cosas bellas y antiguas a las que les has tomado cariño.»

Menzies fue luego en coche a Chequers. Churchill habló de los submarinos alemanes. En sus ojos brillaba la luz de la batalla, escribió Menzies: «En toda

conversación llega finalmente a un punto en el que decididamente disfruta de la guerra». Era el 1 de marzo de 1941.

El día siguiente era domingo. La joven Mary Churchill llevó a Menzies y al perro a dar un gran paseo por la mañana. «Una maravilla (me refiero a ella, no al perro) de vitalidad y total naturalidad.»

Churchill empezaba a gustarle, escribió Menzies; poseía una asombrosa facilidad para captar los detalles: «Su verdadero tirano es la frase brillante, tan atractiva a su mente que a veces las verdades incómodas pasan a segundo término».

ULRICH VON HASSELL, el conspirador antinazi, habló con un general alemán sobre un golpe de Estado: si habría que darlo y cuándo. «Puntos destacados de la situación —escribió Von Hassell—. Crisis alimentaria que avanza con rapidez y será absolutamente alarmante si Hitler realmente ataca Rusia cuando llegue la primavera.»

Invadir Rusia sería una locura, creía Von Hassell; para justificarla estaban alegando que Alemania necesitaba los campos de trigo de Ucrania y que Rusia era una aliada en potencia de Inglaterra. El resultado sería un cerco total.

Alemania no iba a triunfar, dijo el embajador brasileño a Von Hassell, «opinión —escribió este—, que se está extendiendo con rapidez». Era el 2 de marzo de 1941.

MENZIES ESTABA PASEANDO por Londres de nuevo. Era el 5 de marzo de 1941. Lincoln Inn's Fields, la gran plaza proyectada por Inigo Jones, aparecía bajo una neblina azul grisácea con un toque de sol. Cada dos por tres Menzies encontraba una casa o una tienda destruida. «Es un mundo de locos —escribió—, y lo más difícil en él es debatir y decidir (como hacemos en el Gabinete de Guerra)

políticas que, aunque den buenos resultados, por fuerza traerán el ángel de la muerte a muchos hogares.»

EL DIRECTOR DEL *SUNDAY DISPATCH*, Charles Eade, almorzó con Winston y Clementine Churchill en el sótano del número 10 de Downing Street.

La señora Churchill llevaba un pañuelo con lemas patrióticos. PRESTAD PARA LA DEFENSA y ÁNIMO. El menú consistió en jerez, empanadas de pescado, vino blanco, turnedós con setas, melocotones, queso, oporto, coñac y puros. Churchill encendió su puro diez veces. James Conant, el rector de Harvard, se hallaba presente, al igual que el profesor Lindemann. Era el 6 de marzo de 1941.

«Hablamos de la bomba enorme que cayó hace alrededor de tres semanas en Hendon —escribió Eade después—. El señor Churchill dijo que pesaba unos 1.800 kilos y mató a unas 80 personas.»

Alguien mencionó el comportamiento absurdo de las mujeres inglesas, que ofrecían té y cigarrillos a los aviadores alemanes derribados. Clementine Churchill comentó que los ingleses son incapaces de odiar a sus enemigos. El primer ministro dijo: «Antes de que termine la guerra odiamos a nuestros enemigos, ya lo verán».

Había, dijo Eade, un gran deseo de que los ciudadanos corrientes de Alemania padecieran los efectos de los bombardeos británicos.

Churchill repitió su ocurrencia: «Primero es la obligación y luego la devoción».

Clementine Churchill rio sin medida: «Tienes sed de sangre», le dijo a su marido.

EL ESTADO MAYOR DEL AIRE BRITÁNICO distribuyó un memorándum, «Subcomité

sobre Cultivos del Consejo Químico: primer informe». Hablaba de la posibilidad de arrojar semillas de malas hierbas, bichos y enfermedades de las plantas sobre los cultivos del Eje. Los ataques de este tipo podrían surtir un «efecto moral» en la población alemana, se argüía. Era el 6 de marzo de 1941.

Otra idea era matar los cultivos o detener su crecimiento utilizando sustancias producidas por Imperial Chemical Industries, la compañía inglesa que fabricaba bombas y el gas mostaza fumigable de la marca Runcol. El producto químico 1313 de ICI actuaba sobre el trigo y otros cereales, al tiempo que el 1414 hacía estragos en los cultivos de tubérculos. «En 1941 se pensó en su utilización mediante el lanzamiento desde el aire sobre Alemania —según un memorándum posterior—. Sin embargo, la envergadura de semejante operación, habida cuenta de los recursos que teníamos entonces, resultaba bastante desalentadora y por este motivo y porque la guerra pronto llegó a las regiones del sudeste de Europa donde se cultivaban cereales, la idea no prosperó.»

UNA NOCHE ROBERT MENZIES se encontraba de nuevo en Chequers. También estaban allí Charles de Gaulle y el yerno de Churchill, Duncan Sandys. Este último era partidario de «poner toda la carne en el asador», escribió Menzies. «Ahorquemos a Hitler y exterminemos a 40 millones de alemanes.» A lo cual Churchill respondió con bonitas palabras:

En la guerra, furia
En la derrota, desafío
En la victoria, magnanimidad
En la paz, buena voluntad.

Era el 8 de marzo de 1941.

EN LONDRES, el club nocturno Café de Paris, situado debajo del teatro Rialto, fue alcanzado por una potente bomba. El club tenía una pista de baile que era supuestamente segura, pero en realidad no lo era. El director de la orquesta, Ken «Snakehips» Johnson, murió decapitado. «El amable y magnético Snakehips Johnson, con su rostro delgado y elegante y su alegre ritmo —escribió en su diario una adolescente llamada Joan Wyndham—. Estaban bailando al compás de “Oh, Johnny” cuando cayó la bomba. Las parejas que se encontraban en la pista y murieron a causa de la bomba permanecieron en pie durante unos segundos, como si continuasen bailando, solo un poco inclinadas; luego se desplomaron unas sobre otras.»

Después, los saqueadores se movieron entre los cadáveres, buscando billetes y collares, cortando los dedos que llevaban anillos. Algunos de los cadáveres fueron trasladados al Charing Cross Hospital, cuyo ascensor era pequeño. Cada cadáver fue atado a una camilla con ruedas, colocado en posición vertical para que cupiese en el ascensor y bajado al depósito, acompañado por una persona viva. «La tarea, a oscuras y con el cadáver a punto de caérsete encima, resultó muy desagradable», recordó un médico. Era el 8 de marzo de 1941.

EDWARD R. MURROW vio cómo un agricultor intentaba rellenar un cráter de bomba en su campo. Era el 9 de marzo de 1941. «Las bombas de esta primavera serán más grandes y habrá más de ellas —dijo por radio—. Berlín y Londres continuarán afirmando que sus bombas dan en los objetivos militares, mientras que las del enemigo caen principalmente sobre iglesias, escuelas, hospitales y viviendas particulares.»

Murrow creía que Estados Unidos debía enviar más armas a Inglaterra y entrar en la guerra.

EL GENERAL DE GAULLE estaba durmiendo en Chequers. «El señor Churchill vino a despertarme y me dijo, literalmente bailando de alegría, que el Congreso de Estados Unidos había aprobado el Proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo.»

Hitler declaró que ojalá tuviera un bombardero con autonomía de vuelo suficiente para atacar ciudades de Estados Unidos y dar una lección a los judíos norteamericanos. Dio al Ministerio de Propaganda permiso para arremeter contra Estados Unidos. «Ahora nos van a oír», respondió Goebbels.

«Se insinúa que habrá represalias contra los judíos», decía un subtitular de *The New York Times* poco después de la aprobación del proyecto de ley.

Círculos políticos de Berlín afirman, además, que la relación de nombres como Frankfurter, Cohen y Baruch con el Proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo demostraba en beneficio de quién estaba dando Estados Unidos este paso mortal.

«El judío Frankfurter no hizo ningún favor a Estados Unidos con sus maniobras y debilitando la neutralidad norteamericana», dijo el *Borsen Zeitung* de Berlín. Los judíos europeos tendrían que cargar ahora con una «pesada responsabilidad», añadió el periódico.

«Ahora sabemos a favor de qué y contra quién estamos —dijo el *Völkischer Beobachter*—. Empieza la batalla final.» Era el 12 de marzo de 1941.

UN NAVEGANTE BRITÁNICO llamado George Carter iba a bordo de un avión Whitley que se dirigía a Berlín. «Espero que demos una buena paliza al blanco (que, por cierto, es el edificio de correos en el centro de Berlín)», escribió Carter a su novia en el mismo avión. Llevaba consigo un ladrillo y un fragmento de hormigón y algunos «mensajes personales para el huno» con la intención de arrojarlos desde el avión.

Mientras sobrevolaban Berlín se le metió humo en los ojos debido al espantosamente intenso fuego antiaéreo. «Solté nuestras bombas en medio de la

ciudad. Espero que ayudaran a nuestro esfuerzo bélico. No pude ver dónde caían.»

Había luna llena y era marzo de 1941.

CHURCHILL PRESENTÓ un informe de progresos a Anthony Eden, su secretario de Asuntos Exteriores, que se hallaba ausente del país. «Todo va muy bien aquí y hemos empezado a dar zarpazos a los hunos a la luz de la luna con buenos resultados. Que Dios os bendiga a todos.» Era el 14 de marzo de 1941.

ETTY HILLESUM, en Amsterdam, escribió en su diario: «Es el problema de nuestra época: el odio a los alemanes envenena la mente de todos». Recordó que unas semanas antes había tenido un pensamiento que «salió a la superficie en mí como una brizna de hierba joven, tierna y vacilante, abriéndose paso entre una espesura de malas hierbas».

El pensamiento era: «Supongamos que hubiera un solo alemán decente en toda Alemania. A ese alemán decente se le debería mimar. Y debido a ese único alemán decente no está bien colmar de odio a todo un pueblo. El odio indiscriminado es lo peor que existe. Es una enfermedad del alma».

Era el 15 de marzo de 1941.

ULRICH VON HASSELL escribió en su diario que prácticamente había abandonado la esperanza de convencer a los generales Halder y Brauchitsch. De ellos no se podía esperar que dieran un golpe de Estado ni que se sublevaran; eran débiles, pensó, nada más que criados de Hitler.

«Se está acumulando un odio indescriptible contra nosotros», escribió Von

Hassell. Era el 16 de marzo de 1941.

GOEBBELS SE ENTERÓ de las recientes deportaciones. «Viena estará pronto completamente libre de judíos —anotó en su diario—. Y ahora le ha llegado el turno a Berlín. Ya he empezado a hablar del asunto con el Führer y el doctor Frank.» Era el 18 de marzo de 1941. Uno de los ayudantes de Goebbels habló con Adolf Eichmann y con uno de los ayudantes de Albert Speer. El ayudante de Speer también pensaba que los judíos berlineses debían irse y señaló que los judíos ocupaban veinte mil pisos en unos momentos en que Berlín padecía escasez de viviendas.

Pero a los pocos días Goebbels averiguó que los judíos no podían irse. Hacían trabajos esenciales y peligrosos en las fábricas de armas. Los judíos eran necesarios para ganar la guerra.

UN REDACTOR DE LA REVISTA *TIME* recibió con el correo un pequeño ataúd negro. Dentro había una nota que decía: «¡Lea *Germany Must Perish!* Mañana recibirá usted su ejemplar». Era marzo de 1941. *Germany Must Perish* era un libro publicado por su propio autor, un taquillero de Brooklyn llamado Theodore Kaufman. El libro argumentaba que veinte mil cirujanos que practicasen veinticinco operaciones diarias tardarían alrededor de un mes en esterilizar al Ejército alemán. Para esterilizar al resto de la población masculina se necesitarían otros tres meses. Las mujeres requerirían más tiempo, tal vez tres años.

El redactor de *Time* pensó que esto sería un artículo interesante y así fue. En 1939, Kaufman el Esterilizador, como le llamó *Time*, se había nombrado a sí mismo presidente de un grupo llamado Federación Norteamericana de la Paz y había recomendado que el pueblo estadounidense se abstuviera de participar en

las guerras europeas o se sometiese a la esterilización. Ahora, en 1941, en medio de una guerra, Kaufman iba a por Alemania. Administrar el programa era fácil, dijo: «sencillamente como apuntarse a la seguridad social». La raza alemana no tardaría en extinguirse.

Goebbels se apresuró a sacar partido de esta chifladura. «De haber escrito este libro para nosotros, no hubiera podido hacerlo mejor», comentó en su diario. Publicó extractos y un análisis en un folleto que exageraba su peligrosidad. Se leyeron pasajes del mismo en la radio. Las revistas femeninas publicaron artículos desdeñosos. Kaufman se vio transformado en una figura misteriosa y poderosa, miembro del grupo de cerebros de Roosevelt, «uno de los asesores más allegados del judío neoyorquino Samuel Rosenman, que, como es bien sabido, aconseja y ayuda a los que escriben los discursos del actual presidente de Estados Unidos».

THOMAS MANN, el escritor expatriado, grabó un mensaje al pueblo alemán. Lo radió la BBC. Mann dijo: «¿Habéis oído que el Senado de Estados Unidos ha aprobado por una gran mayoría la llamada Ley de Préstamo y Arriendo, la ley que autoriza la más amplia ayuda a Inglaterra?». Alemania, decía, estaba ahora en guerra no solo con el Imperio británico sino también con Estados Unidos, y la situación se volvía más agobiante cada día que pasaba. «¿Qué será de vosotros? —preguntaba Mann—. Si salís derrotados, las ansias de revancha del mundo entero caerán desenfundadas sobre vosotros.»

Era marzo de 1941.

MENZIES PASEABA POR LONDRES tras una grave incursión. «Calle tras calle en llamas —escribió—, pobres ancianos aturdidos y desconcertados son guiados hacia refugios.» Sentía una torva alegría por haberlo visto, decía. «Estoy a favor

de la paz como el que más, cuando llegue, pero será una tragedia para la humanidad si llega antes de que estos animales vean sus ciudades arrasadas. Hay que hacer aprender al huno en sus carnes.»

Era el 21 de marzo de 1941.

HEINRICH HIMMLER, jefe de las SS, pidió a Viktor Brack que investigase algo. Brack, que era el ayudante de Philip Bouhler, había supervisado el programa de eutanasia T-4. Encargaron a Brack que estudiase el uso de rayos X para esterilizar en secreto a judíos deportados. Una mezcla de la cepa occidental de la judería con la oriental, pensaba Himmler, en su línea racista-fetichista, podría suponer un peligro mayor si cabe para Alemania que cualquiera de las dos variedades por separado. Había comentado el problema con el Führer; la esterilización podía ser la respuesta. Era marzo de 1941.

Brack analizó la cuestión con cierto detenimiento y escribió un informe de alto secreto, firmado «Heil HITLER! Brack». «Un modo práctico de proceder —escribió— sería, por ejemplo, dejar que las personas a tratar se acercasen a un mostrador, donde podría pedírseles que respondieran a unas preguntas y llenasen unos formularios, que les llevarían dos o tres minutos.» Durante ese tiempo, se sometería a sus gónadas y ovarios a altas dosis de radiación procedentes de dos fuentes ocultas de rayos X.

La desventaja de este método era que «podrían lesionarse otros tejidos del cuerpo —señalaba Brack—. Si la intensidad de los rayos X es demasiado alta, aquellas partes de la piel que hayan alcanzado los rayos evidenciarán síntomas de quemadura, de diversa gravedad en función del caso individual, en el transcurso de los siguientes días o semanas». Así, aunque la esterilización en masa podía llevarse a cabo sin dificultad, decía Brack, resultaba imposible hacerlo sin que las personas implicadas se enterasen.

El asesor de Himmler mandó una respuesta: Himmler estaba en Grecia, pero

agradecía mucho a Brack su informe sobre la castración por rayos X. «Ha leído su informe con interés y comentará esta cuestión con usted en cuanto tenga la oportunidad.»

EL PRIMER MINISTRO YUGOSLAVO, Dragisha Cvetkovitch, se escoraba hacia Hitler. Puesto sobre aviso, Churchill amenazó a Cvetkovitch: el Imperio británico tenía el dominio incontestable de los mares y, con la ayuda de los estadounidenses, pronto dominaría también el aire, escribió. Si Yugoslavia se unía al Eje, «su ruina será segura e irreparable». Era el 22 de marzo de 1941. Cvetkovitch no se dejó amilanar y firmó un pacto con Alemania.

En menos de cuarenta y ocho horas estallaba en Belgrado un golpe de Estado militar espoleado y financiado por el Mando Británico de Operaciones Especiales. Fue incruento y rápido. El jefe serbio de las Fuerzas Aéreas yugoslavas se apoderó de la emisora de radio y la compañía telefónica. Unidades de artillería y ametralladoras impusieron el orden. El palacio real quedó acordonado. El príncipe Pablo fue obligado a abdicar y enviado a Grecia con su familia; un nuevo rey adolescente, Pedro II, prestó juramento en la catedral de Belgrado. Surgieron banderas inglesas y francesas; una multitud inundó la capital entonando el himno serbio. «Pocas revoluciones se han desarrollado con menos incidentes», recordaría Churchill con satisfacción. Por la radio anunció que tenía estupendas noticias: «A primera hora de esta mañana la nación yugoslava ha encontrado su alma».

HITLER SE ENTERÓ de la revolución en Yugoslavia y al principio pensó que se trataba de una broma. Después empezó a hacer planes con rabia; Churchill describió su estado mental como el de una «boa constrictor que ya hubiese cubierto a su presa con su inmundada saliva para encontrarse después que se la

arrebatan de entre su lazo». Hitler llamó a Göring y otros mandos y les encargó «destruir Yugoslavia militarmente y como unidad nacional». Ni mensajes diplomáticos ni ultimátum. El golpe debía ejecutarse con la velocidad del rayo y «dureza inmisericorde».

CHURCHILL estaba una vez más en la sala de fumadores de la Cámara de los Comunes tomándose su jerez. Inglaterra ya tenía un ejército de verdad, dijo. «Tenemos tanques, buenos tanques. Tenemos armas.» Era el 11 de abril de 1941.

Harold Nicolson opinaba que tenía mejor aspecto que hacía años. «Ha desaparecido todo ese efecto de abotargamiento y tiene la cara casi delgada, con el labio inferior adelantado en un gesto de desafío a todas horas.»

LYLE WILSON, un periodista de United Press, informó sobre las precauciones contra los ataques aéreos en Alemania. Era el 2 de abril de 1941.

La mayoría de los refugios tenían ya dos salidas, explicaba Wilson: «El otoño pasado se produjeron algunos sucesos macabros en Alemania, cuando impactos directos prendieron fuego a los edificios por encima de los inquilinos refugiados y los asaron allí abajo, o cuando las bombas reventaron cañerías de agua y bloquearon la única salida, hasta que los refugiados de abajo se ahogaron». Podían verse carteles amarillos que indicaban AL REFUGIO ANTIAÉREO, con flechas rojas, por toda Alemania. En Bremen y Hamburgo se habían creado refugios para dos mil personas, pero en Berlín la mayoría de los habitantes seguía usando su sótano.

«Los peor parados son los judíos —escribió Wilson—. Me contaron que ya no les permitían compartir los refugios arios, sino que los obligaban a buscar el cobijo que pudieran a menos que el sótano del edificio fuese lo bastante grande para proporcionarles un refugio especial.»

Al día siguiente, el gobierno alemán promulgó una nueva norma punitiva: los judíos no recibirían paga por el tiempo que pasaran en los refugios antiaéreos.

EN MANCHESTER, INGLATERRA, seis mil aprendices de ingeniero se pusieron en huelga reclamando un salario más alto. Ernest Bevin, ministro de Trabajo, mandó arrestar a seis de ellos, y se acabó la huelga.

Era el 4 de abril de 1941.

CHURCHILL MANDÓ una carta al general Dusan Simovitch, jefe de las Fuerzas Aéreas yugoslavas, para informarle de que, según informes de espionaje, bombarderos alemanes convergían hacia su país e instarlo a disparar primero. Era el momento ideal para atacar Albania, decía Churchill, y procurarse allí las «masas de equipo». Concluía enviándole a Simovitch su más afectuoso y caluroso saludo.

Los alemanes, en la Operación Strafgericht (Represalia), despegaron de aeródromos rumanos y bombardearon Belgrado durante tres días. La estación de tren, el teatro de la ópera, la central eléctrica y muchas estructuras más fueron destruidas, y el palacio del rey Pedro sufrió daños. «Los estupefactos habitantes no se atrevieron a salir de sus sótanos durante días seguidos», escribió un corresponsal de United Press. El vicecónsul estadounidense dijo que Belgrado era «una ciudad de muertos».

Entonces Churchill radió un mensaje en serbocroata en el que ofrecía su más sentido pésame por las mujeres y los niños asesinados e instaba al país a seguir luchando contra la furiosa ofensiva. También las ciudades británicas habían sufrido, señalaba. Habían asesinado a mujeres y niños británicos. ¡Campesinos yugoslavos, exhortaba, levantaos y defended los derechos del hombre como

hicisteis en el siglo xvi! Vuestra recompensa llegará, vuestro valor «resplandecerá en las páginas de la historia».

La resistencia se vino abajo casi de inmediato.

Tiempo después, en sus memorias de guerra, Churchill se tomó un momento para describir la agonía de los animales del zoo de Belgrado.

«Una cigüeña herida pasó cojeando por delante del hotel principal, que era una masa de llamas —escribió—. Un oso aturdido atravesaba el infierno con paso lento y torpe, sin comprender lo que pasaba, en dirección al Danubio.»

EL CONGRESO de Mantened a América Fuera de la Guerra se reunió en el ayuntamiento de Nueva York. Jeannette Rankin dijo: «No puede haber guerra y democracia; no puede haber guerra y libertad». El rabino Sidney Goldstein, presidente de la Liga de Resistencia a la Guerra, dijo: «La democracia nunca ha estado en mayor peligro que hoy». Norman Thomas dijo que el país debería convocar un referéndum nacional antes de ir a la guerra. Oswald Garrison Villard dijo que las Cuatro Libertades de Roosevelt «no pueden aguantar el impacto de nuestra entrada en esta guerra».

Era el 6 de abril de 1941.

LA REVISTA *TIME* visitó algunos de los campos de refugiados en Francia. «Todos los refugiados sueñan ahora con escapar a Estados Unidos —escribía—, pero es solo un sueño. La mayoría de ellos se ha hundido en la apatía del aburrimiento, ha perdido toda esperanza de volver a llevar alguna vez una vida civilizada.» Era el 7 de abril de 1941.

EL CENTRO DE BERLÍN, la zona alrededor de Unter den Linden, donde Goebbels y sus estudiantes habían quemado libros nueve años antes, ardía de nuevo. Era el 9 de abril de 1941.

La Biblioteca Estatal, la universidad y el palacio del príncipe de la corona habían sido alcanzados. Treinta bombas incendiarias prendieron el Palacio de la Ópera Estatal de Berlín, donde Wilhelm Furtwangler dirigía óperas de Wagner. Sus paredes seguían en pie, pero el escenario era una ruina sin techo. Hitler ordenó a Albert Speer que lo reconstruyera de inmediato. Después dejó la ciudad. Pasó dos semanas viviendo en un tren aparcado en la boca de un túnel alpino, hablando con sus altos mandos. El tren se llamaba *Amerika*.

Churchill tenía buenas noticias que transmitir a la Cámara de los Comunes. «Las incursiones que ya estamos acostumbrados a realizar sobre puertos y ciudades alemanes están aumentando tanto en número de aeronaves empleadas como en el peso de la descarga con cada mes que pasa —dijo—. En algunos casos ya hemos superado en severidad en nuestras operaciones cualquier cosa que una sola localidad haya experimentado en una única noche por esos lares.»

Esperaba con ansia, dijo, la luz de la luna.

EL PAPA PÍO XII, antes cardenal Pacelli, radió un comunicado de Pascua. «Debemos lamentar que se hayan sobrepasado repetidamente los límites de la guerra legítima —dijo el Papa—. Ojalá todos los beligerantes, que también tienen corazones humanos moldeados por el amor de sus madres, muestren cierto sentimiento de caridad por el sufrimiento de las poblaciones civiles.» Era el 13 de abril de 1941.

VICTOR KLEMPERER escribió: «Me aterra pensar en Estados Unidos». Era el 14 de abril de 1941. Klemperer pensaba en la esterilidad intelectual de tener que

estudiar gramática inglesa. «A menudo me digo ahora: Al fin y al cabo tengo a mis espaldas una vida larga e interesante, ni siquiera carente del todo de éxitos, y, pase lo que pase, solo un resto por delante; ¿por qué importa tanto?» Acumulaba notas sobre el vocabulario del nacionalsocialismo, reuniendo pruebas de los medios con los que una dictadura militar deformaba el lenguaje que usaba.

AVIONES DE LA ROYAL AIR FORCE lanzaron varias bombas grandes sobre los puertos de Lorient y Brest, en la costa de Francia. Era el 14 de abril de 1941, una noche nublada. Habían bombardeado Lorient cuarenta y nueve veces y Brest, cincuenta y cuatro. El *Scharnhorst* y el *Gneisenau* estaban amarrados en Brest; en Lorient había hangares donde los submarinos alemanes recalaban para repostar y ser reparados. Los submarinos hundían barcos mercantes que iban y venían en convoyes entre Estados Unidos e Inglaterra, cargados de comida y armas.

Era prácticamente imposible, con las bombas que tenía la RAF, destruir barcos o submarinos por la noche. Sin embargo, era posible devastar la zona habitada cercana a los submarinos y los barcos. Si los británicos lanzaban bombas incendiarias sobre las inmediaciones de Brest y Lorient, menos personas estarían dispuestas a trabajar allí; así el bombardeo se convertiría en una especie de bloqueo al revés, parecido al que Portal había impuesto a los hombres de las tribus de Yemen.

Poco después de la incursión del 14 de abril, un furioso representante del gobierno de Vichy dio una rueda de prensa. El bombardeo fue «salvaje», dijo. Habían bombardeado Brest durante siete horas y habían muerto sesenta y cuatro personas cuando una bomba alcanzó un hospital civil. «Resulta imposible — declaró el portavoz de Vichy— aceptar sin protesta los bombardeos repetidos,

que afectan ante todo a la población civil francesa, y la devastación de grandes puertos franceses sin objetivos militares o importancia a efectos de la guerra.»

EL PRIMER MINISTRO escribió a sir Archibald Sinclair sobre armas químicas. «Sigo sin estar ni mucho menos satisfecho con el estado de nuestros preparativos para la guerra química ofensiva —escribió—, en el caso de que las acciones del enemigo nos obligaran a ello.»

Escaseaban los proyectiles de gas de catorce y quince centímetros, escribió a Sinclair. La producción de la bomba de gas de quince kilos y revestimiento ligero, la Mark I, que podía transportar gas u octavillas, iba retrasada. Y la producción de gas fosgeno resultaba insuficiente. «Propongo estudiar todo este particular en una pronta reunión del Comité de Defensa», escribió. Era el 15 de abril de 1941.

DOS BUQUES DE LA CRUZ ROJA se preparaban para zarpar rumbo a Marsella desde un muelle de Staten Island. Eran responsabilidad de la Línea Francesa y transportaban harina y leche en polvo. La Cruz Roja solicitó la retirada de varias ametralladoras y cañones antiaéreos almacenados en sus bodegas; no querían dar a los británicos «ninguna excusa para detener los buques».

Un pasajero bajó de un barco procedente de Martinica y dijo a un periodista: «No deberían mandar la mercancía. Creo que tal vez no llegue nunca al pueblo francés. Los alemanes e italianos tienen una comisión que comprueba todo lo que entra y sale». Era el 16 de abril de 1941.

Herbert Hoover, en una carta a *The Times* de Londres, señaló una vez más que la distribución de comida debía ser supervisada por observadores en todos sus pasos. Si los alemanes se apropiaban de la leche y la harina, el mundo lo sabría y las remesas cesarían.

EL GENERAL RAYMOND E. LEE, agregado aéreo estadounidense, estaba de vuelta en Inglaterra evaluando la situación. «Me llama la atención ver a la gente mucho más solemne que en enero.» Fue a un cine de Londres donde pusieron cuatro películas de propaganda. Una trataba de soldados británicos que se entrenaban, gritando «Matar, matar, matar». Lee había hablado con su amigo Ted. «Ted me cuenta que los miembros de las Fuerzas Aéreas han renunciado ya a la idea caballerosa y están torvamente decididos a matar a todos los alemanes que puedan por todos los medios posibles», escribió. Era el 16 de abril de 1941.

EL GENERAL HAP ARNOLD, jefe del Cuerpo Aéreo del Ejército de Estados Unidos, también se encontraba aquel día en Inglaterra, viendo cómo preparaban los aviones para viajar a Alemania. Harry Hopkins había escrito a Churchill sobre Arnold con antelación: el presidente Roosevelt estaba ansioso por que Arnold se viera «expuesto a la guerra real», explicaba Hopkins. Revelaba que el general había sido reacio a conceder ayuda a Inglaterra; tenía la esperanza de que Churchill le presentara a los personajes relevantes y lo tratase a cuerpo de rey; que lo llevase al huerto de la necesidad de la Ley de Préstamo y Arriendo, en otras palabras.

La incursión de esa noche tenía programado soltar 11.000 kilos de bombas sobre Berlín. Entonces, en el último momento, la ciudad objetivo se cambió a Bremen. Irían doscientos aviones. En el cuartel general subterráneo del Mando de Bombardeo, Arnold escuchó una descripción de la nueva bomba británica de mil ochocientos kilos, con un fino revestimiento remachado. «Explota por encima del suelo, de modo que los resultados se obtienen mediante la carga explosiva, más que la metralla —anotó Arnold en su diario—. Debemos procurarnos algunas enseguida.»

Lo llevaron en avión al área de equipamiento, donde el personal transportaba seis cajas de bombas incendiarias y cinco bombas de doscientos veinticinco kilos hasta cada bombardero Vickers Wellington y las cargaba. Dos de los aviones llevaban bombas de mil ochocientos kilos. Despegaron, uno cada dos minutos, rumbo a los astilleros de Bremen.

HAP ARNOLD regresó a su hotel de Londres, donde compartía una suite con Pete Quesada, uno de sus compañeros pilotos. En su ausencia se había producido un bombardeo grave de la ciudad, el peor de la guerra hasta ese momento. Selfridge's, los grandes almacenes, eran pasto de las llamas. Una mina había reventado los cristales del hotel Savoy, donde Arnold había comido con el secretario de Estado para el Aire: «Mucha corriente», anotó en su diario. Se hablaba de seiscientos muertos. «Limpiar la ciudad y luego esperar otro —escribió Arnold—. En el fondo la determinación de no dejarse borrar del mapa.»

Fue a Ditchley y habló con Churchill hasta las dos de la madrugada. Rusia, le dijo Churchill, era «un cocodrilo inmoral que acechaba en las profundidades cualquier presa que se le pusiera a tiro». Sin embargo, el principal mensaje del primer ministro era: Inglaterra necesitaba bombarderos de largo alcance tan rápido como Estados Unidos pudiera enviarlos.

El ayuda de cámara de Arnold le descorrió las cortinas a la mañana siguiente y le llevó el té a la cama. Arnold bajó y observó las cabezas de ciervo de las paredes. «Algunas de las cabezas de ciervo más viejas que se conocen —escribió—. Los cazaron en el siglo xvii diferentes personas.» Hubo un almuerzo de gala con los Churchill, Averell Harriman y el presidente de Checoslovaquia en el exilio.

Tras charlar un rato sobre la nueva base aérea inglesa en Irak y la necesidad de un programa de propaganda cabal en Estados Unidos, Churchill llevó a Arnold a dar una vuelta en coche por el campo. Cuando volvieron, los esperaba Charles

Portal, homólogo de Arnold en la Royal Air Force. Los dos entusiastas de la potencia aérea hablaron largo y tendido. Portal le habló de una posible bomba de dos mil setecientos kilos. «Portal es un hombre brillante que hace cosas, es capaz y conoce su trabajo. El primer ministro, una enorme personalidad y una cabeza privilegiada. A la cama a las dos de la madrugada.»

GEORGE BELL, obispo de Chichester, escribió una carta al londinense *The Times*. Era el 17 de abril de 1941.

Al obispo lo habían conmovido las declaraciones del Papa en Pascua sobre el sufrimiento de las poblaciones civiles. Era pura barbarie, sostenía Bell, que cualquier nación beligerante atacase y aterrorizase a mujeres y niños desarmados. «Si Europa tiene algo de civilizada —preguntaba—, ¿qué puede excusar el bombardeo de ciudades por la noche?» Ofrecía una propuesta. ¿Y si el gobierno británico declaraba solemnemente que no bombardearía de noche, siempre que el gobierno alemán prometiese hacer lo mismo? «Si se lograra esta única limitación, por lo menos frenaría el descenso vertiginoso del mundo a una vileza y una confusión cada vez más profundas», dijo. Gilbert Murray, profesor de clásicas en Oxford, escribió a favor de la idea de Bell, al igual que Bernard Shaw. No hubo respuesta del gobierno británico.

LOCUTORES DE RADIO ALEMANES explicaron que el reciente bombardeo incendiario sobre el centro de Londres —el que había quemado Selfridge's y destruido parte de la catedral de San Pablo— era una respuesta al bombardeo incendiario británico del centro de Berlín: el que había arrasado el Palacio de la Ópera. «En el futuro —anunciaba el alto mando alemán—, se tomarán represalias cada vez más intensas por todo ataque aéreo británico sobre distritos residenciales de Alemania.» Era el 17 de abril de 1941.

EL PRESIDENTE DE GENERAL MOTORS, Charles E. Wilson, anunció en Detroit que su compañía había iniciado la producción de ametralladoras por valor de sesenta y un millones de dólares. Largas filas de cañones de ametralladora esperaban su montaje en la AC Spark Plug Division en Flint, Michigan. La Steering Gear Division de Saginaw había construido una nueva fábrica con las paredes de cristal. También estaba produciendo ametralladoras. Era el 17 de abril de 1941.

WINSTON CHURCHILL pidió al Comité de Defensa del Gabinete de Guerra que aprobase una advertencia para Roma que emitiría la BBC. Era el 18 de abril de 1941.

El aviso era: Si las potencias del Eje bombardeaban Atenas o El Cairo, «daremos inicio al bombardeo sistemático de Roma». Tras debatirlo, el comité acordó declarar que Inglaterra se afanaría por no dañar el Vaticano. El comunicado de prensa se publicó con el añadido de un estímulo: los ingleses habían oído, decía, que aviones italianos estaban preparados para bombardear el Vaticano usando proyectiles capturados a los ingleses si estos atacaban Roma. «Resulta, por tanto, necesario sacar a la luz de antemano este ardid característico», rezaba la declaración.

EL GENERAL RAYMOND LEE echó un vistazo a los daños del bombardeo reciente. Fortnum and Mason, Dunhills y Hoby and Gullick, los zapateros que le hacían las botas, habían «partido al oeste», anotó en su diario. «Cuanto más lo pienso más tonto me parece que los británicos sigan bombardeando Berlín», escribió. Los alemanes solo tenían que cruzar el canal desde Francia, al fin y al cabo, y tenían más aviones. Los británicos debían esperar a tener más bombarderos,

concluía Lee. «Eso no sucederá probablemente hasta el año que viene, ya que la mayoría tendrán que proceder de Estados Unidos.» Era el 19 de abril de 1941.

UN NUEVO GRUPO ESTADOUNIDENSE a favor de la guerra y el bloqueo hizo público un manifiesto. Era el 19 de abril de 1941.

El grupo, con sede en el edificio de la RKO en la Sexta Avenida de Nueva York, se llamaba Lucha por la Libertad. Henry Hobson, un obispo episcopaliano de Cincinnati, era su líder titular; un venerable senador, Carter Glass, era el presidente honorario; y un ejecutivo publicitario de Young and Rubicam, Peter Cusick, era su secretario ejecutivo. En su comité figuraban William Donovan, el viajado espía del presidente Roosevelt —que pronto se convertiría en el fundador y director de la Oficina de Servicios Estratégicos— y Allen W. Dulles, abogado y futuro líder de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). El grupo recibía financiación de la Coordinación Británica de Seguridad, una agencia encubierta de propaganda dirigida por el espía británico William Stephenson.

El pueblo norteamericano debía aceptar el hecho de que ya estaba en guerra, decía Lucha por la Libertad, «declarada o no». En cuanto aceptemos ese hecho, «por fin encontraremos en nuestro interior la paz que nunca podrá llegar mientras busquemos la seguridad a costa de los sacrificios ajenos».

LORD HANKEY se desanimó a propósito de Winston Churchill. «La guerra va mal —escribió en su diario—. Siempre sucede en el segundo año. Los griegos se están hundiendo. Nuestra pequeña fuerza de apoyo afronta la evacuación. Es una segunda Noruega. Los mismos errores.» Era el 22 de abril de 1941.

El problema de fondo, pensaba Hankey, era que todos los miembros del Gabinete de Guerra eran hombres sin criterio propio, desconcertados y

hechizados por Churchill. «Churchill dirige la guerra como un dictador», escribió.

HOWARD SCHOENFELD, encarcelado en Danbury, Connecticut, por negarse a registrarse para el alistamiento, quiso saltarse el almuerzo con dieciséis presos más para celebrar una manifestación en apoyo del día Estudiantil de la Paz. El director dijo que no a la manifestación. Los presos replicaron que lo sentían, pero que se trataba de algo que debían hacer. Schoenfeld le entregó al director Gerlach una nota: «Como expresión de solidaridad con la huelga estudiantil por la paz, la mayoría del pueblo de Estados Unidos e incontables millones de personas de todo el mundo, pretendo negarme a trabajar el 23 de abril de 1941. No me declaro en huelga contra el gobierno de Estados Unidos o la Oficina de Prisiones, sino contra la guerra, a la que tengo por el mayor mal conocido por el hombre».

El director encerró a Schoenfeld y los demás en celdas de aislamiento, algo que calificó de «meditación constructiva». Envío a Washington un informe acompañado por transcripciones de sus conversaciones con los opositores, grabadas a escondidas.

Pasaron los días. Las paredes y el suelo de la celda de Schoenfeld eran de cemento desnudo; la puerta era de metal. Schoenfeld escribía novelas en su cabeza y se trenzaba la barba. «Un día me puse a berrear parodias disparatadas de música patriótica a todo pulmón», recordó en unas memorias. Apareció un guardia. Schoenfeld explicó que lo había mordido un patriota y que padecía un caso de fiebre patriótica. El guardia le dijo que cerrase el pico. «Me caí en mi camastro y me reí de mi propio chiste.»

Otro día, uno de los manifestantes, Ernest Kirkjian, cantó el «Ave María». «La música sonaba increíblemente hermosa tras los horribles días de silencio — escribió Schoenfeld—, y me pareció oír, realmente oír y sentir, la voz humana en

todo su esplendor por primera vez.» A modo de respuesta, otros rezaron el padre nuestro, y luego Schoenfeld, Al Herling y Stan Rappaport entonaron una oración en hebreo. «Fue un buen día.»

Pasaron las semanas.

EL MINISTERIO DEL AIRE BRITÁNICO redactó un documento nuevo y más pragmático sobre política de bombardeos. Era el 24 de abril de 1941.

Sin luz de luna era imposible atacar con éxito un blanco específico, observaba el documento. Durante tres cuartas partes del mes, por lo tanto, el bombardeo en alfombra era la única opción: «Solo es posible obtener resultados satisfactorios mediante el ataque “en alfombra” de grandes zonas industriales y de clase obrera en las ciudades». Incluso alcanzar las ciudades, proseguía el documento, resultaba un empeño de gran dificultad a menos que se hallaran cerca de una masa de agua.

El apéndice del informe enumeraba varias grandes ciudades cercanas al agua, apropiadas para ataques sin luna: Düsseldorf, Duisburgo y las orillas oriental y occidental de Colonia. Eran centros ferroviarios y «ciudades industriales congestionadas, donde el efecto psicológico será mayor».

El apéndice concluía con una recomendación de que las bombas de efecto retardado supusieran un 10 por ciento del tonelaje lanzado, «para impedir u obstaculizar seriamente la lucha contra el fuego, la reparación y la organización general del tráfico».

CHARLES LINDBERGH, que había hablado contra el Proyecto de Ley de Préstamo y Arriendo, intentaba decidir si debía darse de baja del Ejército. Roosevelt lo había acusado indirectamente de traición. «Aquí estoy, haciendo campaña por todo el país rodeado de pacifistas y planteándome renunciar como coronel del Cuerpo

Aéreo del Ejército, cuando no hay filosofía de la que discrepe más que el pacifismo y nada que me gustaría más que volar en el Cuerpo Aéreo —escribió en su diario—. ¡Si Estados Unidos pudiese estar en el lado correcto de una guerra inteligente!» Era el 25 de abril de 1941.

CHURCHILL APRECIÓ cierto desasosiego. Sus generales le habían advertido que no invadiese Grecia, pero él había insistido, y era otro Narvik. Yugoslavia estaba perdida. La guerra aérea estaba pasando factura. Se estaban generalizando ya los saqueos y las pérdidas de hogares, además de la constante insensibilización ante tanta muerte, fealdad y desperdicio. La población de ratas se había disparado. A modo de bálsamo, Churchill hizo una gira por lugares destruidos en Londres, Liverpool, Cardiff, Swansea y Bristol. Después habló por la radio. Sí, estaba al tanto del desasosiego. Sí, había visto hermosos edificios «reducidos a pilas ruinosas de cascotes». Sí, había muerto gente. Sin embargo, la moral era alta y espléndida. «Esta ordalía de fuego ha exaltado incluso, en cierto sentido, a los hombres y mujeres de Gran Bretaña», dijo. Los había elevado por encima de los hechos materiales «hasta esa gozosa serenidad que creemos correspondiente a un mundo mejor que este».

Además, el estoicismo inmovible pronto daría fruto: «Durante el último año hemos conseguido gracias a nuestro talante y conducta un poderoso lugar en los sentimientos del pueblo de Estados Unidos —dijo Churchill—. Han volcado una gran parte de su gigantesca industria en fabricar las municiones que necesitamos. Hasta nos han dado o prestado valiosas armas suyas». Inglaterra y Estados Unidos ya estaban estrechamente enlazados.

«Hay menos de setenta millones de pérfidos hunos, algunos de ellos curables y otros matables», dijo Churchill. La población del Imperio británico y Estados Unidos sumada ascendía a unos doscientos millones de personas. Los Aliados

tenían más gente y más acero, dijo. Los Aliados ganarían. Era el 27 de abril de 1941.

CHURCHILL ESCRIBIÓ una directiva de «Altísimo secreto» para el Gabinete de Guerra. «Puede darse casi por cierto que la entrada de Japón en la guerra iría seguida por la entrada inmediata de Estados Unidos de nuestro lado», escribió; los planes británicos debían tener en cuenta ese dato.

También ordenó a los oficiales de Estado Mayor que estaban planteándose la rendición que siguieran luchando hasta que la mitad de sus hombres estuviesen muertos o heridos, y que usaran pistolas si era necesario. «El honor de un hombre herido está a salvo —dijo—. Cualquiera que pueda matar a un huno o hasta un italiano habrá prestado un buen servicio.» Era el 28 de abril de 1941.

ALGUNAS TROPAS IRAQUÍES se congregaron en una meseta cercana a Faluya, Irak. Era mayo de 1941. Churchill, en su sala de mapas a prueba de bomba, tenía la vista puesta ahora en Oriente Próximo. Yugoslavia y Grecia, incendiadas y luego abandonadas en manos nazis, estaban perdidas... pero todavía podía aparecer un enjambre de fuerzas del Eje de alguna parte y capturar el petróleo de Irak.

«Habría que enviar tropas a Basora lo antes posible», escribió Churchill al general Ismay del Estado Mayor. El primer ministro iraquí, Rashid Ali, hizo saber que no podía permitir más desembarcos de tropas británicas hasta que las fuerzas que ya se encontraban en Basora se desplazaran a otros enclaves. Churchill ordenó que los desembarcos siguieran adelante. Los civiles británicos dejaron Bagdad, en busca de la protección de la base de adiestramiento de la Royal Air Force en el lago Habbaniya. Embarcaron en hidroaviones y volaron a lugares seguros.

CHURCHILL ENCARGÓ al general Wavell que montase una ofensiva general en Irak. El general Wavell objetó la orden: no había tropas suficientes, dijo, y había que tener en cuenta otros países. Recomendaba negociaciones con Rashid Ali. Churchill lo contramandó, a lo que Wavell repuso con una advertencia. «Considero que la prolongación de los combates en Irak pondrá en serio peligro la defensa de Palestina y Egipto —decía—. Las repercusiones políticas serán incalculables.» Aconsejaba una vez más negociar.

«Me inquieta profundamente la actitud del general Wavell», escribió Churchill a Ismay. A Wavell le dijo: «No necesita preocuparse demasiado por el futuro a largo plazo en Irak». El cometido de Wavell era «entrar en Bagdad, aunque sea con fuerzas muy reducidas». Machacar a Rashid Ali y montar allí un gobierno amigo, esa era la misión de Wavell.

TROPAS IRAQUÍES amenazaban la escuela de vuelo británica en Habbaniya. Rashid Ali apelaba a Berlín pidiendo ayuda. Había llegado el momento del control aéreo.

Churchill encargó a Wavell que le dijera al comandante de la escuela de vuelo que era su deber «defender Habbaniya hasta el final». El comandante, un hombre llamado Smart, estuvo a la altura de lo que se esperaba de él. El 2 de mayo de 1941, los instructores de vuelo de la RAF y sus cadetes realizaron casi doscientos vuelos sobre los iraquíes de la meseta, despegando algunos de ellos hasta siete veces, soltando bombas montadas en las alas y regresando. Veintidós de los sesenta y cuatro aviones acabaron destruidos, y diez pilotos muertos o tan malheridos que no podían volar. Llegaron al lugar aviones iraquíes, entre ellos bombarderos de ataque Northrop-Douglas de fabricación estadounidense, con motores Wright Cyclone y visor de bombardeo semirretráctil; empezaron a ametrallar y bombardear la escuela de vuelo y su campo de polo.

«Situación iraquí bastante mala —escribió el subsecretario Cadogan—. ¿De verdad van a derrotarnos unos iraquíes?!» Cadogan autorizó al Comité del Aire a declarar que, si Habbaniya caía, la Royal Air Force bombardearía Bagdad.

HITLER ESTABA PLANTADO ante un micrófono delante del Reichstag. Era el 4 de mayo de 1941. Habló sobre los capitalistas judeodemócratas y los beneficios que se estaban embolsando con sus intereses en la guerra. Ellos querían una guerra larga, dijo. Querían rentabilizar los miles de millones que habían invertido en armamento. Y ahora Churchill y sus cómplices intentaban conseguir ayuda del otro lado del mar.

«Se tachó mi oferta de paz de signo de miedo y cobardía», dijo Hitler. Y Churchill... ¿qué más le daba a Churchill la cultura o la arquitectura? «Cuando estalló la guerra declaró a las claras que él quería su guerra, aunque las ciudades de Inglaterra pudieran terminar reducidas a escombros. Pues ahora tiene su guerra.»

El conde Ciano, que lo escuchaba desde Roma, opinó que el discurso fue excelente. «Cada vez me gusta más la oratoria de este hombre. Es fuerte y persuasiva», escribió.

ROOSEVELT ENVIÓ una carta a su secretario de Guerra, Henry Stimson. «La defensa eficaz de este país y la defensa vital de otras naciones democráticas exige que se produzca un sustancial aumento en la producción de bombarderos pesados», decía. Tenía que hacerse: «El dominio del aire por parte de las democracias debe y puede lograrse», explicaba. Era el 5 de mayo de 1941.

Circulaba un nuevo número: quinientos bombarderos pesados al mes. La meta era alcanzable si la industria del automóvil se sometía a una gigantesca reconversión y construía aviones. Henry Ford estaba preparando el terreno para

una planta de un kilómetro y medio de largo en Willow Run, Michigan, donde sesenta mil personas producirían el cuatrimotor B-24 Liberator.

William Knudsen, ex director de General Motors —en ese momento director de la Oficina de Gestión de la Producción— y admirador del milagro económico alemán, mostró a la prensa una carta conciliadora que había enviado a los líderes de la industria de las máquinas. «Pongámonos en marcha y sigamos en marcha sin parar —dijo Knudsen—. Olvidémoslo todo salvo el bienestar de nuestro país.»

LOS INSTRUCTORES DE VUELO BRITÁNICOS ganaron su gran batalla. Las tropas iraquíes se retiraron de la meseta y descendieron por la carretera hacia Faluya, donde se encontraron con refuerzos que llegaban tarde. Los dos grupos se detuvieron y empezaron a comparar información. Unos aviones de la RAF avistaron esta concentración de tropas y convirtieron el lugar en una autopista de la muerte: «Una columna de refuerzo procedente de Faluya fue sorprendida en la carretera y destruida por cuarenta de nuestros aviones enviados desde Habbaniya a tal efecto», escribió Churchill. Cuando el «asedio de Habbaniya», como lo llamaba él, terminó el 7 de mayo de 1941, cincuenta y dos aviadores británicos estaban muertos o heridos de gravedad; cuatro se hallaban en estado de colapso mental. Se desconocía la cifra de iraquíes muertos.

Entonces, para la última embestida hasta Bagdad, llegó nuevo equipo. C. L. Sulzberger, corresponsal de *The New York Times*, informó de que la Royal Air Force estaba usando cazas Curtiss Tomahawk y bombarderos Glenn Martin 157 de fabricación estadounidense para «hostigar» a las fuerzas de Rashid Ali. Se decía que este había solicitado un visado de tránsito para Turquía. Al final, sin embargo, el primer ministro iraquí fue a parar a Persia, y se reinstauró en la capital a la familia real de inclinación británica. El comandante Smart, agotado

director de la escuela de vuelo, tuvo una crisis nerviosa; lo evacuaron, sedado, en un Douglas DC-2.

UN GUARDIA DESCORRIÓ el cerrojo de una puerta metálica en el bloque de celdas de Howard Schoenfeld. Uno de los presos en aislamiento, Donald Benedict, era un muy buen lanzador de béisbol; el director Gerlach lo necesitaba para un crucial partido de la liga penitenciaria de softball. Benedict dijo que no jugaría a menos que se liberase a todos los presos en aislamiento, no solo él o los pacifistas, sino todos.

El director Gerlach recapacitó durante una hora y después ordenó que se soltase a todos los presos en aislamiento. Benedict lanzó tan bien que no le batearon ni una bola. La cárcel estalló en celebraciones. «Fue una catarsis masiva de desdicha humana —escribió Schoenfeld—. Varios de los hombres lloraban, otros reían como chiflados. No he visto nunca nada parecido, ni espero volver a verlo.»

EMPEZÓ A CIRCULAR UN RUMOR entre los funcionarios y periodistas de Whitehall. Con el tiempo el rumor llegó a la revista *Time*, que lo calificó de «eminentemente creíble».

El rumor era que Rudolf Hess, el viceführer, había volado a España para debatir un acuerdo de paz con sir Samuel Hoare. Hoare era un posible sucesor de Churchill en el cargo de primer ministro; Churchill había acallado su poder en Londres nombrándolo embajador en España. El acercamiento de Hess a Hoare, de ser cierto el rumor, suscitó en algunas mentes la posibilidad de un doble golpe de Estado: ¿y si los altos cargos nazis deponían a Hitler al mismo tiempo que se obligaba a Churchill a dimitir? ¿Sería posible entonces una paz negociada?

Los escépticos acerca de Churchill hacían de las suyas también en la Cámara

de los Comunes. El Ejército británico, que se había retirado de Grecia, estaba bajo bombardeo en ese momento en la isla de Creta; la idea de lord Hankey, la de que Churchill se comportaba como un dictador y no tenía a su alrededor a nadie lo bastante fuerte para plantar cara a sus caprichos militares, iba ganando terreno a base de susurros.

La respuesta de Churchill a los escépticos fue, como siempre, escribir un brillante discurso guerrero. No necesito que la gente me diga que no, explicó Churchill; necesito que me digan que sí. «Es a mí a quien cortarán la cabeza si no ganamos la guerra —dijo—. La mayoría de los miembros de la Cámara probablemente experimentaría un destino peor incluso a manos de los hunos triunfantes.» La ayuda de Estados Unidos estaba en camino, prometió.

Al final, 447 diputados de la Cámara de los Comunes dieron su voto de confianza al primer ministro. Tres parlamentarios votaron que no: un abogado socialista, un médico cuáquero y un comunista. Era el 7 de mayo de 1941.

UNA ARMADA de trescientos aviones, entre ellos varios aportados por Estados Unidos, llegó a Hamburgo, Bremen, Emden y Berlín en una sola noche. Era el 8 de mayo de 1941, el día después de la moción de confianza a Winston Churchill.

Era un «gran espectáculo», según el Ministerio del Aire, el mayor hasta la fecha: «Se vieron arder muchos grandes incendios». Un avión pasó de largo de Berlín y encontró Poznań, en la Polonia ocupada; una bomba cayó cerca del Instituto Anatómico recientemente arianizado de la universidad de la ciudad, donde rompió ventanas y mató gente. En el sótano del Instituto Anatómico había un horno que la Gestapo usaba para incinerar a las personas a las que había asesinado.

En Hamburgo había cielos despejados y luna de bombardero: una carga de explosivos reventó una hilera de edificios; ardían los tanques de petróleo; el

humo se elevaba hasta los tres mil metros. Berlín hablaba de víctimas en bloques de pisos.

Hamburgo llevaba sesenta y ocho bombardeos. La noche siguiente, la RAF volvió a la ciudad. Noventa y cuatro personas murieron en ese ataque, algunas en un campo de trabajo.

HANS JESCHONNEK, jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe, recibió una llamada telefónica de Hitler a las ocho de la mañana. «Organizaremos un bombardeo de represalia sobre Londres», le dijo. Tenía que ser grande, con todos los aviones disponibles, y tenía que ser esa noche. Era el 10 de mayo de 1941.

Jeschonnek llamó a Hugo Sperrle al hotel Luxembourg de París y transmitió las órdenes: todo lo que tenemos contra Londres. Sperrle, un hombre alto con cuello de toro y boca de lagarto, había supervisado el bombardeo de Guernica; en ese momento estaba al mando de la Tercera Flota Aérea de la Luftwaffe. Sperrle llamó a sus oficiales; sus oficiales llamaron a sus tripulaciones; se cargó el combustible y el armamento en los aviones.

La travesía del Canal no era larga. Bengalas en cascada lanzadas con paracaídas para aminorar su caída iluminaron los muelles, la curva del Támesis y el centro de Londres. Los aviones bajaron en picado y soltaron su carga, centenares de ellos, y empezaron los incendios; como diamantes centelleando sobre terciopelo, según un policía. Había mangueras, pero no bastaba el agua: había marea baja en el Támesis. Saltó por los aires el tejado de la Cámara de los Comunes; quizá era esa la respuesta de Hitler a la abrumadora mayoría de la Cámara a favor de Churchill en la moción de confianza. Ardieron más de cien mil libros en el Museo Británico; fueron destruidas la Sala de Monedas y Medallas, la Sala de la Britania Romana y la Sala de la Vida Prehistórica. En el Queen's Hall, los instrumentos propiedad de la Orquesta Sinfónica de Londres fueron pasto de las llamas. La abadía de Westminster y la catedral de San Pablo

sufrieron graves daños. El ala noroeste de Old Bailey quedó en ruinas. Más iglesias de Christopher Wren padecieron daños o sucumbieron: St. Stephen's Walbrook, St. Mildred's, St. Nicholas Cole Abbey, St. Mary-le-Bow. Las farolas se inclinaban, medio fundidas por el calor. El reverendo Pennington-Bickford, de la iglesia de St. Clement Danes, observó llorando con su mujer cómo las campanas de su torre envuelta en llamas —otro diseño de Wren— caían al suelo. Murieron centenares de personas en refugios antiaéreos.

«Nos cegaba el resplandor del fuego desatado por debajo de nosotros —escribió un periodista-aviador alemán—. Podía reconocerse un gran almacén aquí, un gran complejo de pisos allá, encendidos como una montaña de rescoldos al rojo.» Hugo Sperrle perdió diez aviones.

«Durante todo ese día noté un nuevo e intensificado odio a Alemania en los habitantes de Londres», escribió un periodista estadounidense, Quentin Reynolds. Una mujer llamada Moyra MacLeon escribió en su diario: «Odio a los alemanes y espero que hagamos volar en pedazos a toda esa panda de cabrones con su Berlín colgado de las orejas».

MIENTRAS LA FLOTA AÉREA ALEMANA despegaba rumbo a Londres, Rudolf Hess, el viceführer, partió en un caza nocturno Messerschmitt calzado con sus bellas botas de cuero. Llevaba algo de comida, una cámara último modelo y un mapa a propósito. Voló a Escocia y se lanzó en paracaídas de su avión. Un granjero lo abordó con una horca. Hess, tranquilo, le dijo que deseaba ver al duque de Hamilton. El granjero llamó a la Guardia Nacional. «No llevo bombas en mi avión, de modo que no hace falta que se preocupen», dijo Hess. Uno de los guardias le ofreció un poco de leche. Hess se animó. «¿Tienen leche?»

Churchill estaba en Chequers con algunos asesores. Llamó para informarse sobre el bombardeo. Las noticias no eran buenas. Después entró en el pabellón para ver *Los hermanos Marx en el Oeste*. Una de sus secretarias, Mary

Shearburn, recibió una llamada de Downing Street. Sacó a Churchill de la sala donde se proyectaba la película y le comunicó que Rudolf Hess había llegado a Escocia. A Churchill se le puso la cara «arrugada de júbilo e incredulidad», según una fuente. «El gusano está en la manzana», dijo.

Pero ¿qué hacer? Hess estaba en una especie de misión de paz, independiente de Hitler. La secretaria oyó decir a Churchill: «No, lo encerraremos; lo internaremos. ¡Qué desfachatez! Lo encerraremos como a cualquier otro».

Hitler leyó la carta de despedida de Hess. «¡Oh, Dios mío, Dios mío! —dijo, anonadado—. ¡Ha volado a Inglaterra!»

ROBERT MENZIES, primer ministro de Australia, se encontraba en Washington, D.C., hablando con el presidente Roosevelt, que estaba en cama ese día con algo de gastritis. Era el 11 de mayo de 1941, un domingo.

«R. está algo celoso del lugar que ocupa Winston en el centro de la escena», juzgó Menzies. Se preguntaba cómo y cuándo Estados Unidos se uniría en serio a la lucha: el gabinete al completo de Roosevelt lo deseaba. «Pero el presidente, formado bajo Woodrow Wilson en la última guerra, espera un incidente, que de un plumazo metería a Estados Unidos en el conflicto y rescataría a R. de sus insensatas promesas electorales de que “Os mantendré fuera de la guerra”.»

Menzies conoció al senador Claude Pepper: «Un tipo feo, pero partidario “a machamartillo” de la guerra —escribió—. Tiene una mujer peligrosa pero agradable».

EL DOCTOR TOYOHICO KAGAWA, escritor y reformista cristiano, se encontraba en el Rockefeller Center con el obispo japonés Yoshimune Abe, hablando con un periodista de *The New York Times*. Era el 14 de mayo de 1941.

Kagawa, un huérfano educado en las misiones que había vivido en los

arrabales de Kobe, había estado encarcelado brevemente por el gobierno japonés en 1940 a causa de su reconocido pacifismo. Algunos lo llamaban el Gandhi de Japón; un escritor lo definió como «un Gorki en literatura, un san Francisco en piedad y un Tolstói en su afectuosa compasión por los pobres». Christopher Isherwood, que lo conoció por esas fechas, escribió que Kagawa estaba «muy pálido en su gruesa levita negra, con los ojos débiles e inflamados por el tracoma cubiertos con gruesas gafas. Por culpa del tracoma, no se le permitía dar la mano: nos tendió a cada uno el antebrazo para que lo estrechásemos a modo de saludo».

Kagawa le dijo al periodista que entre el pueblo japonés no se hablaba de la guerra ni por asomo tanto como había visto en Estados Unidos. El objeto de su viaje, explicaron Kagawa y Abe, era religioso, no político, económico o diplomático. Era la oración: rezar por el mantenimiento de la paz entre Japón y Estados Unidos. «Estábamos pensando en qué podríamos aportar —dijo Abe— para prolongar esta buena amistad que ha durado ochenta años.»

EN FRANCIA, la policía despertó a varios millares de judíos —sobre todo varones polacos, checos y austríacos— y los metió en trenes cerrados a Lorient, en la costa. Desde allí, enviaron a los hombres a tres campos de concentración, donde, según las autoridades, debían trabajar en proyectos en la región. Era el 15 de mayo de 1941.

La noche siguiente, la Royal Air Force bombardeó de nuevo Lorient y otros puntos costeros. Fue, según *The New York Times*, «uno de los ataques más duros que se han realizado hasta el momento sobre esa zona». Los ciudadanos desvelados de las localidades inglesas del Canal oyeron el rumor de las explosiones distantes.

OTTO SUESSER, su mujer y su hija Helga llegaron al Muelle Dos de Brooklyn. Era el 17 de mayo de 1941. Suesser había trabajado en el sector de las lentes ópticas en Berlín. En octubre de 1940, él y su familia habían huido a Moscú. De allí habían tomado el Transiberiano hasta Kobe, Japón. De Kobe habían viajado a Yokohama, donde el Comité Conjunto Judío les había conseguido un visado para Costa Rica. Se subieron a un carguero con rumbo a Panamá. En Panamá, las autoridades portuarias no quisieron dejarles desembarcar y cruzar el país hasta Costa Rica, de modo que siguieron hasta Valparaíso, Chile. En Chile les negaron la entrada. Ecuador y Perú no los querían. Volvieron en carguero a Panamá. Entretanto, el Comité Conjunto Judío se las había ingeniado para conseguirles visados para Estados Unidos a los tres. Se subieron a un carguero diferente, el *Dona Nati*, que transportaba manganeso desde Filipinas, y navegaron hasta Brooklyn. Pronto, dijo Otto Suesser, partirían hacia San Francisco. Allí era adonde intentaban llegar desde el principio.

LORD BOOM TRENCHARD se preguntaba qué pasaría a continuación. Durante un año, la RAF había estado descargando todo lo que tenía sobre ciudades desde Schwerte hasta Kiel, pasando por Mannheim y Berlín, y no había funcionado: ni hundimiento de la moral civil, ni disturbios revolucionarios ni colapso industrial. La amada RAF de Trenchard había perdido muchos buenos aviones y buenos hombres, y los que habían vuelto a casa, en entrevistas tras sus vuelos, afirmaban haber volado varios objetivos. Obviamente no era así. Lo único que habían logrado era enfurecer a los boches. Y ahora ahí tenían la Cámara de los Comunes, sin techo, a la intemperie. Era finales de mayo de 1941. Y ahora, ¿qué?

La respuesta de Trenchard era: «Más». Más bombardeo. Bombardeo nocturno incesante; más y más pesados bombarderos. Ninguna distracción. Los ingleses podían aguantarlo, escribió en un largo memorándum. «La historia ha

demostrado que siempre hemos podido soportar nuestras bajas mejor que el resto de naciones», escribió. Y los alemanes no podían aguantarlo. «La nación alemana es especialmente susceptible al bombardeo aéreo.» Sí, era cierto que «el porcentaje de bombas que alcanzan el blanco militar al que van destinadas no supera el uno por ciento». Eso solo suponía un problema si el blanco militar estaba en mitad de ninguna parte, como un acorazado o un yacimiento petrolífero. Había que olvidar esos blancos. Olvidar la costa francesa y belga. Olvidar las operaciones tácticas en el Mediterráneo. Soltar más tonelaje en pleno centro de Alemania, donde vivía la gente y ninguna bomba se desperdiciaría: «El 99 por ciento que yerre el blanco ayudará en su totalidad a matar, dañar, asustar o estorbar a los alemanes en Alemania; el ciento por ciento de la organización bombardera estará realizando un trabajo útil, y no solo el 1 por ciento». Cualquier localidad con más de cinco mil habitantes y algún tipo de objetivo militar —el cual, por supuesto, no sería alcanzado en un 99 por ciento de las ocasiones— constituía un objetivo aceptable. «No debería pasar un solo día o noche sin una visita de nuestros aparatos», escribió Trenchard. El objetivo era hundirlos, lograr que la «población civil de Alemania se dé cuenta de lo que significa la guerra».

Portal, jefe de la Royal Air Force, estuvo de acuerdo.

EL ALTO MANDO del Ejército alemán distribuyó una directiva. La invasión de Rusia debía comenzar pronto, y las fuerzas militares encargadas de la ofensiva necesitarían orientación sobre cómo comportarse. El bolchevismo, decía la directiva, era el enemigo del pueblo alemán nacionalsocialista, y la lucha de Alemania iba dirigida contra esa ideología subversiva. «Esta lucha requiere una acción implacable y enérgica contra los agitadores, guerrilleros, sabotadores y judíos bolcheviques, y la eliminación total de toda resistencia activa y pasiva.» La directiva estaba fechada el 19 de mayo de 1941.

El Ejército haría ahora el trabajo de las SS.

EN VARSOVIA, Adam Czerniakow, director del Consejo Judío, fue al cuartel general de la Gestapo y allí le contó a un hombre que 1.700 hombres y mujeres judíos habían muerto en la primera mitad de mayo. «Le he explicado que eso se debía a la insuficiencia de la distribución de alimentos», escribió Czerniakow en su diario. Era el 19 de mayo de 1941.

Al día siguiente, el comisionado nazi de Varsovia, Heinz Auerswald, redactó un informe sobre el gueto. «La situación en el barrio judío es catastrófica —decía—. Los cadáveres de quienes han muerto de hambre yacen por las calles. La tasa de mortalidad, en un 80 por ciento a causa de la malnutrición, se ha triplicado desde febrero.» La ración de pan era minúscula, y todavía no había llegado una remesa de patatas por la que la comunidad judía había pagado por adelantado, explicaba Auerswald.

Czerniakow se reunió con Auerswald. «Señaló que los cadáveres tirados por las calles creaban muy mala impresión —escribió Czerniakow—. En verdad, los cadáveres yacen descuidados (con las caras cubiertas por periódicos y ladrillos).» El gueto necesitaba comida; el gueto se moría.

Auerswald dijo que quería regalar al gueto quinientas toneladas de avena. Czerniakow, capeando el temporal como mejor podía, se dispuso a encontrar un molino capaz de moler avena.

REGINALD SORENSEN, miembro de la Cámara de los Comunes, planteó la idea del obispo Bell. ¿No podía Gran Bretaña plantear a Alemania la posibilidad de un final de mutuo acuerdo a los bombardeos nocturnos?

Clement Attlee, el lord del Sello Privado, rechazó con brusquedad la sugerencia de Sorensen.

Sorensen señaló después que, además de Gilbert Murray, George Bernard Shaw y dos obispos de la Iglesia de Inglaterra, una cantidad considerable de habitantes de las zonas más bombardeadas de Londres estaban a favor de esa propuesta.

Attlee replicó: «No es practicable pensar que pueda llegarse a ningún acuerdo con una gente que no es fiel a sus acuerdos». Fue vitoreado.

Otro parlamentario dijo: «Existe en el país un grueso considerable de opinión que entiende que deberíamos bombardear a los alemanes con mucha más dureza que ahora». Más vítores.

Era el 21 de mayo de 1941.

GANDHI ESCRIBIÓ una carta a una de sus asociadas inglesas más cercanas, Madeleine Mirabeau. «Las noticias sobre la destrucción en Inglaterra me rompen el corazón —decía Gandhi—. Las cámaras del Parlamento, la abadía, la catedral, parecían inmortales. Y aun así no hay final. Pese a todo el orgullo dicta a la voluntad inglesa.» Preguntaba: «¿Sigue siendo valentía?». Era el 22 de mayo de 1941.

Ese mes lord Linlithgow, virrey de la India, tenía encarcelados a unos 14.000 de los opositores no violentos de Gandhi.

SEFTON DELMER, el locutor de la BBC, recibió la orden de ponerse a escribir propaganda radiofónica encubierta para consumo alemán. El primer tema que le asignaron fue el misterioso vuelo de Rudolf Hess. Para sembrar la inquietud y la confusión, Delmer creó un personaje llamado Der Chef, el Jefe. Se suponía que el Jefe era un hitleriano fanático que radiaba su asco por el comportamiento de la élite nazi.

En su primera retransmisión, Delmer hizo que el Jefe —que en realidad era un

emigrado llamado Peter Seckelmann— dijera de Rudolf Hess: «En cuanto descubre una fracción del lado más oscuro de los sucesos que se avecinan, ¿qué pasa? Pierde por completo la cabeza, se lía un petate lleno de píldoras de hormonas y una bandera blanca y sale volando para ponerse y ponernos a merced de ese cabrón pies planos de viejo judío borracho que es Churchill».

Delmer escuchó la transmisión del programa. «La parte que más me gustó —dijo— fue la denuncia de Churchill como “cabrón pies planos de viejo judío borracho”.» Ningún alemán, opinaba Delmer, creería jamás que unos propagandistas británicos pudieran hablar así de su primer ministro. «Era una expresión, decidí, que valía la pena repetir en otras retransmisiones.»

Era el 23 de mayo de 1941.

SIDNEY GOLDSTEIN, rabino asociado de la Sinagoga Libre, decidió no intervenir en el Segundo Congreso Nacional Contra la Guerra. El rabino Goldstein, miembro de la Liga John Haynes Holmes de Opositores a la Guerra, estaba en contra de la entrada de Estados Unidos en el conflicto, pero se oponía a la presencia del senador Burton Wheeler en el programa.

«A la vista de las declaraciones antisemitas que el senador Wheeler ha realizado en privado y en público —dijo el rabino Goldstein—, no puedo por respeto a mí mismo aparecer en el mismo estrado que él.»

DAWID SIERAKOWIAK, un joven de diecisiete años del gueto de Łódź, estaba muerto de hambre. «Cuando recibo mi ración de pan —escribió en su diario— a duras penas puedo controlarme, y a veces sufro tanto de agotamiento que debo devorar la comida que tengo, y entonces mi pequeña hogaza de pan desaparece antes de que se reparta la siguiente ración, y mi tormento crece.» ¿Qué podía hacer? «Al parecer nuestra tumba estará aquí.» Era el 24 de mayo de 1941.

UNA NOTICIA SEMISECRETA y filtrada a propósito sobre las Fuerzas Aéreas chinas adiestradas por los estadounidenses apareció en la página 3 de *The New York Times*. Era el 24 de mayo de 1941.

«Aviadores chinos han sido adiestrados por instructores extranjeros y se dice que ahora están preparados para enfrentarse a los aviones de caza japoneses — decía el anónimo autor—. China ha obtenido numerosos aviones de caza y bombarderos de Estados Unidos y Gran Bretaña y se espera que estos participen en la represalia prevista contra Japón.» Según se informaba, los comunistas chinos también estaban involucrados; habían solicitado a Chungking «la entrega inmediata de bombarderos y cazas de fabricación estadounidense».

El subtítulo era: «Se espera el bombardeo de ciudades japonesas a resultados del nuevo punto de vista en Chungking».

WALTER DURANTY, periodista, estaba de vuelta en Honolulu tras un viaje a Japón, y tenía un vaticinio. «Cada día que pasé en Tokio me convencí más de que Japón no combatirá a menos que se vea obligado a ello por un recorte de su suministro de petróleo», escribió en *The New York Times*. Una guerra acarreaba graves riesgos, al fin y al cabo: «Las endebles ciudades de madera y papel de Japón estarían escandalosamente expuestas a las bombas incendiarias», decía.

Era el 26 de mayo de 1941.

GEORGE BELL, obispo de Chichester, habló ante el resto de obispos congregados en el sínodo de Canterbury. El arzobispo le había advertido que no tocara el tema de los bombardeos nocturnos, pero el obispo Bell lo sacó a colación de todas formas. Era el 27 de mayo de 1941.

El obispo empezó resumiendo la historia de ataque y represalia desde el arranque de la guerra, señalando que las incursiones nocturnas inglesas sobre suelo alemán habían precedido a los bombardeos nocturnos alemanes sobre suelo inglés. Estalló un clamor; el obispo de Winchester dijo que el obispo Bell se estaba propasando y el arzobispo le pidió que terminara su alocución. El obispo Bell terminó su alocución.

Al día siguiente, el arzobispo lo reprendió: «No creo que pueda quejarse de la preocupación que mostraron tantos de sus hermanos obispos cuando pasó de la moción que estaba presentando a lo que a ellos les pareció una historia tendenciosa del bombardeo nocturno —le dijo—. Creía que había accedido claramente a contentarse, si bien a regañadientes, con su moción de comprensión hacia los pueblos bombardeados; me sorprendió bastante que incumpliera eso para exponer lo que habría dicho si se hubiese ajustado a su moción original sobre los bombardeos nocturnos». Por suerte, concluía el arzobispo, a la prensa no le había llegado nada sobre esos sobresaltos eclesiásticos. «De modo que espero que no se produzcan más problemas.»

DAWID SIERAKOWIAK, en Łódź, escuchó el discurso del presidente Roosevelt en el que declaraba un estado de «emergencia nacional ilimitada». Sierakowiak se llevó una decepción; esperaba una declaración de guerra estadounidense. «Escuchar esta palabrería asquerosa te vuelve loco», escribió en su diario. El coche fúnebre, decía, estaba ocupado en el gueto. «Entretanto, allí esperan. ¡Malditos sean!» Era el 27 de mayo de 1941.

EL GOBIERNO DE VICHY elevó un poco la ración de pan. El peligro de hambruna no había pasado, pero la escasez de harina para pan se había visto compensada hasta cierto punto por el uso de sucedáneos. La cosecha de patata estaba algo

amenazada, sin embargo; los escolares trabajaban un par de días a la semana quitando escarabajos de las hojas de los patatales. Era el 28 de mayo de 1941.

WILLIAM HENRY CHAMBERLIN, escritor, habló en el Congreso de Mantened a América Fuera de la Guerra. Era el 31 de mayo de 1941. «Un boicot económico total de Japón, el cese de los envíos de petróleo, por ejemplo, empujaría a los japoneses a los brazos del Eje —advirtió—. La guerra económica sería un preludio de la guerra naval y militar.»

ESTADOS UNIDOS fletó su primer cargamento de comida del programa de Préstamo y Arriendo a Inglaterra. Lord Woolton, ministro de Alimentación, lo esperaba en el puerto. «¡Queso!», dijo. Comió un poco de cheddar de Wisconsin de una caja abierta. «Y además un queso la mar de bueno», añadió.

Había cuatro millones de huevos a bordo, también, y mil toneladas de harina. Era el 31 de mayo de 1941.

EL *HERALD TRIBUNE* DE NUEVA YORK publicó una estadística oficial: habían muerto en los bombardeos nocturnos casi el doble de civiles británicos —35.756— que soldados británicos en combate. Era el 1 de junio de 1941.

Al día siguiente, el *Herald Tribune* salió con fotografías de la devastación causada por el bombardeo británico de Hamburgo. «Informaciones procedentes de Alemania describen Hamburgo como una estampa trágica —decía el artículo—. Entre las casas cercanas a importantes objetivos industriales la destrucción es generalizada.»

EN EL CONGRESO ANUAL del Partido Laborista británico menos del 1 por ciento de los votos estuvieron a favor de una paz negociada con Alemania e Italia. Rhys Davies, pacifista y parlamentario, fue una de las pocas voces públicas críticas con el desarrollo de la guerra. «La declaración del primer ministro Winston Churchill en un reciente discurso de que había millones de alemanes que eran curables y otros que eran matables fue comparable a la actitud de Herr Hitler hacia los judíos», dijo Davies. Las bombas no arreglaban nada, sostenía.

Otro parlamentario, Fred Watkins, dijo: «Preferiría ver hasta la última iglesia de este país reducida a escombros que conservada como púlpito desde el que predicar la doctrina del hitlerismo».

Era el 3 de junio de 1941.

MICHAEL EDELSTEIN, congresista de Nueva York, tuvo un infarto tras pronunciar un discurso en la Cámara de Representantes estadounidense. Era el 4 de junio de 1941.

John Rankin, un aislacionista de Mississippi, acababa de decir: «Wall Street y un grupito de nuestros hermanos judíos internacionales siguen intentando hostigar al presidente y el Congreso de Estados Unidos para que nos lancen sin la debida preparación a la guerra europea».

Edelstein estaba furioso. «Hitler empezó hablando de “hermanos judíos” — replicó—. Deploro la idea de que, siempre que pasa cualquier cosa, sea a favor de una política bélica o en contra de una política bélica, haya hombres en esta Cámara y fuera de esta Cámara que intenten utilizar a los judíos como chivo expiatorio. Yo digo que es injusto y digo que es antiamericano.»

Sidney Hertzberg, señaló Edelstein, había trabajado de publicista para el Comité América Primero, y citó a otros prominentes judíos opuestos a la guerra: Lessing Rosenwald, el rabino Sidney Goldstein, el rabino Isadore B. Hoffman y el rabino De Sola Poole.

Tras pronunciar el discurso, el congresista Edelstein cayó al suelo redondo y murió.

ONCE MIL OBREROS se declararon en huelga en una fábrica de aviones de Los Ángeles, cerca del aeropuerto. Era el 5 de junio de 1941. La fábrica producía cazas, bombarderos y aeronaves de adiestramiento; pertenecía a North American Aviation. Los trabajadores querían un aumento salarial del 10 por ciento, y que el salario mínimo subiera de cincuenta a setenta y cinco centavos la hora. La compañía tenía alrededor de doscientos millones de dólares en pedidos pendientes de los gobiernos estadounidense y británico.

«Nuestro único deseo es retomar la producción lo antes posible y entregar los bombarderos que este país necesita tan acuciantemente en este período crucial», dijo James Kindelberger, presidente de North American Aviation.

JOHN CUDAHY, periodista estadounidense, fue a Berchtesgaden y se sentó en el gran salón de Hitler. Esvásticas y cuadros de desnudos colgaban de las paredes; cubría el suelo una alfombra color granate. Cudahy reparó en un cuenco de hortensias y un jarrón con lirios. El busto de Wagner todavía estaba sobre el piano.

Cudahy dijo, por mediación de un traductor, que al pueblo de Estados Unidos le preocupaba que «el siguiente campo lógico para la aventura militar alemana fueran los dos continentes americanos».

Hitler se rio. «Dijo —escribió Cudahy— que la idea de una invasión del hemisferio occidental venía a ser tan fantástica como una invasión de la Luna.»

Quizá pareciera fantástica, replicó el periodista, pero los estadounidenses la creían cierta. Hitler respondió que la idea de la invasión la habían puesto en circulación los belicistas; un ataque a través de 2.500 millas de mar abierto

resultaba impensable. «El tonelaje de carga embarcada de Gran Bretaña, Estados Unidos y Alemania juntos sería clamorosamente insuficiente —insistió— para transportar un ejército de millones de efectivos, como haría falta para una conquista exitosa del hemisferio occidental.»

Hitler también afirmó que no estaba «interesado ni en esclavos ni en la esclavización de ningún pueblo». En alguna parte, un reloj tocó la hora sonoramente.

Mientras Cudahy se ponía en pie para partir, Hitler le dijo que había intentado responder a todas las preguntas con el máximo de franqueza posible, pero que dudaba de que saliera nada bueno de la entrevista. Cudahy escribió: «Dijo que una vez tras otra había intentado recalcar que la postura de Alemania y sus planes no eran hostiles hacia Estados Unidos, y sus esfuerzos se habían demostrado vanos».

La entrevista se publicó el 6 de junio de 1941.

RUFUS JONES, el profesor cuáquero, escribió un panfleto. Lo publicó el Comité de Servicio de los Amigos Norteamericanos, y se llamaba «Un llamamiento a las personas de buena voluntad».

«Es una clara desventaja para cualquier nación o pueblo usar la fuerza militar para sus fines», rezaba el panfleto, y planteaba seis principios. Uno era que «se reduzcan las Fuerzas Armadas nacionales con vistas a un desarme universal». Otro era que «todos los pueblos serán libres de desarrollar sus propias culturas; y cada nación será libre para desarrollar la forma de gobierno que desee su pueblo». La paz no era una condición estática, sostenía Jones, alcanzada tras la derrota de un enemigo: «La paz es un método dinámico mediante el cual eliminar injusticias, conseguir reajustes necesarios y remediar en vez de agravar los males que la agresión militar ha ocasionado al mundo». El remedio para la guerra no era la guerra, decía, sino una paz dinámica. Luego preguntaba:

«¿Acaso no hay nadie en ningún gobierno actual lo bastante distante y por encima de las cuestiones de la refriega para llamar al cese y la mediación?».

Los periódicos publicaron fragmentos del panfleto de Jones. «Los cuáqueros ofrecen a Roosevelt un plan para terminar la guerra» fue el titular del *Herald Tribune* de Nueva York. Jones mandó copias a los congresistas, al Departamento de Estado y al presidente Roosevelt. Era junio de 1941.

LA LIGA DE ESCRITORES NORTEAMERICANOS celebró su congreso anual en el hotel Commodore de Nueva York. Dashiell Hammett fue elegido presidente. *Hijo nativo* de Richard Wright fue escogida mejor novela estadounidense del año. Theodore Dreiser recibió un premio de la paz. Lillian Hellman, Clifford Odets y Orson Welles fueron patrocinadores. Eran el 6, 7 y 8 de 1941.

La liga se oponía a la participación estadounidense en la guerra. «Hoy debemos preguntar si la actual política de la administración y el programa de la gran empresa no nos están conduciendo hacia la guerra y el fascismo en nombre de la resistencia a la guerra y el fascismo», rezaba la declaración de la liga. Sus miembros hicieron voto de apoyo a la huelga de la fábrica de aviones de North American Aviation; denunciaron al Comité América Primero como fascistas; acordaron mandar gente a que se uniese a los piquetes de Movilización Americana por la Paz delante de la Casa Blanca.

«Se dispone de sobradas evidencias —dijo Richard Wright— de que la guerra actual es desnuda e inexorablemente una guerra imperialista, dirigida contra el pueblo negro y los obreros de todos los países del mundo.»

EL PRESIDENTE ROOSEVELT, haciendo valer sus poderes de emergencia como comandante en jefe, ordenó al Departamento de Guerra que tomase la planta de North American Aviation. «Nuestro país está en peligro —dijo—, y los hombres y mujeres que ahora fabrican aviones desempeñan un papel indispensable en su defensa.» Era el 9 de junio de 1941.

Había unos mil huelguistas delante de la puerta principal de la fábrica esa mañana. Alguien dijo: «Ahí llega el Ejército». Soldados, que antes habían servido en China, saltaron de los camiones y formaron una fila. «Avanzaron poco a poco mientras el cálido sol de la mañana temprana arrancaba destellos de sus bayonetas», publicó *The New York Times*. Un huelguista recibió un corte de bayoneta en el muslo.

Reducidos los huelguistas, un teniente coronel tomó un micrófono y anunció que el Cuerpo Aéreo del Ejército había tomado la fábrica en nombre del gobierno de Estados Unidos.

Frank Knox, secretario de la Marina, estaba complacido. La ruptura de la huelga «ha tenido un profundo efecto psicológico», dijo en una carta a un amigo. «En adelante creo que nuestros problemas procedentes de esa fuente irán a menos.»

Preguntaron a Eleanor Roosevelt por la acción de su marido. «Siempre lamento cuando hay necesidad de algo de este tipo», dijo.

EN EL GUETO DE VARSOVIA, la residente Mary Berg fue a una casa comunitaria, donde vivían los refugiados más pobres. «En el suelo vi a niños medio desnudos y sin lavar, tumbados apáticamente. En una esquina había una niñita preciosa de cuatro o cinco años llorando. No puede evitar acariciarle el pelo rubio desgreñado. La niña me miró con unos grandes ojos azules y dijo: “Tengo hambre”.» Mary Berg se sintió consumida por la vergüenza; aquel día había

comido y no tenía pan que ofrecer a la niña. «No me atreví a mirarla a los ojos, y me fui.» Morían de hambre trescientas personas por semana.

Era el 12 de junio de 1941.

DOS DE LOS GENERALES DE IÓSIV STALIN estaban alarmados ante la posibilidad de una invasión alemana. El general Zhukov y el general Timoshenko preguntaron a Stalin si podían poner a las tropas en alerta y adelantarlas como preparativo para un ataque alemán. Stalin dijo que no. «Alemania está metida hasta el cuello en la guerra en el oeste, y estoy seguro de que Hitler no se arriesgará a crear un segundo frente atacando a la Unión Soviética —dijo—. No es tan idiota.» Era el 12 de junio de 1941.

HERMANN VOSS, un nuevo instructor en el Instituto de Anatomía de Poznań, bajó al sótano a ver el horno crematorio. Era el 14 de junio de 1941.

«Este horno se construyó para eliminar partes de cuerpos sobrantes de los ejercicios de disección —escribió Voss en su diario—. Ahora sirve para incinerar polacos ejecutados. El coche gris con los hombres grises (es decir, hombres de la Gestapo) llega casi a diario con material para el horno.» Voss miró dentro. «Los polacos están muy insolentes en estos momentos, y por eso nuestro horno tiene mucho trabajo. Qué bonito sería poder pasar a toda la patulea por hornos así.»

UN GRAN ANUNCIO DE «LUCHAR POR LA LIBERTAD» apareció en *The New York Times*. Su titular era: «¿A qué estamos esperando, señor presidente?». El anuncio llamaba a recusar la Ley de Neutralidad y «disparar contra cualquier submarino o lancha de asalto del Eje que aviste la Marina estadounidense».

La lista de proponentes incluía a Dorothy Parker, el dramaturgo George S. Kaufman, James Conant de Harvard y diversos directores de universidad e institutos secundarios privados.

«¿Por qué no adelantarnos a Hitler por una vez, señor presidente?», preguntaba el anuncio. Después citaba al senador Glass: «Creo que deberíamos ir hacia allí y mandar a tomar viento hasta el último submarino». Era el 15 de junio de 1941.

EN NUEVA YORK, otro insumiso compareció ante un juez. Se llamaba Lowell Naeve. «Si todo el mundo hiciera lo que he hecho yo —dijo—, no habría guerras.» El juez lo condenó a un año de cárcel. Era el 16 de junio de 1941.

MIHAIL SEBASTIAN, un escritor judío en Bucarest, empezaba a creer que los alemanes no tardarían en atacar a Rusia. «Si Hitler se da cuenta de que no rematará a los británicos este año —escribió Sebastian en su diario— y se resigna a ello, ¿qué le queda por hacer con un Ejército tan enorme?» Era el 17 de junio de 1941.

EL DEPARTAMENTO DE ESTADO anunció que le preocupaba que los refugiados se convirtiesen en espías una vez llegaran a Estados Unidos. Era el 17 de junio de 1941. Si los refugiados habían dejado familiares en Europa, sostenía el Departamento de Estado, los nazis podrían obligarlos a espiar a los norteamericanos amenazando a sus familias con torturas. En consecuencia, Estados Unidos dejaría de conceder visados a refugiados que tuvieran parientes en la Europa ocupada.

La decisión afectaba a Alemania, Holanda, Bélgica, Noruega, Francia, Polonia y los Balcanes.

Un Clarence Pickett cada vez más desanimado declaró a *The New York Times* que la decisión tendría «efectos trascendentales» en todos los esfuerzos de ayuda a los refugiados.

La junta rectora del Congreso Mantened a América Fuera de la Guerra escribió una carta al secretario de Estado Cordell Hull: «¿Tan falto de servicios para detectar auténticos espías está nuestro gobierno que debe cerrar la última puerta de la esperanza a millares de judíos, españoles, polacos y checos que odian el fascismo y aman la democracia?».

UN ORGANIZADOR SINDICAL Y SOCIALISTA, Philip Randolph, estaba en el despacho del presidente Roosevelt para hablar de empleos para negros en plantas de defensa. Era el 18 de junio de 1941.

Randolph había anunciado una enorme marcha sobre Washington. «Nuestra gente es rechazada a las puertas de las fábricas porque es de color —dijo al presidente—. No pueden vivir con esto. Y bien, ¿qué va a hacer al respecto?»

Roosevelt dijo que hablaría con los directores de las plantas de defensa y se encargaría de que los negros recibiesen igualdad de oportunidades. Randolph dijo que quería más: quería una orden ejecutiva que obligase a las fábricas a contratarlos.

«Bueno, Phil, sabes que no puedo hacer eso —dijo Roosevelt—. En cualquier caso, no podría hacer nada a menos que cancelases esa marcha tuya.»

Randolph dijo que no podía cancelarse la marcha.

Roosevelt se volvió hacia Walter White, del NAACP. «¿Cuántas personas pensáis traer?»

«Cien mil, señor presidente», contestó White.

«No podéis traer a cien mil negros a Washington —dijo Roosevelt—. Alguien

podría acabar muerto.»

Al final, Roosevelt dictó la Orden Ejecutiva 8802, en la que se declaraba que «no habrá discriminación en el empleo de trabajadores en las industrias de defensa por motivos de raza, credo, color u origen nacional». Philip Randolph canceló la marcha.

H.G. WELLS escribió una carta a Winston Churchill, a la que adjuntaba un libro; en ella sugería que Inglaterra lanzase bombas incendiarias sobre las cosechas y los bosques de Alemania. Era el 20 de junio de 1941. Churchill le dio las gracias por telegrama.

EL EJÉRCITO DE HITLER invadió Rusia. A las cuatro de la mañana, Adam Grolsch, un operador de radio alemán, cruzó el río Meml y entró en la Lituania controlada por los soviéticos con una unidad blindada avanzada del Ejército alemán. Era el 22 de junio de 1941.

Cuando Grolsch llegó a la otra orilla del río, vio cuerpos colgados de los árboles. Un lituano del lugar explicó que la gente ya se había «ocupado de las cosas»: todos los judíos del pueblo habían sido despojados y ahorcados por compatriotas lituanos. «Habían explotado la situación —vio Grolsch—. “Hitler está en contra de los judíos en cualquier caso. Los mataremos y nos quedaremos con todo lo suyo”.» Había unos veinte muertos. «Era un pueblo pequeño.»

LA SECRETARIA DE CHURCHILL le puso al corriente de la invasión alemana de Rusia acudiendo a su cama a las ocho de la mañana. «Avisa a la BBC de que hablaré a las nueve de esta noche», dijo Churchill, y siguió durmiendo dos horas

más. Se pasó el día trabajando en el discurso: «De modo que ahora este granuja sanguinario debe lanzar sus ejércitos mecanizados sobre nuevos campos de matanza, saqueo y devastación», dijo.

Por pobres que sean los campesinos, obreros y soldados rusos, tiene que robarles su pan de todos los días; tiene que devorar sus cosechas; tiene que arrebatarles el petróleo que impulsa sus arados; y así provocar una hambruna sin parangón en la historia humana.

Esa invasión era un mero preludio para otro ataque a gran escala contra Inglaterra, afirmó Churchill, y para el sometimiento general del hemisferio occidental. Sin embargo, los ingleses acabarían con esos «salteadores hunos»: «En otros seis meses el peso de la ayuda que estamos recibiendo de Estados Unidos en material bélico de todo tipo, sobre todo bombarderos pesados, empezará a dejarse notar».

Inglaterra bombardearía Alemania, dijo, de día además de por la noche, «haciendo que el pueblo alemán saboree y trague cada mes una dosis más intensa de las miserias que ellos han precipitado sobre la humanidad».

El discurso fue emitido por quinientas emisoras en Estados Unidos; sonó en transmisores de onda corta de todo el mundo.

HACIA EL ANOCHECER —según siendo el 22 de junio de 1941— veinticuatro aviones alemanes sobrevolaron a baja altura un aeródromo cercano a la ciudad de Vilnius, en la Lituania ocupada por los soviéticos. Iván Ivánovich Konovalov, estudiante de aviación, saltó bajo el ala izquierda de uno de los aviones aparcados en hileras en la pista. Se produjo un estruendo enorme de explosiones de bombas, y todo se incendió. «Aquella primera noche enterramos a 48 personas, estudiantes de piloto —dijo Konovalov—. Metimos sus cuerpos en los cráteres y los llenamos.»

EL MINISTRO DE EXTERIORES SOVIÉTICO, Viacheslav Molótov, se dirigió al pueblo ruso: «Este inaudito ataque contra nuestro país es una perfidia sin paralelo en la historia de las naciones civilizadas», dijo.

Stalin lo escuchó y fue a la oficina de Molótov. «Bueno, un poco aturullado —dijo— pero el discurso ha quedado bien.»

Hacia el anochecer, el general Timoshenko llevó el parte sobre la ruina de las Fuerzas Aéreas soviéticas. Stalin empezó a caminar por el despacho. «Digo yo que la aviación alemana no habrá conseguido llegar a todos y cada uno de los aeródromos.»

«Por desgracia, sí», respondió Timoshenko. La estimación era que había ya setecientos aviones destruidos.

«Esto es un crimen monstruoso», dijo Stalin. Ordenó al director de su policía secreta, Lavrenti Beria, que descubriese cuáles de sus oficiales habían errado. «Los responsables deben perder la cabeza.»

EL COMITÉ DE LUCHA POR LA LIBERTAD publicó a toda prisa un anuncio sobre la invasión de Rusia en el periódico. «¡HA LLEGADO LA HORA! —decía—. El peligro es que los Quislings y títeres nazis de este país intentarán ahora adormecernos con el cuento de que Hitler está salvando el mundo del comunismo, que todos los estadounidenses detestan. El peligro es que podamos perder tiempo mientras Hitler asegura su retaguardia para el asalto final contra Gran Bretaña y el hemisferio occidental.»

Sin embargo, se presentaba también una oportunidad suprema, decía Lucha por la Libertad: «Por fin Hitler ha dejado su espalda al descubierto». El anuncio finalizaba con una especie de poema en negrita:

Adelante, pues, América.

Golpeemos con toda la fuerza imponente que contiene esta tierra libre y abundante.

Golpeemos por aire, por mar y a ser posible por tierra.

Que no haya manos ociosas.
Es la guerra, guerra a muerte.

Era el 23 de junio de 1941.

CHURCHILL ESCRIBIÓ un memorándum secreto a Charles Portal, jefe del Estado Mayor del Aire. Era el 23 de junio de 1941, el día después de la invasión de Rusia y el día después de que llamase «granuja sanguinario» a Hitler.

«¿Cuál es la postura sobre el bombardeo de la Selva Negra este año? —le preguntaba—. Debería ser posible obtener muy buenos resultados.»

«Las cosechas no arden, pero los bosques sí —respondió Portal—. El Mando de Bombardeo, por tanto, irá a por los bosques.» Lo que necesitaba la Fuerza Aérea, dijo Portal, era una bomba incendiaria mejor, una que se pareciera más a un cóctel Molótov, capaz de «extender una mezcla inflamable sobre los mismos árboles».

EL SENADOR HARRY TRUMAN reaccionó así ante la noticia de que Alemania y Rusia estaban en guerra: «Si vemos que Alemania va ganando, deberíamos ayudar a Rusia, y si gana Rusia deberíamos ayudar a Alemania, y así dejar que se maten al máximo posible, aunque no quiero ver a Hitler vencedor bajo ninguna circunstancia», dijo. Era el 23 de junio de 1941.

VARIOS DE LOS GRUPOS que se oponían con mayor encono a la guerra —los alineados con Rusia y el Partido Comunista— invirtieron su postura y se volvieron belicistas. Era finales de junio de 1941. La Liga de Escritores Norteamericanos de Dashiell Hammett llamaba ahora a la «derrota militar de los

agresores fascistas». La Movilización Americana por la Paz, que había estado formando piquetes ante la Casa Blanca, se cambió el nombre por el de Movilización del Pueblo Americano y dejó de manifestarse. «El prerequisite esencial para lograr una paz popular ha pasado a ser la derrota de Alemania», dijo el grupo.

Quedaban ya solo dos tipos de grupos contrarios a la guerra, uno a la izquierda y otro a la derecha. Uno estaba formado por genuinos pacifistas: gente de la Hermandad de la Reconciliación, el Congreso Mantened a América Fuera de la Guerra, los cuáqueros, los ministros de paz y rabinos, John Haynes Holmes y los gandhianos y la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Otro lo formaban aislacionistas que, como Lindbergh y su grupo de América Primero, estaban por los grandes ejércitos y las flotas de aviones de guerra y sostenían —algunos de ellos— teorías cuasiparanoides sobre la influencia judeobolchevique. Querían que Estados Unidos dejase en paz a Alemania porque Alemania era el bastión que contenía a Stalin.

AVIONES ALEMANES bombardearon Minsk, una ciudad rusa. No había refugios antiaéreos en la ciudad; las tuberías de agua se rompieron, los incendios se juntaron y murieron muchas personas. Era el 24 de junio de 1941.

La Luftwaffe bombardeó también Inglaterra, pero mucho menos que antes: la mayor parte de sus efectivos se habían volcado en el frente oriental.

En Bucarest, Rumanía, aparecieron nuevos carteles antisemitas. En uno aparecía un judío con casquete y tirabuzones que acechaba con una hoz y un martillo. Escondía bajo el abrigo a soldados soviéticos.

EL MARIDO DE FRANCES PARTRIDGE, Ralph, recibió una carta de su viejo amigo Gerald Brenan, un escritor. Por algún motivo, observaba Brenan con irritación, a

los pacifistas se les daban mal las matemáticas; no podían realizar siquiera sumas sencillas. En cuanto a la guerra: «Toda mujer y todo niño alemanes que mueren son una contribución para la seguridad y la felicidad futuras de Europa», escribía Brenan. Cuando la guerra terminase, decía, ya habría tiempo para la amistad. «Hoy, muerte a todos los alemanes. Esto te escandalizará. Veo tu cara de cura horrorizado.» Era el 25 de junio de 1941.

EL LÍDER DE RUMANÍA, Ion Antonescu, llamó a un comandante en Iasi, una localidad cercana a la frontera rusa donde había más de cien sinagogas.

Era el 27 de junio de 1941.

Antonescu le dijo al comandante que limpiase Iasi de judíos. Los policías y soldados empezaron a matar. Metieron a miles de judíos en trenes cerrados a cal y canto y los pasearon por el campo durante días. La mayoría murieron de asfixia y de sed.

HUBO UNA OLA DE CALOR en Berlín. «La ciudad es como un horno», escribió Joseph Goebbels en su diario. Era el 28 de junio de 1941.

Un sábado fue en coche a su villa en Lanke para adelantar trabajo. «La situación del suministro de alimentos en Berlín es muy mala —escribió—. Nada de patatas, muy pocas verduras.» Y en los países ocupados era peor: «En algunas zonas existe una verdadera hambruna».

Hungría había declarado la guerra a Rusia, anotó, lo cual suponía un espaldarazo psicológico. El continente entero estaba «experimentando un despertar —dijo—. Al final, Churchill estará totalmente a solas con sus bolcheviques».

WINSTON CHURCHILL se imaginaba una invasión aérea de Inglaterra. Era el 29 de junio de 1941. Un cuarto de millón de soldados podían lanzarse en paracaídas, con un aterrizaje de emergencia o en planeadores. Los ingleses debían estar en condiciones de responder, escribió a su jefe de Estado Mayor y secretario de Estado para la Guerra:

Todo aquel que lleve uniforme, y cualquier otro que lo desee, debe abalanzarse sobre ellos dondequiera que los encuentre y atacarlos con la mayor celeridad.

Todos y cada uno

Matar a un huno.

Hay que inculcar este espíritu sin cesar en todos los escalafones de las fuerzas de S.M.

Todo varón debía poseer un arma, aunque fuese solo una maza o una pica. «Háganme llegar de paso algunas ilustraciones de mazas y picas», encargaba Churchill a su Estado Mayor. También supervisaba con atención, todavía, las reservas de gas venenoso.

EL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS arrestó a algunas personas en Mineápolis y las acusó, en conformidad con la nueva Ley de Extranjeros y Sediciosos, de instigar una «revolución armada contra el gobierno de Estados Unidos». Eran miembros del Partido Socialista Obrero, un pequeño grupo trotskista que se oponía a la participación estadounidense en la guerra. I.F. Stone, un periodista de criterio independiente e intervencionista, acudió a la oficina del fiscal general Biddle y preguntó: «Pero ¿qué ha hecho esta gente? ¿Qué estaban a punto de hacer? ¿De qué modo suponían una amenaza para Mineápolis?». Era julio de 1941.

El fiscal general Biddle dijo no estar familiarizado con los detalles específicos del caso, pero hizo lo posible por explicarse. «Si entendí bien al Sr. Biddle — escribió después Stone en *The Nation*—, él cree que un gobierno no necesita esperar un acto flagrante, sino que puede castigar a hombres por las probables consecuencias que se derivarían si intentasen llevar a la práctica sus ideas. Este

razonamiento no difiere del que mantiene encerrados a trotskistas en el Tercer Reich o la Unión Soviética. De acuerdo con ese criterio, podría haberse tenido a Thoreau en la cárcel de por vida.»

Otro abogado del Departamento de Justicia proporcionó a Stone los detalles del caso. Los trotskistas habían repartido panfletos y pronunciado discursos en los que afirmaban estar en contra de la guerra y no suscribir los procesos democráticos. Se habían metido en asuntos de política sindical en Mineápolis. Su «guardia de defensa», que comprendía entre doscientas y quinientas personas, poseía entre diez y cincuenta armas de fuego. Hacían gimnasia juntos. Una vez, a modo de prueba, la guardia de defensa se movilizó: todo el mundo estuvo en el cuartel general en menos de una hora.

«¿Qué hicieron al llegar allí?», preguntó Stone al abogado del Departamento de Justicia. Llegaron, recibió como respuesta, y después levantaron la sesión para visitar el Gaiety, un cabaret.

Dieciocho miembros del trotskista Partido Socialista Obrero, incluido el secretario nacional, pasaron más de un año en la cárcel.

UN EMIGRADO ALEMÁN, Willy Ley, fue contratado para escribir sobre armamento en un nuevo periódico llamado *PM*, publicado en Nueva York. *PM* publicó el *Bombs and Bombing* de Ley, que contenía un esquema del bombardero pesado de largo alcance B-17, cortesía de la Boeing Aircraft Company, a modo de frontispicio. Era julio de 1941.

Ley utilizaba una metáfora de las ciencias naturales para explicar el bombardeo incendiario. Existen dos tipos de reproducción, dijo. Uno es cuando los animales progenitores dan a luz a unas pocas crías a las que cuidan con esmero. El otro método, decía, es el de la ostra, que pasa por engendrar dos millones de huevos por estación y esperar que algunos salgan adelante. Esa era la idea detrás de las pequeñas bombas que se usaban en el bombardeo

incendiario. Se desperdigan muchas «con la esperanza de que alguna de las crías de incendio producidas sobreviva a la adversidad de los bomberos de las medidas antiaéreas».

Al final de la Primera Guerra Mundial, explicaba Ley, los alemanes acumulaban existencias de bombas incendiarias cada una de las cuales pesaba alrededor de un kilo. Parecían «latas altas y estrechas, con alerones pegados a cada extremo». Estaban hechas de una aleación de magnesio llamada «electrón», e iban llenas de termita, que era una mezcla de óxido de hierro y aluminio en polvo.

Costaba mirar la termita ardiendo, decía Ley. Parecía un trozo del sol.

C. L. SULZBERGER, el corresponsal de *The New York Times* en Turquía, escribió sobre el hambre en Grecia. Era el 1 de julio de 1941. El pescado escaseaba porque los británicos habían requisado los barcos de pesca, informaba Sulzberger. Estaban muriendo niños, perros, gatos y caballos. En la isla de Santorini llevaban treinta días sin pan.

Sulzberger entrevistó a un viajero que acababa de regresar de Grecia. «El pueblo griego afronta una hambruna sin precedentes a resultas de su lucha por la libertad —dijo el viajero—. Es necesario que los británicos eliminen las restricciones de bloqueo previas para evitar ser responsables de esta situación.»

REINHARD HEYDRICH dictó instrucciones sobre asesinato a los líderes de las unidades motorizadas especiales de las SS, los Einsatzgruppen. Era el 2 de julio de 1941. Dentro de Rusia, ciertas clases de personas eran objeto de ejecución: políticos, judíos al servicio del Partido Comunista o el Estado soviético y todos los saboteadores, propagandistas, francotiradores, asesinos y agitadores, a menos que fueran necesarios con fines de espionaje. «Debe ponerse especial atención

en lo relativo al fusilamiento de médicos y otros practicantes de la medicina», escribió Heydrich.

GOEBBELS volvía a estar en su neblinosa villa del bosque de Lanke: «Intensos bombardeos británicos en el norte y el oeste de Alemania —escribió—. Daños considerables». Anotó un nuevo término, *bombenfrischler* («vagabundos de las bombas»): «Vagos de ambos sexos que han abandonado las zonas amenazadas por los bombardeos y viven al raso durante este verano». Deberían echarles encima a la policía, opinaba él. «Están haciendo trizas la moral pública y arrastrando el buen nombre del norte y el noroeste de Alemania.»

Sin embargo, la guerra en Rusia iba mejor: «Nuestros panzers ya están dejando atrás Minsk —contaba—. El cerco alrededor de Novogrodok se va estrechando».

Era el 3 de julio de 1941.

TODA GRAN BRETAÑA celebró un Cuatro de Julio de Préstamo y Arriendo. Colgaban banderas estadounidenses de las estaciones de tren londinenses. En los cines, el público se ponía en pie y cantaba «My Country 'Tis of Thee» mientras aparecía la letra en pantalla, junto con fotografías de Franklin Roosevelt. Los restaurantes servían platos con nombres de ciudades estadounidenses: estofado Filadelfia, pollo frito a la Baltimore.

En la catedral de San Pablo, dañada por las bombas, el secretario de Guerra para el Aire, sir Archibald Sinclair, habló en los oficios fúnebres en honor de un piloto norteamericano que había muerto mientras volaba como voluntario para el nuevo Escuadrón Águila Americana de la RAF. «Sin ningún tipo de coacción vino y combatió por Gran Bretaña y, combatiendo, murió», dijo Sinclair.

En las oraciones al rey de Inglaterra y el presidente de Estados Unidos y sus

súbditos se tuvo presente la esperanza de que pudieran «obtener por fin las bendiciones de la victoria y una paz recta y duradera». Después la banda de la Royal Air Force tocó ambos himnos nacionales.

MIHAIL SEBASTIAN, el dramaturgo rumano, dejó de seguir la guerra. No podía permitirse comprar periódicos, y no tenía radio. «Leer los diarios es como un ejercicio en descodificación textual para el que no se dispone del código — escribió—. Y aun así, ¡qué interesante es! Por primera vez se me ocurre que la verdad es sin duda algo que nunca puede camuflarse. Por debajo de todas las falsificaciones y mentiras y todas las aberraciones mentales, por profundamente oculta o estrambóticamente deformada que esté, la verdad sigue saliendo a la luz, sigue resplandeciendo, sigue respirando.» Era el 5 de julio de 1941.

LA ROYAL AIR FORCE empezó a usar un sistema por estrellas para calibrar la gravedad de un ataque aéreo. El 5 de julio de 1941, como parte de la ofensiva veraniega, la ciudad de Münster recibió un «bombardeo de tres estrellas», según *The New York Times*. Volvió a ser bombardeada la noche siguiente, y la otra y la otra, y después la incursión del 9 de julio recibió cuatro estrellas, «el completo».

El jefe del Mando de Bombardeo, Richard Peirse, dictó las siguientes órdenes: «Dirigirán el principal empeño de la fuerza de bombardeo, hasta que reciban otras instrucciones, al desbaratamiento del sistema alemán de transportes y a la destrucción de la moral de la población civil en general y los trabajadores industriales en particular».

Durante la ofensiva, Churchill escribió un mensaje de alto secreto para Charles Portal. «Uno de nuestros grandes objetivos es el lanzamiento de la mayor cantidad de bombas posibles por noche sobre las ciudades alemanas», decía. Para mantener el ritmo del ataque, proponía usar lo que calificaba de

tripulaciones «menos cualificadas». Volarían muy alto, «apuntando sencillamente a grandes zonas edificadas» de, pongamos, el valle del Ruhr. Se reservaría a los «pilotos regulares adiestrados» para misiones más importantes.

MARINES ESTADOUNIDENSES se desplazaron a Islandia por invitación de Inglaterra y con el reacio consentimiento de los islandeses. Descargaron sus armas y empezaron a montar barracones. Era el 7 de julio de 1941. Los periódicos alemanes dijeron que Roosevelt estaba «corriendo detrás de la guerra para alcanzarla». Sin duda, pensaba Victor Klemperer, el hecho de que Estados Unidos ocupase Islandia significaba que Estados Unidos estaba en la guerra.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT pidió un nuevo plan de guerra, uno que calculase los «requisitos de producción a grandes rasgos necesarios para derrotar a nuestros potenciales enemigos». Era el 9 de julio de 1941. El plan pronto tendría nombre: Programa Victoria.

El secretario de Guerra trasladó la petición de Roosevelt al jefe del Estado Mayor del Ejército, y el jefe del Estado Mayor del Ejército la mandó al jefe de la División de Planes de Guerra, y el director de la División de Planes de Guerra le dijo al comandante Albert C. Wedemeyer —el hombre que había pasado dos años en el Colegio Alemán de la Guerra en Berlín— que se pusiera a trabajar.

«Aunque el procedimiento era normal —escribió Wedemeyer—, la tarea suponía un reto mayor de lo habitual, ya que nunca antes se había intentado preparar un plan de guerra de dimensiones globales.» Wedemeyer, por su parte, se oponía a cualquier guerra con Alemania; tenía cordiales contactos con varios miembros del Comité América Primero y estaba de acuerdo con gran parte de lo que decía Charles Lindbergh. El bolchevismo, pensaba Wedemeyer, era la auténtica amenaza para Estados Unidos, no el fascismo.

Pero Wedemeyer obedeció las órdenes: «Así me convertí en el planificador del Programa Victoria de una guerra que no quería».

MARY BERG, la chica del gueto de Varsovia, empezó a tener pesadillas. «Vi Varsovia ahogada en sangre —escribió—. Junto con mis hermanas y mis padres, caminábamos sobre cadáveres postrados.» Era el 10 de julio de 1941.

Oyó aviones rusos sobrevolando la ciudad; el sonido de sus bombas hacía temblar el aire. Pero perdonaron el gueto: «Por ese motivo ya no bajamos al sótano tan a menudo cuando oímos la alarma».

EL ALCALDE FIORELLO LAGUARDIA hizo una advertencia. Era el 14 de julio de 1941. Quizá Hitler pronto intentase engañar a la gente para hacerle creer que deseaba la paz, dijo LaGuardia, cuando lo que en verdad quería era adueñarse del mundo. LaGuardia explicó a su público —un grupo de profesores sudamericanos— que, apenas unos días antes, un representante del gobierno alemán había adelantado propuestas nazis de paz a representantes de una organización pacifista anónima. «Ahora mismo, en este preciso instante, Hitler está intentando, por medio de sus agentes, utilizar a los ciudadanos bienintencionados y amantes de la paz de nuestro país y de América Central y del Sur como instrumentos para transmitir lo que muy pronto podría anunciarse como Propuestas de Paz de Hitler», dijo LaGuardia.

Sumner Welles, del Departamento de Estado, secundó la advertencia de LaGuardia.

WINSTON CHURCHILL pasaba revista bajo un toldo de Hyde Park, Londres, a seis

mil hombres de la defensa civil. Era el 14 de julio de 1941. Había vigilantes antiaéreos, cuadrillas de camilleros, servicios de voluntarios y pelotones de descontaminación. «A todas estas personas las hemos visto desfilar en una preciosa mañana de verano inglesa», dijo Churchill por la radio. La Royal Air Force había frustrado los planes de invasión de Hitler, dijo, y por tanto en septiembre este había intentado arrasar las ciudades de Inglaterra. ¿Se había venido abajo Londres? No. Incluso con veinte mil muertos y barrios enteros destruidos por las llamas, los londinenses seguían invictos. «Londres es tan inmenso y fuerte que es como un monstruo prehistórico contra cuyo acorazado pellejo se disparasen las flechas en vano», dijo.

En un momento dado se dirigió directamente a Hitler: «Allá donde menos resistencia has encontrado, más brutal has sido —dijo—. Fuiste tú quien empezó con el bombardeo indiscriminado», en Varsovia, Rotterdam, Belgrado y Rusia. «No habrá tregua o parlamento contigo o con la espeluznante pandilla que impone tu maligna voluntad. Haz lo peor que sepas, y nosotros daremos lo mejor que tenemos.»

Luego llegó otro de los anuncios de revancha aérea de Churchill: «Va siendo hora —dijo— de que los alemanes sufran en su propia patria y ciudades una parte de los tormentos que han desencadenado sobre sus vecinos y sobre el mundo».

Todos los meses, a medida que se terminen los grandes bombarderos en nuestras fábricas o lleguen en bandadas desde el otro lado del Atlántico, seguiremos con la implacable descarga de potente explosivo sobre Alemania.

Solo en las últimas semanas, dijo, esta implacable descarga ascendía a la mitad de lo que los alemanes habían soltado sobre Inglaterra durante el transcurso de toda la guerra. Pero eso era solo el principio. El bombardeo continuaría, dijo Churchill, «mes tras mes, año tras año, hasta que el régimen nazi acabe extirpado por nosotros o, aún mejor, despedazado por el propio pueblo alemán».

Esa noche, sir Alexander Cadogan estaba trabajando tarde en el Ministerio de Asuntos Exteriores. «Sobre las 7 recibimos mensajes interceptados a los japoneses que indicaban que los monos habían decidido apoderarse de las bases de Indochina, para el 20», escribió.

THE NEW YORK TIMES publicó un editorial que intentaba suavizar un tanto el discurso de Churchill del día anterior: «No es la manifestación de un deseo sádico de venganza, sino más bien una sincera convicción de que el bombardeo de Berlín apresurará la victoria y adelantará la paz», decía el editorialista.

EL PRIMER MINISTRO empezó a pensar en el grosor de los revestimientos de las bombas. Era el 16 de julio de 1941.

Escribió un memorándum al respecto para sir Archibald Sinclair, el secretario de Estado para el Aire. Churchill señalaba que las bombas británicas tenían unos revestimientos metálicos relativamente gruesos, que suponían alrededor del 70 por ciento de su peso, mientras que las alemanas poseían unos cascos más finos que les permitían llevar dentro más explosivos y en consecuencia irradiar una onda expansiva más destructiva cuando explotaban. Los revestimientos de bomba gruesos daban lugar a mucha metralla —Churchill hablaba de «esquirlas»—, pero «las esquirlas encuentran muy pocos blancos útiles, sobre todo de noche cuando la mayoría de las personas están a cubierto», decía. Las bombas alemanas, de casco más fino y mayor onda expansiva, presentaban una proporción de carga-peso de mitad y mitad. «No solo son más eficaces para destruir ciudades —escribía—, sino además más baratas.» Quizá, sugería el primer ministro, habría que replantearse la proporción carga-peso de las bombas británicas, «sobre todo ahora que el Ministerio del Aire ha solicitado un aumento tan acusado de la producción».

Archibald Sinclair respondió de un modo que a Churchill le dio a entender que no había valorado debidamente su razonamiento. Reiteró sus argumentos sobre las ventajas de la onda expansiva sobre las esquirlas y exigió listas de diversas bombas que no tardarían en incorporarse a la producción. «Me complace constatar que las bombas estadounidenses presentan una proporción carga-peso más elevada», decía.

CHARLES DARWIN, nieto de Charles Darwin el naturalista, estaba en Washington, D.C. leyendo algo llamado Informe Maud. Era el 16 de julio de 1941. Darwin, un físico, era el director de la Oficina Científica Central británica, que coordinaba la investigación armamentística inglesa con los estudios en curso bajo la supervisión de Vannevar Bush, del MIT, y James Conant, de Harvard. El Informe Maud, en texto mecanografiado, era una descripción sucinta, lúcida y entusiasta de la posibilidad de una bomba hecha de uranio enriquecido.

«Quisiéramos recalcar que acometimos el proyecto con más escepticismo que fe —habían escrito los autores del Informe Maud—. A medida que avanzábamos nos fuimos convenciendo cada vez más de que la liberación de energía atómica a gran escala es posible y de que pueden escogerse condiciones que la convertirían en un arma de guerra muy poderosa.» Los autores creían que una bomba rellena con apenas once kilos de uranio enriquecido explotaría con la fuerza de 1.800 toneladas de TNT. También liberaría «grandes cantidades de sustancias radiactivas, que volverían peligrosos para la vida humana durante un largo período de tiempo los lugares cercanos a la explosión de la bomba».

Tenían muchas ganas de construir esa bomba, e Imperial Chemical Industries estaba dispuesta a ayudarles. «Aunque el coste por kilo de este explosivo sea tan grande —escribían los autores del Informe Maud—, sale ganador con diferencia de la comparación con los explosivos ordinarios cuando se piensa en términos de energía liberada y daño ocasionado.» Sin embargo, el ahorro en costes no era lo

principal; lo principal, decían los autores, era «la destrucción concentrada que produciría, el gran efecto moral y el ahorro en esfuerzo aéreo que el uso de esta sustancia permitiría en comparación con el bombardeo con explosivos ordinarios». No habría que escatimar esfuerzos para producir estas bombas, instaban los autores.

Darwin, al leer el informe, se imaginó la detonación de una bomba tan enorme. Después escribió una carta a lord Hankey. Si se fabricaba esa bomba, se preguntaba, ¿llegaría a utilizarse en realidad? «¿Están dispuestos nuestro primer ministro, el presidente estadounidense y los respectivos estados mayores — escribió— a sancionar la destrucción total de Berlín y el campo circundante cuando se les diga, y si se les dice, que puede lograrse de un solo golpe?»

ROLF-HEINZ HÖPPNER, administrador de las SS en Poznań, mandó un memorándum sobre los judíos en Polonia a Adolf Eichmann. «Existe el peligro inminente de no poder abastecer de comida a todos los judíos en el invierno próximo —escribió—. Debemos plantearnos seriamente si no sería más humano acabar con los judíos, en la medida en que no sean aptos para la movilización laboral, con algún medio de acción rápida.» Eso resultaría, decía Höppner, «más oportuno que dejarlos morir de hambre». Era el 16 de julio de 1941.

Al día siguiente, Hitler dijo a un líder croata que los lituanos y estonios se estaban vengando de los judíos. Cuando hubiesen desaparecido los judíos, explicó Hitler, nada se interpondría en el camino a la unificación europea. Sin embargo, si un solo país permitía que sobreviviera una familia judía en su seno, esa familia constituiría «una fuente de bacilos que desencadenaría una nueva infección». Él, Hitler, exigiría que todos los países se liberasen de judíos. «Da igual si se envía a los judíos a Siberia o a Madagascar», dijo. Era el 17 de julio de 1941.

LORD HALIFAX, antes virrey de la India y en ese momento embajador británico en Estados Unidos, se encontraba en la fábrica de Lockheed en Burbank, California. Era el 17 de julio de 1941. Halifax y lady Halifax estaban allí para celebrar la finalización del bombardero Hudson número mil destinado a Inglaterra.

Ese milésimo avión, dijo Halifax, aportaría su granito de arena para engrosar el caudal de material bélico que había empezado a fluir hacia el este. «Todo lo que nos den será usado en defensa de la libertad de expresión, pensamiento y religión y las libertades personales, cosas que los anglohablantes de todo el mundo valoran más que la vida misma.» Se hablaba mucho del avión Hudson en el mando costero, dijo; podía llevarse una buena tunda y aun así volver a casa a trancas y barrancas.

Había otros magníficos aviones de guerra, prosiguió Halifax: «Codo con codo con los Lockheed, oímos hablar a diario de los productos de otras grandes fábricas: Tomahawks de la planta de Curtiss en Buffalo, Marylands producidos por la planta de Glenn Martin en Baltimore, Martlets y Buffalos de las fábricas de Grumman y Brewster en Long Island, Liberators y Catalinas de la planta de Consolidated en San Diego, Bostons y Havocs de la gran fábrica de Douglas en Santa Mónica, Fortalezas de la fábrica de Boeing en Seattle, los aviones de adiestramiento Harvard de la planta de North American en Englewood y los Vanguardes de la fábrica de Vultee en Downey».

Concluyó agradeciendo a la empresa «el bombardero que regaló a mi pueblo como presente navideño el año pasado». El piloto del bombardero Hudson, Jimmy Mattern, estaba en la cabina y listo para volar. Antes de que arrancara los motores, lady Halifax dijo: «Y ahora vuestra obra echa a volar. Ve, Jimmy Mattern, y que Dios te bendiga».

ALGUNOS EXPERTOS MILITARES EXTRANJEROS hablaron con el reportero de *The*

New York Times Ray Brock. Era el 17 de julio de 1941.

«Düsseldorf es poco más que una ruina carbonizada —le contaban los expertos—. Pilotos de la Royal Air Force, a los mandos de “Fortalezas Volantes” de construcción estadounidense, han reducido Düsseldorf a escombros soltando bombas de factura norteamericana de 450 y 1.800 kilos», declaraba uno de los expertos. La moral de la ciudad se tambaleaba. «Un sinfín de familias buscan el permiso de las autoridades civiles y de la Gestapo para trasladarse al campo y huir de los bombardeos más pesados.»

Hannover también había salido mal parada, decía un diplomático. Se decía que las Fortalezas Volantes habían soltado cuatro bombas de mil ochocientos kilos sobre la estación de tren, que junto con el barrio circundante era en ese momento un «horno humeante».

HAROLD NICOLSON, en el Ministerio de Información, volvía a estar preocupado por un posible ofrecimiento de paz de Hitler. Si Rusia se hundía, Hitler podía proclamarse amo de Europa. «Es posible que emprenda luego una gran campaña por la paz —escribió Nicolson en su diario—, presentándose como cruzado contra el bolchevismo y ofreciéndonos las condiciones más halagüeñas.» Cuando Inglaterra se negara, Hitler podría decir a Estados Unidos que Inglaterra había perdido una oportunidad de paz honrosa.

«Lo mejor que puede hacerse —creía Nicolson— es adelantarnos advirtiendo a Estados Unidos de la ofensiva de paz.»

Esa noche, Nicolson recibió una caja negra del primer ministro, con una seca misiva dentro. La carta le pedía que dimitiese de su cargo en el Ministerio de Información, sin ninguna explicación. «Me siento dolido, triste y arrepentido», escribió Nicolson. Era el 18 de julio de 1941.

HARRY HOPKINS volvía a encontrarse en Inglaterra, de camino a charlar con Iósiv Stalin sobre lo que Estados Unidos pensaba darle a Rusia bajo el régimen de Arriendo y Préstamo. Era finales de julio de 1941. Hopkins dio a entender a Churchill que allá en casa cundía algo de descontento por el hecho de que los veinte grandes Boeing B-17 Fortaleza Volante que Estados Unidos había mandado a Gran Bretaña estuviesen infrautilizados, cuando se trataba del avión ideal para usarlo sobre Berlín.

Churchill captó el mensaje. «Creo que por sobrados motivos sería algo muy bueno que esos bombarderos fueran empleados contra Alemania en incursiones de bombardeo», escribió a Charles Portal.

La dificultad que tenía Portal era que ese modelo concreto de Fortaleza Volante Boeing —el B-17C— no valía. El diseño aerodinámico del avión era excelente —y los modelos mejorados contribuirían, por millares, a la devastación de las ciudades alemanas a partir de 1943— pero las Fortalezas B-17C tenían más de prototipos que de aviones para la producción.

Les faltaban torretas motorizadas y ametralladoras de cola, y cuando volaban de día, aunque fuese a nueve mil metros, los cazas alemanes podían alcanzarlas y acribillarlas. Los cañones se congelaban, los parabrisas se cubrían de escarcha, las hélices dejaban de girar y sus miras de bombardeo Sperry no lograban colocar las bombas cerca de su blanco desde grandes altitudes. Los pilotos las llamaban Dianas Volantes; Goebbels las apodaba Ataúdes Voladores.

Aun así, Churchill quería que se usaran, y encomiaran, esas Fortalezas en misiones de bombardeo.

LA MESA CONJUNTA EJÉRCITO-ARMADA de Estados Unidos aprobó un plan llamado JB 355. JB 355 proponía una ampliación de la Fuerza Aérea en China para que fuese capaz de ejecutar, entre otras cosas, el «bombardeo incendiario de Japón». El plan lo redactó el economista de Roosevelt y experto en China

Lauchlin Currie. Una empresa tapadera, China Defense Supplies, formada por T. V. Soong y dirigida por el ex asesor de Roosevelt Thomas Corcoran, debía comprar los aviones a fabricantes estadounidenses; Claire Chennault contrataría y adiestraría a pilotos norteamericanos voluntarios para que los manejaran. Los pilotos cobrarían a través de otra tapadera, Central Aircraft Manufacturing Corp. o CAMCO.

Roosevelt leyó el plan de la Mesa Conjunta y le dio el visto bueno. Lauchlin Currie cablegrafió a madame Chiang Kai-shek y Claire Chennault una carta que pedía a gritos que la interceptaran espías japoneses: «Me colma de satisfacción poder informarles de que hoy el presidente ha ordenado que se ponga a disposición de China este año sesenta y seis bombarderos, de los cuales veinticuatro deben entregarse de inmediato. También ha aprobado un programa de adiestramiento de pilotos chinos. Detalles por los canales habituales. Afectuosos saludos». Era el 23 de julio de 1941.

Los agentes japoneses de espionaje transmitieron a Tokio informes detallados de la venta de aviones y el programa de adiestramiento. Entonces los agentes de espionaje estadounidenses interceptaron y descifraron esos informes japoneses siguiendo la pista de sus provocaciones.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT estaba en la Casa Blanca hablando con el Comité de Coordinación de Voluntarios, un grupo que abogaba por la preparación para la guerra. Era el 24 de julio de 1941.

Quizá hicieran falta sacos terreros en ciertas partes del país, dijo. Y necesitamos difundir la información correcta. «Hay muchas cosas que la gente no acaba de entender», dijo. Por ejemplo: «¿Por qué me piden que reduzca mi consumo de gasolina cuando en los periódicos leo que miles de toneladas de gasolina parten de Los Ángeles (la Costa Oeste) rumbo a Japón?».

La respuesta era muy sencilla, dijo el presidente. «Si hubiésemos cortado el

petróleo, probablemente se habrían lanzado hacia las Indias Orientales Holandesas hace un año, y habría habido guerra —explicó—. Resultaba muy esencial desde nuestro punto de vista egoísta de defensa impedir que estallase una guerra en el Pacífico Sur. De modo que nuestra política exterior era... intentar impedir que estallase allí una guerra.»

«Nuestra política exterior *era*»; los periodistas se fijaron en que Roosevelt había usado el tiempo pasado.

EL MINISTERIO DEL AIRE BRITÁNICO inició una enérgica campaña de comunicados de prensa en beneficio de sus veinte poco menos que inútiles Fortalezas Volantes. Era julio de 1941. Las agencias de ambos lados del Atlántico cooperaron plenamente. La Associated Press dijo:

Grandes Fortalezas Volantes Boeing cuatrimotoras de fabricación estadounidense bombardearon el acorazado alemán *Gneisenau* amarrado en Brest, Francia, ayer, desde una altura tan «fantástica» que el aullido de sus bombas fue probablemente el primer indicio que tuvieron los alemanes de su ataque, informó hoy el servicio de noticias del Ministerio del Aire británico.

Un despacho de *The New York Times* decía: «Las incursiones se organizaron en torno a la participación de las Fortalezas Volantes de fabricación estadounidense que son capaces, gracias a un sobrealimentador especial y la mira de bombardeo más precisa del mundo, de efectuar su trabajo destructor con un alto grado de competencia y desde las cotas más altas que se hayan probado jamás en la guerra».

Un piloto británico leyó en voz alta una de las muchas crónicas de los periódicos para sus colegas: «Desde altitudes de once kilómetros —leyó— las tripulaciones de esos grandes Boeings descargan sus bombas pesadas con asombrosa precisión sin que los molesten las escuadrillas de Messerschmitts, muy por debajo de ellas».

Otro piloto, que había realizado una misión en uno de los «grandes Boeings»,

dijo: «Creo que voy a vomitar».

EL CORONEL ENRIQUE ZANETTI, profesor de química en la Universidad de Columbia, se presentó para el servicio activo en el Servicio de Guerra Química del Ejército de Estados Unidos. Era julio de 1941.

Zanetti era el experto estadounidense en guerra con fuego. Su interés en las armas incendiarias, que había empezado en la Primera Guerra Mundial, se había acelerado con la invasión italiana de Etiopía; un corresponsal del *Herald Tribune* de Nueva York le había enviado una bomba incendiaria italiana parcialmente quemada, que él inspeccionó y remitió al Servicio de Guerra Química. En 1936, Zanetti escribió que el fuego era el «enemigo olvidado»: más peligroso para una gran ciudad que el gas venenoso. «El gas se *disipa* mientras que el fuego se *propaga*», escribió. Cada minúscula bomba incendiaria contiene «las posibilidades devastadoras de la vaca de la señora O’Leary que arrasó Chicago». Los bajos fondos eran especialmente vulnerables, señalaba; su demolición debería ser un componente de cualquier programa de defensa nacional.

En ese momento, en verano de 1941, pusieron a Zanetti al mando de la nueva Rama de Armas Incendiarias del Servicio de Guerra Química. Fue a Londres para reunirse con diseñadores de bombas y regresó con planos, técnicas de fabricación y manuales para la bomba británica de magnesio-termita de dos kilos, que destacaba en especial por sus propiedades perforadoras de tejados.

PARTIÓ UNA ORDEN EJECUTIVA de Hyde Park, Nueva York. Era el 25 de julio de 1941.

«A la vista de la emergencia nacional ilimitada declarada por el presidente, este ha promulgado hoy una orden ejecutiva que congela los activos japoneses

del mismo modo en que se congelaron los activos de diversos países europeos el 14 de junio de 1941.»

Siguió un embargo petrolero conjunto angloestadounidense.

EL MINISTERIO DE INFORMACIÓN británico tomó una decisión política. Era el 25 de julio de 1941. Decidieron ser prudentes en su uso de material de atrocidades en la propaganda dirigida a la población británica. Cierta dosis de horror resultaba necesaria, pero las historias «deben siempre hablar del trato a personas de incontrovertible inocencia —opinaban los propagandistas—. No de los oponentes políticos violentos. Y no de los judíos.»

Ese día, Churchill mandó a Portal una de sus notas «Alto Secreto»: «Esta racha de tiempo seco concede importancia al bosque de Nieppe —decía—. Sería bueno realizar un experimento de quema de bosques cuyo resultado pudiera observarse de cerca.» Nieppe estaba en el Flandes francés.

MIHAIL SEBASTIAN hablaba con su amigo Camil Petrescu, simpatizante nazi. «La guerra con los rusos es dura, muy dura», dijo Petrescu, pero al final, creía él, Hitler salvaría al mundo de los bolcheviques. En cuanto a los judíos, dijo Petrescu, «no puede seguir del todo como hasta ahora». Los judíos obtendrían un Estado propio en algún punto de Rusia. A lo mejor sería Birobidzhan, pensaba Petrescu; se trataba de la zona pantanosa del este de Siberia que Stalin había reservado para la colonización judía en los años veinte. Era el 26 de julio de 1941.

HARRY HOPKINS pronunció un discurso en la BBC, emitido desde el micrófono

personal de Churchill en Chequers. Era el 27 de julio de 1941.

El discurso se lo escribió a Hopkins Quentin Reynolds, el periodista estadounidense, mientras el primero se echaba una siesta. «No he venido solo de América —dijo Hopkins—. He venido en un bombardero, y me acompañaban veinte bombarderos más fabricados en Estados Unidos.» Las oficinas de propaganda de la BBC retransmitieron el mensaje en varios idiomas, y la Royal Air Force soltó copias desde el cielo sobre territorio enemigo, para difundir la idea de que Estados Unidos ya estaba en la guerra.

WINSTON CHURCHILL escribió una carta a Iósiv Stalin. Era el 28 de julio de 1941. Harry Hopkins partía esa noche hacia Moscú, le contaba. Él, Stalin, podía depositar una confianza absoluta en Hopkins. «Hace poco, cuando le pedí un cuarto de millón de fusiles, estos llegaron de inmediato», decía.

Churchill aseguraba a Stalin que Inglaterra haría todo lo posible por ayudar a Rusia. «A Alemania le espera un terrible invierno de bombardeos —decía—. Nadie ha pasado aún por lo que van a atravesar ellos.»

ALAN BROOKE, comandante de la Guardia Nacional, escribió en su diario que Churchill le había dicho algo muy sabio en su reciente estancia en Chequers. Le había explicado que la mente humana era como la tubería de quince centímetros que pasa por debajo de una alcantarilla: solo podía dar paso a una cierta cantidad de agua. En momentos de inundación, el agua simplemente rebosa de la alcantarilla. «Durante los últimos dos años he tenido la frecuente sensación de que mi cabeza era incapaz de aprehender plenamente el volumen y la magnitud de los acontecimientos que vivía», escribió Brooke. Era el 29 de julio de 1941.

«JAPÓN ARDE POR LA AMENAZA DEL PETRÓLEO» era el titular de portada de *The New York Times*. Era el 30 de julio de 1941. En una reunión del gabinete con Roosevelt, Harold Ickes, secretario de Interior, sugirió un ataque aéreo. «Me gustaría ver a uno de nuestros últimos modelos ir a Siberia pasando por Japón — dijo—. Podría prender fuego a Tokio por el camino soltando un puñado de bombas incendiarias.»

VERA BRITAIN estaba en la cama al anochecer, escuchando a los bombarderos británicos que pasaban volando hacia el mar. Hizo falta una hora para que el sonido remitiera. «¿Cuántos niños de Alemania estarían muertos por la mañana?», se preguntó. Escribió una carta de paz: «Darse cuenta de que el pueblo de una va a sufrir daños es doloroso, pero saber que está a punto de infligirlos resulta detestable». Era el 31 de julio de 1941.

REINHARD HEYDRICH tenía una reunión con Hermann Göring en Berlín. Era el 31 de julio de 1941. Heydrich, que administraba los asuntos judíos en las SS, llevaba encima un proyecto de orden que quería que Göring firmase. La orden empleaba la palabra «solución» (*lösung*) tres veces y, en la última ocasión, llevaba pegada la palabra «final» (*end*):

Complementando la tarea que le fuera asignada en el decreto del 24 de enero de 1939, de acometer, mediante emigración o evacuación, una solución a la cuestión judía todo lo ventajosa posible dadas las condiciones del momento, por la presente le encomiendo que realice todos los necesarios preparativos organizativos, funcionales y materiales para una solución completa de la cuestión judía en la esfera alemana de influencia en Europa. En la medida en que por ello se toque la jurisdicción de otras agencias centrales, estas deben colaborar. Le encargo además que me presente en el futuro cercano un plan general de las medidas organizativas, funcionales y materiales que deberán tomarse para la puesta en práctica de la deseada solución final de la cuestión judía.

Años más tarde, un historiador, Richard Breitman, escribió: «La Solución Final fue y no fue un plan de reubicación». Uno de los dirigentes de las SS de Himmler, Hans-Adolf Prutzmann, contestó una vez a la pregunta de adónde se reubicaba a algunos «elementos criminales». Al otro barrio, respondió Prutzmann.

NOVENTA NIÑOS JUDÍOS fueron encerrados en una casa bajo guardia ucraniana. Era agosto de 1941. Habían fusilado a sus padres, y a ellos no les habían dado comida o agua. Algunos soldados alemanes avisaron a dos capellanes, quienes se pusieron en contacto con un oficial del Estado Mayor, Helmuth Groscurth. Groscurth, hijo de un pastor luterano, era el hombre que había intentado poner freno a las atrocidades de las SS en Polonia repartiendo informes del general Blaskowitz entre los miembros del alto mando. Lo habían desterrado al frente por hacerlo.

Groscurth acudió a la casa de inmediato. Flotaba un hedor espantoso. Los niños lamían las paredes. Uno estaba inconsciente. Hizo indagaciones: pronto matarían a los niños, le dijeron, por orden de las SS. Pidió un aplazamiento y consiguió pan y agua para los pequeños. Solicitó una reconsideración. Hubo una reunión y una decisión: la opinión de Groscurth fue desestimada. Milicianos ucranianos mataron a los niños, que temblaron mientras les disparaban.

LA ROYAL AIR FORCE retomó sus vuelos a Berlín. Una tripulación aérea informó al regresar de tres explosiones y un incendio que «se hinchaba como un volcán». Un piloto de uno de los nuevos bombarderos cuatrimotores británicos, los Stirling, describió una gran detonación y una lluvia de bombas incendiarias: «Creo que les hemos dado su merecido a los berlineses, sí señor». Era el 2 de agosto de 1941.

Ahora la Unión Soviética también bombardeaba Berlín: «El inmenso ataque aéreo británico parecía formar parte de una ofensiva conjunta con aviadores rusos», informaba *The New York Times*. También Estados Unidos estuvo nominalmente presente, por lo menos en los reportajes: se habló una vez más en la prensa de «el último orgullo de la RAF, las Fortalezas Volantes de fabricación estadounidense».

EL CARDENAL CLEMENS VON GALEN pronunció un sermón en la catedral de Münster, Alemania. Era el 3 de agosto de 1941. «Llevamos unos meses oyendo noticias de que, por orden de Berlín, se está retirando obligatoriamente a los pacientes de sanatorios mentales que llevan enfermos mucho tiempo y pueden parecer incurables —dijo el cardenal—. Después, al cabo de un tiempo, se informa con regularidad a los parientes de que el cadáver ha sido incinerado y puede hacerse entrega de las cenizas.»

El cardenal planteaba una pregunta: «¿Tenéis vosotros, tengo yo, derecho a vivir solo en tanto en cuanto seamos productivos, en tanto en cuanto seamos reconocidos por otros como productivos?».

El obispo de Limburgo escribió una carta al Ministerio de Justicia en Berlín. «Los niños se insultan entre ellos y dicen: “Estás loco; te mandarán al horno de Hadamar”», escribía el obispo. Suplicaba con humildad al ministro que impidiese mayores transgresiones del quinto mandamiento.

Hitler suspendió el programa T-4 al cabo de poco; parte de su personal se desplazó al este, a Lublin, para trabajar a las órdenes del dirigente de las SS Otto Globocnik.

ALEXANDER CADOGAN viajaba en el tren a Escocia con lord Cherwell, lord Beaverbrook, Harry Hopkins y el primer ministro de Inglaterra. Iban de camino

a Scapa Flow, donde embarcarían en un acorazado y navegarían rumbo al oeste para deliberar con el presidente de Estados Unidos. Era el 3 de agosto de 1941.

En el tren, tomaron sopa de tomate, carne de ternera —«en cantidades ilimitadas y de lo más excelente», dijo Cadogan— y una tarta de frambuesa y pasas. Churchill anunció al grupo que había bebido, de media, media botella de champán al día durante los últimos cuarenta y ocho años. «Había hecho que el “Profe” lo calculara en cifras —escribió Cadogan— y en toneladas, lo que resultaba impresionante.»

EN BUCAREST, la policía iba de casa en casa, anunciando que los judíos con edades comprendidas entre los veinte y los cincuenta años debían personarse al cabo de poco en el cuartel general. Era el 4 de agosto de 1941.

¿Se trataba de campos de trabajo, se preguntaba Mihail Sebastian, o de otra masacre, como en Iasi? «Cuando salí a las diez, la ciudad tenía un aire extraño: una extraña clase de animación nerviosa —escribió en su diario—. Miradas que se interrogan sin palabras entre ellas, con la muda desesperación que ha devenido una suerte de saludo judío.»

Al día siguiente, Sebastian recordó algo que le había dicho hacía poco un amigo gentil: «Siempre que veo un judío, siento el impulso de acercarme a él y decir: “Le ruego que me crea, señor, yo no tengo nada que ver con todo esto”».

«Todo el mundo lo desaprueba y se indigna —escribió Sebastian—, pero al mismo tiempo todo el mundo es un engranaje en la enorme fábrica antisemita que es el Estado rumano, con todas sus oficinas, autoridades, prensa, instituciones, leyes y procedimientos.»

FRANKLIN ROOSEVELT y Henry Morgenthau estaban hablando de estrategia de bombardeo. «La manera de machacar a Hitler es la que le he estado contando a

los ingleses, pero no me hacen caso», dijo Roosevelt. La manera adecuada, creía él, era bombardear ciudades más pequeñas, que hasta el momento habían estado a salvo de ataques; una especie de programa WPA de ayuda a las zonas rurales al revés. «Tiene que haber una fábrica de algún tipo en todas las ciudades —dijo—. Es la única manera de hundir la moral alemana.»

LOS JAPONESES creían que los estaban cercando. Era el 7 de agosto de 1941. «Primero fue la creación de una superbase en Singapur, fuertemente reforzada con tropas británicas e imperiales —decía el *Japan Times Advertiser*—. A partir de ese eje se construyó una gran rueda que se unió con bases norteamericanas para formar un gran anillo que se extiende en una gran superficie hacia el sur y el oeste desde Filipinas hasta Malaisia y Birmania, con el enlace roto tan solo en la península de Tailandia. Ahora se propone incluir los estrechos en el cerco, que avanza hacia Rangún.»

No había justificación, decía el periódico, para el «muro de bases del Pacífico» de Roosevelt o el cerco conjunto británico-estadounidense.

Cordell Hull, el secretario de Estado, afirmó no saber nada de cercos. Si Japón decía que estaba cercado, en fin, se habría cercado solo.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT quería aún más superávit de alimentos en Estados Unidos. Quería más productos lácteos y de volatería, más tomates y más cerdo. Escribió una carta al secretario de Agricultura. «La comida es un arma contra el hitlerismo, tanto como las municiones —decía el presidente—. No solo necesitamos una abundante producción para nosotros y otras naciones que estén resistiéndose a la agresión, sino que necesitamos reservas en previsión de emergencias que a día de hoy solo pueden preverse vagamente.» Era agosto de 1941.

CHURCHILL Y ROOSEVELT se reunieron en secreto en el océano Atlántico. Era el 9 de agosto de 1941. Churchill, que había zarpado de Scapa Flow a bordo del *Prince of Wales* —uno de los buques de guerra más nuevos de Gran Bretaña— se leyó *Capitán Horacio Hornblower*, que le pareció «inmensamente entretenido». Franklin Roosevelt lo esperaba ante la costa de Terranova, a bordo del USS *Augusta*. En el alcázar del *Prince of Wales*, dos capellanes oficiaron un servicio religioso desde un púlpito envuelto con la bandera británica y la estadounidense. Churchill lo encontró profundamente conmovedor. Él y Roosevelt comieron juntos tarta de manzana, y la tripulación del presidente repartió cajas de regalos entre los marineros británicos, cada una de las cuales contenía doscientos cigarrillos, unas manzanas, una naranja y un cuarto de kilo de queso. Roosevelt describió su plan de plantar árboles de Navidad en Hyde Park y venderlos. Hablaron durante varios días, intercambiando cumplidos, mientras sus colaboradores —Cadogan, Beaverbrook, Cherwell, Hap Arnold y el secretario de Estado en funciones Sumner Welles— estrechaban lazos. Y después, cuando todo acabó, les pasaron un documento incongruente a los periodistas.

Se llamaba Carta del Atlántico. Contenía ocho principios e incluía la expresión «pueblos amantes de la paz». Cadogan redactó el borrador, Churchill lo corrigió y la gente de Roosevelt añadió un par de cosas. No deja de ser extraño, sin embargo, que los ocho principios de la Carta del Atlántico pareciesen casi calcados de los seis principios del panfleto de la «paz dinámica» de Rufus Jones.

Rufus Jones había reclamado que todas las naciones tuviesen «acceso equitativo a las materias primas esenciales»; la Carta del Atlántico reclamaba un acceso «en pie de igualdad al comercio y las materias primas del mundo». Jones dijo que «cada nación será libre para desarrollar la forma de gobierno que desee

su pueblo»; la Carta del Atlántico hablaba «del derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno bajo la que vivirán». (Gandhi y Nehru leyeron con atención esa cláusula en particular.) Jones dijo que ninguna nación debería usar «la fuerza militar para sus propios fines»; la Carta del Atlántico afirmaba que «todas las naciones del mundo, por motivos realistas además de espirituales, deben llegar al abandono del uso de la fuerza».

Palabras pacíficas al margen, lo que Churchill quería de la cita oceánica era un lenguaje duro de Estados Unidos hacia Japón —quizá incluso una declaración paralela británica y norteamericana en el sentido de que posteriores movimientos hacia el sur de Japón conducirían a la guerra— y la garantía de que no habría interrupciones en las remesas de armas a Inglaterra. La cuestión del armamento era uno de los motivos por los que Churchill había pedido a Max Beaverbrook, el ex ministro de Producción de Aeronaves, que lo acompañase: quería asegurarse de que Stalin no desviaba el flujo de Préstamo y Arriendo de Gran Bretaña solo porque Rusia se hallase bajo un ataque brutal. Los bombarderos pesados volvían a encabezar la lista: «Los británicos quieren 6.000 más de lo que producimos», escribió Arnold.

Churchill se salió con la suya. Informó por telegrama a Londres de que Rusia era «un bienvenido invitado a una mesa hambrienta» y de que Roosevelt pensaba pedir cinco mil millones de dólares más en fondos de Préstamo y Arriendo para pagar material bélico suficiente para todos. «Nos envían de inmediato 150.000 fusiles más, y espero asignaciones mejoradas de bombarderos pesados y tanques —escribió Churchill—. Confío en que mis colegas opinarán que mi misión ha sido fructífera.»

Robert Sherwood, uno de los redactores de discursos de Roosevelt, escribió: «Poca duda cabía de que el cigarrillo con boquilla y el largo puro se encendían al fin con la misma cerilla».

EL MINISTERIO DEL AIRE BRITÁNICO dijo que los pilotos de la Royal Air Force sobrevolaron Berlín durante dos horas, provocando «inmensos incendios». Era el 12 de agosto de 1941. *The New York Times* publicó en portada un mapa donde mostraba dos rayos golpeando la ciudad, uno desde Inglaterra y el otro desde Rusia. «Los aviones británicos y rusos se han estado turnando para bombardear la capital del Reich por la noche», rezaba el pie de foto del mapa.

En otra operación, trescientos bombarderos británicos volaron a las ciudades alemanas de Hannover, Brunswick y Magdeburgo. «La primera oleada que llegó a Hannover provocó grandes fuegos que guiaron a las posteriores escuadrillas hasta la ciudad —dijo el *Times*—. Las tripulaciones de los aviones vieron vívidas explosiones entre diversos edificios.»

Esos bombardeos se produjeron a renglón seguido de la adopción del lenguaje pacifista de la Carta del Atlántico.

UN PETROLERO cargado de combustible de aviación zarpó de Los Ángeles. Era el 14 de agosto de 1941.

El buque pasaría de largo ante Japón rumbo a Vladivostok, Rusia. Lo anunció Harold Ickes, miembro del gabinete de Roosevelt y coordinador del petróleo, el hombre que había hablado de mandar un avión a Siberia para soltar una bomba sobre Tokio. Además, estaba programada la partida de otros petroleros, algunos estadounidenses, otros rusos. Vladivostok, situado justo al otro lado del mar de Japón, estaba recibiendo combustible de aviación, mientras que el propio Japón no se llevaba nada. El gobierno nipón presentó una protesta formal al gobierno estadounidense.

LA ROYAL AIR FORCE convirtió los ocho puntos de la Carta del Atlántico en una octavilla y la soltó sobre Alemania e Italia. Se encargó a los agentes secretos de

las ciudades del continente que hicieran correr la voz sobre su existencia. Locutores de la BBC leyeron el texto de la carta en cuarenta idiomas. Era la mayor campaña de propaganda de la guerra, declaró el gobierno británico.

HEINRICH HIMMLER pidió presenciar un fusilamiento cerca de Minsk, la ciudad rusa recién capturada, hogar de cincuenta mil judíos. El comandante local había escogido para su ejecución a cien judíos, sobre todo varones, encarcelados tras una redada en el gueto. Himmler reparó en un chico rubio de aspecto germánico entre el grupo. Le preguntó si sus padres eran judíos. El chico dijo que sí. Le preguntó si tenía algún antepasado que no fuese judío. El chico dijo que no. Himmler dijo: Entonces no puedo ayudarte.

Ordenaron a algunos de los judíos que saltaran a una zanja. Les dispararon y los cubrieron con tierra. Después otro grupo saltó encima del primero y fue fusilado. «Himmler nunca había visto personas muertas —recordó más tarde uno de sus asesores—, y llevado por la curiosidad se asomó al borde mismo de esa fosa abierta, una especie de agujero triangular, para mirar.»

Entonces algo procedente de la cabeza de alguien salpicó la chaqueta de Himmler, que se puso pálido y se apartó. El comandante señaló hacia los ejecutores. «Mire los ojos de los hombres de este comando —le dijo a Himmler—. ¿Qué clase de seguidores estamos adiestrando aquí? ¡O neuróticos o salvajes!» Himmler les dijo que cumplieran su deber, por duro que se les antojase. Era el 15 de agosto de 1941.

JOSEPH GOEBBELS remitió a la prensa alemana sus pensamientos sobre la Carta del Atlántico. «Rara vez ha visto la historia un documento tan estúpido y poco imaginativo como el que los dos peces gordos de la plutocracia mundial pergeñaron en el Potomac», dijo, errando la ubicación:

Estos especuladores de la guerra y la inflación, estos gordos capitalistas y sirvientes devotos de los judíos, estos perjuros de sus propias promesas electorales, merecen solo que el pueblo alemán les escupa con desprecio y luego regrese al trabajo; así queremos trabajar y luchar hasta que la humanidad se vea libre de esta plaga de Dios.

Goebbels fue especialmente severo con la cuestión del desarme. «Quien quiera desarmarnos tendrá que pasar por la pequeña molestia de quitarnos las armas», dijo. Era el 16 de agosto de 1941.

EN LA SECCIÓN DE SOCIEDAD de *The New York Times* aparecía una foto de dos aviones enzarzados en combate. El pie de foto rezaba:

EL CÓCTEL B & B. El último brebaje de la RAF es una potente mezcla llamada «cóctel B & B». Combina las bombas de la estadounidense Fortaleza Volante con las balas del británico Beaufighter.

En la página de al lado había una fotografía de Churchill de perfil, encendiéndose un puro delante de un bombardero cuatrimotor mientras una tripulación aérea con el uniforme de gala esperaba rígida en posición de firmes detrás de él. «Inventor del B & B», decía el pie de foto. Era el 17 de agosto de 1941.

Al día siguiente, el equipo de la Carta del Atlántico viajaba en el tren de vuelta a Londres. Churchill bebió un Benedictine y acto seguido pidió un brandy. El camarero observó que el primer ministro acababa de tomarse un Benedictine. Churchill dijo: «Lo sé: quiero un poco de brandy para bajarlo».

De vuelta a la gran mesa del 10 de Downing Street, Churchill informó a su gabinete de que Roosevelt definitivamente estaba por la labor. «El presidente había dicho que libraría la guerra pero no la declararía», recogen las actas del Gabinete de Guerra. Se esperaba que Roosevelt se volviera «cada vez más provocador».

Churchill dijo a sus ministros: «No hay que escatimar esfuerzos para forzar un incidente».

EL SECRETARIO PERSONAL de lord Cherwell estudió 650 fotografías de reconocimiento de lugares que la Royal Air Force había bombardeado ese verano. Las conclusiones del secretario fueron que, de media, uno de cada cinco aviones que despegaron de Inglaterra para bombardear Alemania o la costa de Francia lanzaron sus bombas con acierto dentro de un margen de ciento noventa y cinco kilómetros cuadrados respecto de su blanco asignado. Cuando había luna nueva o mucha artillería antiaérea, el índice de fallos era más elevado si cabe.

El secretario se llamaba David Benussan-Butt, y su informe, con fecha del 18 de agosto de 1941, se hizo famoso como Informe Butt. Causó dudas existenciales en el Ministerio del Aire. Churchill empezó a cuestionar que el bombardeo por sí solo pudiera ganar la guerra. Mas el bombardeo continuó. El lema de Churchill era «Seguid fastidiando».

UN CARCELERO dijo que todo iba muy bien en la penitenciaría federal de Atlanta. Los prisioneros trabajaban en ese momento para la guerra. «Hemos puesto a 1.000 de ellos a trabajar en dos turnos, fabricando cosas como cajas para cargas de TNT, ropa para aviadores, revestimientos de obuses, tiendas de campaña, sacos de dormir y colchones», dijo el carcelero. Los problemas disciplinarios habían desaparecido. Era el 18 de agosto de 1941.

Un guardián de una cárcel de Ohio dijo: «Este auge de la defensa nacional ha sido una auténtica bendición».

MURIEL LESTER, autora de «Speed the Food Ships», se convirtió en uno de los *détenus* políticos de Inglaterra. Era el 19 de agosto de 1941.

Lester estaba en un barco en Trinidad, de camino a Extremo Oriente, donde pensaba visitar a Gandhi. Un funcionario británico le dijo: «Me temo que tendré que pedirle que desembarque».

«¿Me está arrestando?», preguntó Lester.

«¡De ningún modo!», respondió el oficial.

«Entonces, pongamos que no bajo —dijo Lester—. ¿Qué pasará?»

«Me temo que tendríamos que encontrar medios para inducirle a hacerlo.»

Retiraron el pasaporte de Lester y la retuvieron durante mes y medio en un campo de prisioneros con alambrada, sin cargos. Más tarde la trasladaron a la cárcel de Holloway en Londres y luego, después de que unos amigos realizaran varias llamadas al Ministerio del Interior, la pusieron en libertad.

GOEBBELS Y HITLER sostuvieron otra charla sobre los muchos judíos que aún quedaban en Berlín y Hitler le hizo una promesa. Era el 20 de agosto de 1941.

«Inmediatamente después de la campaña en el este, puedo deportar allí a los judíos de Berlín —recogió Goebbels en su diario—. Resulta repugnante y escandaloso pensar que setenta mil judíos, en su mayoría parásitos, puedan haraganear todavía en la capital del Reich alemán.» La situación, dijo, debe abordarse sin sentimentalismo.

UN BATALLÓN POLICIAL alemán llegó al *shtetl* de Sudilkov, en Ucrania. Los policías condujeron a varios cientos de personas hasta un cráter de bomba situado a las afueras del pueblo y las fusilaron. Las víctimas cayeron al cráter. Una mujer, ilesa, salió trepando y se sentó en el borde, llorando. Un soldado le pegó un tiro y volvió a caer dentro. Era el 21 de agosto de 1941.

EN PARÍS, apuñalaron a un coronel alemán en el metro. Era el 22 de agosto de 1941.

Seis mil judíos fueron arrestados. Un decreto anunció: «En caso de un nuevo acto criminal, se fusilará a una cantidad de rehenes dependiente de la gravedad del acto cometido». Llevaba la firma de «Von Schaumburg, general al mando de las Fuerzas Alemanas de Ocupación».

CHURCHILL PRONUNCIÓ un discurso sobre la reunión que había tenido con el presidente Roosevelt, a quien llamó gran amigo. Era el 25 de agosto de 1941.

También habló de Hitler durante un rato, y luego pasó a Japón. El presidente Roosevelt estaba trabajando con infinita paciencia para llegar a un arreglo justo entre Japón y Estados Unidos, afirmó Churchill. «Esperamos fervientemente que esas negociaciones tengan éxito —dijo—. Pero una cosa debo decir: que si esas esperanzas no llegan a buen puerto nos pondremos, sin vacilaciones, del lado de Estados Unidos.»

El periódico japonés *Nichi Nichi* señaló: «Lo que dijo Churchill sobre un arreglo pacífico no es sino una gran mentira».

EL GENERAL LEE, el agregado estadounidense del Aire en Londres, analizó veintitrés incursiones alemanas en Inglaterra y mandó un informe a Estados Unidos. Era el 26 de agosto de 1941.

«Deduzco que hacen falta unos cuarenta bombarderos para destruir un punto clave —escribió Lee en su diario—, y un bombardero de media matará a tres cuartas partes de ciudadano y herirá a uno y cuarto.»

Esas cifras eran esperanzadoras para Gran Bretaña, opinaba Lee, pero

preocupantes si uno aspiraba a paralizar Alemania solo mediante ataques aéreos. «Mi teoría particular es que no puede derrotarse a un totalitario en guerra usando una sola arma —escribió—. Esto va a levantar ampollas en casa, creo, porque Arnold y la Fuerza Aérea creen a pies juntillas en la idea de despedazar Alemania a base de bombardeos.»

LA RAMA DE ARMAS INCENDIARIAS de Enrique Zanetti, del Servicio de Guerra Química, Ejército de Estados Unidos, recibió su primer encargo. Debía encontrar un modo de fabricar veinticinco millones de bombas incendiarias de dos kilos: cincuenta millones de kilos de fuego. Era el 28 de agosto de 1941.

Zanetti sabía que iba a necesitar muchísimo magnesio en polvo. Por suerte para él, cerca de Las Vegas se estaba montando una nueva planta de magnesio de sesenta y tres millones de dólares con financiación federal y energía de la presa Boulder. Las Vegas estaba destinada a crecer en el desierto, alimentada en parte por el dinero de los hombres y mujeres que elaboraban las materias primas para bombas incendiarias.

LA MITAD DE LA CAPACIDAD INDUSTRIAL de Gran Bretaña se estaba utilizando para fabricar bombas y bombarderos. «El Sr. Churchill era, por supuesto, el responsable de decidir la distribución de la mano de obra y la producción industrial entre las tres armas —escribió más tarde el director de operaciones militares—. Los miembros del Estado Mayor general estábamos del todo seguros de que las decisiones que transmitía en ese momento eran peligrosamente erróneas.»

LORD CHERWELL informó a Churchill de que el arma de uranio era prometedora. Entonces Churchill escribió un memorándum para los jefes del Estado Mayor. Era el 30 de agosto de 1941.

«Aunque personalmente estoy más que satisfecho con los explosivos existentes —decía—, considero que no debemos obstaculizar la mejora.» Los jefes del Estado Mayor recomendaron acción inmediata, máxima prioridad.

SIR RICHARD PEIRSE, jefe del Mando de Bombardeo, recibió una carta que le ordenaba atacar pequeñas localidades ferroviarias de Alemania. El programa de pequeñas poblaciones tenía dos metas. Primero, bombardear una serie de puntos de la misma vía de tren en la misma noche podía desorganizar el tráfico ferroviario. Y segundo: «Desde el punto de vista de la moral, al extender nuestros ataques a las poblaciones más pequeñas se cree que la mayor difusión de la experiencia del efecto directo de nuestra ofensiva puede tener un considerable valor». El escenario de la guerra —el dolor, el miedo, la ruina presenciada— debía alcanzar ahora a la periferia. El consejo del presidente Roosevelt no había caído en saco roto.

Era el 30 de agosto de 1941.

UN GRUPO DE AUTORIDADES BRITÁNICAS de la aviación voló a Nueva York en el *Atlantic Clipper*. Uno de ellos, William Courtenay, corresponsal de aeronáutica para Allied Newspapers en Inglaterra, respondió a las preguntas de los periodistas en el aeropuerto La Guardia. La Royal Air Force, dijo Courtenay, ya se había comprometido a «aplanar» ciudades alemanas como Aquisgrán y Colonia. En el invierno siguiente, cuando oscureciese antes y los aviones pudieran despegar a las cuatro de la tarde, seguirían castigando Berlín.

Al día siguiente, un antiguo granjero de ovejas australiano pilotó una de las

Fortalezas Volantes de la RAF por encima de Bremen a mucha altitud, a plena luz del día, y soltó bombas de cuatrocientos cincuenta kilos. Bremen era el lugar donde Focke Wulfe fabricaba cazas, aunque había pocas probabilidades de que las bombas de un avión alcanzasen la fábrica desde ocho o nueve kilómetros de altura. «No hubo fuego de cañones antiaéreos y no vimos ningún caza —dijo el pastor de ovejas—. Nuestras bombas cayeron en mitad del puerto.»

Era el 31 de agosto de 1941. Los alemanes ordenaron una contundente represalia contra una localidad portuaria de Inglaterra.

UN TESTIGO OCULAR partió de Bremen hacia Estocolmo. «Los alemanes no pueden soportarlo, sobre todo los bombardeos realmente pesados —le contó al corresponsal de *The New York Times* en Estocolmo, Bernard Valery—. Oí que un trabajador que estaba con su llorosa mujer en un refugio antiaéreo llamaba a Göring “maldito gordo mentiroso”.»

Trenes cargados de heridos regresaban ya de Rusia, escribió Valery. Las carteras de Viena se habían declarado en huelga por las muchas notificaciones de defunción que debían repartir; «les ponían demasiado nerviosas las dolorosas escenas que la entrega de esas cartas provocaban entre los destinatarios». Si los rusos aguantaban un tiempo y los británicos seguían bombardeando, pensaba Valery, llegaría un hundimiento de Alemania «dramático y repentino». Era septiembre de 1941.

LA PRENSA JAPONESA estaba enfadada por los buques cargados de petróleo y combustible de aviación que navegaban rumbo a Rusia. Un periódico, *Yomiuru*, dijo que Estados Unidos estaba «restregando a Japón ese petróleo por la cara al mandarlo a Vladivostok por delante de nuestras costas».

El coronel Hayto Mabuchi, jefe de la sección de prensa del Ejército japonés,

pronunció un discurso por la radio. Gran Bretaña y Estados Unidos estaban practicando una guerra económica contra Japón, que se las veía con una «muerte lenta», dijo el coronel Mabuchi. «Si Japón no puede llegar a un acuerdo pacífico por medio de negociaciones diplomáticas, Japón deberá romper por la fuerza los frentes del cerco.» Era el 2 de septiembre de 1941.

COLONIA, EN ALEMANIA, había sufrido más de cien bombardeos. El alcalde de la ciudad fue designado «Führer de Medidas Inmediatas». Empezó a usar prisioneros de guerra franceses para despejar los desperfectos causados por las bombas. Los presos vivían en un campo de concentración del recinto ferial de Colonia, al otro lado del río frente a la catedral. Era el 2 de septiembre de 1941.

UN OFICIAL DE INTELIGENCIA publicó un libro llamado *The War in the Air*. El oficial, David Garnett, también era novelista y editor; formaba parte del grupo de Bloomsbury. En ese momento, sin embargo, hacía trabajo de guerra.

Garnett decía que no era un defensor del bombardeo de terror: no porque estuviese mal, sino porque Inglaterra aún no tenía suficientes aviones para efectuarlo debidamente. «Para que el bombardeo sea eficaz contra civiles debe inspirar un terror y una desesperación ciegos», escribió Garnett.

Puedo concebir que en 1943, cuando Gran Bretaña haya alcanzado una superioridad aérea tremenda, el bombardeo implacable de la población de Alemania, cansada de la guerra, a una escala mucho más gigantesca de lo que ha experimentado ninguna ciudad británica, bien puede ser el modo más eficaz de desencadenar una revolución alemana. Al masacrar indiscriminadamente a la población alemana quizá sea posible azuzarla hacia un levantamiento desesperado en el que todo miembro del Partido Nazi acabe con la garganta cortada.

Garnett decía haber tenido el placer de examinar una Fortaleza Volante

Boeing: «Necesitamos dos mil o tres mil aviones como ese», dijo. Era septiembre de 1941.

PAUL JONES, el que fuera obispo episcopaliano de Utah, falleció. Era el 4 de septiembre de 1941.

El obispo Jones había perdido el cargo en 1917, durante la Primera Guerra Mundial, porque había predicado contra ella. Jones había dicho una vez: «Un pacifista entre guerras es como un prohibicionista entre copas».

UN BUQUE ESTADOUNIDENSE, el *L. P. St. Clair*, llegó sano y salvo a Vladivostok con noventa y cinco mil barriles de combustible de aviación. Las protestas japonesas a Estados Unidos se habían quedado sin respuesta. La Marina nipona, sin embargo, hizo caso omiso de la provocación. Era el 5 de septiembre de 1941.

En Tokio, se ordenó a los ciudadanos estar preparados para sufrir ataques aéreos en cualquier momento.

UNA PAREJA, Hans Hirschfeld e Inge Korach, iba a casarse en Berlín. Era el otoño de 1941. Recogieron a sus madres temprano para llegar a tiempo al Registro Civil: la pequeña sala reservada para las bodas judías solo abría de ocho a nueve de la mañana. El funcionario pasó unas cuantas flores de la sala aria a la judía para dar un aire más festivo a la ceremonia.

Más tarde, en el templo, los Hirschfeld celebraron una boda religiosa, presidida por el rabino Leo Baeck. El servicio quedó afeado, sin embargo, por un martilleo. En otra parte del templo, unos obreros destruían bancos. El edificio pronto se convertiría en punto de reunión y deportación.

EN BUCAREST, el patio de la Gran Sinagoga estaba lleno de camas, almohadas, colchones, sábanas y mantas. Era el 5 de septiembre de 1941.

Las autoridades municipales dijeron a los judíos que, si no llevaban la ropa de cama ellos mismos, el Ejército la confiscaría. «No paraba de llegar gente abatida con trastos a la espalda; resignados, apesadumbrados, no rebeldes, casi ni sorprendidos —escribió Mihail Sebastian—. Ya nada sorprende a nadie.»

REINHARD HEYDRICH dictó una orden. Todos los judíos de Alemania de más de seis años debían llevar una estrella:

La estrella consiste en una estrella de seis puntas, trazada en negro sobre una tela amarilla del tamaño de la palma de una mano, con la palabra «judío» escrita encima. Debe llevarse visible y firmemente cosida al lado izquierdo del pecho de la prenda.

Era el 6 de septiembre de 1941.

Rita Kuhn, una adolescente berlinesa, bautizada pero medio judía, fue a dar un paseo sola llevando la estrella. «La gente parecía angustiada y avergonzada, y apartaba la vista», dijo.

Su madre, que era aria, cosió un forro al dorso de la estrella. El forro la hacía más fácil de lavar, enganchar y desprender.

EN PARÍS, el gobierno de ocupación arrestó a cien judíos prominentes: abogados, un ex diputado, un ex subsecretario de Estado y un propietario de caballos de carreras. Era el 8 de septiembre de 1941.

«El de hoy ha sido el primer caso de selección sistemática de gente adinerada

—dijo *The New York Times*—. Los responsabilizan del mantenimiento del orden, lo que parece significar que los retienen como rehenes.»

EN HANNOVER, ALEMANIA, el alcalde empezó a hacer redadas de judíos. Era el 8 de septiembre de 1941.

Alrededor de cien personas, «de todas las edades y ambos sexos», fueron llevadas al pabellón mortuorio del cementerio judío, según la Associated Press. Y de allí partieron... ¿adónde? Hacia el este.

El alcalde de Hannover justificó con dos argumentos esta acción. Uno era el libro autopublicado por Theodore Kaufman, el taquillero que había abogado por la esterilización forzosa de veinte millones de varones alemanes. El otro fue el bombardeo, en una guerra «impuesta a Alemania por la judería de otros países».

«La fuerza aérea enemiga ataca ciudades abiertas y descarga bombas explosivas e incendiarias de manera indiscriminada», dijo el alcalde.

Para aliviar la dramática situación causada por la guerra, me veo obligado a estrechar de inmediato el espacio disponible para los judíos en esta ciudad. En consecuencia exijo que abandonéis de inmediato vuestro domicilio actual. Debéis dejar las llaves de vuestra casa en vuestra comisaría de policía.

Los beneficios procedentes de la venta de la propiedad judía se cederían, según las órdenes de desahucio, «en un momento dado».

«La ofensiva bombardera —escribió el historiador Shlomo Aaronson años más tarde— alimentó la cólera de Hitler, en relación directa con su concepto de la “guerra judía” contra él, y ayudó a unir la nación bajo sus órdenes y a justificar mayores atrocidades nazis contra los judíos restantes.»

ERA EL 9 DE SEPTIEMBRE DE 1941, primer aniversario del bombardeo de Londres. La Royal Air Force conmemoró la fecha con una serie de incursiones récord contra

Berlín. «La capital está achicharrada», fue el titular de *The New York Times*. «Brillaba la luna cuando los bombarderos se aproximaron —decía el periodista—. Volaban tan bajo que los aviadores distinguían, a la luz de los fuegos que prendían, camiones de bomberos corriendo de un lado a otro por las calles.»

«Los berlineses salieron a rastras de los refugios, blancos, consternados, abatidos y aterrorizados esta mañana, para encontrarse su ciudad todavía en llamas y destrucción por todas partes —informó el *Herald Tribune*—. Muchos centenares se quedaron sin hogar, y las escuelas y hospitales se llenaron de refugiados.»

Los periódicos alemanes publicaron artículos sobre las heroicas dotaciones de los cañones antiaéreos de toda la ciudad, y clamaron contra Inglaterra. «En la lista de ataques criminales que la Royal Air Force ha dirigido contra la población civil de la capital del Reich —escribió un diario berlinés—, el que perpetró anoche destacará para toda la posteridad por su especial vileza y desconsideración.» Aun así, decía el artículo, el objetivo de la RAF, «aterrorizar a la población de Berlín», no se había logrado. «El objetivo seguirá siendo un deseo, pues se viene abajo contra la disciplinada conducta del pueblo de Berlín.»

SALIÓ UNA ORDEN DE BUCAREST: los judíos de allí también debían llevar la estrella amarilla. Entonces el presidente de la Federación de la Unión de Comunidades Judías se reunió con el primer ministro Antonescu. La orden se revocó.

Mihail Sebastian se había hecho a la idea de llevar la estrella. «La veía como una especie de medalla —dijo—, una insignia que certificaba mi falta de simpatía para con las maldades que nos rodeaban, mi falta de responsabilidad por ellas, mi inocencia.» Era el 9 de septiembre de 1941.

DURANTE UN BOMBARDEO DE BERLÍN, Rita Kuhn acudió con su familia al sótano

de su bloque de pisos de cuatro plantas. Una mujer de la Gestapo, Frau Burger —una nueva vecina—, ya estaba allí. Frau Burger vio las estrellas y ordenó que los judíos se marchasen mientras caían las bombas. «Cedí al pánico —dijo Kuhn—. Rompí a llorar.»

Otra mujer —una aria, esposa de un médico— le pasó un brazo por los hombros, la condujo a una sala más pequeña y la consoló. «En la habitación pequeña se estaba bien —dijo Kuhn—. Allí me sentí a salvo.» Era el otoño de 1941.

Al cabo de poco, sin embargo, los Kuhn y Frau Burger se hicieron amigos. Tomaban el té juntos. Frau Burger no había conocido en persona a ningún judío; para ella eran, dijo Kuhn, una abstracción.

EL GENERAL PORTER, director del Servicio de Guerra Química, pronunció el discurso anual en la reunión de otoño de la Sociedad Americana de Química. «Para superar al enemigo, debemos pasar a la ofensiva», dijo Porter. Todos los beligerantes estaban ya bien equipados con agentes químicos, y los nazis podían recurrir a un uso abrumador de gas en cualquier momento. Se habían producido mejoras desde la Primera Guerra Mundial: flotas de aviones podían «rociar grandes zonas con líquidos vesicantes no solo sobre personal militar, sino también sobre la población civil». (Los vesicantes, como el gas mostaza, causan lesiones o la muerte por medio de ampollas externas e internas.)

Se había movilizado a mil oficiales en la reserva, dijo Porter, y —gracias al Comité de Investigación de la Defensa Nacional de James Conant— la flor y nata del talento químico del país estaba manos a la obra.

La palabra «defensa» generaba equívocos, dijo Porter. «Las guerras no se ganan con máscaras antigás.» Era el 10 de septiembre de 1941.

MURIÓ LA MADRE de Franklin Roosevelt. El presidente dio la vuelta a Hyde Park en su coche con su jefe de seguridad, sin decir nada. Ocho hombres de la finca de Hyde Park transportaron el ataúd de la señora Roosevelt hasta la iglesia local. No se permitió la presencia de la prensa.

Al día siguiente, Roosevelt pronunció el que llegaría a conocerse como discurso de «ver y disparar». Un destructor estadounidense, el *Greer*, había seguido a un submarino alemán mientras un avión británico lanzaba cargas de profundidad. El submarino disparó torpedos contra el *Greer*; el destructor contraatacó con cargas de profundidad. Nadie fue alcanzado. «Roosevelt —dijo un comunicado alemán— se está afanando con todos los medios a su disposición por provocar incidentes, con el objeto de arrastrar al pueblo norteamericano a la guerra mediante señuelos.»

En su discurso, Roosevelt dijo que Hitler intentaba adueñarse del mundo. «Para lograr en última instancia la dominación mundial, Hitler sabe que debe hacerse con el control de los mares —dijo—. Primero debe destruir el puente de buques que estamos construyendo a través del Atlántico, por el que seguiremos enviando pertrechos de guerra para ayudar a destruirlos a él y a todas sus obras en último término.»

Los submarinos alemanes eran las serpientes de cascabel del Atlántico, dijo Roosevelt. «Cuando ves una serpiente de cascabel presta para atacar, no esperas a que haya golpeado antes de aplastarla.» Era el 11 de septiembre de 1941.

CHARLES LINDBERGH dio un discurso en Des Moines, en un mitin de América Primero. Era el 11 de septiembre de 1941.

Lindbergh dijo que los agitadores habían trabajado en equipo para meter a Estados Unidos en la guerra de Europa. «Planificaron: primero, preparar a Estados Unidos para la guerra extranjera disfrazándolo de defensa americana; segundo, involucrarnos en la guerra, paso a paso, sin que nos diéramos cuenta;

tercero, crear una serie de incidentes que nos obligasen a entrar en el conflicto propiamente dicho.»

Había, dijo Lindbergh, tres grupos de agitadores de guerra: «los británicos, los judíos y la administración Roosevelt».

Podía entender, dijo, por qué los judíos querían ver derrotado al gobierno nazi:

Ninguna persona con sentido de la dignidad puede aprobar la persecución de la raza judía en Alemania. Sin embargo, ninguna persona con honestidad y visión puede contemplar la política belicista que defienden hoy aquí sin ver los peligros que esa política conlleva tanto para nosotros como para ellos. En vez de agitar en pro de la guerra, los grupos judíos del país deberían oponerse a ella de todas las maneras posibles, pues se contarán entre los primeros en acusar sus consecuencias.

La tolerancia es una virtud que depende de la paz y la fuerza. La historia demuestra que no puede sobrevivir a la guerra y las devastaciones. Un puñado de judíos con visión es consciente de ello y se opone a la intervención. Sin embargo, la mayoría sigue sin verlo.

Después Lindbergh dijo: «Su mayor peligro para este país estriba en su gran propiedad e influencia en nuestras películas, nuestra prensa, nuestra radio y nuestro gobierno».

Lindbergh recibió tandas de abucheos y vítores. Alguien le lanzó desde un balcón un paquete de folletos de América Primero mientras hablaba. Falló y tiró un jarrón con una planta.

STEPHEN EARLY, el secretario de Prensa de Roosevelt, dijo: «Han oído las arremetidas de Berlín de los últimos días. Oyeron las declaraciones de Lindbergh de anoche. Creo que existe un asombroso parecido entre las dos».

Peter Cusick, secretario ejecutivo de Lucha por la Libertad, dijo: «El prestigio del señor Lindbergh ha descendido más rápido incluso que los bombarderos en picado de los que habla con tanta admiración».

El Comité Judío Americano y el Comité Obrero Judío hicieron pública una declaración: «Cada uno de nosotros tiene derecho a expresar su opinión, sea a favor o en contra del aislacionismo, sin miedo a que el señor Lindbergh pueda

intimidar a ninguno de nosotros con la acusación rastrera e infundada de que existen otros “intereses” que anteponemos a la lealtad a nuestro país».

Norman Thomas, pacifista y dirigente del Partido Socialista, dijo: «Muchos grupos y elementos de este país intentan empujarnos a la guerra. Es un tema que sorteja todas las fronteras de raza. Ninguna raza es responsable. El Partido Socialista tiene muchos judíos entre sus filas y ellos hacen piña con este contra la intervención estadounidense. No puede convertirse en chivo expiatorio de este crimen a ninguna raza o ningún pueblo».

EL DOCTOR HENRY SZOSZKIES distribuyó entre los periódicos estadounidenses un informe sobre los judíos en Polonia. Era el 13 de septiembre de 1941.

En el gueto de Varsovia había ochenta y ocho comedores de beneficencia, decía el doctor Szoszkies. Hasta hacía poco, 115.420 personas recibían un tazón de sopa todos los días, costado por un pequeño impuesto sobre la comunidad entera. Ahora solo quedaba dinero suficiente para mantener los comedores abiertos cuatro días de cada siete. La ración de pan había caído a los noventa gramos al día, complementados de vez en cuando con patatas y sacarina. «Una gran proporción de las muertes en el gueto de Varsovia —decía Szoszkies— corresponde ahora a niños con edades comprendidas entre uno y cinco años a los que ya no se permite una ración diaria de leche.» En Radom, dijo, la mayoría de los siete mil judíos que vivían en el gueto estaban en la miseria y desnutridos.

El bloqueo económico de Roosevelt, que dificultaba la compra de comida a los habitantes de los países controlados por Alemania, estaba contribuyendo al problema, según Szoszkies. «Las últimas restricciones impuestas por el Tesoro de Estados Unidos al envío de remesas al extranjero —decía— han agravado la situación de muchas familias judías que estaban recibiendo con regularidad, a través de Portugal y otros países neutrales, paquetes de comida merced a la generosidad de sus parientes en Estados Unidos.»

James Reston, corresponsal en Washington de *The New York Times*, escribió: «Está claro que el nuevo bloqueo angloamericano va a procurar a Alemania su peor invierno desde los tiempos de la hambruna de la última Gran Guerra».

IÓSV STALIN mandó al este, a Siberia, a cuatrocientos mil alemanes del Volga. Los alemanes del Volga eran personas de ascendencia alemana que vivían cerca de ese río en Rusia. Era el 13 de septiembre de 1941.

Alfred Rosenberg pensaba que Hitler debía deportar a todos los judíos centroeuropeos como represalia. Debían irse al este. Escribió un plan.

EL ODIO MANÍACO DE HITLER estaba a toda máquina. Leningrado era un «nido de veneno» asiático, dijo al embajador alemán en Francia; ahora que la ciudad estaba rodeada, explicó, la bombardearía y cañonearía hasta que desapareciera de la faz de la Tierra.

Hitler habló también con el líder del partido de Hamburgo, Karl Kaufmann. Kaufmann quería expulsar a los judíos de Hamburgo para poder ofrecer sus casas a los alemanes que se habían quedado sin hogar por culpa de los bombardeos. Hitler aprobó las deportaciones. Era septiembre de 1941.

Todavía no era el momento, sin embargo para ejecutar una «represalia» de la enorme escala que Rosenberg había sugerido, enviando al este a todos los judíos alemanes. Un miembro del personal de Rosenberg escribió: «El Führer se está planteando dar este paso en caso de la posible incorporación de Estados Unidos a la guerra».

EN MOGILEV, una ciudad de Bielorrusia cercana a la frontera soviética, dos

hombres pusieron a prueba un nuevo modo de matar personas. Himmler había pedido a sus subordinados de las SS que hallasen métodos menos traumáticos — para los verdugos— que el fusilamiento.

Albert Windmann, un químico forense, y Arthur Nebe, comandante de una escuadra de las SS, fueron a un manicomio y pasaron dos tuberías por una ventana tapiada. Cuando la sala estuvo llena de pacientes, conectaron un coche al ralentí a una de las tuberías. Los pacientes no murieron. «Nebe y yo llegamos a la conclusión de que el coche no era lo bastante potente —testificó Windmann más tarde—. De modo que Nebe hizo que enchufasen la segunda manguera a un vehículo de transporte que pertenecía a la policía regular. Bastaron unos pocos minutos más para que la gente quedara inconsciente. Dejamos ambos vehículos en marcha durante otros diez minutos, más o menos.»

Eran mediados de septiembre de 1941.

RUDOLPH HÖSS, el comandante del campo de concentración de Auschwitz en Polonia, se dirigió al depósito de cadáveres y mató a novecientos prisioneros rusos desnudos. Los reclusos entraron en la cámara pensando que los iban a despiojar. Höss usó gas procedente de cristales del pesticida Zyklon B.

«Cuando echaron el gas hubo gente que chilló “gas”, y después hubo muchos gritos, y se apretaron contra las dos puertas —rememoró Höss—. Pero estas aguantaron la presión.»

Höss escribió más tarde que lo alivió que el Zyklon B fuese tan eficaz. «Debo admitir incluso que ese gaseamiento me sosegó —dijo—, pues el exterminio en masa de los judíos debía comenzar pronto y en ese momento ni Eichmann ni yo estábamos seguros de cómo iban a efectuarse esas ejecuciones masivas.» Era el 15 de septiembre de 1941.

EL CUARTEL GENERAL BRITÁNICO en Extremo Oriente mandó al general Douglas MacArthur un memorándum con información práctica: «El problema de derrotar a Japón». Era el 19 de septiembre de 1941.

El memorándum reclamaba la creación de «organizaciones subversivas» en China y la Indochina francesa. Esas organizaciones se dedicarían a la propaganda, el terrorismo y el sabotaje, «creando descontento entre la población, hasta culminar en una rebelión abierta». En Tailandia, una organización subversiva debía «extender sus tentáculos —decía el memorándum—. Debería plantearse asimismo el asesinato de japoneses individuales». Además, las bases aéreas de Vladivostok tenían también a tiro los «órganos vitales» de Japón.

Si fracasaban los métodos políticos, decía el memorándum, «debemos estar preparados para luchar».

MIHAIL SEBASTIAN fue al templo con motivo del Rosh Hashaná y escuchó parte del discurso del rabino Safran. «Estúpido, pretencioso, ensayístico, periodístico, superficial y poco serio —escribió Sebastian—. Pero la gente lloraba, y yo mismo tenía lágrimas en los ojos.» Era el 22 de septiembre de 1941.

EL TREN PRIVADO del señor y la señora Churchill paró en el andén de Coventry. Era el 26 de septiembre de 1941.

El alcalde de Coventry los acompañó a lo que quedaba de la catedral y el centro de la ciudad, y después visitaron fábricas de aviones, que habían retomado la producción. En la fábrica de Armstrong Siddeley, los hombres dieron martillazos ensordecedores a modo de saludo.

«La fábrica de bombarderos de Whitley es un semillero de comunismo y existían ciertas dudas acerca de la acogida que recibiría el primer ministro —escribió John Colville, secretario de Churchill—. Pero su aparición con el puro y

el sombrero de media copa cautivó por completo a los obreros, que le dedicaron un ensordecedor aplauso.» Colville señaló con algo de asco que su ritmo de producción se había acelerado desde que Alemania invadiera Rusia.

También visitaron el cementerio de Coventry, donde contemplaron la fosa común de los muertos en los bombardeos, y después regresaron al tren. Almorzaron de camino a Birmingham para visitar una fábrica de tanques.

ELENA EFIMOVNA BORODIANSKA-KNISH y su hija fueron conducidas a Babi Yar, una cañada cercana a Kíev, en Ucrania, donde estaban fusilando a muchos millares de personas. Era el 27 de septiembre de 1941.

«No esperé a la siguiente orden, sino que lancé de inmediato a mi niñita a la fosa y después caí detrás de ella. Un segundo más tarde, empezaron a caerme encima cuerpos. Después se impuso el silencio.» Al cabo de quince minutos se oyeron más disparos. Después una discusión. Elena se llevó a su hija y se escondió en el sótano de una fábrica de ladrillos. Ella y su hija sobrevivieron.

EL NÚMERO DE OCTUBRE DE 1941 de la revista *Fortune* salió para sus suscriptores. Su artículo de fondo se titulaba «A Tool for Mr. Churchill: The Heavy Bomber» («Una herramienta para el Sr. Churchill: el bombardero pesado»). El texto empezaba dentro de un desplegable a doble página que mostraba la Fortaleza B-17 y el B-24 Liberator volando uno al lado del otro, muy por encima de unos campos de cereales; había gráficos de tamaños y formas de bombas, diagramas de sus trayectorias y espoletas, organigramas de submontaje y círculos con las probabilidades de sobrevivir a una explosión.

«El bombardero pesado cuatrimotor es un arma peculiarmente estadounidense —decía *Fortune*—. Era el desarrollo lógico de una nación de altas montañas y largas distancias.» El artículo, que se extendía a lo largo de muchas páginas,

estaba rodeado de anuncios de cojinetes de rodillo, cojinetes de aguja, cadenas de transmisión, pinturas industriales, tornos y ruedas afiladoras; describía los programas de producción de Boeing, de Consolidated, de General Electric, de Nash Kelvinator, de Allis Chalmers y de la inmensa fábrica de Henry Ford en Willow Run. «De este protoplasma ha salido el proyecto de lo que viene a ser toda una nueva industria con los trabajadores de una U.S. Steel y media», decía *Fortune*. El artículo citaba a Philip Johnson, de Boeing: «El público debería despertar y ver lo grande que es este toro que tenemos sujeto por la cola».

Volar a altitudes casi subestratosféricas presentaba sus desafíos, sin embargo, señalaba *Fortune*. Además, la premisa básica del efecto del bombardero pesado sobre un país enemigo —que, en palabras de *Fortune*, «usado con fuerza contra fábricas y civiles, destruirá su poder de producción y con el tiempo su voluntad de resistir, por lo que arrancará una rendición aunque sus ejércitos permanezcan invictos»— seguía sin demostrar tras dos años de guerra.

«Con todo, aun después de descontar los elementos de propaganda, queda un portento inmenso y espectacular —decía el artículo—. Lo que está en marcha ahora es tan grande que deja sin aliento incluso a sus arquitectos.» Y lo habíamos hecho nosotros, en los Estados Unidos de América: «Los norteamericanos hemos lanzado el bombardero pesado en la titubeante balanza de los asuntos humanos. Para bien o para mal lo hemos arrojado al mundo».

EN LUBLIN, POLONIA, quince policías alemanes se subieron a quince camiones y fueron hasta un campo donde estaban encerrados muchos judíos. Se ordenó que subieran treinta personas —hombres, mujeres y niños— a cada camión. Los llevaron hasta un aeródromo y les encargaron que cavaran zanjas. Después de cavar, les ordenaron que se desvistieran, cosa que hicieron. Los policías repartieron largas camisas hechas de una especie de papel corrugado. La gente se las puso. Lanzaron briznas de paja al fondo de las zanjas. Ordenaron a diez

personas que se metieran en una y se tumbasen. Les dijeron que se estiraran en direcciones opuestas: cabeza, pies, cabeza, pies.

Después los policías lanzaron granadas a la zanja, donde explotaron. Salieron volando trozos de cuerpos. Dispararon a cualquiera que siguiese vivo después de las granadas. Los hombres vertieron cal y más paja, y obligaron al siguiente grupo a tumbarse encima de la primera capa de personas muertas y reventadas. Explotaron más granadas.

En Lublin, Polonia, murieron así 450 judíos: destrozados con granadas a corto alcance. Era octubre de 1941.

WINSTON CHURCHILL pronunció un discurso en la Cámara de los Comunes. Tocó una acusación que en su opinión era «un poco injusta». La acusación era que el gobierno británico estaba «refrenado por un exceso de escrúpulos e inhibiciones».

La gente pregunta, por ejemplo: «¿Por qué no bombardean Roma? ¿Qué les contiene? ¿Acaso no dijeron que bombardearían Roma si El Cairo era bombardeado? ¿Cuál es la respuesta?».

La respuesta era, dijo Churchill, que solo habían bombardeado las afueras de El Cairo. Dijo: «No deberíamos vacilar en bombardear Roma en la medida de nuestras posibilidades y con la mayor intensidad posible si el curso de la guerra volviera esa acción conveniente y útil». Era el 1 de octubre de 1941.

HENRY STIMSON, el secretario de Guerra, escribió una carta al doctor Frank Jewett, presidente de la Academia Nacional de las Ciencias. «A causa de los peligros que podría afrontar este país a manos de potenciales enemigos que empleasen lo que en términos generales podría describirse como guerra biológica —escribió—, parece recomendable que se inicien investigaciones para

analizar la presente situación y las futuras posibilidades.» Era el 1 de octubre de 1941.

Jewett reclutó al doctor Edwin B. Fred, un campechano bacteriólogo de la Universidad de Wisconsin, que más tarde presidiría. El doctor Fred reclutó a otros, que a su vez contrataron a otros, y pronto decenas, luego centenares y más tarde miles de personas se pusieron a trabajar en universidades y centros de investigación de todo el país estudiando fiebres, plagas, trastornos del crecimiento y pestes de varios tipos: cómo curarlas y cómo causarlas.

EL *STUTTGART COURIER* publicó un artículo en el que atacaba «casos de compasión indebida hacia los judíos». Tales casos no eran infrecuentes, decía el periódico. Por ejemplo, mujeres del asilo judío, con la estrella en la ropa, se subían a un tranvía y los pasajeros se levantaban para cederles el asiento.

Una vez, según el periódico, un alemán le dijo a un judío: «En realidad hace falta más valor para llevar la estrella que para ir a la guerra». Era el 4 de octubre de 1941.

EL COMITÉ DE LUCHA POR LA LIBERTAD patrocinó un gran mitin en el Madison Square Garden; el tema era «Es divertido ser libre». Era el 5 de octubre de 1941.

Diecisiete mil personas vieron a Bill «Bojangles» Robinson bailar claqué con unos pantalones dorados sobre el ataúd de Hitler, al ritmo de «While That Man Is Dead and Gone». Eddie Cantor llevaba una falda con aro. Carmen Miranda, Jack Benny y Ethel Merman hicieron gala de sus talentos. William Knudsen de la Oficina de Producción Bélica dijo que el país tendría que sudar la gota gorda durante el año siguiente, más o menos; Wendell Willkie censuró el racismo de Lindbergh; y la cara del presidente Roosevelt apareció en la pantalla mientras sonaba por megafonía un fragmento de su discurso del «ver y disparar». Herbert

Agar, director del *Courier-Journal* de Louisville, dijo citando el Eclesiastés: «Es tiempo de guerra».

Al final del espectáculo, se apagaron las luces del recinto. Unas falsas voces radiofónicas anunciaron que armadas de bombarderos se acercaban a Los Ángeles, Nueva York y Laredo. Sonaron hélices y explosiones, y luego miles de paracaidistas de cartón de quince centímetros de alto cayeron del techo entre haces de focos entrecruzados. «¡Dios mío, pensaba que era de verdad!», dijo una mujer del público.

VANNEVAR BUSH, el científico bélico, habló sobre la bomba de uranio una tarde con el presidente Roosevelt y el vicepresidente Wallace. Era el 9 de octubre de 1941. A Roosevelt le gustó la idea y al cabo de poco le mandó una nota a Churchill: «Querido Winston —decía—. Parece deseable que mantengamos correspondencia o conversación a propósito del tema que es objeto de estudio de vuestro comité MAUD y de la organización del doctor Bush en este país, con miras a poder coordinar o incluso realizar conjuntamente cualquier empeño prolongado». El Proyecto Manhattan avanzaba.

WALTER MATTNER, un secretario de la policía de Viena, escribió una carta a su mujer. Era el 10 de octubre de 1941.

Mattner acababa de participar en la masacre de Mogilev. Le tembló un poco la mano, escribía, cuando fusiló al cargamento del primer camión, pero hacia el décimo ya apuntaba con más calma. Había «fusilado con acierto a muchas mujeres, niños y bebés», y después aportaba más detalles horribles. Todo eso lo hizo, decía, en el bien entendido de que tenía niños pequeños en casa, «con los que estas hordas harían lo mismo cuando no algo diez veces peor».

Decía: «Aquí muchos dicen que cuando volvamos a casa será el turno de

nuestros propios judíos. En fin, no me permiten contarte lo suficiente».

OCHENTA Y DOS BOMBARDEROS WELLINGTON, cincuenta y cuatro Whitley, nueve Halifax y siete Stirling volaban rumbo a Nuremberg, a mil kilómetros de distancia. Nuremberg era difícil de encontrar: las tripulaciones todavía se orientaban según la posición de las estrellas y la velocidad del viento, y un puñado de aviones acabó sobre Stuttgart, ciento cincuenta kilómetros al sudoeste.

Nuremberg era la ciudad donde el Partido Nazi celebraba su congreso anual. También era una ciudad muy antigua, muy gótica, muy encantadora, donde habían vivido judíos y no judíos, con varios brotes de violencia y expulsiones, durante setecientos años. En el Renacimiento, había sido una ciudad de artesanos; era conocida por los relojes de bolsillo, las muñecas, los astrolabios y Alberto Durero. Copérnico publicó sus primeros ejemplares de *Sobre las revoluciones de las esferas celestes* en Nuremberg. Formaba parte de la historia alemana, la historia judía, la historia germanojudía y la historia mundial.

«Bombarderos británicos calcinan Nuremberg», fue el titular de *The New York Times*. «Fábricas de la ciudad que en tiempos de paz elaboraban muñecas producen ahora componentes de tanques y aviones, cañones y obuses», decía el periódico. Los objetivos fueron plantas aeronáuticas y fábricas de maquinaria. «Los incendios se extendieron por una superficie muy amplia —informaba el *Times*—, ardiendo con tanta fuerza que su rojo resplandor teñía las alas de los bombarderos que los sobrevolaban a mucha altura.» El posterior comunicado alemán decía: «La población civil sufrió muertos y heridos».

Ese no fue el gran bombardeo de Nuremberg, aquel sobre el que se han escrito libros, en el que casi ochocientos aviones incineraron la *Altstadt*, el casco antiguo de la ciudad. Ese llegó tres años más tarde. Fue solo el mayor

bombardeo sobre Nuremberg hasta el momento. Sucedió la noche del 12 de octubre de 1941.

MOHANDAS GANDHI pronunció un discurso en Savagram, la aldea donde vivía. «Se está combatiendo en Europa una guerra bárbara con matanzas a gran escala —dijo—. Jóvenes, viejos, incluso inválidos están siendo aniquilados.» Solo había una respuesta correcta a esta guerra: *ahimsa*, la no violencia por principios, aun a riesgo de cárcel, hambre y muerte. «El hitlerismo y el churchillismo son en realidad la misma cosa —dijo—. La diferencia es solo de grado.» Por otro lado, la India tampoco debía abochornar a Gran Bretaña; ayudarla, no, pero tampoco abochornarla. La India debía amar a sus enemigos. Era el 12 de octubre de 1941.

Ese mismo día, Gandhi le dijo a un reportero de la Associated Press que Estados Unidos debería exigir «garantías de libertades humanas» antes de seguir ayudando a Inglaterra. «Debería decir lo que diría Abraham Lincoln —dijo—. Debería preguntar qué pasará con la India, Asia y las posesiones africanas.»

FREDERICK J. LIBBY, secretario ejecutivo del Consejo Nacional para la Prevención de la Guerra, declaró en una sesión del Congreso a propósito de una modificación de la Ley de Neutralidad. Era el 14 de octubre de 1941. Libby dijo que Estados Unidos no debería permitir que se montaran cañones en buques mercantes, ni armas antisubmarinas ni armas antiaéreas.

Gran Bretaña debería negociar con Alemania ahora, sostenía Libby, mientras su imperio seguía intacto y con el apoyo de Estados Unidos. Los judíos y el resto de minorías oprimidas, dijo Libby, «tienen más probabilidades de ganar sus derechos en la mesa de conferencias, con Gran Bretaña y Estados Unidos como sus valedores, que en el campo de batalla».

EN BERLÍN, las cosas empeoraron de repente. Era octubre de 1941.

La Kulturbund, o Asociación Cultural Judía —donde los judíos, vetados desde hacía tiempo de los actos arios, podían ver obras de teatro y películas y oír conciertos— fue disuelta. Habían mandado a trabajar a los músicos e intérpretes, según *The New York Times*, «a fábricas de municiones, proyectos de construcción de carreteras y tareas parecidas». Prohibieron a los judíos comprar frutas y verduras. Las pocas sinagogas que quedaban fueron cerradas al culto y llenadas con camastros de paja.

Dos mil judíos recibieron avisos de desahucio. Les dijeron que no buscasen otro piso.

CHRISTOPHER ISHERWOOD llegó a la estación de tren de Haverford, Pensilvania, para enseñar inglés a refugiados judíos en un albergue cuáquero. Era el 15 de octubre de 1941.

Se alojó en casa de una anciana pareja, el señor y la señora Yarnall. También vivía en casa de los Yarnall un ex abogado del lago de Constanza —«un aristocrático Dante judío», lo llamó Isherwood en su diario— y un juez berlinés. El juez, dijo Isherwood, «hablaba bien inglés, escogiendo con atención sus palabras, y se expresaba con una humildad genuina y conmovedora. Se preocupaba horrores por su esposa y sus dos hijitas, que estaban en la Bélgica ocupada». Era, dijo Isherwood, «un hombre permanentemente entristecido».

Isherwood daba cinco o seis lecciones de inglés al día. Los domingos asistía a una reunión de los Amigos, donde escuchaba a Rufus Jones, al que llamaba el papa cuáquero sin mitra. Al cabo de poco hablaba con los arcaísmos propios de un cuáquero.

MIHAIL SEBASTIAN se enteró de que en breve zarpaba un barco lleno con 750 judíos. Era el 16 de octubre de 1941.

El barco era el *Struma*. «Para subir a bordo necesitaría un sentido de la aventura, y sobre todo tendría que ser más joven, estar más sano y menos castigado por la vida», escribió en su diario. Citó a Dante Gabriel Rossetti: «Mírame a la cara: me llamo Podría haber sido».

POR LAS NOCHES HABÍA TERRORES y conmociones: registros domiciliarios, confiscaciones, arrestos. «Están desahuciando a los judíos de sus pisos en Berlín y otras ciudades —dijo *The New York Times*—, supuestamente para hacer sitio a familias “arias” cuyos hogares han sido destruidos por los bombardeos.» Era el 16 de octubre de 1941.

EL VIZCONDE TRENCHARD, mariscal de la Royal Air Force, explicó a un público de Leeds cuál era su lema: «Mantener a los alemanes fuera de la cama y las sirenas sonando». Era el 17 de octubre de 1941.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT empezó a filtrar gradualmente la noticia de su nuevo plan de guerra, el Programa Victoria. Se destinarían cien mil millones de dólares a la construcción de 125.000 aviones; la mitad de la capacidad productiva entera de Estados Unidos se consagraría a la producción de armas. «Está planeado fabricar tanques en lo que se describe como cifras increíbles», informó *The New York Times*. Era el 18 de octubre de 1941.

Eugene Duffield, director de la oficina de Washington de *The Wall Street Journal*, caviló sobre el significado de tantos tanques, y escribió un largo

artículo al día siguiente. «Por su énfasis en los tanques y la artillería, el Programa Victoria revela que ya no se cuenta con que el bombardeo a larga distancia y el bloqueo oceánico sojuzguen a Alemania», escribió. El programa, dijo, preveía un Ejército estadounidense compuesto por «uno de cada tres varones con edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años».

EN LA GRAN FÁBRICA de gas mostaza Runcol que tenía Imperial Chemical en Rhydymwyn, Gales, veintiuna personas resultaron heridas, algunas de gravedad, mientras sustituían una bomba corroída del foso de residuos. Era octubre de 1941. Los residuos se vertían en el río Dee.

TODA EMIGRACIÓN JUDÍA desde Alemania quedó oficialmente suspendida, por edicto.

Era el 18 de octubre de 1941.

HERBERT HOOVER dio un discurso por la radio. Había unos cuarenta millones de niños en las democracias invadidas por Alemania, dijo, y el bloqueo los estaba matando: «Sus súplicas de alimentos se elevan cada hora hacia las democracias libres de Occidente». Era el 19 de octubre de 1941.

Hoover citaba dos informes recientes. Uno trataba del hambre en Bélgica, y otro era el estudio del doctor Szoszkies sobre el hambre en el gueto judío de Varsovia. En Varsovia, decía Hoover, el índice de mortalidad entre los niños multiplicaba por diez al de natalidad, y los cadáveres yacían por las calles.

Estados Unidos había pasado a ser, al no obligar a Inglaterra a cambiar de política, un partícipe moral del bloqueo.

«¿Se encuentra la causa aliada en mejor posición hoy porque estemos matando de hambre a esos niños? —preguntaba Hoover—. ¿Son menos victoriosos los ejércitos de Hitler que si esos niños se hubieran salvado? ¿Están los niños de Gran Bretaña mejor alimentados hoy porque esos millones de niños antes aliados hayan pasado hambre o muerto? ¿Pueden señalarme un beneficio que se haya cosechado de este holocausto?»

EN NANTES, una ciudad a la orilla del río Loira en Francia, el comandante local de las fuerzas alemanas empezó a cruzar la calle. Dos hombres se le acercaron corriendo y le dispararon en la cabeza. Era el 20 de octubre de 1941.

Los alemanes fusilaron a cincuenta rehenes franceses a modo de represalia.

UNITED PRESS mandó una breve historia sobre las deportaciones de Berlín. «55.000 de un total estimado de 65.000 judíos en la capital alemana serán deportados a Rusia y Polonia —explicaba el artículo—. Los despachos dicen que a cada deportado se le permitirá llevar encima un traje de repuesto, varias camisas y seis pañuelos.» Era el 21 de octubre de 1941.

Partían transportes especiales todas las noches rumbo a Polonia, informaba *The New York Times*. «Cuando empezó el desahucio se dijo que desplazaban a los judíos para hacer sitio a los “arios” cuyos hogares habían resultado destruidos en los bombardeos.» En el *Völkischer Beobachter* se anunciaban las subastas de sus propiedades.

Victor Klemperer escribió: «Noticias cada vez más escandalosas sobre las deportaciones de judíos a Polonia. Tienen que partir casi desnudos y sin un céntimo. Miles, de Berlín a Łódź».

Un periodista preguntó a una fuente del gobierno alemán si los judíos iban a campos de concentración. No, contestó la fuente: «Sus energías se desviarán a fines útiles». Corría un nuevo término: «apartamento catástrofe». Un apartamento catástrofe era un piso «apto para refugiados arios de ciudades sometidas a bombardeo», explicaba *The New York Times*.

Albert Speer, el arquitecto de Hitler, estaba a cargo de vaciar los apartamentos catástrofe de Berlín: intentó usar los daños ocasionados por las bombas para sacar adelante sus planes, que eran también los de Hitler, para una ciudad moderna, atravesada por un majestuoso bulevar. En una crónica de los avances del gran bulevar, uno de los ayudantes de Speer escribió: «Según una directiva de Speer, se está iniciando una nueva acción para el despeje de unos cinco mil pisos judíos».

HELMUTH JAMES VON MOLTKE, abogado, escribió una carta angustiada a su esposa. Las noticias eran macabras en todas partes, decía: fusilamiento de rehenes en Francia, aldeas de Serbia reducidas a cenizas... y ahora los judíos de Berlín. «Desde el sábado están haciendo redadas de judíos —escribió—. Los recogen a las 9.15 de la noche y los encierran hasta la mañana siguiente en una sinagoga.» De allí los mandaban a Łódź y Smolensk, explicaba, donde morirían de hambre o congelados. «¿Cómo puede nadie saber estas cosas y seguir caminando libre?», preguntaba.

Era el 21 de octubre de 1941.

EN EL GUETO DE ŁÓDŹ, Dawid Sierakowiak escribió: «Siguen llegando los judíos alemanes: de Frankfurt del Main, Colonia y también Viena y Praga (viven cerca de nosotros). Casi todos son “peces gordos”. Al menos es el aspecto que tienen».

El precio del pan se había doblado. Era el 22 de octubre de 1941.

EN BURDEOS, FRANCIA, un oficial alemán paseaba por el bulevar St. Georges. Cuatro asaltantes lo mataron a tiros. Era el 22 de octubre de 1941.

Esa noche, una bomba hizo saltar por los aires el cuartel general del Ejército rumano en la ciudad de Odessa. Murieron un comandante, dieciséis oficiales y cuatro oficiales alemanes.

Como represalia, el Ejército alemán fusiló a cincuenta rehenes franceses, y el rumano fusiló y quemó vivos a más de treinta mil judíos.

A ULRICH VON HASSELL, opositor a Hitler, le habían llegado crónicas de los desahucios nocturnos de los judíos berlineses: «escenas terribles», le habían dicho, y las órdenes provenían del mismo Hitler. «Parte del populacho estaba tan asqueado —escribió Von Hassell— que los nazis encontraron necesario repartir folletos donde decían que los judíos tenían la culpa de todo.»

Los folletos decían: «Todos los judíos son vuestros enemigos. Todo alemán que ayude a un judío por motivos de falso sentimiento, aunque solo sea mostrando hacia los judíos una actitud amistosa, comete traición contra su propio pueblo». Los desahucios estaban justificados con el argumento de que los arios cuyas casas habían sido destruidas por los bombardeos necesitaban un lugar donde vivir.

La Gestapo distribuyó boletines entre todas las secciones: «Hemos sabido en repetidas ocasiones recientes de personas de sangre alemana que siguen manteniendo relaciones amistosas con los judíos y aparecen con ellos en público de forma descarada». Las órdenes de la Gestapo eran someter a la persona amiga de los judíos a «custodia protectora con fines educativos». Los casos graves de amistad iban a parar a un campo de concentración de grado 1. El judío receptor

del acto amistoso también era enviado a un campo de concentración. Era octubre de 1941.

LA CIUDAD DE TOKIO, la tercera más grande del mundo, donde vivían seis millones y medio de personas, efectuó un simulacro de ocultación de luces contra incursiones aéreas. Era el 22 de octubre de 1941.

«Japón no va a Estados Unidos o cualquier otra nación con la cabeza gacha, sino que se yergue consciente de su poder para la paz o la guerra», decía un editorial del *Japan Times Advertiser*. La paz era todavía posible, sin embargo. «El problema hasta la fecha ha sido la propaganda maliciosa», explicaba el editorial; los periódicos británicos y estadounidenses se habían dedicado a satisfacer el ansia de sensacionalismo de la opinión pública. «Se ha dirigido la opinión pública hacia la desconfianza, la sospecha y el odio sin paliativos.»

EDGAR MOWRER, el periodista, estaba en un bar de Manila tomando una copa con un hombre que trabajaba para la Comisión Marítima. Era finales de octubre de 1941, y Mowrer estaba embarcado en una misión de espionaje para el coronel Donovan.

«Se hará pasar por corresponsal de un periódico», le había dicho Donovan. Mowrer ya había estado en Singapur, Java, Tailandia, Birmania, Chunking y Hong Kong. En ese momento se encontraba en la capital de Filipinas.

El hombre de la Marítima que estaba en el bar, Ernest Johnson, dijo tener una hija en San Francisco. No esperaba volver a verla. «Los japos tomarán Manila antes de que pueda salir», dijo.

«¿Tomar Manila? —preguntó Mowrer—. Eso significaría la guerra con nosotros.»

Johnson asintió. «¿No sabías que la flota japonesa se ha movido hacia el este,

es de suponer que para atacar a nuestra flota en Pearl Harbor?»

EL REVERENDO BERNHARD LICHTENBERG, deán de la catedral de San Hedwig en Berlín, fue arrestado por la Gestapo. Había estado elevando oraciones diarias por los judíos. Era el 23 de octubre de 1941.

Lichtenberg también había estado rezando por todos los prisioneros de los campos de concentración, por los refugiados sin patria, por los soldados heridos de ambos bandos y por las ciudades bombardeadas en tierras amigas y enemigas.

La Gestapo registró su casa y encontró una declaración que Lichtenberg tenía pensado leer desde el púlpito. Trataba del folleto de propaganda que decía «Todos los judíos son vuestros enemigos». «No nos dejemos engañar por esta manera tan poco cristiana de pensar —escribió Lichtenberg—, sino sigamos el estricto mandamiento de Jesucristo: “Amarás al prójimo como a ti mismo”.»

Sometido a interrogatorio, el reverendo Lichtenberg dijo oponerse a *Mi lucha*, al asesinato de la vida considerada indigna de vivir y a la persecución y deportación de los judíos. Le preguntaron si había rezado por los bolcheviques. No, respondió el reverendo, no había rezado por los bolcheviques, pero no pondría objeciones a incluir también una plegaria por ellos, «para curar su locura».

Sus interrogadores amenazaron con mandarlo a Łódź para que se uniese a sus «queridos judíos». Él contestó: «Eso mismo iba a pedirles: pues, ¿qué tarea más hermosa para un viejo clérigo que ayudar a esos cristianos judíos que están destinados a morir?».

Lichtenberg fue encarcelado. Dos años más tarde, tras ordalías y humillaciones, murió de camino a Dachau.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT habló sobre el programa de producción de tanques en

una rueda de prensa, y luego contó un chiste. Un periodista preguntó por las declaraciones de un marinero de Honolulu, según el cual su buque había sido bombardeado por los alemanes mientras cruzaba el mar Rojo. ¿Estaba al tanto el presidente del ataque?

«No —dijo Roosevelt—, lo único que he oído al respecto es que Hitler se dirigió a uno de los pocos judíos prominentes que quedan en Alemania y le dijo que podía quedarse si le contaba cómo se las había apañado Moisés para separar las aguas y permitir el paso de los hijos de Israel.»

Los periodistas rieron. Era el 24 de octubre de 1941.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT Y WINSTON CHURCHILL condenaron la matanza de rehenes franceses. Era el 25 de octubre de 1941. «Los pueblos civilizados adoptaron hace mucho el principio básico de que ningún hombre debía ser castigado por las acciones de otro —dijo Roosevelt—. El horror jamás podrá llevar la paz a Europa. Solo siembra la semilla del odio que algún día acarreará un temible castigo.»

Churchill dijo: «En adelante el castigo de estos crímenes debe ocupar su lugar entre los grandes propósitos de la guerra».

LA SECCIÓN DE SOCIEDAD de *The New York Times* llevaba un artículo sobre los «fanáticos y taciturnos japoneses». Tokio era lúgubre y reprimida, decía el periódico. Los clubes de baile estaban cerrados. Había espías, policía secreta y oficiales alemanes por todas partes. Los ascensores y las luces estaban apagados para ahorrar energía. Los taxis funcionaban a base de gas de carbón.

Acompañaban el artículo unas cuantas fotografías. Una mostraba una hilera de mujeres pasándose un cubo de agua mientras el director del simulacro les hablaba por un megáfono. El pie de foto era: «La brigada del cubo: adiestran a

las mujeres japonesas en la lucha contra el fuego». Otra imagen era de un grupo de hombres manejando una manguera. «Simulacro de ataque aéreo en Tokio», decía el pie.

Era el 26 de octubre de 1941.

A PETICIÓN DE HITLER, Heinrich Himmler fue de caza con el conde Ciano y el ministro de Exteriores Ribbentrop. Era el 26 de octubre de 1941.

Himmler, que padecía dolorosos retortijones, se llevó consigo a su masajista y confidente finlandés, Felix Kersten. Cuatrocientos soldados actuaron de batidores para levantar la caza. «Todos se tomaron en serio su cometido —escribió el conde Ciano—, como si se tratase de expulsar a los rusos de los bosques de Wiesma o Briansck.»

Kersten llevaba la cuenta de las aves. Ciano abatió 620 faisanes, Ribbentrop 410 y Himmler solo 95. «Mira qué suerte tiene este Ciano —le dijo Himmler, irritado—. Ojalá los italianos hubiesen tenido la misma puntería en África.»

Ribbentrop estaba de buen humor. «¿No es simbólica esta cacería? —dijo—. ¡Tal y como nos combinamos para abatir a los faisanes, así también nos uniremos para acabar con los enemigos de Alemania!»

ALAN BROOKE, comandante de la Guardia Nacional británica, fue invitado a Chequers para cenar con Churchill y lord Cherwell, el científico bélico. Era el 26 de octubre de 1941.

La cena, incluida la toma de rapé, terminó a las once. Churchill llevó a sus dos compatriotas al piso de arriba, donde vieron unas películas de Rusia y Alemania. Después volvieron abajo, y Brooke describió el Plan Parachoques, que era un gran ejercicio antiinvasión. Churchill despidió a Cherwell, y él y Brooke hablaron sobre el norte de África y el Mediterráneo.

«Le hablé de los temores que tenía de quedarnos muy cortos de tanques si seguíamos mandándoselos a Rusia como se proponía», escribió Brooke en su diario. Al poco de dar las dos de la madrugada, Churchill quiso un sándwich. «¡Tenía la esperanza de que eso por lo menos significase la cama! —escribió Brooke—. ¡Pero no! Tenía el gramófono encendido y, en su bata de muchos colores, con un sándwich en una mano y berro en la otra, se puso a dar vueltas y más vueltas trotando por el salón, con algún saltito ocasional al ritmo del gramófono. Cada vez que completaba una vuelta cerca de la chimenea se paraba para emitir alguna cita o un pensamiento impagables.»

Uno de los pensamientos de Churchill fue el siguiente: La vida de un hombre es como un paseo por un largo pasillo con ventanas a ambos lados. «A medida que te acercas a cada ventana, una mano desconocida la abre y la luz que deja pasar solo intensifica por contraste la oscuridad del final del pasillo.»

Brooke se acostó poco antes de las tres.

EL PRESIDENTE ROOSEVELT dijo en un discurso que Estados Unidos había sido atacado. Se había producido otro incidente protagonizado por un submarino alemán; once miembros de la Marina habían muerto a bordo del USS *Kearny* cuando un torpedo alcanzó su sala de calderas mientras escoltaba un convoy de buques mercantes. «Hemos querido evitar disparar —dijo Roosevelt—. Pero los disparos han empezado. Y la historia ha recogido quién pegó el primer tiro.» Era el día de la Marina, en el hotel Mayflower, 27 de octubre de 1941.

Roosevelt dijo que Hitler a menudo afirmaba que no tenía designios para con el continente americano. Sin embargo, Roosevelt tenía pruebas de lo contrario. «Obra en mi posesión un mapa secreto elaborado en Alemania por el gobierno de Hitler», dijo. El mapa mostraba las fronteras existentes borradas, el canal de Panamá absorbido y los países latinoamericanos convertidos en «estados

vasallos» de Alemania. «Ese mapa deja claro el designio nazi no solo contra Sudamérica sino contra el propio Estados Unidos.» No enseñó el mapa.

La reacción alemana fue extrema. El mapa era producto de «talleres de falsificadores judíos», dijo un portavoz del Ministerio de Propaganda. «A lo mejor alguien le metió a Roosevelt en el bolsillo un mapa que mostraba las bases y líneas de aviación estadounidenses en Latinoamérica, que él tomó por un documento alemán», dijo el portavoz. Roosevelt era «un loco peligroso o si no un simple criminal».

El periódico de Goebbels, *Der Angriff*, salió con el siguiente titular: «Roosevelt, el virrey de la judería; la doble estafa de los archimentirosos».

UN PERIODISTA preguntó al presidente Roosevelt qué opinaba de que los alemanes le llamasen mentiroso y falsificador. Era el 28 de octubre de 1941. Roosevelt dijo que era «la monda». Un reportero pidió ver el mapa secreto alemán. Roosevelt contestó que no podía enseñarlo por miedo a poner en peligro su fuente. Un periodista preguntó dónde estaba el mapa. Roosevelt dijo que en alguna bandeja de su escritorio.

El mapa en realidad no mostraba el plan de Hitler para dividir Sudamérica y conquistar el hemisferio occidental. Contenía rutas que recorrían en Sudamérica los aviones estadounidenses, con anotaciones en alemán que describían la distribución del combustible de aviación. Era una falsificación británica.

CUATRO GRUPOS PACIFISTAS entregaron una petición en la Casa Blanca. La Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad, el Congreso Mantened a América Fuera de la Guerra, el Consejo Nacional para la Prevención de la Guerra y la Hermandad de la Reconciliación habían reunido en total veinticinco mil firmas. El reverendo John Haynes Holmes escribió la carta que las

encabezaba. «Instamos al presidente de Estados Unidos a usar la influencia que posee como representante electo del pueblo norteamericano para el cese de las hostilidades y la consecución de una paz justa», escribió. Era el 28 de octubre de 1941.

LENA, amiga de Mihail Sebastian, dijo: «Tratemos de no pensar en los judíos de Ucrania».

«A lo mejor tiene razón», escribió Sebastian, pero aun así no podía distanciarse de la pesadilla. «Y la pesadilla también es nuestra —escribió—, aunque todavía no se nos haya tragado.»

Las masacres locales formaban parte de un «suceso europeo» más grande, sospechaba Sebastian: «Todo está demasiado calculado para provocar un efecto, la puesta en escena es demasiado obvia para no tener un significado político». ¿Qué sería lo siguiente?, se preguntaba. «¿Nuestro exterminio, directamente?» Era el 29 de octubre de 1941.

CHARLES LINDBERGH dio un discurso en un mitin de América Primero en el Madison Square Garden. Era el 30 de octubre de 1941.

Desviaron autobuses para apartarlos de la Octava Avenida y fuera se congregaron multitudes para escuchar por los altavoces. «La manzana entera de delante del Madison Square Garden estaba abarrotada de gente, tanto en la calle como en las aceras —escribió Lindbergh en su diario—. ¡Y la siguiente manzana por el oeste estaba abarrotada hasta donde me alcanzaba la vista!» Un grupo de Lucha por la Libertad repartía textos de oposición: «Lean los hechos sobre el nazi número 1 de Estados Unidos», clamaban.

Dentro, veinte mil personas vitorearon y tocaron cencerros durante seis minutos cuando Lindbergh se puso en pie para hablar. Él señaló su reloj y trató

de empezar, pero los vítores no cesaron. Al final, la banda tocó «Marching Through Georgia» y el público se tranquilizó.

«La guerra en la que nos piden que entremos sería el conflicto más devastador de toda la historia —dijo—. ¿Creéis que los ideales civilizados pueden brotar de la muerte, la enfermedad y el hambre a lo largo y ancho del mundo?»

Lindbergh escribió después que, mientras ocupaba el estrado, había estudiado con atención las caras del público. «Lo que más me complació de la velada fue la calidad de los asistentes —dijo—. Estaban *muy* por encima de la media de Nueva York. Por esas personas vale la pena luchar.»

EL INSTITUTO ANATÓMICO del profesor Voss en Poznań, Polonia, estaba recibiendo sus primeros cuerpos para que los estudiantes los diseccionaran. «Se ejecutará a once polacos —escribió—. Yo me quedaré cinco, al resto los incinerarán.» Era el 31 de octubre de 1941.

UNITED STATES NEWS, una revista, publicó un mapa de Extremo Oriente. Largas flechas rojas y diminutos bombarderos rojos convergían sobre una diana en mitad del mapa. Los minúsculos bombarderos rojos partían de Guam, Singapur, Hong Kong y Filipinas. El centro de la diana era Tokio. Era el 31 de octubre de 1941.

A VICTOR KLEMPERER le quitaron la máquina de escribir. «Ha sido un duro golpe, es prácticamente insustituible.» Era el 31 de octubre de 1941. Alguien le dijo que debía renovar urgentemente su solicitud de visado para Estados Unidos. Pero ya no tenía sentido. «Hemos sabido por varias fuentes que acaba de

decretarse una prohibición completa de toda emigración desde Alemania. Además, pasaría un año y un día antes de que estuvieran satisfechas las nuevas condiciones norteamericanas. No, debemos esperar aquí y ver cuál será nuestro destino.»

TRES HOMBRES DE LAS SS llegaron a un lugar llamado Belzec, Polonia, donde había una vía muerta de tren. Era el 1 de noviembre de 1941.

Los hombres de las SS pidieron a veinte polacos que les ayudaran con una obra de construcción. Stanislaw Kozak era uno de ellos. Los polacos construyeron cabañas con gruesas paredes llenas de arena, explicó Kozak después, y las revistieron por dentro con zinc. «Las puertas estaban hechas de tablas muy resistentes de siete centímetros y medio de grosor, y estaban reforzadas contra la presión desde el interior mediante un pasador de madera que se introducía por dos ganchos de hierro especialmente clavados para ese fin.» Las puertas tenían burletes de goma. Viejos motores de camión aportarían el dióxido de carbono que mataría a los prisioneros de esas cabañas.

Era el campo de exterminio de Belzec. Empezaría a matar gente en 1942.

UNO DE LOS URBANISTAS DE ALBERT SPEER en Berlín tomó una nota en el diario de los progresos del gran bulevar: «Durante el período entre el 18 de octubre y el 2 de noviembre se evacuó aproximadamente a 4.500 judíos —escribió—. A resultas de ello, otros 1.000 pisos quedaron vacíos para los inquilinos perjudicados por las bombas».

LORD HALIFAX, el embajador británico, estaba en Detroit para dar un discurso en

el Club Económico. Dos grupos de mujeres —uno llamado Madres de Estados Unidos y otro llamado Madres Norteamericanas— boicoteó su aparición con piquetes armados de carteles y pancartas. Decían cosas como HALIFAX ES UN BELICISTA y RECORDAD CUANDO ARDIÓ EL CAPITOLIO EN LA GUERRA DE 1812. Alguien le tiró un huevo y un tomate, y el huevo lo alcanzó. Halifax hizo una breve visita al hospital Henry Ford para que le mirasen el ojo, pero el cónsul británico dijo que no era por culpa del incidente del huevo lanzado.

«Esta es una guerra de los talleres —dijo Halifax en el Club Económico—. Me cuentan que en este momento, una cifra entre el 40 y el 50 por ciento de los contratos de armamento encargados por el gobierno de Estados Unidos en relación con el programa de defensa ha sido confiada a empresas fabricantes de Detroit y sus alrededores.» Refirió algunos de los crímenes de Hitler, y luego dijo: «El clamor de venganza se eleva resonante de entre todos los que han recibido muerte de este moderno coloso». Era el 3 de noviembre de 1941.

EN TOKIO, el embajador Joseph Grew mandó un largo telegrama al Departamento de Estado, con la esperanza de que alguien le hiciese caso. La imposición por parte de Washington de severas sanciones económicas podría obligar a Japón a exponerse al «harakiri nacional», advertía Grew. «Un conflicto armado con Estados Unidos podría llegar con peligrosa y dramática brusquedad.» Era el 3 de noviembre de 1941.

En su diario, Grew escribió al día siguiente: «Si se produce la guerra, espero que la historia no pase por alto ese telegrama».

SALTARON LAS ALARMAS ANTIAÉREAS en Changteh, China, a primera hora de la mañana. Un avión japonés hizo varias pasadas rasantes sobre la calle Kwan-

miao y soltó trigo, arroz, trozos de papel y fibra de algodón. Era el 4 de noviembre de 1941.

Una semana más tarde, una residente de la calle Kwan-miao murió de peste bubónica. Tenía once años.

LORD HALIFAX estaba en Cleveland. Un periodista le preguntó por el incidente de los huevos y los tomates. «Mi único sentimiento fue de envidia al ver que la gente de por aquí tiene huevos y tomates que lanzar como si tal cosa», dijo. Era el 5 de noviembre de 1941.

También en Cleveland hubo piquetes. HALIFAX METIÓ A 400.000 INDIOS EN CAMPOS DE CONCENTRACIÓN, rezaba un cartel. Otro, en referencia al bloqueo, decía: HALIFAX CREE EN LA LIBERTAD DE CONFISCACIÓN. Halifax leyó los carteles y sonrió educadamente.

HELMUTH JAMES VON MOLTKE recibió por correo un pastel de semillas de amapola de su mujer. Comió un poco —estaba especialmente bueno— y después decidió darle parte a un amigo, Walther Unger. Unger había perdido peso, y Moltke estaba preocupado por él. «Es, a fin de cuentas, el último judío al que conozco —escribió a su esposa—, y de algún modo veo esto como la compra de indulgencias y estoy convencido de que lo apruebas.»

Además del pastel, Moltke pensó que le daría a Unger algo de beicon, unas manzanas y varios huevos. Era el 5 de noviembre de 1941.

BROTÓ UNA NUEVA MALLA DE ALAMBRE de espino en el gueto de Łódź. Llegaban

transportes de gitanos desde Burgenland, una parte de Austria. Era el 5 de noviembre de 1941.

Estalló de inmediato una epidemia de tifus en el campo gitano. Todas las mañanas llegaba el carro a llevarse cadáveres. El periódico del gueto informó: «La inmensa mayoría de los cuerpos retirados del campo correspondían a niños».

WINSTON CHURCHILL presentó un documento del Gabinete de Guerra en el que se recomendaba que todos los varones mayores de dieciocho años y medio y menores de cincuenta y uno realizaran el servicio militar obligatorio. Era el 6 de noviembre de 1941. «Hay que seguir adelante con la campaña para dirigir mujeres a las industrias de municiones», aconsejaba también Churchill. Un mes más tarde, el Parlamento aprobó la Ley de Servicio Nacional, que incluía el reclutamiento de las mujeres solteras de entre veinte y treinta años. Las mujeres podían elegir entre unirse a las Fuerzas Armadas o trabajar en una fábrica del gobierno, como la Royal Ordnance Factory de Bridgend, que empleaba a treinta mil personas.

En la fábrica de Bridgend, donde los obreros manufacturaban bombas incendiarias y de potente explosivo, el polvo de TNT teñía la piel, el pelo y los dientes de amarillo; por eso, a las mujeres que llenaban bombas con él las llamaban a veces «canarios». «Los accidentes eran habituales y se producían sobre todo en los talleres de montaje de detonadores —según una historia de Bridgend—. Las principales víctimas eran las jóvenes obreras; las desafortunadas perdían dedos o sufrían lesiones más graves.» Una vez, una gélida mañana, una mujer llevaba una bandeja de detonadores de un edificio a otro. Resbaló y sacudió la bandeja, «provocando que los detonadores explotasen y le destrozaran los pechos».

MIRIAM KORBER y su familia, que eran refugiados rumano-judíos, llegaron a la localidad fronteriza de Atachi, donde habían matado a muchos judíos. «Durante la primera noche en Atachi vi lo que significa realmente la miseria humana — escribió—. Vi niños con los ojos hinchados, los pies congelados, las manitas inútiles; madres con niños muertos en brazos, ancianos y jóvenes envueltos en trapos.» Era el 7 de noviembre de 1941.

Ella y su familia sobrevivieron a la inspección y cruzaron el río hasta Mogilev.

HELMUTH VON MOLTKE estaba en una reunión del Ministerio de Exteriores en Berlín con veinticuatro hombres más. Debatían un decreto legal que expropiaría las propiedades de los judíos deportados. Veinticuatro de los veinticinco querían aprobar el decreto; Moltke estaba en contra.

Los hombres eran camaleones, escribió Moltke a su esposa: «En una sociedad sana, parecen sanos, en una enferma, como la nuestra, parecen enfermos. Y en realidad no son ni una cosa ni la otra. Son mero relleno».

Era el 8 de noviembre de 1941.

DAVID «BUNNY» GARNETT, el novelista que escribió *The War in the Air*, llegó a casa de Frances Partridge para pasar el fin de semana. El hijo de Garnett se había incorporado a una escuadra de salvamento de la Royal Air Force; zarparía en barco para recoger a los aviadores que habían caído al mar. «Bunny desea sinceramente mantener alejado a su hijo del peligro, pero respalda el esfuerzo bélico en todo lo demás», escribió Partridge en su diario.

Comentó esa incoherencia con su marido. «El hecho principal es que es horrible desear que maten a los hijos de otros para conseguir el tipo de vida que quieres o crees deseable», opinaba ella.

Esa noche encendieron la radio y escucharon el discurso de Churchill. «Hizo sonar la espada con mucho estruendo en dirección a Japón», reparó Partridge: si Estados Unidos iba a la guerra contra Japón, dijo Churchill, la declaración de guerra británica llegaría en menos de una hora. También advirtió de otra «ofensiva de paz» procedente de Alemania:

Los culpables que han desencadenado el infierno sobre el mundo tienen la esperanza de escapar, con sus fugaces triunfos y mal habidos despojos, de la red de la perdición que se cierne a su alrededor.

No habría conversaciones de paz, dijo: jamás habría negociación alguna con Hitler o con «cualquier parte de Alemania que represente al régimen nazi». No habría, en otras palabras, negociación con nadie de Alemania que estuviese realmente en posición de ordenar el fin de los combates.

«Atronar de aplausos en la Mansion House o donde sea que se leyó el discurso», escribió Frances Partridge.

Corría un río de sangre, dijo Churchill en el discurso: sangre de judíos y comunistas. «Debemos verlos exactamente como si fuesen bravos soldados que mueren por su país en el campo de batalla», dijo.

Era el 10 de noviembre de 1941.

FELIX KERSTEN daba un masaje al agarrotado estómago de Himmler. Era el 11 de noviembre de 1941.

Himmler estaba deprimido. «Tras mucha presión y mucho preguntarle qué le pasaba, me contó que se está planificando la destrucción de los judíos —anotó Kersten en su diario—. Me horroricé y contesté que era una espantosa crueldad querer destruir a unos hombres solo porque eran judíos.» Himmler dijo que los judíos creaban «podredumbre» y dominaban el mundo a través de las noticias, la prensa, las películas y el arte. Él, Himmler, había intentado organizar una oficina de emigración que obligase a los judíos a irse sin tener que recurrir al

exterminio, pero no había funcionado: los demás países no habían querido acogerlos. Ahora Hitler los quería destruidos.

«Será una gran carga que tendré que sobrellevar», dijo Himmler. Después añadió: «La represalia recorre con zancadas implacables la historia del mundo».

Kersten tenía algo de influencia sobre Himmler, porque sus masajes le ofrecían el único alivio para sus retortijones. «Puesto que trabajo en vano contra el atroz principio con el que Himmler está comprometido —escribió Kersten—, me he prometido que realizaré el máximo de intervenciones especiales posibles para rescatar judíos, con la esperanza de que Himmler conceda una serie de excepciones.»

EL SUBSECRETARIO CADOGAN estaba irritado: treinta y siete bombarderos no habían regresado de una tanda reciente de incursiones. «Nuestras bajas catastróficas del fin de semana debidas a una ignorancia clamorosa de las condiciones atmosféricas —escribió—. *El bombardeo NO afecta a la moral alemana*: a ver si nos lo metemos en la cabeza y no malgastamos nuestros bombardeos en esas incursiones.» Era el 11 de noviembre de 1941.

EN EL MIT, el Laboratorio de Radiación empezó a trabajar en un nuevo tipo de sistema de puntería aérea. Empleaba señales de radar enviadas hacia la tierra desde un bombardero. Las ondas rebotaban de diferente manera según lo que hubiese debajo: agua, campo o edificios. El prototipo se llamó EHIB, abreviatura de *Every House In Berlín* («todas las casas de Berlín»). Era noviembre de 1941.

WINSTON CHURCHILL escribió una carta secreta a lord Linlithgow, virrey de la

India. Era el 12 de noviembre de 1941.

Churchill estaba anonadado, informaba al virrey, por la inminente puesta en libertad de Nehru y el resto de prisioneros, los *détenus* indios. «Sin duda una liberación de los prisioneros como acto de clemencia será proclamada como una victoria del partido de Gandhi —decía Churchill—. Nehru cometerá nuevos delitos», o sea, realizaría más declaraciones en contra de la guerra, «que exigirán que volvamos a pasar por todo el proceso».

EL JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO DE ROOSEVELT, George Marshall, tenía a varios periodistas —de *Time*, *Newsweek*, el *Times*, el *Herald Tribune* y tres agencias— en su despacho, para una sesión informativa. «Estamos preparando una guerra ofensiva contra Japón», dijo Marshall. Habló a los periodistas de las bases aéreas chinas y dijo que había treinta y cinco B-17 en Filipinas, y más de camino. Se estaba planteando un puente aéreo de bombardeo desde Filipinas a Vladivostok. El objetivo era «cubrir la zona entera de potencia aérea». Que sea un secreto, dijo. Era el 15 de noviembre de 1941.

ERNST UDET, el as alemán de la aviación, llevaba un albornoz rojo. Se dirigió a la sala donde guardaba sus armas y metió una bala en un revólver Colt. Los bombardeos en picado con Stukas ya no funcionaban; los nuevos modelos de aviones Heinkel y Messerschmitt que había diseñado no valían; la Luftwaffe era un fracaso.

Se tomó una copa de brandy, se tumbó en la cama y se pegó un tiro. Era el 17 de noviembre de 1941.

Goebbels pergeñó de inmediato una historia diferente: Udet había muerto como un héroe, probando un arma secreta. Se le concedió un funeral de Estado con espadas desenvainadas y un discurso de su viejo compañero de vuelo

Göring. Músicos de la Filarmónica de Berlín tocaron la marcha fúnebre de *El crepúsculo de los dioses* de Wagner.

UN AVIÓN ALEMÁN soltó octavillas sobre Moscú. «Vuestros aliados no os están ayudando de ninguna manera», decían. Un caza de fabricación estadounidense, pilotado por un miembro de las Fuerzas Aéreas rusas, abatió el avión. Era noviembre de 1941.

LA GESTAPO de Bremen anunció una redada de judíos. Católicos, evangélicos y hombres de negocios protestaron con diversos argumentos, algunos de ellos ante el alcalde. Fueron castigados. El transporte partió de Bremen el 18 de noviembre de 1941.

ALFRED ROSENBERG invitó a representantes de la prensa alemana a una sesión informativa secreta sobre la cuestión judía. Era el 18 de noviembre de 1941.

Rosenberg rememoró la Noche de los Cristales Rotos, tres años antes. «El 9 de noviembre fue un día de decisión y destino para nosotros —dijo—. Ese día la judería demostró que representaba la destrucción de Alemania.» Había seis millones de judíos en Rusia, y Rusia formaba parte de Europa. «La cuestión judía solo quedará resuelta para Alemania cuando el último judío haya abandonado el suelo alemán, y para Europa cuando no quede un solo judío en el continente europeo a este lado de los Urales», dijo. Al otro lado de los Urales está Siberia.

Las acciones de Alemania, dijo Rosenberg, debían brotar no del odio personal, sino de una lúcida visión histórica: había que mantener fuera de Europa a los

judíos para siempre. «Por eso es necesario empujarlos al otro lado de los Urales o eliminarlos de algún otro modo», dijo.

Rosenberg dijo a los periodistas que no comentasen o escribieran lo que había dicho. «Resultaría extremadamente perjudicial que la opinión pública llegara a estar al corriente de estas cosas», dijo.

HENRY STIMSON estaba escribiendo en su diario. Él, Knox, Stark, Hull y Marshall habían estado en el Despacho Oval con el presidente, comentando por encima un problema que Roosevelt había sacado a colación. Era probable que los japoneses atacaran pronto, quizá el lunes siguiente, dijo el presidente. «La cuestión era cómo debíamos empujarlos hasta la posición de disparar primero sin dar margen a mucho peligro para nosotros —escribió Stimson—. Era una proposición difícil.» Era el 25 de noviembre de 1941.

DOS ESTUDIANTES se encontraban en un abarrotado tribunal de Filadelfia. Arnold Satterthwait, estudiante del Haverford College, y Frederick Richards, estudiante del Swarthmore College, se declararon culpables cuando los acusaron de negarse a registrarse para el reclutamiento. Richards dijo: «Para un hombre deseoso de trabajar en pos del alivio del sufrimiento humano, el servicio militar obligatorio no deja libertad de conciencia». Satterthwait sostuvo que la bondad y el perdón eran lo bastante flexibles para aguantar los errores del hombre, mientras que la violencia no. «No acierto a entender cómo puede alcanzarse una vida como la que todos deseamos extendiendo el odio, la muerte y el caos por todo el mundo», dijo.

El juez los condenó a un año y un día en una cárcel federal. Era el 26 de noviembre de 1941.

EL GENERAL RAYMOND LEE, el agregado del Aire, hablaba de estrategia británica con varios agregados del Aire más antes de volver a Estados Unidos. ¿Debían seguir bombardeando los ingleses cuando era obvio que no estaba funcionando? Lee antes pensaba que era un error, pero había cambiado de idea: era el único método de ataque disponible. «La moral del pueblo británico exige que se ataque a los alemanes de algún modo —pensaba— y, si cesara el bombardeo, su espíritu se resentiría de inmediato.» Era el 28 de noviembre de 1941.

LA COMPAÑÍA HEINKEL, en Berlín, empezó a usar mano de obra esclava para construir aviones. Los trabajadores procedían del campo de concentración de Sachsenhausen-Oranienburg. Era noviembre de 1941.

Adolf Eichmann, el ayudante de Heydrich, mandó invitaciones para una reunión y posterior bufet. Se trataba de un encuentro importante, sobre «una solución integral a la cuestión judía». Debía celebrarse el 9 de diciembre de 1941, en Wannsee, el próspero barrio residencial donde los Lindbergh habían estado a punto de alquilar una casa.

UN PARLAMENTARIO JAPONÉS, Jiuji Kasai, dijo: «No hay problemas entre Estados Unidos y Japón que no puedan arreglarse mediante una diplomacia pacífica». Era el 28 de noviembre de 1941.

Al día siguiente, el rabino Herbert S. Goldstein, de la sinagoga institucional del West Side de Nueva York, ofreció una plegaria por los representantes políticos de Estados Unidos y Japón. «Que sean conscientes —dijo el rabino Goldstein— del espantoso sacrificio en vida, sangre y seguridad que deberá ofrecerse si estallan las hostilidades entre las dos naciones.»

ROYAL LEONARD partió de China para contratar a pilotos de bombardero estadounidenses. Eran los primeros días de diciembre de 1941. «Chennault y yo teníamos ya trazados nuestros propios planes para llevar adelante la guerra contra Japón —escribió—. El gobierno de Estados Unidos nos había prometido por lo menos veintisiete nuevos bombarderos ligeros Hudson con una autonomía de tres mil kilómetros bajo una carga de bombas efectiva.» Sin embargo, entonces pasó algo en Hawai. «Nuestro sueño máspreciado, el bombardeo de Nagasaki, no estaba destinado a hacerse realidad entonces», escribió Leonard.

LLEGÓ UN CARGAMENTO DE PATATAS al gueto de Varsovia. Iba de camino a los soldados del frente, pero entonces se congeló, de modo que en vez de eso se lo dieron a los judíos. Fritas en aceite de cáñamo, las patatas daban para unas tortitas excelentes, escribió Mary Berg. «Dondequiera que vaya, el olor a tortitas fritas de patata me llega a la nariz.» Era el 1 de diciembre de 1941.

EN JAPÓN, el doctor Toyohiko Kagawa, el pacifista cristiano japonés, recibió un cable de Stanley Jones, un teólogo metodista y estudiante de Gandhi. Jones decía estar rezando para prevenir una catástrofe en el Pacífico y sugería que Kagawa hiciera lo mismo. Kagawa y doscientos seguidores empezaron a rezar sin tregua, día y noche. Era el 1 de diciembre de 1941.

EL DOCTOR SAMUEL HARDEN CHURCH, presidente del Instituto Carnegie, reclamaba la creación de un ejército judío. Era el 4 de diciembre de 1941. Church opinaba que debería estar formado por hasta doscientos mil judíos

estadounidenses, que quedarían libres del reclutamiento, serían adiestrados en Canadá y pertrechados con armamento de Préstamo y Arriendo. Church dijo, en su alocución: «Los judíos combatirán con feroz determinación para infligir una revancha tan terrible que la historia no ofrecerá parangón para su ejecución consumada». Y cuando los judíos hubiesen acabado de combatir a Hitler, irían a Jerusalén, «para devolver a ese antiguo redil a todos los afligidos refugiados, inspirados a la búsqueda de una nueva existencia allá donde el rey David y aquellos poderosos hombres de Israel tuvieron sus reales durante muchos siglos».

LIBERABAN A NEHRU de la cárcel, junto con quinientos miembros más del Partido del Congreso Indio. «El único significado que puedo atribuir a su puesta en libertad —dijo Gandhi a un periodista— es que el gobierno de la India espera que los prisioneros hayan cambiado de opinión a propósito de su soledad forzosa. Yo tengo la esperanza de que el gobierno no tarde en desengañarse.» Era el 4 de diciembre de 1941.

ALGUIEN FILTRÓ el texto completo del Programa Victoria a un periodista del *Chicago Tribune*. En el *Tribune* y su periódico hermano, el *Times-Herald* de Washington —los dos contrarios a Roosevelt y aislacionistas— aparecieron enormes titulares:

¡LOS PLANES DE GUERRA DE FDR!
LA META ES 10 MILLONES DE HOMBRES ARMADOS;
LA MITAD LUCHARÁN EN LA AEF.

«AEF» eran las siglas inglesas de Fuerza Expedicionaria Americana.

«Una de las pocas copias existentes de este asombroso documento —escribía el periodista del *Tribune*—, que presenta decisiones y compromisos que afectan al destino de los pueblos de todo el mundo civilizado, ha llegado hoy a disposición del *Tribune*. Se trata del proyecto de una guerra total a una escala sin precedentes en al menos dos océanos y tres continentes, Europa, África y Asia.» La noticia apareció en la edición vespertina del 4 de diciembre de 1941.

Albert Wedemeyer, que había redactado buena parte del documento, estaba horrorizado. «A medida que iba leyendo, me quedó clarísimo que el corresponsal del *Chicago Tribune* había publicado una reproducción exacta de las secciones más importantes del Programa Victoria, en el que llevaba trabajando día y noche los últimos meses», escribió más tarde.

El plan describía una guerra larga y lenta, en la que el primer ataque terrestre no llegaría hasta 1943. Y era una guerra contra el pueblo alemán, mediante hambre, bombas y también palabras: «Hay que debilitar el apoyo popular al esfuerzo bélico en los pueblos de las potencias del Eje, y quebrantar su confianza mediante actividades subversivas, propaganda, privaciones y la destrucción sembrada». Contra Japón, Estados Unidos utilizaría «métodos estratégicos».

UN PERIODISTA preguntó a Roosevelt por los supuestos planes de guerra. «No creo que tenga ninguna noticia al respecto», contestó Roosevelt. Después, ordenó una investigación de la filtración, y agentes del FBI interrogaron a Wedemeyer con detenimiento acerca de sus simpatías alemanas. Sin embargo, Wedemeyer no era el culpable: el senador Burton Wheeler dijo más tarde que Hap Arnold, el jefe de las Fuerzas Aéreas del Ejército, le había dado los planes, y que él se los había hecho llegar al *Chicago Tribune*.

Wedemeyer, sin embargo, sospechaba que el presidente Roosevelt en persona quería que se hiciesen públicos los planes. «No tengo pruebas fehacientes —le contó al historiador Thomas Fielding años más tarde—, pero siempre he estado

convencido, en una especie de nivel intuitivo, de que el presidente Roosevelt lo autorizó.»

Fuera quien fuese quien filtró el Programa Victoria, actuó como una provocación adicional. El titular de un periódico japonés anunciaba: «Salen a la luz planes secretos de Estados Unidos contra Japón y Alemania».

JOHN DANAHER, un republicano de Connecticut, dio un discurso en el Senado. «La opinión actual es que Estados Unidos no puede empezar una ofensiva militar eficaz durante al menos dos años», dijo; ¿cuántos de los hambrientos de Europa estarían vivos para entonces? El hambre, sostenía él, no era un arma legítima. «Tan cierto es esto que, aun si alimentar a los desdichados belgas, polacos, franceses, griegos y demás resultase una ayuda de algún tipo para Alemania, seguiría siendo el deber de Estados Unidos, con enormes superávit y cargueros disponibles, efectuar ese trabajo.» Era el 4 de diciembre de 1941.

EN HOLLYWOOD, Thomas Mann grabó un mensaje de propaganda. Llegó a los oyentes alemanes a través de la BBC. «Conocéis los crímenes inenarrables que se han cometido y se siguen cometiendo en Rusia, contra los polacos y los judíos —dijo Mann—, pero preferís no conocerlos por vuestro justificado horror a lo igualmente inenarrable, el gigantesco odio que algún día os engullirá cuando ceda la fuerza de vuestros hombres y vuestras máquinas.»

Era el 6 de diciembre de 1941.

LORD HANKEY escribió a Churchill sobre un modo de matar a muchos animales —y personas, también— en Alemania. Era el 6 de diciembre de 1941.

«El único método técnicamente viable en este momento es el uso de ántrax contra el ganado por medio de tortas infectadas y lanzadas desde aviones», informó Hankey al primer ministro. «Los experimentos que se han realizado — decía— ofrecen una buena base para suponer que podría matarse a cifras considerables de animales con este método si se utilizase a una escala suficiente en la época del año en que el ganado está al aire libre.»

Para matar ganado, explicaba Hankey, hacían falta muchas bacterias de ántrax, además de dos millones de tortas para ganado y personas y máquinas que inyectaran los gérmenes de ántrax en ellas.

Churchill aprobó el plan. Así empezó la Operación Vegetariano: la creación de millones de tortas, que esperaban almacenadas una orden del primer ministro. Al final, el Ejército ruso, y años de bombardeo incendiario sin tregua, se demostraron suficientes para forzar una rendición incondicional.

EL EMBAJADOR CHINO, el doctor Hu Shih, visitó al presidente Roosevelt en su estudio. Era domingo, 7 de diciembre de 1941. Roosevelt, a quien su médico había administrado su dosis diaria de gotas para la nariz, leyó en voz alta para Hu Shih la carta al emperador de Japón que había enviado a las nueve de la noche anterior. De vez en cuando, mientras Hu Shih escuchaba, Roosevelt hacía una pausa y alababa su propia maña. «Ahí le he dado; una buena frase, elocuente», decía.

La carta al emperador Hiro-Hito hablaba ampulosamente de un largo período de paz ininterrumpida y de los acontecimientos nuevos y sus «trágicas posibilidades». Acababa del siguiente modo:

Me dirijo a Su Majestad en este momento con la ferviente esperanza de que Su Majestad pueda, como estoy haciendo yo, reflexionar en esta clara emergencia sobre los modos de conjurar los oscuros nubarrones. Tengo confianza en que los dos, por el bien de los pueblos, no solo de nuestros grandes países sino por el bien de la humanidad en los territorios vecinos, tengamos el sagrado deber de restaurar la amistad tradicional y evitar mayores muertes y destrucción en el mundo.

Roosevelt paró en un momento dado. «Esto quedará bien», dijo.

El embajador Hu Shih se despidió y el presidente se puso a trabajar en su colección de sellos, escogiendo entre el sobre semanal de novedades filatélicas que le enviaba el Departamento de Estado.

PILOTOS JAPONESES despegaron de seis portaaviones y volaron hasta Pearl Harbor, una base naval cercana a Honolulu. Era el 7 de diciembre de 1941.

Sus bombas hundieron dieciocho buques estadounidenses y mataron a más de dos mil personas. Un piloto japonés que fue abatido llevaba encima una botella de whisky, palillos, galletas de rancho, polvo dentífrico y una hoja de la buena suerte dibujada a mano.

La hoja del piloto contenía dibujos de buques estadounidenses estallando y hundiéndose. Ponía, en inglés: «¡Malditos! ¡Id al infierno!». En japonés, decía: «¡Escuchad la voz del destino! ¡Abrid los ojos, estúpidos ciegos!».

Decenas de civiles de Honolulu murieron también, víctimas de obuses antiaéreos estadounidenses mal apuntados.

CHURCHILL ESTABA TACITURNO y poco comunicativo después de cenar en Chequers. Lo acompañaban su guardaespaldas, su secretario privado y dos estadounidenses: Averell Harriman, el enviado de Roosevelt a Europa, y el embajador John Winant. El ayuda de cámara de Churchill, Sawyers, le llevó una pequeña radio portátil —regalo de Harry Hopkins— para que pudieran escuchar todas las noticias. Era el 7 de diciembre de 1941.

Un locutor de la BBC dijo algo de un ataque aéreo japonés. Harriman creyó haber oído que se trataba de una incursión contra Pearl Harbor; el guardaespaldas, Thompson, dijo que no, que era un ataque contra Pearl River.

«El primer ministro —recordaría Harriman más tarde—, recobrándose de su letargo, cerró la tapa de la radio y se levantó de la silla.» Le dijo a su secretario que llamara al presidente. «Señor presidente, ¿qué es esto que dicen de Japón?», preguntó Churchill.

«Nos han atacado en Pearl Harbor —dijo Roosevelt—. Ahora estamos todos en el mismo barco.» El embajador Winant cogió el teléfono; Churchill le oyó decir algo parecido a «esto simplifica las cosas». Martin, el secretario, recordaba: «La reacción dominante de Winant fue de euforia ante la certeza de que ahora Estados Unidos estaba sin ninguna duda en la guerra». Los dos estadounidenses, observó Churchill, se tomaron la noticia «con admirable entereza. A decir verdad, casi podría haberse pensado que los habían aliviado de un prolongado dolor».

Churchill empezó a planificar un viaje a Estados Unidos.

JAMES ROOSEVELT entró en el despacho de su padre esa tarde. El presidente estaba muy tranquilo. «Tenía fuera la colección de sellos que tanto amaba y estaba ojeando algunos cuando entré», recordaba su hijo.

Sin alzar la vista, el presidente dijo: «Es grave, es bastante grave».

EL REVERENDO HARRY FOSDICK, el opositor a la guerra, estaba sentado en su estudio de la torre de la iglesia de Riverside, con un micrófono delante. Estaba realizando su retransmisión religiosa semanal en NBC Radio, *National Vespers*. El coro acababa de cantar «O Come, O Come, Emmanuel». Todavía era el 7 de diciembre de 1941.

«Este público radiofónico está lleno de personas que se sienten como árboles en un vendaval —dijo el reverendo Fosdick—. Hoy los vientos son terroríficos.»

Un locutor interrumpió para anunciar que el presidente Roosevelt había

convocado una reunión del gabinete a raíz del ataque contra Hawai. Después un presentador de noticias conectó en directo desde la azotea de la KGU en Honolulu. «No es ninguna broma, esto es la auténtica guerra», dijo el hombre de la KGU. El presentador pasó a la Sala de Prensa de la Casa Blanca, donde el corresponsal H. R. Baukhage dijo que un potente buque había sido torpedeado a mil trescientas millas de San Francisco y que los japoneses estaban «activos con submarinos en nuestras propias aguas».

Apenas el día antes, dijo Baukhage, había hablado con Saburo Kurusu, el enviado especial de Japón, que le había dicho que el 90 por ciento de los japoneses se oponían a la guerra... pero que la mayoría de ellos estaban dispuestos a luchar por China. Baukhage recordó cuando, dos años atrás, en el centro de transmisiones de Berlín, dio la noticia de que Hitler había atacado Polonia. «Debo decir que allí existía exactamente el mismo sentimiento, por lo menos entre el pueblo llano —dijo Baukhage—. Supuso un golpe tremendo para el pueblo en su conjunto.»

Volvió *National Vespers*, con el himno «Break Thou the Bread of Life». Después regresó Baukhage para anunciar que Stephen Early, secretario de Prensa del presidente, acababa de repartir copias de la carta de Roosevelt al emperador de Japón, la carta en que expresaba una ferviente esperanza de que siguiera habiendo modos de conjurar los nubarrones.

Baukhage leyó en voz alta largos pasajes de la carta de Roosevelt, con voz dulce y cantarina. Sonaba como un sermón.

HENRY MORGENTHAU estaba con el secretario de la Marina, Frank Knox, cuando recibió un informe de los daños en Pearl Harbor. «Knox está hecho polvo —escribió Morgenthau en su diario—. Tienen la flota entera en un sitio; ¡la flota entera estaba en esa pequeña base de Pearl Harbor! Jamás podrán explicarlo.»

ESA NOCHE, EN WASHINGTON, Edgar Mowrer no podía dormir. Pensaba que el hombre del bar de Manila tenía razón. «Y si un miembro de la Comisión Marítima conocía el destino de la flota japonesa, ¿por qué el presidente, por qué Knox, Stimson y Hull, que se esperaban la guerra, no lo habían conocido y tomado las precauciones necesarias?»

Y entonces Mowrer cayó en la cuenta: «¡Nada salvo un *ataque directo podría haber metido a Estados Unidos en la guerra!* Allí estaba el “vuelco” que tanto Churchill como T. V. Soong estaban esperando».

Los señores de la guerra japoneses, concluyó Mowrer, habían salvado al mundo libre.

AVIONES JAPONESES volaron hasta Clark Field, la base aérea estadounidense en Luzón, Filipinas. Los pilotos miraron abajo y vieron hileras de cazas y Fortalezas Volantes B-17 aparcados en el suelo. Destruyeron la mitad con sus bombas. Era el 8 de diciembre de 1941.

ELEANOR ROOSEVELT escribió su columna «Mi día» para el periódico. «Por fin, la desgracia ha caído, y hemos sido atacados —decía—. Como nuestra nación ha estado a la altura de las reglas de la civilización, probablemente necesitaremos unos cuantos días para alcanzar a nuestro enemigo, pero nadie de este país pondrá en duda el resultado final.» Era el 8 de diciembre de 1941.

LA POLICÍA fue a todos los restaurantes japoneses de la ciudad de Nueva York. Era el 8 de diciembre de 1941. Permitieron que los clientes acabaran de comer, y luego acompañaron a casa al personal y los propietarios. El FBI empezó a

arrestar a los integrantes de una lista. Un detenido japonés era banquero, dos importaban seda, otro exportaba perlas y uno era un médico licenciado por la Universidad de Nueva York en 1922. Lo pusieron bajo custodia en su casa de Park Avenue, donde vivía con su mujer y su hija. «Es una situación desafortunada», dijo. Un agente especial del FBI explicó a los periodistas: «Estamos en guerra y se ha impuesto una censura en Washington. He recibido instrucciones de no hacer comentarios a la prensa».

Al final del día, centenares de ciudadanos japoneses estaban bajo custodia en todo el país, dijo el fiscal general Biddle, y se esperaban más detenciones. Biddle explicó que los detenidos probablemente acabarían en dos puestos del Ejército abandonados, donde el gobierno ya retenía a italianos y alemanes: Fort Missoula albergaba a mil italianos, y Fort Lincoln, en Dakota del Norte, a trescientos alemanes. «Una gran cacería de hombres estaba en marcha», escribió el *Los Angeles Times*.

WINSTON Y CLEMENTINE CHURCHILL acudieron a una sesión de la Cámara de los Comunes convocada a toda prisa. Era el 8 de diciembre de 1941.

Chips Channon escuchó a Churchill declarar la guerra a Japón, adelantándose a Roosevelt, aunque este le hubiese pedido que esperara. Mientras Churchill hablaba, alguien le susurró a Channon lo afortunado que era el primer ministro: «Rusia salvó al gobierno en julio; ahora Japón hará lo mismo».

Churchill escribió: «Saturado y ahído de emoción y sensación, me acosté y dormí el sueño de los salvados y agradecidos».

EL PRESIDENTE ROOSEVELT, con capa y un brazalete negro, llegó con Eleanor al Capitolio para pronunciar un discurso. Soldados del Ejército y marines armados con bayonetas vigilaban los accesos. El presidente pidió al Congreso que

declarase la guerra al Imperio japonés, en respuesta a su «ruin y no provocado ataque». Se habían perdido muchísimas vidas, dijo. Al final del discurso, sonrió y saludó con la mano. Era el 8 de diciembre de 1941.

Antes de la votación plenaria, hubo peroratas de denuncia y lecturas de poesía patriótica. «Los japoneses, como diablillos asesinos del infierno, nos agarran de la garganta», dijo el congresista Homer Angell de Oregón. Japón había golpeado como una serpiente, dijo el diputado John Gibson de Georgia, y sucumbiría: «Sí, sucumbirá ante el poderío del pueblo al que tan injustamente atacó».

Al mismo tiempo, la congresista Jeannette Rankin, la pacifista de Montana, quiso hacer una declaración. «Señor presidente de la Cámara, pido la palabra», dijo. El presidente, Sam Rayburn, no le hizo caso. La congresista volvió a intentarlo: «Señor presidente, una cuestión de procedimiento». Siguieron sin hacerle caso. «Siéntate, hermana», gritó alguien. Un congresista le dijo: «Es que han bombardeado Pearl Harbor».

«Matar más gente no servirá de nada», dijo Rankin.

Cuando oyó su nombre en la lista, se puso en pie. «Como mujer no puedo ir a la guerra —dijo—, y me niego a mandar a ningún otro.»

El suyo fue el único voto en contra, y recibió silbidos y abucheos. En guardarropía, varios oficiales militares la insultaron a gritos. «¡Están bebidos!», dijo Rankin, y se refugió en una cabina de teléfonos.

Más tarde, le dijo a un colega que los diputados la habían presionado para que la votación fuese por unanimidad; aun así, era esa insistencia en la uniformidad, esa intolerancia con la disidencia, eso era precisamente lo malo del otro lado en la guerra. No, pensó Rankin, voy a depositar un voto por la democracia.

EN UNA MANSIÓN próxima a un río en Chelmno, cerca de Łódź, en Polonia, unos soldados ordenaron a unos prisioneros desnudos que subiesen a una furgoneta gris aparcada al final de una rampa. Los soldados cerraron las puertas con llave y

el conductor arrancó el motor, que estaba modificado de tal modo que los gases del tubo de escape fluían directamente al espacio en el que estaban atrapados los prisioneros. «Al cabo de unos pocos minutos los gritos y gemidos de la gente poco a poco fueron remitiendo», explicó más tarde el conductor de la furgoneta. Condujo hasta una fosa en un claro de un bosque de las inmediaciones. Cuando llegó, los prisioneros estaban muertos.

La primera fábrica de matar nazi estaba ya en funcionamiento. Era el 8 de diciembre de 1941.

FREDA KIRCHWEY, la directora de *The Nation*, escribió una columna después de Pearl Harbor: «Los frutos del apaciguamiento han estallado —decía—. El horror ha unido Estados Unidos. Hoy nos amamos unos a otros y a nuestro país. Experimentamos una feliz sensación de unión que nos hincha el corazón; el odio y el desprecio a nuestro enemigo corren cálidos por nuestras venas».

«LA GUERRA SE ESTÁ EXTENDIENDO a todo el planeta —escribió Mihail Sebastian en Bucarest—. Todo es más serio, más complejo y más oscuro.» Era el 8 de diciembre de 1941.

FREDERICK LIBBY, el director del Consejo Nacional para la Prevención de la Guerra, realizó un anuncio. El grupo no pondría trabas al esfuerzo bélico, dijo, pero seguiría «apoyando el método de la negociación, que debería adoptarse lo antes posible en cuanto esta resulte viable». Era el 8 de diciembre de 1941.

REINHARD HEYDRICH se puso en contacto apresuradamente con los invitados a la conferencia de Wannsee, la programada para el 9 de diciembre para debatir la cuestión judía. Quedaba pospuesta hasta enero.

UN MILLÓN DE NIÑOS y cuarenta mil profesores salieron de sus aulas a las calles de Nueva York. Se habían disparado las alarmas antiaéreas en toda la ciudad. Era el 9 de diciembre de 1941.

«Veloz y tranquilamente las escuelas del sistema más grande del mundo se vaciaron en quince minutos —escribió *The New York Times*—. No pudo apreciarse ni un atisbo de pánico.» Los colegios religiosos no estaban al corriente del simulacro, sin embargo. Las hermanas de la escuela de la iglesia de Nuestra Señora de la Misericordia se acercaron a un agente de policía en la calle y le preguntaron si había un ataque aéreo real.

Un niño de ocho años le dijo a su compañero que llegaban un millón de aviones de Hitler. «Pero los polis van a cargárselos a todos.»

MARY BERG, en Varsovia, oyó que los alemanes habían pasado por el gueto de Łódź confiscando todas las pieles, la ropa interior de abrigo y las prendas de lana. A continuación le tocaba a Varsovia, le dijeron.

Sin embargo, la entrada de Estados Unidos en la guerra había insuflado una nueva esperanza a su gueto. «La mayoría cree que ahora la guerra no durará mucho y que la victoria de los Aliados es segura», escribió. Los guardias de las puertas tenían mala cara, y algunos se mostraban menos insolentes. «En otros —reparó—, el efecto ha sido todo lo contrario, y están más insoportables que nunca.» Era el 9 de diciembre de 1941.

EN LONDRES, Chips Channon compartió una de sus últimas magnums de Krug 1920 con Averell Harriman, el enviado «cetrino y distinguido» del presidente Roosevelt, al que empezaba a conocer. «Hablamos mucho de una posible invasión japonesa de California —escribió Channon—. Averell espera que bombardeen las ciudades estadounidenses, para ver si la gente despierta. Criticó a los aislacionistas americanos con saña.» Era el 9 de diciembre de 1941.

WILLIAM ALLEN WHITE publicó un editorial en su periódico, la *Gazette* de Emporia. Trataba del voto de Jeannette Rankin en la Cámara de Representantes.

«La *Gazette* discrepa por completo de la sensatez de su postura —escribió White—. Pero ¡madre mía, qué valor!» Había, decía White, cien congresistas a los que les hubiese gustado votar que no. «Ninguno de ellos tuvo coraje para hacerlo.»

Era el 10 de diciembre de 1941.

LOS ENCUESTADORES DE GEORGE GALLUP llamaron a gente para hacerles una pregunta: «¿Deberían las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos bombardear ciudades de Japón?». Un 67 por ciento respondió que sí. Algunos dijeron que sí, si Japón bombardeaba antes Estados Unidos. Otros no estaban seguros. Un 10 por ciento —que representaba a doce millones de ciudadanos— se oponía por completo.

Doce millones de personas todavía se mantenían fieles al principio básico de la civilización de Franklin Roosevelt: que ningún hombre debería ser castigado por los actos de otro. Franklin D. Roosevelt no era una de ellas.

Era el 10 de diciembre de 1941.

JOSEPH GOEBBELS recordaba al gran boxeador alemán Max Schmeling. Schmeling había derrotado a Joe Louis en un combate, pero luego, en otro posterior, había cometido el error de reservar sus fuerzas y por eso lo habían noqueado en el primer asalto. «A lo mejor los japoneses, también, tienen la oportunidad de asestar a los norteamericanos un golpe tan letal en sus primeros compases que Estados Unidos quede significativamente debilitado en su capacidad naval y deje de poder lanzar contraataques exitosos», escribió. Quizá, asimismo, pensó, Estados Unidos no daría tantos aviones y armas a Inglaterra, porque en adelante los necesitaría para su lucha con Japón.

Se había obrado un cambio en Hitler, observó Goebbels. «El Führer una vez más irradia optimismo y confianza en la victoria. Da gusto, tras tener que digerir tantas noticias desagradables durante muchos días, volver a estar en contacto directo con él.» Era el 10 de diciembre de 1941.

LORD HALIFAX escribió una carta a un amigo en Inglaterra. «¿No es asombroso este asunto de los japoneses? —decía—. Yo había apostado por que no entrarían al trapo todavía.» Ahora que lo habían hecho, sin embargo, lo bueno era que Estados Unidos iba a trabajar más duro: «El presidente me ha dicho hoy que pasarán a una semana de siete días y un día de veinticuatro horas, y me ha enseñado un gráfico de lo que creen que hará eso con su producción».

Era posible que los japoneses «rompan mucha loza» en el corto plazo, preveía Halifax, pero al final verían que habían cometido un gran error. «Esos pequeños cerdos... espero que se lleven una buena paliza.»

UN RESIDENTE DE DETROIT escribió una carta anónima al secretario de Prensa de

Roosevelt. «Fue un buen discurso el que hizo el presidente la otra noche —decía el autor—, pero creo que tiende a pasarse de idealista.

Al infierno con los ideales, hasta que hayamos fulminado a esos matones internacionales. Hay que machacarlos hasta que se den por vencidos, y luego volver a machacarlos. Esas traicioneras ratas amarillas solo entienden un lenguaje, la FUERZA. Vamos a darles diez veces lo que nos han dado ellos. Los dejaremos donde estaban cuando los descubrimos.

Lo mismo valía para Hitler y Muss decía el autor de la carta. Era el 10 de diciembre de 1941.

BOMBARDEROS EN PICADO JAPONESES, despegados de Saigón, hundieron el *Prince of Wales*, el buque en el que Churchill había zarpado para encontrarse con Roosevelt y firmar la Carta del Atlántico. La mitad de sus tripulantes murieron. Era el 10 de diciembre de 1941.

Harold Nicolson, al cruzar Oxford Circus, leyó un cartel: HUNDIDOS EL *PRINCE OF WALES* Y EL *REPULSE*. El cruce empezó a darle vueltas. «Al Beefsteak tan rápido como me llevan las piernas —escribió Nicolson—, donde puedo tomarme una copa de jerez para reanimarme.» Era el 10 de diciembre de 1941.

LORD PORTAL hizo una sugerencia a Churchill. El mariscal del Aire Richard Peirse, jefe del Mando de Bombardeo, no había logrado unos resultados satisfactorios. ¿Sería posible trasladar a Peirse a Extremo Oriente en un mes o así y ascender a Arthur Harris para que ocupara su puesto? Era diciembre de 1941.

Winston Churchill dijo que sí. Churchill, Portal y Bombardero Harris: ya

estaban en sus puestos los líderes británicos de las tormentas de fuego pangermánicas de 1942, 1943, 1944 y 1945.

VICTOR KLEMPERER, en Dresde, estaba en el colmado. Oyó la voz de Hitler por la radio pero no entendió lo que decía. «¿Se ha declarado la guerra a Estados Unidos?», le preguntó al tendero.

«No lo sé, estoy ocupado», respondió este.

Más tarde, Klemperer leyó la denuncia de Roosevelt que había hecho Hitler: «Era el judío en toda su vileza satánica, que se reunía en torno a este hombre, pero hacia el que este hombre también tendía la mano». El lenguaje del imperio «forzado hasta el punto del absurdo», pensó Klemperer. Era el 11 de diciembre de 1941.

OTRO TRANSPORTE DE JUDÍOS —hombres, mujeres y niños— fue enviado en tren desde Krefeld a Düsseldorf, a unos veinticinco kilómetros. Era el 11 de diciembre de 1941.

En Düsseldorf, hombres de la Gestapo y las SS hicieron desfilar a los judíos por la ciudad hasta un matadero. El matadero se usaba como terminal de deportación porque estaba en un lugar apartado y porque tenía largas rampas de carga... y a lo mejor también porque era un matadero. Los judíos partieron rumbo al gueto de Riga al día siguiente.

En Riga, un oficial de las SS llamado Friedrich Jeckeln ejecutó las órdenes de Himmler: «Fueron fusilados —le contó más tarde a un interrogador—, en un bosquecillo de las afueras a unos tres kilómetros de Riga, en el lado izquierdo de la carretera, entre esta y las vías del tren».

EL PRESIDENTE ROOSEVELT leyó una copia preliminar de «El carrusel de Washington», una columna de periódico distribuida a muchos diarios obra de Drew Pearson y Robert S. Allen. Pearson y Allen afirmaban que Pearl Harbor había sido «la mayor derrota naval en la historia de esta nación». Roosevelt se enfadó —estaba reprimiendo todos los detalles del desastre— y le pidió a J. Edgar Hoover, director del FBI, que se pusiera en contacto con los columnistas y los amenazase con retirarles sus privilegios de prensa. Hoover se reunió con Pearson y Allen y ellos retiraron la columna. Era el 12 de diciembre de 1941.

GOEBBELS ESTABA en la Cancillería del Reich escuchando hablar a Hitler con los dirigentes del partido. Habló de Rusia, Pearl Harbor y la guerra con Estados Unidos. Después habló de los judíos. «A propósito de la cuestión judía, el Führer ha decidido cortar por lo sano —escribió después Goebbels en su diario—. La guerra mundial está aquí, y el aniquilamiento de los judíos debe ser la consecuencia necesaria.» Era el 12 de diciembre de 1941.

Los soldados alemanes se estaban congelando en el frente, y Goebbels se volcó en la campaña Socorro Invernal. En un discurso, pidió al pueblo alemán que donase:

Chanclos, a ser posible con forro o forrados de piel; ropa de abrigo de lana, calcetines, leotardos, ropa interior gruesa, chalecos o jerséis; prendas interiores calientes, sobre todo de lana, camisetas interiores, protecciones para el pecho y los pulmones; cualquier tipo de prenda de abrigo para la cabeza, orejeras, muñequeras, protectores para los oídos, gorros de lana; pieles en todos los sentidos de la palabra, chaquetas de piel y chalecos de piel, botas de piel de toda clase y de todas las tallas; mantas, sobre todo colchas de piel, guantes gruesos y calientes, una vez más sobre todo los de cuero y forrados de piel, o guantes de lana y mitones de lana; en general todo lo de lana se necesita con urgencia en el frente y será doblemente bienvenido.

La guerra, dijo Goebbels, decidiría la «existencia, o no existencia, de la nación alemana».

EN LA IGLESIA DE LA COMUNIDAD DE NUEVA YORK, John Haynes Holmes, el pacifista y dramaturgo, leyó el primer sermón que había escrito desde Pearl Harbor. «Más significativa que cualquier acción de Estados Unidos en defensa de sus intereses nacionales fue su reacción instantánea de revancha, venganza, castigo y muerte al enemigo —dijo Holmes—. De semejante maldad no puede salir nada bueno, sino solo desastre y perdición inconmensurables.» Recuperó la descripción que hizo san Agustín de una victoria romana, en la que el conquistador acabó pareciéndose al conquistado. «El precioso tesoro de nuestra civilización —dijo—, está a punto de ser barrido.» Era el 14 de diciembre de 1941.

MIHAIL SEBASTIAN oyó que el *Struma*, el buque de refugiados, había llegado a Estambul. «Esas personas todavía tienen una vida», escribió. Era el 15 de diciembre de 1941.

En realidad, sin embargo, esas personas no tenían una vida. El gobierno británico no quiso dejar que el barco siguiese hacia Palestina, y el gobierno turco no quiso dejar que los pasajeros desembarcaran. Después de dos meses, los turcos remolcaron el buque hasta el mar Negro, donde lo hundió un torpedo ruso. Sobrevivió un pasajero.

HANS FRANK, el gobernador general de Polonia, estaba hablando con varios de sus subordinados. Iba a celebrarse una importante conferencia sobre los judíos en Berlín en enero, les informó Frank. «Está a punto de comenzar una gran inmigración»: mandarían al este a los judíos de Alemania. Sin embargo, cuando

los mandasen al este —cuando llegasen al territorio de Hans Frank—, ¿qué sería de ellos?

Los judíos eran comedores perniciosos, dijo Frank, y había, si se incluía a los judíos de raza mixta, tres millones y medio de ellos viviendo ya en el Gobierno General. «No podemos fusilar o envenenar a esos tres millones y medio de judíos, pero con todo seremos capaces de tomar medidas, que conducirán, de algún modo, a su aniquilamiento —dijo Frank—. El Gobierno General debe quedar libre de judíos, igual que el Reich.» Era el 16 de diciembre de 1941.

EZRA KRAUS, un botánico de la Universidad de Chicago, tuvo una idea sobre cómo ganar la guerra contra Japón. Era el 18 de diciembre de 1941.

Rociar los arrozales con niveles tóxicos de hormonas del crecimiento, opinaba Kraus, «sería un medio viable y comparativamente sencillo de destruir las cosechas de arroz, alimento básico de los japoneses».

El trabajo de Kraus lo llevó a experimentar con dos hormonas sintéticas —2, 4-D y 2, 4, 5-T—, componentes de un defoliante que más tarde se conocería como agente naranja.

ADOLF HITLER cesó al general Brauchitsch. Era el 19 de diciembre de 1941. Ochocientos mil alemanes y millones de rusos se habían matado entre ellos, y aun así Moscú no había caído aún. «En consecuencia, he resuelto hoy, dadas estas circunstancias, tomar en persona el mando del Ejército en mi calidad de comandante supremo de las Fuerzas Armadas alemanas», dijo Hitler.

CLEMENTINE CHURCHILL escribió una carta a su marido. Su campaña de

recaudación de fondos para Rusia iba bien, decía, y allá donde fuera en Londres, la gente era buena, amable y le preguntaba por él, sobre todo los más mayores. «En fin, mi amado Winston —decía—, que Dios vele por ti y te inspire para elaborar buenos planes con el presidente. En la actualidad vivimos en un mundo horrible, Europa tomada por los puercos nazis y Extremo Oriente por los piojos amarillos japoneses.»

Era el 19 de diciembre de 1941.

EL *BOMBAY CHRONICLE* preguntó a Mohandas Gandhi qué pensaba de que Estados Unidos hubiese entrado en la guerra. Era el 20 de diciembre de 1941.

«No puedo ver con buenos ojos esta entrada de Estados Unidos —dijo Gandhi—. Por su inmensidad territorial, su asombrosa energía, su estatus financiero sin parangón y a causa del carácter mezclado de su pueblo, es el único país que podría haber salvado al mundo de la carnicería inimaginable que se está produciendo.» Ahora, decía, no quedaba ninguna nación poderosa para mediar y traer la paz que todos los pueblos deseaban. «Es un fenómeno extraño —dijo— que el deseo humano se vea paralizado por el efecto subrepticio de la fiebre bélica.»

CHURCHILL ESCRIBIÓ un memorándum a los jefes del Estado Mayor sobre la futura dirección de la guerra. «La quema de ciudades japonesas mediante bombas incendiarias hará ver de modo sumamente eficaz al pueblo de Japón los peligros del rumbo que han adoptado», escribió. Era el 20 de diciembre de 1941.

LA REVISTA *LIFE* publicó un artículo sobre cómo distinguir a una persona

japonesa de una china. Era el 22 de diciembre de 1941.

Los chinos tienen narices de caballete fino y la piel de un amarillo de pergamino, y son relativamente altos y esbeltos, decía el artículo. Los japoneses, en cambio, son chatos y achaparrados, lo que revela su ascendencia aborigen. «El japo moderno es el descendiente de los mongoloides que invadieron el archipiélago japonés allá en las nieblas de la prehistoria, y de los aborígenes nativos que poseían las islas antes que ellos», explicaba *Life*. La fotografía que acompañaba al artículo era la del primer ministro japonés, Hideki Tojo.

EN EL GUETO DE ŁÓDŹ empezaron a llevarse a los gitanos con camiones. Iban a Chelmno, el nuevo campo de la muerte, donde los asesinaban con gases de tubo de escape y los enterraban. Era justo antes de la Navidad de 1941.

AVIONES RUSOS soltaron tarjetas de Navidad sobre las tropas alemanas del frente. Era el 24 de diciembre de 1941.

Una tarjeta reproducía fotografías de familias de soldados alemanes muertos. «Para esta mujer no habrá feliz Navidad —ponía—. Ni para este niño rodilla paterna. Ella es viuda. Él es huérfano.» Otra tarjeta mostraba un paisaje invernal cubierto de innumerables cruces de madera, cada una con un casco alemán encima, mientras aves carroñeras las sobrevolaban. Decía: «Espacio vital en el este».

ADAM CZERNIAKOW estaba enfermo, con fiebre, vomitando. Era el 24 de diciembre de 1941.

Czerniakow había recibido una orden. «Debemos entregar todas las pieles,

tanto las de hombre como las de mujer. Yo seré personalmente responsable.» Tenía hasta el 28 de diciembre.

EL PAPA retransmitió un mensaje de Navidad desde el Vaticano. «No hay lugar para la opresión manifiesta o secreta de las minorías nacionales —dijo—. Que un rayo de sabiduría real descienda sobre los hombres que gobiernan los pueblos, divididos en este momento entre ellos.»

MIRIAM KORBER, que vivía con su familia deportada cerca de Mogilev, en Ucrania, escribió en su diario que hacía mucho frío. «Anoche empezó a soplar el viento del norte —escribió—. Un auténtico viento del norte ucraniano, el viento de la estepa; se cuela en nuestra habitación.» La leña era muy cara, de modo que no encendían fuego de día. «¿Seremos capaces de sobrevivir a estos tiempos? —se preguntaba—. Todo el mundo se hace esta pregunta, yo incluida.» Era el 26 de diciembre de 1941.

DAVID LILIENTHAL, el director de la Autoridad del Valle de Tennessee, escuchó a Winston Churchill dar un discurso para una sesión conjunta del Congreso de Estados Unidos. El discurso fue una obra maestra, opinaba Lilienthal, uno de los mejores que había oído, animado por aliteraciones e imágenes y, en un momento dado, «un gruñido que sonaba como el león británico».

«Cuando prometió a Japón que recibiría un rotundo castigo —escribió Lilienthal en su diario—, la sala prorrumpió en chillidos, el primer clamor sanguinario que he oído de momento en esta guerra.»

Churchill dio después un paseo por el jardín de la Casa Blanca. Al principio

albergaba ciertas dudas sobre su discurso, le contó a su médico, lord Moran, pero luego supo que estaba perfecto así. «Siempre doy en el blanco», dijo.

Era el 26 de diciembre de 1941.

FRANCES PARTRIDGE escuchaba la BBC. Oyó hablar de soldados alemanes congelándose y muriendo y del último triunfo de Churchill en Estados Unidos. «Está “haciendo lo suyo” —escribió en su diario—, y regodeándose en el aplauso de los periodistas norteamericanos, sin sentir una punzada (no puedo evitar pensarlo) por todos los errores, la muerte y los desastres de los que es responsable, y alardeando y amenazando, y hablando con frases altisonantes sobre lo que vamos a hacerle al enemigo en 1942, 1943, 1944 y 1945. ¡Que Dios nos asista!»

HABÍA MONTAÑAS de pieles en la sala de juntas de la Autoridad de la Comunidad del gueto de Varsovia. «Todo el trabajo normal en las oficinas ha cesado —escribió Czerniakow—. Todo el mundo anda ocupado recogiendo pieles.» Era el 28 de diciembre de 1941.

El comisario Auerswald llegó a la mañana siguiente, enfadado por no haber recibido un informe desglosado. Czerniakow y su personal empezaron a hacer inventario. Contaron 690 abrigos de piel de hombre, 2.541 abrigos de piel de mujer, 4.441 forros de piel de hombre, 4.020 forros de piel de mujer, 222 pieles de zorro plateado, 258 pieles de zorro azul, 872 pieles de zorro rojo, 5.118 manguitos de piel, 39.556 cuellos de piel, 7.205 pieles variadas y 2.201 abrigos de piel de borrego, y se esperaban más.

Czerniakow tomó nota también de los 3.438 casos de tifus de octubre y los 2.156 de noviembre. En el gueto había diez veces más funerales que en el año anterior.

DOROTHY DETZER escribió una carta a los miembros de la Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad. Las cifras de la Liga habían disminuido desde Pearl Harbor, pero Detzer no se dejaba amilanar. «Como pacifistas, nunca podemos renunciar a nuestro derecho inalienable a afirmar y declarar que la guerra entre naciones, clases o razas no puede resolver de manera permanente los conflictos o curar las heridas que los provocaron», dijo Detzer. Era el 28 de diciembre de 1941.

Albert Einstein, en cambio, era ahora partidario de la guerra. «Debemos golpear duro —dijo— y dejar que los otros bandos se vengan abajo.»

EL GENERAL MACARTHUR enumeró los tesoros culturales de Manila que habían destrozado los aviones japoneses. Las acciones de los sesenta y tres bombarderos de Japón «solo pueden considerarse una completa violación de todos los procedimientos civilizados del derecho internacional —dijo—. La preciosa y antigua iglesia de Santo Domingo, con sus valiosísimos tesoros de arte y sus veneradas reliquias, es ahora un montón de ruinas humeantes, ante las cuales tandas de curas con hábito negro rezan continuamente por el pueblo». A su debido tiempo, añadía MacArthur, habría «medidas de represalia».

Gran parte de Manila seguía indemne, sin embargo. Tres años más tarde, durante su reconquista, las bombas y obuses estadounidenses arrasaban la ciudad.

EL SENADOR ALBEN BARKLEY, líder de la mayoría e intervencionista de toda la vida, dijo que el bombardeo japonés de Manila era la mayor estupidez imaginable. «Piensen en Tokio —dijo—, con diez veces más habitantes, cuando

llegue el día inevitable de la destrucción y nuestros bombarderos se abatan sobre la ciudad.» Era el 29 de diciembre de 1941.

El senador Burton Wheeler, ex aislacionista, no podía estar más de acuerdo: «Solo puede llegarse a una conclusión a partir de la acción de los japoneses —dijo—, y esa es que son una raza inhumana y a medio civilizar y que en el futuro será tratada como tal». Lo trágico, dijo el senador Wheeler, era que habíamos regalado tantos aviones a los ingleses que todavía no podíamos bombardear Nagasaki, Yokohama y Tokio.

El senador George W. Norris, de Nebraska, dijo que las ciudades japonesas estaban expuestas al tipo de ataque capaz de «quemarlas hasta hacerlas desaparecer de la faz de la Tierra». Añadió: «Y eso es lo que se les viene encima».

CHURCHILL ESTABA EN OTTAWA dando un discurso para el Parlamento canadiense. Era el 30 de diciembre de 1941.

Las tornas se habían vuelto contra el huno, explicó Churchill a los canadienses. «Ellos mismos se verán arrojados a la sima de la muerte y la vergüenza —dijo—, y solo cuando la tierra haya sido purificada y purgada de sus crímenes y villanías nos apartaremos de la tarea que ellos nos han impuesto.»

El enemigo había pedido la guerra total, dijo. «Asegurémonos de que la recibe.»

El presidente Roosevelt lo escuchó por la radio; dijo que el discurso había sido perfectamente maravilloso.

GANDHI PIDIÓ que lo retirasen del Comité de Trabajo del Congreso Nacional Indio. Era el 30 de diciembre de 1941.

«Debo proseguir el movimiento de desobediencia civil por la libertad de

expresión y contra todas las guerras con los congresistas que seleccione y que crean en la no violencia —dijo Gandhi—. Si algún país tiene un mensaje para el mundo, que gime bajo una violencia desconocida quizá para la historia, es la India.»

En cuanto Gandhi dejase el Comité de Trabajo, sus miembros podrían respaldar la guerra de Inglaterra, como algunos de ellos deseaban... con la esperanza, errada, de que a cambio el gobierno de Churchill concedería a la India su independencia.

EN WASHINGTON, los jefes del Estado Mayor británicos y estadounidenses llegaron a un acuerdo sobre cómo ganarían juntos la guerra. Era el 31 de diciembre de 1941.

El documento de cinco páginas —A GUARDAR BAJO LLAVE Y CANDADO— se llamaba «Gran estrategia americano-británica». Revelaba que los Aliados combatirían primero a Alemania: «Una vez que Alemania esté derrotada, deben seguirse el hundimiento de Italia y la derrota de Japón». Un ataque por tierra no era posible hasta 1943, decidieron los estrategas conjuntos. Por el momento, los Aliados construirían armas día y noche y desgastarían la resistencia alemana. Bombas, hambre, subversión y sabotaje, con el fin de «estrechar el cerco en torno a Alemania»; tal era la gran estrategia aliada.

ALGUNOS SOLDADOS que habían sido heridos en Pearl Harbor desembarcaron en San Francisco. Era la Nochevieja de 1941. «Primero salieron los heridos que podían caminar —narró un artículo del *Chicago Tribune*—, cojeando con muletas o con el brazo en cabestrillo, bajando en un fino goteo por las pasarelas que partían de los altos costados grises de los buques. Después, los enfermeros empezaron a sacar a los casos de camilla y cargarlos en ambulancias.» Una

víctima de quemaduras había muerto por el camino. Un marinero paralizado, entrevistado por la revista *Time*, dijo: «Antes de esto no queríamos luchar con nadie. Pero ahora lo único que queremos es ponernos lo bastante bien para tener nuestra oportunidad de darle a esos cabrones».

CHRISTOPHER ISHERWOOD pasó la Nochevieja en Haverford, Pensilvania, en una fiesta organizada por uno de los refugiados, Carl Furtmueller, un ex inspector escolar vienés. «El grupo aguantaba bien en ese momento —escribió Isherwood—. Fue nuestro mejor período.»

EL GENERAL HIDEKI TOJO, primer ministro de Japón, tenía un mensaje de Nochevieja. «La guerra apenas acaba de empezar», dijo.

El generalísimo Chiang Kai-shek también tenía un mensaje de Nochevieja: «Creo que, llegado cierto punto, los Aliados estarán en condiciones de infligir al enemigo un castigo abrumador por mar y aire como preámbulo de una desbandada decisiva de sus fuerzas en tierra».

Hitler tenía asimismo un mensaje de Nochevieja: «Acaba de terminar el primer año de esta lucha titánica contra el judeobolchevismo, y el segundo está a punto de empezar —dijo—. Quien combate por la vida de su pueblo, por su pan de cada día y su futuro, conocerá la victoria, pero quien se mueve por el odio judaico y busca en esta guerra aniquilar a todos los pueblos, será destruido».

El presidente Roosevelt pidió plegarias.

UN HOMBRE VENDÍA bocinas en Clark Street de Chicago en la Nochevieja de 1941. La gente las compraba y tocaba hasta que se descubrió que ponían MADE

IN JAPAN. «Cuando el público descubrió la naturaleza de lo que vendía —dijo el *Chicago Tribune*—, aplastaron las bocinas bajo sus talones y lo obligaron a huir.»

Mientras cambiaba el año, los altos hornos y las fábricas de material de guerra estaban «incandescentes de luz», decía el periodista del *Tribune*. «A medianoche sonaron las sirenas de las plantas y los obreros pararon lo suficiente para festejarlo. Después siguieron con su trabajo.»

A MEDIANOCHE DE NOCHEVIEJA, en el tren de Ottawa a Washington, el primer ministro Winston Churchill, vestido con su mono de cremallera, reunió en el vagón-restaurante a periodistas y personal en albornoz y levantó una copa. Una fotógrafa, Jackie Martin, lo miró llena de sobrecogimiento y amor. «Este es el hombre cuyo valor, cuya voluntad, cuya fe en Dios y los ingleses han salvado al mundo civilizado —pensó—. Es este hombrecillo.»

Churchill dijo:

Por 1942,
Un año de trabajo,
Un año de lucha,
Un año de peligro,
Pero un largo paso adelante hacia la victoria.

Los periodistas vitorearon y Churchill dio una calada de su puro. Con las manos cruzadas y cogidas a las de sir Charles Portal, jefe de la Royal Air Force, dirigió un canto de «Auld Lang Syne». Los periodistas cantaron «Porque es un muchacho excelente» y Churchill hizo la señal de la V de victoria, a la que todos los ocupantes del vagón correspondieron.

«Que todos lo superemos con seguridad y con honor», dijo Churchill. Después salió del vagón-restaurante.

NO CAYERON BOMBAS SOBRE INGLATERRA o Alemania esa última noche del año. Los británicos bombardearon La Pallice, un puerto de Francia donde había submarinos amarrados.

STEFAN ZWEIG escribió a su amigo Victor Wittkowski una carta de Nochevieja. Zweig vivía ahora en Petrópolis, Brasil. La ampliación de la guerra al Pacífico, decía, era la mayor catástrofe de la historia. «Cuando leo que para nosotros, en 1941, se promete la victoria para 1943 o 1944, la mano que sostiene el papel tiembla de terror», escribió Zweig. Él y su mujer se envenenaron dos meses más tarde.

VICTOR KLEMPERER celebró el Año Nuevo en la Casa de los Judíos de Dresde. Hubo té y pasteles, luego vermut y después ponche. «Di un discursito serio, tan serio que cuando brindamos los unos por los otros me temblaba la mano», escribió. Había sido su año más pavoroso, dijo; pavoroso sobre todo por lo que estaban sufriendo otros. Sin embargo, al final había optimismo. «Mi exhortación fue: ¡La cabeza alta para los difíciles últimos cinco minutos!»

MIHAIL SEBASTIAN escribió unas pocas líneas en su diario para finalizar el año. «Llevo dentro los 364 días terribles del año espantoso que clausuramos esta noche —decía—. Pero estamos vivos. Todavía podemos esperar algo. Todavía hay tiempo; todavía nos queda algo de tiempo.»

Epílogo

Este libro termina el 31 de diciembre de 1941. La mayoría de las personas que murieron en la Segunda Guerra Mundial seguían vivas en ese momento.

¿Fue una «guerra buena»? ¿Librarla ayudó a alguien que necesitara ayuda? Esas eran las preguntas básicas a las que esperaba responder cuando empecé a escribir. Me he basado en artículos de periódico, diarios, memorándums, memorias y declaraciones públicas, todos enlazados en la medida de lo posible con una fecha concreta, porque me ayudaban a comprender el hilo de los acontecimientos mejor que las fuentes secundarias. Sin embargo, también he utilizado muchas fuentes secundarias. Todos los textos están publicados y a disposición del público, de un modo u otro, y todos están en inglés.

The New York Times es probablemente el recurso más rico para la historia y prehistoria de los años de la guerra, más que los periódicos británicos, que trabajaban bajo una fuerte censura. Los discursos radiados, las declaraciones oficiales para la prensa, los textos de las octavillas lanzadas desde aviones, las noticias extranjeras traducidas y los fragmentos de declaraciones en el Congreso no editadas pueden encontrarse todos en *The New York Times*, además de buen hacer periodístico. El *Herald Tribune* de Nueva York es otra fuente de especificidad; a decir verdad, mi interés por la Segunda Guerra Mundial empezó cuando, hace unos años, abrí por primera vez volúmenes encuadernados del *Herald Tribune* y leí titulares sobre el bombardeo de Berlín y Tokio y me pregunté cómo llegamos a eso. Los numerosos libros de Martin Gilbert —sobre todo su fascinante e impecable *Churchill War Papers*— también resultaron útiles para la preparación de este libro.

Estoy agradecido a los bibliotecarios de la Universidad de New Hampshire,

que me procuraron material de lugares lejanos. Mis editores —Sarah Hochman, David Rosenthal y Timothy Mennel— y mi agente, Melanie Jackson, plantearon todas preguntas y sugerencias oportunas. Mi querida esposa dio forma al libro y lo editó; mis queridos hijos y padres ofrecieron consejo, esperanza y útiles mejoras.

El título proviene de Franz Halder, uno de los descontentos pero obedientes generales de Hitler. El general Halder explicó a un interrogador que cuando estuvo encarcelado en un campo de concentración hacia el final de la guerra vio entrar en su celda copos de humo. Humo humano, lo llamó.

Dedico este libro a la memoria de Clarence Pickett y otros pacifistas estadounidenses y británicos. Jamás han recibido realmente el reconocimiento que se merecen. Intentaron salvar a los refugiados judíos, alimentar a Europa, reconciliar a Estados Unidos y Japón e impedir que estallara la guerra. Fracasaron, pero tenían razón.

Notas

NYT = *The New York Times*.

«mis fábricas»: Bertha von Suttner, *The Records of an Eventful Life*, p. 437.

«Todos chillaban»: Stefan Zweig, *The World of Yesterday*, pp. 210-211.

«El bloqueo británico»: Winston Churchill, *The World Crisis, 1911-1918*, ed. Martin Gilbert, p. 686.

«Había camillas toscas»: Stefan Zweig, *World of Yesterday*, p. 249.

«Había reconocido»: *Ibid.*, p. 252.

«Me incliné sobre la barandilla de la galería»: «Suffrage Leaders Pardon Miss Rankin», *NYT*, 7 de abril de 1917.

«Quiero apoyar a mi país», «Pensé» y «marioneta del káiser»: Hannah Josephson, *Jeannette Rankin*, pp. 76, 78, 77.

«La guerra es ahora arrojar bombas»: Harry Emerson Fosdick, *The Challenge of the Present Crisis*, p. 62.

«Tu país te necesita»: *Ibid.*, p. 99.

«En cuestión de guerra»: «President Signs Declaration of War», *NYT*, 8 de diciembre de 1917.

«Tengo que ir»: Joseph P. Lash, *Eleanor and Franklin*, p. 214; Jan Pottker, *Sara and Eleanor*, p. 161.

«El emperador está rodeado»: «Says Pessimists Cow the Kaiser», *NYT*, 4 de noviembre de 1918.

«Hacemos cumplir el bloqueo»: Suda Lorena Bane y Ralph Haswell Lutz, eds., *The Blockade of Germany after the Armistice, 1918-1919*, p. 720.

«Este movimiento entre los judíos»: Winston Churchill, «Zionism versus Bolshevism», *Illustrated Sunday Herald*, 8 de febrero de 1920, citado en Gisela C. Lebzelter, *Political Anti-Semitism in England, 1918-1939*, p. 19.

«predicando la yihad»: Aylmer L. Haldane, *The Insurrection in Mesopotamia*, p. 214.

«El gabinete ha decidido»: *Ibid.*, p. 215.

«Pienso que ciertamente debería usted continuar»: Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 4, tema relacionado vol. 2, p. 1.190.

«terror vivo»: *Ibid.*, tema relacionado vol. 1, p. 649.

«bombas llenas de gas»: David Omissi, «Baghdad and the British Bombers», *The Guardian*, 19 de enero de 1991.

«Es imposible»: Haldane, *Insurrection*, p. 331.

«destacamentos»: *Ibid.*, pp. 341-342.

«Durante estos meses difíciles»: *Ibid.*, pp. 229-230.

«El ataque con bombas»: James S. Corum, «The Myth of Air Control».

«Se decidió»: Frank Freidel, *Franklin D. Roosevelt*, p. 296.

«Gandhi está disciplinando»: «Gandhi as World Savior», *NYT*, 13 de marzo de 1922.

«Me estoy esforzando por demostrar»: Homer A. Jack, ed., *The Gandhi Reader*, p. 205.

«De haber durado la guerra»: Winston Churchill, *Winston S. Churchill: His Complete Speeches*, p. 3.267.

«Ahora empezó el verdadero aquelarre»: Zweig, *World of Yesterday*, pp. 311-314.

«franceses en un duelo de bombardeo»: Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vol. 4, p. 66.

«muy secreta»: «Britain Denounces Soviet Propaganda in Note to Moscow», *NYT*, 25 de octubre de 1924.

íntimo aliado de Churchill: Gill Bennett, *Churchill's Man of Mystery*, p. 80.

«burda falsificación»: «Red Plot Confuses British Government», *NYT*, 26 de octubre de 1924.

«cruda mentira»: «Soviet Repudiates Propaganda Letter», *NYT*, 27 de octubre de 1924.

«falsificación»: «Red Plot Confuses British Government», *NYT*, 26 de octubre de 1924.

«trampa aviesa»: «London Still Mystified», *NYT*, 27 de octubre de 1924.

«¿Cómo llegó a la sede central de los conservadores?»: «Macdonald Explains Action in Red Plot, Believes It Genuine», *NYT*, 28 de octubre de 1924.

«Todos conocéis la historia»: Churchill, *Complete Speeches*, vol. 4, p. 3.498.

«de todas las razas bajo el sol»: Robert Rhodes James, «The Politician», en A.I.P. Taylor *et al.*, *Churchill Revised*, p. 99.

«hombre metido en un saco cosido»: David Marquand, *Ramsey MacDonald*, p. 387.

«paso mucho tiempo sin poder dormir»: Viktor Reiman, *Goebbels*, p. 25.

«¿Quién es este hombre?»: Anthony Read, *Devil's Disciples*, p. 144.

«Se levanta de un salto»: Joachim Fest, *The Face of the Third Reich*, p. 85.

«Hitler está allí»: *Ibidem*.

«Doy lo mejor de mí»: Reimann, *Goebbels*, p. 56.

«Adolf Hitler; te quiero»: Fest, *Face of the Third Reich*, p. 89.

sermón en Ginebra: Robert Moats Miller, *Harry Emerson Fosdick*, p. 180.

«Odio la guerra»: *Ibid.*, pp. 497-498.

150 toneladas de bombas: Peter W. Gray, «The Myths of Air Control and the Realities of Imperial Policing», citando a David E. Omissi, *Air Power and Colonial Control*, p. 48.

«No puedo por menos de sentirme encantado»: Churchill, *Complete Speeches*, vol. 4, pp. 4.125-4.126.

«La “ciudad”»: «32 Planes to Circle Britain for 2 Days», *NYT*, 12 de junio de 1927.

«Chick, chick»: «Airplanes Will Dance to Tunes of Radio», *NYT*, 26 de junio de 1927.

«pedazos de carne»: «Bombs», *Time*, 27 de febrero de 1928.

hirió a un piloto: David Killingray, «A Swift Agent of Government», p. 437.

«No más de 200 nuer»: Omissi, *Air Power*, p. 153.

Marzo 1929: P. W. Wilson, «Mr. Churchill Plays With Fire», *NYT*, 17 de marzo de 1929.

«Naciones enteras»: Churchill, *The Aftermath*, p. 481.

«increíble malignidad»: *Ibid.*, p. 482.

«La muerte se encuentra en posición de firmes»: *Ibid.*, p. 483.

«Me gusta que pasen cosas»: Christopher Hassall, *A Biography of Edward Marsh*, p. 565, citado en James, «The Politician», en Taylor, *Churchill Revised*, p. 95.

honorarios de Churchill como conferenciante: Martin Gilbert, *Churchill and America*, p. 120.

«fuentes profundas»: Mary Soames, ed., *Winston and Clementine*, p. 345.

«Ustedes son los amigos»: «Amity With Britain Urged by Churchill», *NYT*, 26 de octubre de 1929.

«Siempre me han dicho»: Frederick, conde de Birkenhead, *Halifax*, p. 282.

«limpiaron»: «Poetess Set to Lead Indians in Salt Raid», *NYT*, 15 de mayo de 1930. Véase también «Benn Reassures Commons on India», *NYT*, 13 de mayo de 1930; «Sholapur Reported in Rioters Hands», *NYT*, 13 de mayo de 1930; «Bomb Injures Nine in Clash in India», *NYT*, 20 de mayo de 1930.

«Las palabras son bellas»: H. James Burgwyn, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period, 1918-1940*, p. 59.

«Su continua exhibición»: Kirby Page, *National Defense*, p. 230.

«Escarmentadas por la lluvia diaria de bombas»: «Afridis in Full Flight Before British Planes», *NYT*, 18 de agosto de 1930.

en un editorial: «Afridis Repulsed Again at Peshawar», *NYT*, 11 de agosto de 1930.

«No hay motivo»: «Fascists Walk Out of Berlin Council», *NYT*, 19 de septiembre de 1930.

«mona vestida de seda»: F. T. Birchall, «The Man Who Inflames the Nazi Crowds», *NYT Magazine*, 22 de abril de 1934.

«porquería»: Reimann, *Goebbels*, p. 127.

«Muchos propietarios»: «Fascist Youth Riot As “All Quiet” Runs», *NYT*, 9 de diciembre de 1930, p. 17.

«La película de la vergüenza»: Reimann, *Goebbels*, p. 127.

«No había nadie mayor»: Hilton Tims, *Erich Maria Remarque: The Last Romantic*, p. 72.

«La verdad es»: Churchill, *Complete Speeches*, vol. 5, p. 4.938.

«Querido amigo»: Mohandas Gandhi, *Collected Works of Mahatma Gandhi*, vol. 51, p. 130.

«acercamiento débil, desatinado»: Churchill, *Complete Speeches*, vol. 5, p. 4.985.

«Si solo el 2 por ciento»: «Einstein Advocates Resistance to War», *NYT*, 15 de diciembre de 1930.

«confusión mental»: Richard Breiting, *Secret Conversations with Hitler*, pp. 17 y ss.

Richard Breiting volvió: *Ibid.*, pp. 47 y ss.

«El aire caliente»: Willy Ley, *Bombs and Bombing*, pp. 43-44.

«¡Abajo Judea!»: «Hitler Bids “Nazis” Shun Violent Steps», *NYT*, 3 de diciembre de 1931.

Churchill rehusó entrevistarse con él: Louis Fischer, *The Life of Mahatma Gandhi*, p. 31.

ceremonia nazi en el Palacio de Deportes: Lilian T. Mowrer, *Journalist's Wife*, pp. 260-265.

«A las once de esta noche»: Hallett Abend, *My Life in China, 1926-1941*, p. 187.

fábrica de toallas: «Japanese Threaten Chinese in Shanghai», *NYT*, 22 de enero de 1932; véase también «Japanese Set Fire to Shanghai Mills», *NYT*, 20 de enero de 1932.

medidas drásticas: «Japanese Threaten Chinese in Shanghai», *NYT*, 22 de enero de 1932; «Japan Ready to Act at Shanghai Today if the Chinese Balk», *NYT*, 25 de enero de 1932.

dos destructores norteamericanos: «Joint Action Considered», *NYT*, 28 de enero de 1932.

infantes de marina estadounidenses habían desfilado: «President Reveals All Notes on China», *NYT*, 28 de enero de 1932 (véase fotografía).

policías británicos: Hallett Abend, «Japanese Checked in Taking Shanghai», *NYT*, 29 de enero de 1932. En *My Life in China*, Abend omite los policías británicos (p. 190).

ametralladora a remolque: Abend, *My Life in China*, p. 190.

«¡Fuera luces, imbéciles!»: *Ibidem*.

«Estos cabroncetes amarillos»: *Ibid.*, p. 191.

«Los aviones siembran el terror»: «Foreign Zone is Shelled», *NYT*, 30 de enero de 1932.

«Niños heridos»: «Thousands Flee Japanese Terror in Chapei; Wounded Children Lie All Night in Streets», *NYT*, 31 de enero de 1932.

«Veo que los periódicos de su país»: Abend, *My Life in China*, p. 193.

George Westervelt: William M. Leary Jr., «Wings for China: The Jouett Mission, 1932-35».

«Estos aviones podrían»: *Ibidem*.

«La presencia»: *Foreign Relations of the United States, 1932*, vol. 3, pp. 582-583. Véase también Leary, «Wings for China».

«El cardenal escribió»: Edgar Ansel Mowrer, *Triumph and Turmoil*, p. 209.

«Solo la guerra lleva»: Strang, *On the Fiery March*, p. 122.

ochenta y ocho cadetes chinos: William M. Leary, «Wings for China».

«Después de cenar»: Mowrer, *Triumph and Turmoil*, p. 213.

Hans o Heinrich Arnhold: Gerald Feldman, «Two German Businessmen», p. 16.

«cuarenta ejemplares diarios»: «Hitler Ridiculed as a Writing Man», *NYT*, 9 de febrero de 1933.

«Creo»: «Terror In Germany Amazes Novelist», *NYT*, 21 de marzo de 1933.

«¿Está usted loco?»: Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, p. 263.

«Göring soltó a sus hordas»: Zweig, *World of Yesterday*, p. 364.

«pura invención»: «Jews in Reich Deny Atrocities by Nazis», *NYT*, 25 de marzo de 1933.

McDonald dijo a Hanfstaengl: James G. McDonald, «Hitler Foretold Slaughter» (carta), *NYT*, 17 de julio de 1944.

vello de sus axilas: Mowrer, *Journalist's Wife*, p. 299.

«Nuestros enemigos serán exterminados brutalmente»: *Ibid.*, p. 285.

«Los dependientes estaban de pie»: *Ibid.*, p. 289.

«¿Va a marginar a los judíos?»: Edgar B. Nixon, ed., *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, vol. 1, pp. 172-173.

«Con respecto a los judíos»: *Ibid.*, pp. 174-176.

«La era del intelectualismo judío extremo»: Louis P. Lochner, introducción en Joseph Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1942-1943*, p. 18.

Los libros de Lion Feuchtwanger: «Nazi Book-Burning Fails to Stir Berlin», *NYT*, 11 de mayo de 1933;

«Nazi Fires to Get 160 Writers Books», 6 de mayo de 1933.

«antialemana»: «Nazi Book-Burning», *NYT*, 11 de mayo de 1933.

más abucheos: Mowrer, *Journalist's Wife*, p. 291.

clavados a una picota: Zweig, *World of Yesterday*, p. 366.

«veneno que iba calando»: «Nazi Book-Burning», *NYT*, 11 de mayo de 1933.

«Iluminado por estas llamas»: Lochner, en *Goebbels Diaries, 1942-1943*, p. 18.

«Reconocemos»: «1.200 Clergymen Sign Nazi Protest», *NYT*, 26 de mayo de 1933.

mayor parte de una página: «List of Christian Churchmen Who Signed Protest on Hitlerism», *NYT*, 26 de mayo de 1933.

«Nada tan bárbaro»: «Churchmen Score Reich Hysteria», *NYT*, 27 de octubre de 1933.

«No permitiremos que engañe al público» y se brindó a renunciar: Mowrer, *Journalist's Wife*, p. 303.

«Piensa en su amor a las flores»: *Ibid.*, p. 305.

«En ninguna parte he tenido»: *Ibid.*, p. 309.

«insulto a la inteligencia»: «Cruelty of Nazis to Jews Asserted», *NYT*, 11 de julio de 1933.

Hitler nombró a Julius Streicher: Martin Gilbert, *The Holocaust*, p. 40.

«Fueron obligados a marchar»: «Nuremberg Jews Brutally Treated», *NYT*, 31 de julio de 1933.

«arrancar la hierba»: Gilbert, *Holocaust*, p. 40.

«Vendimos 24 Hawks»: «Greater Shanghai», *Time*, 24 de julio de 1933.

Ernst Udet: Murray Rubenstein y Richard M. Goldman, *To Join with the Eagles*, pp. 124-125.

festivales aéreos norteamericanos: «63 Fliers to Start Coast Derby Today», *NYT*, 23 de agosto de 1931.

A Udet le gustó: Cajus Bekker, *The Luftwaffe War Diaries*, p. 39; Rubenstein y Goldman, *To Join with the Eagles*, p. 125.

«Me he ofrecido»: «Nazis Use Penalty of Medieval Days», *NYT*, 19 de agosto de 1933.

declarada enferma mental: «Nazi Victim Deranged», *NYT*, 4 de septiembre de 1933.

comían ratones de campo: «Famine in Russia Held Equal of 1921», *NYT*, 25 de agosto de 1933.

«Nos estamos muriendo»: «Visitors Describe Famine in Ukraine», *NYT*, 29 de agosto de 1933.

«Sé que se han cometido atrocidades»: «Lloyd George Warns on "Bullying" Reich», *NYT*, 23 de septiembre de 1933.

en Buffalo: Bekker, *Luftwaffe War Diaries*, p. 39.

«Es gas»: Frederick Birchall, «Reich is Thinking of War Despite Its Talk of Peace», *NYT*, 8 de octubre de 1933.

festival aéreo: «Bomb Feat Thrills Air Show Throng», *NYT*, 8 de octubre de 1933.

«frases y pasajes sueltos»: «Reich Bans Book Advocating War», *NYT*, 21 de octubre de 1933.

Su cabeza cayó: *Time*, 22 de enero de 1934.

«Quienquiera que piense»: «"War Utter Futility", Says Mrs. Roosevelt», *NYT*, 18 de enero de 1934.

«Rojillos de salón, proselitistas»: «Peace Efforts Hit by Naval Officer», *NYT*, 26 de enero de 1934.

«Quizá Hitler no estaba habituado»: F. W. Winterbotham, *The Nazi Connection*, pp. 49-50, 53-54, 57.

«Hasta que hayáis cumplido»: Denis Richards, *Portal of Hungerford*, pp. 108-110.

best seller: «H.C. Engelbrecht Stricken on Train», *NYT*, 10 de octubre de 1939.

«La industria de armamento»: «Peace Hope Voiced Amid War Threats», *NYT*, 15 de abril de 1934.

Schneider: H.C. Engelbrecht, «The Problem of the Munitions Industry».

Vickers: *Ibidem*.

«ver si podemos hacer algo»: Clarence E. Pickett, *For More than Bread*, p. 93.

El rabino Baeck dijo: *Ibid.*, pp. 99-100.

informe detallado: Francis R. Nicosia, «Zionism in National Socialist Jewish Policy in Germany, 1933-39», *The Journal of Modern History*, diciembre de 1978.

«El objetivo de la política judía»: Francis R. Nicosia, «Zionism, Antisemitism, and the Origins of the Final Solution», en Wolfgang Mieder y David Scrase, eds., *Reflections on the Holocaust*, p. 130.

«sin porvenir»: *Ibid.*, p. 129.

dedos largos y delgados: Callum MacDonald, *The Killing of SS Obergruppenführer Reinhard Heydrich*, p. 5.

centros de formación agrícola: Francis R. Nicosia, «Zionism in National Socialist Jewish Policy in Germany, 1933-39».

treinta y dos buques de guerra: «Navy Has Been Strengthened and Army Has New Tasks», *NYT*, 4 de marzo de 1934.

visitó Pearl Harbor: «Roosevelt Tours Hawaii Naval Base», *NYT*, 28 de julio de 1934.

«Estas fuerzas deben ser consideradas»: «Mr. Roosevelt's Address», *NYT*, 29 de julio de 1934.

«El presidente Roosevelt ha viajado»: «Japanese General Finds Us "Insolent"», *NYT*, 5 de agosto de 1934.

«es un axioma»: George Seldes, «The New Propaganda for War», *Harper's Magazine*, octubre de 1934.

«La buena estrategia requiere»: Tami Davis Biddle, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, p. 195.

«Las grandes poblaciones urbanas»: Conrad C. Crane, *Bombs, Cities and Civilians*, p. 21.

«Es posible lanzar gases contra los embalses»: Biddle, *Rhetoric and Reality*, p. 350.

«podían ser considerados»: «Reich to be Armed in Air with Mighty Fleet by 1936», *NYT*, 11 de mayo de 1934.

acuerdo para compartir patentes, y cigüeñas, culatas: Thomas Etzold, «The (F)utility Factor».

«Las islas son "portaaviones naturales"»: «Japan is Opposed to Pacific Airline», *NYT*, 15 de marzo de 1935; véase también «Washington Sticks to Pacific Air Plan», *NYT*, 16 de marzo de 1935.

té en el Despacho Oval: Pickett, *For More than Bread*, pp. 392-393; véase también «Churches Oppose Open Door Force», *NYT*, 18 de marzo de 1935.

Ciento sesenta buques: «160 Ships to Begin War Games Friday», *NYT*, 28 de abril de 1935.

mayores de la historia: *Ibidem*.

«Deseamos transmitirlos»: «War Games Scored in Letter to Japan», *NYT*, 3 de mayo de 1935; véase también *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, vol. 2, pp. 515-516.

«desenvainar una espada»: «Swanson Retorts to Tokyo on Navy», *NYT*, 16 de mayo de 1935.

«Pues qué pena»: «Navy Game Fears Arouse Standley», *NYT*, 22 de mayo de 1935.

Alguien arrojó una piedra: «Anti-Nazi Artist is Beaten in Raid», *NYT*, 17 de mayo de 1935.

Muestra de Independientes: «Institute Awards Arts Scholarships», *NYT*, 18 de agosto de 1934.

Hitler expulsando a Einstein: *Ibidem*.

«Ninguna nación puede permitirse»: «10, 000 Here Join Anti-War Parade», *NYT*, 19 de mayo de 1935.

«El Signor Mussolini participó personalmente»: «Italy Exhibits Chemical War», *NYT*, 19 de mayo de 1935.

«hondamente enquistados»: Leo Rosten, «Men Like War», *Harper's Magazine*, julio de 1935.

Basó su argumento: «Field Notes for a Play on Peace», *NYT*, 22 de septiembre de 1935.

«Han logrado crear»: «Anti-War Drama Seen in Westport», *NYT*, 30 de julio de 1935.

«Para mí ha sido motivo»: John Haynes Holmes, *I Speak for Myself*, pp. 219-220.

«Todos los niños saben»: David Bankier, *The Germans and the Final Solution*, p. 96.

«El tipo de inmigración»: Nixon, ed., *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, vol. 3, pp. 50-51.

«personas de la clase que se describe»: *Ibid.*, pp. 64-66.

China volvía a ser: «China Buys War Goods», *NYT*, 15 de marzo de 1936.

«No tengo ningún reparo»: David G. Anderson, «British Rearmament and the "Merchants of Death"», p.

22.

Imperial Chemical Industries no estaba: «British Arms Man Admits “Greasing”», *NYT*, 7 de febrero de 1936.

La compañía abrió los cimientos: Robert Harris y Jeremy Paxman, *A Higher Form of Killing*, pp. 52-53.

«seguridad colectiva»: Aldous Huxley, «Notes on the Way», en *Complete Essays*, vol. 4, pp. 118-121.

«A partir de la siete y media de la mañana»: «Two Kinds of Poison Gas Used by Italy in Air Raid», *NYT*, 17 de marzo de 1936.

«de una fina lluvia»: «Gas Use is Shown in Photographs», *NYT*, 10 de mayo de 1936; Harris y Paxman, *Higher Form of Killing*, p. 51.

«Solo habrá seguridad»: Churchill, «How to Stop War», en *Step by Step*, p. 26.

«Dirigidos por un hombre de cara encendida»: «Fascisti in Uproar Shriek at Negus at League Session», *NYT*, 1 de julio de 1936.

«pulverizadores especiales»: «Summary of the Ethiopian Emperor’s Address to the League», *NYT*, 1 de julio de 1936.

Todos los periódicos de Tokio: «U.S. Loan to China Reported in Japan», *NYT*, 21 de julio de 1936.

«todo sonrisas»: Henry Channon, *Chips*, p. 111.

«Si nuestros ataques»: Webster and Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 4, pp. 88-89.

Colegio Alemán de la Guerra: Albert C. Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, pp. 49-53.

Rosbach: *Ibid.*, pp. 53-54.

Ernst Röhm: Othar Machtan, *The Hidden Hitler*, pp. 181-230.

«Heil Roosevelt»: Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, p. 37.

«¿Qué diferencia?»: H.C. Engelbrecht, *Revolt Against War*, pp. 1516.

«El gobierno polaco»: «Poles Renew Call for Exile of Jews», *NYT*, 14 de enero de 1937.

Una delegación de Varsovia: Joseph Marcus, *Social and Political History of the Jews in Poland, 1919-1939*.

«la meseta central»: «Madagascar Studied as a Home for Jews», *NYT*, 1 de enero de 1938.

«inhabitables para blancos»: *Ibidem*.

«verdadero paraíso»: «Huge New Colony for Jews Proposed», *NYT*, 19 de enero de 1937.

Trujillo quería inmigrantes judíos: Henry L. Feingold, *Bearing Witness*, p. 135. Eric Paul Roorda, *The Dictator Next Door*, p. 127.

«Cada barco alemán»: «Labor Democracy is Bar To Fascism, Lewis Says Here», *NYT*, 16 de marzo de 1937.

«Sé que algunos de ustedes»: Philip Williamson y Edward Baldwin, *Baldwin Papers*, p. 432.

«provocó que tres quintas partes de Europa»: «Pictures Women Fighting Next War», *NYT*, 14 de abril de 1937.

«Fue una pena»: John Killen, *A History of the Luftwaffe*, p. 77.

sospechaba que le habían envenenado: Breiting, *Secret Conversations*, p. 15.

Era agosto de 1937: Winston Churchill, *Great Contemporaries*, p. x.

«Los que se han visto personalmente»: *Ibid.*, p. 232.

breve trabajo sobre Liev Trotski: *Ibid.*, pp. 167-174.

El gobierno japonés hizo saber: «Japan Disturbed by Report 182 Americans Have Enlisted to Fly Warplanes

for China», *NYT*, 6 de agosto de 1937.

«La peor parte»: Abend, *My Life in China*, p. 257.

dos cadáveres chinos: «Two Times Correspondents Injured in Bombing of Department Store», *NYT*, 24 de agosto de 1937.

«Puse el coche»: Abend, *My Life in China*, p. 261.

«comercio pacífico»: «Envoy for Parleys», *NYT*, 29 de agosto de 1937.

Un barco mercante: «U.S. Planes Off for China», *NYT*, 29 de agosto de 1937.

Un tripulante murió al ser alcanzado: «1 Fatality on Ship: Chinese Planes Mistake the President Hoover for Foes' Vessel», *NYT*, 31 de agosto de 1937.

Una sobrina: «Bombing of Liner a Tale of Terror», *NYT*, 1 de septiembre de 1937.

«Quiero que se haga cargo»: Royal Leonard, *I Flew for China*, pp. 130-131.

Julius Barr: «U.S. Flier "Detained" by Chang's Troops», *NYT*, 17 de diciembre de 1936.

«Trabajando noche y día»: Leonard, *I Flew for China*, pp. 147-148, 154; véase también «Japan, China Preen Wings», *NYT*, 8 de agosto de 1937.

«Sería una locura peligrosa»: Robert Rhodes James, *Churchill: A Study in Failure*, p. 285.

«Les he invitado privadamente»: Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 5, tema relacionado vol. 3, p. 791.

«Es sumamente necesario»: «Urges Funds to Help Jews Leave Germany», *NYT*, 18 de octubre de 1937.

«La policía actúa»: Aldous Huxley, *Ends and Means*, p. 113.

«Todos hemos visto»: *Ibid.*, pp. 141-142.

«La habitación estaba abarrotada»: Leonard, *I Flew for China*, p. 118.

«Leatherface»: *Ibid.*, p. 177.

«Considera el régimen»: Channon, *Chips*, p. 141.

«Recuerdo personas corriendo»: Leonard, *I Flew for China*, p. 140.

la habitación de las maquetas: Albert Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 187-189.

«¿Debe Estados Unidos declarar la guerra?»: U.S. Department of State, *Peace and War*, pp. 400-401.

«Comprendo muy bien»: *Ibid.*, p. 401.

«Al mundo le corresponde»: «Cuza Insists Jews Must Quit Rumania», *NYT*, 22 de enero de 1938.

«Mientras trabajaba»: «Jewish Students Beaten in Rumania», *NYT*, 30 de enero de 1938.

Un judío viaja en un tranvía: Milton Mayer, *They Thought They Were Free*, p. 116.

«un quimono violeta»: Fest, *Face*, pp. 78-79.

«Quiero instar»: Ronald Bayly y Nancy Landgren, *Jeannette Rankin, the Woman Who Voted No* (vídeo), 1984 PBS.

«De pronto no parece»: «216 Pastors Sign New Peace Pledge», *NYT*, 2 de marzo de 1938.

«Nueve aviones de la Royal Air Force»: «British Mopping Up in Palestine Area», *NYT*, 6 de marzo de 1938.

Der Führer ist hier!: Authentic History Center, *WWII: 1938-Dec. 6, 1941* (CD 0400).

«Se lo hizo saber»: «World Reaction to the Anschluss», Mutual Broadcasting Network, *Ibidem*.

«Nos rodeaban la tortura, el hambre»: Muriel Lester, *It So Happened*, p. 4.

«Queridos hermanos y hermanas»: *Ibid.*, p. 6.

«Los propios buques de guerra»: «Quakers Attack May Bill on War», *NYT*, 3 de abril de 1938.

«Los asuntos de la Armada se llevan»: «Our “Sailor-President” Charts a Course», *NYT*, 3 de abril de 1938.

«control soberano de Inglaterra»: Feingold, *Bearing Witness*, p. 107.

«A los señores Baruch y Morgenthau»: Richard Breitman y Alan M. Kraut, *American Refugee Policy and European Jewry, 1933-1945*, p. 272 n.

desembarcó del *Queen Mary*: «British Air Mission Arrives in Washington», *NYT*, 26 de abril de 1938.

compartimiento grande para bombas: Walter J. Boyne, *Beyond the Horizons*, p. 91.

«Con gran asombro mío»: John Terraine, *A Time for Courage*, p. 39.

«el mayor pedido extranjero»: «400 Planes Bought by Britain in U.S.», *NYT*, 10 de junio de 1938.

«Cuando hablan»: Gandhi, «Interview to a Professor», *Collected Works*, vol. 73, pp. 156-157.

«Nos habían formado a todos»: Robin Cross, *The Bombers*, p. 70.

veintinueve Lockheed Modelo 14: «British Try U.S. Planes», *NYT*, 15 de mayo de 1938.

«arma muy formidable»: «Big Orders Tax Plants», *NYT*, 19 de junio de 1938.

construirlos con licencia: Boyne, *Beyond the Horizons*, p. 82; «Japan», www.lockheedmartin.com; «British Try U.S. Planes», *NYT*, 15 de mayo de 1938.

«Por favor, cooperen»: «Town to “Black Out” in “Air Raid” Tonight», *NYT*, 16 de mayo de 1938.

La policía pidió a los automovilistas: Associated Press, «Long Island Town Has “Blackout” Test», *Nebraska State Journal*, 17 de mayo de 1938, y en www.ancestry.com.

reflectores de ochocientos millones de bujías: *Ibidem*.

un centenar de bengalas con paracaídas: «Night Air “Raid” Awes Long Island», *NYT*, 17 de mayo de 1938.

«¿Es suficientemente realista?»: Associated Press, «Lights Out Order is Obeyed When Planes Stage Attack», *Reno Evening Gazette*, 17 de mayo de 1938, y en www.ancestry.com.

«Estos ejercicios de defensa nacional»: Jeffery S. Underwood, *The Wings of Democracy*, pp. 115-116.

Volaron alrededor de Nagasaki: «Japan is “Raided” by Chinese Planes», *NYT*, 21 de mayo de 1938.

Guerra significa fascismo: «Fifth Ave. Scene of Anti-War Walk», *NYT*, 22 de mayo de 1938.

«uno de los baluartes»: Churchill, *Step by Step*, p. 218.

«La industria aeronáutica»: «Aircraft Plants Lead in Industry», *NYT*, 5 de junio de 1938.

«Estos pedidos extranjeros»: John Morton Blum, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 2, p. 118.

«Traen consigo»: Lawrence S. Wittner, *Rebels Against War*, p. 18.

«Las guías viejas sirven muy bien»: Pickett, *For More than Bread*, p. 139.

cupos de inmigración vigentes en Estados Unidos eran generosos: Breitman y Kraut, *American Refugee Policy and European Jewry*, p. 60.

«Las potencias cierran las puertas»: *Herald Tribune* de Nueva York, 8 de julio de 1938.

«Judíos en venta»: Rita Thalmann y Emmanuel Feinermann, *Crystal Night*, p. 22.

«Maria es judía»: Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, pp. 37-38.

«No entiendo»: Jasper, *George Bell*, pp. 142-143.

«En una situación»: «Reich’s Jews Unit to Deal with Nazis», *NYT*, 29 de julio de 1938.

fiesta de cumpleaños de Henry Ford: «Henry Ford Getting High Honor from Germany», *NYT*, 1 de agosto de 1938.

«Los tiempos anormales requieren acciones»: Harold C. Deutsch, *The Conspiracy Against Hitler in the*

Twilight War, p. 30.

«Ahora todo depende»: *Ibid.*, p. 31.

era a la vez un enfermo mental y un malvado, y Halder, lleno de dudas: Joachim Fest, *Plotting Hitler's Death*, pp. 84, 87.

cazando urogallos: «Season for Grouse Opens in Scotland», *NYT*, 13 de agosto de 1938.

hablando de aviones con Winston Churchill: Margaret L. Coit, *Mr. Baruch*, pp. 466-467.

«Todo el mundo sabe»: «Baruch Is Silent on Defense Post», *NYT*, 20 de septiembre de 1938.

cincuenta mil bombarderos: Coit, *Mr. Baruch*, pp. 467-468.

«Creo que Estados Unidos»: «Baruch in Warning Asks Defense Step», *NYT*, 14 de octubre de 1938.

rueda de prensa: «Roosevelt Moves to Rush Expansion of Army and Navy», *NYT*, 15 de octubre de 1938.

«El judío Baruch»: Otto Tolischus, «Reich Impressed by U.S. Arms Plan; Baruch Denounced», *NYT*, 16 de octubre de 1938.

«De haber sido descubierta»: Lester, *It So Happened*, p. 42.

«Demostraba»: *Ibid.*, p. 46.

Grupos pequeños de judíos: «Jews Left to Starve Near Czech Frontier», *NYT*, 23 de octubre de 1938.

«Los judíos que viven en Alemania»: «Reich Intensifies Pressure on Jews», *NYT*, 27 de octubre de 1938.

Otra traducción en Ian Kershaw, *Hitler, 1936-45*, p. 151.

un policía llamó a la puerta: Thalmann y Feinermann, *Crystal Night*, pp. 35-36.

«mayor deportación en masa»: «Germany Deports Jews to Poland; Seizes Thousands», *NYT*, 29 de octubre de 1938.

catástrofe inminente: Pickett, *For More than Bread*, p. 132.

«Podemos arrepentirnos»: Lawrence McK. Miller, *Witness for Humanity*, p. 178.

«por orden del Führer»: Charles A. Lindbergh, *The Wartime Journals of Charles A. Lindbergh*, p. 102.

«bien amueblada, aunque con muebles pesados»: *Ibid.*, p. 111.

El propietario era judío: Leonard Mosley, *Lindbergh*, p. 237.

«El señor Churchill dijo»: «Hitler Assails War Agitators», *NYT*, 7 de noviembre de 1938, p. 1.

«Siempre he dicho»: «Churchill Answers Hitler», *NYT*, 7 de noviembre de 1938, p. 14.

Herschel compró una pistola: Gerald Schwab, *The Day the Holocaust Began*, p. 1.

Clarence Pickett almorzó: Miller, *Witness for Humanity*, pp. 178-179.

«Estábamos seguros»: Pickett, *For More than Bread*, pp. 132-133.

«Me pregunté»: *Ibid.*, p. 133.

«Ser judío»: *Time*, 21 de noviembre de 1938.

«Hitler decide»: Herf, *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II and the Holocaust*, p. 45.

«solo si no hay ningún peligro»: Roderick Stackelberg y Sally A. Winkle, *The Nazi Germany Sourcebook*, pp. 223-224.

libros sobre técnicas propagandistas favoritos: Larry Tye, *The Father of Spin*, p. 111.

«En uno de los barrios judíos»: Thalmann and Feinermann, *Crystal Night*, pp. 67-68.

«perturbaron un mundo casi imperturbable»: *Time*, 21 de noviembre de 1938.

«Los habitantes de Colonia»: «Excerpts From the British Government's White Paper on German Concentration Camps», *NYT*, 31 de octubre de 1939.

«No cabe duda»: Lindbergh, *Wartime Journals*, p. 115.

«Yo mismo apenas pude creer»: Franklin D. Roosevelt, *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, vol. 7, pp. 597-598.

«suplicaban visados»: Martin Gilbert, *Kristallnacht*, p. 152, citando «Throwing Responsibilities on Other Countries», *Manchester Guardian*, 16 de noviembre de 1938.

«Cables procedentes de Alemania»: Miller, *Witness for Humanity*, pp. 180-181.

«El martes, señor presidente»: Roosevelt, *Public Papers*, vol. 7, p. 602.

«Somos una comunidad industrial»: «Excerpts from Commons Debate on Refugees», *NYT*, 22 de noviembre de 1938.

«Tanganyika ofrece más posibilidades»: «Tanganyika», *NYT*, 24 de noviembre de 1938.

«una notable indicación»: «After Munich», *Time*, 28 de noviembre de 1938.

Tanganyika era demasiado calurosa: «Tanganyika Opposed as Haven for Exiles», *NYT*, 27 de noviembre de 1938.

«Prefiero que mis hermanos»: Feingold, *Bearing Witness*, p. 139.

«Todas mis simpatías»: Jack, ed., *Gandhi Reader*, pp. 324-326.

Ciento noventa y seis niños: «Refugee Children Reach England», *NYT*, 3 de diciembre de 1938.

fue a Alemania: Elizabeth Gray Vining, *Friend of Life*, pp. 281-293; Hans A. Schmitt, *Quakers and Nazis*, pp. 107-111; David Hinshaw, *Rufus Jones, Master Quaker*, pp. 272-282.

«necesitamos el toque de la aventura», «interceder personalmente» y «vienen a investigarnos»: Vining, *Friend of Life*, pp. 283, 286, 301.

Cora Berliner: Schmitt, *Quakers and Nazis*, p. 107.

«Observamos que se suavizaban sus rostros»: Hinshaw, *Rufus Jones*, p. 281.

campamentos temporales: Vining, *Friend of Life*, p. 291; «Germany Permits Relief by Quakers», *NYT*, 3 de enero de 1939.

«Esta noche telegrafiará»: Hinshaw, *Rufus Jones*, p. 281.

«tiene el firme propósito»: Miller, *Witness for Humanity*, p. 186.

«No pongáis los alimentos»: «Germany Permits Relief by Quakers», *NYT*, 3 de enero de 1939.

«Este breve respiro»: Pickett, *For More than Bread*, p. 137.

tiro al blanco: Lindbergh, *Wartime Journals*, pp. 128-129.

«Supongo que eso quiere decir»: *Ibid.*, p. 129.

«No hablé»: *Ibid.*, p. 131.

«En vista de ello, me brindé»: Pickett, *For More than Bread*, pp. 140-141.

«Fue una entrevista sumamente desagradable»: Miller, *Witness for Humanity*, p. 187.

«No superé el reconocimiento»: Gilbert, *Kristallnacht*, p. 181.

«Debido a la ola de frío»: «Nazi Camps Release 7.000 Jews», *NYT*, 24 de diciembre de 1938.

«Herr Hitler es»: Dennis Dalton, *Mahatma Gandhi: Nonviolent Power in Action*, p. 135.

«Se dice que Lindbergh proporciona»: Lindbergh, *Wartime Journals*, p. 135.

«Si debemos armarnos»: *Ibid.*, p. 136.

«Los refugiados europeos están robando»: «Anti-Refugee Riots by British Fascists», *NYT*, 15 de enero de 1939.

Oficina del Reich para la Emigración Judía: Arno Mayer, *Why Did the Heavens Not Darken?*, p. 290.

«Si Estados Unidos pudiera»: «German Proposal on Refugees Near», *NYT*, 28 de enero de 1939.

«Como su visado de tránsito había expirado»: Zweig, *World of Yesterday*, pp. 425-426.

Hitler agitó su dedo: «Hitler Speaks Before the Reichstag», United States Holocaust Memorial Museum, www.ushmm.org/museum/exhibit/online/szyk/action/93852.htm.

«una de las alocuciones más sensacionales»: «Reactions to Hitler», *Time*, 13 de febrero de 1939.

reunión secreta: «Stunning Secrets on Foreign Policy Hinted by Senator», *NYT*, 2 de marzo de 1939.

«¿Qué podemos hacer?»: David Reynolds, *From World War to Cold War*, p. 169.

«Miles de familias norteamericanas»: *Congressional Record*, 9 de febrero de 1939, p. 1.279.

«era humanitario»: David S. Wyman, *Paper Walls*, p. 97.

«Puedes apoyar el proyecto»: *Ibidem*.

«tanto por la parte»: «The Child Refugees», *Herald Tribune* de Nueva York, 11 de febrero de 1939, en el Senado y la Cámara de Representantes, *Admission of German Refugee Children*, p. 11.

«Si tuviéramos una frontera»: «Children in the Dark», *NYT*, 18 de febrero de 1939.

«La llamada de la humanidad»: «Mercy for Refugee Children», *Newport News Times Herald*, 15 de febrero de 1939, en el Senado y la Cámara de Representantes, *Admission of German Refugee Children*, p. 27.

solicitudes de visado: «130, 000 Ask for U.S. Visas», *NYT*, 4 de marzo de 1939.

Era el 8 de marzo de 1939: Edward S. Miller, *War Plan Orange: The U.S. Strategy to Defeat Japan, 1897-1945*, p. 463.

«La guerra con Naranja»: Richardson, *On the Treadmill to Pearl Harbor*, pp. 270-271.

«Cuando aceptas la idea de la guerra»: «Pacifists Denounce War Policy», *NYT*, 12 de marzo de 1939.

«que se nos ha transmitido»: «Hull Statement on Referendum», *NYT*, 12 de marzo de 1939.

«Estoy convencido»: «22.000 in Army Fete Parade in 5th Ave.», *NYT*, 9 de abril de 1939.

El asesinato en masa: «52 Pacifists March in Army Day Protest», *NYT*, 9 de abril de 1939.

vivir cerca de gente pacífica: Jonathan Fryer, *Isherwood*, p. 188.

Planeó un viaje: Christopher Isherwood, *Diaries*, p. 14.

«Nuestra forma de resistencia pasiva»: *Ibid.*, p. 16.

«Vengo aquí con una sola credencial»: «Urge Bill to Admit Refugee Children», *NYT*, 21 de abril de 1939.

«Un niño judío»: U.S. Senate and House, *Admission of German Refugee Children*, pp. 56-57.

«Mi padre se llamaba»: *Ibid.*, p. 85.

«corrosivo y espantoso»: «Declare Germans Abhor Nazi Terror», *NYT*, 22 de abril de 1939.

«no puede ser mala», «El asunto es si el pueblo» y «horadando desde dentro»: «Hoover Backs Bill to Waive Quota Act for Reich Children», *NYT*, 23 de abril de 1939.

Boy Scouts: «Louis Taber Dies», *NYT*, 17 de octubre de 1960.

«muchas mentes deformadas»: Schmitt, *Quakers and Nazis*, pp. 110, 245.

«Espacios pelados y áridos»: Lester, *It So Happened*, p. 90.

«Este tipo de guerra»: *Ibid.*, pp. 96-97.

«Su aversión al imperialismo británico»: *Ibid.*, p. 98.

«Después del período»: Yale Law School, *The Avalon Project*, «British White Paper of 1939», www.yale.edu/lawweb/avalon/mideast/brwh1939.htm.

«Cualquier persona que esté al corriente»: «Britain is Warned by Zionist Leader», *NYT*, 14 de mayo de 1939.

«Eso no refuta mis argumentos»: Dalton, *Mahatma Gandhi*, p. 136.

habló muy quedamente: «Chamberlain Bares Pledge», *NYT*, 1 de abril de 1939.

El gobierno de Su Majestad: «Chamberlain's Statement», *NYT*, 1 de abril de 1939.

«La promesa del señor Chamberlain»: «Chamberlain Bares Pledge», *NYT*, 1 de abril de 1939.

no tardó en corresponder: Ian Colvin, *The Chamberlain Cabinet*, p. 197.

El secreto era la condición: Stackelberg and Winkle, *Nazi Germany Sourcebook*, pp. 231-235.

Lockheed dejó de vender: «Air Experts in Japan Only Fill Contracts», *NYT*, 27 de mayo de 1939.

«Nunca antes en la historia»: «Exiles' Woes Move Writers' Congress», *NYT*, 5 de junio de 1939.

compró un avión Lockheed 14: Winterbotham, *Nazi Connection*, pp. 188-198.

«Archívese FDR»: Wyman, *Paper Walls*, p. 97.

«los hechos y la lógica»: Pickett, *For More than Bread*, p. 152.

Se enviaron formularios de registro: Henry Friedlander, *The Origins of Nazi Genocide*, p. 45; J. Noakes y G. Pridham, eds., *Nazism, 1919-1945*, vol. 3, pp. 1.006-1.007.

confiscada: Götz Aly et al., *Cleansing the Fatherland*, p. 40.

Cien bombarderos británicos: «Britain Posts Warnings For the Nazis to Read», *NYT*, 16 de julio de 1939.

Marsella: «British Bombers Fly to Marseille», *NYT*, 20 de julio de 1939.

240 aviones: «240 British Planes Soar Over France», *NYT*, 26 de julio de 1939.

«bombardeos lanzadera»: «Shuttle Bombing Raids Face Reich», *NYT*, 23 de agosto de 1939.

«a poca distancia para atacarla»: *Ibidem*.

Los periódicos dijeron: «Britain to Assure Status of Danzig in Specific Pledge», *NYT*, 6 de julio de 1939; Gilbert, *Churchill*, vol. 5, pp. 1.090-1.092.

«consejo secreto»: «British Army Chief Arrives in Poland», *NYT*, 18 de julio de 1939.

«En el fondo es un pacifista»: Gilbert, *Churchill*, vol. 5, p. 1.093.

«Sin duda los judíos»: Gilbert, *Holocaust*, p. 81.

«Enorme bombardero estadounidense»: «"Flying Fortress" Here With Record», *NYT*, 2 de agosto de 1939.

dio una señal: «Army Corps Sends 1, 500 Planes in Air», *NYT*, 3 de agosto de 1939.

pantalones cortos: Donald Cameron Watt, *How War Came*, p. 444.

«Les he llamado para darles»: Stackelberg and Winkle, *Nazi Germany Sourcebook*, pp. 242-246.

«He aquí que habló un hombre»: Kershaw, *Hitler*, p. 209.

en medio de alguna crisis mental: Watt, *How War Came*, p. 500.

«alguna solución pacífica»: Stackelberg and Winkle, *Nazi Germany Sourcebook*, p. 249.

subsidiaria británica de Electrolux: Scott Newton, *Profits of Peace*, p. 123.

«anormal»: Kershaw, *Hitler*, p. 216.

«construiré submarinos»: Watt, *How War Came*, p. 505.

«prometía defender»: *Ibidem*.

«una avispa en una merienda campestre»: Alexander Cadogan, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, p. 220.

«inimaginablemente nervioso»: Watt, *How War Came*, p. 511.

«Estos últimos días»: Victor Klemperer, *I Will Bear Witness*, vol. 1, p. 305.

«Durante casi dos horas»: «Hitler Reported Locking Self In To Make Fateful Decision Alone», *Herald Tribune* de Nueva York, 1 de septiembre de 1939.

«En lo que a mí respecta»: Ulrich von Hassell, *The Von Hassell Diaries*, p. 69.

«El cielo»: Conde Galeazzo Ciano, *The Ciano Diaries, 1939-1943*, p. 134.

«Todos están contra»: William L. Shirer, *Berlin Diary*, p. 191.

«Para poner fin»: *Herald Tribune* de Nueva York, 1 de septiembre de 1939.

«Fuerzas Aéreas alemanas»: Asher Lee, *Goering: Air Leader*, p. 69.

«Realmente había pasado»: Franklin D. Roosevelt, *F. D.R.: His Personal Letters*, vol. 2, p. 915.

«Los alemanes han invadido»: Zweig, *World of Yesterday*, p. 433.

«Meted vuestros problemas»: *Herald Tribune* de Nueva York, 1 de septiembre de 1939.

«absolutamente intolerable»: Stackelberg and Winkle, *Nazi Germany Sourcebook*, pp. 254-256.

discurso flojo: Von Hassell, *Diaries*, p. 72.

«sorprendentemente pequeña»: *Herald Tribune* de Nueva York, 2 de septiembre de 1939.

El aliento de Hitler: Kershaw, *Hitler*, p. 222.

«Al ponerse el sol»: *Herald Tribune* de Nueva York, 2 de septiembre de 1939.

Los aviones vendrían: Shirer, *Berlin Diary*, pp. 198-199.

Era como si ninguno: Isherwood, *Diaries*, p. 46.

«conducir las hostilidades»: J.R.M. Butler, *Grand Strategy*, p. 568; véase también *Herald Tribune* de Nueva York, 2 de septiembre de 1939.

«Estoy de acuerdo con su propuesta»: Hans Rumpf, *The Bombing of Germany*, p. 20.

Tiger Hill: Bernard Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, p. 40.

«La gloria de la Vieja Inglaterra»: Winston Churchill, *The Gathering Storm*, pp. 409, 491

«No se oía ni un murmullo»: Shirer, *Berlin Diary*, p. 200.

«El segundo Armagedón»: *Life*, 11 de septiembre de 1939.

«Usted hubiera salvado»: Martin Gilbert, *The Churchill War Papers*, vol. 1, p. 12.

estuche de madera para mapas: Churchill, *Gathering Storm*, p. 410; Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 1, p. 8.

WINSTON HA VUELTO: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 1, p. 6.

Olinda, un carguero alemán: «German Ship Sunk by British Cruiser», *NYT*, 5 de septiembre de 1939.

«No esperen»: Max Caulfield, *Tomorrow Never Came*, p. 13.

«Con fría premeditación»: «Text of British Leaflet», *NYT*, 5 de septiembre de 1939.

Algunos aviones se equivocaron: Cadogan, *Diaries*, p. 213.

«No estamos autorizados»: Harold Nicolson, *The War Years, 1939-1945*, p. 32.

los británicos enviaron veintinueve aviones: Anthony Verrier, *The Bomber Offensive*, p. 110.

«Nuestro aviadores dicen que bombardearon»: Cadogan, *Diaries*, p. 213.

Esbjerg: «Bombs Drop on Neutral Denmark but “Raid” is Held Unintentional», *NYT*, 5 de septiembre de 1939; «First Picture of Bomb Damage in Neutral Danish City», *NYT*, 15 de septiembre de 1939.

tres millones de octavillas: «Britain Continues Leaflet “Bombing”», *NYT*, 6 de septiembre de 1939.

«No olvidéis que Inglaterra»: «Sylt, German Isle, Reported Bombed», *NYT*, 9 de septiembre de 1939;

Herald Tribune de Nueva York, 9 de septiembre de 1939.

papel higiénico gratis: Robin Neillands, *The Bomber War*, p. 39.

Los daneses estaban pensando: «Sylt, German Isle, Reported Bombed», *NYT*, 9 de septiembre de 1939.

«Los alemanes no pueden salir»: «French Interne Germans», *NYT*, 7 de septiembre de 1939.

quince mil alemanes: «French Speed Aid for Enemy Aliens», *NYT*, 17 de diciembre de 1939; «France Interns 15.000 Germans», *NYT*, 19 de septiembre de 1939.

«aplastando a Polonia»: Otto D. Tolischus, *They Wanted War*, p. 289; «Poles Unprepared for Blow So Hard», *NYT*, 12 de septiembre de 1939.

conservar la espada: Tolischus, *They Wanted War*, p. 300.

Las calles estaban cubiertas: «Fires in Warsaw», *NYT*, 5 de septiembre de 1939.

«He perdido a mi esposa»: *Herald Tribune* de Nueva York, 3 de septiembre de 1939.

«El gran techo»: «Italian Reports Warsaw Bombing», *NYT*, 9 de septiembre de 1939.

«destruir y exterminar»: Christopher Browning, *The Origins of the Final Solution*, p. 17.

«Usted nos declaró la guerra»: «Further Excerpts from Speech», *NYT*, 10 de septiembre de 1939.

«Nuestro amor y veneración»: *Ibidem*.

«hojas risibles»: «Summary of Marshal Goering's Speech to the Reich Munitions Workers», *NYT*, 10 de septiembre de 1939.

«Su trabajo consiste»: Edward R. Murrow, *This Is London*, pp. 22-23.

«El bloqueo se impuso»: Churchill, *Gathering Storm*, p. 425.

«el público se siente»: Mollie Panter-Downes, «London War Notes», *The New Yorker*, 10 de septiembre de 1939.

«Lorraine no parece comprender»: Colvin, *Chamberlain Cabinet*, p. 255.

«POR EL BIEN DE LOS NIÑOS»: Peace Pledge Union, «PPU's Women's Peace Campaign», www.ppu.org.uk; Pat Starkey, *I Will Not Fight*, p. 7.

«ofensiva de paz»: «Allies Prepared to Reject "Peace"», *NYT*, 19 de septiembre de 1939.

ninguna paz sería posible: «Britain Bars Peace Until Hitler Goes», *NYT*, 12 de septiembre de 1939.

Hitler había planeado: Shirer, *Berlin Diary*, p. 216.

«No tengo nada»: Otto Tolischus, «Fuehrer at Danzig», *NYT*, 20 de septiembre de 1939.

«una banda de gánsteres»: Shirer, *Berlin Diary*, p. 217.

«punto de vista retórico» y «una de dos cosas»: Klemperer, *Witness*, pp. 312-313.

«francamente aterrado»: Nicolson, *War Years*, pp. 35-36.

«Todas las partes del Reich»: «Offers Lasting Peace», *NYT*, 20 de septiembre de 1939.

«La paz que Hitler»: William Shirer, «A Peace of Sorts», track 5 de CD junto a Mark Bernstein y Alex Lubertozzi, *World War II on the Air*.

«No puede haber paz alguna»: «London Shuns Bait», *NYT*, 30 de septiembre de 1939, citando *The Times* (Londres), 30 de septiembre de 1939.

«El pueblo quiere la paz»: William L. Shirer, «This Is Berlin», p. 101.

«Uno mira hacia el futuro»: Isherwood, *Diaries*, p. 46.

«El cielo de París»: *Ibidem*.

«Dice que Hitler»: Nicolson, *War Years*, p. 39.

Una iglesia había resultado alcanzada: «Poles Fighting On», *NYT*, 25 de septiembre de 1939.

«Señores, han visto ustedes»: Jon E. Lewis, ed., *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, p. 40.

detectar puntos ciegos: Gilbert, *Holocaust*, p. 99.

«Está muy claro»: «Clash in Commons», *NYT*, 4 de octubre de 1939.

«Quiero examinar repetidamente»: Vera Brittain, *Testament of a Peace Lover*, p. 2.

«solución del problema judío»: Adolf Hitler, *My New Order*, p. 751, en Louis C. Kilzer, *Churchill's Deception*, p. 169.

«De forma bastante sorprendente»: John Colville, *The Fringes of Power*, p. 32.

«¿Qué demonios pasa ahora?»: George Bernard Shaw, «Uncommon Sense About the War», en Edward Hyams, ed., *New Statesmanship*, pp. 167-171.

«Tomo la decisión»: Milton S. Mayer, «I Think I'll Sit Th is One Out», *The Saturday Evening Post*, 7 de octubre de 1939.

«El Führer todavía»: Joseph Goebbels, *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, p. 17.

«Hitler ríe hasta que se le saltan las lágrimas»: *Ibid.*, p. 18.

de pie en postura rígida: «Prime Minister Says Bar to Peace is the Present German Government», *NYT*, 13 de octubre de 1939.

«Sería imposible»: Christopher Hill, *Cabinet Decisions on Foreign Policy*, p. 253.

estaba tan horrorizado: «Prime Minister Says Bar to Peace is the Present German Government», *NYT*, 13 de octubre de 1939.

durante tres horas: «Blood Bath», *Time*, 23 de octubre de 1939.

«En la pescadería»: Klemperer, *Witness*, pp. 315-316.

«propio gobierno»: Vera Brittain, «Letters to a Peace Lover», Peace Pledge Union, www.ppu.org.uk.

psiquiátrico de Owinska: Browning, *Origins*, p. 188; Charles Sydnor, *Soldiers of Destruction*, p. 42; «Owinska Mental Home and Poznan Fort VII», www.deathcamps.org; «Koscian and the Euthanasia in Poland», www.deathcamps.org.

«A la gente pequeña»: Browning, *Origins*, p. 17.

«Entre personas bien informadas»: Von Hassell, *Diaries*, pp. 78-79.

«Sí, por supuesto»: Cyril Joad, *Journey Through the War Mind*, p. 99.

«Supongamos que tienes razón»: *Ibid.*, p. 118.

«pervertidos, rubios y brutos»: *Ibid.*, p. 89.

«Con toda franqueza»: *Ibid.*, p. 93.

«reservas de los indios»: «2, 000 Jews Sent from Vienna», *NYT*, 22 de octubre de 1939.

«libre de judíos»: Associated Press, «Jews Off to Reservation», *Nebraska State Journal*, 1 de noviembre de 1939, disponible en www.ancestry.com.

«nuestros archienemigos en la esfera oriental»: Noakes and Pridham, *Nazism*, p. 939.

azotar: Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, vol. 1, p. 191.

«con la supuesta tolerancia»: Browning, *Origins*, pp. 74-75.

Lo llevó consigo durante un tiempo: Gerald Reitlinger, *The SS: Alibi of a Nation*, pp. 134-135, Omer Bartov, *Hitler's Army*, p. 65.

nazi furibunda: Von Hassell, *Diaries*, p. 67; también Browning, *Origins*, p. 75.

«Todo soldado siente asco»: Gilbert, *Second World War*, p. 43.

«se extendería como una epidemia»: Bartov, *Hitler's Army*, p. 66.

«Con sorprendente rapidez»: Browning, *Origins*, p. 78.

«solo los brutales»: Bartov, *Hitler's Army*, p. 66.

«O debe morir»: Scott Newton, *Profits of Peace*, p. 145.

Un hombre llamado Elser: Kershaw, *Hitler*, pp. 271-273.

«Los buques de guerra son importantes»: Tolischus, *They Wanted War*, pp. 324-325.

«De los muchos métodos»: Brittain, *Testament of a Peace Lover*, pp. 7-8.

«relacionadas con los alimentos»: Klemperer, *Witness*, p. 320.

«Lo único que hace falta»: «Goering Threatens Terror for British», *NYT*, 31 de diciembre de 1939.

La mitad del dinero: *Herald Tribune* de Nueva York, 2 de enero de 1940.

«He hecho un truco de prestidigitación»: Thomas M. Coffey, *Hap*, p. 205.

«¡Cómo teme toda esta gente!»: Isherwood, *Diaries*, p. 81.

Hitler no era óptimo: John Gunther, *Inside Europe*, p. 4.

«Tampoco, como creen tantos, es homosexual»: *Ibid.*, p. 8.

«El Grupo está de acuerdo»: Nicolson, *War Years*, p. 58.

«¿Temo que me bombardeen?»: Isherwood, *Diaries*, pp. 83-84.

«Si la guerra en Europa»: «Fears for Polish Jews», *NYT*, 22 de enero de 1940.

«¿Es que están reservando?»: Churchill, *Complete Speeches*, vol. 6, pp. 6.187-6.188.

y más gente: Verrier, *Bomber Offensive*, p. 91.

«Está apareciendo un desasosiego insólito»: Robert MacKay, *Half the Battle*, p. 56.

«El cementerio judío»: Mary Berg, *Warsaw Ghetto*, p. 26.

«¿Fue premeditado?»: J. M. Spaight, *Bombing Vindicated*, p. 69.

«Ruego a sus señorías»: H. W. Koch, «The Strategic Air Offensive Against Germany», p. 125.

isla alemana de Sylt: «Nazis Give British Third Air Warning», *NYT*, 26 de abril de 1940.

Algunos aviones fueron: «British Planes in All-Night Raid Bomb Great Nazi Air Base at Sylt», *NYT*, 20 de marzo de 1940.

«Muere la esperanza de paz»: «British Planes in All-Night Raid», *NYT*, 20 de marzo de 1940.

«La guerra entra»: Augur, «War Seen Entering New Phase of Violence», *NYT*, 22 de marzo de 1940.

«Uno de los objetivos principales»: «Raid on Sylt Acts as Tonic to British», *NYT*, 21 de marzo de 1940.

paralizaría la industria enemiga: B.H. Liddell Hart, *History of the Second World War*, p. 57.

«lograría incitar a Alemania»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 1, p. 780.

Alusiones al plan de Churchill: «Nazi Ship is Sunk; Allies Open Drive to Cut Ore Route», *NYT*, 25 de marzo de 1940.

Sería como perder la guerra: J.R.M. Butler, *Grand Strategy*, p. 104.

«Esto provocará indignación»: Nicolson, *War Years*, p. 67.

«Dice que hemos hecho»: Cadogan, *Diaries*, p. 268.

«El gobierno noruego protesta»: «Allied Mines Bring a Protest by Oslo», *NYT*, 9 de abril de 1940.

«¡Parece que los alemanes han conseguido llegar!»: Cadogan, *Diaries*, p. 268.

Un grupo requisó: «More Allied Norway Units Return», *NYT*, 9 de mayo de 1940.

Un escuadrón de la RAF: Killen, *History of the Luftwaffe*, p. 111.

bombas de efecto retardado: Richards, *Portal of Hungerford*, p. 144.

«La primera de nuestras gloriosas evacuaciones»: «H.G. Wells Insists on British Shake-Up», *NYT*, 8 de septiembre de 1940.

«Noruega fue la aventura de Winston»: Channon, *Chips*, pp. 251-252.

«El halcón se prepara»: Richards, *Portal of Hungerford*, pp. 24-25.

«aquella inmensidad de fila tras fila»: Clare Boothe, *Europe in the Spring*, p. 156.

«tratarían los alemanes de venir»: *Ibid.*, pp. 158-159.

«miles y más miles de judíos»: Browning, *Origins*, pp. 131-132.

Alemania hizo un advertencia: «Nazis Warn British of Major Air Raids», *NYT*, 13 de abril de 1940; véase también «Berlin Renews Threat to Britain», *NYT*, 15 de abril de 1940.

estación de Heiligenhafen y El Ministerio del Aire británico negó: «Nazis Give British Third Air Warning», *NYT*, 26 de abril de 1940.

británicos bombardearon la ocupada Oslo: «Allies Warn Oslo of Approaching Air-Raid», *NYT*, 24 de abril de 1940.

hizo su tercera y «última» advertencia: «Nazis Give British Third Air Warning», *NYT*, 26 de abril de 1940.

«Aquí es donde»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 1, p. 1.153.

«Quería desviar tropas»: Edmund Ironside, *Time Unguarded*, p. 278.

«No se llevó a cabo ningún ataque»: «Nazis Give British Third Air Warning», *NYT*, 26 de abril de 1940.

que volaban a estima: Hastings, *Bomber Command*, p. 111.

ríos y costas iluminados: Webster and Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 1, pp. 204-205.

«Normalmente no resultaba difícil»: Neillands, *Bomber War*, p. 38.

Un fotógrafo empezó a tomar fotografías: Friedlander, *Origins of Nazi Genocide*, p. 237.

«Hitler opinaba que el exterminio»: Viktor Brack, «Affidavit Concerning the Nazi Administrative System, the Euthanasia Program, and the Sterilization Experiments», p. 5.

La matanza en cadena: Friedlander, *Origins*, pp. 109-110.

«Abundaban los informes»: *Ibid.*, p. 237.

cheques extras: Norman J. W. Goda, «Black Marks: Hitler's Bribery of His Senior Officers».

«sobres cerrados»: Kurt von Schuschnigg, *Austrian Requiem*, p. 280.

«¡Que vuelven los alemanes!»: Boothe, *Europe in the Spring*, pp. 223-224.

«Los alemanes nos han librado»: Cadogan, *Diaries*, p. 280.

habló de bombardear Alemania: *Ibid.*, p. 281; Gilbert, *War Papers*, vol. 1, pp. 1.273-1.275, 1.279.

«Pedí una audiencia»: «British Prime Minister Neville Chamberlain Resigns», WWII, 6 de diciembre de 1938, 1941, Authentic History Center, www.authentichistory.com.

«Todo el odio»: Nicolson, *War Years*, p. 84.

«una tiranía monstruosa»: Churchill, *Their Finest Hour*, p. 25.

«Eso ha convencido a esos cabrones»: James, «The Politician», en Taylor, *Churchill Revised*, p. 122 n.

Paracaidistas alemanes aterrizaron: Liddell Hart, *History of the Second World War*, p. 73.

La Luftwaffe atacó el aeropuerto: «French Towns Hit by First Bombings», *NYT*, 11 de mayo de 1940.

«Raras veces he conocido»: Birkenhead, *Halifax*, p. 456.

«Pensar en Churchill»: John Colville, en sir John Wheeler-Bennett, *Action This Day: Working with Churchill*, p. 48.

«funcionarios muy respetables»: *Ibid.*, p. 50.

bombarderos Whitley: Spaight, *Bombing Vindicated*, p. 69, citando a Arthur Harris.

una mujer inglesa: Rumpf, *Bombing of Germany*, p. 25.

Los alemanes derribaron: A.C. Grayling, *Among the Dead Cities*, p. 32.

«Una emisión radiofónica alemana»: «British Airmen Hit Nazi Columns», *NYT*, 12 de mayo de 1940.

«Essen no se encontraba»: «Cry for Reprisals Grows in France», *NYT*, 13 de mayo de 1940.

Se enviaron telegramas: Fred Kaufman, *Searching for Justice*, pp. 33-34.

en su mayor parte refugiados judíos: Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe*, p. 92; François Lafitte, *The Internment of Aliens*, pp. 76-77.

con la bayoneta calada: véase, por ejemplo, *The Illustrated London News*, 25 de mayo de 1940, p. 706.

«Pienso que cualquier movimiento»: George Morgenstern, *Pearl Harbor*, pp. 54-55.

«destrucción total»: Butler, *Grand Strategy*, pp. 569-570.

El aceite de una fábrica de margarina: Killen, *History of the Luftwaffe*, p. 115.

«llevados a cabo contra ciudades abiertas»: Koch, «Strategic Air Offensive», p. 127.

«¿Cree usted que huir tiene sentido?»: Etty Hillesum, *An Interrupted Life*, 25 de marzo de 1941, p. 19.

«redada muy grande» y «era el momento»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, pp. 40-43.

«Esta mañana el gabinete decidió»: Cadogan, *Diaries*, p. 283.

«Cuento con que mantenga usted»: Warren F. Kimball, ed., *Churchill and Roosevelt*, pp. 37-38.

Aquisgrán, Düsseldorf, Colonia: Koch, «Strategic Air Offensive», p. 130.

bombardeaban al azar: «Charge Bombing at Random», *NYT*, 19 de mayo de 1940.

arrojar desde el aire escarabajo de la patata: Simon M. Whitby, *Biological Warfare Against Crops*, pp. 78-81.

bombardeara Alemania con escarabajos de la patata: Biddle, *Rhetoric and Reality*, p. 40.

«muy digno de tenerse en cuenta»: *Ibid.*, p. 316.

«Hice mucho hincapié»: Yale Law School, *The Avalon Project*, Nuremberg Trial Proceedings, vol. 9, www.yale.edu/lawweb/avalon/imt/proc/03-15-46.htm.

«Un día bastante desagradable»: Hart, *History of the Second World War*, p. 86.

«búsqueda cuadrangular»: Edward B. Westermann, *Flak*, p. 90.

«les costaba localizar»: *Ibidem*.

«autorizada para atacar»: H. R. Trevor-Roper, ed., *Hitler's War Directives*, p. 29.

«Me gustaría que esta nación»: Coffey, *Hap*, p. 211.

«Siento la mayor admiración posible» y «Fue doloroso sacrificar»: Churchill, *Their Finest Hour*, pp. 79, 82.

«Es fácil»: William Shirer, *Collapse of the Third Republic*, p. 732.

«evitar una matanza inútil»: John Costello, *Ten Days to Destiny*, p. 219.

Göring prometió: John Toland, *Adolf Hitler*, vol. 2, p. 703.

«Quizá sea una suerte»: Nicolson, *War Years*, p. 91.

«cierta eventualidad» y «La vida se sustentará»: Butler, *Grand Strategy*, pp. 209, 212-215.

«Unas cuantas, principalmente»: «Alien Arrests Net Women in Britain», *NYT*, 28 de mayo de 1940.

«Ser detenido, internado»: Max Perutz, *I Wish I'd Made You Angry Earlier*, p. 75.

«Que el *Mooragh Times*»: Argus, «Friendly Enemy Aliens»; véase también Onlooker, «The Tragedy of the Refugees».

prohibido rápidamente: Jennifer Taylor, «“Something to Make People Laugh”? Political Content in Isle of Man Internment Camp Journals, July-October 1940», en Richard Dove, ed., «*Totally Un-English*»?, p. 143.

«Evitemos, por tanto»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 168.

«Lo que dijo Winston me pareció»: Birkenhead, *Halifax*, p. 458.

«Por cruel y trágico»: Browning, *Origins*, pp. 69-70.

Ahora debían abandonarla: Churchill, *Their Finest Hour*, pp. 110-112.

mitin contra la guerra: «War Trend is Hit at Peace Session», *NYT*, 8 de junio de 1940.

«No lo conozco lo suficientemente bien»: Margaret Gowing, *Britain and Atomic Energy, 1939-1945*, p. 47.

se encontraba en un portaaviones: Lewis, *Mammoth Book of Eyewitness World War II*, pp. 112-116.

Todos los extranjeros enemigos: «Britain Interns Elder Aliens», *NYT*, 11 de junio de 1940.

«Lo lamento mucho»: Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe*, p. 96.

A la seis, Mussolini salió: «Duce Gives Signal», *NYT*, 11 de junio de 1940.

«La noticia de la guerra»: Ciano, *Diaries*, p. 264.

el director del Piccadilly Hotel: A. W. Brian Simpson, *In the Highest Degree Odious*, p. 194.

«Que les echen el guante»: Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe*, p. 90.

«italianización en gran escala»: Eric Koch, *Deemed Suspect: A Wartime Blunder*, p. 15.

La Policía Montada de Canadá: «Hundreds of Italians Arrested in Canada», *NYT*, 12 de junio de 1940.

escaparates de fruterías: «Disorders in Toronto», *NYT*, 13 de junio de 1940.

«¡Los judíos tienen la culpa!»: Klemperer, *Witness*, p. 343.

«Lo que hace que me rechinen los dientes»: Nicolson, *War Years*, p. 95.

«Una mujer que iba en una silla de ruedas»: «Swiss Blame British for Killing 4», *NYT*, 13 de junio de 1940.

El gobierno británico expresó: «Bombs Fall on Swiss Soil», *NYT*, 1 de julio de 1940.

«perniciosa propaganda»: Peace Pledge Union, «PPU History in Context».

Fue fusilado: Peace Pledge Union, «1940-1949: Candles in the Dark».

«Nos hemos comprometido»: Harris y Paxman, *Higher Form of Killing*, p. 112.

«Quiero un informe»: *Ibid.*, p. 113.

«Es extraño lo tibia»: Marie Vassiltchikov, *Berlin Diaries*, p. 18.

«lucha a vida o muerte» y «Experimenté una sensación»: Churchill, *Their Finest Hour*, pp. 194-196, 198.

«el cerebro de Winston es el más extraordinario»: Birkenhead, *Halifax*, p. 459.

«Nada los conmoverá»: David Reynolds, «Churchill and the British “Decision” to Fight on in 1940», en Richard Langhorne, ed., *Diplomacy and Intelligence During the Second World War*, p. 162.

volvieron y arrojaron más bombas y «Un odio intenso»: Koch, «Strategic Air Offensive», pp. 121, 131-132.

Franklin Roosevelt echó: Roosevelt, *F. D.R.: His Personal Letters*, pp. 1.041-1.044.

«Nos sentamos en los escalones»: Vassiltchikov, *Berlin Diaries*, p. 20.

«Causaron la muerte»: «Reporters Find No Raid Havoc in Italian Plants», *Herald Tribune* de Nueva York, 22 de junio de 1940.

El nombramiento complació a los chinos: «Senate Hearings Ordered On Stimson's Nomination», *NYT*, 22 de junio de 1940.

«que el señor Stimson»: «Nazis See Knox and Stimson as "Warmongers"», *Herald Tribune* de Nueva York, 22 de junio de 1940.

«Uno de los hombres»: Soames, *Winston and Clementine*, p. 454.

visitaron la Ópera de París: Speer, *Inside the Third Reich*, pp. 235-236.

«Para mí fue un gran alivio»: Adolf Hitler, *Hitler's Table Talk*, pp. 9899.

«Debería pedirse a la prensa y la radio»: Churchill, *Their Finest Hour*, p. 170.

«encargado de gran parte del patrullaje»: «Our Plane Sales to Allies Detailed», *NYT*, 28 de junio de 1940.

«Lo hacen bien»: Raymond E. Lee, *The London Journal of General Raymond E. Lee*, p. 8.

«De esta manera el sueño sionista»: Adam Czerniakow, *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, p. 169.

Las obras de construcción: Browning, *Origins*, p. 84.

«supergueto»: *Ibid.*, p. 85.

Ciento veinte barcos: Richard Breitman, *The Architect of Genocide*, p. 130; véase también Browning, *Origins*, pp. 86-87.

Ciano preguntó a Phillips: Ciano, *Diaries*, p. 272.

«Pensamos que Somerville»: Max Arthur, ed., *Forgotten Voices of World War II*, pp. 98-99.

siguiendo órdenes de Churchill: John Lukacs, *The Duel*, p. 163.

«Cuando terminó»: Lee, *London Journal*, p. 12.

«Vuestros soldados están haciendo»: Gandhi, «To Every Briton», *Collected Works*, vol. 78, p. 387.

«rabia general»: Koch, «Strategic Air Offensive», p. 133.

«violenta explosión que iluminó»: «Violent Explosion at Hamburg», *Times* (Londres), 6 de julio de 1940.

«Día tras día» y «Ahora firmarán la paz»: Klemperer, *Witness*, pp. 346-347.

«Se ha roto el bloqueo»: Churchill, *Their Finest Hour*, p. 643.

«La idea esencial»: «Educators Assail Peacetime Draft», *NYT*, 9 de julio de 1940.

«Si dejabas que los nazis»: Isherwood, *Diaries*, pp. 99-100.

«Nuestra acción contra»: Nicolson, *War Years*, p. 100.

«firmemente decidido»: «Gandhi's Non-Violence Toward Reich Rejected», *NYT*, 14 de julio de 1940.

«Estoy agradecido»: Gandhi, «To Every Briton», *Collected Works*, vol. 79, p. 9.

«El país se ve gravemente amenazado», «Si quieres luchar», «El servicio militar obligatorio» y «Me gustaría simplemente enumerar»: U.S. Senate Committee on Military Affairs, *Compulsary Military Training and Service*, pp. 21, 25, 148, 255.

«ninguna analogía»: «Training Bill Wins Senators' Support», *NYT*, 11 de julio de 1940.

«Esperamos sin desfallecer»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 518.

«Como Inglaterra»: Trevor-Roper, *Hitler's War Directives*, p. 34.

«En el borde»: Lee, *London Journal*, p. 17.

Controló mejor la voz: Shirer, *Berlin Diary*, p. 454.

«El señor Churchill acaba de declarar»: Stackelberg y Winkle, *Nazi Germany Source book*, pp. 264-266.

«un tono inusualmente humanitario»: Ciano, *Diaries*, p. 277.

espléndida guerrera: Killen, *History of the Luftwaffe*, pp. 124-125.

«Su orgullo»: Shirer, *Berlin Diary*, p. 456.

«Me permitirán que les diga»: Sefton Delmer, *Black Boomerang*.

«A última hora de la tarde»: Ciano, *Diaries*, p. 277.

«No voy a decir»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 568.

«La reacción al discurso»: Nicolson, *War Years*, p. 103.

«El primer ministro preguntó»: Richards, *Portal of Hungerford*, p. 161.

«Pero no vale la pena atormentarse»: Frances Partridge, *A Pacifist's War*, p. 51.

intermediario cuáquero: Costello, *Ten Days to Destiny*, p. 347.

«Deberíamos averiguar»: *Ibidem*.

«Philip Lothian telefonea»: Nicolson, *War Years*, p. 104.

«Halifax, firme»: *NYT*, 23 de julio de 1940.

«Varias frases»: «Text of Speech Changed», *NYT*, 23 de julio de 1940.

«telón de acero»: «Nazis Hint Attack on Britain is Near», *Ibidem*.

«Atracción magnética»: «British See Blow Within 2 Weeks», *NYT*, 6 de agosto de 1940.

«Recientemente saqué la conclusión»: Jeanne Guillemin, *Biological Weapons*, p. 49.

«La verdad es»: Isherwood, *Diaries*, p. 115.

«Gran Bretaña pierde su honor»: Spaight, *Bombing Vindicated*, p. 72.

bombas de efecto retardado: Koch, «Strategic Air Offensive», p. 135.

«Había contado»: Shirer, *Berlin Diary*, p. 464.

descabelladas mentiras británicas: «Nazis Call Hamburg "Pulverization" False», *NYT*, 4 de agosto de 1940.

«Ningún hombre puede ser transformado»: Gandhi, *Collected Works*, vol. 79, pp. 92-93.

«Se pasó todo el rato»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 651.

«Una siente una especie de náusea»: Lester, *It So Happened*, p. 123.

«La verdad obvia»: «Hoover Maps Plan to Feed Europeans», *NYT*, 12 de agosto de 1940.

«Era un militarista» y «cuando Churchill sucedió»: Herbert Hoover, *An American Epic*, vol. 4, pp. 8, 17.

«Speed the Food Ships»: Lester, *It So Happened*, pp. 233-235.

«Recibí una advertencia»: *Ibid.*, p. 125.

«¡No vienen!»: Charles de Gaulle, *Complete War Memoirs*, p. 104.

«A juzgar por lo que he visto»: Murrow, *This Is London*, pp. 143-144.

«Ahora los bombarderos británicos»: «Italian Cities Hit», *NYT*, 20 de agosto de 1940.

«El servicio de combate caerá»: «Peace Bloc Assail Conscription Bill», *NYT*, 20 de agosto de 1940.

«fundamentadas en los motivos más elevados»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, pp. 689-90.

«La idea»: Hoover, *American Epic*, pp. 20-21.

«vergonzosas y deplorables»: «Britain Eases Lot of Interned Aliens», *NYT*, 23 de agosto de 1940.

El portero golpeó: Vassiltchikov, *Berlin Diaries*, p. 27.

arrancaron una pierna, «buen vapuleo» y bombas de efecto retardado: Shirer, *Berlin Diary*, pp. 490, 492-493.

«Niños pequeños acostados»: Vassiltchikov, *Berlin Diaries*, p. 28.

«Heanley reveló»: Cecil King, *With Malice Toward None*, pp. 69-70.

«Me alegro mucho de saber»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 747.

Lo habían intentado antes: Richards, *Portal of Hungerford*, p. 155.

«tarjetas de visita» y tamaño de un naípe: Ley, *Bombs and Bombing*, pp. 38-39.

Hitler tenía almacenes: Kershaw, *Hitler*, p. 300.

«Bombardeo de bosques»: «Woods Are Bombed», *NYT*, 5 de septiembre de 1940.

«Los ingleses vienen»: «Talks of Invasion», *NYT*, 5 de septiembre de 1940.

«Muchachitos de dieciséis años»: Nicolson, *War Years*, p. 111.

«Los aviones volaban»: «Churchill Proud of British Morale», *NYT*, 10 de septiembre de 1940.

«varios blancos militares»: «Capital is Shaken», *NYT*, 8 de septiembre de 1940.

«Al fin y al cabo» y «Había un olor muy fuerte»: «London Total War Arouses Cold Anger», *NYT*, 8 de septiembre de 1940.

«Bordeando estas zonas arrasadas»: «Bases for Invasion Battered by R.A.F.», *NYT*, 9 de septiembre de 1940.

«hemos tenido un agosto muy lluvioso»: Shirer, *Berlin Diary*, p. 502.

«Una bomba grande» y «como el sonido del viento»: King, *With Malice Toward None*, pp. 74, 76.

Un piloto británico vio la luna: «Navy Helps R.A.F.», *NYT*, 12 de septiembre de 1940.

«Como es típico de las actuales»: «The Texts of the Day's War Communiques», 12 de septiembre de 1940.

Lo que había sufrido daños: «Raid Nazi Capital», *NYT*, 11 de septiembre de 1940.

Un fragmento de bomba: Shirer, *Berlin Diary*, p. 504.

ardieron en el jardín: Shirer, *This Is Berlin*, p. 403.

cinco civiles: «The Texts of the Day's War Communiques», *NYT*, 12 de septiembre de 1940.

«¡El Reichstag, bombardeado!»: «Berlin Threatens New Fury in Raids», *NYT*, 12 de septiembre de 1940.

«Ahora que el edificio de nuestro Reichstag»: *Ibidem*.

«Este hombre malvado»: «Text of Premier Churchill's Speech», *NYT*, 12 de septiembre de 1940.

«Por ahora no sufro», «grotesca», «la situación es muy mala» y «La Casa de los Judíos piensa»: Klemperer, *Witness*, pp. 349, 355.

sacos de escarabajos de la patata: «Germans Accuse British of Spreading Potato Bugs», *NYT*, 15 de septiembre de 1940.

«caen aviones tripulados»: «Canadian Says Germans Man Planes With Boys», *Herald Tribune* de Nueva York, 13 de septiembre de 1940.

«Nuestra familia de Wandsworth»: Partridge, *Pacifist's War*, p. 60.

«catedral de San Pablo»: Gandhi, *Collected Works*, vol. 79, p. 217.

jugó al golf: Richardson, *On the Treadmill*, p. 378.

«La política actual»: *Ibid.*, p. 380.

«Le dije que el presidente»: *Ibid.*, pp. 381-382.

Clarence Pickett pidió: J. Garry Cliff y Samuel R. Spencer Jr., *The First Peacetime Draft*, p. 223.

«No podemos permanecer indiferentes»: Roosevelt, *Public Papers and Addresses*, vol. 9, p. 430.

«a sabiendas aconseje»: «Text of the Selective Service Measure as it Was Finally Passed by Congress Yesterday», *NYT*, 15 de septiembre de 1940.

«Todo el mundo está preocupado» y En los refugios antiaéreos: Nicolson, *War Years*, pp. 114-116.

Plan Madagascar: Christopher Browning, *The Path to Genocide*, pp. 18-19.

«Ya he visto suficiente»: Murrow, *This Is London*, pp. 186-187.

«Los ataques de la Royal Air Force»: Ciano, *Diaries*, p. 295.

«Todas las noches los ciudadanos»: *Ibid.*, p. 296.

Kinderlandverschickung: Jost Hermand, *A Hitler Youth in Poland*, p. 6.

Baldur von Schirach: *Ibid.*, p. XIV.

uno de los viejos camaradas: William L. Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, p. 253; Machtan, *Hidden Hitler*, p. 82.

había descubierto el antisemitismo: Shirer, *Rise and Fall*, p. 149.

adoctrinamiento nacionalista: Hermand, *Hitler Youth*, p. XIV.

a cargo de las Juventudes Hitlerianas: Fest, *Face of the Third Reich*, p. 227.

«La posibilidad de que tengamos»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 880.

«Hace algunas noches»: Vassiltchikov, *Berlin Diaries*, p. 31.

«Las mangueras son viejas»: Armstrong, *Preemptive Strike*, pp. 61-62. Smith-Hutton es identificado como el agregado naval en Thomas G. Mahnken, *Uncovering Ways of War*, pp. 22, 47.

«Nos encontramos ante el atroz»: Alexander S. Lipsett, «Mass Starvation Feared», *NYT*, 2 de octubre de 1940.

El servicio de prensa británico organizó: Nicholas John Cull, *Selling War*, pp. 120-121.

trigo, arroz y pulgas: Ed Regis, *The Biology of Doom*, p. 17; Peter Williams y David Wallace, *Unit 731: Japan's Secret Biological Warfare in World War II*, pp. 101-102.

Chuhsien: Ahora llamada Zhoushan.

facilitó a la prensa una lista: «200 Points Listed by R.A.F. as Bombed», *NYT*, 8 de octubre de 1940.

«La muerte y el dolor»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 922.

«La Luftwaffe ha cambiado»: Michael Patterson, *Battle for the Skies*, pp. 59-60.

tuvo una desavenencia, e «influencia disuasoria»: Richardson, *On the Treadmill*, pp. 425, 434.

«Contestó»: *Ibid.*, p. 427; Morgenstern, *Pearl Harbor*, p. 58.

Los periódicos de Cecil King: King, *With Malice Toward None*, pp. 80-84.

«¡No se asusten!»: Jean R. Freedman, *Whistling in the Dark: Memory and Culture in Wartime London*, pp. 106-107.

«Serenamente, sin temor»: «President Speaks», *NYT*, 17 de octubre de 1940.

«No deben odiar»: «First Draft Objectors Are Called to Federal Inquiry Here Today», *NYT*, 17 de octubre de 1940.

Cuatro miembros de la Hermandad: *Ibidem*; «Subpoenaed for Refusing to Register for Conscription», *NYT*, 17 de octubre de 1940; «10 Draft Objectors Are Indicted Here», *NYT*, 22 de octubre de 1940.

«Puede que usted y otros»: Nicolson, *War Years*, pp. 121-122.

«guerra relámpago de bombas incendiarias verbales»: Franklin D. Roosevelt, «Campaign Address at Philadelphia, Pennsylvania», 23 de octubre de 1940, en Wooley y Peters, *American Presidency Project*.

En Dresde sonaron las sirenas: Klemperer, *Witness*, p. 360.

Los nazis dieron un nuevo decreto: Eric A. Johnson, *Nazi Terror*, pp. 386-387.

«directa o indirectamente fomite»: «India Bans Anti-War Talk», *NYT*, 27 de octubre de 1940.

Nehru fue detenido: «Nehru Seized in India for Pacifist Speech», *NYT*, 1 de noviembre de 1940.

«Temo tanto»: Nicolson, *War Years*, pp. 123-124.

Una de las estipulaciones de Halifax: Newton, *Profits of Peace*, p. 150.

«Ayer nos ordenaron»: Women's International League for Peace and Freedom, «From a Letter from Camp de Gurs, South France», disponible en www.wilpf.int.ch/history/1941.doc.

«Muy perturbado»: Klemperer, *Witness*, p. 361.

«de entre seis meses»: «Reich Jews Sent to South France», *NYT*, 9 de noviembre de 1940.

«Dado que hay escasez de alimentos»: Noakes and Pridham, *Nazism*, p. 1.080.

«La labor de socorro»: «Reich Jews Sent to South France», *NYT*, 9 de noviembre de 1940.

Tenía los ojos vendados: Clifford y Spencer, *First Peacetime Draft*, p. 2.

La Cruz Roja redujo: «Red Cross to Cut Staff in France», *NYT*, 9 de noviembre de 1940.

«Estaba sucediendo algo hondamente»: Lester, *It So Happened*, p. 126.

«Una de las razones»: «Hoover Food Plan Defended by Holmes»: *NYT*, 18 de noviembre de 1940.

«Si la hambruna y las epidemias»: *Commonweal*, 22 de noviembre de 1940.

suntuosa cervecería Löwenbräu: «R.A.F. Fired Cellar After Hitler Left», *NYT*, 10 de noviembre de 1940.

«uno de los hombres más duros»: «Hitler Forswears Any Compromise», *NYT*, 9 de noviembre de 1940; «Adolf Tells the World He's One Tough Fellow», *NYT*, 10 de noviembre de 1940.

«Entonces, de repente»: Toni Winkelnkemper, «The Attack on Cologne», trad. Randall Bytwerk, *German Propaganda Archive*, www.calvin.edu/academic/cas/gpa/cologne.htm.

«No hace falta buscarla»: Isherwood, *Diaries*, p. 124.

«Será tan extensa»: «Bomb-Proof City Shown as Model», *NYT*, 11 de noviembre de 1940.

«Los bombardeos no son un mal absoluto»: Robert C. Twombly, *Frank Lloyd Wright*, pp. 296-297.

un almuerzo de despedida: Lee, *London Journal*, pp. 129-130.

entierro de Neville Chamberlain: Cadogan, *Diaries*, p. 336.

«En vista del bombardeo»: «British Still Split on Bombing Nazis», *NYT*, 15 de noviembre de 1940; Hadley Cantril, ed., *Public Opinion*, p. 1.067.

«Cree que se han producido», «dimensiones muy considerables» y «Probablemente»: F. H. Hinsley, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 1, pp. 539-541.

«La guerra consiste en asesinatos»: Staughton Lynd, ed., *Nonviolence in America*, pp. 296-299.

«Esto es una emergencia nacional»: «8 Draft Objectors Get Prison Terms», *NYT*, 15 de noviembre de 1940.

«A las tres de la tarde»: Aileen Clayton, *The Enemy Is Listening*, p. 71.

«Para ser abierta solamente»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 880.

«Salida en falso»: *Ibid.*, p. 1.095.

Nadie llamó a Coventry: Norman Longmate, *Air Raid*, pp. 263-264.

«Se espera un gran ataque»: *Ibid.*, p. 74.

Arrojaron diez mil bombas: Allan W. Kurki, *Operation Moonlight Sonata*, p. 17.

bombardero Whitley: King, *With Malice Toward None*, p. 85.

«Todos los comercios»: Harry Oakley, «The Worst Night of Our Lives».

«Parecía como si la tierra»: «Coventry Plants Razed, Nazis Say», *NYT*, 16 de noviembre de 1940.

«Coventry como centro de producción»: King, *With Malice Toward None*, p. 86.

«Como venganza por el ataque»: Carl Henze, «Bombs on Coventry».

salió una pequeña procesión: Arthur, *Forgotten Voices of World War II*, p. 107.

«Me parece que les gustó»: Longmate, *Air Raid*, p. 206.

mucha publicidad: Cull, *Selling War*, pp. 103-104.

«lo suficientemente larga»: «Hamburg Pounded in Reply by R.A.F.», *NYT*, 17 de noviembre de 1940.

«A veces pequeñas explosiones»: «Time Bombs Rock Coventry Anew; Many Dead Are Found in Shelters», *NYT*, 18 de noviembre de 1940.

«Se ve a mujeres llorando»: Angus Calder, *The People's War*, p. 204.

SENTIMOS INFORMARLE: Longmate, *Air Raid*, p. 223.

172 cadáveres: «Coventrizing», *Time*, 2 de diciembre de 1940.

quemados o mutilados: Cull, *Selling War*, foto y subtítulo f.p. 134.

«un corte largo, estrecho y hondo»: «Coventry Dead Laid in One Grave; Air Raid Siren is their Requiem», *NYT*, 21 de noviembre de 1940.

haciéndose fotografiar: Colville, *Fringes of Power*, p. 298.

«Una joven muy bonita»: Churchill, *Their Finest Hour*, p. 377.

llevar un brazalete: «All Antwerp Citizens Defy Nazis by Donning Armbands», *NYT*, 23 de noviembre de 1940.

«En Alemania podríamos»: Von Hassell, *Diaries*, p. 159.

Con la aprobación de Churchill, y una prisión británica: Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe*, pp. 66-68.

«El problema de abastecerles»: U.S. Department of State, *Foreign Relations of the United States*, 1940, vol. 2, pp. 243-244.

sopesando una respuesta: «Hull Tells Basis of Refugee Curb», *NYT*, 10 de enero de 1941.

«Hay pocos japoneses»: «Nomura Holds U.S., Japan Need Peace», *NYT*, 27 de noviembre de 1940.

«Hay 136 campos de aviación»: Alan Armstrong, *Preemptive Strike*, pp. 38-39.

«con la condición»: Blum, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 2, p. 365.

«La invasión de Noruega»: Milo Perkins, «Exports and Appeasement» *Harper's Magazine*, diciembre de 1940.

«me ordenó usted»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, p. 1.186.

«Con objeto de causar incendios»: *Ibid.*, vol. 3, p. 353 n.

«Los escrúpulos morales»: Colville, *The Fringes of Power*, p. 311.

Morgenthau hizo jurar a Soong: Michael Schaller, *The U.S. Crusade in China, 1938-1945*, p. 72.

«Decir que se mostró entusiasmado»: Blum, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 2, p. 366.

¿Podía Soong proporcionar? y «En relación con el memorándum»: Armstrong, *Preemptive Strike*, pp. 36, 39-40.

«La seguridad del Estado»: «Liberty for Mosley Debated in Commons», *NYT*, 11 de diciembre de 1940;

«500 Mosley Aides Ordered Held», *NYT*, 26 de julio de 1940.

«En este momento»: «Friends to Ignore British Blockade», *NYT*, 12 de diciembre de 1940.

«No podemos edificar»: «Quakers Planning to Free Draft Foes», *NYT*, 1 de diciembre de 1940.

«concentrar la máxima cantidad»: Webster and Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 1, pp. 225-226.

«como una fuente de oro»: «Mannheim District is Bombed 7 Hours», *NYT*, 18 de diciembre de 1940.

un castillo y un hospital: *Ibidem*.

«Hemos asestado golpes»: «Prime Minister Churchill's Speech in the House of Commons», *NYT*, 20 de diciembre de 1940.

«Cuento con que la gran mayoría»: Webster and Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 1, p. 226.

Estaba un poco bronceado: Frank L. Kluckhohn, «Aid Plan Outlined», *NYT*, 18 de diciembre de 1940.

cuatro mujeres: «Swiss Have Alarms Again», *NYT*, 24 de diciembre de 1940.

La ciudad pidió permiso: «Swiss Charge British with Bombing Basle», *NYT*, 18 de diciembre de 1940.

«Otras noches Mannheim también»: «Mannheim Blasted Steadily by R.A.F.», *NYT*, 24 de diciembre de 1940.

«¿Sigue dispuesto a luchar?»: Armstrong, *Preemptive Strike*, p. 51, citando Morgenthau Diary 342-A, China: Bombers, 3-22 de diciembre de 1940.

El gobierno chino: «Plague Declared Sprayed», *NYT*, 20 de diciembre de 1940.

«Son todos fascistas»: Nicolson, *War Years*, p. 131.

el comedor de la casa de Henry Morgenthau: Armstrong, *Preemptive Strike*, p. 59; Robert Smith Thompson, *A Time for War*, pp. 288-289.

«todas las ciudades japonesas»: Schaller, *The U.S. Crusade in China*, p. 75.

«Las leyes de inmigración de Estados Unidos»: *Foreign Relations of the United States*, 1940, vol. 2, pp. 245-246.

«Si cediéramos»: *Ibidem*.

«Colin piensa»: Partridge, *Pacifist's War*, p. 70.

«Naturalmente, me duele»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 2, pp. 1.276-1.277.

«Aviones que volaban bajo»: «Berlin Assaulted in Heavy R.A.F. Raid», *NYT*, 22 de diciembre de 1940.

«El ataque a la mayor iglesia»: «Berlin Paper Talks of Reprisals», *NYT*, 23 de diciembre de 1940.

«No nos cabe ninguna duda»: Gandhi, «Letter to Adolf Hitler», *Collected Works*, vol. 79, pp. 452-456.

ayuntamiento medieval resultó destruido: «Guildhall Housed Many Treasures», *NYT*, 31 de diciembre de 1940.

«Están sembrando vientos»: Henry Probert, *Bomber Harris*, p. 110.

«Decido dar publicidad al ataque»: Cadogan, *Diaries*, p. 344.

De pronto se levantó la censura: «Havoc in "the City"», *NYT*, 31 de diciembre de 1940.

«Se han destruido edificios»: *Ibidem*.

«tenía plena libertad»: Webster and Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 1, p. 221.

«un gran edificio comercial»: Louis MacNeice, *Selected Prose of Louis MacNeice*, p. 103.

«Defensa de los niveles de vida»: «Briton Hits Parley Supported by Reds», *NYT*, 18 de diciembre de 1940.

«Creo firmemente»: «Text of Senator Wheeler's Speech», *NYT*, 31 de diciembre de 1940.

cable sobre la leche: Kimball, *Churchill and Roosevelt*, pp. 11-18.

«De lo contrario»: Pickett, *For More than Bread*, pp. 177-178.

La bondad edifica paz: «Peace Trek Ends in a Parade Here», *NYT*, 2 de enero de 1941.

«En todas parte vi grupitos»: Nicolson, *War Years*, p. 136.

«Estoy seguro»: Kimball, *Churchill and Roosevelt*, pp. 125-126.

Más de cincuenta mil judíos: René Kraus, *The Men Around Churchill*, p. 165; véase también «Many

Interned in Britain Freed», *NYT*, 4 de enero de 1941.

«Estoy muy a favor»: Wasserstein, *Britain and the Jews of Europe*, p. 107; Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 18.

«barcos, aviones, tanques, cañones»: «Annual Message to Congress», Roosevelt Library, www.fdrlibrary.marist.edu/4free.html.

«Inscribiéndome»: «“God’s Will” Argued by Draft Objector», *NYT*, 7 de enero de 1941.

«¿Quién?», «Los políticos y las élites fingen», «He quedado más convencido», «Espera que con nuestra ayuda» y «Expresó la esperanza»: Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, pp. 239, 243, 259-260.

«¡El pueblo británico habla claro!»: *NYT*, 13 de enero de 1941, p. 11.

dos mil delegados se reunieron: «British Leftists Demand Control», *NYT*, 13 de enero de 1941.

había amenazado con prohibir: «Britain May Forbid Anti-War Meeting», *NYT*, 20 de diciembre de 1940.

El folleto no debería haberse autorizado: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, pp. 71-72.

«las doctrinas totalitarias»: «Blockade Helps Britain’s Foes French Assert», *Chicago Tribune*, 14 de enero de 1941.

Sacerdotes católicos recogieron: «List Bombed Churches», *NYT*, 14 de enero de 1941.

«Las enormes concentraciones navales»: «Hawaiian Position Assailed», *NYT*, 17 de enero de 1941.

Fue cancelada: National Committee on the Cause and Cure of War Records, www.swarthmore.edu/library/peace/CDGA.M-R/ncccw.html.

«Si bien la diversión es la diversión»: «Britain Prepared to Repress Reds», *NYT*, 19 de enero de 1941.

agentes de Scotland Yard: «Daily Worker Office Raided by Scotland Yard Men», *NYT*, 22 de enero de 1941.

«debilitasen la voluntad»: «Morrison Defends Curb on Red Paper», *NYT*, 23 de enero de 1941.

No beneficia a ningún periódico: King, *With Malice Toward None*, pp. 93-94.

«Luego estudiar y escribir»: Klemperer, *Witness*, p. 370.

debido al cupo de inmigración: *Ibid.*, p. 363.

Su inglés era defectuoso: *Ibid.*, p. 370.

¿Quién le acogería?: *Ibid.*, p. 363.

«Corren por la ciudad»: Joseph C. Grew, *Ten Years in Japan*, p. 568.

«Duerma usted un poco»: Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 253; Roosevelt, *F. D.R.: His Personal Letters*, p. 1.114.

«maravillas azules»: A Reply to Roosevelt, *NYT*, 31 de enero de 1941.

Era el 31 de enero de 1941: «Japanese Ambassador Given Navy Escort», *Oakland Tribune*, 30 de enero de 1941, disponible en www.ancestry.com.

«hablo en nombre de los oficiales»: Richardson, *On the Treadmill*, pp. 409-410.

tuvo lugar a las 3.00 de la madrugada: «R.A.F. Planes Gun Nazis in Trenches», *NYT*, 14 de enero de 1941.

«lago de fuego»: «Lake of Fire Seen At Wilhelmshaven», *NYT*, 17 de enero de 1941.

«cañones de fusil extras de calibre 50» y «El máximo número de aviones B-17»: Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 258.

«El gigantesco bombardero»: «Bomber for Britain Flies Here Non Stop», *NYT*, 17 de febrero de 1941.

18.482 B-24: Allan G. Blue, *The B-24 Liberator*, p. 192.

«Estudiar la posibilidad»: Leo P. Brophy y George J. B. Fisher, *The Chemical Warfare Service: Organizing*

for War, pp. 132-133.

fabricación de lewisita: «James B. Conant is Dead at 84», *NYT*, 12 de febrero de 1978.

bombas, carburantes, gases: Brophy y Fisher, *Chemical Warfare Service*, p. 38.

«Debemos hacer valerosamente»: «Conant Backs Aid to Defeat Hitler», *NYT*, 12 de febrero de 1941.

dos reclusos polacos: Debórah Dwork y Robert Jan van Pelt, *Auschwitz: 1270 to the Present*, p. 203.

tamaño de guisantes: Breitman, *Architect of Genocide*, p. 203.

«No tengo ningún derecho»: «Draft Evaders Get 2 Years in Prison», *NYT*, 12 de febrero de 1941.

banqueros internacionales: Edward S. Shapiro, «World War II and American Jewish Identity», *Modern Judaism*, febrero de 1990.

«deplorable nota de fanatismo»: «Battle Accuses Wheeler», *NYT*, 8 de marzo de 1941.

líder del partido Baldur: Kershaw, *Hitler*, p. 351.

«La mayoría de ellos»: «Nazi Deportation of Jews Resumed», *NYT*, 20 de febrero de 1941.

«ni un solo rasgo bondadoso»: Reimann, *Goebbels*, p. 246.

«la muchacha más lozana y bien parecida»: Robert Menzies, *Dark and Hurrying Days*, pp. 63-64.

«¡El coche del judío!» y «Llegamos al Monopol»: Klemperer, *Witness*, pp. 376-377.

«Muchos de nuestros alumnos»: Berg, *Warsaw Ghetto*, p. 53.

«Si más adelante decidimos hacerlo»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 289.

«Aparte de la atroz pérdida»: Menzies, *Dark and Hurrying Days*, pp. 70-71.

«Puntos destacados» y «opinión»: Von Hassell, *Diaries*, pp. 171-172.

«un mundo de locos»: Menzies, *Dark and Hurrying Days*, p. 82.

«Hablamos de la bomba»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, pp. 320-324.

«Subcomité sobre Cultivos del Consejo Químico»: Biddle, *Rhetoric and Reality*, pp. 178, 355.

marca Runcol: Tim Jones, *The X Site*, p. 8.

«lanzamiento desde el aire»: Harris y Paxman, *Higher Form of Killing*, p. 100.

«poner toda la carne»: Menzies, *Dark and Hurrying Days*, p. 84.

«El amable, magnético»: Laurel Holliday, *Children in the Holocaust and World War II*, p. 306.

los saqueadores se movieron: Maev Kennedy, «Sex, Fear, and Looting», *Guardian Unlimited*, 5de octubre de 2006, www.guardian.co.uk; Gavin Mortimer, *The Longest Night*, p. 44.

«la tarea, a oscuras»: John Howells, entrevistado en Greg Wilkinson, *Talking about Psychiatry*, p. 212.

«Las bombas de esta primavera»: Murrow, *This Is London*, p. 235.

«Churchill vino a despertarme»: Charles de Gaulle, *Complete War Memoirs*, p. 165.

Hitler declaró que ojalá: Shlomo Aronson, *Hitler, the Allies, and the Jews*, p. 28.

«Ahora nos van a oír»: Goebbels, *Goebbels Diaries, 1939-1941*, p. 240.

«habrá represalias contra los judíos»: «Nazis Deny Alarm Over New U.S. Aid», *NYT*, 13 de marzo de 1941.

«Espero que demos»: Max Hastings, *Bomber Command*, pp. 112-113.

«Todo va muy bien»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 353.

«Es el problema»: Hillesum, *Diaries*, p. 8.

«El odio indiscriminado»: Von Hassell, *Diaries*, pp. 172-173.

«Viena estará pronto» y El ayudante de Speer: Browning, *Origins*, pp. 104-105.

trabajos esenciales: *Ibid.*, p. 105; Martin Broszat, «The Genesis of the “Final Solution”», en H. W. Koch,

ed., *Aspects of the Third Reich*, p. 404.

«Lea *Germany must perish!*»: «A Modest Proposal», *Time*, 24 de marzo de 1941.

«De haber escrito»: Randall L. Bytwerk, «The Argument for Genocide in Nazi Propaganda».

«¿Habéis oído?»: Thomas Mann, *Listen, Germany!*, p. 23.

«Calle tras calle»: Menzies, *Dark and Hurrying Days*, pp. 93-94.

Una mezcla de la cepa: Browning, *Origins*, p. 106.

«Un modo práctico»: Viktor Brack, «Report on Experiments Concerning X-ray Castration», 28 de marzo de 1941, HLS (Harvard Law School) item n.º 114, nuremberg.law.harvard.edu.

«Ha leído un informe»: Tiefenbacher, «Letter to Viktor Brack Concerning the X-ray Sterilization Experiments», 12 de mayo de 1941, HLS (Harvard Law School) item n.º 115, nuremberg.law.harvard.edu.

espoleado y financiado: David Stafford, *Britain and European Resistance, 1940-1945*, p. 53; David Stafford, «SOE and British Involvement in the Belgrade Coup d'Etat of March 1941».

se apoderó de la emisora de radio: Liddell Hart, *History of the Second World War*, p. 159.

«Pocas revoluciones»: Winston Churchill, *The Grand Alliance*, p. 162.

«A primera hora de esta mañana»: *Ibid.*, p. 168.

«boa constrictor»: Churchill, «The War Situation» (discurso en la Cámara de los Comunes), en *Unrelenting Struggle*, p. 81.

«dureza inmisericorde»: Churchill, *Grand Alliance*, p. 163.

«todo ese efecto de abotargamiento»: Nicolson, *War Years*, p. 155.

«algunos sucesos macabros»: Lyle Wilson, «Greater Air Attacks Due Nazis Know» (Valparaiso, Ind.) *Vidette Messenger*, 2de abril de 1941, disponible en www.ancestry.com.

nueva norma punitiva: «Nazis Put New Curbs on Jewish Workers», *NYT*, 3 de abril de 1941.

seis mil aprendices de ingeniero: «British Arrest Strikers», *NYT*, 5 de abril de 1941.

Operación Strafergericht: Gerhard Schreiber *et al.*, *Germany and the Second World War*, vol. 3, p. 497.

aeródromos rumanos: Killen, *History of the Luftwaffe*, p. 165.

«Los estupefactos habitantes»: «Dead in Belgrade 3.000, U.S. Aide Says», *NYT*, 14 de abril de 1941.

«Una cigüeña herida»: Churchill, *Grand Alliance*, pp. 174-175.

«No puede haber guerra»: «Anti-War Speakers Ask Public Protests», *NYT*, 7 de abril de 1941.

«Todos los refugiados»: «Havens of Refuge», *Time*, 7de abril de 1941.

escenario era una ruina: Read, *Devil's Disciples*, p. 682.

Pasó dos semanas: Kershaw, *Hitler*, pp. 365-366.

«Las incursiones que»: Churchill, *Unrelenting Struggle*, p. 83.

«Debemos lamentar»: «Text of Pope Pius XII's Easter Sunday Broadcast», *NYT*, 14 de abril de 1941.

«Me aterra pensar»: Klemperer, *Witness*, p. 381.

bombardeado Lorient: «R.A.F. Fires Bases of Nazis' Sea War», *NYT*, 14 de abril de 1941.

«Era prácticamente imposible»: «Vichy Aide Assails R.A.F.», *NYT*, 27 de abril de 1941.

«Sigo sin estar ni mucho menos»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, pp. 498-499.

«ninguna excusa»: «Guns Are Removed From 2 Food Ships», *NYT*, 17 de abril de 1941.

en una carta: «Hoover Food Plea is Made to London», *NYT*, 17 de abril de 1941; *The Times* (Londres), 16

de abril de 1941.

«Me llama la atención»: Lee, *London Journal*, p. 243.

«expuesto a la guerra» y «Explota por encima del suelo»: Henry H. Arnold, *American Airpower Comes of Age*, vol. 1, pp. 134, 145.

«Limpiar la ciudad» y «Portal es un hombre brillante»: *Ibid.*, pp. 149, 152.

«Si Europa tiene algo de civilizada»: Jasper, *George Bell*, p. 262; *The Times* (Londres), 17 de abril de 1941; véase también Andrew Chandler, «The Church of England and the Obliteration Bombing of Germany in the Second World War», y Grayling, *Among the Dead Cities*, p. 180.

«En el futuro»: «Nazis Explain Raid as One of Revenge», *NYT*, 18 de abril de 1941.

sesenta y un millones de dólares: «American Machine Guns on the Factory Line», *NYT*, 18 de abril de 1941.

«daremos inicio»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 511.

«Resulta, por tanto»: «Rome to be Raided if Cairo or Athens is Hit, British Warn, But Promise to Spare Vatican», *NYT*, 19 de abril de 1941.

«partido al oeste»: Lee, *London Journal*, p. 250.

Lucha por la Libertad: «New A.E.F. Urged to Defeat Hitler», *NYT*, 22 de abril de 1941.

un ejecutivo publicitario: «Advertising News and Notes», *NYT*, 15 de enero de 1941.

El grupo recibía financiación: Cull, *Selling War*, p. 133.

«declarada o no»: «U.S. is Now at War, New Group Holds», *NYT*, 20 de abril de 1941.

«La guerra va mal» y «Churchill dirige la guerra»: Stephen Roskill, *Hankey: Man of Secrets*, vol. 3, pp. 496-497.

El director encerró: Howard Schoenfeld, «The Danbury Story», en Holley Cantine y Dachine Rainer, eds., *Prison Etiquette*, pp. 12 y ss.

documento nuevo y más pragmático: Webster y Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 1, p. 244 y n.

«ciudades industriales congestionadas»: *Ibid.*, vol. 4, pp. 137-141.

«Aquí estoy, haciendo campaña»: Lindbergh, *Wartime Journals*, p. 478.

estaba pasando factura: Murrow, *This Is London*, p. 213; «Looting Epidemic Stirs London to Action; Press Suggests Hanging», *NYT*, 4 de noviembre de 1940; «Crime Boom», *Time*, 11 de noviembre de 1940; MacKay, *Half the Battle*, p. 84.

población de ratas: «Rat Plague Begun in Britain by Raids», *NYT*, 24 de enero de 1941.

«reducidos a pilas ruinosas»: Churchill, «Westward, Look, the Land is Bright», en *Unrelenting Struggle*, p. 81.

«Puede darse casi por cierto»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 556.

«Considero que la prolongación», «No necesita» y «defender Habbaniya»: Churchill, *Grand Alliance*, pp. 257, 259, 261.

casi doscientos vuelos: Kelly Bell, «World War II: Air War Over Iraq».

aviones iraquíes: San Diego Aerospace Museum, «History Makers», *Flight Lines*, 2005, www.aerospacemuseum.org.

«Situación iraquí»: Cadogan, *Diaries*, pp. 375-376.

«Cuando estalló la guerra»: «Textual Excerpts from Reichsfuehrer Hitler's Address», *NYT*, 5 de mayo de 1941.

«me gusta más la oratoria»: Ciano, *Diaries*, p. 347.

Henry Ford estaba preparando: «Ford Asks to Make Complete Bomber», *NYT*, 5 de febrero de 1941; «Ford Will Turn Out 205 Bombers a Month», *NYT*, 26 de junio de 1941.

milagro económico alemán: Charles Higham, *Trading with the Enemy*, p. 163.

«Pongámonos en marcha»: «Roosevelt Urgent», *NYT*, 6 de mayo de 1941.

«Una columna de refuerzo»: Churchill, *Grand Alliance*, p. 259.

cazas Curtiss Tomahawk: «British in U.S. Planes Driving Iraqis Back», *NYT*, 26 de mayo de 1941.

lo evacuaron, sedado: Bell, «Air War Over Iraq».

«Fue una catarsis masiva»: Schoenfeld, «Danbury Story», p. 26.

el rumor: Newton, *Profits of Peace*, p. 188.

«eminentemente creíble»: «The World and Hess», *Time*, 26 de mayo de 1941.

doble golpe de Estado: Newton, *Profits of Peace*, pp. 179-189.

bombardeo en ese momento: «German Aircraft Attacking Crete Fought by British Planes and Guns», *NYT*, 6 de mayo de 1941.

«Es a mí a quien cortarán la cabeza»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 623.

Tres parlamentarios votaron que no: D.N. Pritt, abogado socialista; Alfred Salter, doctor; William Gallacher, comunista. «Churchill Upheld», *NYT*, 8 de mayo de 1941.

Una armada de trescientos aviones: «300 Planes Smash at German Ports», *NYT*, 10 de mayo de 1941; «American-Built Planes Used», *NYT*, 10 de mayo de 1941.

«gran espectáculo»: «Biggest R.A.F. Raid», *NYT*, 10 de mayo de 1941.

«Se vieron arder»: «The Texts of Day's Communiques on Fighting in Europe and the Middle East», *NYT*, 10 de mayo de 1941.

cerca del Instituto Anatómico: Aly *et al.*, *Cleansing the Fatherland*, pp. 125-127.

una carga de explosivos: «Biggest R.A.F. Raid», *NYT*, 10 de mayo de 1941.

Hamburgo llevaba sesenta y ocho: «American-Built Planes Used», *NYT*, 10 de mayo de 1941.

Noventa y cuatro personas: «Casualties in Hamburg», *NYT*, 11 de mayo de 1941.

«Organizaremos un bombardeo» y diamantes centelleando sobre terciopelo: Richard Collier, *The City that Would Not Die*, pp. 66-67.

Sala de Monedas y Medallas: Mortimer, *The Longest Night*, pp. 280-281.

Más iglesias de Christopher Wren: Collier, *City That Would Not Die*, p. 238.

Las farolas se inclinaban: Mortimer, *Longest Night*, p. 213.

observó llorando: *Ibid.*, pp. 186-187.

«Nos cegaba el resplandor»: «100, 000 Fire Bombs Dropped», *NYT*, 12 de mayo de 1941.

«Durante todo ese día»: Mortimer, *Longest Night*, p. 282.

«Odio a los alemanes»: *Ibidem*.

«No llevo bombas»: «Fugitive Nazi Tells Guards How He Bailed Out When Unable to Land», *NYT*, 14 de mayo de 1941.

«arrugada de júbilo e incredulidad»: Collier, *City That Would Not Die*, p. 107.

«No, lo encerraremos»: *Ibid.*, p. 108.

«Oh, Dios mío»: John Toland, *Adolf Hitler*, vol. 2, p. 760.

«R. está algo celoso»: Menzies, *Dark and Hurrying Days*, pp. 126-129.

«un Gorki en literatura»: Kenneth Saunders, «Toyohiko Kagawa, the St Francis of Japan», pp. 308-317.

«muy pálido»: Isherwood, *Diaries*, p. 160.

El objeto de su viaje: «Japan's Christians Discount U.S. War», *NYT*, 15 de mayo de 1941; «Peace Talk with Japan», *Time*, 21 de abril de 1941.

despertó a varios millares de judíos: «Internees Routed from Beds», *NYT*, 16 de mayo de 1941; «5, 000 Paris Jews off to Labor Camps», *NYT*, 16 de mayo de 1941; Browning, *Origins*, p. 201.

trenes cerrados: «New Vichy Moves Strike Alien Jews», *NYT*, 17 de mayo de 1941.

bombardeó de nuevo Lorient: «Nazi Raid Strikes West Midlands», *NYT*, 17 de mayo de 1941.

Otto Suesser: «Berlin Exiles Here After Many Voyages», *NYT*, 18 de mayo de 1941.

«La historia ha demostrado»: Webster and Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 4, pp. 194-197.

estuvo de acuerdo: *Ibid.*, p. 200.

«Esta lucha requiere»: Noakes and Pridham, *Nazism*, p. 1.090.

«Le he explicado»: Czerniakow, *Warsaw Diary*, pp. 237-283.

«La situación en el barrio judío»: Browning, *Origins*, p. 158.

«Señaló que los cadáveres» y Auerswald dijo que quería: Czerniakow, *Warsaw Diary*, pp. 237-240.

la sugerencia de Sorensen: «Ban on Night Bombings is Rejected by Britain», *NYT*, 22 de mayo de 1941; «Night Bombing», *The Times* (Londres), 22 de mayo de 1941.

«Las noticias sobre la destrucción»: Gandhi, *Collected Works*, vol. 80, p. 273.

encarcelados a unos 14.000: Judith M. Brown, *Gandhi*, p. 331.

«En cuanto descubre»: Delmer, *Black Boomerang*.

«A la vista de las declaraciones antisemitas»: «Cancels Anti-War Talk», *NYT*, 24 de mayo de 1941.

«Cuando recibo mi ración»: Dawid Sierakowiak, *The Diary of Dawid Sierakowiak*, p. 94.

«Aviadores chinos han sido»: «Chinese Air Force to Take Offensive», *NYT*, 24 de mayo de 1941.

«Cada día que pasé»: «Japanese Believed Still Against War», *NYT*, 26 de mayo de 1941.

El arzobispo le había advertido: Jasper, *George Bell*, pp. 262-263; Chandler, «The Church of England and the Obliteration Bombing of Germany».

«No creo que pueda quejarse»: Jasper, *George Bell*, p. 263.

«Escuchar esta palabrería»: Sierakowiak, *Diary of Dawid Sierakowiak*, p. 96.

La cosecha de patata: «Bread Ration Cut Restored by Vichy», *NYT*, 29 de mayo de 1941.

«Un boicot económico total»: «Avoidance of War Urged as U.S. Aim», *NYT*, 1 de junio de 1941.

«¡Queso!»: «First U.S. Food Under Aid Law Reaches Britain», *Herald Tribune* de Nueva York, 1 de junio de 1941.

cheddar de Wisconsin: «Our 1st Food Ship Unloads in Britain», *NYT*, 1 de junio de 1941.

casi el doble de civiles: «Civilian Deaths Twice British Military Losses», *Herald Tribune* de Nueva York, 1 de junio de 1941.

«Informaciones procedentes»: «British Photos Show Havoc of Hamburg Raids», *Herald Tribune* de Nueva York, 2 de junio de 1941.

Rhys Davies: «British Laborites Back War Policy», *NYT*, 4 de junio de 1941.

«Hitler empezó hablando»: *Herald Tribune* de Nueva York, 5 de junio de 1951.

Once mil obreros: «Huge Plane Plant Halted by Strike», *NYT*, 6 de junio de 1941.

doscientos millones de dólares: «Coast U. A. W. Votes on Aircraft Strike», *NYT*, 24 de mayo de 1941.

«Nuestro único deseo»: «He Sets a Deadline», *NYT*, 8 de junio de 1941.

«el siguiente campo lógico»: «Hitler Ridicules U.S. Fears, Holds Nazi Attack Wild Idea», *NYT*, 6 de junio de 1941.

«Es una clara desventaja»: «Quakers Issue Bid to “Dynamic Peace”», *NYT*, 8 de junio de 1941.

«¿Acaso no hay nadie?»: «Quakers Offer Roosevelt Plan to End the War», *Herald Tribune* de Nueva York, 8 de junio de 1941.

Jones mandó copias: «Quakers Issue Bid to “Dynamic Peace”», *NYT*, 8 de junio de 1941.

Dashiell Hammett: «Hammett Elected by Writers League», *NYT*, 9 de junio de 1941.

Hijo nativo de Richard Wright: «Native Son Wins Award for Novel», *NYT*, 8 de junio de 1941.

Theodore Dreiser: «Theodore Dreiser Gets Peace Award», *NYT*, 7 de junio de 1941.

«Hoy debemos preguntar»: «Leftist Writers Denounce War as “Imperialist”», *Herald Tribune* de Nueva York, 7 de junio de 1941.

«Nuestro país está en peligro»: «Roosevelt Explains Seizure», *NYT*, 10 de junio de 1941.

«Ahí llega el Ejército»: «Troops’ Arrival Brings Quick Shift», *NYT*, 10 de junio de 1941.

«ha tenido un profundo»: Nelson Lichtenstein, *Labor’s War at Home*, p. 63, citado en Lawrence W. Levine y Cornelia R. Levine, *The People and the President*, p. 477.

«Siempre lamento»: «Roosevelt Explains Seizure», *NYT*, 10 de junio de 1941.

«En el suelo»: Berg, *Warsaw Ghetto*, p. 69.

«Alemania está metida»: Gabriel Gorodetsky, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, p. 279.

«Este horno se construyó»: Aly *et al.*, *Cleansing the Fatherland*, p. 130.

«¿A qué estamos esperando?»: Fight for Freedom, anuncio, *NYT*, 15 de junio de 1941, p. 29.

«Si todo el mundo hiciera»: «Draft Evader Jailed», *NYT*, 17 de junio de 1941.

«Si Hitler se da cuenta»: Mihail Sebastian, *Journal, 1935-1944*, pp. 366-367.

«efectos trascendentales»: «U.S. Bars Refugees with Kin in Reich», *NYT*, 18 de junio de 1941.

«¿Tan falto de servicios?»: Justus D. Doenecke, «Non-Interventionism of the Left», p. 299.

«Nuestra gente es rechazada»: Jervis Anderson, *A. Philip Randolph*, pp. 256-259.

H.G. Wells escribió una carta: Churchill Archive, www.chu.cam.ac.uk, entrada de catálogo CHAR 20/30/59-62.

«ya se había ocupado de las cosas»: Adam Grolsch, entrevista en Eric A. Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What We Knew*, p. 237.

«Avisa a la BBC»: Churchill, *The Grand Alliance*, p. 331.

«De modo que ahora»: Churchill, *Unrelenting Struggle*, p. 171.

«enterramos a 48 personas»: Jan Cherniak *et al.*, *Pobediteli: Soldiers of the Great War*.

«Este inaudito ataque»: «Text of Molotoff Address», *NYT*, 23 de junio de 1941.

«Bueno, un poco aturullado»: Edvard Radzinsky, *Stalin*, pp. 462-463.

«¡HA LLEGADO LA HORA!»: Fight for Freedom, anuncio, *NYT*, 23 de junio de 1941, p. 10.

«¿Cuál es la postura?»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 842 y n.

«Si vemos que Alemania»: «Our Policy Stated», *NYT*, 24 de junio de 1941.

«derrota militar»: «Reds Here Shift in Stand on War», *NYT*, 27 de julio de 1941.

No había refugios antiaéreos: Cherniak *et al.*, *Pobediteli*.

aparecía un judío: Sebastian, *Journal*, p. 370.

«Toda mujer y todo niño alemanes», Partridge, *Pacifist's War*, p. 99.

trenes cerrados: International Commission on the Holocaust in Romania, *Final Report*, cap. 5, pp. 24-26.

«La ciudad es como un horno» y «La situación del suministro de alimentos»: Goebbels, *Goebbels Diaries, 1939-1941*, pp. 433-434.

«Todo aquel que lleve uniforme»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 871.

reservas de gas venenoso: *Ibid.*, p. 927.

pequeño grupo trotskista: «29 Reds Indicted in Overthrow Plot», *NYT*, 16 de julio de 1941.

«Pero ¿qué ha hecho esta gente?»: I. F. Stone, *The War Years*, pp. 72-74.

es el de la ostra: Ley, *Bombs and Bombing*, p. 37.

«el pueblo griego afronta»: «Famine Spread Menaces Greece», *NYT*, 2 de julio de 1941.

«Debe ponerse especial atención»: Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. 3, p. 1.092.

«Intensos bombardeos británicos»: Goebbels, *Goebbels Diaries, 1939-1941*, p. 445.

bombenfrischler: *Ibid.*, p. 444.

pollo frito a la Baltimore: «All Britain Honors Independence Day», *NYT*, 5 de julio de 1941.

«Leer los diarios»: Sebastian, *Journal*, p. 375.

«bombardeo de tres estrellas»: David Anderson, «Britain is Prepared to Press Her Air Offensive», *NYT*, 7 de septiembre de 1941; «RAF Blasts Reich Cities in Vast 24-Hour Offensive», *NYT*, 9 de julio de 1941.

«Dirigirán el principal»: Denis Richards, *The Royal Air Force*, cap. 13.

«Uno de nuestros grandes objetivos»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, pp. 908-909.

montar barracones: James A. Donovan, *Outpost in the North Atlantic*.

«corriendo detrás de la guerra»: «Nazis Assail U.S. on Step in Iceland», *NYT*, 10 de julio de 1941.

Sin duda, pensaba Victor Klemperer: Klemperer, *Witness*, p. 417.

«Aunque el procedimiento» y «Así me convertí»: Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, pp. 14-17.

«Vi Varsovia ahogada en sangre» y «Por ese motivo»: Berg, *Warsaw Ghetto*, pp. 80-81.

«Hitler está intentando»: «Hitler is Plotting Peace Drive Here with Pacifist Help, Mayor Warns», *NYT*, 15 de julio de 1941.

secundó la advertencia de LaGuardia: «Supports Warning of Mayor on Peace», *NYT*, 16 de julio de 1941.

seis mil hombres de la defensa civil: «Defense Workers' Day», *NYT*, 15 de julio de 1941.

«A todas estas personas»: «Text of Churchill's Address to Londoners», *NYT*, 15 de julio de 1941.

«Sobre las 7 recibimos»: Cadogan, *Diaries*, p. 392.

«de un deseo sádico»: «Civilian Morale», *NYT*, 15 de julio de 1941.

«las esquilas encuentran muy poco»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, pp. 948-949.

«Me complace constatar»: *Ibid.*, p. 990.

Charles Darwin, «Quisiéramos recalcar» y «nuestro primer ministro»: Gowing, *Britain and Atomic Energy*, pp. 94, 86, 394-398.

«Existe el peligro inminente»: Lucy S. Dawidowicz, *The War Against the Jews*, p. 162.

«una fuente de bacilos»: Broszat, «Genesis of the “Final Solution”» p. 400.

Ese milésimo avión: «Halifax Praises American Planes», *NYT*, 18 de julio de 1941.

«han reducido Düsseldorf»: «German Cities Reported Hard Hit», *NYT*, 18 de julio de 1941.

«Es posible que emprenda»: Nicolson, *War Years*, p. 178.

«Creo que por sobrados»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 968.

nueve mil metros: Alexander P. De Seversky, *Victory Through Air Power*, p. 246.

Los cañones se congelaban: Wesley Frank Craven and James Lea Cate, *The Army Air Forces in World War II*, vol. 1, p. 601.

no logaban: Terraine, *Time for Courage*, pp. 279-280.

Dianas Volantes: Geoffrey Perret, *Winged Victory*, p. 98.

Ataúdes Voladores: Craven y Cate, *Army Air Forces in World War II*, vol. 1, p. 601.

«bombardeo incendiario de Japón»: Schaller, *The U.S. Crusade in China*, p. 79.

le dio el visto bueno: Armstrong, *Preemptive Strike*, pp. 103, 118.

«Me colma de satisfacción»: Armstrong, «Secret Documents». www.preemptivestrikethebook.com; Armstrong, *Preemptive Strike*, p. 138; Duane Schultz, *The Maverick War*, p. 14.

«informes detallados»: Armstrong, *Preemptive Strike*, pp. 124-126, 133-135.

«Hay muchas cosas»: «U.S. Policy Stated», *NYT*, 25 de julio de 1941; «President on Defense and Far East», *NYT*, 25 de julio de 1941.

«Boeing cuatrimotoras»: «Boeings Strike from Great Height», *NYT*, 25 de julio de 1941.

«Las incursiones se organizaron»: «Bombing from 40, 000 Feet Up», *NYT*, 26 de julio de 1941.

«Desde altitudes de once kilómetros»: Martin Caidin, *Flying Forts*, p. 116.

se presentó para el servicio activo: «Professor at Columbia is Called by the Army», *NYT*, 8 de julio de 1941; «Col. Zanetti Goes on Army Duty», *NYT*, 25 de julio de 1941.

en guerra con fuego: «Professor at Columbia is Called by the Army», *NYT*, 8 de julio de 1941.

bomba incendiaria italiana: Leo P. Brophy, Wyndham D. Miles, y Rexmond C. Cochrane, *The Chemical Warfare Service: From Laboratory to Field*, p. 168.

«El gas se disipa»: Brooks E. Kleber y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, p. 616.

Los bajos fondos eran especialmente vulnerables: «“Ineptitude” Is Seen in Fire Bomb Attacks», *NYT*, 3 de febrero de 1941.

pusieron a Zanetti al mando: Brophy, Miles, y Cochrane, *From Laboratory to Field*, p. 342.

con diseñadores de bombas: Kleber y Birdsell, *Chemicals in Combat*, p. 617.

bomba británica de magnesio-termita: Brophy, Miles, y Cochrane, *From Laboratory to Field*, pp. 172-173.

propiedades perforadoras de tejados: Kleber y Birdsell, *Chemicals in Combat*, p. 622.

«A la vista de la emergencia nacional»: «Freezing Statement’s Text», *NYT*, 26 de julio de 1941.

«deben siempre hablar»: Walter Laqueur, *The Terrible Secret*, p. 91.

«Esta racha de tiempo seco»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 982.

«La guerra con los rusos»: Sebastian, *Journal*, p. 385.

periodista estadounidense: «Quentin Reynolds Is Dead at 62», *NYT*, 18 de marzo de 1965.

«No he venido solo de América»: Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 320.

«Hace poco»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 991.

«Durante los últimos dos años»: Lord Alanbrooke, *War Diaries*, p. 174.

«Japón arde por la amenaza del petróleo»: *NYT*, 30 de julio de 1941.

«Me gustaría ver»: Harold L. Ickes, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, vol. 3, p. 593.

«¿Cuántos niños de Alemania?»: Vera Brittain, *Testament of a Peace Lover*, p. 86.

«Complementando la tarea» y «solución final»: Breitman, *Architect of Genocide*, pp. 192-194.

Noventa niños judíos: Raul Hilberg, *Perpetrators, Victims, Bystanders*, pp. 58-60.

«se hinchaban como un volcán»: «Nazi Capital Bombed Hard», *NYT*, 4 de agosto de 1941.

«El inmenso ataque aéreo británico»: «Biggest Air Attack Staged by R.A.F.», *NYT*, 13 de agosto de 1941.

«el último orgullo de la R.A.F.»: «Nazi Capital Bombed Hard», *NYT*, 4 de agosto de 1941.

«Llevamos unos meses»: Clemens von Galen, en Noakes y Pridham, *Nazism*, pp. 1.036-1.038.

«Los niños se insultan entre ellos»: Stackelberg y Winkle, *Nazi Germany*, pp. 332-333.

se desplazó al este a Lublin: Brack, «Affi davit», p. 6.

Alexander Cadogan viajaba en tren: Cadogan, *Diaries*, p. 395.

«Cuando salí» y «siempre que veo un judío»: Sebastian, *Journal*, pp. 389-391.

«La manera de machacar a Hitler»: Crane, *Bombs, Cities, and Civilians*, p. 32.

Primero fue la creación: «Japanese Insist U.S. and Britain Err on Thailand»: *NYT*, 8 de agosto de 1941.

afirmó no saber nada de cercos: «Hull Declares Japan Encircles Herself by Acts», *NYT*, 9 de agosto de 1941.

«La comida es un arma»: «President Urges More Food Crops», *NYT*, 13 de agosto de 1941.

«inmensamente entretenido»: Churchill, *Grand Alliance*, p. 429.

profundamente conmovedor: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 1.043.

cada una de las cuales: Walter Henry Thompson, *Assignment: Churchill*, p. 233.

plan de plantar árboles de Navidad: Cadogan, *Diaries*, p. 398.

intercambiando cumplidos: Thompson, *Assignment: Churchill*, pp. 238-239.

lenguaje duro: Churchill, *Grand Alliance*, p. 446.

declaración paralela británica y norteamericana: Maurice Matloff y Edwin M. Snell, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1941-1942*, pp. 68-69.

Max Beaverbrook: «London Expects More from Talks», *NYT*, 15 de agosto de 1941.

«Los británicos quieren 6.000 más»: Arnold, *American Airpower*, p. 224.

«Nos envían de inmediato»: Churchill, *Grand Alliance*, pp. 446-447.

«Poca duda cabía»: Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, p. 362.

dos rayos golpeando la ciudad: «Big Fires are Seen in Berlin as R.A.F. Pilots Hover Over City for Two Hours», *NYT*, 14 de agosto de 1941.

«La primera oleada»: «300 Big Bombers Raid Nazi Cities», *NYT*, 16 de agosto de 1941.

Un petrolero cargado: «U.S. Tanker Sails With Soviet Fuel», *NYT*, 15 de agosto de 1941.

Era la mayor campaña de propaganda de la guerra: «Our Role in Pacific», *NYT*, 16 de agosto de 1941.

Himmler pidió: Breitman, *Architect of Genocide*, p. 195.

«Himmler nunca había visto»: Gilbert, *Holocaust*, p. 191.

«Mire los ojos»: Browning, *Origins*, p. 353.

«Rara vez ha visto la historia»: «Nazis See Bluff in Bid to Stalin», *NYT*, 17 de agosto de 1941.

«EL CÓCTEL B & B»: *NYT*, 17 de agosto de 1941.

Churchill bebió un Benedictine: Cadogan, *Diaries*, p. 402.

«El presidente había dicho»: «War-Entry Plans Laid to Roosevelt», *NYT*, 2 de enero de 1972.

El secretario personal de lord Cherwell: Maurice W. Kirby, *Operational Research in War and Peace: The British Experience from the 1930s to 1970*, p. 135.

«Hemos puesto a 1.000 de ellos»: «Prisons Roll Out Defense Products», *NYT*, 19 de agosto de 1941.

«Me temo que tendré»: Lester, *It So Happened*, p. 163; «Trinidad Holds Muriel Lester», *NYT*, 29 de agosto de 1941.

pasaporte de Lester: Lester, *It So Happened*, p. 211.

«Inmediatamente después de la campaña»: Broszat, «Genesis of the “Final Solution”», p. 401.

Las víctimas cayeron: Paul Ginsburg, «Engelbert Kreuzer: Butcher of Sudilkov»; Max Grossman, «The Holocaust», www.grossmanproject.net/the_holocaust.htm.

«En caso de un nuevo acto»: «Nazis Will Hold French Hostages; Officer is Slain», *NYT*, 23 de agosto de 1941.

«Esperamos fervientemente»: «Text of Prime Minister Churchill’s Address», *NYT*, 25 de agosto de 1941.

«Lo que dijo Churchill»: «Accusation of Falsehood», *NYT*, 26 de agosto de 1941.

«Deduzco que hacen falta»: Lee, *London Journal*, p. 377.

Debía encontrar un modo: Brophy y Fisher, *From Laboratory to Field*, p. 342.

Magnesio en polvo: *Ibid.*, p. 173; «Company to Build Magnesium Plants», *NYT*, 14 de agosto de 1941; «The Nation: Critical Material», *NYT*, 12 de abril de 1942.

La mitad de la capacidad industrial: Thompson, *Generalissimo Churchill*, p. 76.

«El Sr. Churchill era»: John Noble Kennedy, *The Business of War*, p. 96.

«Aunque personalmente»: Churchill, *Grand Alliance*, p. 814.

El programa de pequeñas poblaciones: Webster y Frankland, *Strategic Air Offensive*, vol. 4, pp. 140-141.

«aplanar ciudades alemanas»: «See British Gain in Control of Air», *NYT*, 31 de agosto de 1941.

«No hubo fuego de cañones»: «All Day Attacks Staged by R.A.F.», *NYT*, 1 de septiembre de 1941.

contundente represalia: «Nazis Bomb English Port Hard», *NYT*, 1 de septiembre de 1941.

Los alemanes no pueden soportarlo: «Morale Among Germans Held to be Weakening», *NYT*, 7 de septiembre de 1941.

«restregando a Japón»: «Tokyo Press Scores U.S.», *NYT*, 23 de agosto de 1941.

«muerte lenta»: «Tokyo Army Aide Bids Japan Fight If Parleys Fail», *NYT*, 2 de septiembre de 1941.

«Führer de Medidas Inmediatas»: Robert Gellately, *Backing Hitler*, p. 211.

«Para que el bombardeo sea efectivo» y «Necesitamos dos mil o tres mil aviones»: David Garnett, *War in the Air*, pp. 225-226, 269.

«Un pacifista entre guerras»: Miller, *Fosdick*, p. 491.

Un buque estadounidense: «Press Ignores Tanker Arrival», *NYT*, 6 de septiembre de 1941.

Hans Hirschfeld e Inge Korach: Alison Owings, *Frauen*, p. XXI.

«gente abatida»: Sebastian, *Journal*, p. 405.

«La estrella consiste»: «Nazis Order Jews Over Six Labeled», *NYT*, 7 de septiembre de 1941.

«La gente parecía angustiada»: Owings, *Frauen*, pp. 457-458.

«El de hoy ha sido el primer caso»: «100 Leading Jews Seized in Paris», *NYT*, 9 de septiembre de 1941.

«de todas las edades y ambos sexos»: Associated Press, «Jews of Hanover ordered to Evacuate Homes in 24 Hours», en el *Lethbridge Herald*, 8 de septiembre de 1941; «Jews of Hanover Forced from Homes», *NYT*, 9 de septiembre de 1941.

«La fuerza aérea enemiga»: *Herald Tribune* de Nueva York, 9 de septiembre de 1941.

«La ofensiva bombardera»: Aronson, *Hitler, the Allies, and the Jews*, p.297; véase también pp. 40, 291.

«Los berlineses salieron»: *Herald Tribune* de Nueva York, 9 de septiembre de 1941.

«En la lista de ataques criminales»: «Berlin Accounts Rail at British», *NYT*, 9 de septiembre de 1941.

«La veía como una especie de medalla»: Sebastian, *Journal*, pp. 407-408.

«Cedí al pánico»: Owings, *Frauen*, p. 458.

«Para superar al enemigo»: «Nazis May Use Gas, Gen. Porter Warns», *NYT*, 11 de septiembre de 1941.

El presidente dio la vuelta a Hyde Park: «President Shuts Self from World», *NYT*, 9 de septiembre de 1941.

El submarino disparó torpedos: Kimball, *Churchill and Roosevelt*, p.236.

dijo un comunicado alemán: «Accuse President», *NYT*, 7 de septiembre de 1941.

«Planificaron»: «Lindbergh Sees a Plot for War»: *NYT*, 12 de septiembre de 1941.

«Han oído las arremetidas»: «Assail Lindbergh for Iowa Speech», *NYT*, 13 de septiembre de 1941.

«Cada uno de nosotros»: «Two Jewish Groups Reply to Lindbergh», *NYT*, 20 de septiembre de 1941.

«Muchos grupos y elementos»: «Thomas Assails Speech», *NYT*, 13 de septiembre de 1941.

«Una gran proporción»: «Death Rate Soars in Polish Ghettos», *NYT*, 14 de septiembre de 1941.

«Está claro»: «Britain's "Silent War" Tightening Pinch», *NYT*, 21 de septiembre de 1941.

Alfred Rosenberg pensaba: Browning, *Origins*, p. 324.

«nido de veneno»: Peter Witte, «Two Decisions», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 9 (1995).

«El Führer se está planteando»: Peter Witte, «Two Decisions»; Christopher Browning, *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, p. 38; Roseman, *Wannsee Conference and the Final Solution*, p. 60.

«Nebe y yo llegamos a la conclusión»: Eugen Kogon et al., *Nazi Mass Murder: A Documentary History of the Use of Poison Gas*, p. 53.

pesticida Zyklon B: Browning, *Origins*, pp. 357, 526-527.

«Cuando echaron el gas»: Noakes and Pridham, *Nazism*, p. 1.178.

«Debo admitir incluso»: Yitzhak Arad, *Belzec, Sobibor, Treblinka*, p. 10.

«El problema de derrotar a Japón»: Thompson, *Time for War*, pp. 365-366; Armstrong, *Preemptive Strike*, pp. 153-155.

«Estúpido, pretencioso»: Sebastian, *Journal*, p. 414.

«La fábrica de bombarderos de Whitley»: Colville, *Fringes of Power*, p. 441.

«No esperé a la siguiente orden»: Ilya Ehrenburg y Vasily Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry*, p. 9.

«El bombardero pesado cuatrimotor»: «A Tool for Mr. Churchill», *Fortune*, octubre de 1941.

quince policías alemanes: Breitman, *Architect of Genocide*, pp. 200-201.

«un poco injusta»: «Text of Prime Minister Churchill's Review of War in House of Commons», *NYT*, 1 de octubre de 1941.

«A causa de los peligros»: Williams y Wallace, *Unit 731*, p. 93.

Edwin B. Fred: Regis, *Biology of Doom*, p. 20; Guillemin, *Biological Weapons*, p. 59.

«casos de compasión indebida»: Bankier, *Germans and the Final Solution*, p. 128.

«Es divertido ser libre»: «Freedom Rally Thrills 17, 000», *NYT*, 6 de octubre de 1941.

habló sobre la bomba de uranio: John C. Culver y John Hyde, *American Dreamer: The Life and Times of Henry A. Wallace*, p. 167.

«Parece deseable»: Kimball, *Churchill and Roosevelt*, p. 249.

«fusilado con acierto»: Browning, *Origins*, p. 298.

Ochenta y dos bombarderos: Grayling, *Among the Dead Cities*, p. 296.

acabó sobre Stuttgart: «Campaign Diary 1941», *Bomber Command*, www.raf.mod.uk/bombercommand/diary1941_3.html.

«Bombarderos británicos calcinan»: *NYT*, 14 de octubre de 1941.

«una guerra bárbara»: Gandhi, *Collected Works*, vol. 81, p. 192.

«garantías de libertades humanas»: «Gandhi for a Peace Without a Defeat», *NYT*, 13 de octubre de 1941.

«tienen más probabilidades de ganar»: Congreso de Estados Unidos, *Arming American Merchant Vessels*, p. 64; véase también «Foes of Ship Arming Demand President Make Peace Move», *NYT*, 15 de octubre de 1941.

«a fábricas de municiones»: «Rules Against Jews Multiply in Berlin», *NYT*, 16 de octubre de 1941.

«llegó a la estación de tren», «un aristocrático Dante judío»: Isherwood, *Diaries*, pp. 182, 185-186.

«Para subir a bordo»: Sebastian, *Journal*, p. 427.

«Estaban desahuciando a los judíos»: «Berlin Evicts Jews to Get Apartments», *NYT*, 18 de octubre de 1941.

«Mantener a los alemanes»: «R.A.F. Units Strike in Industrial Ruhr», *NYT*, 18 de octubre de 1941.

«Está planeado fabricar tanques»: «Defense Heads Draft Plan for 100 Billions for Arms», *NYT*, 18 de octubre de 1941.

«Por su énfasis»: Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, pp. 28-29.

veintiuna personas resultaron heridas: Jones, *X Site*, pp. 16-17.

Toda emigración judía: Browning, *Origins*, p. 197.

«Sus súplicas de alimentos»: «Feed Starving War Children, Hoover Pleads», *Chicago Tribune*, 20 de octubre de 1941.

dos hombres se le acercaron: «Nazi Commander Slain at Nantes», *NYT*, 21 de octubre de 1941.

«55.000 de un total estimado»: «55, 000 of Berlin's Jews Reported to Face Exile», *NYT*, 21 de octubre de 1941.

«Cuando empezó el desahucio»: «Anti-Jewish Drive Renewed in Reich», *NYT*, 22 de octubre de 1941.

«Noticias cada vez más»: Klemperer, *Witness*, p. 440.

«Sus energías»: «Berlin Calls Action on Jews Military», *NYT*, 24 de octubre de 1941.

«apartamento catástrofe»: «Nazis Seek to Rid Europe of All Jews», *NYT*, 28 de octubre de 1941.

«Según una directiva de Speer»: Joachim Fest, *Speer*, p. 118.

«Desde el sábado»: Helmuth James von Moltke, *Letters to Freya*, p. 175.

«Siguen llegando los judíos alemanes»: Sierakowiak, *Diary*, pp. 142-143.

un oficial alemán paseaba: «Frenchmen Slay a German Major», *NYT*, 23 de octubre de 1941.

y el rumano fusiló: Gilbert, *Holocaust*, pp. 217-218.

«escenas terribles»: Von Hassell, *Diaries*, p. 222.

«Todos los judíos»: «Anti-Jewish Drive Renewed in Reich», *NYT*, 22 de octubre de 1941.

«Hemos sabido en repetidas»: Noakes and Pridham, *Nazism*, vol. 3, p. 1.111.

simulacro de ocultación de luces: «Tokyo Blackout Stresses Crisis», *NYT*, 23 de octubre de 1941.

«Se hará pasar» y «Los japoneses tomarán Manila»: Mowrer, *Triumph and Turmoil*, pp. 323, 325.

elevando oraciones diarias por los judíos: «Berlin Dean Held; Prayed for Jews», *NYT*, 9 de noviembre de 1941; Yad Vashem, «Lichtenberg, Bernhard».

Lichtenberg también había estado rezando: papa Pablo II, «Address During a Meeting with the Central Council of the Jews in Germany».

Sus interrogadores amenazaron: Von Moltke, *Letters to Freya*, p. 185.

«lo único que he oído»: «Excerpts from the Press Conference», en Wooley y Peters, *American Presidency Project*.

«Los pueblos civilizados»: «President Flays Hostage Killings», *NYT*, 26 de octubre de 1941.

«el castigo de estos crímenes»: «Churchill to Avenge Crimes», *NYT*, 26 de octubre de 1941.

«fanáticos y taciturnos japoneses»: «Tokyo, Capital of Shadows», *NYT*, 26 de octubre de 1941.

«Todos se tomaron»: Ciano, *Diaries*, p. 398.

«Mira qué suerte» y «¿No es simbólica esta cacería?»: Felix Kersten, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, pp. 112-113.

Le hablé de los temores: Alanbrooke, *War Diaries*, p. 194.

cuando un torpedo alcanzó: Robert Sinclair Parkin, *Blood on the Sea*, p. 3.

hotel Mayflower: «Answer to Enemy», *NYT*, 28 de octubre de 1941.

«talleres de falsificadores judíos» y Roosevelt, el virrey: «Nazis Excoriate Navy Day Speech», *NYT*, 29 de octubre de 1941.

«la monda»: «Nazi Ire Over “Secret Map” Is a “Scream” to Roosevelt», *NYT*, 29 de octubre de 1941.

alguna bandeja en su escritorio: *Ibidem*.

rutas que recorrían en Sudamérica: Joseph E. Persico, *Roosevelt's Secret War*, pp. 127-128.

falsificación británica: Cull, *Selling War*, pp. 170-173.

«Instamos al presidente de Estados Unidos»: «Nazi Ire Over “Secret Map” Is a “Scream” to Roosevelt», *NYT*, 29 de octubre de 1941.

«Tratemos de no pensar»: Sebastian, *Journal*, p. 435.

«La manzana entera»: Lindbergh, *Wartime Journals*, p. 551.

tocaron cencerros: «Lindbergh Sees Trickery on War», *NYT*, 31 de octubre de 1941.

«La guerra en la que nos piden»: «Text of Lindbergh's Address at America First Rally», *NYT*, 31 de octubre de 1941.

«Lo que más me complació»: Lindbergh, *Wartime Journals*, p. 552.

«once polacos»: Aly et al., *Cleansing the Fatherland*, p. 137.

mapa de Extremo Oriente: *United States News*, 31 de octubre de 1941, reproducido en Thompson, *Time for War*, f.p. 210.

«Ha sido un duro golpe» y «Hemos sabido por varias fuentes»: Klemperer, *Witness*, pp. 442-443.

«Las puertas estaban hechas»: Yitzhak Arad, «“Operation Reinhard”: Extermination Camps of Belzec, Sobibor and Treblinka», pp. 4-5.

«Durante el período»: Fest, *Speer*, p. 118.

Halifax es un belicista: «Women Hurl Eggs and Tomatoes at Lord Halifax on Detroit Tour», *NYT*, 5de noviembre de 1941; «War of Workshops Depicted by Halifax», *NYT*, 4de noviembre de 1941; «Realtors Discuss Impact of Defense», *NYT*, 5de noviembre de 1941.

«Esta es una guerra de los talleres»: Conde de Halifax, *The American Speeches of the Earl of Halifax*, pp. 94-101.

«harakiri nacional» y «Si se produce la guerra»: Grew, *Ten Years in Japan*, pp. 468, 470.

alarmas antiaéreas: Regis, *Biology of Doom*, pp. 18–19; Williams and Wallace, *Unit 731*, pp. 95-96.

«Mi único sentimiento»: «Halifax Envies Wasters of Eggs», *NYT*, 6 de noviembre de 1941; véase también Cull, *Selling War*, p. 167.

«Es, a fin de cuentas»: Von Moltke, *Letters to Freya*, p. 177.

Brotó una nueva malla de alambre y «La inmensa mayoría»: Lucjan Dobroszycki, ed., *The Chronicle of the Lodz Ghetto, 1941-1944*, pp. 82, 86.

«Los accidentes eran habituales»: J.D. V. Ludlow, *Bridgend Royal Ordnance Factory*, p. 116.

«Durante la primera noche»: Miriam Korber, «Transnistria», en Alexandra Zapruder, ed., *Salvaged Pages*, pp. 250-251.

«En una sociedad sana»: Von Moltke, *Letters to Freya*, pp. 179-180.

«Bunny desea»: Partridge, *Pacifist's War*, p. 111.

«ofensiva de paz» y «Debemos verlos exactamente»: Churchill, «A Warning to Japan», en *Unrelenting Struggle*, pp. 295, 298-299.

«Tras mucha presión»: Kersten, *Kersten Memoirs*, pp. 119-120; véase también Noakes y Pridham, *Nazism*, p. 1.121.

«Puesto que trabajo»: Kersten, *Kersten Memoirs*, p. 121.

treinta y siete bombarderos y «Nuestras bajas catastróficas»: Cadogan, *Diaries*, pp. 411-412.

«todas las casas de Berlín»: Stewart Halsey Ross, *Strategic Bombing by the United States in World War II*, p. 138.

«Sin duda una liberación»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, pp. 1.446-1.447.

«Estamos preparando una guerra ofensiva»: Michael S. Sherry, *The Rise of American Air Power*, p. 109; Thompson, *Time for War*, p. 375.

«cubrir la zona entera»: Thompson, *ibid.*, p. 376.

albornoz rojo: Killen, *History of the Luftwaffe*, pp. 184-185.

«Vuestros aliados no os están ayudando»: «U.S. Plane Downs Nazi at Moscow», *NYT*, 24 de noviembre de 1941.

La Gestapo de Bremen: Bankier, *Germans and the Final Solution*, p. 134.

El transporte partió de Bremen: Christopher Browning, *Ordinary Men*, p. 42.

«El 9 de noviembre fue un día»: Benno Müller-Hill, *Murderous Science*, pp. 47-48.

«La cuestión era cómo»: Richard N. Current, «How Stimson Meant to “Maneuver” the Japanese», p. 67.

Dos estudiantes se encontraban: «2 Quaker Objectors Sent to Prison Farm», *NYT*, 27 de noviembre de 1941.

«Para un hombre deseoso» y «No acierto a entender»: Padres de Arnold Satterthwait y Frederick Richards, *Federal Convicts Numbers 1128 and 1129, College to Prison*.

«La moral del pueblo británico»: Lee, *London Journal*, p. 468.

mano de obra esclava: Gellately, *Backing Hitler*, p. 213.

«una solución integral»: Roseman, *Wannsee Conference*, p. 81.

«No hay problemas»: «U.S. Ultimatum is Seen by Japan», *NYT*, 29 de noviembre de 1941.

«Que sean conscientes»: «Peace with Japan is Asked in Prayer», *NYT*, 30 de noviembre de 1941.

«Chennault y yo teníamos»: Leonard, *I Flew for China*, pp. 186-187.

«Dondequiera que vaya»: Berg, *Warsaw Ghetto*, p. 117.

rezar sin tregua: «Prayers for Peace Revealed in Tokyo», *NYT*, 22 de abril de 1942.

«Los judíos combatirán»: «Jewish Army Urged to Win Just Peace», *NYT*, 5 de diciembre de 1941.

«El único significado»: «India Frees 500 Including Nehru», *NYT*, 5 de diciembre de 1941.

edición vespertina: Wedemeyer, *Wedemeyer Reports!*, f.p. 178.

«apoyo popular al esfuerzo bélico»: *Congressional Record*, vol. 87, 77-1, 1941-42, A5450.

«métodos estratégicos»: «A.E.F. Plan Laid to Army and Navy», *NYT*, 5 de diciembre de 1941.

«No creo»: Betty Houchin Winfield, *FDR and the News Media*, p. 200.

senador Burton Wheeler, «No tengo pruebas fehacientes» y a la luz planes secretos: Thomas Fleming, *The New Dealers' War*, pp. 12, 27, 29.

«La opinión actual es que»: *Congressional Record*, vol. 87, p. A5446, 4 de diciembre de 1941.

«Conocéis los crímenes inenarrables»: Mann, *Listen, Germany!*, pp. 6162; otra traducción está en «Mann Bids Reich Break Nazi Yoke», *NYT*, 7 de diciembre de 1941.

«El único método»: Harris y Paxman, *Higher Form of Killing*, pp. 8890.

gotas para la nariz: Persico, *Roosevelt's Secret War*, p. xxii.

«Ahí le he dado»: David E. Lilienthal, *The Journals of David E. Lilienthal*, vol. 1, p. 506.

«Me dirijo a Su Majestad»: Yale Law School, *The Avalon Project*, «Message from the President to the Emperor of Japan». www.yale.edu/lawweb/avalon/wwii/p2.htm.

«Esto quedará bien»: Lilienthal, *Journals*, p. 506.

colección de sellos: Persico, *Roosevelt's Secret War*, p. xxiii.

«¡Malditos!»: «Leaflets Carried by Raiders», *NYT*, 25 de diciembre de 1941. Imagen en el Naval Historical Center, foto no. 80-G-413507, disponible en www.history.navy.mil.

Decenas de civiles de Honolulu: Jack G. Henkels, «Civilians Died on Dec. 7, Too», *Honolulu Star Bulletin*, 7 de diciembre de 1996, disponible en www.starbulletin.com.

«recobrándose de su letargo»: W. Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin, 1941-1946*, pp. 111-112.

«Señor presidente»: Churchill, *The Grand Alliance*, p. 605.

«La reacción dominante de Winant»: Martin Gilbert, *In Search of Churchill*, p. 184.

«con admirable entereza»: Churchill, *The Grand Alliance*, p. 605.

«Tenía fuera la colección»: *Newsweek*, 12 de diciembre de 1966, p. 42, citado parcialmente en Mark Emerson Willey, *Pearl Harbor*, p. 108.

sentado en su estudio: Harry Emerson Fosdick, *The Living of These Days*, p. 295.

«Este público radiofónico»: Authentic History Center, *WWII: December 7-8, 1941* (CD0410), www.authentichistory.com.

«Knox está hecho polvo»: Blum, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 3, p. 1.

pensaba que el hombre del bar: Mowrer, *Triumph and Turmoil*, p. 327.

«Por fin, la desgracia»: Eleanor Roosevelt, «Pearl Harbor», en *My Day*, p. 60.

exportaba perlas: «F.B.I. Rounding Up Germans in Nation», *NYT*, 9 de diciembre de 1941.

«Es una situación desafortunada»: «Entire City Put on War Footing», *NYT*, 8 de diciembre de 1941.

Fort Missoula albergaba a mil italianos: «Japanese Arrests in Country at 345», *NYT*, 9 de diciembre de 1941.

«Una gran cacería de hombres»: Peter H. Irons, *Justice at War*, p. 19.

«Rusia salvó al gobierno»: Channon, *Diaries*, pp. 313-314.

«Saturado y ahito de emoción»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 1.580.

con capa: Robert Smith Thompson, *Empires on the Pacific*, p. XI.

brazaletes negros: Jan Pottker, *Sara and Eleanor*, p. IX.

soldados del Ejército y marines armados: James Reston, «Capital Swings Into War Stride», *NYT*, 9 de diciembre de 1941.

sonrió y saludó: *Ibidem*.

«Los japoneses, como diablillos» y «Sí, sucumbirá»: *Congressional Record*, vol. 87, pp. 9.529, 9.536.

«Señor presidente de la Cámara»: Josephson, *Jeannette Rankin*, p. 161.

Más tarde, le dijo a un colega: Bayly y Landgren, *Jeannette Rankin*.

Chelmno: Breitman, *Architect of Genocide*, p. 202; «Chelmno», en *Aktion Reinhard Camps*, www.deathcamps.org; «Chelmno», United States Holocaust Memorial Museum, www.ushmm.org.

furgoneta gris y «Al cabo de unos pocos minutos»: Noakes and Pridham, *Nazism*, pp. 1.138-1.140.

«Los frutos del apaciguamiento»: Freda Kirchwey, «Fruits of Appeasement», *The Nation*, 13 de diciembre de 1941.

«La guerra se está expandiendo»: Sebastian, *Journal*, p. 450.

«apoyando el método»: «Pacifist Group Shifts to Negotiated Peace», *NYT*, 9 de diciembre de 1941.

Reinhard Heydrich: Roseman, *Wannsee Conference*, p. 86.

«Veloz y tranquilamente»: «Schools Emptied Quickly in “Raid”», *NYT*, 10 de diciembre de 1941.

«La mayoría cree»: Berg, *Warsaw Ghetto*, p. 117.

«cetrino y distinguido»: Channon, *Chips*, p. 314.

«La *Gazette* discrepa»: Josephson, *Jeannette Rankin*, p. 162.

Un 67 por ciento: Cantril, *Public Opinion*, p. 1.067, citado en Crane, *Bombs, Cities, and Civilians*, p. 29.

«A lo mejor los japoneses» y «El Führer una vez más»: Stackelberg y Winkle, *Nazi Germany Sourcebook*, pp. 291-292.

«¿No es asombroso este asunto de los japoneses?»: Birkenhead, *Halifax*, p. 532.

«Fue un buen discurso»: Lawrence W. Levine y Cornelia R. Levine, *The People and the President*, p. 405.

«Al Beefsteak tan rápido»: Nicolson, *War Years*, p. 155.

hizo una sugerencia: Probert, *Bomber Harris*, p. 122.

«ha declarado la guerra» y «Era el judío»: Klemperer, *Witness*, pp. 449-450.

Otro transporte de judíos: Johnson, *Nazi Terror*, p. 402.

«Fueron fusilados»: Noakes y Pridham, *Nazism*, p. 1.121.

«la mayor derrota naval»: Patrick S. Washburn, *A Question of Sedition*, p. 47.

Habló de Rusia: Kershaw, *Hitler*, p. 490.

«Después habló de los judíos»: Stackelberg y Winkle, *Nazi Germany Sourcebook*, p. 292.

«Chanclos, a ser posible»: «Text of Goebbels Plea for Clothing for the German Troops», *NYT*, 21 de diciembre de 1941.

«Más significativa que cualquier acción»: Holmes, *I Speak for Myself*, pp. 205-208; «Holmes as Pacifist Offers to Resign», *NYT*, 15 de diciembre de 1941.

«Esas personas todavía tienen»: Sebastian, *Journal*, p. 452.

eran comedores perniciosos: la frase de Frank es «aussergewöhnlich schädliche Fresser»; Hilbert, *Destruction of the European Jews*, vol. 2, p. 483.

«sería un medio viable»: Nicolas Rasmussen, «Plant Hormones in War and Peace», p. 302.

«he resuelto hoy»: «Reich Statement and Hitler's Appeal», *NYT*, 22 de diciembre de 1941.

«En fin, mi amado Winston»: Mary Soames, *Clementine Churchill*, pp. 410-411.

«No puedo ver con buenos ojos»: Gandhi, *Collected Works*, vol.81, p.387.

«La quema de ciudades japonesas»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 1.652.

«El japo moderno»: «How to Tell Japs from the Chinese», *Life*, 22 de diciembre de 1941, p. 81.

Iban a Chelmnó: Dobroszycki, ed., *Chronicle*, p. 108 n.

Aviones rusos soltaron: «Red Yule Cards for Foe», *NYT*, 25 de diciembre de 1941.

«Para esta mujer»: «Russians Bombard Nazis with Taunts», *NYT*, 26 de diciembre de 1941.

«Debemos entregar»: Czerniakow, *Warsaw Diary*, p. 309.

«No hay lugar»: Hermana Margherita Marchione, *Pope Pius XII: Architect for Peace*, p. 109.

«Que un rayo de sabiduría»: «Pope Broadcasts Five Peace Points», *NYT*, 25 de diciembre de 1941.

«Anoche empezó a soplar el viento»: Korber, «Transnistria», en Zapruder, ed., *Salvaged Pages*, pp. 254-255.

«un gruñido que sonaba»: Lilienthal, *Journals*, p. 419.

Churchill dio después y «Siempre doy en el blanco»: Moran, *Churchill*, pp. 16-17.

«Está “haciendo lo suyo”»: Partridge, *Pacifist's War*, p. 118.

«Todo el trabajo normal» y Contaron 690 abrigo de piel: Czerniakow, *Warsaw Diary*, p. 310.

«Como pacifistas»: Wittner, *Rebels Against War*, p. 52.

«Debemos golpear duro»: «Must Strike Hard, Dr. Einstein Asserts», *NYT*, 30 de diciembre de 1941.

«solo pueden considerarse»: «MacArthur Bids U.S. Take Raid Revenge», *NYT*, 31 de diciembre de 1941.

«Piensen en Tokio»: *Herald Tribune* de Nueva York, 30 de diciembre de 1941.

«Solo puede llegarse»: «Washington Asks Revenge Bombings», *NYT*, 28 de diciembre de 1941.

«quemarlas hasta hacerlas desaparecer»: «Hot Talk», *Time*, 5 de enero de 1942.

«Ellos mismos se verán arrojados»: Gilbert, *Churchill War Papers*, vol. 3, p. 1.711.

perfectamente maravilloso: «Roosevelt Awaiting Return of Churchill», *NYT*, 31 de diciembre de 1941.

«Debo proseguir»: «Gandhi Steps Down in War Policy Rift», *NYT*, 31 de diciembre de 1941; Gandhi, *Collected Works*, vol. 81, pp. 397-398.

«Si algún país tiene»: Gandhi, *Collected Works*, vol. 81, p. 399.

«Gran estrategia americano-británica»: Franklin D. Roosevelt Presidential Library and Museum, Safe Files, Box 1, www.fdrlibrary.marist.edu/psf/box1/a05s19.html.

«Primero salieron los heridos»: «Wounded Pour Into Frisco From Bombed Hawaii», *Chicago Tribune*, 1 de enero de 1942.

«Antes de esto no queríamos luchar»: «The Wounded Return», *Time*, 5 de enero de 1942.

«El grupo aguantaba bien»: Isherwood, *Diaries*, p. 201.

«La guerra apenas acaba»: «Tojo Tells Japan War Will Be Long», *NYT*, 1 de enero de 1942.

«Creo que, llegado»: Chiang Kai-shek, *All We Are and All We Have*, p. 4.

«el primer año de esta lucha»: «Hitler Says Reich Will Break Russia», *NYT*, 1 de enero de 1942.

«Cuando el público»: «War Factories Roar New Note in Din of 1942», *Chicago Tribune*, 1 de enero de 1942.

A medianoche: Jackie Martin, «A Night to Remember: New Year's Eve with Winston Churchill», pp. 155-160.

«Por 1942: «Churchill Toasts New Year on Train», *NYT*, 2 de enero de 1942. Otras versiones están en Winston Churchill, *The End of the Beginning*, p.3, y Martin, «Night to Remember».

Con las manos cruzadas: Thompson, *Assignment: Churchill*, p. 257.

«No cayeron bombas»: «No Bombs Disturb English New Year»: *NYT*, 1 de enero de 1942.

mayor catástrofe de la historia: D. A. Prater, *European of Yesterday*, p. 322.

«Di un discursito serio»: Klemperer, *Witness*, p. 456.

«Llevo dentro los 364 días»: Sebastian, *Journal*, p. 458.

Humo humano: Leon Goldensohn, *The Nuremberg Interviews*, p. 288.

Bibliografía

- Abend, Hallett, *My Life in China, 1926-1941*, Harcourt, Brace, Nueva York, 1943.
- Alanbrooke, lord, *War Diaries*, University of California Press, Berkeley, 2001.
- Aly, Götz, «*Final Solution*»: *Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Arnold, Londres, 1999.
- Aly, Götz, Peter Chroust y Christian Pross, *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Higiene*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.
- American-Israeli Cooperative Enterprise, *Jewish Virtual Library*, www.jewishvirtuallibrary.org.
- Anderson, David G., «British Rearmament and the “Merchants of Death”», *Journal of Contemporary History*, enero de 1994.
- Anderson, Jervis, A. *Philip Randolph: A Biographical Portrait*, Harcourt, Nueva York, 1973.
- Arad, Gulie Ne’eman, *America, Its Jews, and the Rise of Nazism*, Indiana University Press, Bloomington, 2000.
- Arad, Yitzhak, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Indiana University Press, Bloomington, 1987.
- , «“Operation Reinhard”: Extermination Camps of Belzec, Sobibor and Treblinka», Shoah Resource Center, www.yadvashem.org.
- Argus, «Friendly Enemy Aliens», *The Contemporary Review*, enero de 1941.
- Armitage, John, «The Internment of Aliens» (reseña), *The Fortnightly*, diciembre de 1940.
- Armstrong, Alan, *Preemptive Strike: The Secret Plan That Would Have Prevented the Attack on Pearl Harbor*, Lyons Press, Guilford, Conn., 2006.
- Arnold, Henry H., *American Airpower Comes of Age: General Henry H. «Hap» Arnold’s World War II Diaries*, ed. John W. Huston, 2 vols., Air University Press, Maxwell Air Force Base, Ala., 2002.
- Aronson, Shlomo, *Hitler, the Allies, and the Jews*, Cambridge University Press, Nueva York, 2004.
- Arthur, Max, ed., *Forgotten Voices of World War II*, Lyons Press, Guilford, Conn., 2004.
- Authentic History Center, *WWII: 1938-Dec. 6 1941* (CD0400), audio CD.
- , *WWII: December 7-8 1941*, audio CD, disponible en www.authentichistory.com.
- Bane, Suda Lorena, y Ralph Haswell Lutz, eds., *The Blockade of Germany after the Armistice, 1918-1919*, Stanford University Press, Stanford, Calif., 1942.
- Bankier, David, *The Germans and the Final Solution*, Blackwell, Oxford, 1992.
- Bartov, Omer, *Hitler’s Army: Soldiers, Nazis, and War in the Third Reich*, Oxford University Press, Nueva York, 1991.
- Bayly, Ronald, y Nancy Landgren, *Jeannette Rankin, the Woman Who Voted No* (vídeo), PBS Video, Alexandria, Va., 1984.

- Bekker, Cajus, *The Luftwaffe War Diaries*, Da Capo, Nueva York, 1994.
- Bell, Nelly, «World War II: Air War Over Iraq», *Aviation History*, mayo de 2004, disponible en www.historynet.com.
- Bennett, Gill, *Churchill's Man of Mystery*, Routledge, Londres, 2007.
- Berg, Mary, *Warsaw Ghetto: A Diary*, ed. S. L. Shneiderman, L. B. Fischer, Nueva York, 1945.
- Biddle, Tami Davis, *Rhetoric and Reality in Air Warfare*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 2002.
- Birkenhead, Frederick, conde de, *Halifax: The Life of Lord Halifax*, Hammish Hamilton, Londres, 1965.
- Blue, Allan G., *The B-24 Liberator: A Pictorial History*, Scribner's, Nueva York, 1975.
- Blum, John Morton, *From the Morgenthau Diaries*, vol. 2: *Years of Urgency, 1938-1941*, Houghton Mifflin, Boston, 1959.
- , *From the Morgenthau Diaries*, vol. 3: *Years of War, 1941-1945*, Houghton Mifflin, Boston, 1967.
- Boothe, Clare, *Europe in the Spring*, Knopf, Nueva York, 1941.
- Borg, Dorothy, *The United States and the Far Eastern Crisis of 1933-1938*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1964.
- Boyne, Walter J., *Beyond the Horizons: The Lockheed Store*, St. Martin's, Nueva York, 1998.
- Brack, Viktor, «Affidavit Concerning the Nazi Administrative System, the Euthanasia Program, and the Sterilization Experiments», Harvard Law School Library, Nuremberg Trials Projects, nuremberg.law.harvard.edu.
- Breiting, Richard, *Secret Conversations with Hitler: The Two Newly-Discovered 1931 Interviews*, ed. Édouard Calic, trad. Richard Barry, John Day, Nueva York, 1971.
- Breitman, Richard, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Knopf, Nueva York, 1991.
- Breitman, Richard, y Alan M. Kraut, *American Refugee Policy and European Jewry, 1933-1945*, Indiana University Press, Bloomington, Ind., 1987.
- Brittain, Vera, *Testament of a Peace Lover*, ed. Winifred y Alan Eden-Green, Virago, Londres, 1988.
- Brooks, Collin, *Fleet Street, Press Barons and Politics: The Journals of Collin Brooks, 1932-1940*, ed. N. J. Crowson, Royal Historical Society, Londres, 1998.
- Brophy, Leo P., y George J. B. Fisher, *The Chemical Warfare Service: Organizing for War*, Department of the Army, Washington, D.C., 1959.
- Brophy, Leo P., Wyndham D. Miles y Rexmond C. Cochrane, *The Chemical Warfare Service: From Laboratory to Field*, Department of the Army, Washington, D.C., 1959.
- Broszat, Martin, «The Genesis of the "Final Solution"», en H. W. Koch, ed., *Aspects of the Third Reich*, St. Martin's, Nueva York, 1985.
- Brown, Judith M., *Gandhi: Prisoner of Hope*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1989.
- Browning, Christopher, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, HarperCollins, Nueva York, 1992.
- , *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Cambridge University Press, Nueva York, 2000.
- , *The Origins of the Final Solution: Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Heinemann, Londres, 2004.
- , *The Path to Genocide*, Cambridge University Press, Nueva York, 1992.
- Bullock, Alan, *Hitler: A Study in Tyranny*, Harper, Nueva York, 1962.

- Burgwyn, H. James, *Italian Foreign Policy in the Interwar Period, 1918-1940*, Praeger, Westport, Conn., 1997.
- Butler, J. R. M., *Grand Strategy*, vol. 2: *September 1939-June 1941*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1957.
- Bytwerk, Randall L., «The Argument for Genocide in Nazi Propaganda», *Quarterly Journal of Speech*, vol. 91, n.º 1 (febrero de 2005).
- Cadogan, Alexander, *The Diaries of Sir Alexander Cadogan*, ed. David Dilks, Putnam, Nueva York, 1972.
- Caidin, Martin, *Flying Forts: The B-17 in World War II*, Bantam, Nueva York, 1990.
- Calder, Angus, *The People's War: Britain, 1939-1945*, Pantheon, Nueva York, 1969.
- Cantril, Hadley, ed., *Public Opinion*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1951.
- Caulfield, Max, *Tomorrow Never Came: The Sinking of the SS. Athenia*, Norton, Nueva York, 1959.
- Chamberlain, Neville, «British Prime Minister Neville Chamberlain Resigns» (audio), *Authentic History*, www.authentichistory.com.
- Chandler, Andrew, «The Church of England and the Obliteration Bombing of Germany in the Second World War», *English Historical Review* 108, n.º 429 (octubre de 1993).
- Channon, Henry, *Chips: The Diaries of Sir Henry Channon*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1967.
- Cherniak, Jan, et al., *Pobediteli: Soldiers of the Great War*, English.pobediteli.ru.
- Churchill, Winston, *The End of the Beginning: War Speeches by the Right Hon. Winston S. Churchill C.H., M.P.*, ed. Charles Eade, Little, Brown, Boston, 1943.
- , *Great Contemporaries*, Books for Libraries, Freeport, N. Y., 1971 [1937].
- , *Winston S. Churchill: His Complete Speeches*, ed. Robert Rhodes James, Chelsea House, Londres, 1974.
- , *The Aftermath*, Scribner's, Nueva York, 1929.
- , *The Second World War*, vol. 1: *The Gathering Storm*, Houghton Mifflin, Boston, 1948.
- , *The Second World War*, vol. 2: *Their Finest Hour*, Houghton Mifflin, Boston, 1949.
- , *The Second World War*, vol. 3: *The Grand Alliance*, Houghton Mifflin, Boston, 1950.
- , *Step by Step, 1936-1939*, Books for Libraries, Freeport, N. Y., 1971 [1939].
- , *The Unrelenting Struggle: War Speeches by the Right Hon. Winston S. Churchill*, Books for Libraries, Freeport, N. Y., 1971.
- Ciano, Galeazzo, conde, *The Ciano Diaries, 1939-1943*, ed. Hugh Gibson, Doubleday, Nueva York, 1946.
- Clayton, Aileen, *The Enemy Is Listening*, Ballantine, Nueva York, 1982.
- Clifford, J. Garry, y Samuel R. Spencer Jr., *The First Peacetime Draft*, University Press of Kansas, Lawrence, Kan., 1986.
- Coffey, Thomas M., *Hap: The Story of the U.S. Air Force and the Man Who Built It, General Henry H. «Hap» Arnold*, Viking, Nueva York, 1982.
- , *Iron Eagle: The Turbulent Life of General Curtis LeMay*, Avon, Nueva York, 1988.
- Coit, Margaret L., *Mr. Baruch*, Houghton Mifflin, Boston, 1957.
- Collier, Richard, *The City That Would Not Die*, Dutton, Nueva York, 1960.
- Colville, John, *The Fringes of Power: Downing Street Diaries, 1939-1955*, Norton, Nueva York, 1985.
- Colvin, Ian, *The Chamberlain Cabinet*, Taplinger, Nueva York, 1971.
- Corum, James S., «The Myth of Air Control», *Aerospace Power Journal* (invierno de 2000),

- www.airpower.maxwell.af.mil/airchronicles/apj/apj00/win00/corum.htm.
- Costello, John, *Ten Days to Destiny*, Morrow, Nueva York, 1991.
- Crane, Conrad C., *Bombs, Cities, and Civilians: American Airpower Strategy in World War II*, University Press of Kansas, Lawrence, Kan., 1993.
- Craven, Wesley Frank, y James Lea Cate, *The Army Air Forces in World War II*, vol. 1, University of Chicago Press, Chicago, 1948.
- Cross, Robin, *The Bombers: The Illustrated Story of Offensive Strategy and Tactics in the Twentieth Century*, Macmillan, Nueva York, 1987.
- Cull, Nicholas John, *Selling War: The British Propaganda Campaign Against American «Neutrality» in World War II*, Oxford, Nueva York, 1995.
- Culver, John C., y John Hyde, *American Dreamer: The Life and Times of Henry A. Wallace*, Norton, Nueva York, 2000.
- Current, Richard N., «How Stimson Meant to “Maneuver” the Japanese», *The Mississippi Valley Historical Review* 40, n.º 1 (junio de 1953).
- Czerniakow, Adam, *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow*, ed. Raul Hilberg, Stanislaw Staron y Josef Kermisz, Stein and Day, Nueva York, 1979.
- Dalton, Dennis, *Mahatma Gandhi: Nonviolent Power in Action*, Columbia University Press, Nueva York, 1993.
- Davis, Mike, *Dead Cities*, New Press, Nueva York, 2002.
- Dawidowicz, Lucy S., *The War Against the Jews, 1933-1945*, Holt, Rinehart, and Winston, Nueva York, 1975.
- De Gaulle, Charles, *The Complete War Memoirs*, Simon and Schuster, Nueva York, 1964.
- Delmer, Sefton, *Black Boomerang*, www.seftondelmer.co.uk.
- De Seversky, Alexander P., *Victory Through Air Power*, Garden City, Garden City, N. Y., 1943.
- Deutsch, Harold C., *The Conspiracy Against Hitler in the Twilight War*, University of Minnesota Press, Mineápolis, 1968.
- Dobroszycki, Lucjan, ed., *The Chronicle of the Lodz Ghetto, 1941-1944*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1984.
- Doenecke, Justus D., «Non-Interventionism of the Left: The Keep America Out of War Congress, 1938-41», *Journal of Contemporary History* 12, n.º 2 (abril de 1977).
- Donovan, James A., *Outpost in the North Atlantic: Marines in Defense of Iceland* (Marine Corps Historical Center, Washington, D.C., 1991). HyperWar Foundation, www.ibiblio.org/hyperwar/USMC/USMC-C-Iceland.html.
- Dwork, Debórah, y Robert Jan van Pelt, *Auschwitz: 1270 to the Present*, Norton, Nueva York, 1996.
- Ehrenburg, Ilya, y Vasily Grossman, *The Complete Black Book of Russian Jewry*, trad. David Patterson, Transaction, New Brunswick, N.J., 2003.
- Engelbrecht, H. C., *Revolt Against War*, Dodd, Mead, Nueva York, 1937.
- , «The Problem of the Munitions Industry», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 174 (julio de 1934).
- , «The International Armament Industry», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 174 (julio de 1934).

- Science* (septiembre de 1934).
- Etzold, Thomas, «The (F)utility Factor: German Information Gathering in the United States», *Military Affairs* 39, n.º 2 (abril de 1975).
- «Evolution of the Hudson Bomber», www.hudsonbomber.com.
- Feingold, Henry L., *Bearing Witness: How America and Its Jews Responded to the Holocaust*, Syracuse University Press, Syracuse, 1995.
- Feldman, Gerald, «Two German Businessmen», *Berlin Journal: Newsletter of the American Academy in Berlin*, n.º 2 (verano de 2001), www.americanacademy.de/fileadmin/berlinjournal/BJ21.pdf.
- Fest, Joachim, *The Face of the Third Reich*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1970.
- , *Plotting Hitler's Death: The Story of the German Resistance*, Metropolitan, Nueva York, 1996.
- , *Speer: The Final Verdict*, Harcourt, Nueva York, 2001.
- Fischer, Louis, *The Life of Mahatma Gandhi*, Harper, Nueva York, 1950.
- Fleming, Thomas, *The New Dealers' War: Franklin D. Roosevelt and the War Within World War II*, Basic Books, Nueva York, 2001.
- Fosdick, Harry Emerson, *The Challenge of the Present Crisis*, Association Press, Nueva York, 1918.
- , *The Living of These Days: The Autobiography of Harry Emerson Fosdick*, Harper, Nueva York, 1956.
- Freedman, Jean R., *Whistling in the Dark: Memory and Culture in Wartime London*, Kentucky University Press, Lexington, 1999.
- Freidel, Frank, *Franklin D. Roosevelt: A Rendezvous with Destiny*, Little, Brown, Boston, 1990.
- Friedlander, Henry, *The Origins of Nazi Genocide*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995.
- Friedrich, Jörg, *The Fire: The Bombing of Germany, 1940-1945*, Columbia University Press, Nueva York, 2006.
- Fryer, Jonathan, *Isherwood*, Doubleday, Nueva York, 1978.
- Gandhi, Mohandas, *The Collected Works of Mahatma Gandhi*, www.gandhiserve.org/cwmg/cwmg.html.
- Garnett, David, *War in the Air: September 1939-May 1941*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1941.
- Gellately, Robert, *Backing Hitler*, Oxford, Londres, 2001.
- Gilbert, Martin, *Churchill and America*, Free Press, Nueva York, 2005.
- , *The Churchill War Papers*, vols. 1-3, Heinemann, Londres, 1993-2000.
- , *The Holocaust*, Holt, Nueva York, 1985.
- , *In Search of Churchill: A Historian's Journey*, John Wiley, Nueva York, 1994.
- , *Kristallnacht: Prelude to Destruction*, HarperCollins, Nueva York, 2006.
- , *Winston S. Churchill*, vols. 4-7, Heinemann, Londres, 1975-1986.
- Ginsburg, Paul, «Engelbert Kreuzer: Butcher of Sudilkov», Internet Archive, web.archive.org/web/*/http://www.sudilkov.com.
- Goda, Norman J. W., «Black Marks: Hitler's Bribery of His Senior Officers during World War II», *The Journal of Modern History* 72, n.º 2 (junio de 2000).
- Goebbels, Joseph, *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, ed. Fred Taylor, Putnam, Nueva York, 1983.
- , *The Goebbels Diaries, 1942-1943*, ed. Louis P. Lochner, Doubleday, Nueva York, 1948.
- Goldensohn, Leon, *The Nuremberg Interviews*, Knopf, Nueva York, 2004.
- Gorodetsky, Gabriel, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, Yale University Press,

- New Haven, Conn., 1999.
- Gowing, Margaret, *Britain and Atomic Energy, 1939-1945*, Macmillan, Londres, 1964.
- Gray, Peter W., «The Myths of Air Control and the Realities of Imperial Policing», *Aerospace Power Journal* (otoño de 2001), www.airpower.maxwell.af.mil/airchronicles/apj/apj01/fal101/gray.html.
- Grayling, A. C., *Among the Dead Cities*, Walker, Nueva York, 2006.
- Grew, Joseph C., *Ten Years in Japan*, Simon and Schuster, Nueva York, 1944.
- Guillemin, Jean, *Biological Weapons: From the Invention of State-Sponsored Programs to Contemporary Bioterrorism*, Columbia University Press, Nueva York, 2005.
- Haffner, Sebastian, *The Meaning of Hitler*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1983.
- Haldane, Aylmer L., *The Insurrection in Mesopotamia, 1920*, Blackwood, Edimburgo, 1922.
- Halifax, conde de, *The American Speeches of the Earl of Halifax*, Books for Libraries, Freeport, N. Y., 1970.
- Harris, Robert, y Jeremy Paxman, *A Higher Form of Killing: The Secret History of Chemical and Biological Warfare*, Random House, Nueva York, 2002.
- Harvard Law School Library, *Nuremberg Trials Project*, www.nuremberg.law.harvard.edu.
- Harvey, Oliver, *The Diplomatic Diaries of Oliver Harvey*, St. Martin's, Nueva York, 1970.
- Hastings, Max, *Bomber Command*, Dial Press, Nueva York, 1979. «The Heavy Bomber», *Fortune*, octubre de 1941.
- Henze, Carl G. B., «Bombs on Coventry: Experiences of a Ju 88 in Action Against England», trad. Randall L. Bytwerk, German Propaganda Archive, www.calvin.edu/academic/cas/gpa/index.htm.
- Hermant, Jost, *A Hitler Youth in Poland: The Nazis' Program for Evacuating Children During World War II*, Northwestern University Press, Evanston, Ill., 1997.
- Higham, Charles, *Trading with the Enemy: The Nazi-American Money Plot, 1933-1949*, Barnes and Noble, Nueva York, 1995.
- Hilberg, Raul, *The Destruction of the European Jews*, edición revisada, 3 vols., Holmes and Meier, Nueva York, 1985.
- , *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe, 1933-1945*, Harper Perennial, Nueva York, 1993.
- Hill, Christopher, *Cabinet Decisions on Foreign Policy: The British Experience, October 1938-June 1941*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
- Hillesum, Etty, *An Interrupted Life: The Diaries of Etty Hillesum, 1941-1943*, Pantheon, Nueva York, 1983.
- Hinshaw, David, *Rufus Jones, Master Quaker*, Putnam, Nueva York, 1951.
- Hinsley, F. H., *British Intelligence in the Second World War: Its Influence on Strategy and Operations*, 5vols., Cambridge University Press, Nueva York, 1979.
- Hitler, Adolf, *My New Order*, ed. Raoul de Roussy de Sales, Reynal and Hitchcock, Nueva York, 1941.
- , *Hitler's Table Talk: His Private Conversations*, Enigma, Nueva York, 2000.
- Holliday, Laurel, *Children in the Holocaust and World War II: Their Secret Diaries*, Washington Square Press, Nueva York, 1996.
- Holmes, John Haynes, *I Speak for Myself*, Harper and Brothers, Nueva York, 1959.
- Hoover, Herbert, *An American Epic*, vol. 4, Regnery, Chicago, 1964.

Höss, Rudolph, *Death Dealer: The Memoirs of the SS Kommandant at Auschwitz*, ed. Steven Paskuly, Da Capo, Nueva York, 1996.

«How to Tell Japs from the Chinese», *Life*, 22 de diciembre de 1941.

Huxley, Aldous, *Complete Essays*, vol. 4: 1936-1938, ed. Robert S. Baker y James Sexton, Ivan R. Dee, Chicago, 2001.

—, *Ends and Means*, Chatto and Windus, Londres, 1965.

Ickes, Harold, *The Secret Diary of Harold L. Ickes*, Simon and Schuster, Nueva York, 1954.

International Commission on the Holocaust in Romania, *Final Report*, United States Holocaust Memorial Museum, www.ushmm.org.

Irons, Peter H., *Justice at War*, Oxford University Press, Oxford, 1983.

Ironside, Edmund, *Time Unguarded: The Ironside Diaries*, D. McKay, Nueva York, 1962.

Isherwood, Christopher, *Diaries*, vol. 1, ed. Katherine Bucknell, HarperCollins, Nueva York, 1996.

Jack, Homer A., ed., *The Gandhi Reader: A Sourcebook of His Life and Writings*, Unabridged ed., Grove Weidenfeld, Nueva York, 1989.

James, Robert Rhodes, *Churchill: A Study in Failure, 1900-1939*, World, Nueva York, 1970.

James, Ronald Michael, y John Bevis Reid, eds., *Uncovering Nevada's Past*, University of Nevada Press, Reno, 2004.

Jasper, Ronald C. D., *George Bell: Bishop of Chichester*, Oxford University Press, Londres, 1967.

Joad, Cyril, *Journey Through the War Mind*, Faber, Londres, 1940.

Johnson, Eric A., *Nazi Terror: The Gestapo, Jews, and Ordinary Germans*, Basic Books, Nueva York, 1999.

Johnson, Eric A., y Karl-Heinz Reuband, *What We Knew: Terror, Mass Murder, and Everyday Life in Nazi Germany*, Basic Books, Nueva York, 2005.

Jones, Simon, *World War I Gas Warfare Tactics and Equipment*, Osprey, Nueva York, 2007.

Jones, Tim, *The X Site: Britain's Most Mysterious Government Facility*, Gwasg Helygain, Rhyl, Gales, 2000.

Josephson, Hannah, *Jeannette Rankin: First Lady in Congress*, Bobbs Merrill, Nueva York, 1974.

Juan Pablo II, papa, «Address During a Meeting with the Central Council of the Jews in Germany», 23 de junio de 1996, Service International de Documentation Judéo-Chrétienne (SIDIC), www.sidic.org.

Kai-shek, Chiang, *All We Are and All We Have: Speeches and Messages Since Pearl Harbor*, John Day, Nueva York, 1943.

Kaufman, Fred, *Searching for Justice: An Autobiography*, University of Toronto Press, Toronto, 2005.

Kershaw, Ian, *Hitler, 1936-45: Nemesis*, Norton, Nueva York, 2000.

Kersten, Felix, *The Kersten Memoirs, 1940-1945*, Macmillan, Nueva York, 1957.

Killen, John, *A History of the Luftwaffe*, Doubleday, Nueva York, 1968.

Killingray, David, «A Swift Agent of Government: Air Power in British Colonial Africa», *The Journal of African History* 25, n.º 4 (1984).

Kilzer, Louis C., *Churchill's Deception*, Simon and Schuster, Nueva York, 1994.

Kimball, Warren F., ed., *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, vol. 1, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1984.

King, Cecil, *With Malice Toward None: A War Diary*, Sidgwick and Jackson, Londres, 1970.

Kirchwey, Freda, «Fruits of Appeasement», *The Nation*, 13 de diciembre de 1941.

Kleber, Brooks E., y Dale Birdsell, *The Chemical Warfare Service: Chemicals in Combat*, U.S. Army, Washington, D.C., 1966.

Klemperer, Victor, *I Will Bear Witness: A Diary of the Nazi Years*, vol. 1: 1933-1941, trad. Martin Chalmers, Random House, Nueva York, 1998.

Koch, Eric, *Deemed Suspect: A Wartime Blunder*, Methuen, Toronto, 1980.

Koch, H. W., «The Strategic Air Offensive Against Germany: The Early Phase, May-September 1940», *The Historical Journal* 34, n.º 1 (marzo de 1991).

Kogon, Eugen, et al., *Nazi Mass Murder: A Documentary History of the Use of Poison Gas*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1993.

Korber, Miriam, «Transnistria», en Alexandra Zapruder, ed., *Salvaged Pages: Young Writers' Diaries of the Holocaust*, Yale University Press, New Haven, Conn., 2002.

«Koscian and the Euthanasia in Poland», Aktion Reinhard Camps, www.deathcamps.org.

Kraus, René, *The Men Around Churchill*, Books for Libraries, Freeport, N. Y. , 1971 [1941].

Kurki, Allan W., *Operation Moonlight Sonata: The German Raid on Coventry*, Praeger, Westport, Conn., 1995.

Lafitte, François, *The Internment of Aliens*, Libris, Londres, 1988 [1940].

Laqueur, Walter, *The Terrible Secret: Suppression of the Truth about Hitler's «Final Solution»*, Little, Brown, Boston, 1980.

Lash, Joseph P., *Eleanor and Franklin*, Norton, Nueva York, 1971.

Leary, William M., «Wings for China: The Jouett Mission, 1932-35», *The Pacific Historical Review* 38, n.º 4 (noviembre de 1969).

Lebzelter, Gisela C., *Political Anti-Semitism in England, 1918-1939*, Holmes and Meier, Nueva York, 1978.

Lee, Asher, *Goering: Air Leader*, Hippocrene, Nueva York, 1972.

Lee, Raymond E., *The London Journal of General Raymond E. Lee*, Little, Brown, Boston, 1971.

Leonard, Royal, *I Flew for China*, Doubleday, Doran, Nueva York, 1942.

Lester, Muriel, *It So Happened*, Harper and Brothers, Nueva York, 1947.

Levine, Lawrence W., y Cornelia R. Levine, *The People and the President*, Beacon, Boston, 2002.

Lewis, Jon E., ed., *The Mammoth Book of Eyewitness World War II*, Carroll and Graf, Nueva York, 2002.

Ley, Willy, *Bombs and Bombing*, Modern Age, Nueva York, 1941.

Lichtenstein, Nelson, *Labor's War at Home: The CIO in World War II*, Cambridge University Press, Nueva York, 1982.

Liddell Hart, B. H., *History of the Second World War*, Pan, Londres, 1973.

Lilienthal, David E., *The Journals of David E. Lilienthal*, vol. 1: *The TVA Years, 1939-1945*, Harper and Row, Nueva York, 1964.

Lindbergh, Charles A., *The Wartime Journals of Charles A. Lindbergh*, Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1970.

Lindqvist, Sven, *A History of Bombing*, New Press, Nueva York, 2001.

Lipsett, Alexander S., *Famine Stalks Europe*, Craft Union Publishers, Nueva York, 1941.

Longmate, Norman, *Air Raid: The Bombing of Coventry, 1940*, McKay, Nueva York, 1976.

- Ludlow, J. D. V., *Bridgend Royal Ordnance Factory: A Brief History, 1936-1946*, www.bridgend.co.uk, 2003.
- Lukacs, John, *The Duel: 10 May-31 July 1940*, Yale University Press, New Haven, Conn., 2001.
- Lynd, Staughton, ed., *Nonviolence in America: A Documentary History*, Bobbs Merrill, Nueva York, 1966.
- MacDonald, Callum, *The Killing of SS Obergruppenführer Reinhard Heydrich*, Free Press, Nueva York, 1989.
- MacKay, Robert, *Half the Battle: Civilian Morale in Britain During the Second World War*, Manchester University Press, Manchester, Ing., 2002.
- Machtan, Lotear, *The Hidden Hitler*, trad. John Brownjohn, Basic Books, Nueva York, 2001.
- MacNeice, Louis, *Selected Prose of Louis MacNeice*, ed. Alan Heuser, Clarendon Press, Oxford, 1990.
- Mahnken, Thomas G., *Uncovering Ways of War: U.S. Intelligence and Foreign Military Innovation*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 2002.
- Mann, Thomas, *Listen, Germany! Twenty-Five Radio Messages to the German People over BBC*, Knopf, Nueva York, 1943.
- Mansfield, Harold, *Vision: A Saga of the Sky*, Duell, Sloan, and Pearce, Nueva York, 1956.
- Marcus, Joseph, *Social and Political History of the Jews in Poland, 1919-1939*, Mouton, Berlín, 1983.
- Martin, Jackie, «A Night to Remember: New Year's Eve with Winston Churchill», en *Memorial Addresses in the Congress of the United States and Tributes in Eulogy of Sir Winston Churchill*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1965.
- Matloff, Maurice, y Edwin M. Snell, *Strategic Planning for Coalition Warfare, 1941-1942*, Department of the Army, Washington, D.C., 1953.
- Mayer, Arno, *Why Did the Heavens Not Darken? The Final Solution in History*, Pantheon, Nueva York, 1988.
- Mayer, Milton, «I Think I'll Sit This One Out», *Saturday Evening Post*, 7 de octubre de 1939.
- , *They Thought They Were Free: The Germans, 1933-1945*, University of Chicago Press, Chicago, 1955.
- Menzies, Robert, *Dark and Hurrying Days: Menzies' 1941 Diary*, National Library of Australia, 1993.
- Miller, Edward S., *War Plan Orange: The U.S. Strategy to Defeat Japan, 1897-1945*, Naval Institute Press, Annapolis, 1991.
- Miller, Lawrence Mek, *Witness for Humanity: A Biography of Clarence E. Pickett*, Pendle Hill, Wallingford, Penn., 1999.
- Miller Robert Moats, *Harry Emerson Fosdick: Preacher, Pastor, Prophet*, Oxford, Nueva York, 1985.
- [¿Ministerio de Información?], *The Air Offensive Against Germany*, 1941.
- Moltke, Helmuth James von, *Letters to Freya, 1939-1945*, Knopf, Nueva York, 1990.
- Moran, lord, *Churchill: Taken from the Diaries of Lord Moran*, Houghton Mifflin, Boston, 1966.
- Morgenstern, George, *Pearl Harbor: The Story of the Secret War*, Devin-Adair, Nueva York, 1947.
- Mortimer, Gavin, *The Longest Night: The Bombing of London on May 10, 1941*, Berkeley, Nueva York, 2005.
- Mosley, Leonard, *Lindbergh: A Biography*, Doubleday, Nueva York, 1976.
- Mowrer, Edgar Ansel, *Triumph and Turmoil: A Personal History of Our Time*, Weybright and Talley, Nueva York, 1968.

- Mowrer, Lilian T., *Journalist's Wife*, Morrow, Nueva York, 1937.
- Müller-Hill, Benno, *Murderous Science: Elimination by Scientific Selection of Jews, Gypsies, and Others, Germany 1933-1945*, trad. George Fraser, Oxford University Press, Nueva York, 1988.
- Murrow, Edward R., *This Is London*, Simon and Schuster, Nueva York, 1941.
- National Committee on the Cause and Cure of War Records, Swarthmore College Peace Collection, www.swarthmore.edu/library/peace/CDGA.M-R/ncccw.html.
- Neillands, Robin, *The Bomber War: The Allied Air Offensive Against Nazi Germany*, Barnes and Noble, Nueva York, 2005.
- Newton, Scott, *Profits of Peace: The Political Economy of Anglo-German Appeasement*, Clarendon, Oxford, 1996.
- Nicolson, Harold, *The War Years, 1939-1945: Diaries and Letters*, vol. 2, ed. Nigel Nicolson, Athenaeum, Nueva York, 1967.
- Nicosia, Francis R., «Zionism, Antisemitism, and the Origins of the Final Solution», en Wolfgang Mieder y David Scrase, eds., *Reflections on the Holocaust: Festschrift for Raul Hilberg on His Seventy-Fifth Birthday*, Center for Holocaust Studies, Burlington, Vt., 2001.
- , «Zionism in National Socialist Jewish Policy in Germany, 1933-39», *The Journal of Modern History* 50, n.º 4, suplemento bajo demanda (diciembre de 1978).
- Nixon, Edgar B., ed., *Franklin D. Roosevelt and Foreign Affairs*, vols. 1-3, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1969.
- Noakes, J., y G. Pridham, eds., *Nazism 1919-1945*, University of Exeter, Exeter, 1988.
- Oakley, Harry, «The Worst Night of Our Lives», *WW2 People's War: An Archive of World War Two Memories*, BBC, www.bbc.co.uk.
- Omissi, David E., *Air Power and Colonial Control: The Royal Air Force 1919-1939*, Manchester University Press, Manchester, 1990.
- , «Baghdad and The British Bombers», *The Guardian*, 19 de enero de 1991, disponible en www.globalpolicy.org.
- Onlooker, «The Tragedy of the Refugees», *The Contemporary Review*, agosto de 1940.
- Owings, Alison, *Frauen: German Women Recall the Third Reich*, Rutgers University Press, New Brunswick, N.J., 1993.
- «Owinska Mental Home and Poznan Fort VII», *Aktion Reinhard Camps*, www.deathcamps.org.
- Padres de Arnold Satterthwait y Frederick Richards, *Federal Convicts Numbers 1128 and 1129, College to Prison*, panfleto [1942], Swarthmore College Peace Collection.
- Page, Kirby, *National Defense: A Study of the Origins, Results, and Prevention of War*, Farrar and Rinehart, Nueva York, 1931.
- Parkin, Robert Sinclair, *Blood on the Sea: American Destroyers Lost in World War II*, Da Capo, Cambridge, Mass., 2001.
- Partridge, Frances, *A Pacifist's War*, Phoenix, Londres, 1978.
- Paterson, Michael, *Battle for the Skies*, David and Charles, Newton Abbot, Ing., 2004.
- Peace Pledge Union, «1940-1949: Candles in the Dark», www.ppu.org.uk/century/century5.html.
- , «PPU History in Context», www.ppu.org.uk/ppu/history1.html.

- Perkins, Milo, «Exports and Appeasement», *Harper's Magazine*, diciembre de 1940.
- Perret, Geoffrey, *Winged Victory: The Army Air Forces in World War II*, Random House, Nueva York, 1993.
- Persico, Joseph E., *Roosevelt's Secret War: FDR and World War II Espionage*, Random House, Nueva York, 2001.
- Perutz, Max, *I Wish I'd Made You Angry Earlier: Essays on Science, Scientists, and Humanity*, Cold Spring Harbor Laboratory Press, Plainview, N. Y., 1998.
- Pickett, Clarence E., *For More than Bread: An Autobiographical Account of Twenty-Two Years' Work with the American Friends Service Comité*, Little, Brown, Boston, 1953.
- Ponting, Clive, *1940: Myth and Reality*, Ivan R. Dee, Chicago, 1991.
- Pottker, Jan, *Sara and Eleanor: The Story of Sara Delano Roosevelt and Her Daughter-in-Law, Eleanor Roosevelt*, St. Martin's, Nueva York, 2004.
- Prater, D. A., *European of Yesterday: A Biography of Stefan Zweig*, Oxford University Press, Oxford, 1972.
- Probert, Henry, *Bomber Harris: His Life and Times*, Greenhill, Londres, 2003.
- Radzinsky, Edgard, *Stalin*, trad. H. T. Willetts, Doubleday, Nueva York, 1996.
- Rasmussen, Nicolas, «Plant Hormones in War and Peace: Science, Industry, and Government in the Development of Herbicides in 1940s America», *Isis* 92, n.º 2 (junio de 2001).
- Read, Anthony, *The Devil's Disciples*, Norton, Nueva York, 2004.
- Regis, Ed, *The Biology of Doom*, Holt, Nueva York, 1999.
- Reimann, Viktor, *Goebbels*, Doubleday, Nueva York, 1976.
- Reitlinger, Gerald, *The SS: Alibi of a Nation*, Viking, Nueva York, 1968.
- Reynolds, David, «Churchill and the British "Decision" to Fight on in 1940», en Richard Langhorne, ed., *Diplomacy and Intelligence During the Second World War: Essays in Honour of F. H. Hinsley*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
- , *From World War to Cold War: Churchill, Roosevelt, and the International History of the 1940s*, Oxford University Press, Oxford, 2006.
- Richards, Denis, *Portal of Hungerford*, Holmes and Meier, Nueva York, 1977.
- , *The Royal Air Force*, vol. 1: *The Fight at Odds*, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1953, disponible en HyperWar Foundation, www.ibiblio.org/hyperwar/UN/UK/UK-RAF-I/UK-RAF-I-13.html.
- Richardson, James O., *On the Treadmill to Pearl Harbor*, Department of the Navy, Washington, D.C., 1973.
- Roosevelt, Eleanor, *My Day: The Best of Eleanor Roosevelt's Acclaimed Newspaper Columns, 1936-1962*, ed. David Emblidge, Da Capo, Cambridge, Mass., 2001.
- Roosevelt, Franklin D., *The Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt*, Russell & Russell, Nueva York, 1938-1950.
- , *F. D.R.: His Personal Letters*, vol. 2: 1928-1945, Duell, Sloan, and Pearce, Nueva York, 1950.
- Rose, Norman, *Churchill: The Unruly Giant*, Free Press, Nueva York, 1995.
- Roseman, Mark, *The Wannsee Conference and the Final Solution: A Reconsideration*, Picador, Nueva York, 2002.
- Roskill, Stephen, *Hankey: Man of Secrets*, St. Martin's, Nueva York, 1972.
- Ross, Stewart Halsey, *Strategic Bombing by the United States in World War II*, McFarland, Jefferson, N.C., 2003.

- Rosten, Leo, «Men Like War», *Harper's Magazine*, julio de 1935.
- Rubenstein, Murray, y Richard M. Goldman, *To Join with the Eagles: Curtiss Aircraft, 1903-1965*, Doubleday, Nueva York, 1974.
- Rumpf, Hans, *The Bombing of Germany*, Holt, Nueva York, 1962.
- Saunders, Kenneth, «Toyohiko Kagawa, the St Francis of Japan», *Pacific Affairs* 4, n.º 4 (abril de 1931).
- Schaller, Michael, *The U.S. Crusade in China, 1938-1945*, Columbia University Press, Nueva York, 1979.
- Schmitt, Hans A., *Quakers and Nazis: Inner Light in Outer Darkness*, Columbia, University of Missouri Press, Columbia, Mo., 1997.
- Schoenfeld, Howard, «The Danbury Story», en Holley Cantine y Dachine Rainer, eds., *Prison Etiquette*, Retort Press, Bearsville, N. Y., 1950.
- Schreiber, Gerhard, et al., *Germany and the Second World War*, vol. 3, Oxford University Press, Nueva York, 1995.
- Schultz, Duane, *The Maverick War: Chennault and the Flying Tigres*, St. Martin's, Nueva York, 1987.
- Schuschnigg, Kurt von, *Austrian Réquiem*, Putnam, Nueva York, 1946.
- Schwab, Gerald, *The Day the Holocaust Began: The Odyssey of Herschel Grynszpan*, Praeger, Nueva York, 1990.
- Scott, Robert Lee, *Flying Tiger: Chennault of China*, Greenwood, Westport, Conn., 1973.
- Sebald, W. G., *On the Natural History of Destruction*, Modern Library, Nueva York, 2004.
- Sebastian, Mihail, *Journal, 1935-1944*, Ivan R. Dee, Chicago, 2000.
- Seldes, George, «The New Propaganda for War», *Harper's*, octubre de 1934.
- Shapiro, Edward S., «World War II and American Jewish Identity», *Modern Judaism* 10, n.º 1 (febrero de 1990).
- Shaw, George Bernard, «Uncommon Sense About the War», en Edward Hyams, ed., *New Statesmanship: An Anthology*, Longmans, Londres, 1963.
- Sherry, Michael S., *The Rise of American Air Power*, Yale University Press, New Haven, Conn., 1987.
- Sherwood, Robert E., *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History*, Harper and Brothers, Nueva York, 1948.
- Shirer, William L., *Berlin Diary: The Journal of a Foreign Correspondent, 1934-1941*, Penguin, Nueva York, 1979.
- , *Collapse of the Third Republic*, Simon and Schuster, Nueva York, 1969.
- , «A Peace of Sorts», en audio CD con Mark Bernstein y Alex Lubertozzi, *World War II on the Air*, Sourcebooks Media-Fusion, Naperville, Ill., 2003.
- , *The Rise and Fall of the Third Reich*, Simon and Schuster, Nueva York, 1960.
- , «This Is Berlin»: *Radio Broadcasts from Nazi Germany*, Overlook, Woodstock, N. Y., 1999.
- Sierakowiak, David, *The Diary of Dawid Sierakowiak*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.
- Simpson, A.W. Brian, *In the Highest Degree Odious: Detention Without Trial in Wartime Britain*, Clarendon, Oxford, 1992.
- Soames, Mary, *Clementine Churchill: The Biography of a Marriage*, Houghton Mifflin, Boston, 1979.
- Soames, Mary, ed., *Winston and Clementine: The Personal Letters of the Churchills*, Houghton Mifflin, Boston, 1998.

- Spaight, J. M., *Bombing Vindicated*, Bles, Londres, 1944.
- Speer, Albert, *Inside the Third Reich*, Avon, Nueva York, 1970.
- Stackelberg, Roderick, y Sally A. Winkle, *The Nazi Germany Sourcebook: An Anthology of Texts*, Routledge, Londres, 2002.
- Stafford, David, *Britain and European Resistance, 1940-1945: A Survey of the Special Operations Executive, with Documents*, University of Toronto Press, Toronto, 1980.
- , «SOE and British Involvement in the Belgrade Coup d'Etat of March 1941», *Slavic Review* 36, n.º 3 (septiembre de 1977).
- Starkey, Pat, *I Will Not Fight: Conscientious Objectors and Pacifists in the North West During the Second World War*, Liverpool University Press, Liverpool, 1992.
- Stone, Dan, *Responses to Nazism in Britain, 1933-1939*, Palgrave Mac-Millan, Londres, 2003.
- Stone, I. F., *The War Years, 1939-1945: A Nonconformist History of Our Times*, Little, Brown, Boston, 1988.
- Sydnor, Charles. *Soldiers of Destruction: The SS Death's Head Division, 1933-1945*, Princeton University Press, Princeton, N.J., 1977.
- Taylor, A. J. P., et al., *Churchill Revised: A Critical Assessment*, Dial, Nueva York, 1969.
- Taylor, Jennifer, «“Something to Make People Laugh”? Political Content in Isle of Man Internment Camp Journals, July-October 1940», en Richard Dove, ed., «*Totally Un-English*?: Britain's Internment of «Enemy Aliens» in Two World Wars, Rodopi, Amsterdam, 2005.
- Terraine, John, *A Time for Courage: The Royal Air Force in the European War, 1939-1945*, Macmillan, Nueva York, 1985.
- Thalmann, Rita, y Emmanuel Feinermann, *Crystal Night: 9-10 November 1938*, Holocaust Library, Nueva York, 1980.
- Thompson, Robert Smith, *Empires on the Pacific: World War II and the Struggle for the Mastery of Asia*, Basic Books, Nueva York, 2001.
- , *A Time for War: Franklin Delano Roosevelt and the Path to Pearl Harbor*, Prentice Hall, Nueva York, 1991.
- Thompson, R. W., *Generalissimo Churchill*, Scribner's, Nueva York, 1973.
- Thompson, Walter Henry, *Assignment: Churchill*, Farrar, Straus, and Young, Nueva York, 1955.
- Tims, Hilton, *Erich Maria Remarque: The Last Romantic*, Carroll and Graf, Nueva York, 2003.
- Toland, John, *Adolf Hitler*, vol. 2, Doubleday, Nueva York, 1976.
- Tolischus, Otto D., *They Wanted War*, Reynal and Hitchcock, Nueva York, 1940.
- Trevor-Roper, H. R., ed., *Hitler's War Directives, 1939-1945*, Sidgwick and Jackson, Londres, 1964.
- Twombly, Robert C., *Frank Lloyd Wright: His Life and Architecture*, Wiley, Nueva York, 1979.
- Tye, Larry, *The Father of Spin: Edward L. Bernays and the Birth of Public Relations*, Crown, Nueva York, 1998.
- Underwood, Jeffery S., *The Wings of Democracy: The Influence of Air Power on the Roosevelt Administration, 1933-1941*, College Station, Texas A&M University Press, 1991.
- United States Congress, House of Representatives, Committee on Foreign Affairs, *Arming of American Merchant Vessels Hearings*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1941.

- U.S. Department of State, *Foreign Relations of the United States*, Government Printing Office, Washington, D.C.
- , *Peace and War: United States Foreign Policy, 1931-1941*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1943.
- U.S. Senate Committee on Military Affairs, *Compulsory Military Training and Service Hearings*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1940.
- U.S. Senate and House of Representatives, *Admission of German Refugee Children*, Government Printing Office, Washington, D.C., 1939.
- Vassiltchikov, Marie, *Berlin Diaries, 1940-1945*, Knopf, Nueva York, 1987.
- Verrier, Anthony, *The Bomber Offensive*, Batsford, Londres, 1968.
- Vining, Elizabeth Gray, *Friend of Life: The Biography of Rufus M. Jones*, Lippincott, Filadelfia, 1958.
- Von Hassell, Ulrich, *The Von Hassell Diaries, 1938-1944*, Greenwood, Westport, Conn., 1971.
- Von Suttner, Bertha, *The Records of an Eventful Life*, vol. 1, Ginn, Boston, 1910.
- Washburn, Patrick S., *A Question of Sedition: The Federal Government's Investigation of the Black Press During World War II*, Oxford University Press, Nueva York, 1986.
- Wasserstein, Bernard, *Britain and the Jews of Europe, 1939-1945*, Clarendon, Oxford, 1979.
- Watt, Donald Cameron, *How War Came: The Immediate Origins of the Second World War*, Pantheon, Nueva York, 1989.
- Webster, Charles, y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, vols. 1 y 4, Her Majesty's Stationery Office, Londres, 1961.
- Wedemeyer, Albert C., *Wedemeyer Reports!*, Holt, Nueva York, 1958.
- Westermann, Edward B., *Flak: German Anti-aircraft Defenses, 1914-1945*, University Press of Kansas, Lawrence, Kan., 2001.
- Wheeler-Bennett, John, ed., *Action This Day: Working With Churchill*, St. Martin's, Nueva York, 1969.
- Whitby, Simon M., *Biological Warfare Against Crops*, Palgrave, Nueva York, 2002.
- Wilkinson, Greg, *Talking about Psychiatry*, RCPsych, Londres, 1993.
- Willey, Mark Emerson, *Pearl Harbor: Mother of All Conspiracies*, Xlibris, Filadelfia, Penn., 2000.
- Williams, Peter, y David Wallace, *Unit 731: Japan's Secret Biological Warfare in World War II*, Free Press, Nueva York, 1989.
- Williamson, Philip, y Edward Baldwin, *Baldwin Papers*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- Winfield, Betty Houchin, *FDR and the News Media*, University of Illinois Press, Urbana, Ill., 1990.
- Winkelkemper, Toni, «The Attack on Cologne», Randall Bytwerk, trad. *German Propaganda Archive*, www.calvin.edu/academic/cas/gpa/cologne.htm.
- Winterbotham, F. W., *The Nazi Connection*, Harper, Nueva York, 1978.
- , *The Ultra Secret*, Harper, Nueva York, 1974.
- Witte, Peter, «Two Decisions Concerning the "Final Solution to the Jewish Question"», *Holocaust and Genocide Studies* 9, 1995.
- Wittner, Lawrence S., *Rebels Against War: The American Peace Movement, 1941-1960*, Columbia University Press, Nueva York, 1969.
- Women's International League for Peace and Freedom, «From a Letter from Camp de Gurs, South France»,

www.wilpf.int.ch/history/1941.doc.

Wooley, John T., y Gerhard Peters, *The American Presidency Project*, University of California, Santa Barbara, www.presidency.ucsb.edu.

Wyman, David S., *Paper Walls: America and the Refugee Crisis, 1938-1941*, University of Massachusetts Press, Amherst, 1968.

Yad Vashem, «Lichtenberg, Bernhard», en *The Righteous Among Nations*, www.yadvashem.org.

Yale Law School, *The Avalon Project*, www.yale.edu/lawweb/avalon/avalon.htm.

Zinn, Howard, *Passionate Declarations*, Perennial, Nueva York, 2003.

Zweig, Stefan, *The World of Yesterday*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1964.

Índice alfabético

Aaronson, Shlomo, historiador
Abe, Yoshimune, obispo
Abend, Hallett, corresponsal en China
Abigail, Plan
Academia Norteamericana de Ciencias
Políticas y Sociales
Action, periódico fascista británico, aeronáutica, industria
African Explosives
Agar, Herbert
Agencia Central de Inteligencia (CIA)
Agencia Judía para Palestina
Agencia Telegráfica Judía
Agustín, san
Ajax, buque de guerra británico
Alaska
Albania
Alejandro Magno
Alemania
 antisemitismo en
 inflación en
 judíos en
 pacto con Stalin
 inicio de la Segunda Guerra Mundial
 invasión de Rusia
 campaña Socorro Invernal en Rusia
 véase *también* deportaciones de judíos Aleutianas, islas
Ali, Rashid
Alianza de Sociedades Patrióticas
Allen, Robert S.
Alsacia-Lorena, cesión de
Amberes, judíos en
Angell, Homer, congresista
Angriff, Der, periódico de Goebbels

antisemitismo
periódicos antisemitas
Antonescu, Ion, primer ministro rumano
ántrax, proyecto de ataques con
armamento, industria de
Armstrong Siddeley, fábrica de aviones
Arnhold, Hans o Heinrich, banquero
Arnold, Henry «Hap», general
Asahi Shimbun, periódico de Tokio
Askania, compañía alemana
Asociación Conservadora británica
Asociación Cristiana de Hombres Jóvenes
Asociación de Directores Técnicos de Hollywood
Asociación de Política Exterior de Estados Unidos
Associated Press
Athenia, hundimiento del barco de pasajeros
Attlee, Clement
Attolio, Bernardo, embajador italiano
Auden, Wystan, poeta
Auerswald, Heinz, comisionado nazi de Varsovia
Auschwitz, campo de concentración de
Australia
Austria-Hungría, declaración de guerra contra
aviones alemanes
 Heinkel
 Junkers
 Messerschmitt
 Stukas
aviones aliados
 bombarderos B-17
 bombarderos B-24 Liberators
 bombarderos de ataque Northrop Douglas
 bombarderos Fortaleza B-17C
 bombarderos Hudson
 bombarderos Martin B-10
 bombarderos Wellington
 bombarderos Whitley de la RAF
transportes-bombarderos Lockheed Modelo 14

Babi Yar, cañada de, en Kíev, fusilamientos en
Baeck, Leo, rabino
Bagdad
Baldwin, Hanson
Baldwin, Stanley, primer ministro británico
Banse, Ewald: *Wehrwissenschaft*
Barkley, Alben, senador
Barnes, Joe
Barr, Julius
Bartholomew, Harry «Bart»
Baruch, Bernard
Basilea, bombardeo de
Battle, George Gordon
Baudouin, Paul
Baukhage, H. R., corresponsal
Beaton, Cecil
Beaverbrook, lord Max
Beck, Józef, coronel, ministro de Exteriores polaco
Beck, Ludwig, general
Bélgica, invasión alemana de
Bell, George, obispo de Chichester
Belzec (Polonia), campo de exterminio de
Ben Gurión, David
Benedict, Donald
Benny, Jack
Benusson-Butt, David
Berchtesgaden, cuartel de Hitler en
Berg, Mary, judía del gueto de Varsovia
Beria, Lavrenti, director de la policía secreta
Berlín
 Cancillería del Reich en
 Academia de las Artes de
 bombardeos de la RAF sobre
 bombardeos soviéticos sobre
 población judía en
 disolución de la Asociación Cultural Judía
 Berliner, Cora
 Bernays, Edward
Bevin, Ernest, ministro de Trabajo
Bhave, Vinoba

Biddle, fiscal general
Billingham, Anthony
Birchall, Frederick, corresponsal
Birmingham, bombardeo de
Black, William Harman, juez
Blake, Howard, doctor
Blaskowitz, Johannes, general
bloqueo británico
Blumentritt, ayudante militar
BMW, empresa
Boeing Corporation
Bojer, Johan, novelista
bolchevismo
bomba de uranio
Bonger, Willem
Boothe, Clare, periodista
Bormann, Martin
Borodianska-Knish, Elena Efimovna
Bouhler, Philip
Brack, Viktor
Brandt, Karl, médico personal de Hitler
Brauchitsch, Walther von, general
Braunstein, Baruch, rabino
Brecht, Bertolt
Breiting, Richard, editor
Breitman, Richard, historiador
Bremen
 bombardeo de la RAF de
 deportaciones de judíos de
Brenan, Gerald, escritor
Brest, bombardeos de la RAF en
Brittain, Vera, novelista
 Letter to Peace Lovers
Brock, Otto
Brock, Ray, periodista
Brooke, Alan, general
Browder, Earl, líder comunista de Estados Unidos
Brown, Runham
Brüning, Heinrich, canceller
Brunswick, bombardeo de

Bucarest, antisemitismo en
Buchenwald, campo de concentración de
Buffum, David, cónsul estadounidense
Bullit, William, embajador en Francia
Burckhardt, aristócrata
Burger, Frau, de la Gestapo
Burgess, Guy
Burke, Edward R., senador
Bush, Vannevar, científico bélico

Cadbury, Emma
Cadogan, sir Alexander, subsecretario
Calais, tropas británicas en
Califano, Michael, pintor
 La ignominia del siglo xx
Campbell, Arthur
Canadá
Cannon, Chips
Cantor, Eddie
Carta del Atlántico
Carter, George, navegante británico
Cartland, Ronald, diputado
CBS Radio
Cech, lord Hugh, diputado
Centro Cuáquero de Berlín
César, Julio
Chalmers, Allan Knight
Chamberlain, Neville, primer ministro
 declaración de guerra
 dimisión de
 entierro de
Chamberlin, William Henry, escritor
Chamier, J. A., teniente coronel de la RAF
Chandler, Walter, congresista
Channon, Henry «Chips», diputado conservador
Chatauqua, festival de
Checoslovaquia, conquista alemana de
Chelmno, campo de concentración de
Chennault, Claire «Leatherface», coronel

Cherwell, lord

Chiang Kai-shek, general

Chile

China

- guerra contra Japón

- compra de armas

- peste bubónica propiciada por los japoneses

- ayuda militar de Estados Unidos

China Defense Supplies

Church, Samuel Harden, doctor

Churchill, Clementine

Churchill, Mary, hija de Winston

Churchill, Randolph

Churchill, Winston

- primer lord del Almirantazgo

- secretario de Estado para la Guerra

- y la RAF

- ministro de Hacienda

- conferencias de

- artículos de

- como primer ministro y ministro de Defensa

- discursos

- sobre los bombardeos a Alemania

- y el envío de alimentos a Europa

- y la ayuda militar de Estados Unidos

- y la revolución en Yugoslavia

- y la llegada de Hess a Escocia

- y la invasión alemana de Rusia

- y Hitler

- y Roosevelt

- visita a Coventry

- y las matanzas de rehenes franceses

- implantación del servicio militar obligatorio

- y el ataque japonés a Pearl Harbor

- declaración de guerra a Japón

- en Estados Unidos

- discurso en Ottawa

- «How to Stop War»

- «Leon Trotsky, alias Bronstein»

- The Aftermath*

Grandes contemporáneos

Ciano, conde Galeazzo, ministro de Exteriores

Clark, William F., juez

Clayton, Aileen, oficial de inteligencia

Club de Mujeres Norteamericanas

Coffin, Henry Sloane

Cohan, George M.

Colegio Alemán de la Guerra

Coles, Vernon

Colonia, bombardeos británicos de

Colville, John

secretario de Chamberlain

secretario de Churchill

Comisión de Control de Enfermedades en Francia

Comité América Primero

Comité Conjunto Judío de Distribución

Comité de Coordinación de Voluntarios

Comité de Defensa del Gabinete de Guerra

Comité de Investigación de la Defensa Nacional

Comité de Lucha por la Libertad

Comité de Servicio de los Amigos Norteamericanos

Comité del Congreso Panindio

Comité Intergubernamental de Londres

Comité Judío Americano

Comité Obrero Judío

Comité Pacifista Unido

Comité para Alimentar a las Democracias Pequeñas

Commonweal

Conant, James

Conferencia Mundial de la Paz en Berna (1892)

Conferencia Patriótica de Mujeres sobre Defensa Nacional

Congreso de Escritores Norteamericanos en Nueva York

Congreso de Mantened a América Fuera de la Guerra

Congreso Judío Norteamericano

Congreso Mundial Judío

Consejo Asesor sobre el Bienestar de los Refugiados

Consejo Contra la Intolerancia en Estados Unidos

Consejo Federal de las Iglesias

Consejo Nacional de Mujeres Judías

Consejo Nacional para la Prevención de la Guerra

Constitución de Estados Unidos
Cooper, Duff, ministro de Información
Copérnico, Nicolás
Corcoran, Thomas
Couling, Margaret
Courtenay, William
Coventry, bombardeo alemán de
Cowles, Virginia, escritora
Cracovia
Cruz Roja
cuáqueros
Cudahy, John, periodista
Cudlipp, Hugh, director del *Pictorial*
Currie, Lauchlin
Curtiss-Wright
Cusick, Peter
Cuza, Alexander, ministro rumano
Cvetkovitch, Dragisha, primer ministro yugoslavo
Czerniakow, Adam

Dachau, campo de concentración de
Dahlerus, Birger
Daily Mail, periódico
Daily Mirror
Daily Worker
Danaher, John
Daniell, Raymond, corresponsal
Darwin, Charles, nieto del naturalista
Davies, Rhys
Day, Dorothy
Dellinger, David
Delmer, Sefton, locutor de la BBC
Departamento de Estado
 Junta de Control de Municiones del
Departamento de Guerra
derechos civiles, suspensión de
Detzer, Dorothy
Dewey, Thomas E.
Dill, John, general

Dinamarca
Dodds, Harold
Dominicana, República
Donovan, William J. «Wild Bill»
Doolittle, James, mayor
Dowding, Hugh
Dreiser, Theodore
Dresde, bombardeos de la RAF sobre
Drysdale, coronel
Duffield, Eugene
Dulles, Allen W.
Dunkerque, retirada británica en
Dupont, fábrica de municiones
Duranty, Walter, periodista
Düsseldorf, bombardeo de
deportaciones de judíos en

Eade, director del *Sunday Dispatch*
Early, Stephen, secretario de Prensa
Edelstein, Michael, congresista
Eden, Anthony, secretario de Asuntos Exteriores
Egipto
Eichmann, Adolf
Einstein, Albert
Elser, y el atentado contra Hitler en la cervecería
Emergency Peace Campaign
Engelbrecht, H.C.: *Mercaderes de la muerte*
Engels, Friedrich
Erlinger, doctor de la Gestapo
Escuela Técnica del Cuerpo Aéreo de Estados Unidos
España
expulsión de los judíos en
guerra civil en
posible entrada en la guerra mundial
Essen, bombardeos de
Estados Unidos
y la Primera Guerra Mundial
Hitler
Ley de Recuperación Nacional

cupo de inmigrantes judíos
posible entrada en la guerra
movimientos pacifistas en
ayuda militar a Gran Bretaña
aumento de la tensión con Japón
producción de aviones
ataque alemán a un barco de
ataque japonés a Pearl Harbor
detención de japoneses en
declaración de guerra a Japón
véase también Ley de Préstamo y Arriendo
Estados Unidos de África, proyecto de los
Etiopía, invasión italiana de
Evening Standard
Evian, Conferencia de

Farben, fábrica de municiones I. G.
fascismo italiano
FBI
Federico el Grande
Feuchtwanger, Lion, novelista
Fielding, Thomas, historiador
Filipinas, invasión japonesa de
FitzGibbon, Catherine
Fondo de lord Baldwin para refugiados
Ford, Henry
Ford, Henry: *The Eternal Jew*
Fortune, revista
Fosdick, Harry Emerson, reverendo
Francia
redadas de alemanes en
invasión alemana de
capitulación de
deportaciones de judíos en
Frank, Hans, gobernador general de Polonia
Frankfurter, Frank
Frankfurter Zeitung
Fred, Edwin B., doctor
Frisch, Otto

Fuller, Samuel
Furtmueller, Carl

Galen, Clemens von, cardenal
Gandhi, Mohandas K.
 campaña de desobediencia civil
 carta a Hitler
 sobre la entrada de Estados Unidos en
 la guerra
 viaje a Inglaterra
Garnett, David, oficial británico y escritor
gas mostaza
Gaulle, Charles de, general
General Motors
Génova, bombardeo británico de
Gensoul, almirante
George, Manfred
Germany Must Perish
Gestapo
Gibson, John, diputado
Gilbert, Martin: *Churchill War Papers*
Ginsberg, Solomon
Giornale d'Italia
gitanos, deportaciones de
Glass, Carter, senador
Globocnik, Otto, dirigente de las SS
Goebbels, Joseph
 diario-novela *Michael*
 ministro de Propaganda
Goldman, Emma
Goldmann, Nahum, doctor
Goldstein, Herbert S., rabino
Goldstein, Sidney, rabino
Göring, Hermann, ministro de Aviación
Gort, lord
Gran Bretaña
 fascistas de
 y el programa de Préstamo y Arriendo
 defensa civil de

fabricación de armas en
Ley de Servicio Nacional
fábricas de armamentos en
declaración de guerra a Japón
Grecia, invasión de
Greenberg, Hayim
Greenwood, Arthur
Greer, destructor estadounidense
Grew, Joseph, embajador en Tokio
Grolsch, Adam
Groscurth, Helmuth, general
Grynszpan, Herschel
Grynszpan, Sendel
Guam, isla de
Guayana Británica
Guernica, bombardeo de (1937)
 Guerra Mundial, Primera
 solicitud de armisticio alemán
 según Churchill
Guillermo II, emperador
Gunther, John, corresponsal de guerra
 El drama de Europa

Haganah, grupo paramilitar judío
Haifa, en Palestina, deportación de judíos desde
Hailé Selassié, emperador de Etiopía
Haití
 insurrección en
Haldane, Aylmer, comandante británico
Halder, Franz, general
Halifax, lady
Halifax, lord
 como embajador en Estados Unidos
hambrunas, períodos de
Hamburgo, bombardeo de la RAF de
Hammett, Dashiell
Hanfstaengel, Ernst
Hankey, lord
 Hannover, bombardeo de la RAF de

redadas de judíos en
Harijan, semanario
Harmsworth, Esmond
Harper's Magazine
Harriman, Averell
Harris, Arthur «Bomber», de la RAF
Hartheim, matanza en el castillo de (1940)
Harvard, Universidad de: Junta de Supervisores de
Hassell, Ulrich von, conspirador antinazi
Hawai, islas
Hayes, Helen, actriz
Healiss, Ronald
Heanley, fotógrafo de prensa
Heard, Gerald
Heine, Heinrich
Heinkel, compañía
Henderson, Nevile, intermediario, -
Henry-Haye, Gaston, embajador francés
Herald Tribune
Herling, Albert
Herman, Lillian
Hermandad de la Reconciliación
Hertzberg, Sidney
Hess, Rudolf
 vuelo a Escocia
Heydrich, Reinhard
Hijas de la Revolución Norteamericana
Hillesum, Etty
Himmler, Heinrich
Hiro-Hito, emperador
Hirschfeld, Hans
Hitler, Adolf
 antisemitismo de
 victoria electoral
 y el incendio del Reichstag
 sobre el papel de Alemania
 en la Cancillería del Reich
 y la conquista de Checoslovaquia
 sobre Churchill
 y Polonia

y Roosevelt
discurso en Danzig
atentado en la cervecería Burgerbrau
visita a París
discursos de
desestima la invasión de las islas Británicas
carta de Gandhi
y la revolución en Yugoslavia
entrevista con el periodista estadounidense Cudahy
sobre la desaparición de los judíos
sobre el desarrollo de la guerra en
Rusia

Mi lucha

Hoare, sir Samuel, secretario del Interior
Hobson, Henry, obispo episcopaliano
Hoffman, Isadore B., rabino
Holanda, invasión alemana de
Holmes, Walter, reportero
Holmes, John Haynes, predicador
Hoover, Herbert, presidente
Hoover, J. Edgar, director del FBI
Hopkins, Harry L.
Höppner, Rolf-Heinz, administrador de las SS en Poznań
Höss, Rudolph, comandante de Auschwitz
Houser, George
Hu Shih, embajador chino
Hull, Cordell, secretario de Estado
Hungría: declaración de guerra a Rusia
Huxley, Aldous
El fin y los medios
Hyman, Joseph C.

Ickes, Harold, secretario de Interior
Iglesia de Inglaterra
Iglesia de la Comunidad
Imperial Chemical Industries (ICI)
Independent, periódico
India
Indochina, invasión japonesa de

Inglaterra

véase también Gran Bretaña

Instituto Británico de la Opinión Pública

Instituto del Hierro y el Acero

Irak, ofensiva británica en

Irlanda, hambruna en

Ironside, Edmund «Tiny», general

Irwin, lord, virrey de la India

Isherwood, Christopher, escritor

Islandia, tropas estadounidenses en

Ismay, Hastings, general

Israel, Wilfrid

Italia

anexión de Etiopía

entrada en la guerra de

Japan Advertiser

Japan Times Advertiser

Japón

conflicto con China

guerra con Estados Unidos

guerra económica con

Ministerio de Asuntos Exteriores

véase también Pearl Harbor

JB 335, plan de ayuda militar a China

Jeckeln, Friedrich, oficial de las SS

Jeschonnek, Hans, jefe de Estado Mayor de la Luftwaffe

Jewett, Frank

Jewish Frontier, periódico sionista, Joad, Cyril, filósofo

Journey Through the War Mind

Johnson, Ernest

Johnson, Ken «Snakehips»

Johnson, Philip

Jones Rufus

Jones, Paul, obispo

Jones, Stanley, teólogo

Jouett, Jack, coronel

judaísmo internacional

judíos

ataques contra los
deportaciones de , , ,
exterminio en masa de
Hitler y los
Jüdisches Nachrichtenblatt, periódico
Juegos Olímpicos de Berlín (1936)
Junkers Aviation
Juventudes Hitlerianas

Kagawa, doctor Toyohiko, pacifista
Kerbala, ciudad santa de
Kasai, Jiuji
Kato, Kenji, almirante
Kaufman, George S.
Kaufman, Theodore
Kaufmann, Karl
Kawasaki Aircraft Company
Keller, Helen
Kennedy, Joseph P.
Kerenski, Alexander, líder socialista
Kersten, Felix
Kindelberger, James
King, Cecil, editor
Kirchwey, Freda
Kirkjian, Ernest J.
Klemperer, Victor
KLV, programa de evacuación rural alemán
Knox, Frank, secretario de la Armada
Knudsen, William
Koichi, Shiozawa, almirante
Kong, H. H., primer ministro
Konovalov, Iván Ivánovich
Korach, Inge
Korber, Miriam, refugiada judía, Kraus, Ezra
Kristallnacht (Noche de los Cristales Rotos)
Krupp, fábricas de armas
Kuhn, Ferdinand, periodista
Kuhn, Rita
Kun, Béla

Kurusu, Saburo

LaGuardia, Fiorello, alcalde de Nueva York

Laidlaw, Harriet

Laithwaite, sir Gilbert

Landesberg, prisión de

Lansbury, George, líder laborista

Laval, Pierre

Lavoro Fascista, II

Lawrence, Reginald, autor teatral

Lee, Raymond E., general

Legión Cóndor

Lehman, Herbert, gobernador

Leith Ross, sir Frederick

Lemp, Fritz-Julius, comandante de un submarino

Lenin, Vladímir Ilich Uliánov

Leningrado, sitio de

leninismo

Leonard, Royal

Lester, Muriel

Ley de Extranjeros y Sediciosos de Estados Unidos

Ley de Instrucción y Servicio Militar Obligatorio de Estados Unidos

Ley de Neutralidad de Estados Unidos

Ley de Préstamo y Arriendo

Proyecto de

cargamentos de comida del programa

Ley, Willy: *Bombs and Bombing*

Libby, Frederick J.

Lichtenberg, Bernhard, reverendo

Life, revista

Liga de Escritores Americanos

Liga de Hollywood contra la Guerra

Liga de la Armada de Estados Unidos

Liga de Resistencia a la Guerra

Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad

Liga Socialista de la Juventud

Lilienthal, David

Lindbergh, Charles

Lindemann, profesor

Linlithgow, lord, virrey de la India
Lipsett, Alexander S., economista
 Famine Stalks Europe
Lipski, Josef, embajador polaco
Lischka, doctor de la Gestapo
Lituania
Llamamiento Judío Unido por los Refugiados y las Necesidades de Ultramar
Lloyd George, David
Lockheed, fábrica
 aviones
Lodge, Henry Cabot
Łódź, gueto de
Loeb, Walter
Lohmann, coronel de la Luftwaffe
London, Jack
London, Meyer, congresista
Londres, bombardeos sobre
Long Island Light Company
Loraine, Percy, embajador británico en Italia
Lorient (Francia), bombardeos de la RAF en
Lothian, lord, embajador británico
Louis, Joe, boxeador
Lubbe, Marinus van der, y el incendio del Reichstag
Lublin (Polonia), matanza de judíos en
Lucha por la Libertad, grupo
Ludlow, Louis
Ludwig, Emil
Luftwaffe
Luxemburg, Rosa
Lytton, lord

Mabuchi, Hayto, coronel
MacArthur, Douglas, general
Macaulay: *Lays of Ancient Rome*
MacDonald, Ramsay, primer ministro
MacLeon, Moyra
MacNeice, Louis, poeta
Madagascar, plan de la isla
Magdeburgo, bombardeo de

Maginot, línea
Makale (Etiopía), batalla de
Man, isla de, campo de detención de Mooragh en
Manchester
Manchester Guardian, The
Mandelbaum, juez
Mann, Katia
Mann, Thomas
Mannheim, bombardeos de la RAF sobre
Mark I, bomba
Marshall, George, jefe del Estado Mayor del Ejército
Martin, Jackie, fotógrafa
Martin, John
Marx, Karl
Mattern, Jimmy, piloto
Mattner, Walter, secretario de la policía de Viena
Maud, Informe
Mauricio, isla
Mayer, Milton, escritor
McDonald, James G.
McDowell, Mary
McGowan, sir Harry
Meidzinski, coronel
Menzies, Robert, primer ministro de Australia
Merman, Ethel
Messel, Rudolf
Messersmith, George, subsecretario de Estado
MI-5, departamento de contraespionaje
Midway, isla de
Milán, bombardeo británico de
Milch, Erhard, ministro de Aviación
Ministerio de Asuntos Exteriores británico
Ministerio de Economía de Guerra británico
Ministerio de Información británico
Ministerio de Propaganda alemán
Ministerio del Aire británico
Minsk, bombardeo alemán de
Minsk, fusilamiento de judíos en
Minzberg, diputado polaco
Mirabehn, Madeleine

Miranda, Carmen
MIT (Instituto de Tecnología de Massachusetts)
Mogilev, matanza de
Molotov, Viacheslav, ministro de Exteriores
Moltke, Helmuth James von, abogado
Mongiore, Angelo
Mooragh, campo de detención de, en la isla de Man
Moran, lord, médico
Morgenthau, Henry, secretario del Tesoro
Morgenthau hijo, Henry
Morrison, Herbert, ministro de Seguridad Interior
Morton, Desmond
Moscú
Mosley, sir Oswald, líder fascista británico
Movilización Americana por la Paz
Movimiento Nacional de Trabajadores Parados de Gran Bretaña
Mowrer, Edgar, periodista
 Germany Puts the Clock Back, Mowrer, Lilian
Mumford, Philip S., capitán
Munich, acuerdos de
Munich, bombardeo de la RAF de
Munster, bombardeo de
Murray, Gilbert
Murrow, Edward R., periodista de CBS Radio
Music Box Theater de Nueva York
Mussolini, Benito
Muste, Abraham J., reverendo

Naeve, Lowell
Nankín, asedio japonés de
Nantes, asesinato del comandante local de
Napoleón
Naranja, Plan Básico de Guerra
Nation, The
Nayaf, ciudad santa de
NBC Radio
Nebe, Arthur, comandante de las SS
negros, empleo en las plantas de defensa
Nehru, Jawaharlal, presidente del Congreso de la India

New Statesman
New York Times, The
Newall, mariscal del aire
News of the World
Nicaragua, insurrección en
Nichi Nichi, periódico
Nichols, Dudley
Nickel, nombre del bombardeo con octavillas
Nicolson, Harold, subsecretario de In-
formación
Niggeman, Elvira
Nobel, Alfred
Noche de los Cristales Rotos, véase Kristallnacht
Nomura, Kichisaburo, almirante
Norris, George W., senador
North American Aviation
Noruega, invasión alemana de
Nuer at Dengkur, pirámide sagrada de, en el Sudán
Nuremberg, bombardeos británicos sobre

O'Day, Caroline, congresista
Observatorio de la Masa, servicio de sondeos británico
Odets, Clifford
Oficina Científica Central británica
Oficina de Servicios Estratégicos
Oficina del Reich para la Emigración Judía
Ohlendorf, Otto
Olinda, carguero alemán
Operación Agua Fría, plan de represalias británico
Operación León Marino
Operación Sonata al Claro de Luna, de la Luftwaffe
Operación Strafgericht
Operación Vegetariano
oro, patrón

Pablo, príncipe
Pacelli, cardenal, futuro Pío XII, papa
Pacífico, guerra en el

pacifismo
Pacto de Acero, entre Italia y Alemania
Pacto Tripartito, entre Alemania, Italia y Japón
Países Bajos, caída de los
Palestina
 emigración de judíos a
Pan Am Airways
Panter-Downs, Molli, corresponsal
París
 Hitler en
 detención de judíos en
Parker, Dorothy, dramaturgo
Partido Comunista de Estados Unidos
Partido Comunista de Inglaterra
Partido del Centro alemán (Zentrum)
Partido del Sufragio Femenino
Partido Demócrata
Partido Laborista británico
Partido Nacional-socialista Obrero Alemán (Partido Nazi)
Partido Socialista Obrero estadounidense
Partridge, Frances
Patria, hundimiento en Haifa del
Peace Pledge Union
Peal Harbor, base naval de
 visita de Roosevelt
 ataque japonés a
Pearson, Drew
Pease, Frank, mayor
Pedro II, rey de Yugoslavia
Peierls, Rudolf
Peirse, sir Richard, mariscal del Aire
Perkins, Milo
Perutz, Max
Pétain, Philippe, mariscal
Petrescu, Camil
Pfuel, C. C. von
Phillips, William
Pickett, Clarence, cuáquero
Pío XI, papa
Pío XII, papa

Pirandello, Luigi

Polonia

disturbios en

población judía en

invasión alemana de

véase también Łódź, gueto de; Varsovia, gueto de

Ponsonby, barón de: *Falsehood in Wartime*

Poole, De Sola, rabino

Portal, Charles «Peter», jefe de la RAF

Porter, general

Post, Robert, periodista

Pratt and Whitney

President Hoover, barco

Prince of Wales, hundimiento del

Pritt, D. N., diputado

Prutzmann, Hans-Adolf, dirigente de las SS

Quesada, Pete

Quisling, Vidkun, líder noruego

qutaibi, tribu

Rablin, Andrzej, preso en Auschwitz

Radom, gueto judío de

Randolph, Philip

Rankin, Jeannette, congresista

Rankin, John

Rappaport, Stan

Rascoe, Burton

Rath, Ernst vom

Rathenau, Walter, ministro de Exteriores

Rayburn, Sam

Raymon, Allen, periodista

refugiados judíos alemanes

refugios antiaéreos

Reichstag

incendio del (1933)

bombardeo de la RAF

Remarque, Erich Maria

Sin novedad en el frente

Reston, James, corresponsal
Revolución francesa
Reynolds, Quentin, periodista
Ribbentrop, Joachim von, ministro de Exteriores
Richardson, James O., almirante
Richter, Julius
Riga, gueto judío de
Robertson, Douglas, periodista
Robeson, Paul
Robinson, Bill «Bojangles»
Rogers, Edith Nourse
Röhm, Ernst
Rolls-Royce, fábrica
Roma, posible bombardeo de
Romero, Lucien
Roosevelt, Eleanor
Roosevelt, Franklin Delano
 subsecretario de la Armada
 y los judíos
 New Deal
 visita a Pearl Harbor
 y Hitler
 carta a varios gobiernos
 y la Ley del Servicio Militar Obligatorio
 sobre la entrada de Estados Unidos en la guerra
 y el suministro de alimentos a Europa
 discursos de
 y el empleo de negros en plantas de defensa
 sobre las estrategias de bombardeo
 y Churchill
 muerte de su madre
 discurso de «ver y disparar»
 sobre los planes de guerra
Roosevelt, James, hijo del presidente
Rosenberg, Alfred
Rosenman, Samuel
Rosenwald, Lessing
Rossetti, Dante Gabriel
Rosten, Leo

Rothermere, lord, editor
Rotterdam, invasión alemana de
Royal Air Force (RAF)
acusación de arrojar sacos de escarabajos de la patata
bombardeos de la
bombardeos lanzadera
lanzamientos de octavillas en Alemania
Ruhr, cuenca del
Rumanía: antisemitismo en
Rumpf, Hans, ingeniero
Runcol, fábrica de gas mostaza
Rusia, invasión alemana de

Sachsenhausen, campo de concentración de
Sackville-West, Vita
Sandys, Duncan, diputado y yerno de Churchill
Santo Domingo
Satterthwait, Arnold
Sayre, John Nevin
Scapa Flow, base naval de
Schacht, Hjalmar
Schacht, jefe del banco alemán
Scheidemann, Philipp, líder socialista alemán
Schirach, Baldur von, líder nazi en Viena
Schmeling, Max, boxeador
Schmidt, general
Schneider, compañía de armas francesa
Schoenfeld, Howard
Schurz, Carl
Schuschnigg, Kurt von, canceller
Schwarze Korps, Das, periódico
Scotland Yard, Departamento de Investigación Criminal de
Sebastian, Mihail, escritor judío
Seldes, George, periodista
Senado de Estados Unidos
Comité para Asuntos Militares del
Comité de Relaciones Exteriores del
Servicio de Inteligencia británico
Servicio de Guerra Química, Seversky, Alexander, piloto

Seversky, fábrica de aviones
Shanghai
Shaw, George Bernard, Sheaburn, Mary, secretaria de Churchill
Sherwood, Robert
Shirer, William, periodista
Sierakowiak, David, Sifton, Carrie
Simovitch, Dusan, general
Sinagoga Libre
Sinclair, sir Archibald, secretario de Estado para el Aire, Sinclair, Upton
Singapur
sionistas, organizaciones
Sloan, Alfred
Smart, comandante
Smith-Hutton, Henri, coronel
Sociedad de Naciones
 Asamblea de la
 Hailé Selassié en, Sociedad Judía de Ayuda a los Emigrantes
Solomon, Charles
Solución Final para los judíos
Somerville, lord, almirante
Soong, T. V., Sorensen, Reginald
Spaight, James
Speer, Albert, arquitecto de Hitler
Sperrle, Hugo
Sperry Corporation
SS, tropas de las
 Einsatzgruppen
Stahl, Peter, aviador
Stalin, Iósiv
 pacto con Hitler
 y la invasión de Alemania
 y Churchill
 deportación a Siberia de los alemanes del Volga
Standley, almirante
Stark, almirante
Stieff, Helmuth, teniente coronel, Stimson, Henry, secretario de Guerra
Stinnes, especulador
Stöhr, Hermann, doctor
Stokes, Richard, diputado
Stone, I. F., periodista

Strabolgi, lord
Streicher, Julius
Struma, buque de refugiados
Stürmer, Der, periódico
Stuttgart Courier
submarinos alemanes
Suesser, Otto
sufragista, movimiento
Sulzberger, C. L., corresponsal
Sunday Evening Post
Sunday Pictorial
Suttner, Bertha von: ¡*Abajo las armas!*
Sylt, ataque a la isla de
Szoszkies, Henry, doctor

T-4 programa eutanásico
Taber, Louis
Tachikawa Aircraft Company
Tailandia
Tanaka, Kunishiga, general
Tanganyika
Taylor, John Thomas, coronel
Taylor, Mary
Taylor, Myron
Tenenbaum, Joseph
Thomas, Norman
Thompson, Dorothy
Thyssen, Fritz
Time, revista
Time and Tide
Times, de Londres
Timoshenko, general
Tiverton, mayor
Tojo, Hideki, primer ministro
Tokio, simulacros de ataque aéreo en
Tolischus, Otto, periodista
Tomara, Sonia, periodista
Torquemada, inquisidor
Tours (Francia)

Trenchard, Hugh «Boom», jefe de la RAF
Trotski, Liev
trotskistas
Trujillo, Rafael, presidente dominicano
Truman, Harry S., senador
Turín, bombardeo británico de
Tuttle, Geoffrey, comandante de la RAF

Ucrania
Udet, Ernst, piloto alemán
suicidio de
Unger, Walther
Unidad Aérea Especial en China
Unión Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía
Unión del Compromiso de Paz
Unión Soviética
y Hitler
véase también Rusia
Union Theological Seminary
United Press
United States News, revista
Universal Pictures: *Sin novedad en el frente*
Universidad Hebrea de Jerusalén
Urs, campo de concentración francés de

Valery, Bernard, periodista
Varsovia
 bombardeo de
 gueto de
Vassiltchikov, Marie, refugiada rusa en Berlín
Vaticano
Veizsäcker, Ernest von
Versalles, tratado de
Vichy, gobierno de
Vickers, empresa británica
Victoria, Programa
Viena
Villard, Oswald Garrison, periodista

Vladivostok, bases aéreas de
Völkischer Beobachter, periódico nacionalsocialista
Von Schaumburg, general
Voss, Hermann, profesor

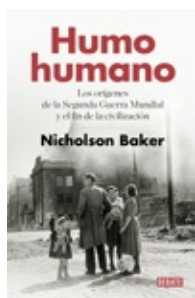
Wagner, Robert, senador, Wake, isla de
Wallop, Nether
Walton, George
Wannsee, conferencia de
Warburg, Felix, banquero
Warner, Sylvia Townswend, escritora
Watkins, Fred
Wavell, Archibald, general
Wedemeyer, Albert C., comandante
Weekly Dispatch
Wehrmacht
Weimar, régimen de
Well, H. G.
Welles, Orson
Welles, Sumner, subsecretario de Estado
Welsh, juez
Wendland, coronel
Werfel, poeta
Westervelt, George
Weygand, Maxime
Wheeler, Burton, senador
White, Walter
White, William Allen
Wichita, barco mercante
Willkie, Wendell
Wilson, Charles E., presidente de General Motors
Wilson, Lyle, periodista
Wilson, Woodrow, presidente
Winant, John
Windmann, químico forense
Winterbotham, Frederick, espía británico
Winterton, lord
Wise, Stephen, rabino, Wittkowski, Victor
Woodring, Harry, secretario de la Guerra

Woodward, Clark H., contraalmirante
Woolton, lord, ministro de Alimentación
Wren, sir Christopher
Wright, Frank Lloyd, arquitecto, Wright, Richard
Wright, T. P.
Württemberg, evacuación de judíos de
Wyndham, John

Yarnall, Robert
yihad
Yugoslavia, golpe de Estado en

Zamenhof, Adam
Zanetti, Enrique, coronel
Zhukov, general
Zinóviev, Grigori, líder comunista
Zweig, Stefan, escritor
Jeremías

Un libro inolvidable que tendrá un profundo efecto sobre nuestra visión de los acontecimientos históricos que culminaron en la Segunda Guerra Mundial y que contiene un sentido lamento por la irreparable pérdida que la humanidad se ha causado a sí misma.



No es fácil aplicar una luz distinta a acontecimientos muy conocidos, pero eso es lo que logra Nicholson Baker en esta extraordinaria historia de los orígenes de la Segunda Guerra Mundial. A partir de fragmentos extraídos de periódicos y revistas de la época, discursos radiofónicos, panfletos, diarios y libros de memorias, entre otras fuentes, ordenados cronológicamente, Baker crea un mosaico de momentos decisivos, de barbarie, sufrimiento y compasión, de iluminadores destellos sobre escenas cotidianas e históricas.

Una obra coral que, setenta años después, nos deja oír las voces de los líderes políticos y sus opositores, escritores, periodistas, militares y pacifistas, testimonios que ilustran de manera conmovedora el imparable y horrible avance hacia la guerra global y el holocausto.

Elogiado por la crítica y los lectores por su capacidad de observación y su límpida prosa, Baker ha creado una narración que se desarrolla elegante, trágica y convincentemente.

Reseñas:

«Este libro absolutamente extraordinario -imposible de abandonar, imposible de olvidar- podría convertirse en el argumento más convincente en favor de la paz

jamás construido. Este inventario meticulosamente seleccionado por Nicholson Baker muestra con asombroso y fascinante detalle el imparable descenso de la humanidad hacia la locura de la guerra.»

Simon Winchester

«Lentamente, a medida que lees, como consecuencia de la variedad en el tono y de la naturaleza trágica o terrible de la cita, así como de lo certero de su elección, *Humo humano* se vuelve apasionante y fascinante. Sin embargo, las cuestiones que Baker quiere plantear y el descarnado estilo que emplea para hacerlo, hacen de su libro una contribución seria y convencida al debate sobre el pacifismo. Ha creado un apasionante y elocuente ataque a la idea de que la elección deliberada de objetivos civiles pueda estar nunca justificada.»

Colm Tóibín, *The New York Times*

«Baker se vuelve especialmente interesante y provocativo al intentar demostrar que los terribles horrores del nazismo reafirman la postura pacifista.»

Piers Brendon, *The Guardian*

«Un libro que me ha encantado. Fascinante, sobrecogedor, instructivo, apasionante.»

A.C. Grayling, *The Times*

«Un fascinante y audaz experimento histórico literario, hay que aplaudir la originalidad y sutileza de su enfoque. *Humo humano* merece una entusiasta acogida.»

Geoff Dyer, *The Financial Times*

«Un texto coral en el que son los protagonistas quienes toman la palabra. [...] El resultado es perturbador, como si, de pronto, hubieran sido convocados a escena todos los silencios, todos los equívocos imprescindibles para que la historia de la II Guerra Mundial se pueda seguir contando como hasta ahora.»

José María Ridaó, *El País*

Sobre el autor

Nicholson Baker nació en 1957 en Nueva York. Se educó en la Eastman School of Music y se licenció en Filosofía en el Haverford College. En 2001 obtuvo el National Book Critics Circle Award por *Double Fold*, un ensayo sobre la destrucción de los archivos periodísticos en papel en favor de soportes informáticos. Es autor de diez novelas y uno de los más importantes renovadores de la narrativa norteamericana. En España ha publicado *La entreplanta* (1990), *Vox* (1992), *Temperatura ambiente* (1992), *La Fermata* (1995), *La interminable historia de Nory* (2002), *Una caja de cerillas* (2003), *Checkpoint* (2004) y *Humo humano* (2018).

Edición en formato digital: septiembre de 2018

Título original: *Human Smoke*

© 2008, Nicholson Baker

© 2009, 2018, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2009, Jordi Beltrán Ferrer y Gabriel Dols Gallardo, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de la cubierta: © Robert Capa © International Center of Photography/Magnum Photos

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-935-4

Composición digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[Humo humano](#)

[Epílogo](#)

[Notas](#)

[Bibliografía](#)

[Índice alfabético](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)